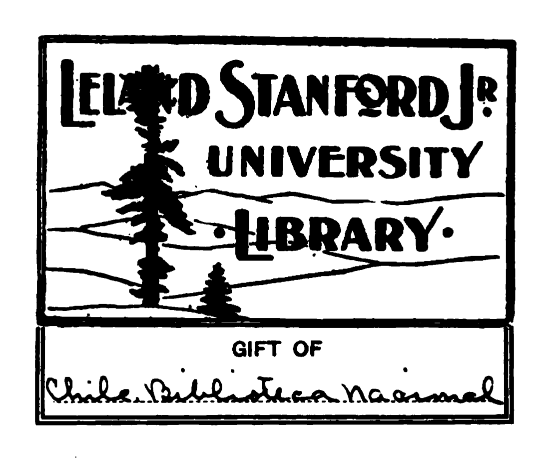
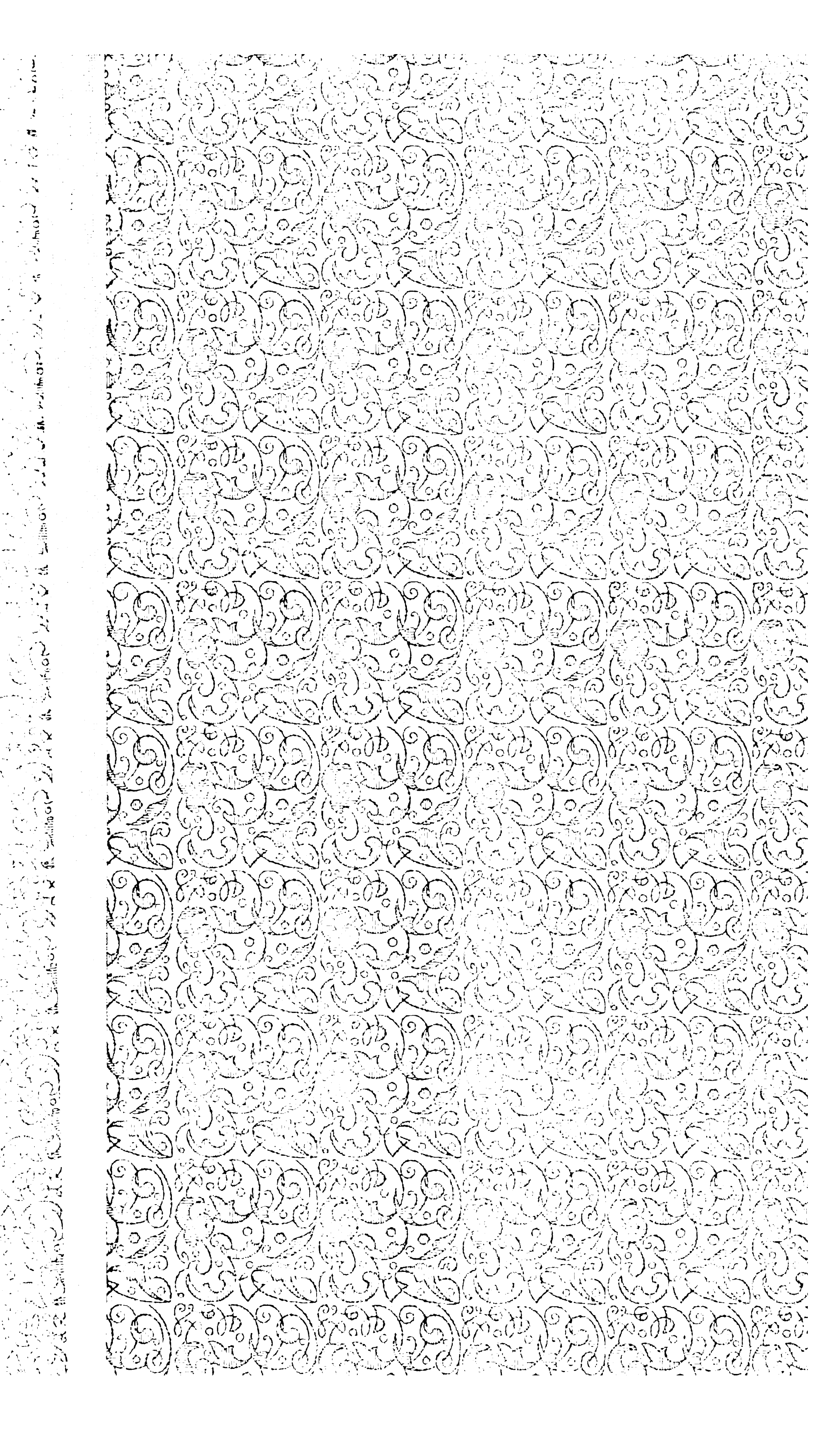
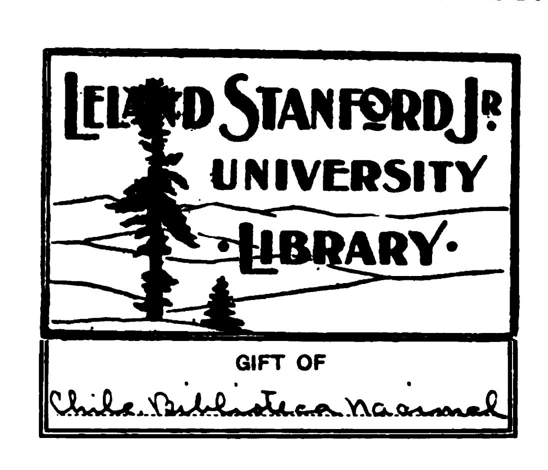
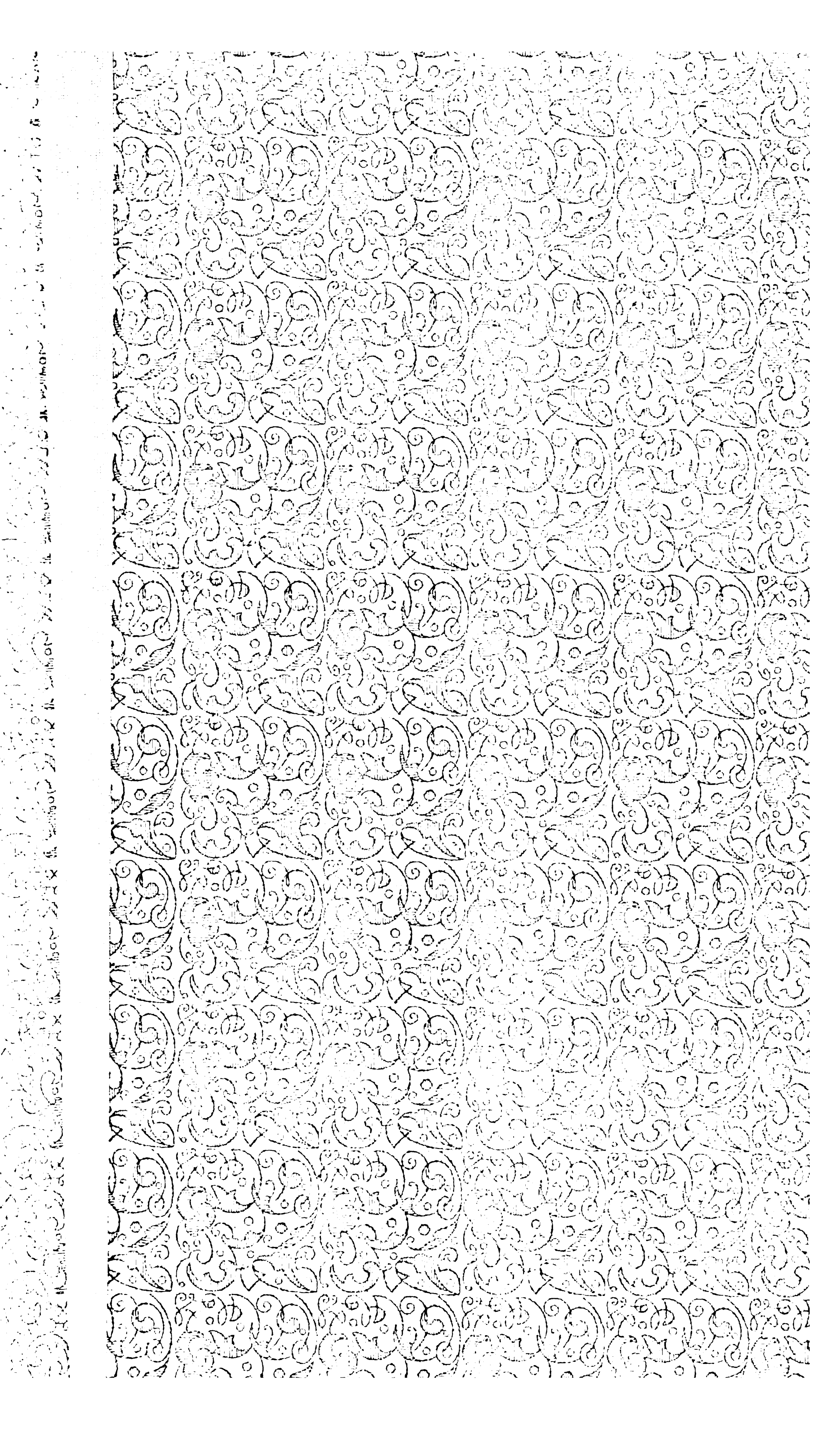


Stanford University Libraries
3 6105 118 844 294


LELAND STANFORD JR.
UNIVERSITY
·LIBRARY·
GIFT OF
Chile. Biblioteca Nacional




LELAND STANFORD JR.
UNIVERSITY
·LIBRARY·
GIFT OF
Chile. Biblioteca Nacional



OBRAS COMPLETAS

DE

DIEGO BARROS ARANA

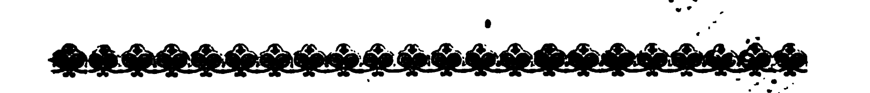
TOMO II

HISTORIA DE AMÉRICA

PARTES III I IV.
La Colonia.—La Revolucion.

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 50

1908



PARTE TERCERA.

LA COLONIA.

CAPITULO PRIMERO.

Divisiones políticas i administrativas de las colonias españolas.

1. Diferencia entre la conquista i la colonia en la historia de las posesiones españolas de América.—2. Virreinato de Méjico o Nueva España.—3. Capitanía jeneral de Guatemala.—4. Virreinato de Nueva Granada.—5. Capitanía jeneral de Venezuela.—6 Virreinato del Perú.—7. Virreinato de Buenos Aires.—8. Capitanía jeneral de Chile.—9. Capitanía jeneral de Cuba.

1. DIFERENCIA ENTRE LA CONQUISTA I LA COLONIA EN LA HISTORIA DE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS DE AMÉRICA.—"Si la invasion del nuevo mundo hubiese estado fundada en derechos lejítimos; si los horrores de una guerra llevada contra pueblos pacíficos no ofendiesen la razon i la justicia; si el yugo impuesto a hombres libres, independientes, cuya ambicion i cuyo poder no podian inspirar ningun temor, no fuese un ultraje inferido a la humanidad, i una violacion insigne del derecho de jentes, los conquistadores de América merecerian ser colocados en la categoría de los semidio-

ses, con mas justo título que los héroes de la antigüedad, i sin necesidad de que la fábula usase de su privilejio para exajerar los hechos i las virtudes" [1].

A la vuelta de algunos siglos, en efecto, parecerán fabulosas las hazañas de los conquistadores del nuevo mundo. Colon hace el mas portentoso viaje marítimo con tres débiles embarcaciones, de las cuales una sola tenia cubierta; i a la cabeza de 120 hombres toma posesion en nombre del rei de España de las populosas islas del mar de las Antíllas. Cortés al frente de 600 hombres, de los cuales sólo unos pocos tenian armas de fuego, invade un imperio poderoso cuya poblacion no podia bajar de diez millones de almas. Pizarro con 180 españoles penetra en el interior del Perú, apresa al inca i toma posesion de un vasto i poblado imperio. Magallánes descubre mares desconocidos, i al morir deja a sus compañeros en situacion de dar la primera vuelta al mundo. Al lado de estos grandes capitanes, una infinidad de aventureros se ilustra e inmortaliza con hazañas ménos importantes por su consecuencia, pero no ménos riesgosas i brillantes.

Los padecimientos de la conquista, dice sin exajeracion un historiador español, "habrian espantado a cualquiera otra nacion que no tuviera el ánimo invencible de estos valerosos castellanos, los cuales ya estaban mui acostumbrados a entrar sin temor de hambre, sed, ni de otro cualquier peligro, sin guias ni saber caminos por temerosas espesuras i pasar caudalosos rios i asperísimas i dificultosísimas sierras, peleando a un tiempo con los enemigos, con los elementos i con la hambre, mostrando a todo invencibles corazones, sufriendo los trabajos con sus robustos cuerpos, i otras veces caminar de noche i dia largas jornadas por el frio i el calor, cargados de la comida i de las armas juntamente, i usar de diversos oficios, pues ellos eran soldados i cuando convenia gastadores, i otras veces carpinteros i maestros de axa, pues el que mas noble i princi-

1 DEPONS, *Voyage a la Terre Ferme*, chap. I.

pal era cuando convenia hacer puente o balsa para pasar algun rio o para otra cosa conveniente para alguna empresa, echaba mano de la hacha para cortar el árbol, para arrastrarle i acomodarle a lo que era menester; i así fué esta milicia de las Indias en todas cosas mui ejercitada i valerosa; para conseguir tantas victorias i empresas no convino que lo fuese ménos, i tambien los incitaba el ánimo que es siempre solicitado del deseo que naturalmente tienen los hombres de utilidad, gloria i honra que son los premios que le esperan de los trabajos" [2].

Los españoles empañaron muchas veces el brillo de estas proezas con actos de crueldad i de perfidia que la moral no puede disculpar. Los conquistadores eran demasiado débiles para consumar la sujecion del nuevo mundo mediante una guerra leal, i se vieron obligados a suplir el número con la intriga. "La mentira, el perjurio, la crueldad, aun la ferocidad, la organizacion de la guerra civil entre los infelices que se querian someter, añade Depons, tales fueron las armas que emplearon; pero estos medios sacaban su eficacia del valor, de la intrepidez i de la constancia de los conquistadores. En medio de actos que ellos llamaban indispensables, se observan rasgos capaces de honrar al hombre de bien. Su conducta presenta un conjunto de virtudes i de crímenes que hacen sucesivamente esperimentar al lector las sensaciones de admiracion i de horror. El corazon se dilata i se estrecha alternativamente al recorrer este círculo tan singular de acciones admirables i horribles, jenerosas i feroces, leales i pérfidas."

La historia de la colonia presenta caractéres esencialmente diversos. Tras de la ajitacion maravillosa de la época de los conquistadores, vino la calma cimentada por los ajentes del rei de España. Los primeros colonos del nuevo mundo eran mas soldados que industriales. Se empeñaban por su cuenta i riesgo en empresas atrevidas que llevaban a cabo por su sola voluntad i con la cooperacion de los

[2] HERRERA, *Historia de las Indias*, doc. V. lib. IX. cap. 2º

aventureros a quienes podian seducir o que voluntariamente querian seguirlos. Mui pocos eran los descubridores o conquistadores a quienes el soberano o sus ajentes hubieran confiado una empresa. Cortés acometió la conquista de Méjico sin que Cárlos V lo supiese i contra la voluntad del gobernador español de Cuba. Balboa necesitó sublevarse contra las autoridades constituidas por el rei para llevar a cabo el descubrimiento del mar del sur.

Bajo el réjimen de la colonia, i desde sus primeros tiempos, esta espontaneidad de los esploradores i de los soldados, fué vigorosamente enfrenada i desapareció casi completamente. Los soberanos españoles se miraron como señores absolutos del nuevo mundo: i los jefes de las diversas espediciones, los gobernadores de las provincias, los empleados encargados de administrar justicia i hasta los ministros del culto fueron nombrados por el monarca, eran amovibles a su voluntad i estaban sometidos en todo a las instrucciones que recibian de la corona. La administracion pública fué reglamentada en todos sus detalles por el rei de España: los colonos perdieron todo sentimiento de individualidad, i quedaron reducidos a una inaccion casi completa. "Obedecer i callar es el deber del buen vasallo," llegó a decir uno de los virreyes de Méjico en una proclama dirijida a sus gobernados. Este sistema de gobierno vino a ser fatal a las colonias del nuevo mundo, como lo veremos mas adelante.

Esta es la verdadera razon de la lentitud de los progresos de las colonias hispano-americanas. Su historia bajo aquel réjimen ofrece una escasísima importancia. El interes dramático se concluye con la conquista. Nos limitamos por esto a dar una idea de la division política i administrativa de las colonias españolas del nuevo mundo ántes de esponer el sistema de gobierno a que estuvieron sometidas.

2. Virreinato de Méjico o Nueva España.—El vasto territorio conquistado por Hernan Cortés fué constituido en virreinato por Cárlos V en 1534, i ensanchado por las

conquistas de Meochoacan, la Nueva Galicia, las Californias i la península de Yucatan. Por el norte tocaba con las posesiones de la Luisiana, i por el sur con las provincias de Chiapas i Yucatan, pertenecientes a la capitanía jeneral de Guatemala. El mar limitaba el virreinato por oriente i el occidente. Esta grande estension del continente era conocida con el nombre de Nueva España.

La riqueza mineral de aquel virreinato, las variadas i valiosas producciones de la zona tórrida i el renombre de la grandeza del antiguo imperio mejicano llevaron a la Nueva España una abundante emigracion europea, i dieron por resultado el considerable incremento de la riqueza pública. Este pais fué para la madre patria, una rica fuente de entradas fiscales, las cuales se aumentaron desde que, comprendiendo mejor sus intereses, la metrópoli dió mayor ensanche a las libertades comerciales de sus colonias. En los últimos años de la dominacion española, las rentas fiscales montaban a 20 millones de pesos por año, de los cuales seis pasaban al tesoro de la metrópoli. La poblacion del virreinato casi alcanzaba a siete millones de habitantes. Se calcula que sólo una quinta parte de éstos eran blancos descendientes de europeos. Los demas eran indios o mestizos. Los españoles residentes en el virreinato no pasaban de sesenta mil a principios del siglo XVIII [3].

La division interior del virreinato estaba determinada por las necesidades del servicio público. Así habia una comandancia jeneral, casi independiente del virrei, que entendia de los negocios militares de las provincias del norte que estaban constantemente espuestas a los ataques de los indios salvajes. En la administracion de justicia habia en la Nueva España dos tribunales conocidos con el nombre de real audiencia, establecido el uno en Méjico (1527) i el otro en Guadalajara (1548) [4], i otros tribuna-

[3] Este último cómputo es del baron de Humboldt. El historiador mejicano Lúcas Alaman lo cree mui exajerado.

[4] Las cifras puestas entre paréntesis despues de los nombres

les especiales como el *consulado* para el juzgamiento de los asuntos comerciales, establecido en Méjico Veracruz i Guadalajara, el de minería, el de acordada (1722), que tenia por objeto juzgar sumariamente a los bandoleros que pululaban en los caminos públicos cometiendo crímenes de toda especie, i el de la inquisicion.

Méjico era el asiento de un arzobispado, constituido primero en obispado (1525) i erijido despues en arzobispado (1545), de que dependian ocho prelados; de Puebla de los Anjeles (1550) [5], el de Oajaca, asentado en la ciudad de Antequera (1535), el de Mechoacan, establecido en la ciudad de Valladolid (1536), el de Guadalajara (1560), el de Yucatan establecido en Mérida (1570), el de Durango, capital de Nueva Vizcaya (1620), el de Nuevo Leon, establecido en Monterrei (1777), i el de Sonora (1779). Las rentas de estos diocesanos eran inmensas: el baron de Humboldt dice que el arzobispo de Méjico tenia 130,000 pesos anuales, que el primero de los obispos enumerados tenia 110,000 pesos i que el tercero contaba con 100,000 pesos. Los otros poseian una renta un poco inferior, pero aun el mas pobre, el de Sonora, tenia 6,000 pesos. "La riqueza del clero no consistia tanto en las fincas que poseia, aunque estas eran muchas, especialmente las urbanas en las ciudades principales como Méjico, Puebla i otras, sino en los capitales impuestos a censo redimible sobre las de los particulares; i el tráfico de dinero por la imposicion i redencion de estos caudales, hacia que cada juzgado de capellanía, cada cofradía, fuese una especie de banco. La totalidad de las propiedades del clero tanto secular como regular, así en fincas como en esta clase de créditos, no bajaba ciertamente de la mitad del valor total de los bienes raices del pais. Ademas de las rentas producidas por estas fincas i capitales, tenia el clero secular los diezmos que en todos

---

de las audiencias, obispados, universidades i otros cuerpos constituidos, indican la fecha de su creacion.

[5] Este obispado fué erijido primero en Tlascala en 1526, i trasladado a Puebla de los Anjeles en 1550.

los obispados de la Nueva España montaban a cosa de 1.800,000 pesos anuales." [6]

Se contaban en la Nueva España cerca de 10,000 sacerdotes de ámbos cleros; i su influencia era mui considerable, no sólo por la proteccion que les dispensaban las leyes, sino por el prestijio de que gozaban en el pueblo. En 1624, Méjico fué teatro de una ruidosa competencia de autoridades que revela cuál era el poder del clero. El arzobispo don Juan Pérez de la Cerna escomulgó a un tal Mejía, que con la proteccion del virrei, segun parece, hacia el negocio de monopolizar los granos, i al efecto mandó suspender el culto i la administracion de los sacramentos. El marques de Gelvez, don Diego Carrillo, éste era el nombre del virrei, en vez de poner coto al negocio de Mejía, mandó al arzobispo que suspendiera las censuras, i que se abrieran las iglesias. El arzobispo se negó a todo; pero el virrei dió la órden de prenderlo i de trasladarlo con una escolta a San Juan de Ulúa. Pérez de la Cerna quiso resistir vistiendo el traje arzobispal i tomando en la mano una hostia consagrada; pero obligado a obedecer por la fuerza, lanzó la escomunion contra el virrei. Pocos dias despues, el populacho de Méjico se sublevó en el nombre de la relijion, puso en libertad a los presos de la cárcel, incendió las puertas del palacio de gobierno, i lo saqueó completamente. El marques de Gelvez huyó disfrazado, i despues de haberse asilado temporalmente en el convento de san Francisco, se embarcó para España, dejando el gobierno en manos de la audiencia. El rei condenó la conducta del arzobispo i lo separó de la Nueva España; pero la opinion popular en Méjico se habia puesto de su parte. [7]

Este virreinato, la colonia mas protejida por la madre patria, alcanzó a un alto grado de riqueza i esplendor.

---

6 ALAMAN, *Historia de la revolucion de Méjico*, lib. I, cap. II.

7 El viajero ingles Tomas GAGE ha referido minuciosamente este motin de que fué testigo presencial, en los cap. XXIV i XXV de la primera parte de sus *Viajes en la Nueva España*.

Construyéronse en la capital i en algunas ciudades de provincia, templos i otros edificios monumentales, formáronse paseos hermosísimos i se organizó al lado del virrei una corte no ménos ostentosa que la de Madrid. Méjico poseia una casa de moneda que acuñaba anualmente cerca de veinte millones de pesos, tuvo un jardin botánico de aclimatacion, una academia de bellas artes i una regular dotacion de escuelas para la difusion de los primeros conocimientos.

La universidad de Méjico (1551) fué el centro de un movimiento literario i científico mui superior al que en la misma época se desarrollaba en las otras colonias. Se estudiaron las antigüedades mejicanas, se cultivó la poesía i se prestó atencion a las ciencias físicas i matemáticas. La Nueva España produjo al célebre poeta dramático Juan Ruiz de Alarcon, a la poetisa sor Ines de la Cruz, al jurisconsulto Gamboa, a los matemáticos Sigüenza Góngora i Velazquez Cárdenas, al astrónomo Gama, al naturalista Alzate i a los historiadores Clavijero i Betancourt.

El primer virrei, don Antonio de Mendoza, introdujo la imprenta en Méjico en 1535, cuando llegó a recibirse del gobierno de la colonia. Destinada al principio a la publicacion de pequeños tratados místicos i a la propagacion de la doctrina cristiana traducida a las lenguas indíjenas de aquel virreinato para la instruccion de los indios, la imprenta sirvió mas adelante para la impresion de hojas sueltas destinadas a dar noticias jenerales a la llegada de cada buque de Europa, i de libros de mayor importancia. En 1728 se dió a luz el primer periódico, contraido especialmente a la publicacion de noticias; pero luego aparecieron otros consagrados a la difusion de las letras i las ciencias. Esos periódicos, que salian a luz cada mes o cada semana, estaban sometidos a la rigorosa censura que, por encargo superior, ejercia uno de los oidores de la real audiencia.

Apesar de esta aparente prosperidad, el virreinato sufria todas las consecuencias del mal gobierno impuesto por el réjimen colonial. Las prohibiciones decretadas por España

al comercio i a la industria, bajo el nombre de proteccion a los intereses de la madre patria, el absolutismo en materia de gobierno, como veremos mas adelante, impedian el desarrollo i la prosperidad de la colonia. A la sombra de ese sistema se mantenia una profunda inmoralidad administrativa que enriquecia a los mandatarios españoles con perjuicio de los infelices indios i de los industriales de la colonia.

El virreinato de Nueva España, como todas las posesiones españolas del nuevo mundo, estuvo espuesto a los ataques de las escuadras i de los corsarios de Inglaterra, Francia i Holanda, cada vez que la madre patria estuvo en guerra con algunas de estas pôtencias. Durante los dos primeros siglos que se siguieron a la conquista, el virreinato no tuvo mas ejército permanente que la escolta del virrei; pero bajo el reinado de los príncipes de la casa de Borbon, creáronse diversos cuerpos de tropas de línea, i se disciplinaron las milicias para hacerlas servir en un caso de guerra.

Ese ejército permanente no era necesario para mantener a los mejicanos sometidos a la autoridad de los reyes de España, porque, aparte de algunas sublevaciones de indios de poca importancia, su fidelidad no se desmintió amas.

Sólo en los últimos años del siglo XVIII i en los primeros del XIX, la introduccion furtiva de algunos libros políticos i filosóficos, i las noticias de la revolucion francesa i de los Estados Unidos comenzaron a preparar los ánimos para la independencia, i entónces el gobierno civil, así como el gobierno eclesiástico de la colonia, procesó con un rigor estraordinario a los sospechosos de haber incurrido en un delito que ellos consideraban contrario al rei i a la relijion. A pesar de este rigor i de esta vijilancia, la revolucion de la independencia se preparaba lentamente i debia aparecer en breve. [8]

[8] Para estudiar la situacion política del virreinato de la Nueva España bajo el réjimen colonial, basta consultar la excelente

3. CAPITANÍA JENERAL DE GUATEMALA.—Los paises conquistados por Pedro de Alvarado i por otros aventureros españoles en la rejion de la América Central, formaron la capitanía jeneral de Guatemala. Al principio, esta capitanía estuvo reducida a la parte norte de aquella rejion; pero mas adelante le fueron incorporadas las provincias de Nicaragua i Costa Rica (1573). La conquista definitiva de todo aquel territorio fué la obra de muchos años de largas i encarnizadas luchas contra los indios valerosos i guerreros que lo poblaban.

La provincia de Guatemala, aunque gobernada por un capitan jeneral nombrado por el rei i que se comunicaba directamente con la corte, dependia en ciertos ramos de la administracion del virrei de Nueva España. Para su gobierno poseia tambien un tribunal de la real audiencia (1542); i mas tarde, a consecuencia del desarrollo que habia tomado el comercio, el rei creó un consulado (1794). El gobierno eclesiástico fué confiado primero a un obispo establecido en la ciudad de Guatemala (1534), dependiente del arzobispado de Méjico. Dos siglos mas tarde, en 1742, fué constituido en arzobispado de que dependian tres prelados, el de Comayagua (1539), el de Nicaragua (1534) i el de Chiapas (1538), cuyo primer obispo fué el célebre Bartolomé de las Casas.

La capitanía jeneral era formada por un "pais sumamente fértil, dice el baron de Humboldt, mui poblado en comparacion del resto de las posesiones españolas, i tanto mejor cultivado cuanto que su suelo, removido de alto a

---

obra del baron de HUMBOLDT, titulada: *Ensayo político sobre la Nueva España*. Puede consultarse tambien el primer libro de la *Historia de la revolucion de Méjico* por ALAMAN i el *Teatro Americano, descripcion jeneral de los reinos i provincias de Nueva España*, por don José Antonio VILLA SEÑOR, publicado en Méjico en 1746 en dos volúmenes en folio.

Dejando para un capítulo por separado el dar ideas jenerales sobre el sistema colonial de los españoles, he creido que aquí debíamos consignar sólo las noticias que hemos apuntado.

bajo por los volcanes, apénas ofrece minas metálicas." Los frecuentes temblores de tierra, en efecto, fueron causa de la destruccion de muchas ciudades; i su capital misma, destruida en diversas ocasiones, cambió de asiento despues del terremoto de 1773, que la habia reducido a un monton de ruinas. A pesar de esto, la industria agrícola, estimulada por el alto precio del cacao, de la cochinilla i de los otros productos tropicales, se desarrolló considerablemente; i su poblacion alcanzó a 1.500,000 habitantes. Las rentas fiscales llegaban a cerca de 500,000 pesos.

Mui escaso interes ofrece la historia colonial de esta provincia. Fuera de las hostilidades de algunos corsarios injleses u holandeses en algunos puntos de sus costas, que embarazaban el comercio i alarmaban las poblaciones, la capitanía jeneral de Guatemala pasó el período colonial en la mas completa tranquilidad. A su sombra, i a pesar de las trabas impuestas por la metrópoli, se desarrolló lentamente el comercio. La ciudad de Guatemala, aunque mucho ménos importante e incomparablemente ménos rica que la capital de Nueva España, poseia mayor poblacion i mas importancia que algunas capitales de provincia de la América del Sur. Tenia una casa de moneda (1733) i una universidad (1676) en que se enseñaban muy especialmente las ciencias teolójicas.

En 1795, ademas, se estableció en Guatemala una sociedad económica a imitacion de las que con este nombre se establecieron en España en aquella época para el fomento de la industria. La sociedad abrió una escuela de dibujo (1797) i por... despues una escuela de matemáticas (17..), para cuyo fomento se asignaron premios a los estudiantes mas distinguidos. La sociedad [illegible] [illegible]

das sus reuniones i la publicacion del periódico. Aquella órden no espresaba la razon que habia inducido al monarca a dictar esta providencia; pero el recelo de que a la sombra del fomento de la industria pudieran propagarse ideas subversivas contra el órden establecido, produjo ese injustificable golpe de autoridad. Tal era el espíritu de desconfianza que guiaba la política de los reyes de España en sus relaciones con las colonias del nuevo mundo [9].

4. VIRREINATO DE NUEVA GRANADA.— La rejion que los conquistadores denominaron nuevo reino de Granada, formó cerca de dos siglos una provincia incorporada al virreinato del Perú. Rejíala un funcionario con el título de gobernador i presidente de la real audiencia instalado en la capital de la provincia, Santa Fé de Bogotá (1549). Esta ciudad era el asiento de un arzobispado (1564), de que dependian los obispos de Santa María, Cartajena i Popayan.

La presidencia de Nueva Granada era una colonia oscura. Sus pobladores vivian de la agricultura i de la esplotacion de los lavaderos de oro i de algunas minas de piedras preciosas o de diversos metales; pero un visitador español que por encargo del rei recorrió su territorio, representó a la corte la necesidad de modificar su administracion hasta obtener la creacion de un virreinato (1717). Suprimido éste poco mas tarde, fué restablecido definitivamente en 1739.

El virreinato de Nueva Granada comprendia no sólo el territorio en que se formó la república de este nombre, sino tambien la presidencia de Quito, que fué igualmente desmembrada del Perú, i las provincias de Guayana, Cumaná i Maracaibo i las islas de Trinidad i Margarita, que despues fueron agregadas a la capitanía jeneral de Venezuela.

El virreinato comprendia, pues, una considerable esten-

---

[9] Para conocer la historia colonial de Guatemala se pueden consultar las *Memorias* ya citadas del arzobispo PELAEZ i la *Historia del reino de Guatemala*, de JUARROS, obra mui desordenada, pero llena de curiosísimas noticias.

sion de territorio. Para su mejor gobierno, la corte dejó en pié la presidencia de Quito, cuyo jefe dependia del virrei en todo lo relativo a la administracion civil i militar. No sucedia lo mismo en lo que respecta al gobierno eclesiástico: el arzobispo de Bogotá tenia por sufragáneos a los obispos de Popayan (1547), de Cartajena (1534) de Santa Marta (1529, suprimido en 1562 i restablecido en 1577) i de Maracaibo (1782). Los tres prelados de la presidencia de Quito dependian del arzobispado de Lima. De este último dependia tambien el obispo de Panamá, cuyo territorio formaba parte del virreinato de Nueva Granada.

La administracion de justicia estaba tambien dividida. La presidencia de Quito tenia tribunales propios, el primero de los cuales era la real audiencia (1563) que funcionaba con completa independencia de los tribunales de Nueva Granada. La real audiencia de Quito, suprimida a la época de la primera formacion del virreinato, fué restablecida en 1739.

Las costas de este virreinato que baña el mar de las Antíllas fueron muchas veces atacadas por los corsarios de las naciones europeas que sostuvieron guerras con España. La metrópoli se vió obligada, para defender sus dominios, a construir costosas fortificaciones en Santa Marta, Cartajena, Portobelo i en la desembocadura del rio Chágres. Iguales trabajos emprendió en Panamá i en Guayaquil, en el mar Pacífico. Para el sosten de estas fortificaciones levantó en el siglo pasado un ejército de 3,000 hombres, que mantuvo en pié hasta la época de la revolucion de la independencia.

Segun los mejores datos estadísticos, el virreinato tenia poco mas de dos millones de habitantes de oríjen europeo o mestizos; i como 600,000 de ellos pertenecian a la presidencia de Quito. Sus rentas alcanzaban a tres millones de pesos, de los cuales una sesta parte correspondia a Quito; pero los gastos de la administracion pública, la defensa de sus costas i los grandes trabajos que el rei mandó llevar a cabo para fortificarla, eran causa de que ordinariamente

hubiera un déficit en las arcas reales, que cubria el tesoro del Perú. Las ciudades de Santa Fe i Popayan tenian establecidas casas de moneda.

Las dos secciones del virreinato, Nueva Granada i Quito, se desarrollaron lentamente a causa de las trabas que la España ponia al comercio i a la industria de sus colonias. Algunos puertos de la primera, que fueron depósito de mercancías miéntras existió el mas riguroso monopolio comercial, i que llegaron a ser despues centro de un importante movimiento de esportacion del tabaco, cacao i otros productos tropicales, alcanzaron un grande acrecentamiento de su riqueza. En la presidencia de Quito, cuyas ciudades mas populosas estaban situadas en el interior, el comercio adquirió poca importancia. En cambio, se establecieron algunas fábricas de tejidos de lana que, a causa de las prohibiciones del réjimen colonial, producian notables resultados.

Como en las demas colonias españolas, en el virreinato de Nueva Granada la instruccion pública estaba circunscrita a algunas poblaciones. Santa Fe de Bogotá poseia una universidad (1610) i algunos colejios; pero "los estudios estuvieron siempre en mal estado. Algunos principios de gramática latina, sin conocer ántes de la lengua castellana; la filosofía peripatética estudiada en latin" e imperfectas nociones de jurisprudencia i teolojía formaban toda la instruccion que podia recibirse en la colonia.

Sin embargo, ciertos espíritus superiores poseyeron mayores conocimientos, adquiridos en el estudio de los libros que penetraban en las colonias americanas con grandes dificultades. Don Francisco José de Cáldas,* hombre distinguido que se consagró al estudio de las ciencias físicas, matemáticas i naturales, era de este número. Provisto de algunos instrumentos, llegó a organizar un observatorio astronómico. Al lado de él comenzaron a aparecer a principios

* Cáldas fué discípulo del sabio español Celestino Mútis, venido al pais como médico del virrei Messia de la Zerda.

dél presente siglo, algunos jóvenes escritores que estaban destinados a desempeñar un papel importante en la revolucion de la independencia. La capital del virreinato, ademas, gozó en los últimos años de la dominacion colonial del beneficio de la imprenta. Diéronse a luz algunos periódicos de noticias ** sin ningun interes literario; pero Cáldas emprendió la publicacion del *Semanario de Nueva Granada*, revista importante por los estudios de jeografía física i política, i de estadística de aquel virreinato.

Quito tuvo tambien dos establecimientos denominados universidades, la de San Gregorio (1586) i la de Santo Tomas (1594), i una imprenta. Sin embargo, la instruccion pública, las ciencias i las letras no hicieron progresos considerables bajo el réjimen colonial. El mas notable de todos los injenios que produjo aquella provincia fué sin disputa don Pedro Maldonado, matemático distinguido, que levantó una carta de toda la provincia de Quito. El primero de sus canonistas fué frai Gaspar de Villarroel, que en el siglo XVII escribió una estensa obra, *Gobierno eclesiástico pacífico*, para señalar la demarcacion entre los poderes espiritual i civil.

El virreinato de Nueva Granada fué el teatro de ajitaciones políticas que anunciaron los primeros albores de la revolucion americana. En otro lugar (part. IV, cap. III §§ 4 i 6) daremos noticias de esos movimientos [10].

5. Capitanía jeneral de Venezuela.—Los indios que poblaban el territorio de la capitanía jeneral de Venezuela

** El primer periódico que veia la colonia fué *El Papel Periódico*, de Santa Fe de Bogotá (9 de febrero de 1791).

[10] Para la historia colonial del virreinato de Nueva Granada pueden consultarse las *Memorias para la historia*, etc., por don José Antonio Plaza, la *Historia del reino de Quito*, por el padre Velasco; la introduccion de la *Historia de la revolucion de Colombia* por Restrepo. ***

*** Ademas pueden consultarse: la *Historia de la república del Ecuador* F. González Suárez 7 vol. 1890-1894, i la *Nueva Jeografía de Colombia*, por F. J. Vergara, Bogotá, 1901, t. I. pjs. 927 a 925.

resistieron hasta mediados del siglo XVII a la ocupacion de aquel pais por los soldados españoles. La guerra se sostuvo siempre con resultado vario; pero los conquistadores o se encontraban frecuentemente incomunicados, o su comercio era turbado por los indíjenas.

Al fin, cuando los indios i los españoles parecian cansados con esta prolongada guerra, creyeron estos últimos que convenia emplear el sistema de misiones relijiosas para obtener la pacífica sumision de sus enemigos. Este sistema, practicado con mucha habilidad por los relijiosos franciscanos, produjo excelentes resultados. "Protejidos por el brazo secular, los misioneros hicieron oir palabras de paz. Correspondia a la relijion el consolar a la humanidad de una parte de los males causados en su nombre: ella ha defendido la causa de los indíjenas delante de los reyes, ha resistido la violencia de los encomenderos, ha reunido tribus errantes en esas pequeñas comunidades que se llaman misiones, i cuya existencia favorece los progresos de la agricultura. Así se han formado insensiblemente, pero segun una marcha uniforme i premeditada, esos vastos establecimientos monásticos, ese réjimen estraordinario que tiende sin cesar a aislarse, i coloca bajo la dependencia de las órdenes relijiosas paises cuatro o cinco veces mas estensos que la Francia.

"Estas instituciones, tan útiles para contener la efusion de sangre i para echar las primeras bases de la sociedad, han sido mas tarde contrarias a su progreso. El efecto del aislamiento ha sido tal que los indios han quedado en un estado poco diferente de aquel en que se encontraban cuando sus habitaciones esparcidas no estaban reunidas alrededor de la casa del misionero. Su número ha aumentado considerablemente, pero no la esfera de sus ideas. Han perdido progresivamente el vigor de carácter i esa vivacidad natural que en todo los estados del hombre son los nobles frutos de la independencia. Sometiéndose a reglas invariables hasta en las menores acciones de su vida doméstica, se

les ha reducido a la estupidez a fuerza de hacerlos obedientes [11].

Los establecimientos fundados en esa costa dependian unos de las autoridades de la isla de Santo Domingo i otros del gobierno de Nueva Granada. La emigracion europea en aquel pais era escasa i lenta: los primeros colonos no habian hallado minas de oro ni de plata, i faltando estas riquezas los españoles preferian irse a establecer a Méjico i al Perú. El fértil territorio de Venezuela, sin embargo, poseia la mas valiosas producciones tropicales, el cacao, el añil i el tabaco que España no sabia aprovechar. Fueron los enemigos de esa nacion los que utilizaron estos importantes ramos del comercio. Los holandeses se apoderaron de la isla de Curazao, i establecieron en ella una gran factoría para hacer el comercio de contrabando en las costas de Venezuela. Cerca de un siglo esplotaron sin competidores este lucrativo comercio; pero en 1728 una compañía de negociantes vizcainos obtuvo del rei el privilejio esclusivo de comerciar en las costas de Venezuela, con la obligacion de limpiarlas de contrabandistas. La compañía construyó algunas fortificaciones; i libre de toda competencia, dió principio a sus provechosas negociaciones. El resultado del monopolio fué funesto a la industria de la colonia: la compañía fijaba los precios de los productos de Venezuela; i como debe suponerse, los agricultores fueron sacrificados obligándolos a vender sus mercaderías casi al precio de produccion. De allí se orijinaron algunos desórdenes en la colonia que produjeron una séria alarma en la corte de Madrid.

Esa situacion se prolongó por cerca de medio siglo. Al fin, cediendo a las instancias de los gobernadores de distritos, i a las representaciones del virrei de Nueva Granada, Cárlos III decretó en 1773 la creacion de la capitanía jene-

---

11 HUMBOLDT, *Voyage aux régions équinoxiales du nouveaux continent*, lib III, chap. VI.

ral de Venezuela con absoluta independencia de los demas virreinatos i gobiernos de América. En 1786 el mismo monarca creó una audiencia, i mas tarde un tribunal de comercio o consulado con lo que la capitanía jeneral quedó definitivamente constituida. Se calcula que su poblacion no pasaba de 900,000 habitantes.

Carácas, capital de la capitanía jeneral, habia sido el asiento de un obispado. Fundado éste en la ciudad de Coro en 1532, fué trasladado a Carácas en 1636, dependiendo siempre del arzobispo de Santo Domingo; pero habiendo pasado esta parte de aquella isla al poder de Francia, i habiendo adquirido grande importancia la capital de Venezuela, el rei elevó su iglesia al rango de arzobispado (1803). El obispado de Guayana, establecido en 1790, fué declarado sufragáneo. Las rentas de aquel variaban entre cuarenta i sesenta mil pesos por año.

Si los progresos industriales de Venezuela fueron rápidos, merced al crecido valor de sus productos, las guerras que España tuvo que sostener a fines del siglo XVIII i a principios del XIX, opusieron graves embarazos al desarrollo de su comercio. El monopolio que, fuera de mui determinadas circunstancias, se habia reservado la metrópoli, impedia la estraccion de sus producciones i prohibia la introduccion de las mercaderías estranjeras. Esta situacion violenta fomentó el descontento i alentó algunos proyectos de revolucion, de que hablaremos despues. (Parte IV, cap. III, §§ 7 i 8.)

La capitanía jeneral de Venezuela poseyó tambien una universidad, instalada en Carácas en 1725. En ella i en los colejios de su dependencia se educaron algunos jóvenes ardorosos e intelijentes que, como veremos en otra parte, comenzaron en breve a hablar de libertad i prepararon la independencia de su patria [12].

[12] La historia colonial de Venezuela es mui poco conocida. BARALT i DÍAZ, en su *Historia antigua de Venezuela*, se han limitado a referir la conquista, i a hacer una prolija esposicion del réjimen

Carácas tuvo tambien una imprenta casi al terminarse la dominacion colonial.

6. VIRREINATO DEL PERÚ.—El virreinato del Perú comprendió bajo su gobierno i durante cerca de dos siglos, todas las posesiones españolas de la América del sur. Como no era posible que un sólo hombre pudiera rejir con acierto tan dilatado territorio i tan remotas colonias, los reyes de España separaron diversas secciones que se constituyeron en gobiernos independientes del virrei del Perú.

La organizacion del virreinato data, como ya hemos dicho, de 1542. Desde sus primeros años de existencia fué el teatro de constantes revueltas i guerras civiles entre los mismos conquistadores, aun despues de la ejecucion de Gonzalo Pizarro, que hemos referido en otra parte. Esas constantes revueltas, que tienen cierto interes dramático i que sirven para conocer el carácter de los conquistadores, no tienen grande importancia histórica. Los delegados del rei triunfaron al fin de los rebeldes; i en todas partes se reconoció su autoridad.

Los indios peruanos, aun despues de considerarse terminada la conquista, mantuvieron una apariencia de corte imperial asilada en las montañas inmediatas al Cuzco. Los trabajos para atraerlos a la obediencia por medio de los misioneros no dieron buenos resultados. En 1579, el virrei don Francisco de Toledo, que gobernaba entónces en el Perú, visitaba las provincias del sur, i resolvió desembarazarse de ese foco que podia ser oríjen de sérios peligros. Tupac-Amaru, éste era el nombre del indio descendiente de la familia real a quien sus compatriotas denominaban con el nombre de inca, estaba asilado en la tierra de Vilcabamba. Desde ahí salian los indios a hacer sus correrías; i el virrei, recelando que su residencia fuera el centro de una insurreccion formidable, quiso reducir a Tupac-Amaru por las vias

colonial. El lector puede encontrar todo jénero de datos a este respecto, a mas de los que contiene dicho libro, en las obras citadas de los viajeros HUMBOLDT i DEPONS.

de las negociaciones, pero sin resultado alguno. Hizo entónces los aprestos militares, formó un cuerpo de 200 soldados españoles i de muchos indios ausiliares, i lo puso bajo las órdenes de don Martin García Oñez de Loyola, que fué mas tarde gobernador de Chile, i que pereció a manos de los indios de Arauco. Los espedicionarios encontraron cortados los caminos i los puentes; pero vencidas estas dificultades, lograron sorprender la corte de Vilcabamba. Muchos de los asilados en aquel lugar se internaron en los bosques donde hallaron su salvacion, pero Tupac-Amaru, prefiriendo vivir bajo una dependencia sosegada i cómoda a llevar una vida llena de azares bajo un aparente gobierno, se entregó a sus perseguidores. El prisionero fué llevado al Cuzco i condenado al último suplicio por el falso delito de haberse rebelado contra el rei. Inútiles fueron las solicitudes de Tupac-Amaru i las instancias de las personas mas caracterizadas que rodeaban al virrei, para obtener el perdon del infeliz indio. Toledo cerró las puertas de su casa para no oir los repetidos ruegos que se le dirijian, i mandó llevar a cabo la ejecucion de Tupac-Amaru. Tan injustificable crueldad, seguida de otros actos de rigor, puso termino a las pretensiones de la familia real del Perú. Las momias de los incas fueron desenterradas del Cuzco i llevadas a Lima para alejar todo objeto que pudiera recordar la antigua grandeza del imperio [13].

Dos siglos mas tarde, como veremos despues (part. IV, cap. II, §§ 1, 2 i 3), otro indio, que se creia descendiente de la familia real, i que tambien tomó el nombre de Tupac-Amaru, llevó a cabo una notable rebelion para reconquistar el trono de sus mayores.

Despues de la creacion de los virreinatos de Nueva Granada i de Buenos Aires i de la capitanía jeneral de Chile i de Venezuela, el virreinato del Perú quedó reducido a los límites que poseia a la época de la revolucion de la independen-

---

13 LORENTE, *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca*, lib. IV, cap. IV.

cia; i aun así formaba la mas rica posesion de la América del sur. Las minas de oro i plata que se beneficiaban en su territorio, el estenso comercio de que era centro la ciudad de Lima i las producciones de su agricultura, azúcar, tabaco, etc., lo habian elevado a un grado de riqueza a que no alcanzaron otras colonias. Su poblacion, con todo, no pasaba de dos millones de habitantes; pero sus rentas fiscales, a pesar de los errores económicos de la metrópoli, alcanzaban a cerca de seis millones de pesos, con los cuales cubria los gastos de su administracion, ausiliaba algunas veces para los suyos al virreinato de Nueva Granada i a la capitanía jeneral de Chile, i remitia a España cerca de un millon de pesos. Lima tenia una casa de moneda que acuñaba anualmente cerca de seis millones de pesos.

No se crea por esto que la administracion del Perú, bajo el réjimen colonial, estaba cimentada sobre un pié de órden i economía. Lima, la capital del virreinato, era, como Méjico, una pequeña corte colocada alrededor del virrei en que dominaba una profunda inmoralidad administrativa i que era el campo de negocios clandestinos i de vergonzosos cohechos. El fausto i la ostentacion ocultaban apénas una parte de aquella desmoralizacion, como tendremos ocasion de manifestarlo mas adelante.

Lima era tambien el asiento de un arzobispado (erijido en obispado en 1541 i en arzobispado en 1545), cuyas rentas pasaban de 36,000 pesos. De esta iglesia metropolitana dependian nueve obispados; el del Cuzco, erijido en 1537, el de Arequipa (1679), el de Trujillo (1609), el de Guamanga (1609), i el de Mainas (1802). Dependian igualmente de ese arzobispado los obispados de Quito (1545) i de Cuenca (1785) en la presidencia de Quito, el de Panamá (1521) en el virreinato de Nueva Granada, i los de Santiago (1562) i Concepcion (1567), en la capitanía jeneral de Chile. En toda la estension del virreinato habia 115 conventos, i se calcula en mas de 4,000 el número de los eclesiásticos de ámbos cleros. El número de monjas era algo menor. Para su sosten, esos conventos i monasterios contaban con rentas

mui considerables nacidas no sólo de los frutos de propiedades territoriales, sino del producto de capellanías, como ya hemos esplicado al tratar de Méjico. En la sola ciudad de Lima habia impuestas 760 capellanías a fines del siglo XVIII.

Las costas del virreinato del Perú se vieron muchas veces atacadas por los corsarios ingleses u holandeses que saquearon i destruyeron algunos pueblos. La corte se vió en la necesidad de construir costosas fortificaciones en el Callao. Al principio no hubo mas ejército permanente que la guardia del virrei, pero en el siglo XVIII se formaron varios cuerpos de tropas cuyo número alcanzaba a cerca de 3,000 hombres, i se organizaron las milicias sobre un pié regular para hacerlas servir en caso necesario.

La dilatada estension de territorio de este virreinato hacia que fuera mui lenta i costosa la administracion de justicia, miéntras no hubo mas tribunal que el de la audiencia de Lima. Cárlos III, en su empeño para mejorar el gobierno de sus colonias de América, decretó en 1787 la creacion de otra audiencia en la ciudad del Cuzco, cuya jurisdiccion se estendia a las provincias del sur del virreinato.

Lima estuvo dotada de una universidad (1551). Cárlos II elevó a este mismo rango en 1692 un colejio que existia en el Cuzco desde un siglo ántes. De ámbos establecimientos dependian los diversos colejios establecidos en el virreinato, i merced a ellos la capital llegó a ser el centro de cierto movimiento literario que no produjo, es verdad, obras de un mérito notable. Los elojios de los virreyes, las poesías compuestas al arribo de estos funcionarios, a la muerte de alguno de los príncipes de la familia real, o con motivo de las corridas de toros, i los sermones relijiosos formaban el objeto principal de aquella literatura.

Sin embargo, el Perú produjo al erudito jurisconsulto Leon Pinelo, al fecundo literato, poeta e historiador Pedro Peralta Barnuevo, al jeógrafo Cosme Bueno i al médico José Hipólito Unánue.

La ciudad de Lima tuvo imprentas desde fines del siglo

XVI: en ellas se dieron a luz muchos libros, principalmente místicos; pero desde la primera mitad del siglo XVIII comenzó a publicarse una *Gaceta* destinada esclusivamente a reproducir las noticias de Europa i comunicar las promociones de empleados que hacia el rei de España. Mas adelante, se dió a luz el *Mercurio Peruano*, vasta recopilacion de tratados importantes sobre jeografía del Perú, ciencias e industria [14].

7. VIRREINATO DE BUENOS AIRES.—Las provincias arjentinas formaron parte durante mas de dos siglos del virreinato del Perú. Las colonias fundadas en el litoral de los rios que van a desembarcar al caudaloso Plata se estendieron lentamente hácia el interior i llegaron a comunicarse con las provincias meridionales del Perú. Por mucho tiempo, sin embargo, sus progresos fueron mui débiles: su comercio estaba espuesto a las asechanzas de los corsarios ingleses u holandeses, i su territorio fué mas de una vez invadido por los portugueses que ocupaban el Brasil i que querian estender su dominacion hasta la desembocadura del Rio de la Plata. El gobierno de Buenos Aires tuvo que sostener una guerra prolongada, aunque interrumpida por largos intervalos, seguida de tratados, que rara vez se cumplieron, para mantener la integridad territorial.

En 1726, el gobernador don Bruno Mauricio de Zavala fundó la ciudad de Montevideo, en la orilla norte del Rio de la Plata; para sostener los derechos de España al señorío del territorio del Uruguai. La cuestion de límites siguió debatiéndose muchos años mas, ya por memoriales presen-

---

14 La historia colonial del Perú es mui poco conocida. La excelente obra que publica don Sebastian LORENTE no alcanza mas que hasta el fin del siglo XVI. Para conocer su administracion, pueden consultarse, entre otras obras, los *Guías del virreinato del Perú* que publicaba cada año, desde fines del siglo XVIII, don José Hipólito UNÁNUE, i las *Descripciones jeográficas* de cada obispado que daba a luz don Cosme BUENO en unos almanaques publicados en Lima, tambien en el mismo siglo XVIII.

tados por los ajentes de ámbos gobiernos, ya por medio de las armas.

Miéntras tanto la industria habia seguido desarrollándose en las provincias del interior; i tanto éstas como las que formaban el territorio comprendido con el nombre de Alto Perú (hoi Bolivia), habian buscado el Rio de la Plata como el mejor centro para la esportacion de sus productos. Las provincias arjentinas abundaban en ganadería i hacian un valioso comercio de cueros i carnes saladas; el Alto Perú, centro de una abundante poblacion en que se levantaban ciudades importantes i se beneficiaban desde 1545 las ricas minas de Potosí, producia cascarilla, algodon, añil, azúcar, plata i cobre. Buenos Aires llegó a ser el núcleo de este comercio, por su ventajosa situacion i por su mayor proximidad a los mercados europeos.

El rei Cárlos III, conociendo estas ventajas, i deseando mejorar la administracion colonial, confió en 1754 el cargo de virrei de las provincias de Rio de la Plata al teniente jeneral don Pedro de Ceballos, i por real cédula de 21 de marzo de 1778 dispuso la formacion de un virreinato compuesto de las provincias de Buenos Aires, Paraguai, Tucuman, Potosí, Santa Cruz de la Sierra i Chárcas i de los territorios anexos a las ciudades de Mendoza i San Juan, que pertenecian a la provincia de Chile. De este modo, el estenso virreinato de Buenos Aires contó con una poblacion de cerca de tres millones de habitantes, con provincias mui ricas i con ciudades importantes en aquella época. Sus rentas montaban cerca de cuatro millones de pesos, con que se hacian los gastos de la administracion, sobrando todavía uno que era remitido a las cajas del rei

Así como el virreinato de Nueva Granáda, el de la Plata estaba dividido en dos secciones, sometidas, sin embargo, al mismo funcionario en casi todos los ramos de la administracion. Buenos Aires poseia desde 1661 una real audiencia que estuvo estinguida cerca de un siglo, pero que fué restablecida en 1783. La presidencia de Chárcas, que com-

prendia las provincias del norte, poseia tambien otro tribunal idéntico, erijido en 1559. Buenos Aires era el centro del movimiento comercial; pero la presidencia de Chárcas poseia las riquezas minerales i las mas valiosas producciones, i era la metrópoli, por decirlo así, de ciertos ramos de la administracion. Así, la universidad estaba establecida en 1623 en la ciudad de Chuquisaca, o la Plata, hoi Sucre, capital de la presidencia de Chárcas.

Esta misma ciudad era el asiento de un arzobispado (erijido en obispado en 1552, i en arzobispado en 1609), de que dependian seis obispados; el de la Paz (1605), el de Santa Cruz de la Sierra (1605), el del Paraguai (1547), el de Tucuman (1570), establecido al principio en la ciudad de Santiago del Estero, el de Buenos Aires (1620), i el de Salta (1806). El número de sacerdotes, así como la importancia del clero, era tambien mucho mayor en las provincias del norte.

La presidencia de Chárcas poseia, ademas, la casa de moneda, establecida en 1620 en la importante ciudad de Potosí, así como un banco de rescate, cuyas operaciones abrazaban un vasto comercio de plata en barra.

El virreinato de la Plata necesitó en diversas ocasiones de tropas considerables para repeler las invasiones de los portugueses; pero de ordinario esas tropas venian organizadas de España o se formaban accidentalmente cuando lo exijian las necesidades de la guerra. Sólo desde mediados del siglo XVIII tuvo un ejército permanente de cerca de dos mil hombres. En esa misma época, se rejimentaron las milicias, realizando así la organizacion militar decretada por el gobierno español.

Aparte de la guerra que fué necesario sostener con los portugueses, el virreinato de Buenos Aires no tuvo necesidad de emplear sus soldados. La presidencia de Chárcas habia sido el teatro de constantes desórdenes i rebeliones; pero desde su incorporacion al virreinato, la tranquilidad estuvo mas asegurada. "Es mui notable, decia un escritor español

en 1803, que jamas se haya sentido en Buenos Aires el mas leve rumor de tumulto ni alboroto público, que es una no pequeña gloria" [15].

No estaba léjos el dia, sin embargo, en que ese pacífico virreinato fuera el teatro de una ajitada revolucion política. La juventud que estudiaba en Chárcas, i los comerciantes de Buenos Aires conocian cada dia mas los vicios de la administracion española que se oponia al desarrollo moral e industrial de las colonias. Buenos Aires tenia imprenta desde principios de este siglo. Algunos jóvenes escritores, que debian mui luego hacer un papel importante en la revolucion, dieron a luz periódicos en que, bajo la apariencia de sostener los intereses industriales, propagaban ideas de libertades económicas, contrarias al sistema de gobierno adoptado por la España [16].

8. Capitanía jeneral de Chile.—La capitanía jeneral de Chile era la mas pobre i atrasada de todas las colonias españolas del nuevo mundo. "Esta posesion, dice un escritor español, ha sido la ménos útil a la metrópoli, la mas costosa i la mas disputada" [17].

A pesar de los constantes triunfos de los europeos en los primeros tiempos de la conquista, los indios araucanos sostuvieron una larga guerra, destruyeron las ciudades fundadas por los españoles en su territorio i aseguraron su independencia. Esa prolongada guerra, en que no escasearon los rasgos de heroismo, tiene un escaso interes. Repetíanse constantemente las batallas i las sorpresas en que los españoles obtu-

---

[15] Don Diego de la Vega, *Guía del virreinato de Buenos Aires para el año de* 1803.

[16] Para formarse una idea sumaria de la historia colonial del virreinato de la Plata, puede consultarse, entre otras obras, la *Historia Arjentina* de don Luis L. Domínguez, bien que es mui escasa de datos sobre la organizacion política de la colonia. Pueden buscarse éstos en otros documentos. i particularmente en las descripciones ya citadas de don Cosme Bueno, i en la obra de don Félix de Azara que tendremos ocasion de recomendar mas adelante.

[17] Torrente, *geografía Universal*, tomo II, páj. 380.

vieron algunas veces el triunfo sin poder reconquistar el terreno perdido; pero se vieron obligados a mantener en pié un ejército considerable que les ocasionaba crecidos gastos. Las tentativas que hicieron para obtener la sumision de los araucanos por medio de misiones encomendadas a los relijiosos jesuitas, no surtieron el efecto deseado, i fué necesario apelar mas tarde a otro arbitrio. Los españoles trataron con los araucanos reconociéndoles su independencia i fijando los límites de su territorio. Los indios, en cambio, se reconocieron nominalmente vasallos del rei de España.

Estas guerras no inquietaban mas que las ciudades inmediatas a la frontera araucana. El resto de la colonia llevaba una vida tranquila, i vivia consagrado al trabajo de las minas, que nunca produjo grandes beneficios, i al cultivo de los campos, cuyos frutos eran el objeto de un comercio limitado con el virreinato del Perú, pero que habria tomado mayores proporciones sin las absurdas restricciones i sin los gravosos derechos que la España imponia a sus colonias.

La provincia de Chile fué dependiente del virreinato del Perú durante mas de dos siglos. El año de 1778 fué constituida en capitanía jeneral. Las franquicias comerciales acordadas por el soberano a sus colonias por esa misma época desarrollaron algo mas su industria i su riqueza, i las entradas fiscales, que siempre habian sido mui reducidas, alcanzaron a quinientos mil pesos, suma que no bastaba para cubrir todos los gastos de la administracion colonial. El rei habia establecido un tribunal de la real audiencia en la ciudad de Concepcion, pero en 1609 fué trasladado a Santiago. Los dos obispados que existian, como ya hemos dicho, eran dependientes del arzobispado de Lima.

La pobreza de la capitanía jeneral de Chile, si bien era causa de que se mirase esta colonia como la mas despreciable de cuantas pertenecian al monarca de España, la salvó en gran parte de la desmoralizacion que existia en otras posesiones mas ricas e importantes. Los altos empleos de Chile eran poco codiciados, porque no producian mas renta que el sueldo que les habia asignado el soberano.

Sus habitantes eran en jeneral mas activos i trabajadores que los que poblaban las otras colonias americanas, por la misma razon que la industria chilena daba reducidas utilidades i que era necesario trabajar para vivir.

La misma guerra contra los araucanos contribuyó a echar las bases de una estable organizacion social. Por causa de ella, vinieron de España i de las otras colonias numerosos refuerzos de soldados europeos que se establecieron en el pais i que se enlazaron con las mujeres de la raza indíjena. De aquí nació un gran beneficio, la fusion de razas i la unidad de lengua, o lo que es lo mismo, la formacion de una nacionalidad propia, a diferencia de lo que entónces sucedia en las otras colonias. La poblacion, uniformada de esta manera, alcanzó a llegar a cerca de 600,000 habitantes, fuera de los indios bárbaros que quedaron arrinconados en el territorio araucano. Comparativamente con la estension del territorio, ninguna de las posesiones españolas de América, alcanzó este resultado. Fundáronse en seguida muchas poblaciones, la propiedad territorial fué mas dividida que en las otras colonias i desaparecieron muchos elementos de desorganizacion que existian en paises mas ricos.

La ciudad de Santiago tuvo tambien una universidad (1747); pero la instruccion que se daba en ella i en los otros colejios de su dependencia, era sumamente reducida, La provincia de Chile era mui poco importante para que mereciese que se le dotara de establecimientos de enseñanza como los que habia en Méjico i en Lima. Tampoco poseia imprenta, que tenian no sólo las capitales de los virreinatos, sino las demas capitanías jenerales.

Sin embargo, Chile fué la patria de algunos escritores, teólogos, poetas e historiadores que no carecen de mérito. Los mas notables son: el poeta Pedro de Oña, que a fines del siglo XVI cantó las proezas de la conquista de Arauco, los historiadores P. Diego de Rosales, P. Alonso de Ovalle i Juan Ignacio Molina i el jesuita Manuel Lacunza, el mas hábil i el mas erudito de los milenarios, es decir, de los que

profesan una doctrina basada sobre la creencia de que Jesucristo reinará en la tierra con sus santos, durante mil años ántes del juicio final [17]. La imprenta no fué establecida en Chile sino despues de iniciada la revolucion de la independencia.

9. Capitanía jeneral de Cuba.—En los primeros tiempos de la conquista, las islas del archipiélago de las Antillas, i particularmente la Española o de Santo Domingo, tuvieron una grande importancia; pero desde que se formaron nuevas colonias en el continente i éstas se constituyeron en centro de ricas i pobladas provincias, aquellas fueron consideradas como de ménos valor. Los filibusteros franceses, ingleses i holandeses embarazaron su comercio, i los españoles perdieron gradualmente muchas de esas islas. Jamaica cayó en poder de los ingleses en 1655: los franceses se posesionaron de la mitad de la isla de Santo Domingo casi en la misma época, i muchas otras islas de menor importancia pasaron así al dominio de otras naciones de Europa. Cuba misma fué ocupada por los ingleses en 1762; pero el año siguiente la devolvieron a España en cambio de otras posesiones en la Florida.

El centro del gobierno español en las posesiones de las Antíllas era la ciudad de Santo Domingo en la isla de este nombre. De su capitan jeneral dependian los gobernadores de Cuba, de Puerto Rico i de las posesiones de la Florida i de la Luisiana que fué cedida por los franceses en 1763.

---

[17] La historia colonial de Chile es el objeto de muchos libros en que se hallan reunidos los datos necesarios para formar una idea cabal de los sucesos de la dominacion española i de los progresos de la colonia *. Puede consultarse particularmente la *Historia política de Chile* por don Claudio Gay, o si se quiere, el excelente compendio compuesto para la enseñanza por don Miguel Luis Amunátegui.

---

* Es escusado agregar que lo mas prolijo i lo mas completo acerca de esa época se encuentra en la *Historia jeneral de Chile* del señor Barros Arana, a cuyo estudio dedica los tomos II, III, IV, V, VI i VII.

Allí residia una real audiencia creada por Fernando el católico en 1508, i un arzobispo (1512), de que eran sufragáneos los obispos de Carácas (1636), de Santiago de Cuba (1523), de la Habana (1788), de Luisiana, de Puerto Rico (1511) i de Guayana (1790).

En 1795 la España cedió a la república francesa la parte oriental de la isla de Santo Domingo que habia conservado hasta entónces. Los franceses no sacaron de esta concesion las ventajas que esperaban; sin embargo, el centro del gobierno colonial de los españoles en las Antíllas fué trasladado desde entónces a la isla de Cuba. En 1797 se estableció el tribunal de la audiencia en Puerto-Príncipe, i en 1804 Santiago de Cuba fué erijido en arzobispado. De este modo la administracion de aquella isla, que desde 1601, bajo el gobernador don Pedro Valdes, comenzó a llamarse capitanía jeneral, adquirió sólo a fines del siglo XVIII una verdadera supremacía sobre las otras colonias de las Antíllas. En los asuntos contenciosos, la autoridad de la audiencia de Puerto Príncipe, se estendia no sólo a las otras islas españolas sino tambien a las posesiones de la Florida i la Luisiana, así como la autoridad del arzobispo de Santiago de Cuba era reconocida en todos los obispados que ántes habian dependido del arzobispo de Santo Domingo.

Esta rica colonia, constantemente atacada por los ingleses i franceses, i embarazada en su desarrollo por las restricciones comerciales con que la gravaba la lejislacion colonial, se desarrolló lentamente i aun fué mirada en ménos por la metrópoli, que no sacaba de ella el provecho metálico que le producian las otras posesiones del continente. Sólo mas tarde, cuando España fué introduciendo en la administracion colonial algunas reformas aconsejadas por los desengaños i la esperiencia, pudo adquirir la isla de Cuba un gran desarrollo industrial, merced a las valiosas producciones de su suelo [18].

---

18 No he creido necesario intercalar en esta parte muchas noticias históricas acerca de las posesiones españolas de las Antílla

He querido sólo completar el cuadro de las divisiones políticas i administrativas de las colonias españolas. El lector puede encontrar en muchos libros especiales las noticias que aquí he omitido. Bastará recomendar como uno de los mejores, el *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, por el baron de HUMBOLDT.



CAPITULO II.

Administracion de las colonias españolas.

1. Los representantes del rei.—2. El consejo de Indias i la casa de contratacion.—3. Las reales audiencias.—4 Otros tribunales; el consulado.—5. Los cabildos.—6. Las leyes de Indias; corrupcion administiva.—7. Gobierno eclesiástico.—8. Las misiones; los jesuitas.—9. Las misiones del Paraguai.—10. La inquisicion.—11. Espíritu restrictivo del sistema colonial de los españoles; esclusion de los americanos de los puestos públicos.

---

1. Los representantes del rei.—El sistema administrativo establecido por los españoles en sus colonias del nuevo mundo, estaba basado, como el gobierno de la metrópoli, en el mas completo absolutismo. El soberano nombraba todos los funcionarios, daba las leyes i ejercia una autoridad casi ilimitada como jefe de la nacion i como encargado de sostener el órden i de fomentar la prosperidad en sus estados. El rei no debia dar cuenta a nadie de sus acciones, porque las leyes constitucionales lo habian declarado irresponsable.

Como no era posible que el monarca ejerciera por sí mismo el gobierno de sus dilatadas posesiones de América, las

dividió poco despues de la conquista, en dos grandes virreinatos, el de Nueva España i el del Perú. Posteriormente, como ya hemos dicho en otra parte, se crearon nuevos virreinatos i capitanías jenerales.

El virrei i el capitan jeneral tenian en sus respectivos dominios atribuciones casi iguales, estaban encargados del poder ejecutivo i eran los representantes autorizados del rei. Ejercian el gobierno supremo en lo civil i en lo militar; tenian el derecho de proveer muchos empleos de importancia i de nombrar interinamente para otros cargos que sólo el rei podia proveer. Estaban ademas encargados de las relaciones políticas con los gobernadores de las posesiones coloniales de otros estados i con los jefes de sus escuadras o con sus ajentes. Para el despacho de los asuntos que exijian conocimientos jurídicos, los virreyes i capitanes jenerales tenian a su lado un empleado especial que redactaba i firmaba las decisiones con el título de asesor letrado. En su calidad de representante del rei, aquellos altos funcionarios desempeñaban el vice-patronato en los asuntos eclesiásticos.

Para dar mas respetabilidad a su cargo, los virreyes i capitanes jenerales estaban rodeados de cierta pompa que asemejaba su casa a la corte de los reyes. Tenian guardias de a pié i de a caballo i numerosos servidores, i vivian con gran boato. Este mismo era un motivo de gastos que muchas veces hacian gravoso el desempeño de este cargo. De aquí se orijinaba que muchos de esos funcionarios, olvidando las reglas de la delicadeza, encontraban medios ilícitos para hacer fortuna i sostener el lujo de sus familias.

La lei habia querido hacer a estos funcionarios completamente independientes, i hasta cierto punto estraños al pais que gobernaban. En la estension de su gobierno no podian tener mas propiedad visible que cuatro esclavos. No podian comerciar, casarse, asistir a bodas o entierros, ni ser padrinos. Sin embargo, en la práctica estas disposiciones eran mui poco respetadas.

La duracion del gobierno de estos funcionarios varió mu-

cho en las diferentes épocas; pero todos eran amovibles a la voluntad del soberano; i todos ellos estaban sometidos a un juicio de residencia al terminar su administracion para dar cuenta de la manera como habian desempeñado las funciones que el rei les habia encomendado.

El procedimiento seguido en los juicios de *residencia* estaba destinado a revestirlos de toda formalidad. El consejo de Indias, corporacion de que daremos cuenta mas adelante, presentaba al rei una terna de letrados que podian residenciar al virrei o capitan jeneral que terminaba su gobierno. La eleccion del soberano recaia frecuentemente en un letrado que residiese en América. Este se trasladaba a la capital de la provincia que habia rejido el residenciado; i anunciaba por bando el dia en que debia abrirse el tribunal de residencia i el lugar donde debia instalarse. Todos los que tenian que quejarse de algun abuso de poder, estaban autorizados para entablar sus acusaciones durante sesenta o noventa dias; i entónces el comisionado levantaba sus informaciones, oia los descargos del acusado, i remitia los antecedentes al consejo de Indias que juzgaba en definitiva. Por mas ineficaz que se juzgue este arbitrio para evitar los abusos de poder de los mandatarios, él ejercia una saludable influencia. "Si el que viene a gobernar, decia un virrei de Méjico, no se acuerda repetidas veces que la residencia mas rigorosa es la que se le ha de tomar, puede ser mas soberano que el gran turco, pues no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite, ni practicará tiranía que no se le consienta" [1].

Desgraciadamente, la corte dispensaba con frecuencia este juicio a aquellos funcionarios que tenian valimiento con el rei. El marques de Branciforte, acusado de algunas faltas en el desempeño de su empleo, fué dispensado del juicio de residencia por influjo de su cuñado Godoi, favorito de Cárlos IV, quien declaró estar satisfecho de su buena

[1] Instruccion del virrei, duque de Linares, citada por ALAMAN, libro I, cap. II, tom. 1, páj. 43 de la *Historia de Méjico*.

conducta. Otras veces este juicio quedaba reducido a una farsa. "Si el virrei es rico, mañoso i sostenido en América por un asesor atrevido, i en Madrid por amigos poderosos, dice el baron de Humboldt, puede gobernar arbitrariamente sin temer la residencia."

2. El consejo de Indias i la casa de contratacion.— El consejo de Indias, que desempeñaba importantes atribuciones en la administracion, fué fundado por los reyes católicos inmediatamente despues del descubrimiento del nuevo mundo. Era compuesto de ordinario de funcionarios que habian desempeñado en América importantes destinos i observado en ellos una conducta honorable. Su competencia se estendia a todo cuanto decia relacion con el gobierno de las Indias, i aun tenia atribuciones judiciales en ciertos recursos de apelacion de las resoluciones dictadas por las audiencias. Le correspondia, ademas, proponer al rei para todos los grandes empleos civiles i eclesiásticos, vijilar la conducta de todos los funcionarios, proponer las leyes relativas a las colonias i reclamar la adopcion de las reformas que se creian necesarias. Para que el consejo estuviera perfectamente impuesto de todo lo relativo al gobierno de las colonias, poseia el derecho de examinar todos los documentos públicos o reservados que se enviaban de América. "Desde el primer establecimiento de este consejo, el objeto constante de los reyes ha sido mantener su autoridad i darle de tiempo en tiempo nuevas prerrogativas que pudiesen hacerlo temible a sus súbditos del nuevo mundo. Se puede atribuir en gran parte a los sabios reglamentos i a la vijilancia de este tribunal respetable lo que queda de virtud i de órden público en un pais en donde tantas circunstancias conspiran a producir el desórden i la corrupcion" [2].

En España existia tambien otra corporacion encargada de entender en los negocios de América. Era esta la *casa de contratacion*, establecida en Sevilla en 1501, cuyo puerto fué durante largos años el único autorizado para comerciar

---

[2] Robertson, *Historia de América*, lib. VIII.

con las colonias españolas del nuevo mundo. La casa de contratacion tenia el encargo de inspeccionar todo lo relativo al comercio con las Indias, señalaba las mercaderías que podian remitirse i las que debian pedirse de retorno, fijaba la partida de las flotas, el flete i el tamaño de las naves, su equipo i su destino; pero contaba ademas con atribuciones judiciales, i juzgaba todos los negocios civiles, comerciales i criminales a que daban lugar las relaciones mercantiles entre España i sus colonias. De sus decisiones sólo se podia apelar ante el consejo de Indias [3].

3. LAS REALES AUDIENCIAS.—Con ménos facultades que aquellos dos altos tribunales, las *reales audiencias* tenian una influencia mucho mas considerable en las colonias del nuevo mundo. En el capítulo anterior hemos señalado los lugares en que residian las doce audiencias de América, así como el territorio de sus jurisdicciones respectivas. El número de jueces u *oidores* que componian estos tribunales, variaba mucho segun la importancia de la localidad: así, miéntras la audiencia de Méjico se componia de doce miembros, la de Chárcas, la de Chile i algunas otras sólo constaban de cinco oidores.

Las audiencias eran tribunales supremos, de cuyas sentencias no se podia apelar sino ante el consejo de Indias i sólo cuando el litijio versaba sobre mas de seis mil pesos. Las otras sentencias, así civiles como criminales, aun cuando fueran de pena capital, se ejecutaban sin apelacion. En los asuntos de policía i gobierno que se habian hecho contenciosos, i en que entendian los virreyes o capitanes jenerales, la audiencia fallaba en apelacion. El procedimiento empleado por estos tribunales era sumamente largo i engorroso, de modo que aunque la audiencia se reunia diaria-

3 VEITIA I LINAJE, *Norte de la contratacion de las Indias Occidentales*, lib. I, cap. I.—SOLÓRZANO, *Política indiana*, lib. VI, cap. XVII.—NAVARRETE, *Coleccion*, etc., tom. II, páj. 285, publica íntegras las primeras ordenanzas de la casa de contratacion que sólo conoció de referencia Veitía i Linaje.

mente, i que en jeneral eran pocos los asuntos que se debatian, la resolucion de estos tardaba mucho tiempo. El tribunal ántes de pronunciar su fallo, se hacia leer todas las piezas de los voluminosos espedientes que se habian formado.

Aparte de estas atribuciones, las reales audiencias poseian otras facultades, i ejercian un derecho de vijilancia sobre los demas tribunales. En muchos asuntos de gobierno, los virreyes i capitanes jenerales estaban obligados a consultarlas. Por muerte o por ausencia de aquellos altos funcionarios, el rejente o el oidor mas antiguo de la audiencia eran llamados por la lei para reemplazarlos interinamente. Sólo en los últimos años del gobierno colonial, dispuso el rei que los interinatos recayeran en el militar mas antiguo de la colonia. Las audiencias podian comunicarse directamente con el monarca.

El jefe político del territorio que formaba la jurisdiccion de la audiencia, ya fuera el virrei, el capitan jeneral o el presidente, como en Quito i Chárcas, tenia derecho de presidir la real audiencia i de asistir a sus sesiones, pero carecia de voto deliberativo i consultivo, porque la lei lo autorizaba para ejercer cierta vijilancia, mas no para dictaminar en materias judiciales.

El rei habia querido sustraer a los oidores de toda influencia que pudiera perjudicar a la recta administracion de justicia. En esta virtud, les estaba prohibido ser padrinos, asistir a las bodas o a los entierros, casarse sin permiso en el lugar de su residencia, negociar, tomar o dar dinero a préstamo, mantener estrechas relaciones de amistad i hasta poseer propiedades.

4. Otros tribunales; el consulado.—Las audiencias no eran los únicos tribunales que existian en el nuevo mundo. Los alcaldes municipales, como veremos mas adelante, tenian importantes atribuciones judiciales; pero existian ademas los tribunales especiales para juzgar los gremios o corporaciones que gozaban de fuero. Habia tribunales eclesiásticos, dependientes de los obispos, pero sujetos

tambien a la jurisdiccion de las audiencias, i tribunales militares, de hacienda, de minería i de comercio.

Estos últimos, denominados tambien *consulados*, eran los mas importantes. Fueron establecidos a fines del siglo XVIII: i sus miembros eran nombrados por el término de dos años, por eleccion de los comerciantes. Ademas de sus atribuciones judiciales, les correspondia comunicarse con el rei para proponerle las medidas convenientes para el fomento de la agricultura, de la industria i del comercio. Los consulados podian tener fondos propios; pero debe decirse en su elojio, que supieron aplicarlos en beneficio público trabajando caminos, reparando los puertos, construyendo aduanas i abriendo escuelas. Representaron algunas veces al rei la necesidad de modificar ciertos puntos de la lejislacion comercial, i obtuvieron en este sentido algunas reformas [1].

Los tribunales de minería, ménos antiguos que los consulados, tenian una organizacion semejante, i consagraban igualmente sus esfuerzos al desarrollo de la industria i a la creacion de escuelas especiales. No sólo fijaron reglas para la esplotacion i laboreo de las minas sino que, como sucedió en Méjico, crearon colejios para el cultivo de las ciencias matemáticas.

Los juicios de hacienda debian ser seguidos en primera instancia por los gobernadores; pero las juntas especiales, compuestas de los funcionarios encargados de la administracion del tesoro, juzgaban estas causas en apelacion.

5. Los cabildos. — En esas corporaciones, i particularmente en los consulados, predominaban los españoles, que de ordinario eran los comerciantes mas acaudalados e importantes en las colonias. En cambio, en los cabildos impe-

---

[1] Véase lo que respecto al consulado de Méjico dice ALAMAN, cap. II, lib I, i respecto a los de Buenos Aires i Carácas, MITRE, *Historia de Belgrano*, cap. II, III i IV, i DEPONS, *Voyage a la Terre Ferme*, tom. II, cap. VIII, páj. 437. Este último escritor se empeña en deprimir los trabajos del consulado.

raban regularmente los criollos, lo que convirtió mas tarde estos cuerpos en centros de la resistencia contra el poder de la metrópoli.

Los cabildos o *ayuntamientos* existian sólo en las ciudades i villas, i se componian del gobernador político del lugar que los presidia, i de rejidores que compraban el cargo en remate público. Los rejidores eran vitalicios, i a veces hereditarios; i su número variaba segun la importancia de las localidades. Estaban encargados de la policía de aseo, del ornato i de la sanidad de sus pueblos respectivos, así como de su gobierno político-económico. Les correspondia tambien la eleccion anual de dos alcaldes, funcionarios encargados de administrar justicia en primera instancia, i de velar por el mantenimiento del órden i el respeto a la lei en el territorio de su jurisdiccion.

El rei habia deslindado prolijamente las atribuciones de los cabildos sin limitarlos a una estrecha esfera; pero en la práctica, estas corporaciones trasgredieron mas de una vez sus facultades, injeriéndose en asuntos que no eran de su competencia, i fomentando cierta especie de oposicion al gran poder de los gobernadores. La corte, a pesar de que comprendia las ventajas que resultaban a las localidades de conservar el poder de los cabildos, temió muchas veces el incremento de su poder, i trató de limitarlo mas o ménos directamente.

Para evitar los fraudes a que podia dar lugar la administracion del municipio, la corte habia prohibido terminantemente que los miembros del cabildo pudieran vender cosa alguna a la corporacion, o pudieran rematar la percepcion de ninguno de sus impuestos. La lei buscaba en todo esto la moralidad administrativa.

6. Las leyes de Indias; corrupcion administrativa.— Este sistema administrativo, que hemos bosquejado mui sumariamente, estaba reglamentado con gran minuciosidad por un código especial denominado *Recopilacion de las leyes de Indias.* Formaban este código las disposiciones dictadas por los monarcas españoles desde los primeros

tiempos de la conquista, reunidas en un cuerpo i mandadas observar en 1680. Muchas de sus disposiciones fueron derogadas o modificadas por *reales cédulas* posteriores i por ordenanzas particulares; pero éstas no alcanzaron a formar un cuerpo ordenado, de manera que el estudio de la lejislacion administrativa de las colonias, presentaba sérias dificultades a los pocos años despues de la publicacion de aquel código.

Las leyes de Indias estabán concebidas en jeneral con gran prudencia i revelaban en el lejislador excelentes intenciones, a pesar del espíritu restrictivo que parecia haberlas dictado. Todo lo relativo al gobierno estaba reglamentado con una prolija minuciosidad, de tal manera que al estudiarlas parece que los reyes no habian querido dejar nada a la resolucion, i ni siquiera a la interpretacion de los gobernadores o de los tribunales. La lei no sólo detallaba los derechos i obligaciones de cada uno de los representantes del poder público, sino que fijaba el ceremonial que aquellos debian observar, establecia reglas para el trato de los indios i atendia hasta las mas pequeñas menudencias de la administracion.

Sin embargo, a la sombra de las leyes de Indias se habia introducido una espantosa corrupcion administrativa que reportaba grandes utilidades a la jeneralidad de los mandatarios i gobernantes. En las colonias españolas del nuevo mundo se introdujeron prácticas abusivas de todo jénero i medios mas o ménos injeniosos, mas o ménos atrevidos, para eludir la lei i para convertir la administracion pública en un campo de escandalosas especulaciones. A mediados del siglo XVIII, el rei Fernando VI confió a dos matemáticos españoles, don Antonio de Ulloa i don Jorje Juan, una comision científica en el nuevo mundo, i les encargó que por la via reservada, le informaran acerca de los vicios que notasen en la administracion colonial. Este informe secreto fué dado a luz mucho despues (en 1826) i ha revelado la venalidad de los funcionarios públicos, su codicia insaciable, sus especulaciones indignas, su despotismo injustifica-

ble, i sobre todo la manera como el rei era engañado por sus ajentes subalternos. Los altos empleados percibian sueldos por tropas que no existian, vendian el derecho de comerciar con los estranjeros, hacian contratos onerosos para la provision del ejército i especulaban con todos los ramos del gobierno.

Un historiador mejicano, cuya autoridad es irrecusable, don Lúcas Alaman, refiere que Iturrigarai, "desde que fué nombrado virrei de Nueva España no tuvo otro propósito que hacerse de gran caudal, i su primer acto al tomar posesion del gobierno, fué una defraudacion de las rentas reales, pues habiéndosele concedido que llevase sin hacer la ropa que no hubiese podido concluir al tiempo de su embarque para sí i su familia, introdujo con este pretesto i sin pagar derechos, un cargamento de efectos que vendido en Veracruz produjo la cantidad de 119,125 pesos. Todos los empleos se proveian por gratificaciones que recibian el virrei, la virreina o sus hijos: alteró el órden establecido para la distribucion del azogue a los mineros, haciendo repartimientos estraordinarios por una onza u onza i media de oro, con que se le gratificaba por cada quintal: en las compras de papel para proveer la fábrica de tabaco, hacia poner precios supuestos, quedando en su beneficio la diferencia con respecto a los verdaderos, que le era pagada por los contratistas." [5]

"Un jefe que renunciando a toda delicadeza de sentimientos, pasa a América para enriquecer su familia, dice el baron de Humboldt, encuentra medios de conseguir su objeto favoreciendo a los particulares mas ricos del pais en la distribucion de los empleos, en el reparto del azogue, en los privilejios concedidos en tiempo de guerra para comerciar con las colonias de las potencias neutrales.... Se ha visto virreyes que, seguros de su impunidad, han sustraido en pocos años mas de 8.000,000 de libras tornesas (mas de millon i medio de pesos)."

---

5 ALAMAN, cap. II, lib. I, páj. 47.

La lejislacion colonial autorizaba tambien ciertas prácticas contrarias a la moralidad administrativa, como la venta de ciertos puestos de honor o de algunos empleos no rentados por la corona, pero mui lucrativos. Hemos visto que eran vendibles los cargos de rejidores de los cabildos. Del mismo modo se obtenian los destinos de defensores de menores i de ausentes, de escribanos i muchos otros. La lei habia querido sólo reglamentar estas ventas para impedir que obtuvieran los cargos personas indignas; pero en la práctica, los alcanzaban los que mas pagaban al tesoro real.

7. Gobierno eclesiástico.—En los primeros tiempos de la conquista, cuando la Santa Sede no podia conocer la estension que iban a adquirir las posesiones españolas en el nuevo mundo, Fernando el católico solicitó del papa Alejandro VI, la propiedad de los diezmos eclesiásticos con la obligacion de propagar i mantener en el nuevo mundo la relijion católica (1501). Poco tiempo despues, Julio II le concedió el patronato, esto es, el derecho de proponer para la provision de todos los destinos eclesiásticos de América (1508). A causa de estas dos concesiones, los reyes de España vinieron a ser los jefes de la iglesia americana, los administradores de sus rentas, i autorizados ademas para llenar los destinos vacantes, puesto que los papas confirmaron siempre las elecciones hechas por los soberanos. Desde entónces, las bulas pontificias no tuvieron vigor en América sino en virtud de la sancion concedida por el consejo de Indias.

Los reyes establecieron en América la jerarquía eclesiástica sobre el mismo pié que existia en España, i rentaron a los prelados con una parte de la contribucion decimal, reservándose el resto para los trabajos consiguientes para la propagacion de la fe i la construccion de las iglesias. El primer deber del obispo elejido era prestar el juramento de respetar el patronato i de abstenerse de poner obstáculos a la autoridad real. De aquí resultó la paz entre los dos poderes, el temporal i el espiritual; i cuando los prelados

americanos tuvieron alguna competencia con los virreyes o gobernadores, bastó la decision del rei para ponerle término.

Los prelados tenian bajo su dependencia los tribunales eclesiásticos, encargados de juzgar las causas espirituales i todas aquellas que tenian relacion con los bienes de la iglesia. Cada catedral tenia tambien un cabildo compuesto de sacerdotes casi siempre ancianos i respetables, rentados por la corona. Dependian tambien de los obispos los curas *rectores*, que servian las parroquias en que estaban establecidos los españoles; los curas *doctrineros*, predicadores en el territorio poblado por los indios sometidos; i los *misioneros* encargados de predicar la relijion entre las tribus salvajes.

Fuera de éstos, habia un número considerable de sacerdotes que constituian el clero secular i el regular. En los primeros tiempos de la colonia, la falta de otras ocupaciones hizo que se buscara la carrera eclesiástica como un medio de tener asegurada la subsistencia; pero desde que el rei mandó crear cuerpos de tropas permanentes, i desde que el comercio i la industria tomaron algun desarrollo, el número de eclesiásticos disminuyó considerablemente. Sin embargo, el estado de los sacerdotes de ámbos cleros que habia a fines del siglo pasado ha sorprendido a los historiadores. Se calcula que las provincias que despues formaron las repúblicas de Venezuela, de Colombia i del Ecuador en donde eran ménos numerosos, contaban mas de tres mil quinientos sacerdotes. En la Nueva España habia cerca de quince mil.

De aquí resultaba la fundacion de infinitos conventos, construidos, muchas veces con gran costo i de una manera monumental. El cronista de Indias Jil González Dávila, que escribia en 1649, dice que en aquella época existian en América 840 conventos. Para su sostenimiento, poseian estensas propiedades rurales i urbanas adquiridas por herencia, que les aseguraban una renta considerable. "Un testamento que no contenia algun legado en favor de los con-

ventos, dice un viajero juicioso i observador, pasaba por un acto de irrelijiosidad que ponia en duda la salvacion del que lo habia hecho" [6].

Pero poseian, ademas, otra gran fuente de entradas en las capellanías e imposiciones que gravaban las propiedades. El viajero Depons se pregunta cuál era la propiedad de la provincia de Venezuela que no estaba gravada con imposiciones de esta naturaleza. En las demas colonias, i particularmente en Méjico i en el Perú, como hemos dicho en otra parte, se repetia esto mismo.

El clero gozaba en las colonias españolas de grande influjo basado en el respeto a la relijion, en el recuerdo de grandes beneficios i en sus cuantiosas riquezas. El sencillo pueblo hacia consistir la relijion casi completamente en la pompa del culto i en las funciones relijiosas que le proporcionaban las únicas diversiones de la vida monótona de la colonia. Las fiestas de la iglesia iban acompañadas de fuegos artificiales, de danzas, de loas, de toros i de riñas de gallos. "En este pais, decia un virrei de Nueva España, todo es esterioridad, i viviendo poseidos de los vicios, les parece a los mas que en trayendo el rosario al cuello i besando la mano a un sacerdote, son católicos, i no sé si conmutan en ceremonia los diez mandamientos." Esta seguridad que tenia el clero en su prestijio, fué causa de que muchos de sus miembros olvidaran sus deberes. Los comisionados españoles ántes citados, que informaron secretamente al rei acerca del estado en que hallaron sus posesiones de América a mediados del siglo XVIII, han trasmitido mui tristes noticias acerca de la corrupcion i de la ignorancia de una gran parte del clero.

Los conventos de frailes no eran los únicos establecimientos relijiosos que poseyeran cuantiosos bienes. Habia ademas numerosos monasterios de monjas en que buscaban asilo las mujeres que querian dedicarse a la vida contemplativa. En muchos de ellos no eran admitidas mas que las

[6] DEPONS, *Voyage a la Terre Ferme*, tom. II, páj. 149.

señoras de oríjen español, fomentando así el espíritu aristocrático hasta en el seno de la relijion.

En algunos templos americanos existia una institucion conocida con el nombre de *derecho de asilo*. En virtud de este derecho, los reos de ciertos delitos podian asilarse en las iglesias para sustraerse al castigo a que se habian hecho acreedores. Diversas disposiciones pontificias habian reducido considerablemente el número de delitos que daban derecho al goce de este beneficio, i aun habian limitado el número de iglesias en que era permitido asilarse.

8. LAS MISIONES; LOS JESUITAS.—Los misioneros, como hemos dicho, se ocupaban en la predicacion del cristianismo entre las tribus salvajes i feroces de América; i desplegaron en el ejercicio de este ministerio gran celo evanjélico i las mas relevantes virtudes. Se internaban en las selvas vírjenes del nuevo mundo, estudiaban el idioma i las costumbres de sus salvajes pobladores i soportaban contentos las mayores penalidades. Muchos de ellos sufrieron resignados el martirio para cumplir sus fervientes votos de dilatar los dominios de la fé cristiana. A ellos se debió no sólo el haber suavizado un tanto las costumbres de algunos indios feroces i el haber sometido a otros, sino tambien el haber suministrado importantísimas noticias acerca de la historia, de las costumbres i de las lenguas de las tribus bárbaras. Son ellos los autores de las gramáticas i vocabularios de las lenguas americanas i de una multitud de libros históricos del mas alto interes.

Entre estos misioneros descollaron particularmente los padres de la compañía de Jesus. Establecidos éstos en América a fines del siglo dieciseis, se estendieron rápidamente en todas las colonias, construyeron templos i conventos en casi todas las ciudades, i por medio de un sistema tan hábil como bien sostenido, se hicieron dueños de inmensas propiedades territoriales i dilataron su influencia. No sólo fueron misioneros sino que se contrajeron a propagar la ilustracion en una época de oscuridad i de ignorancia. Su poder i su influjo alarmaron al fin al monarca español; i en

1767 decretó su espulsion de todos sus dominios. Esta órden, impartida con el mayor sijilo, fué ejecutada de improviso para impedir todo conato de resistencia.

La acusacion principal que se habia hecho a los jesuitas consistia en atribuírseles pretensiones de invadir las atribuciones del poder civil, i en injerirse demasiado en los negocios del Gobierno para imprimirle su direccion. En apoyo de esta acusacion, se citaban los establecimientos de misiones planteados en el nuevo mundo, muchos de los cuales corrian a su cargo. La órden de padres franciscanos habia reducido algunas tribus de indios obligándolos a vivir en sociedad civil i a someterse a cierto réjimen invariable; pero fueron los jesuitas los que llevaron mas adelante este sistema de reduccion pacífica de los salvajes.

9. Las misiones del Paraguai.—Las misiones llamadas del Paraguai fueron el modelo mas acabado de este sistema de reduccion. Estaban establecidas al sur de la República actual del Paraguai, en la rejion bañada por los rios Paraná i Uruguai. Los jesuitas llegaron allí en 1639, cuando ya se habian fundado las primeras poblaciones españolas, i recibieron el encargo de someter a los *guaraníes* que habitaban aquel pais. Pusieron en ejercicio un sistema análogo al que habia empleado Las Casas en la colonizacion de Guatemala, atrayendo a los naturales por medio de regalos i de halagos. Al mismo tiempo, los portugueses que ocupaban las rejiones vecinas, perseguian a los guaraníes, de modo que sin pensarlo eran los ausiliares de los jesuitas. Una vez atraidos, los indios eran sometidos de grado o por fuerza a vivir en los pueblos ya fundados o en otros de nueva creacion, sujetos al réjimen de la mas severa disciplina.

En el pueblo de Candelaria residia un padre llamado superior de las misiones que era el jefe de todos los curas de pueblos; i en cada uno de éstos habia dos jesuitas, uno encargado del gobierno temporal i el otro del espiritual. Cada pueblo ademas tenia un correjidor, o jefe político, alcaldes i rejidores indios, que, formaban un cabildo como en los

pueblos españoles; pero estos funcionarios eran sólo los ejecutores de las disposiciones del padre jesuita encargado del gobierno. Este resolvia todas las cuestiones así civiles como criminales, con gran blandura es verdad, pero sin permitirles apelacion ante los tribunales españoles.

Los jesuitas reglamentaron el trabajo de los indíjenas. Estaban estos obligados a cultivar los campos; i para no hacerles pesada esta tarea, los padres habian covertido las faenas agrícolas en una verdadera fiesta. Los indios salian al trabajo en procesion, llevando en andas una imájen de la vírjen que marchaba al son de música, i que era colocada en una enramada donde se hacia oir la música miéntras duraba el trabajo. Recojidas las cosechas, eran llevadas al almacen de la comunidad que estaba bajo la direccion de los padres. Estos se encargaban de alimentar i vestir igualmente a todos los indios; i el sobrante de las cosechas, compuestas de algodon, telas ordinarias, tabaco, cueros, yerba mate i maderas, era conducido en embarcaciones propias para ser negociado en Buenos Aires o en otras colonias, i para obtener de retorno las herramientas que eran necesarias en las misiones. Los padres eran los únicos directores de esta negociacion, porque los indios no podian comprar ni vender nada, sino sólo permutar un alimento por otro.

Toda la organizacion civil de las misiones estaba establecida de un modo análogo. Los trabajos de las mujeres estaban tambien sometidos a las mismas reglas; i las diversiones que eran mui frecuentes para tener contentos a los indios, i que consistian en bailes i representaciones, tenian la misma regularidad que los trabajos. Hasta el traje que debian usar estaba rejimentado, como tambien lo estaban las ceremonias de la iglesia i la manera como debian presentarse en ella.

Los padres cuidaban particularmente de la enseñanza relijiosa de los indios; pero éstos aprendian las oraciones i la doctrina cristiana en la lengua guaraní, para lo cual los jesuitas establecieron imprentas en que publicaban, muchas veces con tipos trabajados en las mismas misiones, algunos

libros de piedad en idioma guaraní. Muchos indios aprendian a leer, pero sus conocimientos no pasaban mas allá. La lengua castellana era casi completamente desconocida.

Este sistema de regularidad en todas las acciones de la vida era practicado hasta en la construccion de las casas i la distribucion de las ciudades. El viajero que visita los pueblos que formaron las misiones del Paraguai queda sorprendido al notar la semejanza que hai en todos ellos, hasta el punto de creer que es víctima de una ilusion i que habiendo recorrido todas las misiones, no ha visto mas que un solo pueblo. Las iglesias eran suntuosas; pero las casas de los padres i las habitaciones de los indios eran mui modestas.

Los jesuitas habian establecido esta disciplina sin usar de medidas rigurosas, tratando a los indios con mucha blandura al mismo tiempo que cohartaban absolutamente su libertad. Este sistema de gobierno, que ha encontrado ardientes admiradores, i que los jesuitas quisieron plantear en otras colonias del nuevo mundo, no produjo, sin embargo, los resultados que se esperaban de él. Aunque los padres intentaron establecer nuevas misiones en el territorio del Chaco para reducir a los salvajes que lo poblaban, no pudieron adelantar mucho sus trabajos. Los mismos indios sometidos hicieron tan pocos progresos en la vida civil, que despues de la espulsion de los jesuitas se les encontró en la mas completa imposibilidad para gobernarse por sí mismos, i fué necesario mantenerlos sometidos a un réjimen semejante al que usaban los fundadores de las misiones. Muchos de ellos abandonaron los pueblos i volvieron a la barbarie como si nunca hubieran conocido las ventajas de la vida civilizada. [7]

[7] La historia i la organizacion de las misiones del Paraguai han sido el objeto de muchos estudios especiales cuyos autores se han dividido estraordinariamente en sus apreciaciones. El lector puede hallar todo jénero de noticias en la excelente *Históire du Paraguai* por el padre jesuita CHARLEVOIX, que tuvo a la vista

10. LA INQUISICION.—La inquisicion, creada en España por los reyes católico para juzgar i castigar a los herejes, judíos i moriscos, fué establecida tambien en los dominios de América poco tiempo despues de la conquista (1571). Los monarcas instituyeron al efecto tres tribunales establecidos en Méjico, en Lima i en Cartajena, en el virreinato de Nueva Granada. A cada uno de éstos estaba sometida una vasta estension del territorio americano, bajo la vijilancia de comisarios especiales.

Como en América habia mui pocos herejes, nombre con que eran designados los protestantes, i rarísimós judíos o moriscos, la inquisicion se ocupó particularmente en juzgar los delitos cometidos por los sacerdotes en el ejercicio de sus funciones, i lo que ahora parece increible, en perseguir a los brujos i hechiceros. El tribunal seguia los procesos con la mayor reserva, aplicaba horribles tormentos para arrançar las declaraciones, i castigaba con severísimas penas faltas imajinarias o las simples opiniones. Muchas veces los acusados eran quemados vivos en medio de una gran fiesta denominada *auto de fe*; i para hacer mas solemnes estas atrocidades se esperaba que hubieran varios reos condenados para quemarlos a todos en un solo dia. Otros acusados eran condenados a la abjuracion de sus errores, a la confiscacion de sus bienes i a la reclusion mas o ménos larga. Es menester advertir que la opinion pública consideraba como un oprobio infamante, el sólo hecho de haber sido procesado por la inquisicion.

Este tribunal tenia grandes poderes. No sólo no debia cuenta a nadie de sus procedimientos, sino que sus fallos no tenian apelacion. Poseia riquezas considerables adquiridas en la confiscacion de los bienes de los acusados, i tenia

---

los mejores trabajos de los jesuitas españoles; pero debe consultar tambien la *Descripcion del Paraguai* por don Félix de AZARA, i sobre todo el capítulo 13 de su primer tomo, que difiere abiertamente en sus apreciaciones de los escritores jesuitas.

bajo su dependencia numerosos empleados subalternos conocidos con la denominacion de familiares. Tanto en España como en el nuevo mundo, el título de familiar de la inquisicion era mui codiciado por personas de alta posicion social.

En los últimos tiempos de la dominacion española, el rigor de la inquisicion habia cedido mucho a las luces del siglo: los autos de fe se habian hecho ménos frecuentes, i aun el número de procesados era mucho menor. Sin embargo, la inquisicion conservaba escrupulosamente una de sus mas importantes atribuciones que consistia en prohibir la lectura i circulacion de los libros en que se encontraban proposiciones contrarias al dogma, que ofendian el pudor o que tendian a quitar al gobierno su consideracion i a las leyes su respeto.

En cumplimiento de este encargo, la inquisicion habia reglamentado escrupulosamente todas las operaciones comerciales de los pocos mercaderes de libros que habia en el nuevo mundo, sometiéndolos a una escrupulosa inspeccion i a severas penas. Habia formado, al efecto, un catálogo en que se encontraban anotados todos los libros cuya lectura i circulacion era prohibida por cualquier motivo. Un catálogo impreso en 1790 contiene los nombres de 5,420 autores, i una inmensidad de libros anónimos. Entre otros se encontraban el *Robinson Crusoe*, las obras de Boileau i muchos escritos enteramente inofensivos. La introduccion o la venta de cualquiera de esos libros era castigada severamente; i para mantener la vijilancia, la inquisicion estimulaba los denuncios secretos estableciendo así la desconfianza en la sociedad, i las visitas domiciliarias para perseguir las obras prohibidas.

11. Espíritu restrictivo del sistema colonial de los españoles; esclusion de los americanos de los puestos públicos.—Este sistema de gobierno no habia sido el resultado de una sola concepcion. La esperiencia habia enseñado poco a poco a los monarcas españoles la ma-

nera de mejorar el gobierno de las colonias, o mas bien dicho, de asegurarse su dominacion i de cimentar en ellas un órden invariable. Por esta misma razon, habian introducido importantes modificaciones, sobre todo desde que subieron al trono los reyes de la casa de Borbon; pero siempre mantuvieron el espíritu restrictivo que habia dictado las primeras providencias.

Estas restricciones no estaban reducidas a la privacion de toda libertad política, sino que consistian en numerosas trabas industriales i comerciales dictadas, como veremos mas adelante, con el fin de servir a los intereses mal comprendidos de la metrópoli, i con un propósito fijo de impedir en el nuevo mundo la propagacion de los conocimientos que podian desarrollar el espíritu de libre exámen i los principios de insurreccion. La corte, ademas, ejercia sobre sus empleados una vijilancia constante, i cuidaba sobre todo de que éstos fueran representantes fieles de sus sentimientos i de sus opiniones.

Las leyes no establecian diferencia alguna entre los europeos i los americanos para la provision de los empleos públicos. Léjos de eso, algunas reales cédulas daban a los últimos la preferencia para ciertos beneficios eclesiásticos; i en efecto gozaron de algunos destinos subalternos. Pero los empleos de un órden superior, aquellos que exijian particularmente poseer la confianza del monarca, eran concedidos casi siempre a los españoles de nacimiento. Tenian éstos, en efecto, la oportunidad de solicitarlos directamente en la corte; i su nacionalidad era una segura garantía de que habian de cuidar de los intereses de la metrópoli. Así sucedió que de 170 virreyes que hubo en América, sólo 4 fueron americanos, i éstos eran hijos de empleados españoles. Esto mismo se repetia en los otros destinos importantes. De 602 capitanes jenerales de provincia, sólo 14 fueron orijinarios del nuevo mundo; i de 706 obispos, sólo 105 fueron americanos. En el siglo XVII, el célebre jurisconsulto Solórzano notaba que en justicia debian ser americanos los miembros del consejo de Indias, así como los

consejos de Aragon, de Portugal, de Flándes i de Italia, se componian de los naturales de estos paises [8].

Sin embargo, i a pesar de la respetabilidad del personaje que hacia esta indicacion, los americanos quedaron escluidos ordinariamente del consejo de Indias. Pero, como el reglamento orgánico de esta corporacion exijia que sus miembros fuesen conocedores de los negocios del nuevo mundo, el rei llamaba a su seno a los oidores de las audiencias de Indias, que como casados por lo comun en el nuevo mundo, se les consideraba americanos naturalizados. Igual cosa se repitió a la época de la creacion de un ministerio particular de Indias, cuyos oficiales fueron considerados americanos, por haber residido largo tiempo en las colonias. De aquí resultaba, como es fácil suponer, una rivalidad constante entre americanos i españoles que contribuyó a preparar la revolucion de la independencia [9].

De este modo, i por medio de otras medidas que señalaremos mas adelante, el sistema de gobierno adoptado por la España en sus colonias del nuevo mundo estaba consultado principalmente para favorecer los intereses de la metrópoli [10].

---

8 SOLÓRZANO, *Política indiana*, lib. VII, cap. XIV, núm. 5.

9 Véase la *Historia de la Revolucion de Nueva España*, por el doctor don Servando MIER, publicada en Lóndres en 1813 con el seudónimo de *José Guerra*, tomo II, páj. 644 i siguientes.

10 Las *Leyes de Indias* i las cédulas dictadas despues de la publicacion de ese código forman el conjunto de noticias mas completos para conocer la organizacion política i administrativa de las colonias españolas. La célebre obra del jurisconsulto SOLÓRZANO, i algunos tratados especiales contienen tambien infinitas noticias que me ha sido necesario abreviar mucho para adaptarlas a la reducida estension de este libro. El lector puede formarse una idea mas o ménos completa leyendo el libro VIII de la excelente *Historia de América* de ROBERTSON, algunos capítulos de la *Historia Antigua de Venezuela* de BARALT, i las introducciones que ALAMAN i RESTREPO han puesto a sus historias de la revolucion de Méjico i de Colombia.



CAPÍTULO III.

Organizacion social de las colonias españolas; industria; instruccion pública.

1. Clasificacion de los habitantes de las colonias de América.—2. Condicion de los indios.—3. Industria minera.—4. Agricultura; industria fabril.—5. Comercio.—6. Rentas públicas.—7. Condicion de los estranjeros en las colonias españolas.—8. Instruccion pública.—9. Ciencias i letras.—10. Costumbres.

1. Clasificacion de los habitantes de las colonias de América.—La primera consecuencia que tuvo para la América la conquista española fué la gran despoblacion de su territorio. Las guerras que sus antiguos habitantes tuvieron que sostener contra sus invasores, por sangrientas que fueran, constituyeron sólo una de las causas de su despoblacion. El trabajo forzado a que se obligó a los naturales, el rigor con que fueron tratados, i las enfermedades desconocidas en el nuevo mundo que, como las viruelas, hicieron tantos estragos, redujeron rápidamente la poblacion indíjena.

Sin embargo, si esta raza disminuyó considerablemente hasta el punto de desaparecer del todo en algunas

rejiones, la poblacion europea se acrecentó poco a poco i llegó a formar con el tiempo una base respetable. A los pocos años de consumada la conquista, los pobladores del nuevo mundo se dividieron naturalmente en diversas jerarquías, separadas en parte por la lei, pero mas profundamente todavía por las costumbres i las preocupaciones. Formaban la primera clase los españoles de nacimiento, denominados vulgarmente *chapetones* en casi toda la América, i *gachupines* en Méjico. Eran éstos en su mayor parte aventureros que venian al nuevo mundo en busca de fortuna, o empleados de cierta jerarquía cuyas familias gozaban de una regular posicion en la metrópoli. Ejercian principalmente la industria mercantil, la cual, gracias al monopolio impuesto por los reyes, producia en poco tiempo grandes beneficios. Las preferencias de que gozaban, les daban una grande importancia en las colonias.

La segunda clase era formada por los *criollos*, hijos o descendientes de los europeos. Herederos de los conquistadores o de comerciantes que habian reunido una fortuna considerable, los criollos eran, en jeneral, ménos activos e industriosos que los españoles, vivian de ordinario en la ociosidad i perdian fácilmente los bienes que habian heredado. Algunos de ellos poseian títulos de nobleza legados por sus mayores; otros, i éste era el mayor número, aunque provinientes de un oríjen oscuro o humilde, buscaban ilustres abolengos, hacian surcir libros jenealójicos, solicitaban títulos de condes i de marqueses i vivian infatuados con alguna cruz de caballería. Eran frecuentes la creaciones de mayorazgos para dar consistencia a estos honores, i la adquisicion de algun título en las ventas que disponian los reyes para beneficiar algun establecimiento. Las preferencias de que gozaban los chapetones eran causa de un odio mal encubierto que debia manifestarse en la primera oportunidad.

En tercer órden figuraban los *mulatos*, hijos de europeos i negros, i los *mestizos*, hijos de europeos e indios. Formaban éstos la plebe de las grandes ciudades, los trabajado-

res de las minas i de los campos i los soldados del ejército; pero las leyes i las preocupaciones los mantenian sometidos a una condicion humillante. Los mestizos gozaban ante la lei de los mismos derechos que los españoles i sus descendientes, aunque en la práctica eran menospreciados. Pero los mulatos eran reputados infames de derecho: no podian obtener empleos, i aunque las leyes no lo impedian, no eran admitidos a las órdenes sagradas. Les estaba prohibido tener armas, i a sus mujeres el uso del oro, de la seda, de los mantos i de las perlas [1].

Los *negros* africanos importados a América como esclavos, formaban la cuarta escala de la jerarquía social de las colonias españolas. Su número variaba considerablemente en las diversas localidades. Los paises tropicales los tenian en mayor abundancia, porque su robusta constitucion los hacia mui útiles para el cultivo de la caña de azúcar, del tabaco i del añil. En las otras colonias, como sucedia tambien en Méjico i en el Perú, los negros eran empleados en el servicio doméstico, i constituian una parte del lujo de sus señores. Usaban ricos vestidos i gozaban de particulares distinciones. Enorgullecidos por estos favores, los negros eran los enemigos irreconciliables de los indios, con los cuales hasta les era prohibido emparentarse. En las colonias en que los africanos fueron empleados como trabajadores, la poblacion negra llegó a ser mui numerosa i alcanzó a constituir un peligro para la tranquilidad pública. Los odios que resultaban de esta division de castas, fomentados, puede decirse, por los españoles, eran la mas segura garantía de su dominacion.

2. Condicion de los indios.—Las leyes habian hecho de los indios una clase separada de las demas de la poblacion. Algunas tribus que rechazaron constantemente a los conquistadores, siguieron en la vida salvaje asiladas en los bosques, Otras, que se sometieron a la dominacion de los invasores, se incorporaron lentamente a las poblaciones es-

[1] Leyes 14 i 28, tít. 5º, lib. 7 de la *Recopilacion de leyes de Indias.*

pañolas o quedaron viviendo en pueblos apartados aunque reducidos a cierto sistema de gobierno. Una lei de Indias los autorizaba para conservar sus usos i costumbres con tal que no fueran contrarios a la relijion cristiana [2]. Otras mandaban que fuesen tratados como hombres libres, i vasallos de Castilla; i para libertarlos de los fraudes de los españoles, el rei les concedió los privilejios de menores. Los indios ademas estaban exentos del servicio militar, del pago del diezmo i de otras contribuciones; tenian abogados encargados de defenderlos sin emolumento alguno, i los fiscales del rei eran sus defensores natos. En cambio, estaban obligados al pago de un derecho denominado capitacion que debian cubrir todos los varones desde 18 hasta 50 años, i que variaba en las diversas localidades, pero que puede avaluarse aproximativamente en un peso anual por cabeza.

Esta era la parte de la lejislacion favorable a los indíjenas; pero habia otras disposiciones que hacian sumamente gravosa su condicion. Los indios eran vasallos inmediatos de la corona o dependientes de otro vasallo al cual habian sido adjudicados a título de encomienda. Estas concesiones, hechas en tiempo de la conquista, duraban sólo miéntras vivia el español agraciado con el repartimiento, i a veces se hacian estensivas a la vida de sus hijos. Los reyes solian prolongar esta concesion; mas de ordinario, los indios volvian al dominio de la corona. Pero ya pertenecieran a los encomenderos o al rei, éstos estaban gravados con un impuesto de trabajo, ménos penoso sin duda que el que les impusieron los conquistadores, puesto que las leyes habian introducido importantes modificaciones, pero que constituia una pesada carga. Por un salario fijo, se les obligaba a trabajar en el cultivo de los campos, en el cuidado de los rebaños, en la construccion de los edificios públicos i de los caminos, i, lo que era peor que todo, en la esplotacion de las minas i en el beneficio de los metales. Debian concurrir

---

[2] Lei 4ª, tít. 1º, lib. 2, de la *Recopilacion de leyes de Indias.*

al trabajo alternativamente i por divisiones para asegurarles algun descanso. Este órden era denominado *mita*, i las leyes habian prohibido con grande escrupulosidad que se obligase a los indios a trabajar fuera de su turno, o a trasladarse a muchas leguas de distancia de sus habitaciones.

A pesar de estas prescripciones, i de la repeticion de las órdenes reales para asegurar su cumplimiento, la mita llegó a ser un motivo de terror para los infelices indios. No sólo se les exijia mayor trabajo que aquel a que estaban obligados, si no que se les trasportaba a grandes distancias para aplicarlos a la esplotacion de las minas que era la faena mas penosa i mortífera de cuantas se conocian en el nuevo mundo. El rei mismo se vió precisado a relajar la severidad de las leyes protectoras de los indios i a disponer el establecimiento de éstos en los lugares inmediatos a los minerales, que jeneralmente eran estériles i malsanos [3].

Cuando los bárbaros vivian en las ciudades españolas, estaban sometidos a sus leyes i a sus majistrados; pero en los pueblos de indios eran gobernados segun sus tradiciones por un jefe denominado cacique, i la tribu tenia de ordinario el nombre de república. El rei habia creado un empleado que debia representarlos con el título de *protector de los indios*. El derecho de *capitacion* que éstos pagaban, era invertido en gran parte en remunerar al protector, al cacique i al cura doctrinero que estaba encargado de la propagacion i del mantenimiento de la fe. Los indios habrian vivido felices i contentos bajo este réjimen si la mita no los nubiera arrancado periódicamente de sus casas para ser destinados a penosos trabajos, i si los funcionarios encargados de protejerlos no hubieran convertido sus destinos en un campo de escandalosas especulaciones. Los protectores de los indios i los curas hallaron siempre arbitrios de enriquecerse por medio de artificiosas violaciones de la lei [4].

---

3 ESCALONA, *Gazophilatium regium perubicum*, lib. I, cap. XVI.

4 El lector puede consultar a este respecto las *Memorias secre-*

3. INDUSTRIA MINERA.—La esplotacion de las minas fué la industria a que se dirijió principalmente la actividad de los conquistadores españoles. Desde los primeros tiempos del descubrimiento, las riquezas auríferas del nuevo mundo fueron el principal atractivo de la inmigracion europea. Se creia hallar los metales preciosos en grande abundancia; i en efecto, los conquistadores encontraron en diversas rejiones, i particularmente en Méjico i el Perú el oro i la plata que habian beneficiado los indíjenas. Los españoles, al fundar una ciudad, pocas veces buscaban una situacion favorable para el comercio o para el cultivo agrícola; léjos de eso, se establecian en los lugares en que creian encontrar minas o lavaderos de oro. Durante mucho tiempo, sin embargo, el beneficio de esta esplotacion no correspondió a sus esperanzas.

Por fin, en 1545, un indio que perseguia en las montañas del sur del Perú un llama estraviado, descubrió por casualidad el rico mineral de Potosí. Poco tiempo despues, en 1546 se comenzó en Méjico la esplotacion de las valiosas minas de Zacatecas, ménos ricas talvez que las de Potosí, pero que en los primeros 184 años de su esplotacion, produjeron 832 millones de pesos [5]. Despues de estos se hicieron algunos otros descubrimientos no solo en aquellos dos paises sino tambien en el territorio del virreinato de Nueva Granada i de la capitanía jeneral de Chile. El baron de Humboldt, despues de comparar la opinion de diversos autores i de hacer algunos cálculos tan estudiados como juiciosos, espone que las minas de las colonias españolas del nuevo mundo habian producido hasta 1803 la suma enorme de 4,851 millones de pesos de 48 d.

El brillante resultado que algunos industriales habian obtenido en la esplotacion de las minas desarrolló conside-

tas de don Jorje JUAN, i don Antonio de ULLOA publicadas en Lóndres en 1826, que contienen horribles pormenores del despotismo con que fueron tratados los indios durante la dominacion española.

[5] Conde de la LAGUNA, *Descripcion de Zacatecas.*

rablemente la pasion de los colonos por este jénero de trabajo. Segun las leyes españolas, el descubridor tenia derecho a la mina que habia hallado, i le bastaba pedir su posesion al gobernador local para que éste le señalara la estension de tierras que podia esplotar i le diera un número de indios suficiente para el trabajo, a condicion de dar principio a él en un tiempo determinado, i de pagar al rei los derechos de quinto que le correspondian. De ordinario, el descubridor no podia hacer por sí todos los gastos de la esplotacion, i se veia forzado a organizar una sociedad cuyos derechos y obligaciones estaban perfectamente deslindados por la lei; a los estranjeros, sin embargo, les era prohibido tomar parte en esas negociaciones. Desgraciadamente no todos los mineros fueron igualmente felices en sus especulaciones; i al lado de unos pocos que hicieron en pocos años fortunas colosales, habia muchos que vivieron siempre en la pobreza, i que arrastraron en su ruina a capitalistas acaudalados. Aparte de esto, la pasion por las minas alejó a los españoles de los otros ramos de industria e impidió, por lo tanto, el desarrollo de la riqueza nacional. Esta es la razon por que los historiadores, de acuerdo en este punto con los mas sanos principios de la economía política, han dicho que las riquezas minerales han producido mas males que beneficios a los paises que estuvieron sometidos bajo la dominacion española.

4. AGRICULTURA; INDUSTRIA FABRIL.—La agricultura tenia en las colonias españolas mucha ménos importancia que la minería. Sin embargo, el valor de algunas de sus producciones estimuló su desarrollo. La caña de azúcar, trasportada del oriente i cultivada por primera vez en la isla Española en 1520, se estendió con rapidez en las rejiones tropicales i produjo resultados verdaderamente maravillosos. La cochinilla, insecto que se cria en América Central i en Méjico en las hojas de algunas plantas i particularmente en el nopal, era cultivada con particular esmero, i tenia un alto precio en el comercio para el tinte de las telas. La cascarilla, uno de los remedios mas apreciados

por la medicina moderna, era cosechada en el virreinato del Perú. El añil, el cacao, el algodon i el café, producciones todas de la zona tórrida, constituian una gran fuente de cultivo i de riqueza. El tabaco i el maiz eran cultivados en diversos climas. En la zona templada prosperaban fácilmente el trigo i otras producciones europeas que tenian una alta importancia comercial. Los ganados europeos se incrementaron rápidamente en todas las colonias.

Sin embargo, estos ramos de industria prosperaban lentamente. El comercio mutuo entre las colonias estaba sujeto a muchas trabas i prohibiciones; i la esportacion a la metrópoli no sólo estaba gravada con pesados derechos, sino sujeta, como veremos mas adelante, a un espantoso monopolio. Todos los productos de la agricultura, i hasta las fábricas de azúcar, debian pagar el impuesto del diezmo, que era tanto mas oneroso cuanto mayor fuera la actividad del labrador i la produccion. Faltaban ademas los caminos para el trasporte de los frutos, de donde resultaba que el precio ínfimo de éstos en un punto, se triplicaba ántes de llegar a los puertos en que debian ser embarcados.

Pero el mayor mal provenia del errado sistema económico adoptado por los reyes a pretesto de dispensar una falsa proteccion a la industria de la metrópoli. El cultivo de la viña i del olivo estaba prohibido en casi toda la América, i sólo en atencion a la distancia de España, i a la dificultad de trasportar por el istmo de Panamá cargas tan considerables como el vino i el aceite, permitió el rei que Chile i el Perú cultivaran esas plantas, pero se les prohibió rigurosamente que llevaran sus productos a las rejiones que podian recibirlos directamente de Europa.

Las mismas trabas embarazaban en el nuevo mundo el desarrollo de la industria fabril. Estaba ésta casi reducida a la preparacion de los productos de la agricultura, como el refinamiento del azúcar; pero en algunos puntos, como en Quito, se habian establecido pequeñas fábricas de teji-

dos que producian un paño regular. A fines del siglo XVI existia en la ciudad de Puebla, en Nueva España, una fábrica de paños que comenzaba a surtir con sus productos a las otras colonias. Felipe III, en las instrucciones que dió al virrei, marques de Montesclaros, en 23 de mayo de 1603, le encargó que no sólo impidiera el incremento de dicha fábrica, sino que embarazara el comercio de paños. El rei creia justificar este atentado con el pretesto de aumentar la industria i el comercio de la metrópoli i de aliviar a los indios del trabajo que les imponia esta labor.

5. Comercio.—Pero donde estaba mas manifiesto el espíritu restrictivo i monopolizador del sistema que adoptaron los españoles para el gobierno de sus colonias, era en el réjimen que establecieron para su comercio esterior. Sujeto desde el principio a muchas trabas, recibió un golpe de muerte en 1573. Felipe II dispuso que el puerto de Sevilla fuese el único que pudiese negociar con las Indias, i confió la vijilancia de las operaciones mercantiles a los oficiales de la casa de contratacion. Las penas de muerte i de confiscacion del cargamento fueron señaladas a los contraventores de esta lei. Habíase resuelto que los comerciantes despachasen las espediciones una sola vez al año, acompañadas precisamente de las naves de la flota real, i con la condicion inalterable de que sus cargamentos no habian de exceder de 27,500 toneladas. El derrotero de las naves estaba prolijamente fijado por las leyes. Posteriormente se reglamentaron otros detalles de la administracion pública relativos al comercio, i concebidos en el mismo sentido.

La corte creyó que el esclusivismo concedido a los comerciantes castellanos iba a redundar en beneficio del tesoro nacional, que habia de percibir los impuestos sobre la esportacion, i de la industria española que gozaria sin competencia del comercio de la América. Cárlos V habia comenzado la serie de desaciertos con que, deseando protejer las fábricas de la península, preparó su completa ruina. Sus sucesores prohibieron la importacion de mercancías

estranjeras manufacturadas, i la esportacion de las producciones nacionales no manufacturadas, para no fomentar la industria estranjera. Prohibieron tambien hasta con pena de la vida la importacion de las primeras materias estranjeras porque fomentaban la industria de otros paises. De este modo, España se aisló en sus relaciones comerciales; i ese aislamiento, que enriqueció por un momento a algunos industriales, trajo por consecuencia final la paralizacion i la ruina de las fábricas españolas.

La corte, sin embargo, no recojió las lecciones que le suministraba la esperiencia. Durante cerca de dos siglos se hizo el comercio de las Indias de la manera que habia dispuesto Felipe II. Hasta 1717 gozó el monopolio el puerto de Sevilla; pero desde este año el comercio de América se trasladó a Cádiz, que ofrecia mayores comodidades a las naves. Desde allí salian cada año los *galeones* i la *flota* destinados al nuevo mundo que iban repartiendo su cargamento en diversos puntos de la costa. Tocaban primero en Cartajena de las Indias, punto de reunion de los comerciantes de Nueva Granada i Venezuela; i pasaban en seguida a Portobelo, donde esperaban la flota los mercaderes del Pacífico. Allí se establecia una gran feria durante cuarenta dias en que se cambiaban las manufacturas europeas por los tesoros del Perú i de Chile o por algunas producciones de su suelo. La escuadra seguia su viaje hácia Méjico hasta el puerto de Veracruz, donde eran desembarcadas sus mercancías para ser vendidas en la ciudad de Jalapa, en otra feria del mismo modo que se habia hecho en Cartajena de las Indias i Portobelo. La escuadra tocaba en la Habana i volvia a Europa cargada de metales preciosos o de producciones americanas.

El comercio colonial, organizado de esta manera, fué convertido en el mas escandaloso monopolio. Los comerciantes de Sevilla o de Cádiz, únicos que podian gozar de los beneficios, lograron circunscribir las operaciones mercantiles a unas cuantas casas de comercio, que obtenian en esta especulacion resultados verdaderamente maravillo-

sos. Libres para fijar el precio de sus mercancías i seguros de que no habia competencia posible, duplicaban i triplicaban el capital empleado en cada una de las espediciones. Miéntras tanto, los colonos americanos estaban obligados a pagar los artículos europeos al precio que le fijaban los beneficiados por el monopolio i a reducir sus operaciones mercantiles a los estrechos límites que éstos les designaban.

Miéntras la industria española se mantuvo próspera, los negociantes de Sevilla se limitaron a esportar a América sus productos; pero la decadencia industrial de la metrópoli comenzó a hacerse sentir desde fines del siglo XVI, cuando la poblacion creciente en las colonias del nuevo mundo reclamaba mayor cantidad de artículos importados. Desde entónces, los mismos agraciados con aquel monopolio se vieron precisados a comprar sus mercancías a los estranjeros, a despecho de la lei que prohibia todo comercio con los estraños. De este modo, los metales preciosos del nuevo mundo llegaban a Europa para pagar el valor de las manufacturas estranjeras. En el siglo XVII se decia comunmente que la España era la garganta por donde pasaban los tesoros de América, pero que el estómago estaba en Inglaterra, Francia i Holanda. Fué inútil que los reyes conminaran con penas terribles a los que estrajeran el oro de la península. Felipe III llevó la insensatez hasta el punto de querer dar a la moneda de cobre un valor igual a las de plata; pero este espediente arruinó el crédito i aumentó la miseria.

Este comercio fué frecuentemente turbado por las espediciones de los corsarios holandeses, franceses o ingleses que recorrian las costas del nuevo mundo para apresar las naves españolas que volvian a la metrópoli cargadas con los tesoros de las Indias. Estas perturbaciones produjeron otro mal: en la necesidad de surtirse de mercancías europeas, los colonos americanos las compraron de contrabando; i a pesar de las leyes que condenaban este tráfico con la

pena de muerte, se estableció en grande escala en casi toda la América. El rei habia puesto obstáculos al desarrollo del comercio lejítimo entre las diversas colonias para favorecer los intereses de la metrópoli; pero a pesar de todas las prohibiciones, las leyes eran desobedecidas i el contrabando tomaba cada dia un desarrollo mas considerable.

Hasta el advenimiento de los reyes de la casa de Borbon, subsistieron estos errores económicos, i sólo entónces se corrijeron en parte. Con Fernando VI principió una nueva éra para la industria tanto en España como en América; pero su sucesor, si no dió la completa libertad de comercio, introdujo a lo ménos notables reformas que produjeron grandes beneficios. Cárlos III, en 1763, concedió a todo español la libertad para comerciar con la Habana, Santo Domingo, i otras colonias del nuevo mundo desde Cádiz, Barcelona, la Coruña i otros puertos, i rebajó considerablemente los derechos de esportacion. Poco tiempo despues, en febrero de 1778, se hizo estensivo este beneficio a Buenos Aires, Chile i el Perú; i mas tarde la esportacion de los frutos americanos, se vió libre de los pesados derechos que la gravaban.

Los beneficios que el libre comercio trajo no sólo a los comerciantes i consumidores, sino aun a la corona, se hicieron sentir desde el primer dia; pero los favorecidos por el antiguo monopolio protestaron enérjicamente contra estas medidas, en que veian claramente su inevitable ruina, i sus protestas i reclamaciones hallaron eco en la corte de España i la detuvieron en su gloriosa carrera de reformas. Las consecuencias de las primeras concesiones, sin embargo, ilustraron la opinion, que no contenta con ellas, pidió mayor i mas alta libertad comercial. Los consulados americanos fundados a fines del siglo anterior, se ocuparon varias veces de esta materia. Junto con la libertad de comercio con el universo entero, se pedia tambien la completa supresion de las trabas i gabelas impuestas a la esportacion de los frutos nacionales. La revolucion de la independencia llegó

ántes que se hubiera llevado a cabo tan importante reforma [5].

6. RENTAS PÚBLICAS.—El comercio suministraba a la corona rentas importantes. Pertenecian a este número el *almojarifazgo*, derecho de aduana que se cobraba sobre las mercaderías introducidas o esportadas, el de *armada* establecido para el sostenimiento de los buques que defendian las costas, i el de *consulado* exijido a la época de la creacion de este tribunal para proporcionarle fondos.

No eran éstas las únicas contribuciones que pagaban las colonias americanas durante la dominacion española. Existia, ademas, el impuesto denominado *alcabala*, con que estaba gravada la venta de los bienes muebles o raices; pero la mas pesada de todas las contribuciones era sin duda el *estanco*, que comprendia no sólo los objetos de lujo o de entretenimiento, como el tabaco o los naipes, sino tambien artículos de primera necesidad como la sal, i hasta las diversiones públicas.

La corona, aparte de algunos impuestos de menor importancia, tenia otros ramos de entradas que pueden llamarse eventuales. Tales eran el producto de la venta de tierras públicas i de empleos, i los derechos conocidos con el nombre de *lanzas* i *medias anatas*. Pagaban el primero los condes i marqueses a falta de los servicios personales que estaban obligados a prestar bajo el réjimen feudal. El segundo consistia en una deduccion del sueldo de los empleados en el primer tiempo que prestaban sus servicios. Estos

[5] El lector que quiera conocer la historia del comercio español durante el réjimen de la colonia, puede consultar las *Memorias históricas sobre la lejislacion i Gobierno del comercio de los españoles con sus colonias*, por don Rafael ANTÚNEZ i ACEVEDO, un vol. Madrid, año de 1797; el *Exámen imparcial de las disensiones de la América con la España*, por FLORES ESTRADA, publicado en Lóndres en 1811, i reimpreso con notables agregaciones en Cádiz en 1812, part. III; los documentos publicados por CAMPOMANES en el *Apéndice a la educacion popular* i la *Teoría i práctica del comercio marino* por don Jerónimo UZTARIZ.

diversos impuestos, que eran mui gravosos a consecuencia del atraso industrial de las colonias, producian, sin embargo, una renta reducida a la corona. Algunas provincias no alcanzaban siquiera a cubrir sus gastos, i recibian ausilios pecuniarios de las provincias vecinas [6].

7. Condicion de los estranjeros en las colonias españolas.—El sistema de prohibicion i esclusivismo adoptado por los españoles para el gobierno de sus colonias de América, se manifestaba mui particularmente en todo cuanto tenia relacion con los estranjeros. Por mucho tiempo les fué absolutamente prohibido el domiciliarse en las posesiones españolas; i los pocos estranjeros que viajaron o se establecieron en ellas tuvieron que impetrar permiso de la corte o que probar que provenian de oríjen español i que eran católicos, apostólicos i romanos.

Estas prohibiciones fueron rebajándose lentamente con el trascurso del tiempo, i a consecuencia de las modificaciones introducidas en la administracion de España por los reyes de la casa de Borbon. Muchos irlandeses i algunos franceses emigrados de su pais despues de la revolucion de 1789, fueron sin embargo ocupados por el rei en diversos puestos públicos. Por fin, en 3 de agosto de 1801, el rei fijó la cantidad de 8,200 reales vellon (410 pesos) como

[6] Para que el lector se forme una idea aproximativa de la renta de cada una de las colonias españolas, doi en seguida un estado señalando en él el año a que se refieren las partidas de entradas, indicando en otros casos que las cifras provienen simplemente de un cálculo aproximativo, cuando faltan los datos para fijarlo con toda exactitud.

Virreinato de Nueva España	(año de 1809)	$	15.693,895
Capitanía jeneral de Guatemala	(computada)	,,	775,674
Virreinato de Nueva Granada	(año de 1801)	,,	1.355,634
Presidencia de Quito	(año de 1303)	,,	251,000
Capitanía jeneral de Carácas	(año de 1808)	,,	1.530,000
Virreinato del Perú	(año de 1804)	,,	5.751,487
Virreinato de la Plata	(año de 1803)	,,	3.903,535
Capitanía jeneral de Chile	(computada)	,,	619,000

precio del permiso que podia concederse a los estranjeros para residir en las Indias, con tal que poseyeran ciertas cualidades, la primera de las cuales era el ser católicos.

Este permiso no los libertaba de los desagrados consiguientes a su calidad de estranjeros. "Si viven en la miseria i en la crápula, dice un célebre viajero, i sobre todo si están reducidos a la mendicidad, quedan tranquilos bajo la humillante salvaguardia del desprecio del español. Si ejercen algun oficio o alguna profesion, tienen por enemigos i por perseguidores a todos los españoles del mismo oficio o de la misma profesion. Si se enriquecen, deben prestar su dinero a bajo interes. Si tienen mas conocimientos que el comun de las jentes, son siempre sospechosos, porque la idea jeneral de los españoles es que todo estranjero instruido debe ser enemigo de las leyes del pais" [7]. A esto se agregaba la desconfianza cuando no la persecucion del tribunal de la inquisicion por sospechas de irrelijiosidad.

8. Instruccion pública.—Este mismo espíritu de desconfianza i de restriccion habia precedido a todas las disposiciones tomadas por la corte respecto a la instruccion pública. Circunscrita primero sólo a ciertas clases de la sociedad, i basada sobre una organizacion viciosa, la enseñanza hizo en América mui pocos progresos, aun en la época en que comenzaron a desaparecer las rancias preocupaciones i en que el gobierno mismo parecia cambiar de sistema político.

Las primeras escuelas establecidas en América fueron fundadas en los conventos por los relijiosos de diversas órdenes, distinguiéndose los jesuitas en esta tarea. Posteriormente, bajo el reinado de Cárlos III, los cabildos establecieron otras escuelas, pero éstas no alcanzaron a satisfacer las necesidades de la instruccion, i el pueblo quedó poco mas o ménos privado como ántes de recibir la enseñanza primaria. Aun la instruccion que se daba en esas escuelas era sumamente imperfecta. "No bien adquiere el niño una

[7] Depons, *Voyage a la Terre Ferme*, tomo I, pájina 183.

vislumbre de razon, dice un letrado venezolano, don Miguel José Sanz, citado por el viajero Depons, cuando se le pone en la escuela, i allí aprende a leer en libros de consejas mal forjadas, de milagros espantosos o de una devocion sin principios, reducida a ciertas prácticas esteriores, propias sólo para formar hombres falsos o hipócritas. Bajo la forma de preceptos se le inculcan máximas de orgullo i vanidad que mas tarde le inclinan a abusar de las prerrogativas del nacimiento o la fortuna, cuyo objeto, i fin ignora." La instruccion de las mujeres estaba todavía mucho mas descuidada.

Los hijos de los propietarios, de los comerciantes o de los empleados eran casi los únicos que recibian esta escasa instruccion. Muchos de ellos aprendian sólo a leer i escribir. Otros seguian sus estudios superiores para alcanzar una de las dos carreras a que podian aspirar los colonos, el sacerdocio o la abogacía. Sólo en los últimos años de la dominacion española, se comenzó a enseñar la medicina en algunas capitales de las colonias.

La mayor parte de los obispados americanos, conforme a las disposiciones del concilio tridentino, tenia un seminario. Existian ademas otros colejios fundados por el gobierno, a instancias de algunos particulares, i aun las universidades creadas por el rei en diversas ciudades análogas a las de la metrópoli, a los cuales un célebre literato (don José Joaquin de Mora) denominaba "alcázares del error"; pero mui inferiores a ellos. "Los estudios estuvieron siempre en mal estado. Algunos principios de gramática latina, sin conocer ántes los de la lengua castellana; la filosofía aristotélica estudiada en latin, en jurisprudencia, el derecho civil de los romanos, el canónico o las decretales de los papas, esplicadas por rancios comentadores; en teolojía moral i dogmática, inútiles cuestiones que servian mui poco para conocer la relijion cristiana i la moral: hé aquí a lo que se reducian los estudios clásicos" [8].

---

[8] RESTREPO, *Historia de la revolucion de Colombia*, intr. páj. 19

Sólo a fines del siglo XVIII se enseñaron algunos principios empíricos de física como parte de la filosofía, escritos en un latin bárbaro. La química, la mecánica i las ciencias físicas i matemáticas eran casi completamente desconocidas. Aun los ramos que se estudiaban, estaban reducidos a un aprendizaje estéril, recargado de sutilezas calculadas mejor para eludir que para resolver las dificultades, haciendo completa abstraccion del sistema esperimental i de todo lo que pudiera desarrollar la intelijencia.

Este órden de cosas, a que contribuia poderosamente la falta de libros i la suspicaz vijilancia del gobierno español para impedir su introduccion en las colonias, se conservó en el fondo aun despues de haberse dado mayor ensanche a los estudios bajo el reinado de los últimos reyes de la casa de Borbon. En Méjico se estableció un jardin botánico, i en Bogotá un observatorio astronómico; pero el gobierno metropolitano mantuvo en pié la máxima de que los colonos no debian adquirir muchos conocimientos para que permanecieran sumisos.

9. Ciencias i letras.—A pesar de esto, algunos hombres de intelijencia privilejiada pudieron cultivar privadamente diversos ramos de las ciencias. Adquirian sus conocimientos en los libros que entraban a las colonias furtivamente, o a lo ménos venciendo grandes dificultades. Consgrados algunos de ellos a la observacion de paises desconocidos de los europeos, i por tanto libres de toda competencia, pudieron componer trabajos interesantes sobre el clima, la jeografía, la historia natural, las antigüedades i hasta la jurisprudencia especial de las colonias del nuevo mundo. Esos sabios, sin embargo, por aventajados que fueran, i por grande que fuese su contraccion, estaban mui atras del movimiento científico europeo por la falta de libros i de instrumentos de observacion. El baron de Humboldt refiere que durante sus viajes en el nuevo mundo se veia asediado por personas que iban a hacerle preguntas sobre diversos puntos de las ciencias i a examinar sus instrumentos, pero que lo miraban en seguida con cierto desden cuando veian

que no tenia consigo algunos libros envejecidos en mas de medio siglo [9]. Sólo en Méjico, Lima i Santa Fe de Bogotá habia mejores elementos de estudio, i sólo los hombres ilustrados habian hecho mayores progresos.

La literatura se resentia tambien del sistema prohibitivo que habian establecido los españoles para impedir la introduccion de libros. En jeneral en América eran mui poco conocidas las producciones literarias escritas en las otras lenguas vivas. Sin embargo, algunos escritores de cierto mérito compusieron obras recomendables de poesía o de historia. Pero la decadencia de las letras españolas desde fines del siglo XVII se hizo sentir en el nuevo mundo de un modo violento.

Por otra parte, los escritores americanos carecian de estímulo, i muchas veces no podian publicar sus obras por falta de imprenta. La literatura colonial casi no tenia mas medios de manifestacion que los sermones que se predicaban en el púlpito, los elojios de los virreyes i los capitanes jenerales i los versos que componian en su loor los doctores de las universidades, i algunos romances destinados a celebrar los milagros de algun santo o dar cuenta de un *auto de fe* o de alguna corrida de toros.

Entre otras obras escritas en América, son notables dos, mas que por su mérito literario, por el trabajo de paciencia que su composicion habia impuesto a sus autores. Un relijioso mejicano llamado frai Juan Valencia compuso en el siglo XVII 350 dísticos en honor de Santa Teresa que pueden leerse del mismo modo de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Un jesuita peruano, el padre Rodrigo de Valdes, compuso un poema histórico de la fundacion de Lima, tambien en el siglo XVII, que contiene 2,288 octosílabos que pueden leerse en latin o en castellano segun

9 HUMBOLDT, *Voyage aux regions equinoxiales du nonveau continent*, liv. II, chap. V.

se quiera, porque en ámbos idiomas el sentido es uno mismo [10].

En otro lugar [11] hemos dado ya noticia de algunos escritores americanos. Sus obras, sin embargo, reflejo débil i pálido del movimiento literario de Europa, no ejercieron influencia alguna sobre los otros elementos sociales así como no retrataron su espíritu. Por eso creemos que se pueden reunir noticias mas o ménos prolijas acerca de los escritores del nuevo mundo, pero que no es posible bosquejar una historia literaria.

10. COSTUMBRES.—Los conquistadores españoles importaron a la América con su lengua i con sus leyes, sus costumbres, sus hábitos, sus creencias i sus preocupaciones. La supersticion relijiosa formaba en América como en España, el fondo del carácter nacional. La ociosidad, resultado de la falta de industria que producia el sistema restrictivo, echó aquí como en la península, profundas raices, que no han podido arrancar los nuevos hábitos introducidos por la independencia i la libertad industrial. Las fiestas públicas eran como en España las corridas de toros, las riñas de gallos, cuando no los *autos de fe*, como sucedia en Méjico i en Lima, cuando se echaban a la hoguera algunos herejes o supuestos hechiceros. El teatro, conocido sólo en algunas ciudades del nuevo mundo, no llegó a ser un espectáculo popular, ni mucho ménos un arte cultivado con talento i esmero.

A pesar de esto, los vínculos morales que unian a los americanos con la metrópoli eran demasiado débiles. Los colonos respetaban al rei por costumbre; pero en jeneral las noticias que llegaban a América de las desgracias de España, o de sus triunfos i progresos despertaban poco interes. Se pensaba en las guerras marítimas porque ellas producian perturbaciones en el comercio, i éstas eran causa de

[10] Un escritor mejicano, Francisco Javier Alegre tradujo en exámetros latinos la *Iliada* de Homero.

[11] Véase atras, part. III, cap. I, §§ 2, 4 i 6.

grandes pérdidas o de negociaciones mui provechosas. Por lo demas, los colonos habian olvidado las tradiciones españolas, sus glorias i su historia, como si formaran una familia aparte. Cuando se hicieron sentir los primeros síntomas de independencia, los americanos se llamaron descendientes de Atahualpa i de Guatimocin, de Caupolican i de Lautaro.

La vida social de las colonias españolas fué caracterizada por una tranquilidad mui semejante a la paz de los sepulcros. Las fiestas relijiosas, casi siempre ostentosas, la celebracion del advenimiento de un nuevo rei, o del nacimiento de un príncipe, las exequias de algun miembro de la real familia, i las reyertas consiguientes a los capítulos de frailes, eran casi los únicos motivos que ajitaban la opinion e interrumpian la monotonía de la vida colonial. Pocos fueron los viajeros que despues de haber visitado la América bajo el réjimen español, sospecharon que en el fondo de aquella estraordinaria tranquilidad existian los jérmenes de una profunda revolucion.



CAPITULO IV.

Colonias portuguesas

(1580-1808)

1. El Brasil bajo la dominacion española.—2. El Brasil vuelve a la dominacion portuguesa; espulsion de los holandeses.—3. Establecimiento de una compañía de comercio; invasiones de los franceses.—4. Los paulistas; las minas de oro i diamantes.—5. Cuestiones de límites con las posesiones españolas.—6. Pombal; reformas administrativas.—7. Divisiones administrativas; gobierno del Brasil durante la dominacion portuguesa.—8. Gobierno eclesiástico.—9. Poblacion.—10. Industria; rentas públicas.—11. Progresos del Brasil en los últimos años de la dominacion portuguesa.

---

1. El Brasil bajo la dominacion española.—Las colonias fundadas por los portugueses en el Brasil se habian desarrollado lentamente cuando el rei de España Felipe II incorporó a sus estados el reino de Portugal, que habia quedado vacante por muerte del rei don Sebastian i del cardenal don Enrique que le sucedió en el gobierno (1580). Se creia entónces que el Brasil era ménos rico en minas que las colonias españolas, i por eso mereció poca atencion de

Felipe II i de sus sucesores. Los negocios de estas colonias quedaron gobernados por el rei de España, con la intervencion de un consejo denominado de Portugal que tenia injerencia en el gobierno de este reino.

Las primeras consecuencias de este cambio de gobierno se hicieron sentir mui luego en el Brasil. La política agresiva de Felipe II produjo la guerra de diversas potencias estranjeras contra aquellas colonias. En 1588, Bahía fué saqueada por el marino ingles Roberto Witherington; en 1591, Cavendish incendió a San Vicente; i en 1595, Lancaster tomó a Olinda. De este modo, la rivalidad entre Inglaterra i España habia ido a embarazar el progreso de las colonias del Brasil.

Poco tiempo despues, fueron los franceses los invasores. En 1612, Daniel de la Touche, señor de la Revardière, a la cabeza de 500 franceses i con una escuadrilla de tres naves, efectuó un desembarco en la costa de Marañon, i levantó un fuerte con el nombre de San Luis en honor del rei de Francia, Luis XIII. Las fuerzas portuguesas que guarnecian el Brasil obligaron a los franceses, despues de reñidos combates, a abandonar su colonia i a reembarcarse para Europa. En esa misma época se habian establecido algunos aventureros estranjeros en las márjenes del Amazonas; i convencido el rei Felipe III de que el gobierno del Brasil no podia atender aquella parte del territorio, resolvió crear en 1624 un gobierno separado, compuesto de las provincias de Pará i de Marañon, i denominado estado del Marañon.

Pero los enemigos mas poderosos que los españoles tuvieron que combatir en aquellas colonias fueron los holandeses. Una asociacion organizada en Holanda con la denominacion de compañía de la India oriental habia equipado escuadras para arrebatar a los españoles el dominio de las posesiones portuguesas del Asia. Las ventajas alcanzadas por aquella compañía produjeron la creacion de otra, denominada compañía de la India occidental. El gobierno de la república holandesa le concedió el monopolio del comercio

de América i de la costa de Africa en que los portugueses tenian algunos establecimientos.

La compañía despachó en 1624 una escuadra contra la ciudad de Bahía. La ciudad se rindió sin resistencia; pero habiéndose reunido las tropas de las colonias inmediatas, i habiendo llegado al Brasil el almirante español don Fadrique de Toledo con un refuerzo de tropas, los holandeses se vieron obligados a abandonar sus conquistas (mayo de 1625). Este contratiempo, sin embargo, no los desalentó. La compañía organizó una nueva espedicion compuesta de 64 naves i 8,000 soldados bajo el mando del jeneral Enrique Loncq que llegó a Pernambuco en febrero de 1630. Olinda fué sorprendida i entregada al saqueo [1].

La guerra se sostuvo seis años sin resultado definitivo. Los holandeses fueron rechazados de Bahía, pero en otros puntos obtuvieron notables ventajas sobre los portugueses. En enero de 1637 llegó a Pernambuco el príncipe Juan Mauricio de Nassau, nombrado por la compañía de las Indias occidentales capitan jeneral de sus posesiones del Brasil. Político tan hábil como militar esperimentado, este jeneral reunió un ejército de 10,000 hombres, intentó diversas empresas militares: i aunque fué rechazado en algunas ocasiones por los portugueses, dilató, sin embargo, los límites de la dominacion holandesa desde las bocas del rio San Francisco hasta la provincia de Marañon. No contento con esto, el príncipe envió uno de sus oficiales a la costa de Africa, a tomar posesion de los establecimientos portugueses a fin de regularizar la introduccion de esclavos negros en el Brasil, i mandó una espedicion a las costas de Chile para inquietar a los españoles en sus posesiones del Pacífico. Regularizó la administracion pública, aumentó las ren-

[1] Olinda, fundada en los primeros tiempos de la conquista del Brasil, era la capital de la provincia de Pernambuco. La ciudad de Recife, llamada comunmente Pernambuco, fué fundada un poco mas tarde por el príncipe Mauricio de Nassau durante la dominacion holandesa. Olinda es ahora una especie de arrabal de la ciudad de Pernambuco, de que sólo dista una legua.

tas de la compañía, fortificó las desembocaduras de algunos rios, construyó puentes para dar facilidad al comercio estimuló la amalgamacion de las diversas razas fomentando los matrimonios i observando una completa tolerancia en materias relijiosas, i fundó o ensanchó algunas ciudades. Recife, o Pernambuco, data de esta época. El príncipe de Nassau soñaba en la creacion de un estado poderoso [2].

2. El Brasil vuelve a la dominacion portuguesa: espulsion de los holandeses.—La dominacion de los españoles en Portugal llegó a su término en 1640. Don Juan, duque de Braganza, fué proclamado rei despues de una revolucion consumada en poco tiempo i sin grandes dificultades. El virrei del Brasil don Jorje de Mascarenhas, marques de Montalbao, proclamó en Bahía al nuevo soberano de Portugal, conocido en la historia con el nombre de don Juan IV. El gobernador de Marañon, Salvador Correia reconoció tambien el nuevo gobierno. En el sur, sin embargo, este reconocimiento se hizo con alguna dificultad. Los habitantes de San Paulo, queriendo conservarse bajo la dependencia de la España, finjieron proclamar a un caballero mui respetado llamado Amador Bueno; pero cuando este era aclamado por el pueblo, salió a la calle gritando: ¡viva don Juan IV! La multitud aclamó entónces al nuevo rei, de modo que el duque de Braganza quedó reconocido en el Brasil sin resistencia alguna.

Aquellas colonias habian alcanzado en esa época un notable desarrollo a pesar de las trabas que les oponia el sistema restrictivo empleado hasta entónces por los portugueses i los españoles. En el sur, sobre todo, la colonizacion habia tomado grande incremento. Los aventureros que poblaban esas colonias habian visitado las montañas centrales, i se habian estendido hasta los límites de los establecimientos españoles, reconociendo al efecto los rios que van a

[2] La historia de la administracion de Mauricio de Nassau ha sido prolijamente referida por un historiador holandes, Gaspar Van Baerle en una obra la tinatitulada *Rerum in Brasilia Gestarum Historia*, Amsterdan, 1647, en fol.

vaciar sus aguas en el Plata i sometiendo las numerosas tribus de indíjenas.

En el norte quedaron todavía los holandeses. El nuevo rei de Portugal celebró una tregua de diez años con el gobierno de Holanda. Pero sea que no tuviera noticia de este convenio o que no quisiese respetarlo, para asegurar i dilatar sus conquistas, el príncipe de Nassau se empeñó en nuevas espediciones i ocupó una parte de la provincia de Marañon. En 1643, Nassau fué llamado a Holanda i entregó el gobierno a una junta compuesta de tres miembros; pero éstos no supieron gobernar con la prudencia de su antecesor, i en lugar de emplear su moderacion, ejercieron odiosas vejaciones. Desde entónces comenzó la decadencia del imperio holandes en el Brasil.

Esta política torpe produjo una sublevacion. Un rico propietario de Pernambuco, Juan Fernández Vieira, encabezó el movimiento (junio de 1645); pero la insurreccion dió lugar a una de esas guerras en que todo un pueblo destituido de recursos i de organizacion militar lucha contra tropas ventajosamente colocadas i bien capitaneadas. La corte de Portugal i los gobernadores de las otras colonias del Brasil, prestaron a los pernambucanos mui escasos socorros, pero éstos hallaron en su patriotismo i en su desesperacion el valor necesario para sostener una guerra atroz que los holandeses hicieron todavía mas horrible con crueldades injustificables. La lucha duró diez años con resultado vario. Por fin, en enero de 1654, los holandeses que defendian a Pernambuco se rindieron a sus enemigos reconociendo la soberanía del rei de Portugal.

La dominacion holandesa habia durado 30 años; i aunque dejaba tras de sí el recuerdo doloroso de matanzas de prisioneros i de otras crueldades innecesarias, dejaba tambien importantes trabajos públicos, mejoras industriales i algunos jérmenes de riqueza. El Brasil, sus producciones i sus recursos fueron conocidos en Europa por las noticias que comunicaron los holandeses [3].

---

[3] VARNHAGEN, *Historia geral do Brazil*, tom. II, páj. 44.

3. ESTABLECIMIENTO DE UNA COMPAÑÍA DE COMERCIO; INVASIONES DE LOS FRANCESES.—Durante la guerra con los holandeses fué instituida en Portugal una compañía jeneral de comercio destinada a alejar para siempre a los estranjeros de las costas del Brasil (1649). La compania debia mandar dos escuadras cada año compuesta cada una a lo ménos de 18 navíos, quedando exentas de toda sujecion a los delegados del rei. La corona le permitió alistar tropas a su servicio, i le concedió el monopolio de trasportar a Europa todos los productos del Brasil, cobrando por esto derechos que se fijaron de antemano. Concediósele ademas el monopolio de la venta de muchos artículos, entre los cuales se hallaban la harina, el aceite i el vino. Ya de antemano se habia prohibido la fabricacion de licores destilados de la caña de azúcar; de modo que la compañía podia gozar mas ámpliamente de los beneficios concedidos por el monopolio. De este modo, los reyes de Portugal, siguiendo la política egoista de los soberanos españoles, ponian embarazo en el Brasil al desenvolvimiento de la industria colonial.

Pero si este monopolio i las providencias tomadas por la compañía para vijilar las costas del Brasil alejaron algo a los negociantes estranjeros, poco mas tarde se vieron amagadas por las escuadras enemigas del Portugal. A principios del siglo XVIII, con motivo de la guerra de la secesion de España, Francia se hallaba en abierta hostilidad con la nacion portuguesa. En 1710 uua escuadra mandada por Duclerc desembarcó 1,000 hombres i atacó a Rio de Janeiro; pero despues de haber perdido la mitad de su jente en una batalla, Duclerc i los compañeros que sobrevivian, fueron hechos prisioneros, i asesinado aquél en su prision.

Esta noticia produjo en Francia una jeneral indignacion en todo los ánimos. El célebre almirante Duguay Trouin juró vengar a sus compatriotas, i equipó, con el ausilio del rei i de muchos comerciantes, una escuadra de 16 navíos con 4,500 hombres de desembarco. Los espedicionarios llegaron en setiembre de 1711 a Rio de Janeiro, cuya plaza se hallaba desmantelada, pero estaba defendida por una guar-

nicion de 8,000 soldados. El gobernador portugues, Moraes de Castro no supo defender la ciudad; i despues de haber sufrido los fuegos de la artillería francesa, abandonó la plaza para juntarse con los refuerzos que esperaba del interior. En seguida firmó una capitulacion por la cual se obligaba a entregar a Duguay Trouin una considerable cantidad de dinero para rescatar la capital. El almirante frances salió en efecto de Rio de Janeiro con direccion a Bahía; pero habiendo perdido en una tempestad dos de sus naves cargadas de botin, siguió su viaje a Europa. A pesar de esta pérdida, la empresa produjo a los armadores un beneficio de mas de 92 por ciento sobre el costo de la flota.

4. Los Paulistas; las minas de oro i de diamantes.— El resto de la historia colonial del Brasil tiene mui escaso interes; pero hai un episodio que ha llamado particularmente la atencion de los historiadores. Como hemos dicho en otra parte [1], el establecimiento de un colejio de jesuitas en el sur del Brasil con la advocacion de San Paulo, llevó allí una regular poblacion. Los naturales de aquel distrito eran varoniles i esforzados; i los frecuentes matrimonios con los europeos produjeron una raza de hombres atrevidos i emprendedores. El primer objeto de su actividad fué buscar minas de ricos metales. Hallaron en efecto algun oro, pero no en cantidad suficiente para satisfacer su ambicion. Los *paulistas* contrajeron su enerjía a peligrosas escursiones contra los indios de tribus remotas con el objeto de procurarse esclavos. Habiendo observado las señales de veneros de oro en las montañas situadas al norte de San Paulo, muchas espediciones de aventureros intentaron penetrar en ellas. Desde el año de 1629, los paulistas atacaron repetidamente los establecimientos de misiones en el Paraguai, a pesar de que ámbas provincias estaban sometidas nominalmente a la corona de España, i redujeron un gran número de indíjenas a la esclavitud. Otras partidas penetraron en

[1] Tom. 1, part. II, cap. XIX, § 4.

el distrito actual de Minas Jeraes i se internaron al norte i al oeste en busca de oro. Estos emprendedores aventureros son presentados en la historia con los mas caprichosos colores, dando a sus espediciones i a sus luchas con los jesuitas del Paraguai, cierto colorido novelesco [5].

Los primeros esploradores hacian sus espediciones para volver a sus casas cargados de botin. Pero desde que estas escursiones se hicieron a paises mas remotos i desde que los nuevos descubrimientos fueron mas importantes, se hizo necesario el establecimiento de algunas colonias. Desde fines del siglo XVII, algunas asociaciones de aventureros se establecieron en el distrito de Minas Jeraes, i a principios del siglo siguiente, el rei elevó al rango de ciudades a cinco de esas colonias. Por fin, en 1720, aquel distrito fué separado de San Paulo i constituido en una provincia aparte.

Desde el tiempo de la dominacion española, el Brasil habia tenido una lejislacion especial dictada por Felipe III en 1618. Sin embargo, esas ordenanzas fueron por mucho tiempo letra muerta; i los establecimientos de lavaderos de oro fueron el teatro de constantes desórdenes. La corona percibia difícilmente los impuestos hasta que en 1714, los establecimientos mineros fueron obligados a pagar 30 arrobas de oro cada año. Cinco años despues se estableció en la provincia de Minas Jeraes una fundicion real en que debia fundirse todo el oro recojido con la obligacion de pagar un quinto al tesoro real, prohibiéndose al efecto la esportacion del oro en polvo. Aunque se hicieron algunas modificaciones en la percepcion de este impuesto, el derecho del quinto quedó subsistente, i produjo a la corona mas de cien arrobas de oro cada año. Los estranjeros no podian tener parte en esta esplotacion.

Las minas de diamantes, que comenzaron a esplotarse casi en ese mismo tiempo, no ocuparon un lugar tan impor-

---

5 Ferdinand DENIS, *Le Brésil dans l'Unviers pittoresque* p. 180 i sigtes.

tante como las de oro en la historia del Brasil, no sólo porque no fueron causa de que se estendiera la poblacion, sino porque no introdujeron notables reformas en la administracion ni dieron orijen a desórdenes [6]. Su descubrimiento en los arroyos de Serro do Frio, remonta apénas al año 1729, o mas bien dicho, esta fué la época en que la corona comenzó a sacar algun beneficio de esas minas. En el primer tiempo, el gobernador de Minas Jeraes, Lorenzo de Almeida, dictó algunas ordenanzas para su esplotacion; pero desde que comunicó a la corte su descubrimiento, ésta dispuso (1731) que las minas de diamantes fuesen consideradas como propiedad real, i que los terrenos diamantinos fuesen rematados por contratos. No habiendo empresarios que acometieran este negocio, se acordó el permitir la libre esplotacion de esas minas mediante un derecho de capitacion que debia ser pagado por cada negro empleado en este trabajo. El feliz resultado de estas especulaciones permitió mas adelante el arriendo de este negocio, que aseguró al rei una renta considerable. Sin embargo, los diamantes de mas de 20 quilates fueron adjudicados esclusivamente a la corona.

5. CUESTIONES DE LÍMITES CON LAS POSESIONES ESPAÑOLAS.—Los derechos de la corona del Portugal al territorio del Brasil estaban basados sobre el tratado de Tordesíllas, celebrado con España en 1494; pero tanto los portugueses como los españoles se olvidaron de esas estipulaciones en sus conquistas del nuevo mundo. Reunidas las dos coronas bajo el reinado de Felipe II, el tratado llegó a ser innecesario.

Restaurada la monarquía portuguesa, la corte concibió el proyecto de dilatar sus posesiones de América; i al efecto, el gobernador de Rio de Janeiro don Manuel Lobo, despues de una espedicion mui sijilosa, fundó la colonia del Sacramento, mas jeneralmente conocido con el nombre de Colonia, en la márjen boreal del rio de la Plata 1680.

6 VARNHAGEN, *Historia geral do Brazil*, seccion XLII.

El gobernador de Buenos Aires don José Garro, viendo en esto un ataque a los derechos del soberano español, sorprendió la colonia, arrasó sus fortificaciones i remitió a Lima al jefe portugues en calidad de prisionero.

Este fué el oríjen de una cuestion debatida con gran ardor por los representantes de ámbas coronas durante mas de un siglo. Gobernaba en España Cárlos II, monarca débil i cuitado, que a consecuencia de los quebrantos que habia sufrido en Europa, no se atrevió a sostener sus derechos contra el rei de Portugal. Consintió en devolver la colonia del Sacramento hasta que comisarios especiales arreglaran la cuestion de límites; pero como nó se llegara a un resultado definitivo, los españoles volvieron a apoderarse de ella en 1705, hasta que por la paz de Utrecht, celebrada ocho años despues, la colonia fué definitivamente cedida a los portugueses. Desde entónces pasó a ser un albergue de contrabandistas que negociaban fraudulentamente con las posesiones españolas de la otra banda del rio de la Plata.

Para poner atajo a la invasion portuguesa en aquellos paises, Felipe V dispuso la fundacion de una ciudad. El gobernador de Buenos Aires don Bruno Mauricio de Zavala echó en 1724 los cimientos de Montevideo, i sentó la dominacion española en la misma costa en que los portugueses se habian establecido. La guerra se renovó en breve; pero ámbas cortes celebraron en 1750 el célebre tratado de Madrid, por el cual la España cedió estensos territorios comprendidos entre el Paraguai i el Brasil i obtuvo en cambio la posesion de la colonia del Sacramento. La demarcacion de límites de las posesiones de ámbas potencias dió oríjen a nuevas dificultades: renováronse las hostilidades; el virrei de Buenos Aires don Pedro Cevállos, despues de posesionarse a viva fuerza de aquella plaza, destruyó sus fortificaciones i la agregó para siempre a los dominios del rei de España (1777). El tratado de San Ildefonso, concluido ese mismo año, señaló nuevamente los límites de los dominios de ámbas coronas; pero las dificultades

a que dió lugar la designacion de la línea fronteriza, no hallaron nunca una solucion satisfactoria para ámbas naciones.

La cuestion de límites entre las posesiones españolas i portuguesas en la América Meridional, que ocupó tanto a los políticos de ámbas naciones durante el último siglo, forma uno de los sucesos mas notables de la historia colonial del Brasil. La discusion de los derechos respectivos de ámbas potencias, ha dado lugar a prolijos estudios en que campean la erudicion i la habilidad [7].

6. POMBAL; REFORMAS ADMINISTRATIVAS.—La administracion de las colonias portuguesas recibió notables reformas bajo el reinado de José II de Portugal i de su hábil i activo ministro, marques de Pombal. Dió gran desarrollo al comercio del Brasil, manteniendo, es verdad, el espíritu de monopolio, con la creacion de dos compañías de comercio cimentadas sobre bases semejantes a las de las célebres compañías de Holanda. La primera, establecida en 1755, obtuvo el privilejio esclusivo de comerciar con las provincias de Marañon i Pará. La segunda, establecida en 1759, obtuvo igual privilejio en Paraiba i Pernambuco. Autorizó a los navíos mercantes para salir de Portugal i regresar al Brasil cuando mejor les pareciese, aboliendo así la costumbre de navegar en convoi, lo que ocasionaba grandes perjuicios al comercio. Al mismo tiempo celebró convenciones con el gobierno ingles que favorecian el espendio de las mercaderías brasileras.

La administracion interior llamó tambien su atencion. En 1755 fué decretada i llevada a efecto la libertad de los indios. El marques de Pombal ademas dictó varias prag-

---

[7] Don Florencio VARELA ha publicado en la *Biblioteca del Comercio del Plata* algunas de esas memorias. Las mas notables por parte de los españoles son las del marques de GRIMALDI i de don Miguel LASTARRIA. Puede consultarse el vol. I de *L'Histoire du Paraguay*, por DEMERSAY, Paris, 1860, i la *Coleccion de tratados de la América latina*, publicada en Paris por CALVO, 6 vols., que contiene muchos documentos sobre esta cuestion.

máticas en favor de los esclavos i de los hombres de color, llamó a los brasileros a los mas elevados puestos; fomentó la inmigracion, reglamentó muchos ramos de la hacienda pública, construyó fortificaciones i edificios públicos, i finalmente creó diez escuelas regulares de bellas letras en las diferentes capitanías (1774).

El gobierno del marques de Pombal fué señalado tanto en Europa como en América por la espulsion de los jesuitas. Es cierto que las misiones perdieron con esta medida fervorosos operarios, pero la influencia que habian adquirido hizo que el prestijio de que gozaban fuera un peligro para la autoridad real.

7. Divisiones administrativas; gobierno del Brasil durante la dominacion portuguesa.—Las posesiones de los portugueses en América estaban divididas en diecisiete gobiernos bajo diferentes denominaciones. Eran éstas el virreinato de Rio de Janeiro, que tuvo su capital en la ciudad de Bahía hasta el año de 1763; ocho capitanías jenerales, el Pará, Marañon, Pernambuco, Bahía, San Paulo, Minas Jeraes i Matogrosso, i ocho gobiernos subalternos, Piauhy, Pará, Rio Grande del Norte, Parahiba, Serjipe, Espíritu Santo, Santa Catalina i Rio Grande del Sur. Aunque los capitanes jenerales estaban obligados a someterse a los reglamentos que dictase el virrei, eran hasta cierto punto independientes de su autoridad porque se comunicaban directamente con la corte, de quien recibian órdenes. Esos altos funcionarios eran nombrados por un período de tres años, pero de ordinario se les prorrogaba sus nombramientos. La lei les prohibia casarse en el pais sometido a su jurisdiccion, tener parte en algunas negociaciones i aceptar presentes. Esta lei comenzó a ser puntualmente observada bajo la administracion del marques de Pombal.

El virrei i los capitanes jenerales estaban tambien rodeados de cierto boato, recibian cortejo los dias de gala en el salon de gobierno i bajo de un dosel, i eran los presidentes natos de los tribunales de justicia. Como los gobernan-

tes de las colonias españolas, los delegados del rei de Portugal estaban sujetos a un juicio de residencia, i todos los ciudadanos, sin distincion de clase, tenian derecho para entablar acusaciones en contra de ellos. En caso de muerte del primer mandatario de la colonia, el obispo, el militar de mayor graduacion i el primer majistrado judicial tomaban conjuntamente las riendas del gobierno hasta el arribo del sucesor.

El Brasil estaba sometido a la misma jurisprudencia que el Portugal. Cada distrito tenia su juez denominado *ouvidor* (oidor); pero existian dos cortes superiores de justicia con el nombre de *Relaçao* (relacion), que residian en Rio de Janeiro i en Bahía [8].

El estenso territorio del Brasil estaba tambien dividido en dos grandes secciones judiciales sometidas a cada una de estas cortes de justicia, ante las cuales podian apelar sus pobladores de las sentencias dadas por los jueces de primera instancia. Las capitanías jenerales de Pará, Marañon, Pernambuco i Bahía estaban sometidas al tribunal que residia en esta última ciudad. Las demas dependian de la *Relaçao* de Rio de Janeiro. Sólo en casos determinados por las leyes, era permitido entablar una tercera apelacion ante los tribunales de la metrópoli.

Cada ciudad o aldea tenia una asamblea municipal, encargada de velar por los intereses i el desarrollo de la localidad. Entre sus atribuciones, la mas importante era la de entablar reclamaciones ante el rei contra los gobernadores políticos que dependian de la corona.

El mando militar de cada provincia correspondia tambien a su gobernador respectivo, quien tenia derecho para conceder ascensos hasta el grado de capitan. Las fuerzas militares eran compuestas de algunas tropas de línea i de las milicias disciplinadas. Las primeras formaban en todo el Brasil un cuerpo de cerca de dieciseis mil hombres.

[8] En 1811, don Juan VI creó una tercera corte en la provincia de Marañon.

Gobierno eclesiástico.—La administracion eclesiástica estaba a cargo de un arzobispo primado de la iglesia de la América portuguesa que tenia su residencia en Bahía (constituida en obispado en 1555 i en arzobispado en 1676). De éste dependian los obispados de Belem en la provincia de Pará (1720), de Marañon (1677), de Olinda en la provincia de Pernambuco (1676), de Rio de Janeiro (1676), i de Mariana, en la provincia de Minas Jeraes (1746). Habia ademas otras dos diócesis sin cabildos eclesiásticos, denominadas prelacías, que eran administradas por los obispos *in partibus* de Goyas i de Cuyaba.

El clero no gozaba en el Brasil de rentas independientes. El rei de Portugal, en su calidad de gran maestre de la órden de Cristo, tenia la administracion de los diezmos eclesiásticos, i a él correspondia el pago de los obispos i curas. Los numerosos conventos que habian fundado los portugueses, tenian aseguradas rentas propias.

El Brasil, así como las posesiones españolas de América, estuvo sujeto a la autoridad del tribunal de la inquisicion; pero éste residia en Lisboa, i sólo tenia en el Brasil algunos ajentes encargados de proseguir las causas criminales por el delito de herejía. Bajo la enérjica administracion del marques de Pombal, este terrible tribunal vió menoscabadas muchas de sus atribuciones.

9. Poblacion.— Al terminar la dominacion portuguesa, el Brasil poseia una poblacion de poco mas de 3.000,000 de habitantes, segun los mejores cómputos. Figuraban entre éstos como 200,000 europeos o hijos de éstos, 2.000,000 de negros esclavos, i 800,000 indios sometidos a las formas de la civilizacion i que vivian repartidos en los diversos establecimientos portuguese. No entran en esta cifra las numerosas tribus salvajes que vivian errantes en los bosques.

Eran los primeros los propietarios del territorio, los cultivadores de los campos, los comerciantes de las ciudades, los esplotadores de las minas i los empleados de la administracion. Esta masa de pobladores se aumentaba gradual-

mente en los últimos años de la dominacion portuguesa, gracias a las facilidades dispensadas a los inmigrantes.

Los esclavos eran los negros comprados en los establecimientos portugueses de la costa de Africa, o los hijos de éstos, i vendidos a los industriales brasileros para el cultivo de los campos i la fabricacion de la azúcar. Numerosas ordenanzas reales habian reglamentado el tratamiento de los negros para impedir las crueldades de que siempre va acompañada la esclavitud; pero de todos modos, la mejor garantía que éstos tenian era la necesidad en que se hallaban los propietarios de cuidar de su conservacion para no perder los capitales empleados en esclavos. Un negro valia de ordinario la suma de 100 pesos.

Los indios estuvieron sometidos a diversos sistemas en las diferentes épocas de la dominacion colonial. Empleados por los portugueses en el cultivo de las tierras, vendidos muchas veces como esclavos, los indios fueron el objeto de diferentes leyes para impedir el mal trato que se les daba por los propietarios. En los trabajos a que fueron reducidos por los colonos, la poblacion indíjena sufrió una notable disminucion. Sólo en 1755 los indios fueron declarados verdaderamente libres.

10. INDUSTRIA; RENTAS PÚBLICAS. - Las provincias del norte, consagradas enteramente al cultivo de los campos, hicieron en poco tiempo rápidos progresos industriales. Marañon esportaba en abundancia arroz i algodon, Pernambuco algodon i azúcar, i Bahía azúcar i tabaco, ademas, del palo de tinte denominado *brasil*, que por ser monopolio de la corona, poco o nada influia en la riqueza del pais. En las provincias centrales, la minería formaba la principal riqueza. En el sur se cultivaban algunas producciones de la zona templada, i desde fines del siglo XVIII se hicieron las primeras plantaciones de café. Faltaron, sin embargo, los medios fáciles de conduccion, porque los caminos apénas eran practicables para mulas en una parte del año; i el comercio interior estaba recargado de trabas, así como la esportacion de las mercaderías de la metrópoli

estuvo sujeta al monopolio de las compañías comerciales.

A causa de estos obstáculos impuestos al libre desarrollo de la industria, las rentas que el Portugal sacaba de sus ricas colonias de América, eran sumamente reducidas, puesto que sólo alcanzaban a cerca de 4.000,000 de pesos. Los principales impuestos eran el diezmo eclesiástico, el quinto del producto de las minas, el diez por ciento sobre las mercaderías que se importaban o salian del Brasil, i el producto del estanco de la sal, del azogue, de los naipes, del aguardiente i del jabon.

11. PROGRESOS DEL BRASIL EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA DOMINACION PORTUGUESA.— A pesar de las trabas puestas por el réjimen colonial al desarrollo del Brasil, a pesar de que la falta de establecimientos de enseñanza impedia el incremento de la instruccion pública i obligaba a los colonos a mandar a sus hijos a las universidades de Portugal, el amor al cultivo de las letras tomó un notable desenvolvimiento. El Brasil contó algunos escritores distinguidos en varios ramos de la literatura, i artistas de cierto mérito que se ejercitaron en la pintura.

Pero las guerras europeas en el primer decenio del siglo XIX produjeron un cambio radical en la situacion del Brasil. Invadido el Portugal por los ejércitos franceses, el rei don Juan VI emigró a América con su familia i su corte. Al llegar al Brasil en 1808, conoció las necesidades de la colonia i trató de remediarlas con toda actividad. Decretóse la libertad comercial, fundáronse bibliotecas, museos, academias i establecimientos de educacion, se fomentó la inmigracion, la imprenta fué introducida en Rio de Janeiro, donde comenzaron a publicarse periódicos por primera vez, i se dió a la colonia un impulso tan vigoroso como inesperado. Este movimiento, precursor de la independencia del Brasil, pertenece verdaderamente a la historia de la revolucion [9].

---

[9] El lector que quiera recojer mas noticias sobre la historia co-

lonial del Brasil puede leer la obra ya citada de don F. A. de VARNHAGEN, que he consultado constantemente. Tambien he tenido a la vista el compendio de ABREU I LIMA, la *Corographia brasilica* de AYRE DE CAZAL i la *Histoire phiosophique des deux Indes* de RAYNAL, lib. IX.



CAPITULO V.

Colonias inglesas.

(1713-1776)

1. Progreso de las colonias inglesas.—2. Administracion de las colonias inglesas.—3. Poblacion, industria i comercio.—4. Estado social.—5. Imprenta; instruccion pública.—6. Espíritu de independencia.

1. Progresos de las colonias inglesas.—Miéntras las colonias españolas i portuguesas del nuevo mundo permanecian estacionarias o progresaban mui lentamente, las posesiones inglesas de América del Norte se dilataban con gran rapidez, el número de sus pobladores crecia con una abundante inmigracion i su industria i su riqueza se desarrollaban en grande escala. La colonizacion inglesa, iniciada por el principio de libertad, habia producido admirables frutos, miéntras el sistema de monopolios i prohibiciones habia coartado el desenvolvimiento de las colonias españolas i portuguesas.

Hemos visto en otra parte como los ingleses fueron poblando lentamente el vasto territorio que hoi forma Estados Unidos de América. Limitados al norte por las colonias

francesas i al sur por las españolas de Florida i las francesas de Luisiana, los ingleses tuvieron que sostener constantes guerras con sus vecinos para defender sus fronteras i estender su dominacion. Las guerras europeas en que Gran Bretaña se vió envuelta producian tambien la guerra en las colonias del nuevo mundo. A principios del siglo XVIII, los ingleses efectuaron una invasion en las colonias francesas del Canadá i se posesionaron de la isla de Terranova i del territorio denominado Acadia, cuya posesion quedó confirmada por el tratado de Utrecht, que puso término a las desastrosas guerras europeas a que dió oríjen la sucesion a la corona de España (1713).

La paz que se siguió a este tratado no fué de larga duracion. Sobrevino la guerra denominada de la sucesion de Austria; i en 1744 los franceses del Canadá renovaron las hostilidades contra las colonias vecinas. En efecto, pusieron sitio a Port Royal, que habia quedado en poder de los ingleses desde la guerra anterior; pero no sólo no pudieron tomar esa plaza, sino que sufrieron un gran descalabro. La isla del Cabo Breton, que cierra la desembocadura del rio San Lorenzo, i que estaba defendida por las magníficas fortificaciones de Luisburgo, fué tomada por las milicias americanas. El tratado de Aix-la-Chapelle, que restableció la paz en 1748, dispuso la devolucion recíproca de las conquistas hechas por ámbas potencias.

Por ese tratado se estipuló ademas que comisionados especiales fijasen los límites de las posesiones inglesas i francesas de América del Norte. Sucedió que los comisionados no pudieron llegar a un arreglo definitivo; de modo que miéntras en Inglaterra se formaba una compañía para poblar el territorio de Ohío, los franceses, que a consecuencia de sus descubrimientos en el Mississippí se creian dueños de los campos regados por este rio, se ocupaban de formar una línea de fortalezas desde Quebec hasta el Mississippí. Esta fué la causa de una nueva guerra en las colonias, en que se hizo notar un jóven militar de la Virjinia llamado Jorje Wáshington, que a la edad de 21 años po-

seia ya los dotes de un militar esperimentado i que estaba destinado a representar el primer papel en la historia de su patria (1752). La guerra se prolongó durante seis años con resultados varios, o mas bien dicho, con algunas pérdidas para los ingleses; pero al fin la resistencia de las colonias británicas se hizo mucho mas temible, merced al impulso i a la enerjía que supo comunicarles William Pitt, el célebre conde de Chattan, uno de los hombres mas notables que hayan rejido los destinos de Inglaterra. Massachussets, New-Hampshire i Connecticut, formaron en pocos dias un ejército de 16,000 hombres, equiparon la escuadra inglesa, reunieron abundantes recursos, i en junio de 1758 invadieron la isla del Cabo Breton, i despues de un mes de vigorosa resistencia la plaza de Luisbourg se rindió a los ingleses. Al mismo tiempo el jeneral Abercromby atacó la fortaleza de Frontenac i de Duquesne, que los franceses habian construido en la rejion occidental. No contentos con estas ventajas, i aprovechándose de la embarazosa situacion en que se hallaba Francia por haber tomado parte en la guerra europea denominada de siete años, los ingleses prepararon fuerzas considerables con que al mismo tiempo que atacaban las colonias francesas de las Antillas, marcharon sobre el Canadá.

A fines de junio de 1759, el jeneral ingles Wolfe puso sitio a la ciudad de Quebec, que defendia el jeneral frances Moncalm, i que estaba guarnecida por las mejores fortificaciones del nuevo mundo. La lucha fué terrible: Wolfe i Moncalm sucumbieron heroicamente en un mismo combate, i despues de su muerte los defensores de la plaza, impotentes para resistir mas largo tiempo, se rindieron a los ingleses (18 de setiembre de 1759) bajo la promesa de que se les permitiria embarcarse para Francia. Las tentativas que despues de este desastre hicieron los franceses para reconquistar a Quebec fueron completamente infructuosas.

Como aquella guerra se prolongara todavía mas en Europa, i como España manifestase en ella sus simpatías en favor de Francia, el gobierno ingles dispuso un golpe de

mano sobre la isla de Cuba. En junio de 1762 comenzó el sitio de la ciudad de la Habana; i despues de mes i medio de una defensa tenaz, se rindió a los ingleses que hallaron en ella un valioso botin. Hácia la misma época, el jeneral ingles Anherst consumó la ocupacion del Canadá obligando a los franceses a evacuar las últimas plazas que les quedaban. En aquella guerra, iniciada bajo malos auspicios para Gran Bretaña, esta nacion estendió considerablemente las fronteras de su imperio colonial en América, al mismo tiempo que dilataba sus posesiones en la India oriental.

El tratado de Paris celebrado en 1763 puso término a esta guerra al paso que aseguró a Gran Bretaña la posesion de sus recientes conquistas. El Canadá quedó definitivamente incorporado a sus dominios, como quedó tambien todo el territorio que anteriormente le habian disputado los franceses. España le cedió la posesion de Florida para obtener la devolucion de la isla de Cuba. La Francia ademas indemnizó a la España de las pérdidas que habia sufrido con la cesion de la Luisiana; de modo que del antiguo imperio colonial de los franceses, solo les quedó la rejion occidental de la desembocadura del Missisipí. Inglaterra, cuyas posesiones estaban regadas por la parte superior de este rio, obtuvo el derecho de navegarlo por el medio de las posesiones francesas e inglesas hasta su desembocadura. "Fué este, dice M. Bouchot, un gran momento para Inglaterra. Dominadora de los mares, dueña de islas numerosas en las diversas partes del mundo, poseia ademas junto con los elementos esparcidos en un inmenso imperio en las Indias, todas las costas del Atlántico que se estienden desde el fondo del Canadá hasta el golfo de Méjico. Tan brillantes victorias parecian presajiar un hermoso porvenir". Sin embargo, estaba cerca el dia en que habia de perder la mayor parte de sus colonias del nuevo mundo [1].

---

[1] El lector puede encontrar todo jénero de detalles sobre es-

2. Administracion de las colonias inglesas.—Cada una de las colonias británicas de América, formada por distinta constitucion, habia tenido un pueblo i leyes particulares. Sin embargo, habia entre los emigrantes i entre sus instituciones, cierta semejanza; porque hombres i leyes habian salido de la vieja Inglaterra, dejando tras de sí la feudalidad i la aristocracia, pero llevando consigo la libertad civil i la libertad relijiosa [2].

Las colonias, bajo el punto de vista de su administracion, podian dividirse en tres grupos distintos. Las unas dependian inmediatamente de la corona, las segundas de los propietarios a quienes el rei habia cedido las colonias, i las terceras estaban sujetas a corporaciones o compañías.

Estaban sometidas a la primera forma de gobierno las provincias de New-York, New-Hampshire, New-Jersey, Virjinia, las dos Carolinas i la Jeorjía. Su constitucion era formada por los reglamentos reales i por las instrucciones que el rei daba a los gobernadores que nombraba. Estos asumian en sus manos todo el poder ejecutivo, como jefes del ejército, de la marina, de la justicia i de la administracion. Eran en las colonias lo que el rei en Inglaterra: creaban tribunales, nombraban jueces, proveian las vacantes eclesiásticas i levantaban tropas. La corte, ademas, habia creado en cada provincia un consejo, con facultad de ausiliar al gobernador en el ejercicio de su poder, i de discutir los reglamentos para la administracion de la colonia; i, habia ordenado a los gobernadores que reuniesen asambleas de representantes de los hombres libres de la colonia. De allí nació una organizacion lejislativa mui semejante a la

tas guerras en la excelente *Histoire du Canada*, por M. Garneau, Quebec, 3 vols.

[2] Laboulaye, *Histoire politique des Etats-Unis* lib. I, lec. XVII, páj. 444. Tomo este libro como uno de los mejores guias para trazar el cuadro de las instituciones de las colonias inglesas, i haré de él constantes estractos.

de Gran Bretaña. El consejo nombrado por el soberano formaba la cámara alta: la asamblea provincial elejida por los pueblos, hacia las veces de Cámara de los comunes, i el gobernador, como el rei de Inglaterra, tenia el derecho de veto sobre las resoluciones tomadas por cada una de las cámaras. Esta representacion, imájen del parlamento ingles, tenia en cada colonia el poder de hacer las leyes i las ordenanzas necesarias, bajo la condicion de no apartarse del espíritu de las leyes inglesas. La corona, es verdad, se reservaba el derecho de ratificar o desaprobar esas leyes; pero mui pocas veces hizo uso de esta importante prerrogativa.

En las colonias de la segunda especie, los gobernadores eran nombrados por el concesionario en lugar de serlo por el rei. Era tambien aquél el que nombraba el consejo i el que convocaba la asamblea provincial. A la época de la revolucion norte-americana, no existian mas que tres gobiernos de esta naturaleza: el Maryland, que pertenecia a la familia de Lord Baltimore, i la Pensilvania i el Delaware, que pertenecia a la familia de Penn. La New-Hampshire, las Carolinas i la New-Jersey, que estuvieron sometidas al mismo réjimen, habian sido incorporadas a la corona desde tiempo atras, i consideradas como provincias reales.

Los gobiernos de Connecticut, Rhode-Island i Massachussets, pertenecian a la tercera clase. En estas provincias, el gobernador, el consejo i la asamblea eran elejidos anualmente por los colonos, i todos los funcionarios eran nombrados por la autoridad popular. Se daban leyes, respetando, es verdad, el espíritu de la lejislacion inglesa, i vivian en una especie de república, ántes que esta palabra hubiese sido pronunciada en aquellas rejiones. Tanto en estas colonias como en las otras del mismo oríjen, existia el juicio por jurado, que los primeros pobladores importaron de Inglaterra.

Semejante organizacion no podia dejar de dar un inmenso desarrollo a las libertades públicas. "En el carácter de los americanos, decia en 1775 el célebre orador Burke, el

amor de la libertad es el rasgo predominante que se descubre en todas partes; i, como una afeccion ardiente es siempre una afeccion celosa, nuestras colonias se hacen desconfiadas, intratables desde que divisan la menor tentativa de arrancarles por la fuerza o de quitarles por la chicana la única ventaja por la cual valga la pena de vivir. Este noble espíritu de libertad es probablemente mas poderoso en las colonias inglesas que en ningun otro pueblo de la tierra."

3. POBLACION, INDUSTRIA I COMERCIO.—En los primeros tiempos de la colonizacion inglesa, el incremento de su poblacion fué sumamente lento. Pero desde 1630 las persecuciones políticas i relijiosas produjeron un gran desarrollo. En esa época, la suma de sus habitantes se elevaria a lo mas a 4,000 almas; pero a fines del siglo XVII pasaba ya de 200,000; setenta años despues, a la época de los primeros síntomas de la revolucion, excedia de dos millones [3].

Segun los mejores cálculos, aproximativamente la quinta parte de esta poblacion era compuesta de negros, en su mayoría esclavos de las colonias del sur. La raza indíjena no es contada en estos cómputos, porque en realidad no formaba parte de la poblacion de las colonias británicas. Los ingleses se ocuparon poco en reducir a los indios; i escarmentados por las asechanzas que les tendian los salvajes i por la perfidia natural de éstos, preferian de ordinario destruirlos. Llegó el caso que el gobernador de una colonia ofreciese una suma de dinero por cada cabeza de indio que se le presentase. Por esta razon, las guerras de los colonos con los indíjenas fueron mui sangrientas.

[3] Algunos escritores elevan a mas de tres millones la poblacion de Estados Unidos en aquella época. Sigo los cómputos de BANCROFT, que es el escritor mejor informado. Este fija la poblacion en 1760 en 1.695,000 almas, de las cuales 310 mil eran negros. Diez años despues en 1770, se elevaba a 2.312,000 de los cuales 462,000 eran negros. *

* El primer censo regular de Estados Unidos en 1790 arrojó los siguientes guarismos: poblacion 3.929,8 7, de los cuales 757 208 eran negros; el censo de 1800 dió una poblacion de 5.305,925 habitantes, lo que significaba un acrecentamiento de 30% en el decenio.

Las colonias inglesas gozaban por su situacion jeográfica, de un cielo ardiente o templado, i de un suelo cuyos productos formaban por su estremada variedad una fuente de abundancia perpétua. El trigo i el maiz se producian fácilmente en todas partes. El tabaco se cultivaba en el Maryland i en las colonias del sur; i en la Virjinia se cosechaba el algodon. El arroz, que exije un clima ardiente i un suelo pantanoso, i el algodon abundaban en las provincias meridionales. El cáñamo, el lino i el oblon eran productos de las provincias del norte.

El comercio disfrutó de una libertad ilimitada en los primeros tiempos. Las naves de todas las naciones eran admitidas en sus puertos, i las embarcaciones americanas iban a proveerse de mercaderías a cualquiera parte del mundo. Bajo el gobierno de Cromwell esta libertad fué considerablemente restrinjida para obligar a las colonias a negociar únicamente con la metrópoli; sin embargo, las prohibiciones no fueron constantemente respetadas. Sólo el comercio de la provincia de Massachussets empleaba, a fines del siglo XVII, 750 naves [4].

4. Estado social.—Las colonias del sur, como hemos dicho ya, tuvieron esclavos, es decir, hubo una clase de hombres que vivia en el descanso miéntras la otra trabajaba para aquélla. La aristocracia es natural en un pais en que existe la esclavitud. Por eso, a la época de la revolucion, la propiedad estaba dividida en esas colonias en grandes dominios i poseidas por las familias de los primeros colonos. En 1705, Virjinia se mostró mas celosa sostenedora de los mayorazgos que la misma Inglaterra, i declaró que no admitia los arbitrios con que en la metrópoli se eludian las disposiciones de los fundadores de los vínculos, haciendo entrar en el comercio los bienes vinculados.

En el norte, en donde el clima hacia inútil la esclavitud, i de donde la rechazaba el espíritu democrático de los puritanos, los mayorazgos fueron desconocidos: i en la Nueva

4 Garneau, *Histoire du Canada*, lib. V, chap. I.

Inglaterra, escepto Rhode-Island, la herencia se repartia igualmente entre todos los hijos, con la sola modificacion, tomada de la lei de Moises, que el mayor tenia doble parte que los otros. Sólo un sentimiento relijioso modificaba en este punto el principio de igualdad. El Maryland, poblado por católicos, i la Pensylvania, colonizada por los cuáqueros, adoptaron la igualdad en el derecho de sucesion. New-York i New-Jersey conservaron la costumbre inglesa.

Estas dos secciones diversas, pobladas por hombres de diferente espíritu, tenian una organizacion social distinta. Las colonias de Virjinia habian sido en su principio el ensayo de una compañía mercantil; miéntras las de Massachussets fueron una especie de iglesia gobernada por jefes semejantes en su autoridad a los jueces del pueblo israelita; i su lejislacion especial se hizo notable por ciertos caractéres mui curiosos. "Desde su oríjen, la Nueva Inglaterra se habia dado un código de leyes, llamado *The body of liberties*, el cuerpo de libertades, cuyas disposiciones, en la parte criminal, sacadas de la Biblia i modeladas sobre las leyes penales de los hebreos, prueban hasta dónde habian llevado los puritanos el fanatismo bíblico. En el viejo código de Connecticut, uno de los estados que mejor conservó las máximas i las costumbres orijinarias, este carácter se halla mas pronunciado. Estas leyes, llamadas las leyes azules, castigan con pena de muerte al hijo que ha maldecido o golpeado a sus padres, dan a éstos derecho de vida i muerte sobre sus hijos adultos culpables de rebelion, prohiben la mentira i el juramento profano bajo pena de multa, de la picota i de azotes, debiendo cada reincidencia agravar severamente la pena, prohiben el uso del tabaco e imponen por un beso dado o recibido entre jóvenes de diferente sexo, una amonestacion pública i una multa. Los ébrios eran azotados. La mayor parte de los artículos de este código están fundados en versículos del Exodo, del Levítico i del Deuteronomio. El horror de los puritanos de Nueva Inglaterra contra el catolicismo los cegaba al punto de que estos radicales intratables, a fuerza de retroceder a

los dogmas primitivos, retrocedian hasta el judaismo. No solamente sus códigos, sino hasta sus ideas, su lenguaje, sus nombres eran hebreos" [5].

El espíritu de los puritanos de las colonias del norte se revelaba hasta en las diversiones públicas. En 1750 tuvo lugar en Boston la primera representacion dramática, clandestinamente i en el local de un café. La autoridad prohibió que se renovase un acto que consideraba una impiedad. En Connecticut, el primer teatro se abrió sólo en 1807.

Pero si las colonias inglesas vivieron mucho tiempo aisladas, conservando cada una de ellas sus costumbres peculiares, sus prácticas relijiosas i sus preocupaciones, acompañadas de una grande intolerancia, las comunicaciones comerciales fueron estrechando lentamente las relaciones, i haciendo desaparecer en parte las antipatías recíprocas de las diversas sectas relijiosas i de las diferentes sociedades que se habian formado. Los católicos de Maryland i los cuáqueros de Pensylvania fueron en los primeros tiempos los mas tolerantes [6], i poco mas tarde los puritanos de Massachussets i los anglicanos de Virjinia entraron a formar una sociedad en que se notaban, es verdad, mui pronunciados matices i cierto antagonismo de provincias, pero de que habia de formarse mas tarde una gran nacion unida en un principio capital: la libertad civil i relijiosa.

5. Imprenta; instruccion pública.—En 1638, un ministro disidente de Inglaterra, el reverendo John Glover, envió de regalo a la universidad que los colonos acababan de fundar en Cambridge (Massachussets) un surtido de tipos de imprenta. Un año despues se dió a luz el primer libro con el título de *El llamado del hombre libre*. Desde luego reinó en esta provincia i en las inmediatas una completa libertad de pensamiento. Sin embargo, faltaba un

---

[5] Garneau, *Histoire du Canada*, tom. I, páj. 296.

[6] Rogers Williams, célebre predicador anabaptista, habia proclamado la tolerancia relijiosa en Rhode Island a mediados del siglo XVII.

servicio regular de correos que favoreciese la publicacion i circulacion de periódicos. Sólo el 24 de abril de 1704 se dió a luz en Boston el primer periódico; pero 36 años despues, en 1740, esa ciudad tenia cinco diarios i New-York, así como otras poblaciones, contaba una o mas publicaciones periódicas [7].

"La educacion tan necesaria a los pueblos libres, dice Garneau, llamó desde el principio la atencion. La Nueva Inglaterra dió tambien el ejemplo i fué la primera en establecer el mejor sistema de instruccion pública. Ella sentó por principio que la educacion del pueblo debia ser obligatoria i a cargo del estado. Esto era anunciar vistas mui adelantadas a la época. Se abrieron escuelas en todas las parroquias bajo la direccion de comités electivos que votaban las contribuciones necesarias. A fin, decian estos lejisladores, que las luces de nuestros padres no queden sepultadas con ellos en sus tumbas, decretamos, bajo pena de multa, que todo distrito de cincuenta casas establecerá una escuela pública en que se enseñará a leer i a escribir, i que toda ciudad de cien casas establecerá una escuela de gramática para preparar los jóvenes a la universidad. Esta lei existe todavía en sustancia en el Massachussets, que se enorgullece con ella como uno de sus mas hermosos títulos al reconocimiento de los pueblos. Trajo por resultado que la educacion se ha estendido mas universalmente en Estados Unidos que entre ninguna otra nacion del mundo". El ejemplo dado por Massachussets fué seguido por las demas provincias, a escepcion de Virjinia, que desde el principio hizo ménos progresos que las otras.

La provincia de Massachussets dió tambien el primer impulso a la educacion secundaria i superior. En 1638 fué fundado el primer colejio o universidad en Cambridge, i su

---

[7] Puede verse en la *Revue des deux mondes* de 1.° de agosto de 1853 un interesante estudio de M. Cucheval-Clarigny sobre el estado de la prensa periódica en Estados Unidos ántes de su independencia.

ejemplo fué seguido por otras colonias, de tal modo que en 1776 habia ocho instituciones de esta naturaleza en Estados Unidos. Enseñábanse en ellas el griego, el latin, las ciencias físicas, matemáticas, metafísica, filosofía moral i química; i aunque estos estudios se hacian con cierta superficialidad, sirvieron sobremanera para propagar los conocimientos útiles i para fomentar el amor a las ciencias [8].

Los norte-americanos se ejercitaron particularmente en la literatura teolójica, pero cultivaron tambien la jurisprudencia, la medicina i las bellas letras. En 1769 fué fundada en Filadelfia la sociedad filosófica americana, cuyo primer presidente fué el célebre Benjamin Franklin, tan notable por su patriotismo como por sus virtudes, por sus observaciones filosóficas, como por sus esperimentos físicos.

6. Espíritu de independencia.—En 1754, David Hume, filósofo tan profundo como distinguido historiador, decia: "Los jérmenes de mas de un magnífico estado han sido arrojados en climas que se miran como condenados a la desolacion a causa de las costumbres salvajes de sus antiguos habitantes, i en este mundo de soledad, se ha asegurado un asilo a la libertad i a la ciencia" [9].

En efecto, la república i la independencia existian en las colonias inglesas desde ántes de la revolucion. "Esta no fué mas que un cambio de nombre: casi nada cambió en las cosas. El estado de Rhode-Island conservó hasta 1826 la constitucion que en otro tiempo le habia dado Inglaterrra. La América del norte, al separarse de la metrópoli, hizo lo que un navío que se desliga de otro i continúa siguiendo la misma ruta i ejecutando las mismas maniobras. No sólo poseian las colonias durante la monarquía instituciones republicanas sino que, lo que era mas precioso todavía, habian tenido ocasion de desarrollar el espíritu republicano. Salvo algunas guerras contra los salvajes i algunas

8 *Encyclopaedia americana*, art. United-States (Education).

9 Tomo esta citacion de Hume de la *Historia de Estados Unidos* de Bancroft, p. 301 del t. V de la traduccion francesa.

espediciones contra los franceses, que mantuvieron en el seno de una existencia enteramente comercial i agrícola, una enerjía que debia aprovechar la lucha por la independencia, la historia de las colonias inglesas se compone casi únicamente de luchas entre los ministros i el parlamento o los gobernadores enviados de Inglaterra. Era éste un combate paso a paso como el de las municipalidades de la edad media contra los señores feudales, o como el de las repúblicas italianas contra los emperadores. Hubo insurrecciones: la de Virjinia bajo Bacon, que quemó la nueva capital, Jamestown, como los rusos quemaron a Moscou; i el complot de Birkenhead, intentado en la misma provincia por algunos veteranos de Cromwell: hubo demagogos que sostuvieron con violencia la causa del pueblo, i perecieron abandonados por él, tales como Leyser en New-York, bajo Guillermo III. Pero siempre dominó la resistencia legal, el sentimiento obstinado de un derecho escrito, de una carta, el arte de eludir o cansar la tiranía, i, aun sometiéndose a ella, la resolucion de combatirla. Esta resistencia, estas reclamaciones, esta oposicion perseverante, que sin cesar cambia de forma i que, cuando pierde terreno, emprende otro combate, que lucha sin ímpetu, sin debilidad, protestando siempre, cediendo a veces, no renunciando jamas, fueron como una guerra paciente, un sitio lento i seguro, i terminaron por la proclamacion de la independencia, preparada hacia mas de un siglo" [10].

[10] AMPÈRE, *Promenade en Amérique*, chap. XIX, p. 395.



PARTE CUARTA.

REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA.

CAPÍTULO I.

Revolucion de Estados Unidos.

(1764-1778).

1. Primeros síntomas de la revolucion.—2. Primeras hostilidades.—3. Congreso de Filadelfia.—4. Batalla de Lexington.—5. Segundo Congreso de Filadelfia; Washington es nombrado jeneral en jefe.—6. Evacuacion de Boston; desgraciada campaña del Canadá.—7. Declaracion de la independencia de Estados Unidos.—8. Washington es obligado a evacuar a New York.—9. Nuevos triunfos de los americanos.—10. Mision de Franklin a Europa; el jeneral Lafayette.—11. Francia reconoce la independencia de Estados Unidos.

1. Primeros síntomas de la revolucion.—Las colonias británicas habian resistido en el terreno de la lei a las pretensiones dominadoras del gobierno ingles i a las restricciones puestas al comercio colonial. Las provincias de Nueva Inglaterra, para no parecer sometidas a la metrópoli,

cada vez que se adherian a las resoluciones del parlamento británico, les imprimian un carácter particular, promulgándolas como si naciesen de ellas mismas. Las otras colonias se habian sometido con repugnancia a esas restricciones porque no se creian fuertes para poderlas resistir. Al fin, se habia jeneralizado la opinion de que Inglaterra podia gravar las mercaderías por medio de reglamentos sobre el comercio esterior, i sujetándose a ciertos límites; i rechazaban de una manera absoluta la pretension de crear impuestos en el interior sin el consentimiento de los contribuyentes. Apoyábanse, al efecto, en que las colonias no tenian representantes en el seno del parlamento que votaba las contribuciones.

En 1764, el tesoro ingles se hallaba en grandes dificultades i gravado con una enorme deuda. El ministro Grenville, para salir de esta situacion, anunció al parlamento que pensaba imponer a las colonias una contribucion para repartir así las cargas con que estaban gravados los súbditos ingleses. En Inglaterra, esta proposicion fué jeneralmente aplaudida, porque hacia presumir una disminucion del impuesto en la metrópoli; pero en las colonias despertó una profunda irritacion. Todas las asambleas provinciales rechazaron el proyecto de un impuesto, diciendo que si estaban prontas a manifestar su lealtad a la corona con oblaciones voluntarias, no podian aceptar un impuesto forzoso. Algunas de ellas comisionaron diputados para esponer a la corte el motivo de su resistencia. La provincia de Pensylvania comisionó a Benjamin Franklin, que ya gozaba de alguna reputacion por sus descubrimientos científicos.

El ministerio no hizo caso de esas reclamaciones. El año siguiente (marzo de 1765) el parlamento ingles aprobó una lei por la cual se ordenaba que todos los contratos celebrados en las colonias fuesen escritos en papel sellado, bajo pena de nulidad. Las quejas de los americanos se cambiaron en manifestaciones turbulentas. Franklin escribió a sus comitentes estas palabras: "El sol de la libertad se ha ocultado en el horizonte; i es necesario que encendais la antorcha

de la industria i de la economía". En New York, la lei fué quemada en las calles; en Boston, los buques pusieron las banderas a media asta en señal de duelo, i las campanas hicieron oir fúnebres tañidos; en Filadelfia, los habitantes clavaron los cañones de las murallas; i todas las asambleas provinciales se reunieron para manifestar su desaprobacion. En la asamblea de Virjinia, uno de los representantes, Patricio Henry, lanzó estas palabras: "César tuvo un Bruto, Cárlos I un Cromwell, i Jorje III......... ¡Traicion! esclamó el presidente. I Jorje III, continuó el orador sin inmutarse, podrá aprovechar su ejemplo" (junio de 1765).

Las colonias, a ejemplo de la asamblea de Boston, acordaron nombrar sus representantes para una asamblea jeneral que debia reunirse en New York. De las trece provincias nueve fueron representadas. Allí se acordó pedir al rei i a las dos cámaras inglesas la derogacion de la lei sobre el papel sellado. En el parlamento británico, Pitt apoyó la reclamacion de las colonias. "Cuando en esta cámara concedemos subsidios a S. M., dijo, disponemos de lo que nos pertenece. Pero ¿qué hacemos cuando imponemos una contribucion a los americanos? Damos la propiedad de ellos". El parlamento adoptó un término medio que importaba una contradiccion. Declaró que correspondia al parlamento ingles la autoridad suprema sobre las colonias en toda materia, al mismo tiempo que revocaba la lei sobre el papel sellado (marzo de 1766).

Los americanos recibieron con grande alborozo esta declaracion; pero desde que se penetraron del peligro que envolvia para mas tarde, su satisfaccion se cambió en desconfianza. En efecto, el ministerio ingles, compuesto ahora del mismo Pitt, con el título de conde Chattan, hizo aprobar por el parlamento una lei de aduanas para las colonias por la cual se establecian derechos sobre el té, el cristal, el papel, i creaba una administracion permanente para percibir los "impuestos esteriores" (junio de 1767). Por mas disimulado que fuera en la forma, este impuesto produjo una profunda sensacion en América. Los colonos habian forma-

do sociedades patrióticas con la denominacion de hijos de la libertad, para defender la independencia de la prensa americana contra cualquier ataque del gobierno metropolitano. Los mercaderes de New York, de Boston i de Filadelfia se habian comprometido a no introducir mercaderías británicas hasta que no se derogase la lei sobre el papel sellado; i muchos individuos estaban resueltos a abstenerse de todo lujo para evitar el consumo de los productos ingleses. Estas asociaciones se hicieron mas considerables desde la publicacion de la nueva ordenanza de aduanas. El gobierno ingles, ademas, habia desaprobado la conducta de la asamblea jeneral de New York, lo que anunciaba la resolucion de resistir a todas las exijencias de las colonias.

En aquellas circunstancias, fué la asamblea de Boston la que desplegó mayor enerjía. No sólo dirijió una peticion al rei para representar los derechos de las colonias americanas sino que, por medio de una circular, instigó a las asambleas de las otras provincias a protestar contra los avances de la metrópoli. El gobernador ingles de Massachussets, Bernard, siguiendo las instrucciones de la corte, le exijió que esas circulares fuesen retiradas bajo pena de disolver la corporacion. De los 109 representantes que la componian, 92 se negaron a volver atras. Entónces el gobernador disolvió la asamblea (1768).

La irritacion de la ciudad de Boston se manifestó por amenazadoras turbulencias. El pueblo pidió en borrascosas reuniones la convocacion de una nueva asamblea, que no fué convocada. El jeneral Gage, comandante de las fuerzas británicas en las colonias, creyó calmar la irritacion guarneciendo aquella ciudad con dos rejimientos de línea.

El mismo espíritu de desobediencia se habia hecho notar en algunas colonias del sur. Las asambleas de Virjinia i de la Carolina del norte fueron tambien disueltas por sus gobernadores (1769), miéntras el descontento cundia por todas partes. En Boston, llegó el caso que los ciudadanos trabasen altercados con las tropas, lo que fué causa del primer derramamiento de sangre; i convocada una nueva asam-

blea para pedir subsidios con que pagar la guarnicion, se negó aquella a aprobar ningun impuesto (1770).

2. PRIMERAS HOSTILIDADES.—A pesar del desprecio con que se miraba en Inglaterra la ajitacion de las colonias, no era difícil prever una inminente conflagracion. Lord North, que habia sido colocado a la cabeza del ministerio británico, creyó calmar la ajitacion de las colonias suprimiendo los derechos con que habian sido gravadas algunas mercaderías, aunque dejando subsistente el impuesto sobre el té (1770); pero como esta medida no restableciese la tranquilidad, el parlamento británico autorizó a la compañía de la India oriental a llevar sus cargamentos de té a las colonias de América sin pagar derechos en Inglaterra. La corte creia sin duda que los americanos quedarian satisfechos con la ventaja de proporcionarse el té a mas bajo precio (1773).

Sin embargo, estas resoluciones no produjeron en América el resultado que se esperaba. En Filadelfia, los pilotos prácticos del Delaware, se habian comprometido a no ausiliar a las naves de la compañía de la India en la navegacion del rio. En New York, el gobernador protejió con la fuerza armada el desembarco de los cargamentos de té; pero el pueblo se encargó de impedir su venta. En Boston, esta resistencia tomó un carácter mas alarmante. Hallábanse en el puerto tres naves cargadas de té; pero una multitud de hombres disfrazados de indios asaltó las embarcaciones i destruyó o arrojó al mar 342 cajones de té cuyo valor alcanzaba a la enorme suma de 18,000 libras esterlinas (diciembre de 1773). Este atentado quedó impune por el momento.

Este suceso produjo en Inglaterra una verdadera alarma. A propuesta de los ministros, el parlamento aprobó con cortos intervalos tres leyes trascendentales. Se prohibió que las naves pudiesen embarcar i desembarcar su carga en Boston, trasfiriendo este privilejio al pequeño puerto de Salem; fué suspendida la carta constitucional de la colonia de Massachussets, i se autorizó al gobernador de la

provincia para someter a juicio, segun su voluntad i en cualquier lugar del territorio americano o de la Gran Bretaña, a toda persona comprometida en los últimos disturbios (1774). "Destruid, destruid ese asilo de sabandijas", dijo uno de los miembros del parlamento ingles que sancionó la primera de estas leyes.

Sin embargo, los colonos de Massachussets no se abatieron un momento; i los vecinos de Salem ofrecieron su puerto a los mercaderes de Boston para el despacho de sus mercaderías, renunciando así a un privilejio que parecia destinado a enriquecerlo. La asamblea provincial resolvió que "la torpeza, injusticia, inhumanidad i crueldad de aquel acto era un exceso de los poderes del parlamento". La asamblea de Virjinia declaró que el 1º de junio, dia en que la lei del bloqueo debia tener efecto, era un "dia de humillacion i de ayuno".

3. CONGRESO DE FILADELFIA.—No era difícil ver en todo esto el principio de una guerra. "Nadie debe vacilar un instante en emplear las armas para defender intereses tan preciosos i tan santos, escribia Washington en 1769. Pero las armas, añadia, deben ser nuestro último recurso". Despues de la declaracion del bloqueo de Boston, parecia llegado el momento de apelar a este último recurso.

La asamblea de Virjinia, en efecto, indicó el 25 de mayo de 1774 la necesidad de convocar un congreso jeneral de todas las provincias. Reunióse éste en Filadelfia el 4 de setiembre de ese año. Sólo la provincia de Jeorjía no mandó representante. En sus deliberaciones dominó el espíritu de conciliacion, pero sus decisiones no fueron por eso ménos dignas i firmes. Sus miembros firmaron una declaracion de derechos en que reclamaban para sí las mismas libertades de que gozaban los ingleses, al mismo tiempo que señalaban las violaciones de esas libertades decretadas por el parlamento británico. Sólo Patricio Henry, uno de los diputados de Virjinia, se manifestó revolucionario decidido. El congreso se disolvió despues de haber acordado la reu-

nion de otro nuevo para el 16 de mayo de 1775. Henry decia en la asamblea de Virjinia poco tiempo despues: "Es menester combatir: apelemos a la espada i al Dios de los ejércitos; hé ahí lo que nos queda por hacer".

Por moderadas que fuesen las resoluciones del congreso, ellas llevaron al espíritu de los colonos la conviccion profunda de que la guerra estaba próxima. En las campañas anteriores contra los franceses, los ingleses habian levantado ejércitos cuyos cuadros existian todavía, i las milicias provinciales contaban en sus filas muchos soldados esperimentados en la guerra. No faltaban tampoco jefes intelijentes e intrépidos que atrajeran la atencion de la multitud, a cuya voz se formaron compañías de voluntarios i depósitos de armas, al mismo tiempo que el pueblo entero observaba los movimientos de los ingleses. El gobierno prohibió llevar a las colonias armas i municiones de guerra; pero los colonos se las procuraron a viva fuerza. El pueblo arrebató en Rhode-Island un tren de artillería de propiedad de la corona. En New-Hampshire el pueblo se echó sobre una pequeña fortaleza.

4. Batalla de Lexington.—En ninguna parte eran mas alarmantes estos aprestos que en la provincia de Massachussets. Habia tomado el mando de ella el jeneral Gage, i habia reunido en Boston las armas i las municiones de varios arsenales de la provincia. En abril de 1775, el gobernador tenia a sus órdenes como tres mil hombres de tropas de línea; i se persuadió que con esta fuerza podia imponer a las milicias provinciales i cortar de golpe el vuelo que tomaba la rebelion. Para esto, creyó que convenia destruir los depósitos de armas que los americanos habian reunido en la ciudad de Concord, a dieciseis millas al noroeste de Boston.

En efecto, en la noche del 18 de abril, el jeneral Gage hizo salir con toda cautela ochocientos hombres, a las órdenes del coronel Smith, con instruccion de apresar algunos ajitadores i de destruir aquellos depósitos. Para impedir que los facciosos tuvieran noticia de esta espedicion, Gage habia

incomunicado la ciudad con la campaña; pero a pesar de todas sus precauciones, los patriotas, conocidos con el nombre de hijos de la libertad, habian comunicado a sus amigos de afuera el peligro que los amenazaba por medio de fuegos encendidos en los campanarios de la ciudad. Los patriotas de las aldeas vecinas habian tomado las armas i espiaban los movimientos de las tropas inglesas.

La columna del coronel Smith, siguió su marcha hasta Lexington sin encontrar resistencia alguna. En esta aldea, una compañía de voluntarios americanos cambió algunos tiros de fusil i se dispersó al momento. Smith, sin alarmarse por esto, avanzó hasta Concord, ejecutó en parte su mision, i se replegó de prisa a Boston. En su retirada, los ingleses fueron atacados de improviso por los insurrectos. En toda su marcha tuvieron que sufrir un fuego mortífero i sostenido por los voluntarios ocultos en los árboles, en las casas i en las ondulaciones del terreno inmediato al camino. En Lexington, su retirada se convirtió en derrota. Los americanos, alentados por las ventajas conseguidas, perseguian a los ingleses con grande atrevimiento, obligándolos a arrojar sus armas i a abandonar los heridos. Talvez toda la columna de Smith habria sucumbido si no hubiera salido de Boston un refuerzo considerable a favorecer su retirada. Los voluntarios, sin embargo, persiguieron a los ingleses hasta que se hallaron protejidos por la artillería de la ciudad. Aquel combate costaba la pérdida de 273 ingleses i de 88 americanos (19 de abril).

La noticia de esta victoria dió alas a la insurreccion. Los colonos comprendieron que la guerra estaba principiada, i se armaron apresuradamente para sostener la lucha. Los cuerpos de voluntarios se engrosaron con maravillosa rapidez, al mismo tiempo que algunas asambleas provinciales nombraban los jefes encargados de mandar las tropas. Los habitantes de Massachussets, sobre todo, cobraron grande ánimo con su primera victoria, i pusieron sobre las armas un ejército de 20,000 milicianos. El jeneral Ward, que se habia distinguido en la guerra contra los franceses,

tomó el mando de esas fuerzas i las condujo hasta las alturas inmediatas a Boston, sitiando así al jeneral ingles Gage en el recinto de aquella ciudad (29 de abril). Al mismo tiempo, otros dos jefes, uno de los cuales era Benedicto Arnold, tan célebre despues por su traicion a la causa americana, se apoderaron de dos fuertes situados en las orillas del lago Champlain (mayo de 1775).

5. Segundo congreso de Filadelfia; Washington es nombrado jeneral en jefe.—El primer congreso de Filadelfia al disolverse, habia acordado reunirse de nuevo el año siguiente. En efecto, el 10 de mayo de 1775 se reunieron los diputados de las provincias en la misma ciudad. Franklin, que acababa de llegar de Europa, fué elejido miembro de él por el sufrajio unánime de sus compatriotas. Los diputados acordaron dirijirse al rei i al pueblo de la Gran Bretaña, i anunciar al mundo entero las razones que tenian para apelar a las armas. Faltaban recursos pecuniarios, como tambien un ejército estable: el congreso acordó la emision de papel moneda por la suma de dos millones de pesos, i la formacion de un ejército de 20,000 hombres. Era indispensable dar unidad a las operaciones militares; pero el nombramiento de un jeneral ofrecia sérias dificultades por cuanto la eleccion de uno iba a herir las susceptibilidades provinciales, que se dejaban ver aun en medio del entusiasmo patriótico que animaba a todos. John Adams, uno de los diputados de la provincia de Massachussets, indicó que pensaba proponer para el cargo de jeneral en jefe a un hombre de Virjinia, que era miembro del congreso. El coronel Washington creyó oir una alusion a su persona i se retiró modestamente de la sala. Al hacerse el escrutinio, se encontró que Washington habia sido elejido por unanimidad. Cuando al dia siguiente, el presidente del congreso le anunció su nombramiento, Washington le dió las gracias por la confianza que en él acababa de hacerse, i añadió: "Como temo que ocurra algun suceso desgraciado que pueda dañar mi reputacion, suplico a todos los miembros de esta asamblea que recuerden que hoi declaro con la

mayor sinceridad que no me creo a la altura del puesto con que se me ha honrado". Antes de la eleccion, el congreso habia acordado un sueldo de 500 pesos mensuales al jeneral en jefe del ejército: Washington declaró que aceptaba aquella difícil posicion a espensas de su tranquilidad i de su felicidad doméstica, pero que no queria sacar ningun provecho. "Llevaré una cuenta exacta de mis gastos, dijo; me bastará que me sean pagados" (15 de junio de 1775).

El coronel Jorje Washington contaba en aquella época 43 años de edad. Habia nacido el 22 de febrero de 1732 a las orillas del Potomac, en Bridge's-Creek [1] en la provincia de Virjinia, en donde gozaba su familia de una considerable fortuna i de grandes consideraciones. Despues de haber hecho algunos estudios de matemáticas hasta ponerse en aptitud de ejercer la profesion de agrimensor, Washington se incorporó en el ejército a los 19 años, i se distinguió particularmente en la guerra que la Gran Bretaña sostuvo contra las pretensiones de los franceses a los territorios que se estienden al occidente de Virjinia. En esa guerra Washington desplegó el jenio de un militar tan valiente como hábil. Unia a la rectitud i a la pureza de su carácter, la conciencia del deber, i las cualidades aparentes para hacer fecundas sus virtudes, el buen sentido, la prudencia, la firmeza, el valor sereno i la exactitud en el cumplimiento de todas sus obligaciones. "Otros hombres han tenido dotes mas brillantes, mas a propósito para encantar i para apasionar; pero nadie ha podido corresponder como él a todo lo que las circunstancias le exijieron tanto en la paz como en la guerra, en la vida privada como a la cabeza de la administracion i del ejército" [2].

Despues de disolverse el primer congreso de Filadelfia,

---

[1] Así lo dicen los mas distinguidos biógrafos de Washington. En el artículo que a este personaje dedica la *New-American Cyclopaedia*, se le da por patria la pequeña villa de Wesmoreland, en Virjinia.

[2] BONNECHOSE, *Histoire d'Angleterre*, lib. IV, chap. V.

preguntaron en Virjinia a Patricio Henry cuál era, segun su opinion, el hombre mas notable de aquella asamblea: "Si hablais de la solidez de juicio i del profundo conocimiento de las cosas, contestó el atrevido revolucionario, el coronel Washington es incontestablemente el hombre mas grande". Esta opinion fué comprobada por todos los actos de su vida.

Washington se puso en marcha para Massachussets, i en Cambridge tomó el mando del ejército que montaba a cerca de 14,000 hombres (12 de julio de 1775). Poco ántes, en mayo, el jeneral Gage, el defensor de Boston, habia recibido refuerzos de Inglaterra, de tal modo que su ejército alcanzaba ahora a cerca de 12,000 hombres. Gage habia ofrecido perdon a los insurrectos si deponian las armas, pero éstos se negaron a aceptar sus proposiciones. Los ingleses, en número de 3,000 hombres, pasaron entónces el estrecho canal que separa a Boston de Charlestown (17 de junio), incendiaron esta ciudad i fueron a atacar a los americanos que estaban acampados en las alturas de Bunker. Despues de un combate encarnizado en que los americanos se batieron heroicamente, pero en que tuvieron que ceder la posicion a los ingleses, éstos no pudieron sacar ventaja alguna de un triunfo que les costaba pérdidas considerables. La noticia de esta batalla fué acojida en todas partes como una victoria para las armas rebeldes.

Tal era la situacion de la guerra, cuando Washington tomó el mando del ejército que sitiaba a Boston. Las tropas americanas no tenian disciplina ni organizacion: les faltaban artillería, tiendas de campaña i municiones. El congreso no habia permitido que los enrolamientos se hiciesen por mas de un año, de modo que el jeneral estaba espuesto a verse sin soldados el dia que terminase el término del enganche. El primer cuidado de Washington fué dar una forma regular a esas milicias. Prorrogó la duracion de los enganches, dispuso que algunas pequeñas embarcaciones fuesen a comprar pólvora a los establecimientos vecinos de los españoles i de los franceses, i obtuvo del

congreso un reglamento de sueldos para las tropas i la fundacion de fábricas de cañones i de pólvora.

6. EVACUACION DE BOSTON; DESGRACIADA CAMPAÑA DEL CANADÁ.—La situacion de los defensores de Boston no era ménos crítica. Encerrados en el recinto de la plaza, veian surjir la revolucion por todas partes, miéntras que ellos, por falta de recursos i por torpeza de su jefe, se veian reducidos a la inaccion. El gobierno ingles, mirando todavía con desprecio la insurreccion americana, habia desatendido las proposiciones pacíficas que contenia la representacion del congreso de Filadelfia, i habia repetido sus órdenes a los gobernadores de las colonias para que embarazaran todo comercio esterior, i para apropiarse las naves i los tesoros americanos e incorporar como marineros de la escuadra real a los prisioneros enemigos. Cuando el parlamento ingles aprobaba la lei que autorizaba estas medidas de hostilidad, se alzaron todavía algunas voces reclamando la reconciliacion. El rei Jorje III i lord North lo desatendieron todo; i creyendo que el jeneral Gage no marchaba en la guerra con la actividad necesaria, lo llamaron a Inglaterra, para confiar el mando de las tropas británicas en América al jeneral sir William Howe, que formaba parte de la guanicion de Boston.

Algunos gobernadores de las colonias cumplieron las ordenes de la corte ejecutando actos de verdadera barbarie. Lord Dunmore, gobernador de Virjinia, se habia visto hostilizado por el pueblo que capitaneaba el entusiasta Patricio Henry. No creyéndose en estado de resistir al poder de la opinion, lord Dunmore ofreció la libertad a los esclavos que quisieran servir bajo el estandarte real, i reunió un cuerpo de tropas con que atacó las milicias provinciales cerca de Norfolk (8 de diciembre de 1775); pero derrotado con grandes pérdidas, i teniendo que retirarse a los buques que tenia listos, incendió esta ciudad que era una de las mas florecientes de las que bordaban el golfo de Chesapeak.

Desde entónces, los ingleses quedaron reducidos al recin-

to de la ciudad de Boston: el resto del territorio quedó ocu pado por los insurrectos. Pero no por esto cambió la situacion del jeneral Washington. Los ingleses dominaban en el mar, i su escuadra mandada por el almirante Howe, hermano del jeneral que defendia a Boston, asolaba las costas e interceptaba todo comercio. Se sabia ademas que lord North habia celebrado contratos con varios príncipes de Alemania para que le suministraran soldados i que en poco tiempo reuniria un ejército de 50,000 hombres para despacharlo contra los insurjentes americanos. "Cuando el ejército está sumido en el sueño, escribia Washington, paso mui tristes momentos reflexionando en nuestra terrible situacion. Muchas veces me he figurado que seria infinitamente mas feliz si tomando un fusil al hombro me hubiera enrolado en las filas del ejército. Si salgo alguna vez de estos embarazos, tendré la íntima conviccion de que el dedo de la Providencia ha venido a cegar a nuestros enemigos."

Hubo momentos en que Washington pensó en arriesgarlo todo en un asalto a la ciudad de Boston. Sin embargo, obrando con mas calma, se contrajo a aumentar su ejército i fué ganando terreno hasta apoderarse de las alturas de Dorchester, desde donde sus baterías dominaban la ciudad. El jefe de los sitiados, el jeneral Howe, comprendió que su situacion se hacia cada dia mas crítica i que la defensa de Boston no tenia importancia alguna, miéntras que trasladando su ejército a las colonias centrales, podria cortar a los insurrectos del norte impidiéndoles toda comunicacion con los del sur. El 17 de marzo de 1776, aprovechándose de la movilidad que le permitia la escuadra, Howe embarcó sus tropas i se hizo a la vela para Halifax, en la Nueva Escocia, en donde esperaba recibir refuerzos de Inglaterra para emprender nuevas operaciones militares. Washington entró inmediatamente a la ciudad, i allí fué recibido como su salvador. El congreso aplaudió esta noticia, i despues de darle las gracias por sus servicios, mandó acuñar una medalla de oro en que estaban grabados su

retrato i la evacuacion de Boston, con esta inscripcion: "*Hostibus primo fugatis.*" El jeneral, sin embargo, comprendia demasiado bien que la retirada de los ingleses era sólo el principio de la campaña; i adivinando el pensamiento de Howe, esperó que la escuadra enemiga se hubiera retirado del puerto para ponerse en marcha hácia New York. El 13 de abril entró a esta ciudad; i pocos dias despues se le reunió todo su ejército.

Miéntras Washington obligaba a los enemigos a evacuar a Boston, las armas americanas habian sufrido un grave descalabro. El espíritu de insurreccion no se habia hecho sentir en el Canadá, en donde los ingleses seguian dominando pacíficamente. Washington i el congreso americano temieron que las tropas de aquella provincia marchasen a ausiliar a los ingleses sitiados en Boston; i en setiembre de 1775 acordaron que un cuerpo de 4,000 hombres invadiese el Canadá por dos puntos a la vez. Se esperaba que la poblacion francesa de esta provincia, sometida hacia poco por los ingleses, se levantaria en masa contra los nuevos señores desde que se presentase una fuerza regular para apoyar la insurreccion. El jeneral Montgomery i el coronel Arnold mandaban las fuerzas invasoras, i ejecutaron verdaderos prodijios marchando rápidamente por caminos que parecian impracticables. Montgomery se apoderó de algunas plazas i de la importante ciudad de Montreal; i bajando el rio San Lorenzo, fué a sitiar la capital del Canadá, Quebec. Reunidas las dos divisiones el 30 de diciembre, atacaron la ciudad el dia siguiente, pero fueron recibidos con un fuego terrible. Arnold recibió dos heridas i fué retirado del campo de batalla. Montgomery, ménos feliz que él, fué muerto al principio de la accion, despues de una carrera corta pero brillante que le granjeó la reputacion de un héroe (31 de diciembre de 1775). El jeneral ingles Carleton, que defendia la ciudad, la salvó de caer en manos de los rebeldes; i convencidos éstos de que los católicos del Canadá estaban mas dispuestos a unirse con los ingleses que con los puritanos de América, cuyos principios

relijiosos les eran mui antipáticos, se penetraron en breve de la inutilidad de sus esfuerzos para reducir aquella provincia i dieron la vuelta al sur, tenazmente perseguidos por los enemigos.

7. Declaracion de la independencia de Estados Unidos.—Despues de estas batallas, la opinion pública se habia pronunciado por una completa separacion entre Inglaterra i sus colonias. "Las cosas han llegado a tal punto, escribia Washington, que debemos estar convencidos de que no tenemos nada que esperar de la justicia de Gran Bretaña." Un ingles naturalizado en América, nombrado Tomas Payne, célebre por su ardor republicano, proclamó con jeneral aplauso la necesidad de declarar la independencia en un escrito titulado *Sentido comun.* En el seno del congreso habia apoyado esta idea, declarando que Inglaterra no se hallaba en estado de hacer mayores esfuerzos para someter sus colonias, miéntras que habia que esperar mucho aun del patriotismo de éstas. El congreso acordó dar este paso atrevido. Una comision de su seno fué encargada de la redaccion del acta; i Tomas Jefferson, natural de Virjinia, como Washington, escribió aquel documento memorable. "Nosotros, los representantes de Estados Unidos de América, decia aquel documento, reunidos en un congreso jeneral, despues de haber invocado al juez supremo de los hombres en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que estas colonias unidas son i tienen el derecho de llamarse estados libres e independientes" (4 de julio de 1776). Nueve colonias se adhirieron a esta declaracion: los representantes de las otras cuatro firmaron tambien despues de algunas vacilaciones, de modo que la declaracion de la independencia fué considerada como la espresion de la voluntad unánime de los trece estados.

Esta declaracion fué recibida con entusiasmo en todas partes. El ejército de Washington, acampado en New York, la acojió con aplausos. Las armas de Gran Bretaña fueron arrancadas de los edificios públicos i destruidas; los retra-

tos del rei fueron quemados, i una estátua de bronce de Jorje III que existía en la plaza de New York, fué convertida en proyectiles para las armas de fuego.

8. WASHINGTON ES OBLIGADO A EVACUAR A NEW-YORK. —Como Washington lo habia previsto, el jeneral Howe no se mantuvo inactivo en Halifax. Preparó un cuerpo de tropas que puso a las órdenes del jeneral Clinton, para operar en las Carolinas a fin de distraer la atencion de los rebeldes, confiando ademas en que los realistas de aquellas provincias, denominados *leales*, i con los cuales estaba en comunicacion, habian de apoyar sus operaciones. Sin embargo, el movimiento realista se malogró por haberse adelantado; i el jeneral Clinton fué rechazado de Charleston con gran pérdida.

Miéntras tanto, Howe emprendia la campaña sobre New York. El 28 de junio (1776), una parte de la escuadra inglesa estaba cerca de esta ciudad; i poco tiempo despues se reunieron allí las tropas llegadas de las diversas colonias, las fuerzas con que el jeneral Clinton habia operado en las Carolinas, i los rejimientos alemanes e ingleses que habian salido de Europa. Howe se encontró al fin a la cabeza de 30,000 soldados de los mas aguerridos. Washington, entre tanto, despues de hacer esfuerzos sobrehumanos, habia reunido 27,000 hombres sin instruccion ni disciplina i aun entre éstos habia cerca de 10,000 enfermos. El jeneral Howe anunció a los independientes que era portador de proposiciones pacíficas de parte del rei; pero esas proposiciones contenian sólo un ofrecimiento de perdon si los americanos deponian las armas. Los defensores de New York no quisieron entrar en negociaciones sin el reconocimiento previo de la independencia.

Los americanos habian ocupado una isla situada enfrente de New York, denominada Long-Island. El jeneral Howe desembarcó en ella con un cuerpo de 8,000 hombres i dispuso un ataque repentino sobre la ciudad de Brooklyn que ocupaban los americanos. Los desastres que éstos sufrieron fueron horribles. Perdieron mas de mil hombres, i ha-

brian sucumbido todos sin la tardanza de los ingleses para consumar su triunfo. Washington aprovechándose de una espesa neblina, pasó el estrecho canal que separa a New-York de Brooklyn, llevando muchas chalupas para disponer con tanta habilidad como audacia la retirada de los suyos. Salvó así no sólo las tropas que escaparon de la sorpresa, sino tambien los heridos, las municiones i la artillería, i ejecutó este movimiento con tanto órden que la última chalupa atravesó el canal ántes que los ingleses supiesen su retirada (27 de agosto de 1776).

El terror habia cundido en el ejército americano. Washington se convenció de que no podia quedar en New York sin gran peligro; i despues de diversos encuentros, todos ellos desgraciados para sus armas, i en que el jeneral desplegó gran valor, le fué forzoso evacuar la isla en que está situada New York i seguir su marcha por el norte de esta provincia. De allí pasó a la provincia de New Jersey, i cruzando el Delaware (18 de octubre), fué a colocarse en la ribera derecha de este rio para defender a Filadelfia, en que estaba establecido el congreso. Los ingleses, entre tanto, ocuparon las provincias de New-York, Rhode-Island i New Jersey. La ruina de los revolucionarios parecia segura e inevitable.

9. Nuevos triunfos de los americanos.—Tan repetidas desgracias habian producido un profundo desaliento en todas partes. Los soldados se desertaban del ejército; i el congreso mismo, viendo amenazado el lugar de sus sesiones, se retiró a Baltimore. Washington, sin embargo, aunque sin caballería, sin artillería, i con sólo 3,000 hombres desalentados, supo mantener en pié la revolucion en aquellas circunstancias supremas. Por medio de hábiles combinaciones, i manifestando siempre la mayor serenidad, ocultó las miserias de su situacion a sus enemigos i a sus propios soldados. Howe habia quedado en New York; pero uno de sus tenientes, lord Cornwallis, ocupaba la provincia de New Jersey hasta la orilla izquierda del Delaware, en frente de las líneas americanas. Los ingleses esperaban que

los frios del invierno acabasen de helar la superficie de aquel rio para hacer una invasion en la provincia de Pensylvania.

En tales circunstancias, el congreso confió a Washington un poder dictatorial por el término de seis meses. Se le autorizó para organizar el ejército, asignar el sueldo a los soldados, nombrar o destituir oficiales i castigar a los adversarios de la revolucion. Poniendo en ejercicio su maravillosa actividad, Washington, a quien las desgracias de su situacion habian obligado a permanecer a la defensiva, se halló en poco tiempo en estado de dar un golpe de mano. En la noche del 25 de diciembre (1776), durante una tempestad deshecha, pasó el rio Delaware en medio de las masas de hielo que arrastraba en su corriente. Sus fuerzas se componian de 2,500 hombres, i con ellos atacó el pueblo de Trenton que defendian tres rejimientos alemanes, los acometió a la bayoneta i les tomó mil prisioneros i seis cañones. El jeneral Cornwallis marchó con el grueso de su division para desalojar de Trenton a su adversario; pero Washington abandonó sus posiciones dejando encendidos los fuegos del campamento para engañar al enemigo, i marchó hasta Princeton, donde estaba establecido el cuartel jeneral de la division que ocupaba a New Jersey. Allí derrotó a las tropas británicas, tomándoles 300 prisioneros; i burlando hábilmente a lord Cornwallis, repasó el Delaware i volvió a ocupar su campamento (2 de enero de 1777.)

10. Mision de Franklin a Europa; el jeneral Lafayette.—Desde el principio de la insurreccion, los americanos habian querido atraer a su causa a alguna de las naciones europeas, rivales de Gran Bretaña. En efecto, en Francia se habian despertado vivas simpatías por la causa americana, i aun el gobierno no habia hecho nada para impedir el que los independientes se proveyeran de armas i municiones en sus colonias de las Antíllas. El congreso de Estados Unidos creyó que podia contar con el apoyo de la Francia; i en octubre de 1776, comisionó dos negociadores, uno de los cuales era Benjamin Franklin, para solicitar tan

importante apoyo. Otro ajente fué despachado con el mismo objeto a España, que con mucho fundamento se suponia mal dispuesta hácia el gobierno ingles.

El rei de Francia Luis XVI i sus ministros, no quisieron comprometerse desde luego en una causa que parecia mui aventurada. Franklin, que gozaba en Francia de una gran reputacion por sus descubrimientos científicos, fué favorablemente acojido en todas partes. Turgot compuso en su honor un verso latino que constituye su mayor elojio: *Eripuit cœlo fulmen, sceptrunque tirannis* (Arrebató el rayo al cielo i el cetro a los tiranos). La corte, sin embargo, no se atrevió a reconocerlo en su carácter oficial, esperando que los sucesos de la guerra de América dieran firmeza a la independencia que Estados Unidos acababan de declarar.

A pesar de esta actitud espectante de la corte, algunos señores franceses se pronunciaron decididamente en favor de la insurreccion de las colonias británicas. Uno de ellos, el marques de Lafayette, arrastrado por su entusiasmo, compró un buque, lo cargó de armas i municiones, i se embarcó en él para ir a ofrecer sus servicios al pueblo americano. El congreso le concedió el grado de mayor jeneral (abril de 1777); i Washington, a cuyas órdenes sirvió, le dispensó su amistad que no se interrumpió jamas.

11. Francia reconoce la independencia de Estados Unidos.—En esa época, las operaciones militares de los ingleses habian recibido grande impulso en Estados Unidos. El jeneral Howe habia combinado un gran movimiento con que creia poner término a la insurreccion. Dispuso que el jeneral Burgoyne, que mandaba en el Canadá, marchara con sus tropas hácia el sur, miéntras él atacaba la insurreccion por el este. A fines de junio embarcó el grueso de su ejército i se hizo a la vela para el sur, con el propósito de entrar a la provincia de Pensylvania por el golfo de Chesapeak. Washington, viendo amenazada a Filadelfia, que podia considerarse como la capital de la Union, corrió en su ausilio. Una sangrienta batalla tuvo lugar en Brandy-Wine (12 de setiembre de 1777). Los ingleses, mui supe-

riores en número, fueron vencedores; pero Washington se retiró en buen órden, luchando constantemente con los enemigos i aprovechándose hábilmente de su conocimiento del terreno para batirse en retirada. Filadelfia fué ocupada por los ingleses; pero Washington estableció su campamento a pocas leguas de la ciudad, en medio de las montañas para impedir los progresos del enemigo i hacer estériles sus triunfos.

Miéntras tanto, el jeneral Burgoyne sufria un completo descalabro. A la cabeza de las tropas del Canadá, habia invadido por el lado de los lagos el territorio de la Union i habia engrosado el número de sus tropas llamando a su servicio a los indios salvajes. Los americanos, inferiores en número, se retiraron delante de él dejándole espedita la marcha. Los ingleses llegaron hasta el rio Hudson, i comenzaron a bajarlo para unirse con las tropas del jeneral Howe. Washington confió un cuerpo de tropas a uno de sus subalternos, el jeneral Gates, con órden de envolver las tropas de Burgoyne. El jefe americano ejecutó con tanta habilidad esta operacion que despues de dos batallas, obligó al jeneral enemigo a capitular con 5,600 hombres de las mejores tropas, en Saratoga, al suroeste del lago Champlain (17 de octubre de 1777).

Este suceso, uno de los mas notables de toda la guerra, realzó el poder militar de los americanos. Desde luego tuvo grande importancia en la marcha posterior de la lucha; pero su influencia fué todavía mayor en el estranjero. El gobierno frances se atrevió a tratar con los insurjentes de América desde que vió con cuanta decision i patriotismo sostenian su causa. El 6 de febrero de 1778 celebró con Franklin un tratado de comercio en el cual reconocia espresamente la independencia de Estados Unidos. La neutralidad de Francia quedaba subsistente en ese tratado; pero al mismo tiempo, las dos potencias se comprometieron a socorrerse mútuamente en el caso eventual de una guerra entre Francia e Inglaterra. Ninguna de las dos naciones podria aceptar la paz separadamente, ni deponer las armas

hasta que la independencia de Estados Unidos no estuviese reconocida i asegurada. Tal fué el principio de una alianza que habia de despojar a Gran Bretaña de sus mas valiosas colonias de América. [3]

[3] Para trazar este rápido bosquejo de la historia de la revolucion de Estados Unidos de América, he tenido a la vista las prolijas historias de Washington, escritas en ingles por IRVING, MARSHALL i SPARK, i la que ha dado a luz en frances M. CORNELIS DE WITT. Me ha servido tambien mucho la parte que a estos sucesos destina M. BONNECHOSE en su excelente *Histoire d' Angleterre*. La obra de Bancroft termina, a lo ménos la parte que conozco, en 1769 con las primeras dificultades entre la Inglaterra i sus colonias, i por tanto, ántes de comenzar la guerra de la independencia.*

* En 1874 se concluyó de imprimir en Boston con el volúmen 12.° esta Historia, que llega hasta el fin de la guerra de la independencia de Estados Unidos



CAPITULO II.

Independencia de Estados Unidos.

(1778-1819)

1. Influencia de la alianza francesa; ventajas alcanzadas por los americanos en 1778.—2. Campaña de las Carolinas.—3. Arribo de los ausiliares franceses; traicion del jeneral Arnold.—4. Rendicion de York Town.—5. Paz de Versalles; la Inglaterra reconoce la independencia de Estados Unidos.—6. Constitucion de los Estados Unidos.—7. Washington elejido presidente.—8. Muerte de Washington.—9. Rápidos progresos de Estados Unidos despues de su independencia.

1. Influencia de la alianza francesa; ventajas alcanzadas por los americanos en 1778.—El reconocimiento de la independencia de Estados Unidos que acababa de hacer la Francia iba a cambiar la suerte de la guerra. Hasta entónces los americanos habian mostrado grande enerjía i la firme resolucion de separarse decididamente de la metrópoli, pero faltos de elementos militares i de disciplina i teniendo que luchar con un enemigo numeroso i bien provisto, habian sufrido frecuentes derrotas i la revolucion se habia hallado a punto de sucumbir. Entre tantas desgracias, Washington habia desplegado las dotes de un gran jeneral, i las virtudes de un ciudadano desprovisto de toda ambicion i capaz de sobrellevar los mayores sufrimientos para alcanzar la libertad de su patria. En medio de los con-

tratiempos que esperimentó i de las pasiones que siempre jerminan en las grandes crísis revolucionarias, Washington habia encontrado enemigos envidiosos de su gloria, espíritus recelosos que desconfiaban de su desprendimiento i de sus virtudes; pero la mayoría de la nacion le hacia justicia i miraba en él al primer ciudadano de una gran república. Al terminarse el período por el cual fué investido de poderes estraordinarios, el congreso le prorrogó las atribuciones que le habia conferido por otros seis meses, i siguió renovándoselos, hasta la terminacion de la guerra.

Miéntras tanto, en el seno del parlamento ingles se debatia la cuestion de la guerra de América con singular acaloramiento. Lord Chatam, aunque opuesto a la idea de que la metrópoli reconociera la independencia de Estados Unidos, acusaba al ministerio de ser la causa de aquella revolucion, le echaba en cara los errores de sus jenerales i le reprochaba particularmente el que éstos hubiesen empleado los indios salvajes como ausiliares. El ministerio se resolvió a ofrecer la paz a los americanos, renunciando a todo derecho de imponer contribuciones a las colonias, pero negándose a reconocer su independencia. Entónces no se sabia ni en Inglaterra ni en Estados Unidos que Franklin habia celebrado un tratado con la Francia. Washington se mantuvo incontrastable. "No aceptemos nada si no es la independencia, escribia a sus amigos que estaban en el congreso. Jamas podremos olvidar los ultrajes que nos ha inferido la Gran Bretaña; una paz con otras condiciones será una fuente de perpétuas luchas." El congreso reunido en York Town, se negó tambien a tratar sobre una base cualquiera que no fuese el reconocimiento inmediato de la independencia de Estados Unidos.

En este estado llegó a América la noticia del tratado celebrado por Franklin (mayo de 1778). El gobierno británico lo comunicó al jeneral Clinton, que habia sucedido a Howe en el mando del ejército ingles, encargándole que reconcentraran sus fuerzas, al mismo tiempo que el congreso americano recibia la noticia por los despachos

de sus emisarios en Paris. Clinton tenia un ejército de mas de 33,000 soldados, de los cuales 19,500 ocupaban a Filadelfia, miéntras Washington permanecia acampado a poca distancia de esta ciudad con un cuerpo de 11,000 hombres mal equipados i casi desnudos. A pesar de esto, Filadelfia, fué evacuada el 18 de junio, i el congreso pudo volver a celebrar sus sesiones en el recinto de aquella ciudad.

En el momento, Washington se puso en persecucion de los ingleses, sin tomar en cuenta la inferioridad numérica de sus tropas. Habiendo tomado hábiles disposiciones, los alcanzó en Monmouth (28 de junio), en donde sostuvo un rudo combate que costó a los ingleses grandes pérdidas. La victoria de Washington habria sido completa si uno de sus jenerales, Lee, hubiera cumplido las órdenes de su jefe. A pesar de esta desobediencia, orijinada por un principio de mezquina rivalidad, los ingleses se replegaron a New York dejando a los americanos en pacífica posesion del territorio que ellos habian ocupado.

El tratado entre Estados Unidos i Francia produjo, como era de esperarse, una ruptura entre esta última potencia i Gran Bretaña. El gobierno ingles parecia dispuesto al principio a reconocer la independencia de sus colonias para evitar una guerra europea; pero el orgullo nacional, representado en el parlamento por algunos miembros de la minoría, entre los cuales figuraba el célebre lord Chatam, arrastró al ministerio a retirar el embajador ingles en Paris. Las hostilidades comenzaron casi inmediamente. El almirante frances conde d'Estaing salió de Tolon con direccion a América, el 19 de abril de 1778, a la cabeza de una escuadra de 12 navíos i 4 fragatas. Las primeras operaciones de esta escuadra fueron mui poco provechosas para la causa americana. Washington proyectó el sitio de Newport, capital de Rhode-Island, con un ejército de 10,000 hombres, que debia apoyar el conde d'Estaing con sus naves; pero despues de muchas peripecias, el almirante frances, creyendo que no estaba autorizado para empresas de

este jénero, se retiró con sus naves, obligando así a los americanos a levantar el sitio de aquella ciudad. Hubo un momento en que se hicieron sentir las mas violentas quejas contra los franceses, llegando hasta acusarlos de traicion. Washington, sin embargo, manifestó en aquello momentos su prudencia habitual; i creyendo que la alianza francesa podria ser en adelante mas útil de lo que habia sido hasta entónces, trató de tranquilizar los ánimos i de desvanecer las malas impresiones.

2. CAMPAÑA DE LAS CAROLINAS.—En 1779, las operaciones militares tuvieron tres teatros diferentes. En las provincias centrales, no tuvo lugar ninguna batalla séria; pero los realistas, apoyados por los indios, cometieron las mayores atrocidades para infundir terror entre los americanos. El jeneral Clinton, deseando llamar la atencion de los rebeldes por todas partes, habia despachado un cuerpo de 2,000 hombres a la provincia de Jeorjía a las órdenes del coronel Campbell. El 29 de diciembre de 1778, Campbell se apoderó de Savannah, capital de la provincia, en donde se le reunieron numerosos partidarios de la causa de la metrópoli.

Miéntras tanto, la escuadra francesa habia ido a inquietar a los ingleses en sus posesiones de las Antíllas. España, despues de muchas vacilaciones, habia aceptado la alianza francesa, i reunido su escuadra para combatir el poder marítimo de Gran Bretaña. Setenta navíos aliados amenazaban las costas de Inglaterra, al mismo tiempo que numerosos corsarios americanos hostilizaban el comercio ingles en los mares de Europa i de América. En esos momentos de tanto conflicto, Gran Bretaña desplegó una enerjía maravillosa i recursos militares de que no se la creia poseedora. No sólo defendió sus costas, sino que quitó a los franceses algunas colonias de las Antíllas en cambio de otras que habia perdido en la misma guerra, i defendió heroicamente a Jibraltar contra los esfuerzos combinados de Francia i de España. En el sur de Estados Unidos supo tambien mantener su preponderancia.

En efecto, los americanos habian preparado un cuerpo de tropas bajo el mando del jeneral Lincoln para rescatar la importante ciudad de Savannah. El almirante d'Estaing apoyaba con su escuadra esta operacion; i despues de un mes de sitio, los aliados dieron el asalto a la plaza con gran resolucion. Los ingleses, sin embargo, se defendieron con toda habilidad i enerjía, i obligaron al enemigo a retirarse dejando en el campo cerca de 1,000 hombres entre muertos i heridos (9 de octubre de 1779.)

Los triunfos de las armas inglesas en el sur de Estados Unidos alentaron al jeneral Clinton a proseguir la campaña por aquella parte. Para ello reunió un cuerpo de 7,000 hombres, i juntándose en Jeorjía con algunas tropas del coronel Campbell, fué a poner sitio a la ciudad de Charlestown, capital de Carolina del sur. El jeneral americano Lincoln defendió esta ciudad heroicamente pero fué tal la actividad que desplegaron los ingleses para sitiarla por mar i por tierra que despues de haber sufrido grandes desastres, el jeneral Lincoln se vió obligado a rendirse a discrecion en el momento en que los ingleses se preparaban para el asalto (12 de mayo de 1780). En seguida, el jeneral Clintown despachó diversos cuerpos de tropas que dilataron fácilmente las conquistas británicas en las provincias de Jeorjía i de Carolina del sur, en donde se reunieron a sus banderas muchos partidarios de la causa real que habia en aquellas provincias. En seguida Clinton dejó el mando de aquellas tropas al jeneral ingles lord Cornwallis, i se embarcó con direccion a New York, que creia amenazada. Los refuerzos que el congreso americano despachó a Carolina del sur para combatir las tropas de lord Cornwallis, léjos de alcanzar la reconquista de esta provincia, fueron batidos por las tropas inglesas.

3. Arribo de los auxiliares franceses; traicion del jeneral Arnold.—La fortuna se mostraba esquiva con los independientes americanos. El congreso, confiando demasiado en la importancia de la alianza francesa, habia descuidado el ejército, a pesar de las instancias del jeneral en

jefe. Sólo Washington se habia mostrado perseverante en su plan de defensa, combatiendo un proyecto del congreso para hacer una nueva espedicion contra el Canadá, i rechazando a los indios de las rejiones occidentales, que instigados por los ingleses, cometian todo jénero de atrocidades en los campos i en algunos pueblos pequeños de la Union. Sin embargo, su ejército sufria grandes privaciones. Mal pagadas i peor equipadas, las tropas parecian dispuestas a sublevarse, i sólo la constancia i la entereza de Washington pudieron mantener la moralidad de sus soldados. En muchas ocasiones le fué necesario proveerse de víveres por la fuerza; i sólo mediante su perseverancia pudo conservar sus posiciones, i aun penetrar en la provincia de Rhode Island.

El jeneral Lafayette habia pasado a Francia a pedir al rei una cooperacion mas decidida en favor de los independientes americanos. Luis XVI, empeñado ya en una guerra formal contra los ingleses, accedió a esta peticion, nombró a Washington teniente jeneral de sus ejércitos, i puso a sus órdenes un cuerpo de seis mil soldados franceses que debia llevar a Estados Unidos el conde de Rochambeau. El 11 de julio de 1780 desembarcó éste en Newport (Rhode-Island). El arribo de este ausilio hizo concebir grandes espectativas; pero los aliados carecian de una escuadra respetable, i les fué forzoso conservar sus posiciones i abstenerse de empeñar un ataque contra la importante ciudad de New York, que ocupaban los ingleses.

En setiembre de 1780, el ejército americano estaba acampado en la orilla derecha del rio Hudson, amenazando a los ingleses que dominaban en New York. El jeneral Benedicto Arnold, célebre por su valor i por su habilidad, guarnecia un fuerte importante denominado West Point, en las orillas de aquel rio, desde donde embarazaba las operaciones de la escuadra británica. Arnold, hombre de costumbres desarregladas i de mal carácter, habia mandado poco ántes las tropas de la provincia de Pensylvania, i sufrido, en virtud de una sentencia, una reconvencion militar del jene-

ral en jefe. Desde entónces pensó en vengarse de aquel agravio; i al efecto, entró en relaciones con el jeneral Clinton para entregarle el fuerte West Point i pasarse a las banderas inglesas. Clinton confió esta negociacion a uno de sus ayudantes, el mayor John André. Cuando todo estuvo arreglado, André fué apresado por algunos milicianos; i en su poder se hallaron los documentos que probaban la traicion del jeneral americano. Arnold fugó apresuradamente i alcanzó a ponerse en salvo, pero el mayor André fué sometido a un consejo de guerra i juzgado como espía. "Jamas hombre alguno despertó en circunstancias semejantes una simpatía tan profunda en el mismo pais contra el cual trabajaba. Su historia es una de las pájinas mas conmovedoras de la revolucion americana i su nombre es repetido todavía con interes en las tradiciones de aquellos lugares" [1]. Washington fué inflexible a todas estas consideraciones i a las instancias del jeneral ingles para suspender la ejecucion de su ayudante. El mayor André fué ahorcado el 2 de octubre de 1780. Arnold, en cambio, recibió un premio de 10,000 libras esterlinas, i se distinguió mas tarde en el ejército ingles por su crueldad para con sus compatriotas.

4. Rendicion de York Town.—La traicion de Arnold no ejerció la influencia que de ella esperaban los ingleses. Miéntras tanto, Gran Bretaña era el teatro de formidables ajitaciones interiores, i sufria las hostilidades no sólo de Francia i de España sino tambien de Holanda, a la cual habia declarado la guerra (1780), i de una liga denominada neutralidad armada, que formaron Rusia, Suecia i Dinamarca. En el mar, la escuadra británica habia sostenido combates terribles con las naves francesas, de tal modo que a pesar de los grandes recursos de la Inglaterra i de la enerjía que en esos momentos desplegó su gobierno, la guerra se presentaba con caractéres desfavorables para ella.

En Estados Unidos, en cambio, Inglaterra conservaba

---

[1] W. Irving, *Life of Washington*, vol. IV, páj. 139, edic. de Leipzig.

su superioridad. En el sur, lord Cornwallis sostenia la guerra con ventajas; i en la provincia de Virjinia apareció Arnold con un cuerpo de tropas inglesas cometiendo grandes depredaciones. La situacion financiera del gobierno americano lo reducia ademas a la dura necesidad de no poder aumentar convenientemente su ejército. Si embargo, el congreso i el jeneral en jefe comprendieron que era llegado el caso de hacer un esfuerzo supremo aprovechándose del conflicto en que se hallaba Gran Bretaña. Un rico comerciante de Filadelfia, Roberto Morris, fundó un banco, i mediante su talento i su firmeza al frente de la hacienda pública, restableció algun órden en la administracion e hizo renacer el crédito nacional. El gobierno frances adelantó a Estados Unidos la suma de 16 millones de francos, al mismo tiempo que despachaba en ausilio de los americanos una escuadra de veintidos navíos (marzo de 1781).

Washington, entre tanto, habia dado a la guerra un impulso poderoso que la llevó felizmente a término. El jeneral americano Greene habia marchado a la Carolina del sur, con un cuerpo de tropas, i allí manifestó mui distinguidos talentos militares. Vencedor a veces, derrotado otras, el ejército de Greene desplegó tal ardor, que redujo al enemigo a retirarse paso a paso a las ciudades de la costa en donde contaba con exelentes fortificaciones. Al mismo tiempo, el jeneral Lafayette operaba en la provincia de Virjinia contra las tropas del traidor Arnold; i si la inferioridad númerica de su ejército no bastaba para rechazar a los ingleses, alcanzó al ménos a mantenerlo en constante inquietud.

Lord Cornwallis pensó entónces en que convenia mucho dar impulso a la guerra en la provincia de Virjinia, desde donde podia dejar al jeneral Greene incomunicado con el resto del ejército i con el gobierno americano. Reforzado con algunas tropas de New York, salió de Carolina del sur dejando una corta guarnicion, i cayó de improviso sobre Virjinia. A pesar de los hábiles esfuerzos del jeneral Lafayette, lord Cornwallis se fortificó en York Town, en la

desembocadura del rio York, con un ejército de cerca de nueve mil hombres (22 de julio), i aguardó el momento de arrojar a los americanos de aquella provincia.

Washington desplegó en aquellos momentos tanta habilidad como tino para dar al enemigo un golpe mortal. El jeneral Clinton quedaba situado en New York: Washington dejó en las inmediaciones de aquella ciudad una division americana para llamar su atencion, i haciendo una marcha rápida al traves de las provincias de New Jersey i de Pensylvania, fué a reunirse con el jeneral Lafayette, al mismo tiempo que la escuadra francesa mandada por el almirante Grasse, penetraba en la bahía de Chesapeak, e iba a situarse enfrente de York Town. De este modo el jeneral americano pudo reunir un ejército de 16,000 hombres, miéntras el enemigo estaba reducido a la mitad de esta fuerza i tenia cerca de 2,000 enfermos. El sitio comenzó el 30 de setiembre.

El sitio de York-Town fué notable por la rapidez, la regularidad i la fortuna con que la plaza fué tomada. Los americanos, acostumbrados ya a la guerra, se mostraron dignos compañeros de los veteranos europeos. Washington colocó hábilmente sus baterías, i desde el 10 de octubre principió el bombardeo de la plaza. Cuatro dias despues arrebató al enemigo dos reductos formidables i lo redujo a la imposibilidad de sostenerse por largo tiempo. El 17 de octubre de 1781, lord Cornwallis capituló la rendicion de la plaza, i a la cabeza de 7,000 soldados ingleses, entregó sus armas al jeneral americano.

5. Paz de Versalles; la Inglaterra reconoce la independencia de Estados Unidos.—La rendicion de York Town ejerció una influencia decisiva en la terminacion de guerra. "Lord North, dice un historiador ingles, recibió la noticia como una bala en medio del pecho; abrió los brazos i esclamó: ¡Dios mio! todo está perdido!" Sin embargo, los ingleses eran dueños todavía del Canadá, de Jeorjía, de gran parte de las Carolinas i de la ciudad de New York, i sus fuerzas en el continente americano pasaban de 30,000

hombres; pero Gran Bretaña estaba rendida de cansancio despues de una guerra que le costaba tan grandes sacrificios. La campaña se continuó todavía en América débilmente, i no era difícil prever que en poco tiempo mas debia ajustarse la paz. Los ingleses manifestaron su despecho ejerciendo algunas crueldades; pero sus mismos jenerales se manifestaban cansados con una lucha que se prolongaba con resultados inciertos cuando no adversos.

Inmediatamente cayó el ministerio North (28 de marzo de 1783). El nuevo gabinete trató en vano de desligar a los americanos de la alianza francesa, pero convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, convino en tratar. En noviembre de 1782, los ajentes de Gran Bretaña i los de América firmaron en Paris los preliminares de un tratado de paz; i el 3 de setiembre de 1783, fué firmado en Versalles el tratado definitivo por el cual se reconocia la independencia de Estados Unidos. Inglaterra devolvió a Francia las posesiones que le habia quitado, i cedió a España la isla de Minorca i la Florida, que esta nacion habia reconquistado durante la lucha. Holanda recobró tambien sus posesiones.

La independencia de Estados Unidos hizo grande eco en Europa, i ejerció una inmensa influencia en el mundo entero. En realidad, no importaba sólo la fundacion de un nuevo estado sino la sancion de un nuevo principio que tenia por fundamento la libertad, sancionada ya en teoría por los grandes filósofos del siglo XVIII.

6. Constitucion de Estados Unidos.—Durante la guerra de la independencia, el congreso, compuesto, como hemos visto ya, de los representantes de los diferentes estados, habia tenido a su cargo la direccion de los negocios públicos. En 1776, habia dictado una especie de constitucion con el nombre de confederacion, que no era otra cosa que un pacto de alianza provisoria de las trece colonias. Al terminarse la guerra, Washington se presentó al congreso reunido entónces en Annápolis (Maryland), i entregó al presidente la credencial de los poderes discrecionales que

se le habian conferido durante la lucha i renovándose periódicamente (23 de diciembre de 1783). Despues de haber fundado la libertad de Estados Unidos, queria retirarse de la vida pública para vivir en medio de su familia en sus propiedades de Mont Vernon, a orillas del Potomac.

Con el reconocimiento de su independencia, Estados Unidos no habia recorrido mas que la mitad de su camino. Faltábale la unidad, puesto que si el pacto de confederacion habia servido durante la lucha, existia latente el espíritu de oposicion i rivalidad entre las diversas provincias. Los hombres mas ilustrados de la revolucion americana conocieron la necesidad que habia de una nueva constitucion que robusteciera el poder público e impidiera la anarquía. Los delegados de las provincias pensaron entónces en la reunion de una convencion que debia deliberar sobre este negocio.

La convencion se reunió en Filadelfia el 2 de mayo de 1787. Washington, elejido representante de la provincia de Virjinia a pesar de su propia oposicion, tuvo el honor de presidir aquella asamblea por indicacion de Franklin. Queriendo evitar la irritacion que podria desarrollarse en los diversos estados a consecuencia de la acritud de los debates de la convencion, pidió que ésta celebrase sus sesiones a puerta cerrada. En efecto, el proyecto de constitucion fué debatido con gran calor; i despues de cuatro meses de sesiones, la convencion lo dió por terminado i lo presentó al congreso para obtener su aprobacion, así como la aceptacion de los diversos estados. Once de éstos lo aprobaron: Rhode-Island i Carolina del Sur que opusieron algunas dificultades, se adhirieron en breve a la mayoría. De este modo, i sin que ocurrieran violentos sacudimientos, se formó la vasta confederacion americana, que sirve todavía de ejemplo de un gobierno constituido sobre la mas sólida de todas las bases, la libertad. Las modificaciones que despues ha sufrido aquel código, no han tenido otro objeto que estrechar mas i mas los lazos del pacto federal.

Como ya hemos dicho, el gobierno de Estados Unidos estaba reconcentrado en el congreso, compuesto de una sola cámara, dotada a la vez de los poderes lejislativo i ejecutivo. La nueva constitucion creó un presidente, investido del poder ejecutivo por cuatro años, i designado por eleccion indirecta de todos los electores de Estados Unidos. El poder lejislativo quedó representado por dos cámaras, la una de diputados elejidos en toda la Union en razon de un representante por cada 30,000 habitantes, i el senado compuesto de miembros elejidos por las asambleas de los estados en número de dos por cada uno. Para estrechar la alianza entre el poder central i los poderes locales a fin de conservar a éstos la independencia de que habian gozado desde los primeros tiempos de la colonia, la constitucion confiaba al congreso el cuidado de todos los intereses comunes, la paz, la guerra, los tratados de comercio, las tarifas de aduana, la administracion de las rentas jenerales i el sosten de un ejército i de una escuadra. Cada uno de los estados podia darse una constitucion especial para su gobierno interior. El congreso i el presidente debian residir en un territorio especial, independiente de los otros estados, i sobre el cual ejercerian los mismos poderes que los gobernadores i las asambleas de provincias sobre cada una de éstas. Los estados de Maryland i de Virjinia cedieron al gobierno federal el territorio en que debia establecerse la capital; i en 1800 fué fundada la ciudad de Washington.

7. WASHINGTON ELEJIDO PRESIDENTE.—En cumplimiento de lo dispuesto por la constitucion, se pensó en elejir el primer congreso i el primer presidente. Las miradas de todos se fijaron entónces en Washington, cuyo patriotismo i cuya intelijencia eran jeneralmente reconocidos. El, sin embargo, no habia cesado de manifestar sus deseos de pasar el resto de su vida ajeno a toda intervencion en los negocios públicos. No sólo se habia negado a aceptar los honores i recompensas que el congreso le habia discernido por sus servicios en la guerra de la independencia, sino que

habia pasado todo el tiempo que le dejaron libre los trabajos de la convencion en sus posesiones de Virjinia, ocupado en grandes faenas industriales, en las cuales desplegaba tambien su incansable actividad i su tino certero. Las representaciones i solicitudes de sus compañeros de armas no bastaron para hacerlo cambiar de conducta a este respecto. Despues de terminada la guerra, los oficiales fundaron una órden que perpetuase el recuerdo de sus esfuerzos patrióticos bajo la denominacion de Cincinatus, con el objeto de establecer un lazo de union entre ellos en el momento en que estaban para separarse. La órden debia ser hereditaria en las familias de sus miembros, i admitia en su seno a los oficiales estranjeros que habian servido en América, i a sus descendientes. Washington fué designado para presidente de aquella órden; pero notando en ella una tendencia monárquica, se empeñó en reformar sus estatutos, i una vez conseguido esto, renunció la presidencia.

Poco ántes, Washington habia dado una prueba mas espléndida todavía de su espíritu republicano. En los momentos de vacilacion e incertidumbre que sucedieron a la terminacion de la guerra, se habló entre los oficiales del ejército de que solo el establecimiento de una monarquía podia consolidar la union de los diversos estados i hacer desaparecer los jérmenes de desórden que comenzaban a nacer. Uno de los jefes que ordinariamente habia servido de intermediario entre Washington i su ejército, escribió al jeneral una carta para esponerle, a nombre de sus compañeros de armas, los inconvenientes que ellos encontraban para el establecimiento de una república i las ventajas que se obtendrian de constituir una monarquía. No es difícil comprender el alcance de esa carta: si en esos momentos Estados Unidos se hubiera dado un rei, ese rei no podia ser otro que el jeneral Washington. Este contestó: "He leido con sorpresa i dolor los pensamientos que me habeis trasmitido. Creedme que ningun suceso en el trascurso de esta guerra me ha aflijido tanto como el saber por vos que tales ideas circulan en el ejército. Debo mirar-

las con horror i condenarlas severamente. En vano busco en toda mi conducta que es lo que ha podido alentaros a hacerme una proposicion que me parece preñada de las mayores desgracias que pueden caer sobre mi pais". Despues de estas manifestaciones, no era difícil conocer el espíritu republicano que animaba al fundador de la independencia de Estados Unidos.

El primer congreso se reunió en New York, el 4 de marzo de 1789. Washington, elejido presidente de la república, prestó el 30 de abril de ese año el juramento exijido por la constitucion. John Adams, que habia servido en el congreso de Filadelfia a la causa de la independencia, i despues al establecimiento de la nueva constitucion, fué elejido vice presidente. Washington, reelecto por sus conciudadanos, conservó durante ocho años el primer cargo del estado, i empleó hábilmente su prestijio en afianzar la obra a cuyo servicio se habia consagrado. Estados Unidos estaba dividido en dos partidos poderosos, los federalistas i los antifederalistas, defensores obstinados de las libertades locales: fué necesaria una lucha enérjica i todo el patriotismo de Washington para mantener la paz interior i para impedir una disolucion irreparable. Al fin triunfaron los verdaderos intereses de Estados Unidos, porque no sólo se mantuvo la unidad sino que cobró gran firmeza, i se hicieron estensivas a los diversos estados muchas de las instituciones establecidas para el gobierno federal, i particularmente en lo tocante a la administracion de justicia, la administracion de la hacienda pública, el pago de la deuda nacional, la libertad de cultos i de la prensa, el establecimiento del juicio por jurados, en una palabra, los intereses mas preciosos del hombre i del estado.

Durante el gobierno de Washington, Estados Unidos alcanzó otra gran ventaja. El presidente se empeñó en poner término a la eterna guerra que sostenian los colonos del oeste con las tribus indíjenas reemplazando el sistema de violencias que se empleaba, por medios de suavidad i dejándolos en pacífica posesion de las tierras, ya que

no era posible asimilarlos a la masa jeneral de la poblacion. Los indios, protejidos por el gobierno contra la codicia de los particulares, dejaron de ser enemigos desde que vieron que no eran hostilizados; i el progreso lento pero seguro de la civilizacion, bastó para arrinconar mas i mas a esa raza indisciplinable.

Esos progresos se hicieron mas rápidos desde que España consintió (27 de octubre de 1795) en conceder a Estados Unidos la libre navegacion del Mississippí i el derecho de depósito en Nueva Orleans. La riqueza nacional tomó desde entónces un grande incremento mediante las libertades industriales i la incansable actividad de los americanos del norte.

Las relaciones esteriores no fueron manejadas con ménos habilidad; pero la guerra europea que habia seguido a la revolucion francesa, fué causa de sérios embarazos para el gobierno de Estados Unidos. Desde que Inglaterra tomó parte en ella, i desde que se iniciaron las hostilidades marítimas, el gobierno norte-americano se encontró en una difícil posicion. La causa de la república francesa encontró ardientes partidarios en Estados Unidos, i los ajentes de aquella nacion se aprovecharon de esta circunstancia para armar corsarios contra el comercio británico. Washington, a pesar de sus simpatías por Francia i del entusiasmo nacional, creyó que Estados Unidos debia permanecer perfectamente estraño en aquella contienda, i mantuvo con mano firme la neutralidad. El gobierno de la república francesa se ofendió por esta resolucion, i las relaciones de ámbos paises estuvieron suspendidas i a punto de dar oríjen a una guerra que habria sido desastrosa.

En tales circunstancias terminó el segundo período de su gobierno. Washington rechazó el pensamiento de una tercera eleccion, no tanto para reparar en el descanso sus fuerzas agotadas por los trabajos públicos como para evitar a la libertad los peligros que podia ocasionar la perpetuidad del poder. Dirijió a sus conciudadanos los mas prudentes consejos que debian seguir en adelante, i, entregando

a John Adams las riendas del gobierno (4 de marzo de 1797), se retiró como simple particular a sus propiedades de Mont-Vernon, a donde lo siguieron las bendiciones de todos los pueblos.

8. MUERTE DE WASHINGTON.—Así terminó la vida pública de Washington. Todavía su sucesor, amenazado por una guerra con la república francesa, le confió el cargo de jeneralísimo de los ejércitos americanos; pero su muerte, ocurrida el 14 de diciembre de 1799, puso término a su gloriosa carrera. Durante su última enfermedad, i en el momento de la muerte, dió el mismo ejemplo de paciencia, de valor i de sumision a la voluntad divina que habia ofrecido en todos los actos de su vida. El gobierno i el pueblo de Estados Unidos manifestaron espontáneamente el dolor profundo que les causaba tan gran pérdida. Aunque casado desde largo tiempo atras, Washington murió sin haber tenido descendientes.

"Si la vida de Washington no está sembrada de rasgos brillantes i de las singularidades que en otros hombres han producido la admiracion del mundo, no está deslucida por las locuras ni deshonrada por los crímenes de esos mismos hombres, dice Sparks. Mas bien que el brillo fascinador de ningun rasgo particular, lo que constituye la grandeza de su carácter es la feliz reunion de cualidades i de talentos raros, el conjunto armonioso de las facultades intelectuales i morales. Si el título de grande hombre debe ser reservado a aquel a quien no se puede acusar de un sólo defecto o de un sólo vicio, i que ha consagrado su vida a fundar la independencia, la gloria i la prosperidad permanente de su pais, a aquel que ha alcanzado todo lo que ha emprendido, sin comprometer el honor, la justicia i la integridad i sin hacer el sacrificio de un solo principio, este título no será rehusado a Washington [3]."

---

[3] M. Jarred SPARKS, denominado el *Plutarco americano*, termina con estas hermosas palabras su *Life of Washington*, puesta al frente de una coleccion de los escritos del célebre jeneral.

"La historia no ofrece una vida mas hermosa que la de Washington. Jeneral miéntras fué necesario fundar por las armas la libertad de su patria, empleó en cimentarla durante la paz todo el crédito que le daban sus servicios militares, i no trató jamas de volver contra sus conciudadanos la espada que habia tomado para defenderlos. Demasiado modesto para solicitar los grandes puestos, se manifestó siempre demasiado desinteresado para tratar de conservarlos; así siempre se mostró digno. Al mismo tiempo se elevaba en Francia aquel cuyo jénio debia dominar tan altamente durante quince años en su pais i en la Europa entera. ¡Pero, qué contraste entre aquellos dos grandes hombres! El uno sorprendió al mundo, el otro lo sirvió; el uno le arrancó su admiracion, el otro alcanzó al fin su admiracion i su reconocimiento. Washington murió tranquilo, en el seno de su patria feliz: Napoleon, abandonado por la victoria, obtuvo una roca desierta en cambio de su trono fascinador [4]."

9. Rápidos progresos de Estados Unidos despues de su independencia.—Bajo la administracion de John Adams se renovaron las disensiones políticas de Estados Unidos, pero el principio federal salvó incólume. Durante ese mismo tiempo, se agriaron las relaciones con la república francesa i aun se creyó próxima una ruptura. La caida del directorio i la contitucion del consulado en Francia salvaron a los americanos de esta emerjencia. Por la convencion de 30 de setiembre de 1800, ámbas naciones fijaron de una manera liberal i precisa los límites de la neutralidad marítima.

Pero las guerras europeas vinieron en breve a turbar el desarrollo industrial i comercial de Estados Unidos bajo la administracion de Tomas Jefferson (1801 a 1809). Este hábil majistrado supo, sin embargo, conservar la neutralidad en una época mui difícil. Inglaterra proclamó el blo-

[4] M Bouchot, en un excelente artículo titulado *Etats Unis* en el tomo XIV de la *Encyclopedie moderne*, 1867. De este artículo he tomado con sus mismas palabras muchas noticias i apreciaciones de los sucesos posteriores a la revolucion norte-americana.

queo de todo el imperio frances: Napoleon, a su turno, prohibió a los neutrales todo comercio con las islas británicas. Jefferson, queriendo conservar la neutralidad de Estados Unidos, dictó una lei por la cual quedaba prohibido todo comercio con Francia e Inglaterra, i por último, en 1809, cerró todos los puertos a las naves de guerra así francesas, como inglesas. Jefferson creia que a todo trance debia libertar a su patria de las complicaciones esteriores i de los azares de una guerra; i en efecto, a la sombra de la paz, la industria de Estados Unidos tomó gran vuelo, i los límites de la república se dilataron con la adquisicion de un importante territorio. La Luisiana, que hasta entónces pertenecia a Francia, fué cedida por esta nacion mediante una retribucion de 15.000,000 de pesos.

El cuarto presidente de Estados Unidos, James Madison (1809 a 1817), respetó cuanto fué posible la política de su antecesor. Alejados del océano por las guerras europeas, los americanos consagraron toda su actividad a las mejoras interiores. Nuevos rios reconocidos i estudiados; vias de comunicacion multiplicadas con una maravillosa rapidez; los territorios del oeste esplorados hasta la desembocadura del Columbia; la marcha incesante de los colonos hácia el Pacífico, miéntras la posesion reciente de la Luisiana llegaba a ser una nueva fuente de riqueza en las manos industriosas de los americanos; en fin, el desarrollo del espíritu emprendedor, tales fueron los resultados de los pocos años durante los cuales el comercio con Europa estuvo entrabado o interrumpido.

Sin embargo, las leyes que aislaban a Estados Unidos del resto del mundo no podian sostenerse largo tiempo. Los sufrimientos que causaban i las quejas que provocaron determinaron al congreso a decretar que si una de las dos naciones belijerantes revocaba sus edictos contra los neutrales el comercio de Estados Unidos se abriria para ella quedando cerrado para la otra. Francia, entre tanto, suspendió las leyes que habian impuesto el bloqueo continental (5 de agosto de 1810). Estados Unidos abrió sus puertos al co

mercio frances, pero mantuvo su resolucion respecto de Gran Bretaña.

Despues de inútiles negociaciones, la guerra fué declarada el 18 junio de 1812. Estados Unidos tenia entónces una poblacion de 10.000,000 de habitantes, un ejército permanente de 6,000 hombres i una marina militar, apénas en embrion; i sin embargo, para sostener un principio de derecho internacional, mas bien que para defender sus intereses materiales, se atrevió a entrar en guerra con Gran Bretaña, entónces dominadora esclusiva de los mares i aliada de la mayor parte de los príncipes europeos. Esta guerra mostró hasta qué punto se habia levantado el poder de Estados Unidos en pocos años. Las pretensiones rivales de los estados de la Union fueron causa de que los americanos sufrieran algunos reveses; pero esas desgracias fueron al fin útiles porque enseñaron la concordia, al mismo tiempo que los corsarios americanos así como sus naves de guerra alcanzaban importantes ventajas en el mar.

La guerra, tuvo por principal teatro las provincias del norte; pero los ingleses hicieron una campaña en el centro de Estados Unidos, i la ciudad de Washington fué ocupada i saqueada por ellos en agosto de 1814. Miéntras tanto, las naves inglesas fueron tomadas en los lagos Champlain i Erie, i el jeneral Jackson, a la cabeza del ejército de Nueva Orleans, rechazó 12,000 ingleses, causándoles la pérdida de 2,000 hombres, uno de los cuales fué el jeneral Packenham, que los mandaba (8 de enero de 1815). Los americanos no tuvieron mas que 7 hombres muertos i 6 heridos. Cuando se dió esta batalla, la paz habia sido firmada en Gante, en Béljica, el 24 de diciembre de 1814, sin que se tuviera noticia de ella en Estados Unidos. Esa paz, sin embargo, dejó sin resolucion las cuestiones de derecho marítimo que se habian suscitado.

La paz alcanzada por aquel tratado dió importantes frutos bajo la hábil administracion de James Monroe (1817 a 1825). Los estados de la Union, que a la época de la independencia alcanzaban a trece, se habian aumentado rá-

pidamente i bajo el gobierno de Monroe llegaron a veintitres, mediante la ocupacion pacífica i lenta del territorio que abandonaban los salvajes. Estados Unidos hizo en aquella época una adquisicion mucho mas importante todavía. La Florida quedaba en poder de los españoles, pero las colonias de aquella península perdieron para la metrópoli casi toda su importancia desde que estalló la revolucion hispano-americana. Por otra parte, los apuros pecuniarios de España tenian a su gobierno en una situacion casi desesperada; i reclamaba en vano de Estados Unidos el pago de una deuda de 5.000,000 de pesos. Por fin, en 1819, convino en entregar la Florida a Estados Unidos en cambio de aquella suma. De este modo, la patria de Washington completó la posesion de todas las costas del Atlántico desde el Canadá hasta el golfo de Méjico (1819).

La situacion financiera de Estados Unidos no era ménos floreciente. Miéntras los pueblos europeos se hallaban agobiados bajo el peso, siempre en aumento, de sus deudas i del déficit, Monroe anunciaba al congreso que un tercio de la deuda nacional estaba amortizada, i que cada año las entradas públicas aumentaban considerablemente. El congreso lo autorizó para emplear el sobrante en aumentar el poder militar de la nacion. Monroe prestó su apoyo moral a la revolucion hispano-americana i aun emitió el pensamiento de poner en el nuevo mundo una barrera al establecimiento de futuras colonias de las naciones europeas. Monroe es considerado por esto como el iniciador de una política verdaderamente americana.

La historia posterior de Estados Unidos no contiene mas que noticias del rápido i portentoso desarrollo de aquella gran nacion, i del perfeccionamiento de su sistema administrativo, sobre la base de la mas completa libertad. Su industria ha tomado tal desenvolvimiento que apénas pueden rivalizar con ella las naciones mas adelantadas del viejo mundo, i su poblacion, aumentada con una numerosa afluencia de estranjeros, casi se duplica cada veinte años. La educacion pública ha tomado tambien un grande incre-

mento, i en los últimos años los gastos de instruccion primaria montan uno 150.000.000 de dólares. El territorio se ha dilatado con la adquisicion de Tejas (1845), de California; Nuevo Méjico i Arizona (1848), que formaban parte de la república mejicana. De este modo, i a la sombra de la libertad mas franca i completa, se ha levantado una gran república en donde un siglo atras no habia mas que algunas colonias de Gran Bretaña [5].

---

[5] No entra en nuestro plan el detenernos en la historia de la república norte americana, que nuestros lectores podrán hallar en muchos libros especiales. Para formarse una idea del inmenso desarrollo de aquella gran nacion, basta examinar la obra publicada por M. GOODRICH en Paris, en 1852, con el título de *Etats Unis*, i el libro de Mr. JAMES BRYCE, *The American Commonwealth*, London, 1891.



CAPITULO III.

Primeros síntomas de revolucion en la América española

(1781—1807)

1. Sublevacion de Tupac-Amaru.—2. Castigo de Tupac-Amaru — 3. Fin de la rebelion.—4. Revolucion del Socorro en Nueva Granada.—5. Proyectos del conde de Aranda respecto de América.—6. Nuevas conspiraciones en las colonias españolas.— 7. Miranda.—8. Espedicion de Miranda a Venezuela.—9. Espedicion de los ingleses al rio de la Plata.—10. Reconquista de Buenos Aires.—11. Defensa de Buenos Aires contra una segunda invasion inglesa.

1. Sublevacion de Tupac-Amaru.—La paz en que vivieron las provincias hispano-americanas durante el gobierno colonial, fué interrumpida de vez en cuando por amagos de insurreccion, por sublevaciones parciales i por conspiraciones casi siempre locales i descabelladas. Pero esos movimientos aislados, reducidos de ordinario a una estrecha localidad, fueron siempre sofocados en jérmen i castigados con mano de fierro para impedir que en adelante hubiera álguien que pensara en atentar contra los que se denominaban sagrados derechos del rei de España.

A fines del siglo XVIII, en la misma época en que las colonias inglesas luchaban por su independencia, esos sa-

cudimientos revolucionarios fueron mas frecuentes i vigorosos. Turgot habia dicho que las colonias son como las frutas que permanecen en el árbol hasta que maduran; i la época de madurez se acercaba para las colonias hispanoamericanas.

El mas notable de estos movimientos tuvo lugar en las provincias del sur del virreinato del Perú i cundió fácilmente en la rejion septentrional del virreinato de la Plata. Los indios de aquel pais, víctimas de los malos tratamientos de los correjidores, i constantemente esplotados por esos mandatarios en todas sus negociaciones, habian manifestado su descontento entablando reclamaciones ante las audiencias vecinas i aun sublevándose contra algunos mandatarios. Las autoridades españolas castigaron estos primeros síntomas de rebelion sin querer atribuirles gran valor; pero en 1780, sucesos de mayor importancia vinieron a producir una alarma profunda. Un cacique de la provincia de Tinta, que se creia descendiente de los antiguos emperadores del Perú, i mui célebre en la historia con el nombre de José Gabriel Tupac-Amaru, fué el jefe de una importante revolucion. El 4 de noviembre de ese año, Tupac-Amaru, pretestando que queria celebrar el cumple-años de Cárlos III con un banquete, convidó a su casa al correjidor de la provincia, don Antonio Arriaga, que poco ántes habia apresado a algunos alborotadores. El infeliz correjidor fué amarrado por su huésped i ahorcado en la plaza de Tinta seis dias despues. Tupac-Amaru reunió a sus parciales, se proclamó libertador del Perú, i procedió en todo con tal actividad que alcanzó a destrozar un cuerpo de 600 hombres que en contra suya habian salido del Cuzco. Esta importante ciudad habria caido tambien en poder del cacique rebelde sin la enerjía que en esos momentos manifestó el obispo Moscoso, i el correjidor de la provincia de Abancai, don Manuel Villalta. Los eclesiásticos formaron tambien una hueste i contribuyeron a salvar la ciudad de los horrores que indudablemente se hubieran seguido a su ocupacion por los indisciplinados insurrectos.

Miéntras tanto, la insurreccion habia cundido en todas las provincias vecinas instigada por el ejemplo i por las instancias de Tupac-Amaru. La audiencia de Chárcas, creyendo poner atajo a la rebelion, apresó a un cacique de Challanta llamado Tomas Catari, que ántes de esa época se habia señalado por su espíritu rebelde. Dos hermanos de éste reunieron un cuerpo de 7,000 indios i marcharon contra aquella ciudad en gran desórden, anunciando nuevos desastres para los defensores de las autoridades españolas. Sin embargo, el comandante jeneral de la ciudad, don Ignacio Flores, reunió las milicias i las tropas de línea que la guarnecian, estableció trincheras en las calles i se preparó para la resistencia. Despues de algunas vacilaciones i de un encuentro de resultado dudoso, los rebeldes fueron batidos por los defensores de la plaza (20 de febrero de 1781). Los indios, para manifestarse sumisos, entregaron a las cabezas de la rebelion, los cuales fueron conducidos a Chárcas para ser sometidos a juicio. El resultado del proceso fué la ejecucion de algunos indios principales.

A pesar de este triunfo, la insurreccion cobraba cada dia nuevos ánimos i se estendia rápidamente en todas las provincias del norte del virreinato de la Plata. Oruro i otros pueblos fueron el teatro de horribles escenas. Los indios, tan sumisos i pacíficos poco ántes, se manifestaban ahora feroces contra sus antiguos opresores. Los jefes denominados correjidores, los curas i todos los españoles de nacimiento eran el objeto de su saña, i fueron las víctimas de sus venganzas. Asesinaban sin piedad a hombres i mujeres, sin respetar las iglesias que fueron el teatro de crueles desmanes i se apropiaban los bienes que podian arrebatar. La rebelion de aquellos indios, mirados hasta entónces con gran desprecio por los mandatarios españoles, comenzó a infundir sérios recelos a los virreyes. El de Buenos Aires, don Juan José Vértiz, dió órdenes para que diversas partidas de tropas acudieran a sofocar el movimiento; i una de ellas mandada por el teniente coronel don José Reseguin, sorprendió en Tupiza a uno de los jefes indios,

hizo muchos prisioneros i marchó triunfante a la ciudad de Chárcas (17 de abril de 1781). Despues de un corto proceso, fueron ejecutados mas de 50 indios, ahorcados unos, fusilados los otros, para infundir terror entre los rebeldes. Los españoles se mostraron en estos castigos tan duros e implacables como los indios se habian manifestado crueles i feroces.

2. Castigo de Tupac-Amaru.—El jefe de la rebelion se mantenia aun en pié en los alrededores del Cuzco a la cabeza de una numerosa hueste de indios, que se hace subir hasta 60,000. Sus subalternos lo habian proclamado inca, i él mismo habia tomado los aires de restaurador del antiguo imperio. Sus tropas, faltas de disciplina i de armas, habian sido impotentes para posesionarse del Cuzco, que defendian con gran resolucion todos sus pobladores. El virrei del Perú, don Agustin de Jáuregui, alarmado por la insurreccion, hizo salir de Lima un cuerpo de tropas mandado por el mariscal de campo don José del Valle. Acompañaba a éste un comisario real que entónces se hallaba en el Perú, don José Antonio de Areche. En su marcha al Cuzco reunieron diversos destacamentos de soldados de línea i de milicias, de modo que el ejército pacificador llegó a contar 17,000 hombres.

Los espedicionarios penetraron en el Cuzco sin haber hallado resistencia alguna en su marcha, i desde allí emprendieron la campaña en contra de los rebeldes (9 de marzo de 1781). Desde luego tuvieron que sufrir la vigorosa resistencia de parte de los indíjenas que ocupaban los desfiladeros de las montañas i todas las posiciones ventajosas. Valle, sin embargo, logró desalojarlos i ocupar despues de reñidos combates los pueblos que los indios abandonaban en su fuga. De este modo se posesionaron de Tinta i en seguida, batieron las tropas de Tupac-Amaru que ocupaban una altura vecina. Una partida del ejército español, que salió en persecucion de los fujitivos, logró apresar al jefe rebelde, a su mujer, a dos hijos suyos i a algunos otros parientes (6 de abril). El jeneral español los condujo

hasta las inmediaciones del Cuzco, para evitar que los indios asaltaran a los conductores en la marcha i dieran libertad a los presos; i en seguida, volvió al centro de la sublevacion para acabar de sofocarla. La prision del caudillo rebelde no habia amedrentado a los indios; por el contrario, éstos se mantenian sobre las armas i dominaban casi en todos los pueblos de los alrededores del lago de Titicaca. Valle se vió obligado a despoblar la villa de Puno i a sostener constantes refriegas para batir en detalle los cuerpos rebeldes.

Miéntras tanto, Areche seguia en el Cuzco el proceso de Tupac-Amaru por el delito de traicion. El juicio fué terminado por la sentencia capital pronunciada contra el jefe rebelde i algunos de sus cómplices. El 18 de mayo de 1781, en medio de un grande aparato militar, fueron arrastrados a la plaza nueve condenados. A cuatro de ellos, que eran los ménos importantes se les ahorcó simplemente. "A Francisco Tupac-Amaru, tio del insurjente i a su hijo Hipólito, se les cortó la lengua ántes de arrojarlos de la escalera de la horca, refiere un testigo de vista; i a la india Tomasa Condemaita, madre de Hipólito, se le dió garrote despues de haber visto la ejecucion de su esposo i de su hijo. Luego subió al tablado la india Micaela Bastídas, esposa del jefe rebelde, i a presencia de su marido, se le cortó la lengua i se le dió garrote en que padeció infinito, porque teniendo el pescuezo mui delgado, no podia el torno ahogarla, i fué menester que los verdugos, echándola lazos al pescuezo, tirando de una i otra parte, i dándola patadas en el estómago i pecho, la acabaran de matar. Cerró la funcion el rebelde José Gabriel, a quien le cortó la lengua el verdugo: atáronle a las manos i a los piés cuatro lazos, i asidos éstos a la cincha de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes. No sé si porque los caballos no fuesen mui fuertes, o que el indio en realidad fuese de fierro, no pudieron absolutamente dividirlo, despues que por un largo rato lo estuvieron estironeando, de modo que lo tenian en el aire, en un estado que parecia una araña.

El visitador Areche, movido de compasion, porque no padeciese tanto aquel infeliz, despachó una órden mandando le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó. Despues se condujo el cuerpo debajo de la horca, donde se le sacaron los brazos i piernas. Esto mismo se ejecutó con las mujeres i a los demas se les sacaron las cabezas para dirijirlas a diversos pueblos. Los cuerpos del indio i de su mujer se llevaron a Picchu, donde estaba formada una hoguera, en la que fueron arrojadas i reducidos a cenizas, las que se arrojaron al aire, i al riachuelo que por allí corre".

3. FIN DE LA REBELION.—La ejecucion de Tupac Amaru no puso término a la rebelion. Las provincias del norte del virreinato de la Plata fueron teatro por algun tiempo mas de las operaciones militares de los rebeldes. No pudiendo tomar las ciudades de La Paz i de Sorata, los indios rompieron los diques que contenian las aguas de los rios vecinos, i produjeron en ella terribles inundaciones. El comandante Roseguin salió de nuevo a campaña contra los sublevados i consiguió batirlos en el pueblo de las Peñas. Proclamó en seguida a nombre del virrei un indulto jeneral para los rebeldes que quisieran deponer las armas; i esta medida de prudencia bastó para que muchos jefes de los indios se sometieran de nuevo a las autoridades españolas (noviembre de 1781).

Desde entónces sólo quedó en pié el indio Diego Cristóbal Tupac Amaru, hermano de José Gabriel, a la cabeza de algunos indios parciales suyos. Convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos i queriendo aprovechar el beneficio del indulto, entró en negociaciones con el jeneral Valle, que quedaba mandando en el Cuzco. El virrei del Perú, Jáuregui, habia ofrecido tambien el perdon a los insurjentes de su virreinato, i eximido ademas a los indios del pago de tributos por el término de un año, a fin, decia, de remediar en este tiempo los males de que se quejaban. En virtud de estas promesas, no fué difícil arribar a un avenimiento. El último caudillo de la rebelion se presentó con todos los suyos el 27 de enero de 1782 en la iglesia del

pueblo de Sicuani, en donde lo esperaban el obispo de Cuzco, Moscoso, i el mismo jeneral Valle. Allí despues de una misa solemne celebrada por el obispo, Diego Cristóbal Tupac Amaru prestó el juramento de vasallaje a la autoridad del rei de España.

El jefe indio no habia ocultado sus recelos de que aquel convenio fuese un infame lazo tendido a su credulidad i a su buena fe. En efecto, habiéndose hecho sentir poco despues algunas lijeras ajitaciones entre los indios, últimas consecuencias de la gran conmocion, Tupac Amaru fué apresado i conducido al Cuzco para ser sometido a una farsa de proceso. El 19 de abril de 1783 fueron ejecutados en la plaza de esa ciudad dos indios principales i una india; i en seguida "los ejecutores de sentencias, dice el escribano que presenció la ejecucion, acercaron a dicho Diego Cristóbal a una hoguera, i tomando en las manos las tenazas bien caldeadas, descubriéndole los pechos, acometieron a la operacion del tenaceo, e inmediatamente lo subieron a la horca, lo colgaron del pescuezo, hasta que naturalmente murió i no dió señas de viviente". Pocos dias ántes, habian sido ejecutados en Lima tres indios comprometidos en estos últimos movimientos, en que Diego Cristóbal no habia tomado parte alguna.

Con tan cruel e injustificable perfidia terminó la rebelion encabezada en Tinta por el cacique Tupac Amaru. Superior por su intelijencia i su carácter a la jeneralidad de sus compatriotas, este indio no pudo tolerar los ultrajes de que era víctima su raza, i concibió el atrevido proyecto de reorganizar el imperio de los incas, cuya constitucion habia estudiado en los célebres escritos de Garcilaso de la Vega. Abandonados los indios a sus propios instintos, fueron crueles i feroces durante la rebelion: Tupac Amaru, sin embargo, habria querido evitar inútiles horrores para organizar despues su imperio. Le faltaron las armas i la disciplina, pero no lo abandonó el coraje ni tampo el entusiasmo para exitar con regular acierto a la rebelion. Los españoles triunfaron fácilmente porque tenian mas elemen-

tos militares i mejor organizacion; pero en vez de aprovecharse de la enseñanza que les daba aquel levantamiento, fueron duros e inhumanos con los vencidos, creyendo que sólo la represion violenta i desapiadada habia de asegurar su dominacion en América [1].

4. **Revolucion del Socorro en Nueva Granada.**— El espíritu de rebelion asomaba en esa época en diversos puntos del continente americano. En Chile se descubrió una conspiracion descabellada para hacer independiente este pais; pero el virreinato de Nueva Granada fué el teatro de mas sérias conmociones.

Gobernaba allí el virrei don Manuel Antonio Flores, hombre honrado e intelijente, que en circunstancias normales habria sido un excelente mandatario. Las penurias del tesoro español, i la guerra que entónces sostenia la metrópoli con la Gran Bretaña, sujirieron a la corte el proyecto de aumentar algunas contribuciones que pagaban los americanos i reglamentar otras bajo una base restrictiva. El rei nombró visitador de Nueva Granada a don Juan Gutiérrez Piñéres, rejente de la audiencia de Bogotá, con poderes para intervenir en los arreglos financieros sin dependencia del virrei. El visitador estendió el impuesto de alcabala a muchos artículos que ántes no lo pagaban, i reglamentó otros tributos con bastante artificio para evitar que fueran burladas las providencias reales.

Inmediatamente se hizo sentir el descontento en la poblacion. El 16 de marzo de 1781, una mujer, despedazó en el Socorro uno de los bandos en que se anuncia-

[1] La sublevacion de Tupac Amaru, que no carece de colorido dramático i de interes histórico, ha sido el objeto de una *Relacion* mui curiosa por sus pormenores, pero mui desordenada, que se rejistra con muchos i mui interesantes documentos en el tomo V de la *Coleccion de documentos relativos a la historia antigua i moderna de las provincias del Rio de la Plata*, publicada por don Pedro de Angelis (Buenos Aires, 1837) i Ferrer del Rio le ha destinado un capítulo del tomo III de su *Historia del reinado de Cárlos III en España* (Madrid, 1856).

ba cierta innovacion en el pago de los derechos. [2] Este acto, en vez de ser reprimido, dió oríjen a la rebelion de esa villa. El pueblo desconoció las autoridades, i nombró en su lugar una junta de cuatro individuos con el título de supremo consejo de guerra. El verdadero jefe de aquel gobierno fué don Juan Francisco Berbeo, hombre dotado de gran resolucion. El movimiento fué seguido por varios pueblos de las provincias de Tunja, Pamplona i Casanare i se estendió tambien a algunos puntos de la capitanía jeneral de Venezuela. Los cabildos de aquellos pueblos, conocidos con el nombre de *comun*, elijieron sus jefes para dar unidad al movimiento. De ahí vino el nombre de *comuneros* con que fueron designados los rebeldes.

Los comuneros no mancharon su causa con ningun crímen. Tan distantes estaban de pensar en la independencia, que formaron una acta por medio de la cual pidieron a las autoridades de la capital una reduccion en ciertos impuestos i la supresion total de otros. Pero el visitador, aunque desprovisto de fuerzas para reprimir la insurreccion, creyó que bastaba el prestijio de la autoridad real para someter a los sublevados. Organizó una columna de 100 hombres, al mando del capitan don Joaquin de la Barrera, con órden de marchar sobre Socorro. Le dió ademas 200 fusiles para que armara a los hombres que quisieran seguir la columna.

Barrera fué batido en el pueblo de Puente Real sin gran dificultad, porque sus soldados lo abandonaron en el momento del peligro. Este suceso llevó la turbacion a las autoridades españolas de Bogotá, que, por falta de elementos militares, no podian oponer resistencia alguna a los rebeldes, que en número considerable marchaban sobre ella. El arzobispo, don Antonio Caballero i Góngora, que gozaba de gran reputacion por su talento i sus virtudes, se ofreció para servir de mediador, a fin de evitar los azares de una guerra.

---

[2] Esta mujer, llamada Manuela Beltran, arrancó i pisoteó el escudo real.

Miéntras tanto, el audaz Berbeo habia llegado hasta Zipaquirá, en donde habia sentado su campamento. Sus tropas formaban un ejército de cerca de 20,000 hombres mal armados, pero llenos de entusiasmo i de resolucion. El 26 de mayo de 1781 se presentó allí el arzobispo; i despues de algunas conferencias en que de una i otra parte se hicieron muchas concesiones, estendieron un tratado de pacificacion (7 de junio de 1781) que fué aprobado en una solemne fiesta relijiosa. Se estipuló en él la espulsion del visitador Piñéres i la abolicion de su destino, la supresion de algunas contribuciones, la rebaja de otras i la confirmacion de los títulos concedidos por los pueblos a algunos jefes rebeldes. La sublevacion no quedó sofocada con esto solo; pero el arzobispo, eficazmente ayudado por Berbeo, visitó diversos distritos, i consiguió restablecer la tranquilidad.

El virrei, entre tanto, se hallaba en Cartajena, cuando tuvo noticia de las capitulaciones de Zipaquirá; i creyendo que aquel convenio era degradante para la autoridad real, i "que todo aquello que se exije con violencia de las autoridades trae consigo perpetua nulidad i es una traicion declarada", espuso que desconocia la validez del pacto (6 de julio de 1781). Esta declaracion habria producido nuevas revueltas, si los sublevados que no se aquietaban todavía, hubieran conocido la determinacion del virrei; pero el arzobispo Caballero desplegó entónces su natural habilidad para restablecer el órden público alterado, tranquilizando la efervescencia de los rebeldes. A pesar de esto, cuando se supo que el virrei negaba su aprobacion al tratado, i a pesar de que al mismo tiempo se anunciaba que aquel mandatario concedia un perdon jeneral a los rebeldes, la sublevacion apareció de nuevo en distintos puntos; pero fué eficazmente sofocada i castigada por las tropas reales. La sangre corrió en algunos combates de poca importancia, i la horca sirvió para castigar con el último suplicio a los mas importantes cabecillas de la nueva rebelion (1782). De este modo, la paz fué restablecida en el virreinato de Nueva Granada; pero sus hijos comprendieron mui bien

que poseian los elementos i el vigor necesarios para encabezar mas tarde una vigorosa resistencia a la dominacion española [3].

5. PROYECTOS DEL CONDE DE ARANDA RESPECTO DE AMÉRICA.—La noticia de estos levantamientos en las colonias americanas produjo en la metrópoli una impresion que no pudieron disimular sus gobernantes. España habia apoyado la revolucion de Estados Unidos de América, i debió temer que un movimiento semejante le arrebatase sus dilatadas posesiones en el nuevo mundo. "La independencia de las colonias inglesas queda reconocida, decia el conde de Aranda en una memoria presentada al rei, i éste es para mí un motivo de dolor i de temor. Francia tiene pocas posesiones en América, pero ha debido considerar que España, su íntima aliada, tiene muchas, i que desde hoi se halla espuesta a las mas terribles conmociones".

El conde Aranda, el mas grande político de España en el siglo XVIII, percibió perfectamente la tempestad que iba a surjir en el nuevo mundo i pensó en un remedio para conjurarla. En esa misma memoria proponia a Cárlos III el establecimiento en América de tres monarquías tributarias, una en Méjico comprendiendo la capitanía jeneral de Guatemala, otra en Costa Firme, formada por la Nueva Granada i Venezuela, i la tercera compuesta por los virreinatos del Perú i Buenos Aires i la capitanía jeneral de Chile, cuya capital debia quedar en Lima. Estas monarquías debian conferirse a otros tantos príncipes de la familia real española, i éstos i sus hijos se casarian siempre con infantas de España. La metrópoli conservaria sólo sus posesiones en las Antíllas, i alguna otra en la América meridional. Los

---

[3] Don Manuel José RESTREPO ha dado gran desarrollo a la narracion de estos sucesos en el cap. 1º de la 2ª edicion de su *Historia de la revolucion de la república de Colombia* (Besanzon, 1858). Puede verse tambien el cap. XXI de las *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta 1810* por don José Antonio PLAZA (Bogotá, 1850).

tres reinos debian pagar a España una contribucion de sus productos minerales o agrícolas.

La corte hizo poco caso de este proyecto; pero el conde de Aranda, penetrado de la verdad de su prevision, persistió en este pensamiento, modificándolo un poco para hacer mas aceptable su plan. "Mi tema es, escribia en 12 de marzo de 1786 al ministro Floridablanca, que no podemos sostener el total de nuestra América, ni por su estension ni por la disposicion de algunas partes de ella, como Perú i Chile, tan distantes de nuestra fuerza, ni por las tentativas que potencias de Europa puedan emplear para llevarse algun jiron o sublevarlo. Portugal es lo que mas nos convendria, i él solo nos seria mas útil que todo el continente de América esceptuando las islas". En seguida el conde de Aranda esponía prolijamente su plan. Consistia éste en ceder el Perú en cambio del Portugal, a fin de que el rei de esta nacion pudiera organizar una estensa monarquía en América, uniendo aquel virreinato con el Brasil. La España conservaria sus posesiones de América que estaban situadas al norte de esa futura monarquía, i organizaria un reino para un infante de la familia real en Buenos Aires i Chile.

Este proyecto, "mas para deseado que para conseguido", segun la espresion de Floridablanca, fué considerado quimérico por la corte española; i nada se hizo para preparar su realizacion. Es cierto que el rei, convencido de que sus colonias de América eran mal rejidas, introdujo en su gobierno importantes innovaciones, algunas de las cuales produjeron desde luego felices resultados. El ministro Floridablanca conocia los vicios de la defectuosa organizacion colonial; pero estaba convencido de que aunque sus reformas eran trascendentales, pasarian aun largos años ántes de consumar un cambio completo. "Por mas que chillen los indianos i los que han estado allá, escribia en abril de 1786, nuestras Indias están mejor ahora que nunca, i sus grandes desórdenes son tan añejos, arraigados i universales que no pueden evitarse en un siglo de buen gobierno,

ni la distancia permitirá jamas el remedio radical". Floridablanca manifestaba así conocer los grandes vicios de que adolecia la organizacion de las colonias españolas [1].

6. NUEVAS CONSPIRACIONES EN LAS COLONIAS ESPAÑOLAS. —Los colonos, que sufrian las consecuencias de aquel mal gobierno, sabian demasiado bien que la península no le pondria un remedio eficaz, ya fuera por impotencia ya por mala voluntad. Los hombres pensadores, enseñados por el ejemplo de Estados Unidos de la América del norte, i quizá mas todavía por la propaganda de las doctrinas novadoras iniciada por la revolucion francesa, comenzaban a ajitarse i a preparar el camino para llegar a la independencia.

A pesar de la vijilancia con que el gobierno español impedia la circulacion de escritos considerados perniciosos en las colonias americanas, algunas personas habian logrado introducir por contrabando ciertos libros franceses que debian acelerar aquel movimiento. En el virreinato de Nueva Granada habia penetrado un tomo de una historia de la convencion nacional; i un impresor de Bogotá publicó en castellano la parte relativa a la "*Declaracion de los derechos del hombre.*" La circulacion misteriosa de este escrito coincidia con la aparicion de ciertos pasquines contra los gobernantes españoles. En agosto de 1794, la real audiencia, alarmada con este suceso, comisionó a algunos de sus miembros para que levantasen una sumaria a fin de esclarecer este hecho i castigar a sus autores. Los comisionados apresaron a muchos individuos, i despues de varias dilijen-

[1] La primera memoria del conde de Aranda de que hemos dado cuenta en este párrafo, fué publicada por don Andres MURIEL en los apéndices que puso a su traduccion francesa de la obra del ingles William COXE, titulada *España bajo el reinado de la casa de Borbon.* FERRER DEL RIO en su *Historia de Cárlos III* ya citada, lib. V, cap. IV, pone en duda su autenticidad. Sin embargo, basta conocer la nota de Aranda a Floridablanca, de que hemos dado cuenta, para comprender que no hai nada que se oponga a que el primero sea el autor de la espresada memoria. Puede verse sobre este punto la *Historia de España* de LAFUENTE, tom. XXI, páj. 163 i sigtes.

cias se descubrió que don Antonio Nariño, personaje de importancia por su posicion i por su talento, era el traductor del folleto perseguido, i fué condenado a deportacion a España, en union con quince personas mas, para que su causa fuera juzgada por el consejo de Indias. Nariño se fugó de Cádiz; pero sus otros compañeros permanecieron presos hasta el año de 1799, en que el consejo de Indias dió su sentencia i los mandó poner en libertad, dando por compurgadas sus faltas con la prision sufrida. El abogado que defendió a Nariño en Bogotá, fué castigado mas severamente todavía: el rei lo espulsó perpetuamente de todos sus dominios i le confiscó sus bienes. Cuatro individuos complicados en la causa de los pasquines fueron condenados a una larga prision en los presidios de Africa.

Poco tiempo despues, el gobierno descubrió en la capitanía jeneral de Venezuela una conspiracion aun mas temible. En 1796, fué descubierta en Madrid una conspiracion republicana; i sus autores, condenados a muerte por el delito de alta traicion, fueron indultados por el rei, debiendo sufrir, en vez de la pena capital, una prision indefinida en las casas matas de algunos puertos de América. Los reos se hallaban en el puerto de La Guaira para ser trasportados a su destino; pero allí entraron en comunicacion con los oficiales i soldados que los custodiaban i con algunas personas que los visitaban. Tres de ellos se fugaron con el propósito de solicitar ausilios esteriores para hacer una revolucion en Carácas, miéntras que sus amigos de Venezuela combinaban los elementos para la insurreccion. La imprudencia de uno de los conspiradores, don Manuel Montecínos, dió lugar a que el proyecto fuera conocido por el capitan jeneral de la provincia, don Pedro Carbonell. La prision de Montecínos (13 de julio de 1797) i el rejistro de sus papeles acabaron de descubrir el complot. En pocos dias fueron apresados 72 individuos; pero dos de los mas comprometidos en la conspiracion, don Manuel Gual i don José María España, se pusieron en salvo asilándose oportunamente en las colonias estranjeras. El proceso de los reos marchó len-

tamente. La real audiencia prometió indultar a los que se denunciaran a sí mismos, i con este ardid sorprendió a muchos conspiradores. España, creyendo, como pensaban muchos en Venezuela, que el proceso se terminaria con un indulto real, regresó ocultamente a La Guaira, i fué apresado por las autoridades peninsulares.

En esa época (1799) habia llegado un nuevo capitan jeneral, don Manuel de Guevara Vasconcelos, con facultad discrecional de activar el proceso i de mantener la tranquilidad en la provincia. La audiencia condenó a muerte a siete de los principales reos; pero hallándose prófugo uno de ellos, fueron ahorcados los otros seis i destrozados sus cadáveres en los primeros dias de mayo. El 8 del mismo mes fué ahorcado igualmente en Caráca sel infeliz España, su cabeza colocada en La Guaira i sus miembros distribuidos en varios pueblos i caminos para escarmiento de los futuros conspiradores. Tan injustificable severidad no alcanzó a los peninsulares comprometidos en la conspiracion, que fueron sometidos sólo a prision i puestos en libertad pocos años despues. Gual, que se abstuvo de volver a Venezuela, falleció en 1801 en la isla inglesa de Trinidad, no sin sospechas de haber sido envenenado por órden de las autoridades realistas del continente [5].

Este espíritu de insurreccion se habia manifestado tambien en el virreinato de Nueva España. Desde fines del siglo pasado se descubrieron diversas conspiraciones mas o ménos formidables. En 1794, un español, don Juan Guerrero, concibió el proyecto de apresar una noche al comandante militar de la ciudad de Méjico, poner en libertad los presos de la cárcel i proclamarse jefe del virreinato. Poco tiempo despues, en 1799, un empleado, don Pedro Portilla, concibió un proyecto análogo; pero, como el español Gue-

---

[5] Esta conspiracion ha sido referida por los dos historiadores de Venezuela i de Colombia, BARALT i RESTREPO; pero se encuentran interesantísimas noticias de ella en los viajes ya citados de HUMBOLDT i DEPONS.

rrero, fué denunciado i reducido a prision con sus cómplices. El año siguiente se descubrió otro complot en la provincia de Gualadajara, cuyo jefe era un indio que pretendia hacerse rei sacudiendo el yugo español. El intendente de esa provincia, don Fernando de Abascal, tan famoso despues como virrei del Perú, desplegó grande enerjía para atajar ese movimiento, que talvez habria sido de mui poca importancia [6].

7. MIRANDA.—En esa misma época, varios personajes americanos solicitaban en Europa el apoyo de naciones poderosas para procurar la independencia del nuevo mundo. Un habanero, don José Caro, habia impetrado ausilios del gobierno frances para insurreccionar al Perú. Don Antonio Nariño, de quien dijimos que se habia fugado de Cádiz cuando era llevado preso a Madrid, se presentó en Paris, i obtuvo de Tallien la promesa de ser socorrido en su proyecto de sublevar la Nueva Granada. Despues de una corta permanencia en Lóndres para obtener del gobierno británico igual promesa, Nariño desesperó de poder realizar sus planes, volvió a su patria, i solicitó del virrei don Pedro Mendinueta el perdon de sus faltas comprometiéndose a declarar cuanto sabia (1797). Nariño cometió de esta manera una gran falta; pero alcanzó un indulto del rei despues de una penosa prision.

El mas célebre entre esos americanos que soñaban con la independencia del nuevo continente, era un venezolano distinguido por la entereza de su carácter i por una constancia sin igual, mas que por su intelijencia. Era éste don Francisco Miranda, cuyo nombre ocupa mas de una pájina de la historia de la revolucion americana.

Nacido en Carácas en 1750, de familia oscura aunque ri-

6 Véase sobre estos proyectos revolucionarios la *Historia de Méjico* por don Lúcas ALAMAN, lib. I, cap. III, páj. 128 i sig. No he creido que tendria interes el referir otros movimientos de menor importancia, como una sublevacion de negros en Cartajena i otra de los indios en la provincia de Quito, que fueron sofocadas fácilmente.

ca. Miranda abrazó la carrera militar, i sirvió en la division del ejército español que habia marchado a Estados Unidos para ausiliar a los independientes en su lucha con Gran Bretaña. Aquel espectáculo hirió su imajinacion impresionable i le hizo concebir la esperanza de libertar un dia su patria. Terminada la guerra, Miranda, que poseia entónces el grado de capitan, fué destinado a servir en la guarnicion de Cuba; i habiendo entrado en negociaciones mercantiles con algunos negociantes ingleses, se vió acusado de preparar, de acuerdo con el capitan jeneral de la provincia don Juan Manuel Cajigal, la entrega de la isla al gobierno británico. Temiendo las dilaciones de un proceso, Miranda se puso en fuga i buscó un asilo en Europa. Recorrió entónces Inglaterra, Alemania, Turquía i por último Rusia, cuya emperatriz Catalina II le dispensó una confianza particular. Miranda, dotado de un carácter insinuante i de una instruccion mui jeneral, supo labrarse una posicion notable en las cortes que visitaba. El ministro ingles Pitt se manifestó dispuesto a cooperar a los proyectos de Miranda para castigar a la España por la parte que habia tomado en la independencia de Estados Unidos; pero entónces asomó la revolucion francesa i atrajo toda la atencion del gobierno británico.

Miranda pasó a Francia i se alistó en el ejército revolucionario. En poco tiempo alcanzó el grado de jeneral, i tuvo ocasion de distinguirse por su valor i por algunas operaciones acertadas en la campaña de Béljica. El mal resultado del sitio de Maestrich que él habia dirijido, la pérdida de la batalla de Neerwinden, en que mandaba el ala izquierda del ejército frances, i la caida de los jirondinos perdieron a Miranda. Fué preso i sometido a juicio; pero la reaccion que se siguió al termidor le permitió quedar en libertad. Pensando en llevar a cabo su proyecto favorito, volvió a Lóndres i allí reanudó sus relaciones con el ministro Pitt, pero las negociaciones quedaron en nada por entónces; i aunque se abrieron de nuevo mas adelante no tuvieron mejor resultado.

8. Espedicion de Miranda a Venezuela.—Desesperando de hallar en los gobiernos europeos la cooperacion que solicitaba, Miranda resolvió pasar a Estados Unidos para preparar su espedicion interesando en ella a algunos negociantes norte americanos. Mas feliz que en el viejo mundo, consiguió en New York los recursos necesarios para comprar dos corbetas i proveerlas suficientemente de armas. Un oficial del ejército americano, el coronel Smith, reclutó un cuerpo de 200 voluntarios. Miranda, que creia poder contar con numerosos ausilios en Venezuela tan pronto como desembarcara, no vaciló en acometer la empresa proyectada.

Uno de los buques espedicionarios marchó en breve a Santo Domingo, en donde debia reunirse a Miranda. Miéntras tanto, el ministro español en Estados Unidos tuvo noticias de aquel proyecto, i no solo lo puso en conocimiento de Vasconcelos, el capitan jeneral de Venezuela, para que se preparase a fin de resistir la invasion, sino que trató de embarazar la salida de los espedicionarios. Sus jestiones no produjeron mas resultado que impedir que el capitan de la corbeta que habia partido para Santo Domingo intentase reunirse a Miranda. Al fin éste se vió obligado a comprar dos pequeñas embarcaciones, i no queriendo demorarse mas tiempo, se dió a la vela para la costa de Coro (principios de 1806).

Sus primeros pasos fueron señalados por un gran contraste. El 25 de marzo, al avistar la tierra, su èscuadrilla fué atacada por dos bergantines guarda costas, i despues de un reñido combate, Miranda perdió sus dos goletas con 60 hombres que quedaron prisioneros en poder de los españoles. Conducidos éstos a Puerto Cabello, fueron sometidos a juicio i diez de ellos condenados a la horca. El capitan jeneral de Venezuela hizo quemar en la plaza de Caracas la efijie de Miranda, junto con las proclamas que habia hecho circular, i ofreció por su cabeza un premio de 30,000 pesos que debian pagar los vecinos. La inquisicion de Cartajena de Indias lo declaró solemnemente enemigo de Dios i del rei, indigno de recibir pan, fuego ni asilo.

Miranda, entre tanto, se habia retirado con la única nave que le quedaba, a la isla de Trinidad. Allí encontró al almirante sir Alejandro Cochrane que mandaba la estacion naval británica de las Antíllas, i entró en tratos con él ofreciéndole todo jénero de ventajas comerciales para Inglaterra si le prestaba alguna cooperacion en su empresa. Cochrane aceptó estas propuestas; i echándose encima la responsabilidad de sus actos, permitió a Miranda que reclutase jente en las islas británicas, comprometiéndose ademas a ausiliarlo contra cualquier ataque de las naves españolas, hasta dejarlo en tierra con su ejército. Con los socorros facilitados por las autoridades británicas, Miranda reunió quince embarcaciones i 500 voluntarios; i convoyados por una corbeta de guerra i algunas lanchas cañoneras, se hizo a la vela para el continente (24 de junio de 1806.)

Los espedicionarios llegaron al puerto de la Vela felizmente; pero habiéndose demorado su desembarco por el mal tiempo, las autoridades españolas de las inmediaciones pudieron reunir 1,200 hombres mal armados para impedirlo. Miranda, sin embargo, desembarcó sin dificultad (3 de agosto), i desde allí espidió sus proclamas invitando a los habitantes de Venezuela a acudir a su llamado. En seguida ocupó el pueblo de Coro; pero entónces vió con un profundo sentimiento que su empresa no encontraba ausiliares. En efecto, las ideas revolucionarias no estaban bastante jeneralizadas en todas las provincias de Venezuela; i ademas los castigos terribles con que el capitan jeneral reprimió los movimientos anteriores, habia esparcido el espanto en todas partes. Los venezolanos no veian tampoco en la débil columna que capitaneaba Miranda una base respetable para la formacion de un ejército que pudiera contrarrestar la fuerza de Vasconcelos. El jeneral insurjente se vió precisado a retirarse al puerto de la Vela i de allí a la pequeña isla de Oruba, con el propósito de apoderarse de Riohacha, en el virreinato de Nueva Granada, i de man-

tenerse allí hasta que recibiese los ausilios que pedia al almirante Cochrane.

Miéntras tanto, Vasconcelos habia puesto sobre las armas un ejército de 8,000 hombres, de los cuales 1,000 a lo ménos serian soldados veteranos, i pedido ausilio a las colonias francesas, cuyos gobernadores, respetando la alianza que entónces existia entre Francia i España, se apresuraron a remitirle un corto refuerzo de tropas. La espedicion de Miranda habria, pues, fracasado de todas maneras; pero circuló entónces en las Antíllas la noticia de haberse celebrado la paz entre Inglaterra i España, i resultó de allí que las autoridades inglesas se negaron a prestar al jeneral insurjente los ausilios que reclamaba. Miranda abandonado de esta manera, disolvió sus tropas en la Trinidad, i volvió a Inglaterra triste i abatido, pero esperando siempre poder dar a España un golpe decisivo para arrebatarle su poder colonial [7].

9. ESPEDICION DE LOS INGLESES AL RIO DE LA PLATA.— La guerra que en aquella época sostenia España contra Inglaterra, dió lugar a una espedicion británica en el rio de la Plata que contribuyó a preparar la independencia americana.

El gobierno británico habia despachado en 1805 una escuadra considerable para apoderarse de la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza. Como esa escuadra tocara en las costas del Brasil, el virrei de Buenos Aires,

[7] La espedicion de Miranda, que se encuentra referida en las obras citadas de RESTREPO i de BARALT, es el objeto de un libro ingles que lleva por título *History of Miranda, sattempt to effect a revolution in South America*, by James BIGGS, 1809, Lóndres, un vol. El nombre del jeneral Miranda, mui popular en Europa en los primeros años de la revolucion francesa, se encuentra consignado en muchas historias i memorias de aquella época memorable. En Lóndres se publicó tambien un interesante volúmen de documentos relativos a su vida. (*)

(*) Puede consultarse ademas el libro del marques de ROJAS, *El jeneral Miranda*, Paris 1883, que contiene parte de la correspondencia de este patriarca de la revolucion americana.

marques de Sobremonte, temió que pudiera dirijirse al Rio de la Plata, i que fuera destinada para atacar a Montevideo. Trasladóse con este motivo a esta ciudad con todas las tropas de su mando, i se empeñó en ponerla sobre un pié de guerra. Luego se supo que la escuadra inglesa se habia apoderado de la colonia del Cabo (enero de 1806); i Sobremonte volvió a Buenos Aires, dejando sus tropas en Montevideo.

Los ingleses, sin embargo, tenian el pensamiento de atacar de sorpresa alguna de las colonias españolas con la esperanza de hacer un rico botin i de fomentar una insurreccion contra el gobierno español. Sir Home Popham, jefe de la escuadra inglesa, invitó al jeneral Baird, que mandaba las fuerzas que se habian apoderado del Cabo, para dar un golpe a los establecimientos españoles del rio de la Plata, i particularmente a Buenos Aires que se suponia desarmado. Baird aprobó la empresa, i confió su ejecucion al mismo Popham i al jeneral sir William Carr Berresford, poniendo a sus órdenes un cuerpo de tropas de poco mas de 1,500 hombres. A principios de junio (1806), los ingleses penetraron en el Rio de la Plata, i el 25 del mismo mes desembarcaron sin dificultad a poca distancia de Buenos Aires.

La aparicion inesperada de los ingleses en las aguas del Plata, produjo en la capital del virreinato una profunda impresion. Sobremonte, imposibilitado para trasladar las tropas que tenia en Montevideo, se ocupó mas de trasportar al interior los tesoros que habia en Buenos Aires que de organizar una resistencia que creia imposible. En efecto, un cuerpo de 700 hombres, que habia reunido a la lijera, fué puesto en completa dispersion por los ingleses. El mismo Sobremonte abandonó la ciudad para trasladarse a Córdoba, con el propósito, sin duda, de reunir las fuerzas del virreinato i volver con ellas a rescatar la capital. Berresford penetró en Buenos Aires sin resistencia alguna el 27 de Junio; i habiendo desembarcado el comodoro Popham, el primer cuidado de ámbos fué disponer la vuelta

de los caudales que habia sacado el virrei i su embarco en la escuadra junto con el dinero hallado en la aduana i otras oficinas. Los ingleses recojieron así cerca de un millon i medio de pesos; i para desvanecer la mala impresion causada por este acto i atraerse a los habitantes de la capital, se esforzaron por parecer humanos i conciliadores. La poblacion, con todo, se preparaba para espulsar a los estranjeros en la primera circunstancia favorable que se presentase.

10. Reconquista de Buenos Aires. — Satisfechos con tan fácil victoria, los ingleses pensaron en dilatarla ocupando las ciudades de la márjen opuesta del rio. Popham fué a bloquear a Montevideo, que defendia una division de buenas tropas a las órdenes del jeneral Ruiz Huidobro, i pidió ausilio a la colonia del Cabo para consumar la conquista.

Miéntras tanto, algunos jóvenes arjentinos preparaban con grande actividad la resistencia a los invasores, con la esperanza de espulsarlos de la ciudad. Don Santiago Liniers i Bremond, frances de nacimiento, que servia desde muchos años atras en el virreinato de la Plata desempeñando varios cargos militares, i que ocupaba entónces el puesto de comandante marítimo de un punto de la costa vecina de Buenos Aires, fué el alma de esa resistencia. Seguro de la debilidad militar de los ingleses, pasó a Montevideo ocultamente, i pidió al jeneral Huidobro el mando de sus tropas para ir a rescatar a Buenos Aires. Hombre ardiente e impetuoso, dotado además de alguna intelijencia i de cierto hábito de mando, Liniers era quizá el único militar capaz de capitanear una empresa contra los invasores. El gobernador de Montevideo puso a sus órdenes poco mas de 1,100 hombres i 8 cañones; pero como aquella plaza estaba bloqueada por la escuadra inglesa, fué necesario que la division emprendiera su viaje por tierra hasta la Colonia, en frente de Buenos Aires. El 3 de agosto (1806). Liniers se embarcó con su jente en 23 buquecillos, i se hizo resueltamente a la vela para atravesar las cau-

dalosas aguas del Plata. Favorecido por una espesa neblina, cruzó el rio sin ser percibido por los ingleses i desembarcó en la ribera meridional, 7 leguas al norte de Buenos Aires. Inmediatamente se le reunieron diversos destacamentos de milicias de la campaña, i varios jóvenes de Buenos Aires que habian salido de la ciudad para engrosar las tropas reconquistadoras. El mas célebre de todos ellos, don Juan Martin de Pueirredon, tan famoso mas tarde por su participacion en la guerra de la independencia arjentina, habia inquietado ya a los vencedores i sostenido un pequeño combate con una de sus divisiones.

Liniers, a la cabeza de sus tropas, llegó en la tarde del 10 de agosto a los arrabales del norte de Buenos Aires. Su ejército se habia triplicado; i si bien carecia de la admirable disciplina de los soldados ingleses, poseia en cambio el ardor que habian sabido comunicarle sus jefes. En la mañana siguiente, las tropas de Liniers penetraron valientemente en la ciudad, obligando a los ingleses a reducir su defensa a la plaza central i a las calles vecinas. Desde entónces, la suerte de las armas pareció cambiar completamente. Los asaltantes se posesionaron de las azoteas de muchas casas, i desde allí podian sostener con ventaja el combate contra los defensores de la plaza. La lucha se renovó en la mañana del dia 12. Los soldados de Liniers atacaron en cuatro columnas, miéntras que los paisanos, situados en los balcones i las azoteas de las casas, disparaban todo jénero de proyectiles sobre los ingleses, obligándolos a abandonar las calles i a replegarse a la plaza. Liniers hizo avanzar su artillería i rompió el fuego de metralla sobre las tropas de Berresford. El secretario de éste, capitan Kennet, cayó muerto a su lado. No era posible ya sostener el combate en esa forma. El jeneral ingles se vió obligado a encerrarse en la fortaleza que limitaba la plaza por el lado del rio; pero asediado allí por los vencedores, viendo sucumbir a todos los soldados que aparecian sobre las murallas, i seguro de que toda la resistencia era completamente infructuosa, levantó la bandera española i anunció que estaba dispuesto a rendirse.

Liniers, noble despues de la victoria como habia sido valiente en el combate, permitió al enemigo que saliese de la fortaleza con los honores de la guerra i que depusiese sus armas en la plaza. De este modo terminó la ocupacion de Buenos Aires por los ingleses despues de una dominacion de 47 dias.

11. DEFENSA DE BUENOS AIRES CONTRA UNA SEGUNDA INVASION INGLESA.—Indescribible fué el júbilo de la poblacion de Buenos Aires cuando se vió libre de los invasores por sus propios esfuerzos. Levantóse un grito jeneral de indignacion contra el virrei Sobremonte, que habia abandonado la ciudad casi sin resistencia; i aunque éste hubiese reunido algunas milicias en Córdoba con que marchaba sobre Buenos Aires, todo el mundo estaba de acuerdo en que era necesario separarlo del gobierno. El 14 de agosto (1806) la municipalidad reunió a los principales vecinos i a los mas importantes funcionarios públicos en un cabildo abierto, asamblea que se congregaba en las colonias españolas en circunstancias estraordinarias i cuando se queria oir la opinion del pueblo. Talvez los altos empleados habrian querido imponer su voluntad; pero la voz del pueblo fué mas poderosa todavía, i la asamblea acordó que Sobremonte habia dejado de ser virrei i que Liniers debia asumir el mando político i militar. Una comision fué encargada de comunicar este acuerdo a Sobremonte recomendándole que marchase a Montevideo a servir en su guarnicion. El pueblo, ademas, acordó que se conservara el ejército en el pié de guerra para rechazar las nuevas invasiones que se creian inevitables, e indujo despues a Liniers a distribuir los prisioneros en diversos puntos del territorio. Todas estas medidas revelaban un conocimiento exacto de la situacion.

El gobierno ingles, entre tanto, halagado con su primer triunfo, creia fácil dilatar sus conquistas en la América española, o a lo ménos procurar su insurreccion. En efecto, dió órden al gobernador de la colonia del cabo de Buena Esperanza que mandase refuerzos a Berresford, e hizo salir una escuadra con cerca de 1,400 hombres, mandados por

el jeneral Sir Samuel Auchmuty para el Rio de la Plata, al mismo tiempo que preparaba otra espedicion igual bajo el mando del jeneral Crauford, que debia operar con idénticos fines sobre Chile. Cuando llegaron al rio de la Plata las tropas mandadas del Cabo, Buenos Aires habia sido reconquistado, i el comodoro Popham, que dominaba en el rio con su escuadra, creyó que todo ataque sobre la capital del virreinato era una grande imprudencia, i se resolvió a ocupar la pequeña plaza de Maldonado, en la ribera septentrional del rio.

Luego llegó allí el jeneral Auchmuty para ponerse a la cabeza de las tropas inglesas que debian reunirse. El gobierno británico, sabedor del desastre sufrido por sus soldados en Buénos Aires, habia modificado sus planes desistiendo de todo proyecto sobre Chile i dado órdenes para que todas sus tropas se reuniesen en el Rio de la Plata. El jeneral Auchmuty, no queriendo permanecer ocioso miéntras llegaban los nuevos refuerzos, marchó sobre Montevideo i tomó esta plaza por asalto el 28 de enero de 1807. Sobremonte, que no habia podido embarazar las operaciones militares de los ingleses, se replegó a la Colonia i en seguida a Buenos Aires, en donde fué obligado a partir para España.

La situacion del virreinato se complicaba estraordinariamente. Los ingleses, dueños de la banda setentrional del rio, trataban hábilmente de hacer simpática su dominacion ofreciendo libertades comerciales i gobernando a los habitantes con gran suavidad i moderacion. En abril llegó a esa plaza el jeneral Whitelocke con un cuerpo de tropas, para tomar el mando del ejército. En poco tiempo mas, el ejército de su mando llegó a contar cerca de 12,000 hombres. La poblacion de Buenos Aires, miéntras tanto, conservaba su viril enerjía i se manifestaba dispuesta a rechazar a los invasores sin asustarse por los progresos de éstos ni por las fuerzas considerables que se reunian en Montevideo.

Por fin, Whitelocke, dejando para la defensa de esa plaza

un cuerpo de 2,000 hombres, se embarcó con el resto de sus tropas, i el 28 de junio (1807) tomó tierra en el puerto de la Ensenada, 16 leguas al sur de Buenos Aires, sin encontrar resistencia alguna. En seguida se puso en marcha para la capital. Liniers, entre tanto, habia tomado algunas disposiciones militares, i creyendo que le seria posible batir al enemigo a campo raso, sacó de la ciudad cerca de 7,000 soldados, en su mayor parte milicianos, i fué a esperar a los ingleses para impedirles el paso de un rio de poca anchura que corre al sur de Buenos Aires. Las tropas de Whitelocke se burlaron de esta operacion, flanqueando a Liniers i pasando el rio una legua mas arriba. Esta evolucion casi cortó al ejército arjentino impidiéndole penetrar a Buenos Aires (1º de julio). Hubo un momento en que la victoria de los ingleses pareció inevitable: los soldados arjentinos volvieron a Buenos Aires en desórden i Liniers mismo, creyendo perdida la ciudad, se habia alejado con alguna caballería para preparar la resistencia en otra parte.

En la noche todo cambió de aspecto. Los ingleses habian cometido la falta de no atacar la ciudad de improviso aprovechándose del desórden producido en el ejército de Liniers, i bastaron unas pocas horas para que cambiara la situacion. Un alcalde de Buenos Aires, don Martin de Alzaga, español de nacimiento dotado de una enerjía estraordinaria, pasó la noche en vela preparando la defensa de la ciudad. Reconcentró las tropas en la plaza i en las calles inmediatas, hizo en éstas cortaduras profundas, distribuyó la artillería i dió aviso de todo a Liniers para que viniera a hacerse cargo de la defensa. Los soldados fueron repartidos en las azoteas i balcones de las casas; i al amanecer del 2 de julio, Buenos Aires se encontraba en estado de defensa.

Despues de inútiles negociaciones para obtener la rendicion de la ciudad i de algunas escaramuzas de poca importancia, los ingleses se prepararon para dar el asalto (5 de

trar simultáneamente en la ciudad, i marchar paralelamente hasta el centro de ella, en donde operarian un movimiento de conversion sobre la plaza central. El combate fué terrible desde el primer momento. Los ingleses desplegaron gran valor en el ataque, pero los defensores de la ciudad se batieron tambien heroicamente. Desde las azoteas i balcones i desde las barricadas que habia preparado el alcalde Alzaga, habian sobre los asaltantes un fuego terrible como bien dirijido; i cuando la noche puso término al combate, los ingleses habian perdido 1,130 hombres entre muertos i heridos i 1,500 prisioneros, de los cuales 120 eran oficiales. El combate se renovó en la mañana siguiente; pero los ingleses se batian sólo para llenar un deber militar i no con la esperanza de vencer: los arjentinos, por el contrario, estaban seguros de que bastaba un último esfuerzo para derrotar al enemigo.

En efecto, el jeneral ingles quiso capitular ántes de medio dia. Un parlamentario propuso a Liniers la suspension del combate i la devolucion de los prisioneros, quedando comprometido Whitelocke a evacuar a Buenos Aires en el término de 48 horas, a entregar a Montevideo i a retirarse con todas sus tropas del Rio de la Plata ántes de dos meses. La capitulacion fué ratificada el 7 de julio; i los ingleses le dieron el mas puntual cumplimiento.

Esta espléndida victoria fué mui aplaudida en todas las colonias americanas. Levantáronse suscripciones particulares para remunerar a los soldados vencedores, a los heridos i a los huérfanos, i se hicieron en todas partes fiestas públicas para celebrar el triunfo. En España misma fué mui aplaudida la defensa de Buenos Aires; pero ella era de mal augurio para la metrópoli: los arjentinos, en efecto, habian comprendido su importancia derrotando soldados veteranos i bien armados, i defendiendo por sí mismos la colonia que el rei de España no habia podido socorrer. Ademas, las autoridades perdieron su prestijio; el pueblo

habia depuesto un virrei, i nombrádole un sucesor, preparándose así para una nueva i mas importante lucha [8].

---

[8] La historia de las invasiones inglesas en el Rio de la Plata ha sido narrada por don Luis L. DOMÍNGUEZ en su *Historia Arjentina* Buenos Aires, 1820). Por el jeneral MITRE en su excelente *Historia de Belgrano*, (Buenos Aires, 1876). Por don Ignacio NÚÑEZ en sus *Noticias históricas*, i en varios libros ingleses, el mas notable de los cuales fué publicado en Lóndres sin nombre de autor en 1808 con el título de *Notes on la Plata*; pero existen ademas preciosas recopilaciones de documentos con que puede formarse la historia definitiva i completa de aquellos sucesos. Las mas importantes son las que dieron a luz en Montevideo en 1851 los doctores ALSINA i LÓPEZ; i las que fueron publicadas en Lóndres en 1808 en las causas seguidas al comodoro Popham (1 volúmen) i al jeneral Whitelocke (2 volúmenes).



CAPITULO IV.

Revolucion de Méjico.

(1808-1815).

1. Invasion de España por los franceses.—2. Deposicion del virrei Iturrigarai.—3. Nuevas ajitaciones en Méjico.—4. Hidalgo; el grito de Dolores.—5. Primera campaña de Hidalgo.—6. Derrota i muerte de Hidalgo.—7. La junta de Zitácuaro.—8. Nuevas victorias de Calleja.—9. Continuacion de las operaciones militares; Calleja nombrado virrei de la Nueva España.—10. Congreso de Chilpancing; prision i muerte de Morélos.

1. Invasion de España por los franceses.—La revolucion americana se venia preparando, como dejamos dicho, desde algunos años atras; pero el espíritu de insurreccion no se habia jeneralizado aun en las masas; i la autoridad española conservaba todavía su poder i su prestijio en las colonias. Era necesario que circunstancias estraordinarias vinieran a dar un pretesto al movimiento revolucionario para operar a su sombra el cambio radical que debia convertir en repúblicas independientes las colonias del rei de España.

Esas circunstancias se presentaron en 1808. La met ó·poli, reducida a un estado de grande abatimiento i postracion, habia marchado uncida a la política francesa, tomando por tanto armas en las costosas guerras del consulado i del imperio. En esas guerras cupo a España la peor parte; de modo que miéntras perdia su escuadra en Trafalgar, sus colonias i su comercio eran amenazados por las

naves inglesas. Sacudida un momento del letargo a que la redujeron los monarcas de la casa de Austria, por el impulso artificial que supo imprimirle Cárlos III, la España habia vuelto a su decadencia bajo el reinado de su hijo i sucesor. Cárlos IV, rei imbécil que fué siempre juguete de un indigno favorito, así como éste lo fué de Napoleon que lo manejaba fácilmente estimulando sus ambiciosas aspiraciones a una monarquía, Cárlos IV, repetimos, vió llevar su reino al borde de un abismo sin poseer ni el talento ni la enerjía necesarios para salvarlo de su ruina. La corte, teatro de escándalos de toda especie, habia visto al hijo del rei i heredero de la corona conspirar contra su padre i a la reina pidiendo el castigo de su hijo para satisfacer a Godoi, el favorito de los reyes. Napoleon, entre tanto, habia estimulado mañosamente estas discordias, haciendo concebir a ámbos, al príncipe i al favorito, la esperanza de su proteccion; i cuando ya creyó suficientemente preparado el terreno para consumar sus planes, dispuso la invasion de la península por un ejército frances bajo frívolos pretestos, i por último, arrebató al rei i al príncipe la corona de España, para elevar a uno de sus hermanos al trono español. La resistencia nacional se hizo sentir en breve; pero aquel espantoso cataclismo que estuvo a punto de destruir la autonomía de España, repercutió violentamente en las colonias i produjo el movimiento revolucionario que las llevó a su separacion.

2. Deposicion del virrei Iturrigarai—Las noticias de estos sucesos llegaron a Méjico gradualmente, produciendo siempre una impresion proporcionada a su importancia. En junio de 1808 se supo que Cárlos IV, en virtud de una revuelta, habia abdicado la corona; que el favorito Godoi, despues de salvar con gran dificultad su vida de la saña popular, estaba en desgracia, i que habia sido proclamado rei el príncipe de Asturias, con el nombre de Fernando VII. Estas ocurrencias, mui celebradas en España, en donde se creia que el nuevo monarca iba a iniciar una política mas liberal i mas digna, fueron tambien mui aplau-

didas en Méjico; pero el virrei, don José de Iturrigarai, que veia el principio de su desgracia en la caida de Godoi, no pudo ocultar su descontento, i aun demoró la publicacion de esas noticias.

Iturrigarai era un hombre activo, que habia fomentado la prosperidad de Nueva España; pero la codicia de él i de su familia, que lo habia precipitado a actos indignos, habia producido su desprestijio. Su conducta reservada al saberse la abdicacion de Cárlos IV, o mas bien su descontento por este suceso, fué para él el oríjen de mayores dificultades. Poco tiempo despues, llegaron a Méjico nuevas noticias de la península. Súpose entónces que ésta habia sido invadida por Napoleon, que Fernando VII habia sido llevado a Bayona i que allí habia abdicado la corona. Estas nuevas ocurrencias produjeron, como era natural, una grande ajitacion. Se trataba de saber cómo debia gobernarse el virreinato en tan difíciles circunstancias. Parece que la real audiencia pensó en que convenia establecer en Méjico una rejencia confiada a don Pedro, infante de Portugal, que entónces se hallaba en el Brasil, pero el ayuntamiento de la capital hizo al virrei una representacion para pedirle la formacion de un gobierno supremo provincial, semejante a las juntas que se formaban en España para organizar la defensa nacional, haciéndole entender que esa junta seria meramente consultiva i el virrei quedaria siempre a la cabeza de los negocios.

No era difícil ver en tan encontradas exijencias el nacimiento de dos partidos poderosos que comenzaban a dividirse la opinion del virreinato. Los oidores de la audiencia, representantes jenuinos de los intereses españoles, divisaban en aquella situacion un peligro para la estabilidad de su soberanía. El ayuntamiento, representante del elemento criollo o mejicano, creia que aquellas circunstancias eran favorables para dar a la colonia una vida propia. En medio de esta contraposicion de intereses, el virrei parecia vacilar; pero notando que la audiencia i el partido español pretendian avasallarlo completamente, se manifestaba in-

clinado a acceder a las influencias del ayuntamiento. Iturrigarai, sin embargo, habia tenido que ceder a las exijencias de la opinion manifestando que desconocia el gobierno intruso de los franceses en España, i aun quemando la correspondencia del mariscal Murat encargado accidentalmente del gobierno de la península; pero se asegura que conservó el decreto de confirmacion de su nombramiento de virrei espedido por Murat a fin de estar prevenido para cualquier evento. El proyecto de los cabildantes no dejaba de halagarlo; i al fin convino en convocar una reunion de corporaciones para discutir si convenia o no la creacion de una junta. En aquella reunion el partido español estaba en mayoría; pero la discusion de tan graves negocios, a pesar de haberse acordado que fuera completamente privada, produjo cierto movimiento en la opinion pública que infundió serios temores a los españoles.

En estas circunstancias, un caballero vizcaino, don Gabriel de Yermo, que gozaba de gran prestijio por su fortuna i por la actividad que habia desplegado en grandes empresas industriales, concibió el atrevido proyecto de deponer al virrei de acuerdo con la real audiencia i con los altos empleados españoles. Aunque esta conspiracion fué conocida de muchos, se mantuvo con tanta reserva que el virrei sólo tuvo noticias tan vagas que no le dió importancia alguna. Yermo, entre tanto, preparaba el golpe con toda actividad: fijó para darlo la noche del 15 de setiembre (1808), se puso de acuerdo con el oficial que hacia la guardia en el palacio del virrei, i reunió cerca de 300 españoles, dependientes de comercio en su mayor parte, a cuya cabeza invadió el palacio. Eran las doce de la noche; el virrei se habia recojido a su cama sin sospechar el peligro que le amenazaba, i sólo un infeliz soldado que trató de oponer alguna resistencia fué muerto de un balazo que le disparó uno de los conjurados. El virrei cayó prisionero sin dificultad alguna, i fué conducido al palacio de la inquisicion. La virreina, con una hija i un hijo pequeño, fueron trasladados a un convento de monjas.

Poco tiempo despues, el 6 de diciembre del mismo año fué remitido a España, en donde fué procesado por el deilto de alta traicion. Iturrigarai encontró vehementes acusadores como tambien apasionados defensores; pero quedó preso hasta octubre de 1810 cuando, reunidas las cortes españolas, decretaron que "se olvidase todo lo anteriormente ocurrido en las turbaciones políticas de algunas provincias de América i de Asia". Amnistiado de esta manera, el ex-virrei fué sometido entónces al juicio de residencia, del cual resultó que se le obligara a pagar 384,000 pesos por perjuicios irrogados a algunas personas i por cantidades ilegalmente percibidas por él durante su gobierno.

3. NUEVAS AJITACIONES EN MÉJICO.—Despues de la deposicion del virrei se trató de saber quién deberia reemplazarlo en el mando. En la misma noche en que se consumó aquel golpe de mano, se reunieron los oidores de la audiencia, el arzobispo de Méjico i otras autoridades que representaban el poder español, i de comun acuerdo declararon depuesto a Iturrigarai; i aun existia un pliego cerrado en el cual estaba consignado el nombramiento que el soberano hacia de un sucesor del virrei para el caso de muerte o ausencia, la audiencia creyó que ese nombramiento debia ser hecho por la influencia del favorito Godoi, i que por lo tanto no debia tomarse en cuenta. Por cédula de 30 de octubre de 1806, el rei habia dispuesto que, en caso de muerte o ausencia de alguno de los gobernadores de América, tomase el mando el militar de mayor graduacion. En vista de esta disposicion, la junta confió al gobierno al mariscal de campo don Pedro Garibai, hombre anciano i débil, que por su carácter debia marchar sometido a la influencia del supremo tribunal. En la mañana siguiente, se anunció en una proclama la revolucion operada por la audiencia, declarándola ejecutada por el pueblo mejicano.

El bando español habia jugado una partida peligrosa, enseñando a los mejicanos el camino para deponer un virrei; i para invocar el nombre del pueblo en justificacion de un complot. Desde luego, su conducta produjo una profunda

impresion en todo el virreinato. Iturrigarai encontró ardientes defensores entre los mejicanos, i éstos acusaban a la audiencia i a los españoles de haber consumado la revolucion con miras estrechas i por el solo deseo de dominar con su influencia al nuevo virrei. De este modo, la deposicion de Iturrigarai, léjos de afianzar la tranquilidad, aumentó el descontento i preparó los ánimos para nuevas luchas.

Los consejeros del virrei Garibai indujeron a éste a decretar la prision de varios mejicanos, dos de ellos miembros del cabildo de la capital que se habian señalado por sus esfuerzos para la formacion de una junta de gobierno. Algunos de esos presos fueron remitidos a España i otros murieron en las cárceles no sin sospecha de haber sido envenenados. Garibai, que se habia hecho antipático al pueblo por su docilidad para ceder a las sujestiones de la audiencia, descontentó tambien al partido español por su falta de enerjía para reprimir con mano de fierro toda manifestacion de descontento. Aquel infeliz anciano, juguete de pasiones que no comprendia, gobernó diez meses en medio de desconfianzas i sobresaltos, temiendo verse depuesto por los mismos hombres que lo habian elevado al gobierno.

Por fin, la junta central que gobernaba en España, creyó que convenia dar mas consistencia al gobierno del virreinato; i al efecto, confió el mando al arzobispo de Méjico, don Francisco Javier de Lizana i Beaumont, quien se recibió del poder el 19 de julio de 1809. Este nuevo funcionario, hombre no ménos débil aunque mas caracterizado que Garibai, pasó su gobierno en constantes vacilaciones, i como su antecesor, se ocupó principalmente en recolectar fondos por via de donativos i de préstamos para ausiliar al gobierno español en la guerra de la independencia en que se hallaba empeñado. Era tal la riqueza de aquel virreinato, que no fué difícil reunir en poco tiempo cantidades mui considerables de dinero. Hubo un comerciante que prestó por sí solo la suma de 200,000 pesos, i muchos otros que contribuyeron con cantidades menores.

El gobierno del arzobispo fué mucho mas ajitado de lo que convenia a los intereses de España en aquellas circunstancias. Las pretensiones siempre crecientes de la audiencia i del partido español, mantuvieron al virrei en constante inquietud i lo obligaron a dictar medidas violentas, la principal de las cuales fué la prision del oidor Aguirre, al cual, sin embargo, tuvo que poner en libertad ántes de embarcarlo para España, como lo habia pensado. Al mismo tiempo descubrió una conspiracion en la ciudad de Valladolid, tramada por algunos mejicanos, para preparar la independencia del pais. I como si todo esto no bastase para mantener viva la ajitacion, las noticias que llegaban de la península, referentes a los desastres de las armas españolas i a la invasion francesa en Andalucía, iban a producir la turbacion i el sobresalto. La rejencia, recien organizada en la metrópoli, conoció el peligro que amenazaba a la dominacion española en Méjico; i queriendo robustecer la autoridad, acordó separar al arzobispo del mando del virreinato i confiar el gobierno a la audiencia, cuya fidelidad i cuya resolucion no podian ser dudosas. Lizana entregó el mando a sus sucesores el 8 de mayo de 1810.

La audiencia, sin embargo, no gobernó el virreinato con mayor habilidad que el arzobispo. Bajo su gobierno se tramó una conspiracion que dió oríjen a la guerra de la independencia mejicana; pero la rejencia, creyendo tranquilizar sus colonias de América con medidas conciliadoras i manifestando sus deseos de reformar el sistema administrativo de América, confió el virreinato de Méjico al jeneral don Francisco Javier Venégas, gobernador de Cádiz en aquella época, que se habia distinguido como militar en la guerra contra los franceses. El nuevo virrei llegó a Veracruz, en agosto de 1810; i pocos dias despues, el 13 de setiembre, se recibió del mando del virreinato e hizo su solemne entrada en Méjico. La rejencia, creyendo que los personajes que intervinieron en la deposicion de Iturrigarai gozaban de una inflencia ilimitada, habia tratado de atraérselos con la concesion de títulos i honores. Venégas era el

portador de estos premios, i se apresuró a repartirlos como un arbitrio que habia de estimular la fidelidad del virreinato; pero ni él ni la rejencia conocian la revolucion radical que se habia operado en las ideas, ni sospechaban que en esos mismos momentos existia en Méjico una profunda division que se iba a manifestar en breve.

4. HIDALGO; EL GRITO DE DOLORES. — Cuando Venégas se recibia del mando del virreinato, la lucha comenzaba en el correjimiento de Querétaro, situado al norte de Méjico. La conspiracion mal apagada en Valladolid el año anterior, habia encontrado allí decididos partidarios. El correidor de la provincia, don Miguel Domínguez, i los oficiales de la guarnicion, don Ignacio Allende i don Juan Aldama, eran de este número. Habíanse puesto de acuerdo con un eclesiástico llamado don Miguel Hidalgo, que desempeñaba el curato del pequeño pueblo de Dolores. Hidalgo contaba en aquella época sesenta i tres años de edad, gozaba de una renta de ocho mil pesos anuales que le proporcionaba su curato, i vivia consagrado al cultivo del campo i al desarrollo de algunos ramos de industria, como la crianza de gusanos de seda, por que tenia particular aficion, i al estudio de algunos libros mui poco conocidos en el virreinato. El pacífico cura traducia el frances, cosa mui rara en las colonias españolas; pero si el estudio de esta lengua le habia permitido conocer teorías políticas i revolucionarias, Hidalgo las habia ocultado siempre con gran cuidado para no despertar las sospechas de las autoridades.

Los conspiradores tenian el proyecto de realizar la independencia de la Nueva España; i aunque no habian pensado detenidamente en la forma de gobierno que debian adoptar, estaban de acuerdo en que era necesario desenvolver sus planes con mucha cautela. La revolucion debia estallar en Querétaro el 1.° de octubre de 1810; pero habian tenido que comunicar su secreto a diversas personas, una de las cuales, don Mariano Galvan, que hacia de secretario en las juntas de los conspiradores, dió el primer aviso del complot, que fué comunicado inmediatamente a la audien-

cia de Méjico. Otro de los comprometidos, don Joaquin Arias, creyendo libertarse de toda persecucion, se hizo en seguida el denunciador de sus compañeros. La audiencia dictó entónces las medidas convenientes para reprimir en jérmen el movimiento revolucionario.

Los conjurados tuvieron noticia del peligro que los amenazaba, i los que no cayeron presos en el primer momento no pensaron mas que en ponerse en salvo. Aldama i Allende fueron a la villa de Dolores a conferenciar con Hidalgo sobre los peligros de su situacion. En la noche del 15 de setiembre el cura fué invitado por sus compañeros para emprender la fuga a fin de salvarse del riesgo que corrian. Hidalgo, sin embargo, no aceptó este arbitrio; i con una resolucion estraña a su edad, en su estado i en su carácter pacífico hasta entónces, reunió algunos de sus amigos, puso en libertad a los presos de la cárcel, amenazando con una pistola al alcalde de ella, i juntó así un cuerpo como de ochenta hombres mal armados, que debian ser la base de la revolucion mejicana. En el mismo momento apresó al subdelegado del pueblo i a algunos españoles que residian en él.

El siguiente dia era domingo. El cura hizo llamar a misa ántes de la hora acostumbrada; i cuando se hubieron reunido sus feligreses, les anunció el cambio efectuado en la noche, i el proyecto que tenia de quitar el mando del virreinato a los españoles, acusándolos al efecto de abrigar el pensamiento de entregarlo a los franceses. En el momento se le reunieron muchos campesinos, de tal modo, que en aquella misma mañana pudo juntar una fuerza como de trescientos hombres mal armados, pero dispuestos a seguirlo a cualquiera parte. El estandarte de la insurreccion fué una imájen de la vírjen de Guadalupe, que era mui venerada por los indios de Méjico. En las banderas escribió el siguiente lema: *¡Viva Fernando VII i muera el mal gobierno!* a que agregaban los rebeldes: *¡mueran los gachupines!* (españoles).

El *grito de Dolores*, tal es el nombre con que la historia de Méjico recuerda el primer acto de su revolucion, fué se-

cundado inmediatamente por las poblaciones vecinas. El mismo dia 16 de setiembre, Hidalgo se puso en marcha para la ciudad de San Miguel el Grande, en donde penetró al anochecer sin resistencia alguna. Llevaba consigo los españoles que habia tomado prisioneros, i en el camino se le reunieron muchos voluntarios atraidos por la licencia que el jefe rebelde les daba para saquear las propiedades de los españoles. Un rejimiento de caballería, que guarnecia a San Miguel, se plegó a las banderas de la rebelion.

5. Primera campaña de Hidalgo.—El cura rebelde comprendia bien que le era necesario obrar con grande actividad para no dar tiempo a que las autoridades españolas preparasen la resistencia. El 20 de setiembre se presentó delante del pueblo de Zelaya, i habiendo intimado al cabildo con que haria degollar a los prisioneros españoles tomados en Dolores i San Miguel si se le oponia la menor resistencia, penetró en él el siguiente dia. Allí engrosó sus tropas con la guarnicion que habia i se hizo proclamar jeneral del ejército insurrecto. El capitan Allende fué nombrado su teniente jeneral.

La noticia del levantamiento de Dolores produjo en Méjico una profunda impresion. El virrei Venégas, recien llegado al pais i confundido con la defeccion de algunos cuerpos de tropas, no sabia a dónde volver los ojos ni qué medidas tomar para reprimir enérjicamente la naciente insurreccion. Sin embargo, se empeñó particularmente en reunir algunos cuerpos del ejército en la ciudad de Querétaro, al sur de los lugares ocupados por Hidalgo, i por lo tanto en el camino que éste debia recorrer para llegar a Méjico. Las autoridades de la capital al mismo tiempo hicieron gala de su fidelidad a la causa real. El alto clero se pronunció allí, como en toda la América, contra la insurreccion. Un obispo lanzó contra Hidalgo una escomunion mayor, la inquisicion lo declaró hereje, emplazándolo para que hiciera su defensa so pena de quemarlo en efijie, la universidad i todas las corporaciones literarias publicaron manifiestos i proclamas para defender al gobierno español contra las acusaciones que pudieran hacerle los rebeldes.

Hidalgo se inquietó mui poco con todo esto. Como las autoridades de Méjico, él a su vez habia invocado el nombre de la relijion para ganarse partidarios; i en lugar de marchar contra Querétaro, en donde el virrei reconcentraba algunas tropas, se dirijió al norte para ocupar la ciudad de Guanajuato, depósito de las riquezas minerales de aquella provincia. El intendente de ella, don Juan Antonio Riaño, estaba dispuesto a resistir a todo trance, i al efecto habia construido precipitadamente algunas trincheras para su defensa, i reunido todos los elementos militares de que podia disponer. El 28 de setiembre se acercaron los rebeldes a la ciudad en número de cerca de 20,000 hombres, en su mayor parte indios armados solamente con lanzas, palos, hondas i flechas. El ataque fué dirijido con toda impetuosidad: el intendente, que en esos momentos desplegó un valor digno de mejor suerte, sucumbió uno de los primeros de un balazo; i su muerte introdujo la turbacion i la anarquía entre los defensores de la ciudad. Atacados por todas partes, se vieron obligados a replegarse a la alhóndiga o graneros públicos que presentaba las ventajas de una fortaleza. Con todo, nada pudo resistir al empuje de los rebeldes: una gran parte de la poblacion se pronunció por ellos; i allegando fuego a las puertas de aquel edificio, penetraron en el descargando su saña sobre los españoles que lo defendian. A la matanza se sucedió el saqueo de la alhóndiga i de la ciudad entera. Las turbas desordenadas que seguian al cura no reparaban en nada para perpetrar los robos, i ni aun las órdenes de su jefe bastaron para impedir los excesos de aquel dia. Restablecida apénas la tranquilidad, Hidalgo dispuso que fueran encerrados los prisioneros i que se recojiera el poco dinero escapado del saqueo para formar la caja del ejército. Con una actividad verdaderamente maravillosa, estableció allí mismo una fundicion de cañones i una casa de moneda, con la intencion, sin duda, de convertir aquella ciudad en centro de las operaciones subsiguientes.

Pocos dias despues, el 8 de octubre, principió a salir de Guanajuato el ejército de Hidalgo. Componíanlo cerca de

50,000 hombres de todas armas, pero desprovistos de un número suficiente de fusiles i de toda organizacion militar. Dirijíase a la importante ciudad de Valladolid, en donde los rebeldes esperaban hallar alguna resistencia. Sin embargo, los españoles, creyéndose impotentes para resistir a Hidalgo, abandonaron la ciudad precipitadamente, de modo que el jefe insurjente penetró en ella sin resistencia alguna. Allí éste obligó a un canónigo, que por ausencia del obispo gobernaba la diócesis, a que levantase la escomunion que contra él se habia fulminado.

Las fuerzas de los rebeldes se engrosaban cada dia; pero su organizacion i disciplina no ganaban nada. Hidalgo comprendió mui bien que lo que le interesaba era marchar sobre Méjico ántes que pudiera organizarse la resistencia. El virrei Venégas habia dispuesto que el brigadier don Félix María Calleja i otros jefes militares, reconcentrasen sus tropas para cerrar a los insurjentes el camino de la capital; pero Hidalgo, conociendo esos aprestos, salió de Valladolid el 19 de octubre en marcha para Méjico. En Acámbaro pasó una revista a sus tropas, i contó 80,000 soldados, que dividió en rejimientos de 1,000 hombres. Allí fué proclamado jeneralísimo del ejército de América, como le llamaban sus tropas, concedió algunos grados a sus jefes subalternos, i él mismo vistió por primera vez la casaca militar.

Al saber el virrei la aproximacion de las tropas de Hidalgo, formó precipitadamente un cuerpo de observacion de 2,000 hombres escasos, i los puso a las órdenes del teniente coronel don Torcuato Trujillo. Este bizarro jefe se atrevió a esperar a los rebeldes en un sitio denominado Las Cruces, a una jornada de Méjico (30 de octubre). No es difícil prever el resultado de este combate: las masas de jente que acompañaban a Hidalgo, aunque faltas de toda disciplina, arrollaron a sus enemigos manifestando un gran valor. Se refiere que los indios se precipitaban a la boca de los cañones i ponian sus sombreros de paja para sujetar las balas. Despues de este combate, Hidalgo fué a acampar a cinco leguas de la capital.

La situacion del virrei no podia ser mas crítica. Venégas tenia en Méjico una fuerza de poco mas de 2,000 hombres útiles, i ademas no estaba seguro de las simpatías de la poblacion. Miéntras tanto, Hidalgo mandaba 80,000 hombres sedientos de saqueo que se habrian precipitado sobre la capital a la primera voz de mando. El virrei trató sólo de ganar tiempo para que el brigadier Calleja llegase en su socorro; pero informado Hidalgo de la marcha de éste, i temiendo verse colocado entre dos fuegos, es decir, entre los soldados de Calleja i los defensores de Méjico, levantó su campamento i se retiró precipitadamente. Fué aquel un error que la historia no puede esplicarse satisfactoriamente: se cree que el cura rebelde no tenia plena confianza en sus tropas, que no quiso mancharse con los crímenes de que iba a ser acompañada la ocupacion de la capital o que las rivalidades que comenzaban a jerminar entre sus subalternos lo indujeron a alejarse de Méjico.

6. Derrotas i muerte de Hidalgo.—Los rebeldes se pusieron en marcha hácia el norte (2 de noviembre). Inmediatamente comenzó la desercion en sus tropas: los indios, cansados con una guerra que no producia los beneficios que esperaban, se volvian a sus casas, causando así una notable disminucion en el ejército de Hidalgo. Entre tanto, el jeneral Calleja habia reunido activamente mas de 6,000 hombres de buenas tropas i marchaba en ausilio de la capital. La guerra se habia encarnizado mucho; i los horrores cometidos por los indios de Hidalgo habian sido seguidos por las violencias perpetradas por los españoles. Las medidas de rigor adoptadas por Calleja habian producido algun desaliento en sus contrarios, de modo que cuando los dos ejércitos se hallaron a la vista en Aculco (7 de noviembre de 1810), las tropas de Hidalgo presentaron una débil resistencia i huyeron despavoridas ante el empuje i la disciplina de los soldados españoles. Los rebeldes perdieron allí su parque de artillería, un número considerable de muertos, que el jeneral español hacia subir mui exajeradamente a 10,000, i 600 prisioneros, que fueron quintados,

para fusilar a aquellos a quienes les tocaba la suerte fatal. Los demas fueron condenados a diez años de presidio.

En esa época, el espíritu de insurreccion habia cundido rápidamente en las provincias del norte i del oeste. Las ciudades mas importantes se habian pronunciado por los rebeldes desde que se creyeron apoyadas por un ejército respetable, de tal modo que, aun despues de la derrota de Hidalgo, éste poseia los elementos necesarios para resistir i rechazar al enemigo, habria podido hacerlo sin las discordias que reinaban en su propio campo i si hubiera poseido las talentos militares que las circunstancias requerian. Hidalgo se habia dirijido a la ciudad de Valladolid, miéntras su compañero Allende, que se manifestaba disgustado con el jeneral en jefe, se habia retirado a Guanajuato. Calleja aprovechó hábilmente esta division marchando con toda rapidez sobre la última de aquellas dos ciudades. La batalla tuvo lugar el 21 de noviembre de 1810: los defensores de Guanajuato no pudieron nada contra el valor i la táctica de los soldados de Calleja. Allende i algunos de los jefes que lo acompañaban escaparon felizmente de la derrota; pero el populacho de la ciudad, viéndolo todo perdido, se aprovechó de la tardanza de Calleja en penetrar en la ciudad para asesinar inhumanamente a los prisioneros españoles que quedaban encerrados en la alhóndiga. Este crímen fué castigado con una dureza inflexible por el jeneral Calleja. A su entrada a Guanajuato se siguieron centenares de ejecuciones capitales, ejercidas no sólo sobre los soldados prisioneros sino tambien sobre muchos hombres del pueblo i empleados que habian manifestado simpatías por la causa de los rebeldes. La revolucion mejicana se habia ensangrentado desde el primer dia, i las represalias de los dos bandos eran verdaderamente horribles.

Hidalgo, entre tanto, se habia retirado de Valladolid, i marchando al oeste despues de hacer fusilar muchos prisioneros, ocupó la importante ciudad de Guadalajara, en donde pensaba reorganizar su ejército. Aquí desplegó mas actividad i mayores talentos administrativos i militares,

así como una crueldad atroz para infundir terror en sus enemigos. En Guadalajara existia una imprenta: Hidalgo se aprovechó de ella para publicar proclamas i manifiestos en favor de su causa, i un periódico titulado el *Despertador Americano*, en que comenzó a hablar con mas desembozo de la independencia nacional. Estableció su gobierno creando dos ministros secretarios i se rodeó de cierto fausto i esplendor para dar prestijio a su autoridad, que de hecho era ya mui temible. Reorganizó la audiencia establecida en aquella ciudad para tenerla grata a su partido; i queriendo ganarse el apoyo de Estados Unidos, despachó a uno de sus parciales, don Pascacio Ortiz de Letona, a solicitar el apoyo del gobierno de Washington. Con igual empeño proveyó a las necesidades de su ejército. Venciendo dificultades estraordinarias, hizo trasportar de la costa del Pacífico, por medio de ásperas montañas i de senderos casi impracticables, pesadas piezas de artillería, fundió otras en Guadalajara i construyó muchas armas para el servicio de sus tropas. Hidalgo tenia gran confianza en el poder númerico de su ejército, i se empeñó particularmente en reunir indios de los paises ocupados por los rebeldes mas bien que en disciplinarlos. Sus tropas alcanzaron otra vez a la enorme cifra de cerca de 100,000 hombres.

En medio de estos aprestos, el cura rebelde desplegó una vez mas las dotes de su carácter terrible. Supuso o sospechó que los realistas que mantenia prisioneros tramaban una conspiracion; i para infundir terror, dispuso la ejecucion no sólo de los presos sino tambien de todos los españoles que sus soldados pudieron hallar. Estos asesinatos fueron perpetrados de noche, en sitios apartados de la ciudad, en donde los presos eran degollados inhumanamente. El número de víctimas alcanzó a 300. Hidalgo, ademas, repitió a sus subalternos órdenes terminantes para que ejecutaran igualmente a todos los españoles.

Miéntras tanto, las tropas de Calleja marchaban resueltamente sobre Guadalajara. El cura Hidalgo no quiso esperarlas en la ciudad; i sacando de ésta todas las suyas,

fué a situarse a una altura que dominaba un riachuelo llamado de Calderon, que tenian que atravesar los realistas en su marcha. Aprovechándose de las ventajas de aquella posicion, Hidalgo distribuyó hábilmente los 67 cañones de que constaba su artillería, colocó a retaguardia sus infantes i jinetes i esperó resueltamente a los enemigos. El 17 de enero de 1811 el ejército de Calleja, fuerte de 6,000 hombres, se acercó a las ventajosas posiciones de los insurjentes. La batalla se empeñó desde luego, pero estuvo indecisa durante seis horas. Los realistas comenzaban a ceder creyéndose impotentes para vencer las posiciones de Hidalgo, cuando el jeneral español reunió una columna i a su cabeza cargó contra el centro del ejército enemigo. Aquel movimiento fué decisivo: los rebeldes abandonaron el campo precipitadamente i en todo desórden, dejando un gran número de muertos i de prisioneros. Los peninsulares tuvieron sólo 40 muertos i 70 heridos.

Parece incomprensible el resultado de las primeras batallas de la revolucion de Méjico, i mucho mas el de las de Aculco i Calderon. Pero la causa de los grandes desastres que sufrieron los insurjentes se encuentra en la pésima organizacion de su mismo ejército. Careciendo un número competente de fusiles, suplian su falta con cañones imperfectamente construidos i situados en alguna eminencia. Detras de ellos colocaban masas informes de indios con pocos fusiles i muchas hondas, i a los costados espesos grupos de caballería armados con lanzas, pero desprovistos de toda instruccion militar. Los realistas, en cambio, tenian tropas mucho ménos numerosas, pero estaban formadas sobre la base de cuerpos de línea, bien provistas de armamento i regularmente disciplinadas. Cuando se presentaban en el combate, "los insurjentes rompian sobre ellos un fuego que era casi siempre desacertado, porque los cañones apénas podian variar la puntería por la mala construccion de las cureñas, i miéntras los realistas casi no perdian tiro, asestándolos a una gran muchedumbre cuyo estrago aumentaba el terror, los fuegos de los insurjentes eran poco

mas que puras salvas sin causar daño alguno al enemigo. Las tropas reales, alentadas por la poca pérdida que esperimentaban, cargaban con denuedo, cuando por el lado opuesto los insurjentes, con la que habian sufrido, estaban ya sobrecojidos de terror i prevenidos para la fuga, al ver aproximarse las columnas de ataque de sus contrarios. Los jefes de éstos multiplicaban sus fuerzas, moviéndolas fácilmente a donde convenia, i aprovechaban las ocasiones que la série de los sucesos de una batalla les presentaba" [1]. Los jefes insurjentes, por el contrario, no acertaban a hacer nada de esto por falta de instruccion militar, i mas aun por la indisciplina de sus soldados; i desde que éstos principiaban a vacilar, ellos pensaban en retirarse, i toda retirada era convertida en breve en una fuga desordenada.

Estas victorias de los realistas habian sido acompañadas por otros sucesos no ménos favorables a su causa. Valladolid cayó en poder de una division española, i la guerra parecia tomar en todas partes un aspecto desfavorable a los rebeldes. Los jefes vencidos en Calderon creyeron que sólo una activa retirada podia salvarlos de su completa ruina; i en efecto, emprendieron la marcha a las provincias del norte con el propósito de penetrar en Estados Unidos. Las rivalidades de ámbos jefes, reanimadas despues de la derrota, se hicieron sentir con mayor violencia en esta marcha. Allende obligó a su compañero a renunciar en su favor el título de jeneralísimo; pero ámbos parecian estar de acuerdo en ejecutar a todos los españoles que encontraban en su camino, en represalia de las crueldades que cometian los vencedores i las tropas realistas que marchaban en su perseguimiento. En el pueblo de Monclova se tramó una conspiracion contra los fujitivos; i el 21 de marzo, en el lugar denominado las Norias de Bajan, el coronel don Ignacio Elizondo, que habia militado en las filas de la insurreccion, llevó a cabo el complot apresando a los jefes insurrectos i dando

[1] ALAMAN, *Historia de la revolucion de Méjico*, lib. II, cap. VII. tom. 2º, páj. 131 i sigte.

muerte a todos los que quisieron oponer alguna resistencia. De allí fueron conducidos al pueblo de Chihuahua para ser sometidos a juicio. El resultado de aquel proceso no podia ser dudoso. Despues de muchos interrogatorios i dilijencias para obtener sus declaraciones, los principales autores del movimiento de 1810 fueron condenados a muerte. Allende i algunos de sus compañeros fueron fusilados el 20 de junio. Cuarenta dias mas tarde, el 1º de agosto de 1811, despues de haber pasado por la degradacion de su carácter sacerdotal, sufrió igual pena el cura Hidalgo. Las cabezas de todos ellos fueron cortadas i colocadas en escarpias en la ciudad de Guanajuato para escarmiento de los que en adelante intentaran sublevarse.

7. LA JUNTA DE ZITÁCUARO.—Las derrotas sufridas por los rebeldes no habian estinguido la revolucion mejicana. Calleja habia entrado a Guadalajara, donde ejerció severas venganzas; i otros jefes realistas habian ocupado fácilmente una gran porcion del pais de que se enseñoreaban los insurjentes; pero ni estos triunfos, ni los castigos terribles de que iban acompañados, disminuyeron el entusiasmo por la causa de la revolucion. Es cierto que ésta no gozaba de gran prestijio entre las clases acomodadas de la sociedad mejicana, i que los horrores i depredaciones de que iban acompañadas las correrías de los insurrectos, si bien les atraian el apoyo de la jente perdida i desalmada, los privaban de la cooperacion de hombres mas importantes. A pesar de todo, los rebeldes encontraron siempre elementos para prolongar la lucha por mucho tiempo mas, i quedaron dominando una vasta estension de territorio en que los realistas sólo eran dueños de los pueblos que ocupaban.

Cuando los fujitivos de la batalla de Calderon se retiraban hácia el norte, Hidalgo dejó el mando de algunas fuerzas a cargo de uno de sus secretarios de gobierno, el licenciado don Ignacio Rayon, quien alcanzó a reunir cerca de 40,000 hombres, i mantuvo la guerra con resultado vario, o mas bien, desfavorable a su causa en las provincias del norte. Los españoles trataron de militarizar el pais para

encontrar recursos con que hacer frente a la guerra que se les hacia. de modo que la resistencia llegó a jeneralizarse tomando la lucha un carácter mucho mas cruel todavía.

Miéntras tanto, en el sur del territorio mejicano comenzaba a aparecer otro caudillo independiente que debia ilustrarse notablemente en aquella guerra. Era éste don José María Morélos, cura tambien, como Hidalgo, pero dotado de un carácter mas elevado i distinguido. Morélos contaba entónces cuarenta i cinco años de edad: habia nacido en Valladolid de padres mui pobres, i despues de haber hecho algunos estudios en un colejio de que era rector el mismo cura Hidalgo, abrazó la carrera eclesiástica i obtuvo un curato que producia una escasísima renta en la provincia de Valladolid. En los primeros dias de la insurreccion mejicana se presentó a Hidalgo a ofrecerle sus servicios i éste le encargó que propagara el movimiento en las provincias meridionales.

Morélos, ménos ilustrado que aquel jefe, pero mucho mas hábil i sagaz, no tenia como él una confianza ciega en las masas indisciplinadas. Creia que un número reducido de soldados, bien ejercitados en el manejo de las armas, valia mas que una turba de indios inespertos en el servicio militar i dispuestos a desbandarse en el primer encuentro. Morélos comenzó su campaña con unos pocos hombres, aumentólos lentamente, disciplinándolos con particular cuidado i atacando las divisiones enemigas sólo cuando podia hacerlo con ventaja, de sorpresa ordinariamente, i siempre con tan buen resultado que, despues de batir a los españoles, se proveyó de buen armamento para sus tropas. En estas campañas empleó Morélos todo el año de 1811: su nombre tan oscuro poco ántes, llegó a hacerse célebre por el temor que inspiraba a los españoles i por sus constantes triunfos. Morélos, ademas, era mucho mas humano que Hidalgo, i en sus operaciones militares respetaba las propiedades de los enemigos, no haciendo uso de ellas sino para satisfacer las mas premiosas necesidades de su ejército.

Este espíritu de insurreccion cundió hasta la misma capi-

tal. Un abogado, don Antonio Ferrer, tramó una conspiracion para apoderarse del virrei, sacarlo de Méjico i aprovechar el desórden jeneral en favor de su causa. Este complot, descubierto el mismo dia en que debia ejecutarse (3 de agosto de 1811), fué castigado con estraordinaria severidad. Ferrer i sus principales cómplices fueron condenados a muerte por los tribunales de Méjico, i a peticion de las corporaciones de la capital.

A pesar de las ventajas alcanzadas, la revolucion mejicana carecia de órden i concierto, i los jefes de sus tropas procedian en todo aisladamente, sin poder imprimir a sus trabajos la unidad necesaria para asegurar su triunfo. Rayon, que se habia establecido en la ciudad de Zitácuaro, en la provincia de Valladolid i rechazado un ataque de los realistas, creyó poder dar direccion al movimiento formando una junta de gobierno que asumiera el mando político i que dirijiera las operaciones militares. El 19 de agosto de 1811 se instaló esta junta, cuyo presidente fué el mismo Rayon, i sus vocales don José María Liciaga, i el cura don José Sixto Verdusco. Esta junta, queriendo tener grato a Morélos, lo declaró su cuarto miembro. La junta manifestó que gobernaria en el nombre de Fernando VII, superchería que reprobó desde luego el cura Morélos.

La creacion de la junta de Zitácuaro era sin duda un paso hábilmente meditado; pero no bastó para poner término a la desorganizacion de los revolucionarios. Muchos jefes rebeldes desconocieron su autoridad; i otros, como Morélos, manifestaron por ella una deferencia puramente nominal. Despues de su instalacion, la guerra se mantuvo con gran constancia i tenacidad, pero las operaciones no recibieron todo el impulso que necesitaban.

8. NUEVAS VICTORIAS DE CALLEJA.—En ese estado se pasó todo el año de 1811. La guerra se hacia con grande encarnizamiento, pero sin resultado definitivo. El virrei creyó que debia obrar enérjicamente contra la junta de Zitácuaro, que si no mandaba, en efecto, en todo el pais, se daba a lo ménos el aire de dirijir las operaciones militares. Comisionó

para esta empresa al jeneral Calleja, que gozaba de la reputacion de grande habilidad, i que era mui temido de los insurjentes por sus crueldades. Rayon habia rechazado los diversos ataques que se dirijian contra Zitácuaro; pero Calleja reunió sus mejores tropas, i despues de una marcha sumamente penosa, cayó sobre la ciudad por unas alturas inmediatas, desde donde hacia imposible toda resistencia. Los rebeldes se vieron precisados a abandonar la ciudad, i aunque fueron perseguidos por los realistas que les tomaron muchos prisioneros, lograron salvarse, reunir los dispersos i reorganizarse en Sultepec (2 de enero de 1812).

Calleja quiso vengar en Zitácuaro las derrotas que ántes habian sufrido las armas reales, i al efecto mandó fusilar inmediatamente diecinueve prisioneros, i tres dias despues, el 5 de enero, publicó un bando por el cual mandaba que evacuasen la ciudad todos sus pobladores para reducirla a cenizas. Despues del saqueo de sus casas por el ejército realista, fueron incendiadas con horrenda ferocidad, así como varios pueblos indios de las inmediaciones, confiscadas las tierras i privados los indios de los privilejios concedidos anteriormente.

Aquel triunfo fué mui aplaudido por los realistas. Creyóse jeneralmente que la toma de Zitácuaro importaba la ruina de la revolucion mejicana. Calleja mismo, mui envanecido con sus victorias, se persuadió fácilmente de que habia vencido la rebelion; i haciendo renuncia del comando del ejército, marchó a Méjico en donde fué recibido triunfalmente. Pero quedaba todavía Morélos en el sur a la cabeza de algunas tropas regulares i resuelto como ántes a llevar a cabo la empresa en que con tanto vigor i decision se habia empeñado.

Despues de repetidas victorias sobre los realistas, Morélos ocupó el pueblo de Cuautla, al sur de Méjico; i allí tuvo que resistir a las tropas españolas que el virrei sacó de la capital. Calleja mandaba estas fuerzas: al principio creyó que bastaria presentarse al enemigo para batirlo; pero

Morélos desplegó en aquellas circunstancias tanta tenacidad como audacia. Aunque desprovisto de fortificaciones, sostuvo el sitio durante sesenta i cinco dias, batiéndose con frecuencia i rechazando los ataques del enemigo. Por fin, el hambre i las enfermedades hicieron lo que Calleja no habia podido conseguir. El 2 de mayo de 1812, aprovechándose de la oscuridad de la noche, Morélos evacuó la ciudad llevando consigo todos sus pobladores; i ejecutó este movimiento con tanta prudencia, que los españoles no pudieron impedirlo i se limitaron sólo a perseguir a los rebeldes, matándole un gran número de jente inerme que seguia a las tropas.

9. Continuacion de las operaciones militares; Calleja nombrado virrei de la Nueva España.—El término del sitio de Cuautla no tuvo grandes consecuencias en la suerte de la guerra. Morélos se retiró al sur derrotando diversas partidas realistas i ocupando sucesivamense muchas plazas mas o ménos importantes. La toma de Acapulco, el puerto mas bien defendido que poseia el virreinato en el mar Pacífico, ejecutada en abril de 1813, señala la época del mas alto poder militar del cura Morélos.

Al mismo tiempo, otros jefes insurjentes recorrian diversas partes del territorio mejicano inquietando a los españoles i atacándolos cuando podian hacerlo con ventaja, de manera que el virrei sólo contaba con seguridad con las ciudades de Méjico, Veracruz i Puebla i aquellos lugares que ocupaban sus tropas. Un jefe rebelde, don Guadalupe Victoria, interceptaba las comunicaciones con Veracruz paralizando el comercio. Otro, don Manuel de Mier i Teran, mantenia una division en la intendencia de Puebla, miéntras otro jefe, apellidado Osorno, recorria la de Méjico, i Rayon con sus compañeros molestaba a los realistas en las provincias de Guanajuato, Guadalajara, Zacatécas, Valladolid i otras. El virrei se veia obligado a mantener sobre las armas 84,000 hombres de tropas i de milicias para hacer frente a las necesidades de la campaña.

La guerra se hacia con el mismo mayor encarnizamiento

que ántes. Rara vez se perdonaba la vida de los prisioneros; i en medio de estas sangrientas represalias, los realistas se manifestaron todavía mucho mas feroces que sus adversarios. Creian que los insurrectos no estaban amparados por los principios de moderacion i de humanidad que siempre reglan las relaciones de los belijerantes, i se juzgaban autorizados para esterminarlos como malhechores i bandidos. Merece particular mencion un rasgo de noble heroicidad de uno de los jefes insurjentes. Don Leonardo Bravo, rico i respetado propietario del sur, se habia abanderizado en la insurreccion con toda su familia, i cayó prisionero en poder de Calleja despues de la toma de Cuautla. Morélos ofreció muchos prisioneros para obtener su rescate; pero, a pesar de esto, el virrei i sus consejeros fueron inflexibles, i el 13 de setiembre de 1812 lo hicieron morir en el cadalso con dos compañeros suyos. Un hijo de don Leonardo, el jeneral don Nicolas Bravo, se hallaba entónces en las inmediaciones de Veracruz a la cabeza de una columna insurjente i tenia consigo cerca de trescientos prisioneros. Morélos, al comunicarle la noticia de la ejecucion de su padre, le encargó que en represalias hiciera fusilar los prisioneros españoles; pero Bravo, cediendo mas a los llamados del honor i de la humanidad que a los justos resentimientos de su corazon, no solo los indultó de esta pena, sino que los mandó poner en libertad.

La prolongacion de la guerra dió por resultado un desconcierto jeneral en los negocios de la Nueva España. La industria i el comercio, como es fácil suponer, sufrian grandemente con este estado de cosas; i los españoles que se encontraban perjudicados en sus intereses, creyeron que el virrei Venégas era la causa de sus desgracias. La rejencia española oyó estas quejas; i creyendo que debia remover todo obstáculo que embarazara la pacificacion de Méjico, se acordó de que Calleja era el alma de la resistencia que los insurjentes habian hallado en sus empresas. En esta virtud, acordó llamar a Venégas a pretesto de necesitar sus servicios en la península, i nombró en su reemplazo al

jeneral Calleja, de cuya actividad i enerjía se esperaba el término de la rebelion. Calleja tomó el mando del virreinato el 4 de marzo de 1813, haciendo concebir desde luego a sus parciales las mas lisonjeras esperanzas sobre la suerte de la guerra.

10. CONGRESO DE CHILPANCINGO; PRISION I MUERTE DE MORÉLOS.—Calleja recibió oportunamente algunos socorros de España; pero a pesar de ellos i de la actividad i enerjía que desplegó, la situacion militar no mejoró considerablemente para los realistas. La guerra se continuó sin resultado definitivo; pero Morélos, a quien ya rodeaba un gran prestijio por sus anteriores victorias, dominaba casi absolutamente en las provincias del sur i se manifestaba dispuesto a acometer mayores empresas.

En esa época, la junta revolucionaria, que habia tenido que emigrar de Zitácuaro, estaba completamente desconceptuada por las divisiones i rivalidades entre sus mismos miembros, de tal manera que casi no era obedecida por nadie. Morélos, que comprendia los peligros de la situacion, creyó que era llegado el caso de convocar un congreso jeneral que armonizase los elementos que poseian los rebeldes i diera unidad a sus operaciones. El congreso se reunió en Chilpancingo, a poca distancia de Acapulco, el 13 de setiembre de 1813. Como debe suponerse, la eleccion de los miembros de ese congreso se resentia de muchas irregularidades; pero por un momento dió cierta animacion al movimiento revolucionario imprimiéndole un carácter que ántes le era desconocido. Morélos fué aclamado jeneralísimo del ejército con el tratamiento de alteza; i como hasta entónces la insurreccion habia carecido de una bandera fija, el congreso declaró, el 6 de noviembre de ese mismo año, que recobraba el ejercicio de la soberanía usurpada, i que en "tal concepto, agregaba, queda rota para siempre jamas i disuelta la dependencia del trono español; que (el congreso) es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo i felicidad interior, para hacer la guerra i la paz, i establecer alianzas

con los monarcas i repúblicas del antiguo continente no ménos que para celebrar concordatos." El congreso dictó en seguida muchas otras providencias, algunas de las cuales revelan una absoluta falta de conocimientos administrativos.

La instalacion del congreso de Chilpancingo, contra las espectativas de Morélos, vino a perjudicar a la unidad de accion que se buscaba, i que en efecto era tan necesaria. Las medidas militares propuestas por el jeneral en jefe eran discutidas en el congreso, de modo que en breve comenzaron a encontrar tropiezos en los celos i rivalidades que nacian en el seno de la corporacion. Morélos, sin embargo, acometió una empresa mui atrevida con que se proponia llevar a cabo la independencia mejicana. La importante ciudad de Valladolid estaba en poder de los españoles; i Morélos creyó que ocupándola quedaba en posicion de operar sobre las provincias del norte de Méjico i de caer mas tarde sobre la capital. Al efecto dió órden a los jefes de division que ocupaban la provincia de Puebla que se le reunieran para esta empresa, i él mismo se dirijió sobre Valladolid con el grueso de sus tropas.

El 23 de diciembre de 1813, emprendió el ataque de esta ciudad casi sin resultado alguno. La guarnicion que la defendia era sumamente débil, pero en la mañana siguiente llegaron a ella refuerzos considerables mandados por los jefes realistas Llano i don Agustin de Iturbide, tan famoso despues en la historia de Méjico. En el mismo dia empeñaron la batalla contra los insurjentes; i en esta vez tambien la organizacion de los realistas triunfó del mayor número de los insurrectos. La refriega duró hasta la noche; i en medio de la oscuridad, los cuerpos rebeldes se atacaban unos a otros, i se vieron precisados a retirarse precipitadamente perdiendo muchos cañones i un gran número de prisioneros. Morélos, desorientado por esta inesperada derrota, creyó que todavía podia resistir a los realistas en un lugar denominado Puruaran; pero allí fué atacado de nuevo el 5 de enero de 1814, i batido con pérdida de todo el

resto de su artillería, 1,000 fusiles i 900 prisioneros. Los principales de éstos fueron fusilados en el mismo campo de batalla; pero Llano llevó consigo al cura don Mariano Matamoros, segundo de Morélos, para hacerlo enjuiciar en Valladolid. Inútiles fueron los esfuerzos de Morélos para salvar a su compañero del último suplicio; sus proposiciones para canjearlo por algunos centenares de prisioneros fueron desatendidas; i Matamoros fué ejecutado en Valladolid. En represalias de este atentado, Morélos hizo fusilar un considerable número de prisioneros realistas.

El resultado de este gran desastre de los insurjentes fué el desprestijio casi completo del cura Morélos, i un gran decaimiento de la causa revolucionaria. Sin embargo, la guerra se continuó con resultados mas o ménos desfavorables para los rebeldes en las diversas provincias; pero los vencedores de Valladolid se estendieron fácilmente hácia el sur amenazando el congreso mejicano. Este cuerpo, que se veia obligado a trasladarse de un pueblo a otro segun las necesidades de la guerra, no habia descuidado sus deberes. Estando reunidos en Apatzingan, dictó el 22 de octubre de 1814 el primer código constitucional de la república mejicana. Los lejisladores habian tenido por norma de sus trabajos la constitucion española de 1812, pero la adaptaron a la forma republicana, creando un poder ejecutivo compuesto de tres individuos nombrados por el congreso, de los cuales se renovaria uno cada año, debiendo los tres alternarse cada cuatro meses en la direccion de los negocios públicos. La constitucion, ademas, organizó la representacion nacional i la administracion de justicia. Entre los rebeldes figuraban algunos hombres de intelijencia i de luces, pero hasta entónces no se habia afiliado en sus banderas un número suficiente de hombres ilustrados para dar verdadera importancia a esta clase de trabajos.

La constitucion de Apatzingan fué aceptada en todas las provincias de Nueva España que ocupaban los insurjentes, pero no alcanzó a ponerse en vigor mas que en algunas de sus partes. En Méjico fué quemada solemnemente en la pla-

za pública i por la mano del verdugo el 27 de mayo de 1815, al mismo tiempo que la autoridad eclesiástica prohibia su lectura así como la de los otros papeles publicados por el congreso, bajo la pena de escomunion mayor.

Estas manifestaciones, sin embargo, no habrian tenido importancia alguna si la revolucion mejicana se hubiese hallado entónces en mejor pié. Desgraciadamente, no sucedia así, porque miéntras los realistas recibian refuerzos de la península, los independientes se sentian cada dia mas faltos de recursos, i lo que era peor todavía, divididos entre sí por intrigas, por celos i por desconfianzas. El congreso temió que el territorio que ocupaba al sud de Valladolid pudiese caer en el momento ménos pensado en manos de los realistas, i creyó que debia trasladarse a algun punto de las provincias de Oajaca, Puebla o Veracruz, cuyos territorios, por haber sufrido ménos con la guerra, ofrecian recursos mas abundantes. Los diputados tambien pensaban que entendiéndose con los jefes independientes que mandaban en aquellas provincias, podrian restablecer la concordia, i ademas recibir algunos ausilios de voluntarios que esperaban de Estados Unidos. En esta virtud, se dispuso todo para trasladarse a Tehuacan, al oriente de Méjico, en donde mandaba el coronel Mier i Teran.

La marcha del congreso ofrecia los mayores peligros por que tenia que atravesar un territorio cuyos pueblos estaban ocupados i guarnecidos por los españoles. Morélos, sin embargo, se encargó de dirijir esta operacion, i en efecto emprendió la marcha con grandes precauciones para ocultar el rumbo que pensaba seguir. Calleja, miéntras tanto, sabedor de aquel movimiento, habia despachado diversos cuerpos de tropas en persecucion del congreso. Uno de éstos, mandado por el coronel don Manuel Concha, sorprendió a los patriotas el 5 de noviembre, i despues de una escaramuza, consiguió dispersar la retaguardia de la columna insurjente que mandaba en persona el cura Morélos. Este mismo cayó prisionero; i aunque algunos de sus soldados fueron fu-

silados en el campo de batalla, a él se le llevó con grande aparato a Méjico para ser sometido a juicio.

Los realistas celebraron la prision de Morélos como el término de la desastrosa guerra que desde 1810 asolaba la Nueva España. El cura rebelde fué retenido en las cárceles de la inquisicion i sometido a un juicio eclesiástico ántes que se le juzgara por el delito de rebelion. Los inquisidores lo declararon "hereje formal, fautor de herejes, perseguidor i perturbador de la jerarquía eclesiástica, profanador de los santos sacramentos, traidor a Dios, al rei i al papa" i lo condenaron entre otras penas a la de reclusion perpétua en un presidio de Africa si alcanzaba el perdon de la vida por sus otros delitos. En virtud de esta sentencia, Morélos fué solemnemente degradado de sus insignias sacerdotales, i entregado a la justicia ordinaria. El infeliz prisionero manifestó en aquellas circunstancias toda la entereza de alma de que lo habia dotado el cielo; i bien seguro de que no se le perdonaria la vida, se abstuvo de comprometer a nadie en sus declaraciones, i se preparó para morir como cristiano. El congreso mejicano, reunido en Tehuacan, reclamó en vano su indulto amenazando al virrei con tomar represalias. El 22 de diciembre de 1815, fué sacado de Méjico con una fuerte escolta, i conducido al pequeño pueblo de San Cristóbal, a seis leguas al norte de la capital, i allí se le fusiló por la espalda como traidor al rei.

En Méjico, el virrei hizo publicar una especie de declaracion, que se decia firmada por Morélos, en que se suponia que éste se retractaba de sus errores i manifestaba sus deseos de que se restableciera la paz en el vireinato. Aquella declaracion era simplemente una superchería destinada a producir un grande efecto entre los rebeldes por la influencia que las autoridades españolas atribuian a aquel jefe. Desde tiempo ántes habian puesto precio a la cabeza de Morélos, en la seguridad de que bastaba su captura o su muerte para poner término a la rebelion; i ahora querian aprovecharse de este último golpe para introducir el desaliento i la desconfianza entre los insurjentes. I como se creyera

que este embuste no era bastante eficaz, Calleja publicó el mismo dia de la ejecucion un bando de indulto por el cual perdonaba la vida a todos los sublevados que depusieran las armas. Esta medida estaba mucho mejor calculada que la supuesta retractacion de Morélos para restablecer la tranquilidad, en aquellos momentos en que los mismos insurrectos, divididos entre sí por rivalidades i desconfianzas, parecian cansados de una lucha tan larga, tan penosa i tan estéril [2].

[2] Para la relacion de los sucesos contenidos en este capítulo he seguido constantemente i como autoridad casi única, la prolija *Historia de la revolucion de Méjico*, por don Lúcas ALAMAN, si bien he tenido que compendiar estraordinariamente su minuciosa e interesante narracion, a punto de reducir a unas pocas pájinas la materia a que aquél autor destina tres tomos i medio de 600 pájinas en 4º. La obra de Alaman, que por la prolijidad de la investigacion i por la claridad de su método, puede considerarse un verdadero monumento histórico, se resiente, sin embargo, de un grave defecto: el autor no ha podido disimularse sus simpatías por la causa española.



CAPITULO V.

Independencia de Méjico; Iturbide.

(1815-1824)

1. Decaimiento de la revolucion de Méjico.—2. Ruiz de Apodaca toma el mando del virreinato—3. Espedicion de Mina - 4. Pacificacion del virreinato.—5. Iturbide; plan de Iguala-6. Deposicion del virrei Ruiz de Apodaca.—7. O'Donojú; capitulacion de Córdoba—8. Iturbide emperador.—9. Caida de Iturbide.—10. Organizacion de la república federal; trájico fin de Iturbide.

1. Decaimiento de la revolucion de Méjico.—La ejecucion de Morélos precipitó la ruina de la revolucion mejicana. Las rivalidades i el desconcierto que existian de tiempo atras entre los diversos jefes, se manifestaron en toda su fuerza desde que faltó el hombre de prestijio superior que habia calmado en parte siquiera la irritacion de los ánimos. Los realistas mismos, por hábil cambio de política, al paso que sostenian sus tropas para dar respeto a su autoridad, comenzaron a atraerse a sus enemigos con medidas conciliadoras.

El congreso mejicano, despues de la prision de Morélos, llegó a Tehuacan el 16 de noviembre de 1815 con el propósito de establecer su residencia en aquella ciudad. Gobernaba allí el coronel insurjente don Manuel de Mier i Teran, hombre prudente i honorable que sostenia hábilmente la

causa de la revolucion en el territorio inmediato manteniendo al efecto algunas tropas bien disciplinadas, i reclamando de los habitantes moderados ausilios pecuniarios para hacer frente a las necesidades del servicio. El congreso venia tambien fraccionado por las rivalidades i competencias entre sus miembros; i las tropas que lo acompañaban se hallaban ajitadas por estas violentas divisiones. En Tehuacan, estas dificultades se hicieron sentir en breve i de una manera alarmante. Un motin militar, dirijido al parecer por el coronel Mier i Teran, que despues le imprimió carácter al movimiento, dió por resultado la disolucion del congreso (15 de diciembre). Aquella corporacion habia perdido completamente su prestijio, de tal modo que sus órdenes eran desobedecidas de ordinario por los jefes de las diversas divisiones. La disolucion del congreso, i la corta detencion de sus miembros parecieron justificar la anarquía en que se hallaban los jefes mejicanos. Continuaron estos obrando sin union ni concierto, de tal manera que fué difícil divisar la inmediata pacificacion del pais.

2 Ruiz de Apodaca toma el mando del virreinato.—El virrei Calleja habia recibido de la península nuevos refuerzos de tropas, de tal modo que llegó a contar con un ejército de 39,000 soldados de línea. Las operaciones de estas fuerzas, dirijidas en jeneral con toda actividad, marchaban rápidamente a la pacificacion del pais, cuando llegó a Méjico la noticia de un cambio importante en el personal de su gobierno decretado por la corte española. El jeneral Calleja, a pesar de sus triunfos sobre los insurjentes, se habia hecho odioso a los mismos realistas, no tanto por su despotismo, como por los sacrificios pecuniarios que exijia para el sostenimiento de su ejército. Se le acusaba de falta de pureza en la administracion de los fondos públicos; i se le atribuian la prolongacion de la guerra i los gastos considerables que ésta exijia. Las quejas de sus enemigos llegaron hasta España; i Fernando VII, sin reconocer los servicios prestados por Calleja, creyó tranquilizar los ánimos removiéndolo del alto puesto que ocupaba, i nombrándole

un sucesor. El elejido fué el teniente jeneral de la real armada don Juan Ruiz de Apodaca.

El nuevo virrei se recibió del mando en la villa de Guadalupe el 19 de setiembre de 1816, i el siguiente dia hizo su entrada solemne en la capital. Calleja, satisfecho al parecer de verse libre de tan pesada carga, se puso en marcha para Veracruz en donde se embarcó para España. En realidad, Ruiz de Apodaca venia a aprovecharse de los trabajos preparados por su antecesor, que al dejar el mando creia que la revolucion estaba a punto de estinguirse; pero el nuevo virrei supo acelerar este resultado adoptando una política opuesta a la que hasta entónces habian seguido los jefes realistas. Prodigaba los indultos, proponia ventajosas capitulaciones a los rebeldes i sofocaba la insurreccion con paso lento pero seguro. Mier i Teran, despues de hacer grandes esfuerzos en favor de la causa de la rebelion, capituló honrosamente. Osorio, impotente para prolongar la lucha, se acojió a la induljencia del virrei. Rayon, despues de haberse sostenido por largo tiempo en la fortaleza de Cóporo, provincia de Valladolid, contra fuerzas superiores, se rindió al enemigo mas que por impotencia, porque se hallaba disgustado de la desunion i egoismo de los otros jefes, i porque preveia los desastres que esperaban a los insurjentes. Otros oficiales de un rango inferior depusieron las armas del mismo modo.

La revolucion quedó desde entónces circunscrita a mui estrechos límites. En la provincia de Veracruz quedaba en pié don Guadalupe Victoria; i a pesar de haber sufrido repetidas derrotas, resistia aun con gran vigor. En el sur, el jeneral don Vicente Guerrerro, aprovechándose de sus conocimientos de las localidades, luchaba resueltamente con un puñado de guerrilleros. En el territorio comprendido entre Guadalajara i Valladolid, un cura don José Antonio Torres, hombre cruel i vicioso, ocupaba algunas plazas i parecia dispuesto a mantenerse largo tiempo. El virrei Ruiz de Apodaca, sin embargo, esperaba reducir en breve estos últimos

centros de resistencia i consumar así la pacificacion de la Nueva España.

3. ESPEDICION DE MINA.—En estas circunstancias apareció en el virreinato un nuevo jefe insurjente Era éste don Francisco Javier Mina, español de nacimiento i sobrino del célebre jeneral Espoz i Mina que se habia hecho famoso en la guerra de la independencia española, capitaneando atrevidas operaciones de guerrilla contra los franceses. El mismo Mina se distinguió en aquella campaña; pero habiendo caido prisionero, fué retenido en Francia hasta la disolucion del imperio. En 1814, a la época del restablecimiento de Fernando VII, los dos Minas, descontentos del absolutismo del rei, tramaron una conspiracion para restablecer la constitucion de Cádiz de 1812; pero malogrado su proyecto, se vieron en la necesidad de buscar un asilo en la Inglaterra.

El jóven Mina no podia conformarse a vivir en la inaccion a que habia sido reducido. Impotente para operar un movimiento revolucionario en España, pensó en Méjico, sino para obtener la independencia de este pais despojando a su patria de una de sus mas hermosas colonias, como pretenden algunos historiadores, a lo ménos para plantear en él el réjimen constitucional destruido en España, distraer las fuerzas del rei i preparar así una revolucion en la península. Mina se comunicó en Lóndres con algunos emigrados mejicanos, obtuvo de ellos i de varios comerciantes ingleses ciertos socorros pecuniarios, i habiendo reunido treinta i dos oficiales españoles, italianos e ingleses se dió a la vela para Estados Unidos en mayo de 1816. En Estados Unidos i en Santo Domingo completó su armamento venciendo grandes dificultades i desplegando una singular actividad. Despues de muchas fatigas, Mina desembarcó en la boca del rio de Santander a la cabeza de 250 aventureros, el 15 de abril de 1817. La guarnicion española que defendia la ciudad inmediata de Soto la Marina, la abandonó sin presentar resistencia alguna. Los espedicionarios engrosaron allí su columna i se dispusieron para penetrar en el pais.

El primer pensamiento del jefe invasor fué ponerse en comunicacion con el jeneral insurjente Victoria, que luchaba todavía en la provincia de Veracruz; pero no pudiendo conseguir este resultado, Mina, dejando una corta guarnicion en Soto la Marina, marchó resueltamente hácia el interior a la cabeza de 308 hombres, con el propósito de llegar hasta Guanajuato, en cuyas inmediaciones dominaban todavía los rebeldes. Las divisiones realistas que salieron a su encuentro fueron constantemente batidas a pesar de su superioridad numérica. Mina desplegó en esta campaña notables talentos militares i mas que todo un valor estraordinario. Sus tropas se aumentaron con numerosos reclutas; i aquella débil espedicion comenzó a inspirar al virrei tan sérios temores como los ejércitos formidables de Hidalgo i de Morélos.

El virrei Ruiz de Apodaca, entre tanto, habia puesto en movimiento fuerzas considerables contra los invasores. El brigadier don Joaquin Arredondo, a la cabeza de 1.400 hombres, atacó la guarnicion de Soto la Marina, compuesta sólo de 100 soldados. Resistieron éstos, sin embargo, con toda heroicidad durante cuatro dias, hasta que, reducidos a ménos de 40 hombres, se vieron precisados a rendirse (15 de junio de 1817). El mismo Mina, establecido en el fuerte de Sombrero, 18 leguas al norte de Guanajuato, con cerca de 1.000 hombres, fué atacado en los últimos dias de julio por una respetable division que mandaba el mariscal de campo don Pascual Liñan. Los insurjentes desplegaron allí grande heroicidad. "Durante tres dias sufrieron sin descanso el bombardeo; el 4 de agosto, los españoles dieron un asalto simultáneo por tres puntos diferentes. En el lugar en que el ataque era mas encarnizado, Mina, con una lanza en la mano, hacia prodijios de valor. Recibió una herida, pero el enemigo fué rechazado con pérdida. Al bombardeo, a los ataques, a las sorpresas de la guerra vino a unirse en breve un azote mas terrible, la sed" [1].

---

1 GABRIEL FERRY, *Expedition de Mina*, boceto histórico trazado con mucho injenio. Para conocer los detalles de la espedicion de

La defensa del fuerte se continuó todavía algun tiempo mas. Desgraciadamente los revolucionarios mejicanos, divididos por celos i rivalidades, no habian prestado a la espedicion de Mina los ausilios que ésta necesitaba. El cura Torres, el único que en aquella situacion quiso ausiliarlo, no pudo penetrar por entre las líneas enemigas. Mina, desesperado con tanto contratiempo, salió del fuerte para buscar socorro; pero se encontró completamente imposibilitado para ausiliar a sus compañeros. Los defensores del fuerte, reducidos a mui pequeño número, se vieron entónces en la necesidad de evacuarlo durante la noche i en medio del fuego tenaz que les hacian los sitiadores (19 de agosto de 1817). Se calcula en sólo 50 el número de rebeldes salvados de aquel desastroso sitio.

Desde ese dia se eclipsó la estrella del valiente Mina. En la defensa del fuerte de Sombrero habian perecido casi todos los oficiales estranjeros que debian servir de base a su ejército. El jefe espedicionario, sin embargo, no se desalentó con esta gran desgracia: consiguió reunir algunas fuerzas i con ellas marchó en ausilio del cura Torres, a quien sitiaba Liñán en un fuerte denominado los Remedios. En estas operaciones, alcanzó considerables ventajas sobre los españoles, ocupó algunos pueblos, batió diversas partidas realistas i llegó a tener bajo sus órdenes cerca de 1,400 hombres. Mina desplegó en esos momentos grande actividad; pero las poblaciones, cansadas con tan prolongada lucha, reducidas por la política conciliadora del virrei Ruiz de Apodaca, i sobre todo, recelosas de Mina cuya nacionalidad despertaba poderosas sospechas, se negaban a prestar a éste los ausilios que necesitaba. Mina, sin comprender su situacion, creyó que podria ocupar fácilmente la importante ciudad de Guanajuato, i en efecto la atacó ántes de amanecer del 25 de octubre de 1817; pero allí fué recha-

---

Mina, pueden consultarse las *Memorias* que acerca de ella escribió en ingles MR. WILLIAM DAVIS ROBINSON, traducidas al castellano por Mora, Lóndres 1824.

zado i tuvo que retirarse con una pequeña guardia a un punto denominado el Venadito. En su persecucion marchó el coronel de milicias Orrantia, quien logró sorprenderlo en la madrugada del 27 de octubre. Los que intentaron defenderse fueron muertos, i Mina mismo fué tomado prisionero, cargado de grillos i conducido al campo del Mariscal Liñan, situado en frente de los Remedios.

La noticia de la prision del caudillo rebelde fué celebrada en Méjico con repiques de campanas, salvas de artillería, funciones teatrales i una solemne misa de gracias. El virrei, tan induljente con otros revolucionarios, dió órden a Liñan para que hiciera fusilar a Mina por el delito de alta traicion. En efecto, el heroico guerrillero de las campañas de la independencia española, el jefe que, a fuerza de actividad i de audacia, habia producido una gran conmocion en el virreinato mejicano cuando estaba a punto de ser pacificado, fué fusilado por la espalda en la tarde del 11 de noviembre de 1817, en presencia de diversos destacamentos del ejército español que sitiaba el fuerte de los Remedios. Mina contaba entónces 29 años de edad.

4. Pacificacion del virreinato.—La derrota i muerte de Mina aceleraron la pacificacion de Nueva España. Las tropas del virrei redoblaron sus esfuerzos para posesionarse del fuerte de los Remedios que defendian heroicamente los soldados del padre Torres. Agotadas las municiones, los sitiados, despues de cuatro meses de lucha constante, dispusieron la evacuacion del fuerte para la noche del 1º de enero de 1818. Los realistas, sospechando esta operacion, habian reunido grandes montones de leña que incendiaron a la primera señal de los centinelas. De este modo, la guarnicion fué sorprendida en su retirada, i acometida con un furor estraordinario en los desfiladeros de las montañas inmediatas. Sólo el padre Torres con 12 de los suyos, que habian salido a la vanguardia de los sitiados, pudo escapar de la carnicería; los demas perecieron atravesados por las bayonetas realistas, ó fueron precipitados a la profundidad de las barrancas, en donde creian hallar

su salvacion. Los pocos soldados que cayeron prisioneros fueron sacrificados inhumanamente; e igual suerte corrieron los heridos que habian quedado en el fuerte, i hasta las mujeres que acompañaban a la division insurjente. Aquella espantosa matanza produjo un terror jeneral en toda la Nueva España.

Las operaciones subsiguientes del ejército español fueron señaladas por nuevos triunfos i por crueles venganzas. Los prisioneros eran fusilados sin piedad para aterrorizar a las poblaciones; pero el virrei indultó con frecuencia a los caudillos revolucionarios creyendo atraerlos así a su causa. El jeneral don Nicolas Bravo, que cayó prisionero de los realistas en uno de estos combates i que fué condenado al último suplicio, recibió como otros muchos el indulto del virrei.

El padre Torres, sin embargo, continuó la lucha al sur de Valladolid sin probabilidades de triunfo, pero desplegando en todas partes su carácter feroz i sanguinario. Despues de haber fusilado a dos de sus mas importantes partidarios, los mismos jefes que estaban a sus órdenes, acordaron su destitucion (abril de 1818), i confiaron el mando de sus fuerzas a un frances llamado Juan Arago, aventurero turbulento, hermano del célebre astrónomo de este apellido, que habia pasado a Méjico en la espedicion de Mina, i que con éste habia salvado del sitio de Sombrero. La autoridad de Arago no fué jeneralmente reconocida, i las disensiones que jerminaban tan rápidamente entre los rebeldes, continuaron desarrollándose con asombroso incremento. El padre Torres, que se habia negado a reconocer al nuevo jeneral, al cabo de mil peripecias fué asesinado por uno de sus compañeros despues de una partida de juego. El mismo Arago, considerando desesperada la causa que habia defendido, i hastiado con las intrigas i manejos de sus parciales; se acojió al indulto proclamado por el virrei (agosto de 1819), i obtuvo el grado de capitan del ejército español.

A fines de aquel año, la revolucion parecia terminada. Las tropas realistas ocupaban todas las ciudades i los cam-

pos que habian sido teatro de la rebelion. Sólo en el sur del virreinato quedaba en pié don Vicente Guerrero a la cabeza de una guerrilla respetable que se sostenia en pié mas que por la importancia de sus recursos, por el gran conocimiento que aquel tenia de las ventajas de la localidad. El virrei no daba grande importancia a la resistencia de Guerrero; i por eso anunciaba a la corte que la rebelion de la Nueva España estaba concluida. La tranquilidad pareció asegurada sobre bases mas sólidas todavía cuando llegó la noticia de que instaladas las cortes en España, a consecuencia de la revolucion del 1º de enero de 1820, habian decretado una amnistía jeneral para todos los procesados o presos por delitos políticos. En Méjico recobraron con este motivo su libertad muchos revolucionarios que estaban sometidos a juicio por su participacion en los sucesos anteriores. La amnistía promulgada por las cortes, el restablecimiento del réjimen constitucional en la península, el sometimiento casi total de los rebeldes, hacian creer que la paz estaba completamente restablecida en Méjico.

5. Iturbide; plan de Iguala.—Sin embargo, la tranquilidad que reinaba en Méjico era mas aparente que real. En esa época, la mayor parte de las colonias españolas de la América del sur habian declarado su independencia i afianzádola con brillantes victorias. El ejemplo de las nuevas repúblicas, unido al doloroso recuerdo del despotismo colonial i de la sangre vertida durante los diez años de la revolucion mejicana, mantenian la inquietud en los espíritus, i los preparaban para una nueva lucha. El restablecimiento de la constitucion en España vino a su turno a perturbar a los realistas en Méjico. Inmediatamente se hizo sentir entre ellos una fermentacion sorda, pero profunda, que habia de redundar en perjuicio de la causa que representaban. Unos aplaudian el movimiento revolucionario de la península, la convocacion de las cortes i el restablecimiento de la constitucion de 1812: otros, i a este número pertenecia el virrei Ruiz de Apodaca, lamentaban aquellos sucesos, suponian fundadamente que el rei aceptaba el nuevo réjimen reducido

por la coaccion, i a fuer de fieles vasallos de Fernando VII, parecian dispuestos a desconocer el cambio introducido por la revolucion de 1820. Gran parte de la aristocracia i del clero de Nueva España, recordando la pacífica prosperidad de esta colonia ántes de 1810, creia firmemente que sólo el gobierno absoluto podria asegurar la estabilidad de aquel órden de cosas.

El virrei habria querido demorar el reconocimiento de la constitucion española; pero temiendo una sublevacion de su propio ejército, se apresuró a prestar el juramento i a plantear en cuanto era posible el réjimen creado por aquel código i hasta la limitada libertad de imprenta sancionada por él. Pero tanto Ruiz de Apodaca como algunos de sus amigos i consejeros, meditaban planes subversivos contra el sistema constitucional, i aun se lisonjeaban con la esperanza de que Fernando VII se trasladase a Nueva España para gobernar allí sin trabas de ningun jénero. Parece fuera de duda que Ruiz de Apodaca habia recibido una carta del rei instándolo a seguir esta conducta: de todos modos, el virrei preparaba en secreto la realizacion de su plan, i pensó imitando el ejemplo de Venégas, en constituir un gobierno militar en la Nueva España i confiarlo al jeneral don Pascual Liñan, así como aquel lo habia confiado al jeneral Calleja. Entre las personas a quienes creyó dignas de su confianza se contaba el coronel don Agustin de Iturbide, conocido por su valor i su sagacidad, i a quien quiso atraerse nombrándolo edecan del jeneral Liñan.

Iturbide contaba en aquella época 37 años de edad i ya habia ilustrado su nombre con importantes servicios prestados a la causa del rei durante los seis primeros años de la revolucion mejicana. Era natural de la ciudad de Valladolid [2], hijos de padres acomodados, i habia hecho mui pocos estudios. Su natural sagacidad i su valor estraordinario fueron las verdaderas causas de su elevacion. En 1816 era ya coronel de ejército, i gozaba entre sus camaradas de

[2] Hoi, Morelia, en recuerdo del cura Morélos.

grandes consideraciones. Acusado entónces de algunas faltas de honradez, se le instruyó un sumario que no llegó a terminarse i se le dejó separado del servicio. En 1820, cuando el virrei meditaba sus proyectos contra la constitucion, creyó hallar un poderoso ausiliar en Iturbide, cuyo entusiasmo por la causa del rei era conocido. Iturbide, sin embargo, habia modificado notablemente sus opiniones políticas. Parece que desde tiempo atras pensaba en que el medio mas eficaz de poner término a la sangrienta guerra que habia destrozado el virreinato era procurar la union de todos los mejicanos i hacerla servir en favor de la independencia, pero dando a este movimiento un carácter mas serio i ménos desordenado que el que le habian impreso sus primeros caudillos. Cuando fué llamado a Méjico por el virrei Ruiz de Apodaca en 1820, pensó en hacer la revolucion en la misma capital por un golpe de mano, cuyo resultado habria sido mui dudoso.

El virrei, plenamente seguro de su fidelidad, le ofreció en breve una oportunidad mas favorable para realizar sus planes. En aquella época, como ya hemos dicho, la paz estaba restablecida en toda la Nueva España: sólo en el sur quedaba en pié el jeneral Guerrero con algunas fuerzas. El virrei encomendó a Iturbide la pacificacion de aquellas provincias, i puso a sus órdenes un cuerpo de poco mas de 2,000 hombres. Este jefe hizo mil manifestaciones para probar su fidelidad; i durante su marcha al sur, no cesaba de dirijir al virrei diversas comunicaciones perfectamente concebidas para conservar su confianza i para obtener nuevos refuerzos de tropas. Iturbide, con todo, al salir de la capital, habia dejado convenido con algunos personajes importantes el plan de revolucion, i aun durante su marcha, lo comunicó a algunos de sus oficiales. A pesar de esto, el secreto fué conservado escrupulosamente.

Iturbide esperaba destruir las fuerzas de Guerrero para proclamar la revolucion. Contra sus esperanzas, las primeras operaciones de la campaña le fueron desfavorables; i se vió en la necesidad de cambiar de plan. Entró en comuni-

caciones con el jefe rebelde del sur; i como éste se manifestase algo desconfiado, Iturbide despachó un comisionado, don Antonio Mier, para que esplicase a Guerrero todos los pormenores de su proyecto i tratara de atraerlo a su causa. No fué difícil conseguir este resultado: Guerrero aceptó este convenio i se puso a disposicion de su antiguo enemigo, Iturbide comunicó esta noticia al virrei como una gran ventaja alcanzada, i tratando de mantener oculta su determinacion hasta apoderarse de una partida de dinero de valor de 500,000 pesos que debia salir de Méjico para ser embarcada en Acapulco con direccion a las Filipinas, i hasta recibir ciertos aparatos de imprenta i unas proclamas que entónces se imprimian secretamente en la ciudad de Puebla. Por fin, conseguidas ámbas cosas, el 24 de febrero de 1821, hallándose en el pueblo de Iguala, proclamó su plan de independencia e hizo circular una proclama dirijida a los mejicanos i a los españoles para esponerles sus proyectos. Sin recriminaciones odiosas, sin quejas apasionadas contra la España, Iturbide anunciaba en ella la necesidad de la independencia mejicana como un resultado inevitable del curso ordinario de las cosas humanas. En el mismo dia comunicó su plan al virrei, al arzobispo de Méjico i a otros altos funcionarios del virreinato. El 1º de marzo la oficialidad de su ejército juró el reconocimiento del plan propuesto por Iturbide i lo proclamó primer jeneral del ejército sostenedor de las tres garantías, en cuyo nombre se consumaba la revolucion.

El plan de Iturbide era formado de muchos artículos, pero contenia tres ideas esenciales: 1ª la conservacion de la relijion católica, apostólica, romana sin tolerancia de otra alguna; 2ª la independencia nacional de la España o de cualquiera otra nacion bajo la forma de una monarquía constitucional, debiendo ofrecerse el trono a Fernando VII, i en caso de negativa a sus hermanos don Cárlos i don Francisco de Paula, i en caso que ninguno de éstos aceptase, la nacion representada por un congreso, llamaria a un miembro de una de las familias reinantes de Europa; 3ª

la union entre americanos i españoles sin distincion de castas ni privilejios. Estas tres bases estaba desarrolladas en varios artículos por los cuales se proponia la organizacion de un gobierno provisional compuesto de una junta presidida por el virrei, i la creacion de un ejército denominado de las *tres garantías*. La bandera nacional, adoptada desde entónces, fué el símbolo del *Plan de Iguala*. Se formó de tres fajas de diversos colores: la una roja, representando la nacion española; la otra blanca, símbolo de la pureza de la relijion, i la tercera verde significando la independencia.

Iturbide desplegó en aquellos momentos tanta actividad como tino. Comunicó su proyecto a diversos personajes, pero a cada cual le representaba su conveniencia bajo el punto de vista que pudiera hacerlo simpático. Varios oficiales del ejército realista adhirieron desde luego a sus proyectos. Guerrero se le reunió el 10 de marzo, i desde entónces pudo contar con una base regular para la organizacion del ejército.

6. DEPOSICION DEL VIRREI LUIS DE APODACA.—A pesar de estas ventajas, la posicion del jefe independiente era demasiado difícil. El virrei Luis de Apodaca, léjos de aceptar el plan de Iguala, como habia llegado a esperarlo Iturbide, manifestó la mas decidida desaprobacion, i dictó algunas providencias para reunir un ejército en el sur a las órdenes del jeneral Liñan i resistir al movimiento revolucionario. Hubo un instante en que los insurjentes temieron por la suerte de su causa: la desercion habia comenzado en sus filas, i el mismo Iturbide llegó a pensar en abandonar la Nueva España embarcándose en algunos de los puertos del Pacífico en direccion a Chile, cuya independencia estaba entónces asegurada.

Pasado ese primer momento de vacilacion e incertidumbre, la revolucion comenzó a hallar partidarios en todas partes. El coronel mejicano don Anastasio Bustamante, que hasta entónces habia servido en la filas realistas, se pronunció por la independencia i ocupó a Guanajuato. El capitan don Vicente Filisola proclamó el plan de Iguala en Zitá-

cuaro. El teniente coronel don Miguel Barragan se pronunció en la provincia de Michoacan. El jeneral español don Celestino Negrete, aceptó la revolucion e hizo jurar la independencia en Guadalajara. El jeneral insurjente Bravo, alejado entónces de toda participacion en los negocios públicos, se puso de acuerdo con Iturbide i levantó tropas para sitiar la rica ciudad de Puebla. Valladolid, asediada por el jefe independiente, capituló i abrió sus puertas al ejército de las tres garantías. Este suceso (mayo de 1821), seguido de otras ventajas de menor importancia i de sublevaciones parciales en otras provincias, anunciaba el triunfo de la revolucion.

El virrei estaba perturbado i confundido ante tan repetidas decepciones. La revolucion de 1821, a diferencia del movimiento encabezado por Hidalgo en 1810, encontraba partidarios en todas las esferas sociales, entre los antiguos insurjentes i entre los mas decididos partidarios de la causa real ántes de esa época. La rebelion habia cambiado tambien de carácter: ya no era aquella sanguienta lucha en que los dos bandos cometián depredaciones i atrocidades de todo jénero, sino un impulso espontáneo, pero moderado, en que las malas pasiones estaban cubiertas por la templanza jeneral. Los dos partidos, los realistas i los independientes, aceptaban la guerra cómo una necesidad, i creian que era indispensable tratar a los enemigos con lealtad i segun los principios del derecho. Iturbide se habia trazado esta línea de conducta por cálculos políticos para atraerse a los contrarios por la moderacion. Ruiz de Apocada obedecia a los jenerosos impulsos de su corazon. Cuando supo la rebelion de Iturbide, su primer cuidado fué avisar a la familia de éste que no tenia nada que temer. El jefe independiente le escribió una carta para darle las gracias por aquella accion, que se apartaba tanto del sistema empleado en la guerra bajo el gobierno del feroz Calleja.

Sin embargo, los mas exaltados realistas, i particularmente los jefes de las tropas que habian llegado de Es-

paña, lamentaban aquel estado de cosas i acusaban al virrei de lentitud en las operaciones para sofocar un movimiento que parecia irresistible. Los oficiales españoles de la guarnicion de Méjico creyeron poner término a aquella situacion deponiendo al virrei a mano armada, i fijaron la noche del 5 de julio de 1821 para consumar su plan. Ruiz de Apodaca se hallaba en el palacio con varios jefes militares tratando asuntos de guerra, cuando se le anunció un movimiento de tropas en la plaza i en las puertas de su propio palacio. Los jefes de la asonada penetraron hasta la sala del virrei i dieron principio a una conferencia en que no faltaron las recriminaciones, pero en que tambien el virrei se manejó con bastante dignidad. Los sublevados acabaron por pedir su dimision a Ruiz de Apodaca, i por proclamar su sucesor al jeneral Liñan, que se hallaba presente. Este rechazó tal proposicion como contraria a su honor i a su lealtad. Se convino entónces en dividir el gobierno del virreinato, debiendo quedar Apodaca con el mando civil, i entregar el mando militar al jeneral de artillería, don Francisco Novella. Uno de los sublevados salió a la plaza con el pretesto de preguntar a las tropas si aceptaban este cambio, i volvió en breve anunciando que los soldados reclamaban la separacion absoluta del virrei. Ruiz de Apodaca se condujo en esos momentos con bastante entereza. Dispuesto a dejar el mando, no quiso, sin embargo, aceptar ninguna condicion humillante, ni firmar una acta de renuncia que le presentaban los amotinados. Declaró, sin embargo, que por representacion de las tropas entregaba el mando al jeneral Novella, pero que guardaba una escolta para el resguardo de su persona. Ruiz de Apodaca se dispuso para volver prontamente a España.

La deposicion del virrei, mui celebrada por los realistas exaltados, no produjo las consecuencias que se esperaban de ella. Léjos de eso, la autoridad del nuevo virrei fué reconocida con dificultad; i al paso que el cambio gubernativo alentaba a los independientes puesto que reconocian la falta de union entre los enemigos, introdujo en las filas de

éstos una perturbacion mui perjudicial en aquellas circunstancias. Desde luego, la situacion de la guerra se empeoró considerablemente para los españoles. El 30 de julio, un jefe independiente apellidado Leon ocupó la ciudad de Oajaca. La ciudad de Puebla, que defendia el jeneral realista Llano, i que sitiaba don Nicolas Bravo, se rindió ántes de fines del mismo mes de julio; e Iturbide hizo su entrada triunfal en ella (2 de agosto de 1821), en medio de las mas entusiastas aclamaciones. En las fiestas que entónces tuvieron lugar, el obispo de aquella ciudad, Pérez, pronunció un sermon para recomendar a sus oyentes el plan de Iguala. Las altas dignidades del clero comenzaban a pronunciarse en favor de la independencia.

7. O'Donojú; capitulacion de Córdoba.—En esos dias (30 de julio) acaba de desembarcar en Veracruz el teniente jeneral don Juan O'Donojú, irlandes de nacimiento, al servicio de España, a quien la corte habia nombrado virrei de Méjico para que planteara el nuevo réjimen establecido por la constitucion, de que era celoso partidario.

Al desembarcar, supo O'Donojú con gran sorpresa las últimas ocurrencias de la Nueva España, i se halló en la imposibilidad de seguir su viaje a la capital por estar ocupado por los independientes todo el territorio intermedio. El nuevo virrei publicó una proclama para anunciar sus disposiciones pacíficas i manifestar que estaba resuelto a dejar el mando si la mayoría de los mejicanos se lo exijia. En seguida, se dirijió a Iturbide por medio de comunicaciones enteramente pacíficas en que le pedia que le permitiese marchar a la capital para tratar de los medios con que pudiera evitarse toda desgracia i hostilidad. Iturbide, conociendo que el virrei, ya fuera por su liberalismo o por su impotencia, hablaba con toda sinceridad, contestó amistosamente a sus comunicaciones i lo invitó a pasar a la villa de Córdoba, en donde ámbos podrian reunirse para entablar sus conferencias. El jefe independiente le agregó mañosamente que los títulos precarios con que gobernaba

el jeneral Novella no lo habian autorizado satisfactoriamente para celebrar un convenio.

O'Donojú aceptó esta invitacion. La fiebre amarilla hacia entónces grandes estragos en Veracruz; el virrei, despues de haber perdido dos sobrinos i algunos oficiales de su comitiva a causa de esta epidemia, estaba vehemente por salir de allí; no sólo para librarse de aquella enfermedad, sino para salir de algun modo de la situacion anómala en que se hallaba. El 23 de agosto llegó a Córdoba, acompañado de una escolta que para su servicio le habia hecho mandar el jefe independiente. Pocas horas mas tarde llegó tambien Iturbide, i fué recibido por el pueblo en medio de las manifestaciones del mas ardiente entusiasmo. O'Donojú pudo ver que los habitantes de aquella villa, para saludar al autor del plan de Iguala, quitaban las mulas de su coche para conducirlo a brazos e iluminaban espontáneamente en la noche las calles de la poblacion. Aquellas manifestaciones, despues de las noticias que habia recibido, debieron hacer una profunda impresion en el ánimo del virrei.

Iturbide i O'Donojú conferenciaron amistosamente sobre la situacion de la Nueva España. Todo hace presumir que el segundo no tenia plan fijo de gobierno cuando salió de la península, i que el rápido desenvolvimiento de la revolucion mejicana lo habia trastornado completamente. En medio de los embarazos de su situacion, no halló otro arbitrio que tratar con los independientes esperando la resolucion de las cortes españolas. En efecto, el siguiente dia, 24 de agosto de 1821, quedó firmado entre ámbos el convenio denominado de Córdoba. Era éste una confirmacion del plan de Iguala con pequeñas modificaciones, la mas importante de las cuales, era la de dejar a las cortes que debian reunirse en Méjico, la libertad de elejir un emperador aunque éste no perteneciese a ninguna familia reinante.

El tratado de Córdoba fué mui aplaudido por los independientes; pero Novella i los jefes realistas se manifestaron determinados a no darle cumplimiento. Sin embargo,

la revolucion habia hecho tan rápidos progresos que el ejército de las tres garantías se hallaba en un pié tan respetable que toda resistencia parecia inútil. Los defensores de Méjico, despues de lijeras escaramuzas i de algunas negociaciones con Iturbide i O'Donojú, anunciaron su disposicion de no embarazar la marcha de los independientes. El 24 de setiembre de 1821, ocuparon la capital las primeras partidas del ejército independiente; i tres dias despues, el 27, penetró en ella Iturbide a la cabeza de sus tropas, i en medio de grandes demostraciones de simpatía i admiracion.

Desde luego, se dió puntual cumplimiento a todas las cláusulas del tratado de Córdoba. Novella i la parte de sus tropas que no aceptaban este cambio, quedaron en libertad para evacuar el territorio, cubriéndoles ademas sus gastos hasta llegar a la Habana. Instalóse una junta provisional gubernativa, compuesta de 38 individuos nombrados por Iturbide, i elejidos entre todos los partidos, creyendo darles así firmeza i consistencia, i el 28 de setiembre firmó ésta el acta de la independencia del imperio mejicano. Allí se decia que estaba "consumada la empresa eternamente memorable que un jenio superior a toda admiracion i elojio, amor i gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió i llevó a cabo, arrollando obstáculos casi insuperables". El carácter personal i lisonjero de este documento hacia presentir el rumbo que iba a tomar en breve la revolucion mejicana.

En efecto, la junta gubernativa procedió inmediatamente a la organizacion de la rejencia, encargada del gobierno superior hasta que llegara Fernando VII o el emperador que debia reinar en Méjico. La rejencia se compuso de cinco miembros. Iturbide fué elejido presidente de ella i O'Donojú uno de sus miembros. A cada rejente se le asignó el sueldo de 10,000 pesos; pero el presidente de la rejencia fué proclamado por la junta jeneralísimo de mar i tierra, con el sueldo de 120,000 pesos que debian pagarle desde el dia en que se firmó el plan de Iguala. Asignósele ademas una estension de terreno de veinte leguas cuadradas en la provincia de Téjas i un millon de pesos en dinero, donaciones ámbas que no

alcanzó a recibir, así como tambien el tratamiento de alteza serenísima. El padre de Iturbide recibió el título de venerable i el sueldo i honores de rejente. La muerte vino en breve a allanar el camino de la ambicion del jefe independiente: el 8 de octubre, a los pocos dias de su entrada a la capital, falleció despues de una corta enfermedad el ex-virrei O'Donojú. Su cadáver fué sepultado con gran pompa, como si en realidad ocupara el alto puesto a que habia sido destinado. En su lugar fué nombrado rejente el obispo de Puebla, cuyas simpatías por Iturbide eran conocidas.

8. Iturbide emperador.—Desde entónces comenzaron a desarrollarse los primeros jérmenes de oposicion. Iturbide, cuyas miras principiaban a inspirar sérias desconfianzas, hacia mui poco caso de los hombres que se habian distinguido en el primer período de la revolucion; i en todos los documentos públicos, cada vez que se hacia referencia a aquellos sucesos, se databa desde el plan de Iguala la época de esfuerzos i sacrificios para alcanzar la independencia. Como debe suponerse, de aquí nació el descontento de los antiguos revolucionarios que se manifestó por una conspiracion descubierta oportunamente. Entre las personas que fueron apresadas por sus compromisos en aquel complot, se contaron los jenerales Bravo i Victoria.

En el seno mismo de la junta, las discusiones fueron señalando el nacimiento de los partidos políticos. La prensa de la capital, que a consecuencia del nuevo órden de cosas gozaba de cierta libertad, fué tambien convertida por algunos escritores en elemento de oposicion a Iturbide. A pesar de todo esto, se esperaba que la próxima reunion del congreso vendria a tranquilizar los ánimos. La junta hizo la convocatoria con arreglo a lo dispuesto en la constitucion española, esto es, los hombres de todas condiciones i hasta los estranjeros domiciliados deberian elejir cabildos, i éstos a los diputados en una forma engorrosa e irregular.

El 24 de febrero de 1822, primer aniversario de la promulgacion del plan de Iguala, se instaló en Méjico el congreso nacional. Desde sus primeras sesiones se hizo notar

la existencia de tres partidos perfectamente demarcados. Los borbonistas, partidarios del plan de Iguala, los republicanos, todos ellos comprometidos en la causa de la independencia desde el primer período de la revolucion, i los partidarios de Iturbide que tenian un vivo interes en la elevacion de este caudillo. Desde luego, se hizo sentir una oposicion sistemada a la rejencia, nacida particularmente por los gastos considerables que ésta hacia para el sostenimiento del ejército. Al poco tiempo, el espíritu de oposicion tomó caractéres mas pronunciados. En la sesion de 10 de abril de 1822, el congreso acordó la separacion de tres miembros de la rejencia, acusados de ser mui condescendientes para con Iturbide, i el nombramiento de tres personas, una de las cuales fué el jeneral don Nicolas Bravo, que le eran conocidamente desafectas. Temiendo el congreso destituir a Iturbide por su influencia en el ejército, trató de declarar que el cargo de rejente era incompatible con el mando de las tropas, para privar así al presidente de la rejencia de una gran parte de su poder.

Esta situacion, ya demasiado difícil, vino a complicarse pocos dias despues con la noticia de haber sido rechazado por las cortes españolas el tratado de Córdoba. Los políticos de la península no quisieron reconocer un hecho consumado i que ellos no podian evitar, i faltos de elementos para someter a Méjico, se limitaron a hacer una estéril declaracion. El partido borbonista se halló por esta circunstancia en una posicion anómala, i tuvo que dividirse entre los otros bandos. Iturbide, sin embargo, vió en la negativa de las cortes españolas un campo abierto a su ambicion; i las tropas que guarnecian a Méjico vinieron a ser sus mas poderosos ausiliares. En la noche del 18 de mayo de 1822, un sarjento, llamado Pio Marcha, puso sobre las armas un rejimiento de infantería, i sacó a la calle la tropa aclamando emperador a Iturbide con el nombre de Agustin I. Dada esta señal en los otros cuerpos, se ejecutó el mismo movimiento, arrastrando en sus aclamaciones al populacho de la capital. Uno de los ayudantes de Iturbide hizo la procla-

macion de éste en el teatro; de modo que en la misma noche quedó consumado aquel movimiento de popularidad ficticia. El siguiente dia, 19 de mayo, se reunió el congreso para tratar de aquel asunto que tenia ajitada toda la capital. El populacho ocupaba todas las avenidas del lugar de las sesiones, i en medio del tumulto i del desórden no cesaba de vivar al futuro emperador. Algunos diputados republicanos, convencidos de que el congreso iba a resolver aquel importante asunto bajo la presion de la chusma i del ejército, se abstuvieron de concurrir a la sesion. Los jefes de las tropas que guarnecian a Méjico presentaron al congreso una esposicion en que manifestaban que todos los cuerpos habian aclamado unánimemente emperador a Iturbide.

Aquella célebre sesion, que iba a decidir de la suerte de la revolucion mejicana, comenzó en medio de un desórden amenazador. Iturbide fué llamado al seno del congreso: el populacho quitó los caballos del coche para conducirlo a brazos, i lo saludaba en todas partes en medio de frenéticos aplausos. El futuro emperador aparentó gran moderacion i recomendó al pueblo que dejara discutir libremente la importante cuestion que se ventilaba; pero no fué difícil prever el resultado de toda aquella tramoya. Iturbide fué nombrado emperador por 67 votos contra 15, si bien éstos no fueron abiertamente contrarios a su elevacion. Los diputados que los dieron declararon sólo que no se creian autorizados por sus comitentes para resolver en tan grave asunto. El imperio quedó establecido desde aquel dia; e inmediatamente se comunicó a las provincias la resolucion del congreso como un hecho consumado que no admitia discusion.

La coronacion de Iturbide tuvo lugar en la catedral de Méjico el 21 de julio de 1822, en medio de una ostentosa ceremonia. Un mes ántes, el congreso habia declarado hereditaria la monarquía mejicana, concediendo al mismo tiempo el título de príncipes a los miembros de la familia de Iturbide. Para dar a su gobierno los caractéres que distin-

guen las monarquías europeas, el emperador creó la órden de Guadalupe, destinada a premiar a los mas decididos partidarios del imperio. El sueldo de Iturbide quedó fijado en millon i medio de pesos anuales.

9. Caida de Iturbide.—Al lado de las ostentosas celebraciones con que se inauguraba el imperio, se hicieron sentir violentos síntomas de descontento i de reaccion. El emperador reclamó del congreso, cuando discutia la constitucion del imperio, una gran suma de poderes que aquel cuerpo no queria darle sin una discusion previa cuyas consecuencias debian ser alarmantes. Se habló de una conspiracion en que estaban comprometidos muchos personajes importantes i entre ellos 14 diputados que fueron reducidos a prision i detenidos en ella a pesar de las protestas del congreso. En las provincias del norte, el jeneral don Felipe la Garza inició un movimiento revolucionario que no tuvo consecuencias, pero que debió haber asustado al emperador. Los debates parlamentarios tomaban cada dia un carácter mas alarmante, de tal modo que Iturbide i sus consejeros vieron en ellos un serio peligro que amenazaba la tranquilidad del imperio. En tal situacion, creyó que sólo un golpe de estado podria sacarlo de embarazos; i el 31 de octubre de 1822 decretó la disolucion del congreso, i la creacion de una junta compuesta sólo de algunos diputados encargada del poder lejislativo. Esta corporacion, privada de toda independencia, fué sólo un instrumento dócil del emperador. Miéntras tanto, las escaseces del erario nacional, ocasionadas por los crecidos gastos de la administracion i por la disminucion de las rentas públicas a causa de la poca confianza que inspiraba aquel estado de cosas, hacian mui difícil la situacion del gobierno. Iturbide se vió obligado a echar mano de préstamos forzosos i de mas de un millon de pesos que los comerciantes de Méjico remitian a Veracruz para ser embarcados para Europa. Todas estas medidas habian ido quitando gradualmente su prestijio al imperio i su antigua popularidad al emperador. La pompa de la corte, las órdenes de caballería i la etiqueta monár-

quica, léjos de dar mas valimiento al jefe revolucionario de Iguala, iban a contribuir poderosamente a llevarlo a su ruina.

En ese tiempo, mandaba en Veracruz un jóven coronel que habia hecho sus primeras armas en el ejército realista, pero que se habia pronunciado en 1821 por el plan de Iguala. Era éste don Antonio López de Santa Ana, que ha desempeñado despues el papel mas importante en la historia de las revoluciones de Méjico. Acusado de muchas faltas, Iturbide se vió precisado a separarlo de aquel gobierno; pero Santa Ana sublevó la guarnicion de Veracruz (2 de diciembre de 1822); i en una proclama, en que acusaba a Iturbide de haber violado la constitucion, proclamó la república. El jeneral don Guadalupe Victoria, que no habia reconocido el imperio, se unió en breve a Santa Ana.

Desde luego se creyó que aquel movimiento era una revolucion descabellada cuyos autores serian castigados en breve. El emperador despachó contra los rebeldes al jeneral Echavarri; pero éste, despues de haber alcanzado algunas ventajas, se pasó a los sublevados. Los jenerales Guerrero i Bravo salieron ocultamente de Méjico i fueron a reunirse a Santa Ana. Las tropas revolucionarias tomaron el nombre de ejército libertador, i se dispusieron a marchar sobre Méjico. En el pueblo de Casamata, provincia de Puebla, publicaron una convencion por la cual invitaban a la nacion mejicana a elejir un nuevo congreso que fijase en definitiva la forma de gobierno que debia darse. Esa convencion fué firmada tambien por otros jefes militares que habian desertado de las filas del emperador. Los sublevados recibian ausiliares de todas partes; el entusiasmo con que habia sido acojido Iturbide ántes de la proclamacion del imperio, parecia volverse contra él.

Anonadado a la vista de tantos desengaños, el emperador no se atrevió a alejarse mucho de la capital temiendo que ésta se sublevase tambien, i se limitó a despachar algunas fuerzas para detener a los sublevados i tratar miéntras tanto con ellos. Al fin, creyendo poner término a la revo-

lucion, consintió en convocar de nuevo el congreso que habia disuelto; pero esta asamblea, a pesar de que no se creia en estado de deliberar libremente, no prestó apoyo alguno al emperador, al mismo tiempo que el ejército revolucionario, rápidamente engrosado, marchaba sobre la capital. Iturbide, abandonado en aquellos momentos por todos los hombres en quienes habia tenido mas confianza, no halló otro arbitrio mejor que renunciar el imperio para salvar su libertad i su vida. El 19 de marzo de 1823 se presentó al congreso el ministro de justicia Navarrete, con una nota escrita de mano de Iturbide por el cual éste abdicaba la corona i ofrecia salir del pais al cabo de pocos dias. Pretestando que no se hallaba en Méjico el número suficiente de diputados para dictaminar en tan grave asunto, el congreso demoró hasta el 8 de abril su resolucion. Entónces declaró anuladas las disposiciones anteriores, disuelto el imperio i libre la nacion para darse el gobierno que mejor quisiera. El congreso concedió ademas a Iturbide el tratamiento de excelencia i una pension anual de 25,000 pesos con la condicion de establecerse en algun lugar de Italia. El 11 de mayo de ese mismo año se embarcó en la desembocadura del rio de la Antigua para ser trasportado a Liorna a espensas del estado.

10. Organizacion de la república federal; trájico fin de Iturbide.—El congreso mejicano habia organizado una junta gubernativa compuesta de los jenerales Bravo, Victoria i Negrete, bajo cuyo amparo debia discutirse la forma de gobierno que habia de darse a la nacion. Por el acta de Casamata, los jefes revolucionarios habian convenido en convocar un congreso constituyente; i la ajitacion política hizo indispensable esta medida. La caida de Iturbide habia dado oríjen a nuevos partidos, i si bien en jeneral la opinion se habia pronunciado en favor de la república, los partidarios de ésta se dividieron en centralistas i federales. Hiciéronse sentir violentas conmociones en las provincias, i los primeros síntomas de una conflagracion jeneral atizada por Santa Ana i otros jefes que reclamaban el establecimiento

de una confederacion. El congreso, despues de hacer diversas concesiones, espidió la nueva convocatoria para una constituyente que debia instalarse en Méjico. La eleccion, como la del congreso anterior, debia ser indirecta.

A fines de octubre de 1823 comenzaron a llegar a la capital los diputados electos por las provincias para formar el nuevo congreso mejicano. Instalóse éste el 7 de noviembre; i pocos dias despues publicó un reglamento constitutivo, que contenia las bases fundamentales del gobierno hasta la promulgacion de la constitucion definitiva. Como en el nuevo congreso estaban en gran mayoría los diputados de las provincias, que siempre habian mirado con celo mal encubierto la preponderancia de la capital, el principio federalista quedó consignado en aquel importante documento. La prosperidad de Estados Unidos era la verdadera causa de este grande error político. En las colonias inglesas de la América del norte la federacion habia sido una necesidad para reunir en un cuerpo provincias organizadas desde tiempo atras bajo principios diversos i constituciones mui distintas. En Méjico, en donde existia desde tres siglos, una completa unidad, el sistema federal iba a producir sólo la desorganizacion mas espantosa. En 1823 hubo hombres distinguidos en el congreso mejicano que anunciaron los males que habia de enjendrar aquella forma de gobierno; pero su voz fué ahogada por la mayoría.

El sistema federal arrastraba tantas simpatías en Méjico que desde luego se hicieron sentir las conmociones para acelerar el establecimiento de algunas autoridades provinciales. La junta gubernativa se condujo con tanta actividad como prudencia; pero cuando ménos lo esperaba, se vió nacer la insurreccion en la misma capital. El 24 de enero de 1824, el jeneral Lobato, a la cabeza de un batallon que guarnecia a Méjico, pidió tumultuariamente a la junta gubernativa la destitucion de todos los españoles que hubiesen obtenido empleos o que conservaran los que poseian ántes. La junta, desprovista de tropas para resistir en esos momentos a los sublevados, se reunió con el congreso para

oponer a la rebelion el prestijio moral del gobierno, miéntras llegaban las tropas que se habian pedido a los jenerales Bravo i Guerrero que se hallaban fuera de Méjico. Los facciosos, despues de haber sembrado la consternacion en la capital, no viéndose apoyados por la opinion, no pudieron nada contra la actitud digna del congreso i se vieron precisados a acojerse al indulto.

En esos momentos, un peligro de otra naturaleza vino a llamar la atencion del gobierno mejicano i de todos los partidos. Se sabia que Iturbide habia llegado a Italia, i que en un principio se habia mostrado estraño a todo pensamiento de volver a Méjico; pero instigado sin duda por las cartas en que sus amigos pintaban la ajitacion de ese pais despues de su abdicacion, el ex-emperador se resolvió a aventurarlo todo para volver a su patria, cuyo gobierno creia fácil alcanzar de nuevo. En diciembre se puso en marcha para Lóndres con toda su familia; i desde allí comunicó su salida de Italia al congreso mejicano (13 de febrero de 1824), anunciándole sus deseos de ofrecer sus servicios en los peligros que amenazaban la independencia nacional. Esta esposicion fué recibida con jeneral desprecio, porque ya Iturbide habia perdido todo su prestijio. El congreso declaró en 28 de abril "traidor i fuera de la lei a don Agustin de Iturbide, siempre que bajo cualquier título se presentase en algun punto del territorio mejicano, en cuyo caso por sólo este hecho quedaba declarado enemigo público del estado".

Ignorando estas disposiciones, Iturbide se hizo a la vela el 11 de mayo con rumbo a Méjico. El 14 de julio llegó a la barra del rio Santander, en donde siete años atras habia desembarcado el jeneral Mina. Un oficial polaco, apellidado Benesque, que acompañaba al ex-emperador, bajó a tierra a solicitar del jefe militar de aquel distrito, don Felipe de la Garza, permiso de desembarcar con otro compañero, asegurando que él venia de Lóndres a presentar al gobierno un plan de colonizacion. El siguiente dia desembarcó Iturbide disfrazado; pero luego fué conocido por diversas personas, i apresado por un piquete de tropa. En virtud de la decla-

racion del congreso, el jeneral Garza estaba autorizado para pasar por las armas inmediatamente al ex-emperador; sin embargo, no quiso echar sobre sí la responsabilidad de un acto de tanta trascendencia, i dispuso su marcha al pueblo de Padilla, en donde estaba reunida la lejislatura provincial del estado de Tamaulípas, convocada a consecuencia de la adopcion del sistema federal. Al saber el desembarco i la captura de Iturbide, el congreso de aquel estado, a pesar de las representaciones del jeneral Garza en favor del prisionero, dispuso que en cumplimiento de la lei del 28 de abril, éste fuera pasado por las armas. Iturbide manifestó su valor habitual en aquellos momentos escribió una carta de despedida a su familia que habia quedado a bordo i se preparó a morir como cristiano. El 19 de julio de 1824 fué ejecutada la sentencia. El cadáver del ex-emperador, sepultado entónces en el pueblo de Padilla, fué trasladado en 1838 a Méjico i enterrado con gran pompa en la catedral. El congreso mejicano, recordando los importantes servicios que Iturbide habia prestado a la causa de la independencia, asignó a su familia una pension de 8,000 pesos anuales.

La rapidez con que habia procedido la lejislatura de Tamaulípas cortó en tiempo las maquinaciones de los partidarios del imperio. Las ajitaciones que por entónces se hicieron sentir fueron oportunamente reprimidas. El congreso federal siguió discutiendo el proyecto de constitucion hasta dar por terminados sus trabajos. El 4 de octubre de 1824 fué proclamada i jurada solemnemente la constitucion de la nueva república mejicana. Los constituyentes tomaron por modelo la organizacion política de Estados Unidos, dividiendo el territorio en estados independientes, cada uno de los cuales debia tener su lejislatura propia, como tambien sus gobernadores, sus tribunales i sus rentas particulares. Estos diversos estados eran representados en el congreso federal que debia reunirse en Méjico, i componerse de un senado i de una cámara de representantes. La direccion jeneral del gobierno quedaba confiada, como en Estados Unidos, a un presidente de la república elejido cada cuatro años,

i por muerte, enfermedad o ausencia de éste, el poder supremo debia recaer en un vice-presidente, elejido tambien por el mismo período. La ciudad de Méjico, fué separada del estado de este nombre, i constituida en capital federalizada.

El congreso constituyente ántes de disolverse decretó una ámplia amnistía por los delitos políticos, i elijió el primer presidente constitucional de la república. Fué éste el jeneral don Guadalupe Victoria, representante del partido revolucionario de 1810: el vice- presidente fué don Nicolas Bravo. Ambos prestaron el juramento de estilo el 10 de octubre de 1824. Un lisonjero porvenir se abria entónces a la república mejicana. La tranquilidad estaba restablecida: Victoria i Bravo, conocidos por su moderacion i su prudencia, gozaban de jeneral estimacion: la situacion financiera era ménos angustiada, merced a un empréstito contratado en Lóndres: todo hacia creer que el sistema federal, ensayado con tanta felicidad en Estados Unidos, iba a producir en Méjico idénticos resultados; pero los lejisladores que habia creado aquel gobierno no comprendian que la organizacion administrativa de un pais, formada sin consultar sus antecedentes i sus necesidades, i sólo por espíritu de imitacion, tenia una base demasiado débil e inconsistente. Por eso, la inauguracion del réjimen constitucional en la república mejicana, no bastó para correjir los vicios inveterados, i fué el principio de nuevos trastornos que han formado una de las mas dolorosas historias de los pueblos americanos que ántes fueron colonias de la España [3].

---

[3] A pesar de que para la formacion de este capítulo haya consultado con frecuencia diversas obras, i mui particularmente el *Cuadro histórico de la revolucion mejicana*, por don Cárlos M. BUSTAMANTE, abreviado por Mendevil, la autoridad principal que he seguido siempre, por ser la mas respetable, es la importante obra ya citada de don Lúcas ALAMAN, tan prolija en noticias bien estudiadas, como severa en sus juicios.



CAPITULO VI.

Revolucion de Venezuela.

(1808-1815).

1. Instalacion de una junta de gobierno en Carácas. - 2. Primeras hostilidades.— 3. Declaracion de la independencia de Venezuela. - 4. Promúlgase la constitucion.—5. Terremoto de Carácas; los españoles someten toda la provincia de Venezuela. 6. Administracion de Monteverde; nueva insurreccion en las provincias orientales. - 7. Primera campaña de Bolívar; los patriotas recuperan a Venezuela.—8. Administracion de Bolívar; prosecucion de la guerra.—9. Segunda reconquista de Venezuela por las armas españolas.—10. Arribo de una espedicion española mandada por el jeneral Morillo.

1. Instalacion de una junta de gobierno en Carácas. —Por muerte de don Manuel de Guevara Vasconcélos, gobernaba en 1808 la capitanía jeneral de Venezuela don Juan de Casas, militar anciano i débil que no poseia ni intelijencia ni carácter. El 15 de julio de ese año llegaron a Carácas dos comisionados del gobierno frances que acababa de organizarse en Madrid, que traian encargo del consejo de Indias de anunciar la abdicacion de Fernando VII i de reclamar el reconocimiento del gobierno. El capitan jeneral tuvo con ellos una conferencia secreta; i creyendo que España no tenia fuerzas para resistir al poder de Na-

poleon, se manifestó inclinado a someterse a la dominacion de los invasores de la península. El pueblo, sin embargo, que celebraba todavía las noticias de la caida de Godoi como el principio de una éra de prosperidad, supo las ocurrencias de la metrópoli por el arribo de un buque de la marina real británica; i presidido por el cabildo, acudió en el acto al palacio del capitan jeneral a espresarle su resolucion de no reconocer otro gobierno que el de Fernando VII. Los emisarios franceses se salvaron con gran trabajo del furor popular.

Aquella declaracion vino a aumentar el desasosiego del presidente Casas. Sin saber qué partido tomar, reunió una junta de corporaciones para oir los pareceres de todos los representantes del poder público. Desde luego, comenzaron a diseñarse dos partidos mui marcados: el de los españoles que querian la sumision a cualquiera autoridad que fuese reconocida en la península, i el de los patriotas que reclamaban la instalacion de una junta de gobierno en Carácas para no depender de otro soberano que Fernando VII. El capitan jeneral i los españoles triunfaron por entónces. La junta instalada en Sevilla fué reconocida formalmente; pero los patriotas venezolanos, en cuyas filas se contaban los hombres mas notables i acaudalados de la colonia, no cesaron de pensar en darse un gobierno propio. El 22 de noviembre presentaron al capitan jeneral una solicitud firmada por las personas mas respetables de Carácas en que le pedian el establecimiento de una junta de gobierno como el único medio de asegurar el pais i de corresponder a los deseos del vecindario. Dos dias despues, la audiencia espidió una órden de prision contra todos los que firmaban aquella solicitud. Uno de ellos, el marques de Casa Leon, fué remitido a España i los otros, despues de sufrir las tramitaciones de un juicio, fueron puestos en libertad u obligados a residir fuera de la ciudad.

La paz pareció restablecida en Venezuela despues de este golpe de autoridad. La junta central instalada en la península, fué reconocida sin inconveniente alguno (enero

de 1809); i poco despues, el 17 de mayo de ese mismo año, llegó un nuevo capitan jeneral, el brigadier don Vicente Emparan, que parecia destinado a cimentar definitivamente la tranquilidad en aquella provincia. Emparan habia sido poco ántes gobernador de Cumaná; i en el desempeño de este cargo habia desplegado intelijencia i honradez al mismo tiempo que cierta firmeza de carácter que lo hacia respetable. En el gobierno de Venezuela, sin embargo, se condujo con mucho ménos tino, temiendo a cada momento conspiraciones i revueltas, estableció el espionaje, puso trabas a la comunicacion de unos pueblos con otros, exijiendo pasaportes a toda clase de individuos, condenó al trabajo de obras públicas a muchos hombres del pueblo llamándolos vagos, i desterró sin causa ni proceso a varias personas caracterizadas que habian despertado sus sospechas. Estos golpes de autoridad predispusieron la opinion pública en contra el capitan jeneral. Desde principios de 1810, los patriotas de Carácas formaron diversos planes de conspiracion, uno de los cuales fué descubierto por Emparan oportunamente.

El 18 de abril de aquel año se divulgó en Carácas la noticia de que los franceses, constantemente vencedores en España, habian invadido la Andalucía i dispersado la junta central. Estos sucesos produjeron una alarma jeneral i decidieron a los patriotas a aprovecharse de esta situacion en favor de sus proyectos. Contando con los principales jefes i con algunos oficiales de la guarnicion, prepararon resueltamente el golpe decisivo. El siguiente dia (19 de abril de 1810) era juéves santo: el cabildo de Carácas se reunió para asistir a los oficios relijiosos en la iglesia catedral; pero, constituyéndose en sesion, comenzó a tratar de las novedades del dia i convocó al capitan jeneral para tomar parte en aquella discusion. Emparan, sin sospechar el lazo que se le tendia, concurrió a la sesion i tuvo que aceptar el debate. Esplicó allí que era cierta la disolucion de la junta central, pero que en su reemplazo se habia organizado un consejo de rejencia, a cuya sombra seria conservada

la tranquilidad pública. Los revolucionarios se encontraron desconcertados; i despues de oir aquellas esplicaciones, se vieron en la necesidad de acompañar a Emparan a la iglesia.

El complot parecia malogrado; i era de temerse que el capitan jeneral no dejase sin castigo a los autores de aquel proyecto de revolucion. En ese momento decisivo, varios grupos de conjurados reunidos en la plaza cierran el paso a la comitiva de Emparan, i un hombre llamado Francisco Salías lo toma de un brazo, gritando que era menester volver a la saia del cabildo. El tumulto se hizo mayor; i en medio del agrupamiento de la jente, aquel alto funcionario se vió forzado a seguir el impulso de los facciosos. La sesion del ayuntamiento fué mui ajitada; algunos hombres de conocida impetuosidad, titulándose diputados del pueblo, pidieron resueltamente la creacion de una junta de gobierno, i Emparan tuvo que aceptar esta idea.

Los revolucionarios convinieron allí mismo en que el capitan jeneral fuese el presidente de la junta; pero en el momento en que se redactaba el acta de lo acordado, se presentó en la sala don José Cortés Madariaga, chileno de nacimiento i canónigo de Carácas, i con una arrogante valentía, reprochó a los revolucionarios el error que cometian dejando a Emparan con poder suficiente para consumar la disolucion de la junta. Las palabras de ese fogoso i elocuente tribuno fueron bien recibidas por el pueblo; i el capitan jeneral, confundido i avergonzado, renunció todo mando. En el mismo dia, el cabildo quedó constituido en junta gubernativa, i realizado así el cambio que deseaban los revolucionarios (19 de abril de 1810).

La junta comenzó su gobierno suprimiendo algunos impuestos fiscales, creando una escuela de matemáticas, prohibiendo la introduccion de esclavos en Venezuela, derogando las ordenanzas sobre vagos i declarando la libertad de comercio. Comunicó tambien su instalacion a todas las provincias; i en la mayor parte de ellas, la revolucion fué secunda-

da: sólo Coro i Maracaibo se declararon sometidos a la rejencia de España.

2. PRIMERAS HOSTILIDADES.—La junta de Carácas, aunque instalada en nombre de Fernando VII, sabia sin duda a donde conducia la revolucion del 19 de abril. Poco despues partieron para Inglaterra el coronel de milicias don Simon Bolívar i don Luis López Méndez, comisionados por la junta para atraerse la proteccion del gobierno británico. Don Andres Bello, jóven conocido ya por su intelijencia i por su contraccion al cultivo de las letras, i que ha sido mas tarde la primera ilustracion literaria de la América española, fué el secretario de aquella comision. Con el mismo objeto, partieron otros emisarios a Estados Unidos. Todos ellos tenian el encargo de anunciar que el gobierno de Venezuela habia declarado la libertad de comercio en su territorio.

Las previsiones de la junta no eran infundadas. Desde luego se hicieron sentir algunos síntomas de reaccion en varias provincias; i el consejo de rejencia de la península, desde que supo las ocurrencias de Carácas, declaró rebeldes a sus autores amenazádolos con severos castigos, i decretó un rigoroso bloqueo para prohibirles todo comercio (31 de julio de 1810). Don Antonio Cortabarria, ministro del consejo de España e Indias, majistrado anciano i respetable, fué encargado, con el título de comisario rejio, de dar cumplimiento a aquellas disposiciones, en caso que los revolucionarios de Carácas no quisieran someterse. El gobernador de Maracaibo, don Fernando Miyáres, fué nombrado igualmente capitan jeneral de Venezuela con encargo de someterla al antiguo réjimen i en reemplazo de Emparan que habia sido deportado a Estados Unidos. Desde Puerto Rico, el comisario Cortabarria dirijió a la junta i al pueblo de Carácas un despacho (24 de octubre) en que pedia el reconocimiento de las cortes españolas i el restablecimiento del antiguo órden de cosas, para dispensarse de emplear las armas i sofocar la rebelion a mano armada.

La junta se negó resueltamente a entrar en avenimiento.

En cambio, las amenazas i los halagos del comisario real produjeron diversos proyectos de contra-revolucion que afortunadamente fueron reprimidos en tiempo. Del mismo modo, las provincias de Coro i Maracaibo, en donde mandaba Miyáres, i que se mantenian fieles al gobierno español, parecian amenazar a los rebeldes de Carácas. La junta habia reunido un ejército de cerca de 3,000 hombres i puéstolo bajo las órdenes de un coronel de milicias, el marques don Francisco del Toro, elevándolo al efecto al grado de jeneral. Las primeras operaciones de estas fuerzas fueron de poca importancia. Los insurjentes sitiaron en vano la ciudad de Coro; pero habiendo marchado Miyáres con tropas de refresco en ausilio de los sitiados, se vieron los patriotas obligados a retirarse a causa de la impericia de sus soldados, batiéndose sin embargo con alguna resolucion, hasta llegar a los límites de la provincia de Carácas (diciembre de 1810).

Si estos contrastes produjeron algun desconcierto entre los rebeldes, un suceso inesperado vino a infundirles confianza i resolucion. El 3 de diciembre de ese mismo año, llegó al puerto de La Guaira el jeneral don Francisco Miranda. Alejado de su patria desde su malograda campaña de 1806, éste vivia retirado en Lóndres cuando llegó allí Bolívar i le anunció la revolucion de Carácas. El gobierno ingles, aliado entónces con los españoles para rechazar la invasion francesa de la península, sólo tuvo palabras de cortesía para los insurjentes venezolanos; pero no pudo prestarles el apoyo que éstos buscaban. Recomendóles la adopcion de los medios pacíficos para entenderse con España; pero Miranda, que no pensaba mas que en la independencia del nuevo mundo, creyó que era llegado el momento de realizar sus planes. La junta de Carácas temió que la presencia de un personaje tan caracterizado como Miranda hiciera imposible toda transaccion con el gobierno español, i quiso impedirle que desembarcara; pero fué tan pronunciada la opinion del pueblo, que fundaba en el jeneral proscrito sus esperanzas de triunfo, que la junta

tuvo que admitirlo en Carácas i le dió el título de teniente jeneral de las tropas de Venezuela. Tambien habia vuelto a su patria el coronel Bolívar, que estaba destinado a desempeñar el primer papel en la revolucion de la independencia.

En esos momentos, no era difícil prever la proximidad de la guerra. Cortabarria, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos pacíficos, i en vista de las contestaciones que a sus notas daba la junta de Carácas, espedia desde Puerto Rico patentes de corso para hostilizar el comercio de Venezuela, miéntras Miyáres reunia en Maraicabo las tropas que pedia a las Antíllas para comenzar con mayor vigor las operaciones militares.

3. Declaracion de la independencia de Venezuela.— La junta no se hizo ilusiones por largo tiempo sobre los peligros de su situacion. Dispuso la compra de armas i tomó muchas precauciones militares para no hallarse desprevenida; i miéntras Cortabarria fomentaba desde Puerto Rico diversos movimientos en favor de su causa, el gobierno revolucionario desplegó grande actividad para reprimirlos oportunamente. En breve, los patriotas dieron un paso decisivo para dejar bien demarcada su separacion de la metrópoli.

El 11 de junio de 1810 la junta habia dirijido a las provincias una convocatoria para un congreso jeneral. Las elecciones se hicieron con la mayor tranquilidad en todo el territorio en que dominaban los patriotas. El 2 de marzo de 1811 se instaló en Carácas el congreso con asistencia de 44 diputados i con el nombre de representantes de las provincias unidas de Venezuela, para sostener los derechos del rei Fernando i gobernarse sin sujecion a las autoridades existentes entónces en España. Formaban parte de este cuerpo los hombres mas adelantados que contaba el pais; pero desgraciadamente, no existia entre ellos la unidad de pensamiento tan necesaria en aquellas circunstancias. El congreso creó una junta encargada del poder ejecutivo, i se contrajo particularmente a discutir un proyecto de constitucion, en cuyos debates se manifestó mas claramen-

te la diverjencia de opiniones que habia entre sus miembros.

Miéntras tanto, los realistas no cesaban de fraguar movimientos reaccionarios en diversas provincias. Los misioneros de la Guayana i los ajentes de Cortabarria i de Miyáres fomentaban conspiraciones que a veces llegaron a poner en ejecucion sin grandes resultados. Los patriotas de Carácas comprendieron perfectamente que los españoles no admitirian mas base de avenimiento que su completa sumision, quedando por tanto espuestos a sus venganzas. Organizaron entónces una sociedad patriótica en que se proclamaba francamente que sólo una independencia completa podia salvar al pais de la ruina de que estaba amenazado. En el congreso, esta idea encontraba sérias resistencias de parte de algunos diputados, ya fuera por afeccion a España o por temor a la guerra que se habia de seguir a una declaracion de esta naturaleza. Sin embargo, la exitacion cundia en la capital; la sociedad patriótica propagaba sus ideas i fomentaba el descontento contra las vacilaciones del congreso. Cuando los diputados republicanos quisieron proponer la declaracion de la independencia, el pueblo acudió en masa a la sala del congreso para hacer respetar su voluntad.

Aquella célebre sesion tuvo lugar el 5 de julio de 1811. La mayoría del congreso, i con ella sus hombres mas notables, eran republicanos; pero a pesar de todo, el debate fué sumamente ajitado i en él tomó parte el pueblo aplaudiendo frenéticamente a los partidarios de la independencia i lanzando silvos i amenazas a los que contrariaban este pensamiento o que siquiera manifestaron poca resolucion. El resultado del debate no se hizo esperar: la independencia fué aprobada, i en el mismo dia se estendió el acta por la cual las Provincias Unidas de Venezuela se declaraban libres de toda sumision i dependencia de España para darse como tales la forma de gobierno mas conforme a la voluntad nacional. Pocos dias despues, el congreso publicó un estenso manifiesto en que detenidamente esplicaba las causas que lo habian obligado a hacer aquella atrevida

declaracion. Los independientes adoptaron desde entónces la bandera amarilla, azul i roja, que habia usado Miranda en su campaña de 1806. Así, pues, la capitanía jeneral de Venezuela, que inició el gran movimiento de 1810, dándose un gobierno nacional ántes que ninguna otra colonia del rei de España, fué tambien la primera en declarar la independencia absoluta.

4. PROMÚLGASE LA CONSTITUCION.—Los revolucionarios venezolanos habian necesitado de un grande arrojo para hacer esta declaracion. No tenian fuerza en el interior ni apoyo en el esterior; i debian presumir que España aceptaria resueltamente el reto que se le lanzaba. Ademas de esto, en su propio territorio existian muchos hombres descontentos con el nuevo órden de cosas, que no habian cesado de conspirar, i a quienes ese acto irritó sobre manera. En Venezuela habia muchos colonos naturales de las islas Canarias, que en un principio se manifestaron adictos a la revolucion, pero viendo el sesgo que ésta tomaba, se dejaron influenciar por los ajentes del comisario Cortabarria. El 11 de julio, ántes de amanecer, se reunieron en una llanura inmediata a la capital muchos de esos colonos, armados de cualquier modo, con el objeto de caer sobre los cuarteles, llamar al pueblo a las armas i disolver el nuevo gobierno castigando a los miembros de la junta i a los mas pronunciados revolucionarios del congreso con las penas de muerte o de deportacion. Pero la junta gubernativa, advertida a tiempo del peligro que corria su existencia, envió contra ellos una columna de milicianos que los apresó para someterlos a juicio. Los principales autores de la conspiracion, en número de dieciseis, fueron fusilados seis dias despues i deportados muchos otros.

El mismo dia, 11 de julio, tuvo lugar en Valencia, a 38 leguas al suroeste de Carácas, un movimiento revolucionario mucho mas serio todavía. Los españoles de la ciudad, aprovechándose del descontento de sus habitantes que querian segregarse de Carácas, para formar una provincia separada, se apoderaron de los cuarteles i proclamaron en

abierta rebelion, preparándose para rechazar las fuerzas del gobierno de la capital. En efecto, la junta despachó contra Valencia las tropas de que podia disponer bajo el mando del marques de Toro. Los primeros pasos de éste fueron afortunados; pero el gobierno pudo conocer que la resistencia de los realistas era mucho mas séria de lo que se creia. Miranda tomó entónces el mando de las tropas, i condujo las operaciones militares con grande actividad. Despues de repetidos ataques, que costaron a los patriotas la pérdida de mas de 1,000 hombres entre muertos i heridos, la ciudad se rindió a discrecion (13 de agosto de 1811). Los prisioneros, sometidos a juicio i condenados a muerte por los tribunales, fueron indultados por el congreso, rasgo de induljencia no apreciado por los enemigos, i que se avenia mal con la severidad desplegada poco ántes.

En esa misma época, Cortabarria habia organizado en Puerto Rico una escuadrilla de seis buques, de los cuales sólo uno era de guerra, con mil hombres de desembarco, para tomar tierra en la costa de Cumaná que se suponia dispuesta a sublevarse en favor de los realistas. Esta operacion parecia estar combinada con los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar en el interior; pero los espedicionarios españoles, viéndose engañados en sus esperanzas, i sabiendo que aquella costa estaba regularmente defendida por las milicias independientes, no se atrevieron a desembarcar i se alejaron con rumbo hácia Coro.

En medio de los peligros que amenazaban la independencia de Venezuela, el congreso se ocupaba de discutir la constitucion que debia de darse al nuevo estado. Los hombres mas ilustrados entre los revolucionarios se habian dejado seducir por el ejemplo halagüeño de Estados Unidos, i creian que un gobierno federal, semejante al de la gran república del norte, haria la felicidad de la nacion. La prensa propagó estas ideas, i el pueblo tanto de la capital como de las provincias, las acojió con grande entusiasmo. Don Francisco Javier Ustáriz, uno de los miembros mas distinguidos del congreso, presentó un proyecto de constitucion

que fué prolijamente debatido, i aprobado el 21 de diciembre de 1811. Aquel código sancionaba los derechos de los ciudadanos concediéndoles la libertad de imprenta, i la de elejir libremente sus representantes; dividia el territorio en siete provincias o estados que podian darse sus respectivas constituciones para su gobierno interior, i declaraba que las provincias que estaban en poder del enemigo podian incorporarse segun las mismas bases a la confederacion venezolana. Un congreso compuesto de dos cámaras quedaba con el poder de declarar la guerra, hacer la paz i levantar ejércitos. Queriendo consultar el mejor acierto en las decisiones del poder ejecutivo, estaba éste compuesto de tres miembros designados por eleccion indirecta, i le correspondia nombrar los empleados públicos i velar por el cumplimiento de las leyes. La constitucion ademas reglamentaba la administracion de justicia, establecia el jurado i abolia la tortura empleada hasta entónces en los juicios criminales. A imitacion de Estados Unidos, la ciudad de Valencia fué declarada capital federalizada; i en ella celebró sus sesiones el congreso desde principios de 1812. "Ningun código político, antiguo ni moderno, dice un hábil historiador, se aventaja al venezolano de 1811 en la filantropía de sus principios, en el respeto consagrado a los derechos individuales i populares, en las precauciones tomadas contra el despotismo. Pero jamas nacion alguna adoptó una lei constitucional ménos apropiada a sus circunstancias, mas en contradiccion con sus intereses, ménos revolucionaria, en fin" [1]. La forma federal iba a perjudicar grandemente a la resistencia contra el poder español, que reclamaba la unidad de elementos i de accion.

5. Terremoto de Carácas; los españoles someten toda la provincia de Venezuela.—En esa época, los realistas eran dueños de las provincias de Coro i Maracaibo, al oeste de Carácas, i de Guayana al oriente. Desde aquí

[1] Baralt, *Resúmen de la historia de Venezuela*, tomo I, pájina 78.

comenzaron a hacer correrías remontando el Orinoco i atacando las poblaciones indefensas. La junta pidió contin-jentes de tropas a todas las provincias, que puso a las órdenes del coronel don Francisco González Moreno. Las primeras operaciones de éste fueron felices; pero la guerra se prolongó por aquella parte con resultado vario, entreteniendo así un cuerpo de tropas venezolanas que alcanzaba a 3,000 hombres. Miéntras tanto, la masa jeneral de la poblacion, se manifestaba cansada con la revolucion que privaba de brazos a la industria, i que habia producido una suspension del comercio por medio del bloqueo. Los soldados mismos, pagados con papel moneda, no ocultaban su descontento.

Entónces llegó a Coro el brigadier español don Juan Manuel Cajigal llevando de Puerto Rico un refuerzo de tropas i de dinero. Uno de los subalternos de éste, el capitan de fragata don Domingo Monteverde, que adquirió en breve una funesta celebridad, reunió una fuerza de 230 hombres a cuya cabeza avanzó hácia Carácas, protejido por una sublevacion de los realistas de uno de los pueblos mas occidentales de dicha provincia, denominado Siquisiqui. Monteverde, habiendo engrosado sus tropas, ocupó la plaza de Carrora a viva fuerza (23 de marzo de 1812). i parecia dispuesto a marchar sobre Barquisimeto.

Miéntras la república se hallaba amenazada al oriente i al occidente por los españoles, un acontecimiento inesperado vino a complicar la situacion. El juéves santo, 26 de marzo de 1812, a las cuatro de la tarde, acaeció un espantoso terremoto que redujo a montones de escombros a Carácas i a varias ciudades, causó grandes estragos en otras i sepultó en las ruinas cerca de 20,000 personas. Casi toda una division de tropas que se hallaba lista en Barquisimeto a las órdenes del coronel patriota don Diego Jalon, para rechazar la invasion de Monteverde, pereció en aquel momento. En otras partes, los independientes perdieron sus armas i sus depósitos de municiones. Esta catástrofe que en cualquiera circunstancia habria sido mirada como

una gran desgracia producida por causas naturales, ejerció la mas funesta influencia sobre la opinion pública. El terremoto habia ocurrido el juéves santo, como la instalacion del primer gobierno nacional; i el clero, enemigo casi en su totalidad de la revolucion, esplotó aquel cataclismo en favor de sus intereses, esplicando a las jentes aterrorizadas que era un castigo del cielo a los que habian intentado segregarse de la metrópoli. Daba fuerza a esta superchería la circunstancia de que las provincias que habian quedado fieles a la España no sufrieron nada o sufrieron mui poco en el terremoto. La reaccion, que ántes se habia hecho sentir débilmente, adquirió gran desarrollo en medio de las angustias i del duelo que se siguieron a tan gran catástrofe. Luego se supo que el mismo dia 26 de marzo, los patriotas habian sufrido una derrota en las aguas del Orinoco, i que despues de repetidos descalabros, el ejército de oriente, batido al sur de dicho rio i embarazado por las fuerzas realistas para volver a Carácas, habia tenido que rendirse a discrecion.

El congreso conservó, sin embargo, su enerjía. Revistió a la junta ejecutiva de poderes discrecionales, i ésta los delegó en Miranda con el título de jeneralísimo. A pesar de la actividad que éste desplegó para reunir tropas i rechazar a los invasores, sólo pudo juntar un cuerpo de cerca de 2,000 hombres. Miéntras tanto, Monteverde avanzaba rápidamente. Ocupó a Barquisimeto sin resistencia alguna, i habiendo recibido refuerzos considerables, siguió su marcha hácia Valencia, dilatando su dominacion a todos los territorios inmediatos. Los patriotas no querian combatir o se pasaban al enemigo, cuyo poder parecia irresistible.

En tan crítica situacion, Miranda no pensó mas que en reconcentrar sus tropas a fin de darse tiempo para reorganizarlas i preparar la resistencia. Valencia fué evacuada por los patriotas, i las fuerzas de éstos ocuparon unos desfiladeros para impedir que Monteverde pudiera seguir su marcha hasta Carácas. El jefe realista, sin embargo, evitó este inconveniente dando un rodeo, de modo que las tropas

de Miranda tuvieron que replegarse precipitadamente a sesenta leguas de la capital. En medio de constantes defecciones, los venezolanos desplegaron todavía grande audacia i se batieron heroicamente en diversos encuentros con las columnas realistas que los perseguian.

Pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos contra el cúmulo de desgracias que los agobiaba. El coronel Bolívar habia sido nombrado gobernador de Puerto Cabello, en cuya plaza existia un depósito considerable de armas i municiones. Un gran número de prisioneros españoles estaba retenido en uno de sus castillos; pero el jefe de su guarnicion, apellidado Vinoni, sublevó las tropas de su mando, dió libertad a los presos i se pronunció en abierta rebelion (30 de junio de 1812). Bolívar, sin embargo, combatió por algunos dias a los sublevados sin poderlos reducir; pero las fuerzas que sacó de la plaza para rechazar a los realistas que se acercaban a aquel puerto, fueron derrotadas, i entónces hubo de replegarse por mar a La Guaira i de allí a Carácas (4 de julio).

Los españoles en tanto avanzaban sobre la capital engrosando sus tropas. El jeneral Miranda, manteniéndose siempre a la defensiva, desplegó grande actividad; pero sus soldados, a pesar de que alcanzaron algunas ventajas, fueron batidos de ordinario, quedando así reducido a mui poco espacio el territorio ocupado por los independientes. La desercion disminuia sus fuerzas, miéntras el enemigo aumentaba las suyas con los pasados i con los negros esclavos. Considerándolo todo perdido, Miranda pensó sólo en capitular, talvez con el objeto de ganar tiempo. Monteverde pareció dispuesto a entrar en negociaciones, pero continuó avanzando hácia Carácas. Por fin, los comisionados de ámbos jenerales arribaron a un convenio; pero Monteverde lo imponia como vencedor, i exijió que Miranda lo ratificase ántes de cuarenta i ocho horas i sin consultar al gobierno de quien dependia. Fué necesario acceder a esta exijencia; i el 25 de julio de 1812 fué firmado el tratado de La Victoria.

Por él quedaba establecida la constitucion que acababan de sancionar las cortes españolas; i el jeneral realista prometia no inquietar a nadie por sus opiniones, respetar las propiedades particulares i permitir la libre salida del territorio a todo el que lo deseara. En virtud de este arreglo, Carácas fué ocupada por Monteverde el 29 de julio. Miranda i otras muchas personas caracterizadas por su participacion en los sucesos de la revolucion, desconfiando de la sinceridad de los vencedores, se retiraron a La Guaira para embarcarse.

Tantas i tan repetidas desgracias tenian despechados a los patriotas. En su desesperacion acusaban a Miranda de haberlos traicionado no sólo quedando a la defensiva en la última parte de la campaña, sino manteniendo relaciones con los realistas i recibiendo de ellos una gruesa suma de dinero en pago de su perfidia. Esta calumnia, fraguada en el campo de Monteverde, habia circulado entre los revolucionarios con gran facilidad. En La Guaira gobernaban el coronel venezolano don Manuel María Casas i el doctor don Miguel Peña. El primero habia estipulado secretamente con Monteverde la entrega de Miranda; i para llevar a cabo su perfidia, daba pábulo a las injustas acusaciones que hacian al desgraciado jeneral. Los jefes militares reunidos en aquel puerto, convinieron en apresarlo. Casas i Peña firmaron la órden de prision, i Bolívar i otros jefes se encargaron de ejecutarla. Miranda fué conducido a un castillo en la noche del 30 de julio, i aun se trató de fusilarlo en la mañana siguiente.

Los caudillos revolucionarios trataban de embarcarse el 31 de julio, cuando llegó una órden de Monteverde por la cual mandaba al gobernador que impidiera su evasion. Este cumplió aquel mandato cerrando el puerto i deteniendo a los que querian ganar los buques. En la misma tarde llegaron las primeras tropas realistas mandadas por el español Cervéris, i éste apresó a los patriotas mas distinguidos, i esperó las órdenes de su jefe. Monteverde, manifestando que un jefe leal no podia tratar con los rebel-

des, violó sus compromisos, rompió el tratado i dispuso que fueran remitidos a España ocho de los mas notables jefes de la rebelion, en donde les esperaba una larga i penosa prision en los castillos de Ceuta. En poco tiempo mas el número de patriotas apresados en Venezuela pasaba de 1,500.

Miranda, sin embargo, fué retenido algunos meses en los calabozos de Puerto Cabello, i trasladado de allí al presidio de Puerto Rico. En su desgracia, manifestó una noble entereza. Reclamó con dignidad i valentía contra la infraccion del convenio celebrado con Monteverde; pero ni éste ni el gobierno español querian dar cumplimiento a lo pactado. El infortunado jeneral fué conducido a Cádiz, en 1813, i despues de tres años de prision, allí falleció en un calabozo, devorado por los pesares, el 14 de julio de 1816.

6. Administracion de Monteverde: nueva insurreccion en las provincias orientales.—La fortuna habia protejido singularmente a Monteverde en aquella campaña. Militar sin intelijencia, habia triunfado de los rebeldes por una serie de circunstancias que no era posible prever. Una vez en Carácas, se creyó desligado de toda obediencia a su jefe, el capitan jeneral Miyáres, que quedaba en Coro; i el gobierno español, dando a Monteverde una importancia que no tenia, lo confirmó en el gobierno de Venezuela con el honroso título de *pacificador*.

Talvez habria sido fácil a Monteverde merecer este título. Despues de dos años de guerra i fatigas a que no estaba acostumbrado, el pueblo deseaba ardientemente la paz; pero los vencedores no supieron aprovechar esta favorable disposicion para consolidar su conquista. Monteverde desatendió los dictados de la razon para oir los consejos de los que sólo reclamaban castigos i venganzas. Decretaba por simples sospechas prisiones en masa no sólo contra los corifeos de la revolucion, sino contra los que de cualquiera manera hubieran manifestado sus simpatías por la independencia. A la prision se seguia el embargo de las propiedades de los rebeldes; i todo aquello se manejaba con gran-

de altanería i en medio de un desórden espantoso que revelaba la insolencia, la codicia i la torpeza de Monteverde i sus consejeros.

Estas venganzas no se limitaron sólo a la capital. En las provincias orientales fueron ejercidas talvez con mayor rigor; pero allí mismo se hicieron sentir los primeros síntomas de reaccion. Don Santiago Mariño, jóven tan rico como audaz, acompañado por don Manuel Piar, por los dos hermanos Bermúdez, José Francisco i Bernardo, i por otros cuarenta compañeros, se habian refujiado en Chacachare, islote vecino a la isla de Trinidad. Allí concibieron el atrevido proyecto de pasar al continente i ocupar el pequeño pueblo de Guiria, situado en la península de Paria, que defendian 300 españoles (13 de enero de 1813). Engrosadas las fuerzas de los invasores, pudieron emprender operaciones mas considerables i dilatarse por las provincias de Cumaná i Barcelona. Los patriotas sostuvieron una guerra heroica en que de ordinario obtuvieron ventajas considerables. Los realistas por su parte no dejaron atrocidades por cometer: habiendo batido una columna patriota que ocupaba la villa de Aragua (16 de marzo), los jefes españoles don Antonio Zuazola i don José Tomas Gómez fusilaron a los prisioneros, i ejercieron sobre los pacíficos vecinos de la villa el despotismo mas cruel e injustificable. "Hombres i mujeres, ancianos i niños fueron desorejados o desollados vivos. A quienes hacia Zuazola quitar el cútis de los pies i caminar sobre cascos de vidrios: a quienes hacia mutilar de uno o dos miembros o de las facciones del rostro haciendo mofa despues de su fealdad: a quienes mandaba coser espalda con espalda. Muchos cajones de orejas que envió a Cumaná fueron recibidos con salvas de algazara por los catalanes, quienes adornaron con ellas las puertas de sus casas i las pusieron en sus sombreros a modo de escarapela". Pero estas inauditas maldades, léjos de abatir a los independientes, les dieron mayor resolucion. Las fuerzas de Mariño i de Piar se engrosaron considerablemente, de modo que habiendo ocupado la ciudad de Maturin, pudieron

rechazar heroicamente dos vigorosos ataques de las tropas realistas.

Monteverde se hallaba entre tanto en Carácas desarrollando su plan de pacificacion por medio de consejos de guerra permanentes, i de medidas represivas i arbitrarias. La audiencia, horrorizada con tanta atrocidad, i conociendo que ellas habian de producir nuevas revoluciones, reclamaba por el cumplimiento de la lei i por el respeto a los sentimientos de humanidad. Monteverde no oyó nunca estos consejos: la rejencia española que gobernaba con arreglo a la constitucion de 1812, habia aprobado su conducta, a tal punto que el ministro de guerra don Juan O'Donojú, que fué mas tarde virrei de Méjico, hablaba de la induljencia que los vencedores habian mostrado con los insurjentes de Carácas. Los constitucionales españoles, tan torpes para dirijir los negocios de América como lo fué despues Fernando VII, llegaron mas léjos todavía: la rejencia no sólo aprobó la conducta de Monteverde, sino que lo autorizó para llevar a cabo un plan de pacificacion que consistía en pasar a cuchillo a todos los que tomasen armas contra las tropas del rei i para condenar a muerte a los que admitiesen empleos de las autoridades revolucionarias. Monteverde estaba persuadido de que con este sistema iba a consumar la reduccion de Venezuela, cuando supo los triunfos de los rebeldes en las provincias orientales.

Inmediatamente reunió algunas tropas, i con ellas se embarcó en La Guaira el 27 de abril de 1813. Al desembarcar en Barcelona anunció en una arrogante proclama que los facciosos de aquellas provincias iban a desaparecer "con la misma facilidad con que se disipa el humo al impulso del viento". El 25 de mayo se presentó lleno de jactancia, a la cabeza de 2,000 hombres, en frente de Maturin que defendia el heroico Piar. Los independientes tenian poca tropa i escasísimas municiones; pero les sobraba el valor. "Atacamos la plaza con una intrepidez asombrosa, escribia Monteverde: se rechazó la caballería insurjente por tres veces; pero por último, los enemigos arrollaron la nuestra i ámbas

el cuerpo de reserva, lo que causó una dispersion jeneral. Yo escapé de milagro i he pasado trabajos que nadie se podrá figurar, pero felizmente lo cuento." Los realistas perdieron cerca de 500 hombres i muchas armas i municiones, i Monteverde pudo salvar por medio de una fuga vergonzosa. Para que su derrota fuera todavía mas alarmante, supo entónces que la insurreccion se levantaba amenazadora en las provincias occidentales i que tenia a su cabeza un militar oscuro, pero que se anunciaba con todas las dotes de un gran jeneral.

7. **Primera campaña de Bolívar; los patriotas recuperan a Venezuela.**—Entre los revolucionarios venezolanos que habian escapado de la persecucion de Monteverde figuraba particularmente el coronel don Simon Bolívar. Jóven entónces de veinte i nueve años, miembro de una familia ilustre i rica de Carácas, de educacion esmerada, adquirida particularmente en un largo viaje a Europa, se habia señalado hasta entónces mas por estos antecedentes que por sus servicios a la revolucion. Sin embargo, Bolívar habia desempeñado una mision en Inglaterra, i a su vuelta a Venezuela se habia distinguido como militar en el asalto de Valencia bajo el mando de Miranda, i desempeñado, es verdad que desgraciadamente, el cargo de gobernador de Puerto Cabello. Ocupada Carácas por Monteverde i preso el jeneral Miranda, Bolívar obtuvo por el intermedio de un comerciante español apellidado Iturbe, un pasaporte para salir de Venezuela i para trasladarse a la isla de Curazao, entónces en poder de los ingleses (10 de agosto) Tan escasa debia ser su importancia en aquella época, que se le concedió fácilmente aquel salvo conducto.

Bolívar, con todo, poseia un gran jenio i mas que todo un gran corazon. Despues de mes i medio de residencia en Curazao, resolvió con algunos compatriotas suyos trasladarse a Cartajena, i ofrecer sus servicios a los revolucionarios neo-granadinos, en guerra entónces con los realistas que ocupaban la provincia de Santa Marta. En Cartajena dió a luz una esposicion de las causas que habia producido

la reconquista de Venezuela, documento notable por la rectitud de sus juicios i por el ardor patriótico que respiraba, i que iba destinado a señalar a los neo-granadinos los peligros que convenia evitar. El gobierno de Cartajena aceptó los servicios de Bolívar i de sus compañeros, i destinó a éstos al ejército que, bajo el mando de un aventurero frances llamado Pedro Labatut, sostenia la guerra en el estenso territorio que baña el Magdalena. Bolívar recibió el mando de una division estacionada en el pequeño pueblo de Barrancas, en la parte alta del rio, miéntras Labatut operaba por la rejion de su embocadura. El resultado de la campaña fué completamente feliz, pues miéntras Labatut conquistaba la provincia i plaza de Santa Marta, Bolívar cruzó resueltamente el Magdalena, ocupó la villa de Tenerife (23 de diciempre de 1812) i continuando su marcha al sur por la orilla izquierda del rio, batió diversas partidas realistas i les quitó la ciudad de Mompos.

Bolívar reveló en estas operaciones grandes dotes militares, que atrajeron sobre él la atencion pública; pero una vez en el camino de la victoria, no se detuvo allí. El enemigo huia delante de él, o fué derrotado en diversos combates de cuyas resultas quedó limpio de realistas todo el estado del Magdalena (enero de 1813). Autorizado por el gobierno de Cartajena para ausiliar al comandante militar de Pamplona, Bolívar se acercó a las fronteras de Venezuela, batiendo diversas partidas españolas i derrotó un cuerpo considerable en San José de Cúcuta (28 de febrero). El congreso neo-granadino reunido en Tunja, lo declaró ciudadano del estado i brigadier de sus ejércitos; pero Bolívar, en la frontera de su patria, no pensaba mas que en invadirla para libertarla de sus opresores.

Desgraciadamente, Nueva Granada, aunque mas desembarazada de enemigos, no podia prestar por entónces grande apoyo a aquella empresa. La discordia que nació allí desde los principios del movimiento revolucionario, habia producido la guerra civil; de modo que no era posible facilitar a Bolívar recursos proporcionados a la magnitud del

plan que proyectaba. Sin embargo, el congreso de Tunja lo autorizó para invadir las provincias mas occidentales de Venezuela, sujetándolo a ciertas condiciones; i en efecto, Bolívar abrió la campaña a la cabeza de 1,000 hombres, i alcanzó en las primeras operaciones mui señaladas ventajas sobre el enemigo. Pero el jeneral venezolano esperimentó en breve nuevas dificultades: algunos jefes neo-granadinos que debian acompañarlo, se negaron a hacerlo por haber declarado los oficiales en una junta de guerra que la reconquista de Venezuela era una empresa descabellada. Bolívar conservó su resolucion: seguido de algunos venezolanos que ya se habian ilustrado en su patria i de 500 soldados, comenzó las operaciones militares contra los realistas que contaban con 6,000 hombres.

Los primeros sucesos de la campaña fueron desastrosos. Las tropas de Bolívar se engrosaron desde que penetró en el territorio de Venezuela; pero una division de 200 hombres fué destrozada por el enemigo. Mandaba esta division don Nicolas Briceño, abogado venezolano, tan fogoso revolucionario como militar atolondrado. Su irritacion por las crueldades ejercidas por los españoles lo habia llevado a declarar la guerra a muerte, i su mal dirijido arrojo lo precipitó a la provincia de Barénas en donde comenzó a poner en planta su sistema, fusilando a dos españoles en el pueblo de San Cristóbal. Briceño fué derrotado en aquella provincia i fusilado con siete compañeros. Aunque habia emprendido estas operaciones e iniciado la guerra a muerte contra las órdenes de Bolívar este, desastre debia causar una impresion desfavorable entre los invasores de Venezuela; pero la actividad del jeneral en jefe restableció el ánimo de sus tropas.

Bolívar dividió su ejército en dos cuerpos, reservando para sí el mando de uno de ellos, i confió el otro al bizarro coronel venezolano don José Félix Rívas. Ambas divisiones se dirijieron a la provincia de Carácas pasando por las ciudades de Mérida i Trujillo i batiendo constantemente las partidas españolas. En Trujillo supo las atrocidades

cometidas por los realistas en la rejion oriental de Venezuela, i allí despues de largas vacilaciones, publicó el 15 de junio [2] una célebre proclama por la cual declaraba al enemigo una guerra sin cuartel. "Españoles i Canarios, decia; contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obrais activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida aun cuando seais culpables".

El resto de la campaña fué una serie no interrumpida de triunfos. El coronel Rívas batió (23 de junio) una columna española en Niquitao, tomando cerca de 500 prisioneros i un número considerable de armas; i un mes despues obtuvo otra victoria en el sitio denominado de los Horcones, consiguiendo ventajas no ménos señaladas. Reunidas las dos divisiones, i engrosadas con los ausiliares que se presentaban, el ejército de Bolívar alcanzó a contar cerca de 2,000 soldados. Con ellos atacó el grueso de las tropas de Monteverde, que a las órdenes del coronel don Julian Izquierdo, trataba de impedirle el paso a la capital. La batalla tuvo lugar el 31 de julio en los Tahuanes, a poca distancia de Valencia; i en ella los patriotas alcanzaron una espléndida victoria. El siguiente dia, cuando Monteverde supo la derrota de los suyos huyó apresuradamente de Valencia, en donde se hallaba, para ir a encerrarse detras de las fortificaciones de Puerto Cabello.

El jefe invasor, despues de una penosa campaña consumada con tanta actividad como audacia se encontró en el centro de Venezuela, a la cabeza de tropas victoriosas i con el camino espedito para llegar hasta Carácas. El coronel español Fierro, que mandaba en esta ciudad, despues de oir el parecer de una junta de notables, acordó que se despachase una comision cerca de Bolívar para proponerle que

---

[2] La jeneralidad de los historiadores asigna a esta proclama la fecha 15 de julio, por haberse publicado así en una hoja suelta. Véase lo que acerca de esto dice RESTREPO en la nota 10 puesta al fin del 2º tomo de su *Historia de la revolucion de Colombia* (2ª edicion).

los realistas evacuarian todo el territorio de Venezuela si se les acordaban algunas garantías. El vencedor estaba seguro de que la capital no podia oponer resistencia alguna; sin embargo, trató con los vencidos para evitar una inútil resistencia, i empeñó su palabra de no inquietar a nadie por sus opiniones pasadas i de dejar a todos la libertad de salir de Venezuela con sus bienes.

Los peninsulares, sin embargo, creian que Bolívar iba a observar la conducta pérfida que habia seguido Monteverde. El gobernador de Carácas se alejó de esta ciudad i se embarcó en La Guaira, dejando abandonados a mas de quinientos españoles que no tenian medio alguno de huir, i que despues del encarnizamiento con que se habia hecho la guerra, no debian esperar favor de sus enemigos. Bolívar, con todo, hizo su entrada triunfal en Carácas el 7 de agosto de 1813, en medio de las mas espléndidas manifestaciones del entusiasmo público; i en vez de manchar su triunfo con crueles represalias, despachó emisarios a Puerto Cabello a pedir a Monteverde la ratificacion del convenio que salvaba la vida a los prisioneros. El jeneral realista se negó a evacuar el territorio venezolano, declarando que tratar con los rebeldes era rebajar la dignidad española, i dejó por, tanto, abandonados a su suerte a los infelices a quienes había comprometido en una guerra cruel. Bolívar que en cumplimiento de su célebre declaración de *guerra a muerte*, habia fusilado algunos prisioneros durante la campaña, trató a los realistas de Carácas con mucha mas induljencia, reduciéndolos sólo a prision, i embargando sus bienes para el sostenimiento de la guerra.

"Tales fueron los resultados de esta rápida campaña, que los hombres intelijentes colocan al lado de las mas atrevidas empresas militares de que la Europa ha sido teatro, dice un historiador aleman. El ejército patriota habia recorrido en tres meses un camino de doscientas cincuenta leguas desde Cúcuta hasta Carácas, i presentado quince batallas campales i un gran número de combates ménos importantes. Esta campaña ha sido el jérmen de la gran-

deza futura de Bolívar, i le ha merecido el primero i quizá el mas hermoso i el mas puro floron de su corona triunfal. Aun esa acta de triste memoria por la cual proclamó la guerra a muerte, no puede marchitar esta gloria" [3].

A pesar de la persistencia de Monteverde, los españoles quedaron por entónces reducidos sólo a Puerto-Cabello i sus inmediaciones. En el oriente, los patriotas venezolanos habian adquirido ventajas semejantes. La isla de Margarita, pronunciada por los independientes, ausilió con buques i otros recursos a Mariño i sus compañeros. Dirijiendo las operaciones militares con grande actividad, i miéntras Bolívar libertaba de enemigos la rejion occidental, Mariño alcanzaba en la otra estremidad del territorio notables ventajas sobre los españoles i les quitaba las importantes plazas de Cumaná (3 de agosto) i de Barcelona (19 de agosto), obligando a los últimos restos enemigos a refujiarse en los llanos vecinos al Orinoco.

8. Administracion de Bolívar; prosecucion de la guerra.—Por importantes que fueran los triunfos alcanzados por Bolívar, su situacion distaba mucho de parecer estable. Monteverde estaba encerrado en Puerto Cabello; en Coro quedaba el coronel español don José Ceballos con algunas fuerzas; aparte de estas plazas, la causa de la metrópoli tenia numerosos auxiliares. Los realistas fujitivos de las provincias orientales, despues de los triunfos de Mariño, se habian acojido a las inmensas llanuras que riegan el Orinoco i sus afluentes; i dos de ellos, José Tomas Bóves i Francieco Tomas Moráles, desplegaron los recursos de un jenio estraordinario. El primero, asturiano oscuro, simple marinero en su juventud, condenado a presidio por actos de piratería, habia cambiado su apellido de Rodríguez por el de Bóves, que era el benefactor suyo. Morales, canario igualmente oscuro, hombre grosero i cruel, pero astuto i emprendedor, fué su mas importante ausiliar. Ambos habian

3 G. G. Gervinus, *Histoire du XIX siècle*, t. VI, p. 256 de la traduccion francesa.

servido en las filas de los revolucionarios; pero luego las abandonaron para ser sus mas resueltos i feroces enemigos. En los llanos del Orinoco, Bóves tan sagaz como valiente, encontró recursos de que otros no habrian sabido aprovecharse. Sus pobladores, ganaderos errantes i semi-bárbaros, eran hombres tan ájiles como vigorosos, acostumbrados a todos los sufrimientos imajinables, a una vida llena de privaciones i a una lucha tenaz con los animales i con el clima, ávidos de pillaje, sin costumbres de trabajo i habituados a mirar en poco los peligros. Esos terribles llaneros iban a entrar en campaña bajo las órdenes de Bóves para llevar con él a todas partes la desolacion i la muerte.

Bolívar, ignorante talvez del peligro que amenazaba la revolucion en el sur, habia contraido su atencion a cimentar su poder. El gobierno independiente se hallaba constituido en dos dictaduras militares, la de Mariño en el oriente i la de Bolívar en Carácas, miéntras que en otras provincias jerminaba el espíritu de federacion, tan opuesto a la unidad de pensamiento que las circunstancias requerian. Una junta de vecinos habia fijado las bases del gobierno en la capital, i confiado a Bolívar el mando supremo; éste se manifestó desde luego resueltamente enemigo del sistema federal, i supo imprimir a los negocios del estado una marcha tan firme como uniforme. "Recórrase la presente campaña, decia en una proclama publicada en Carácas el 13 de agosto, i se hallará que un sistema mui opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos i sacrificios hechos, si volviéramos a las embarazosas i complicadas formas de la administracion que nos perdió."

Apénas hubo restablecido algo el gobierno político, Bolívar volvió su atencion a las necesidades de la guerra. Una parte de sus tropas fué despachada al sur para combatir las guerrillas de Bóves, que por entónces empezaba a hacer sus correrías. El resto del ejército, comandado por el mismo jeneral en jefe, marchó sobre Puerto Cabello, le puso sitio (fines de agosto de 1813), i aun alcanzó en los prime-

ros dias mui señaladas ventajas. Sin embargo, todo anunciaba que el sitio se prolongaria algun tiempo, cuando el 10 de setiembre entró al puerto una escuadrilla española trayendo un refuerzo de 1,200 hombres que venian de la península bajo el mando del coronel don José Miguel Salomon. Bolívar, cuyas tropas sufrian las enfermedades reinantes en aquel clima mortífero, dispuso en el momento la suspension del sitio i la retirada a Valencia, i ejecutó este movimiento con tanta habilidad que derrotó dos veces las fuerzas españolas que marcharon en su persecucion. El mismo Monteverde fué herido en el segundo combate.

Estas ventajas, seguidas de otras que alcanzaron las tropas del sur contra los llaneros de Bóves, no fueron decisivas, sino que, por el contrario, no hicieron mas que aplazar el desenlace de la guerra. Bolívar pasó a Carácas para dar impulso a la organizacion militar. El 14 de octubre de 1813, el cabildo de aquella capital i todas las autoridades civiles lo aclamaron, con aplauso del pueblo, capitan jeneral de las tropas de Venezuela, cargo que habia ejercido de hecho; i le dieron el glorioso título de *Libertador*, con que es conocido en la historia. Para no infundir celos, Bolívar creó pocos dias despues (28 de octubre) la órden de Libertadores, i la concedió a los mas distinguidos de sus compañeros.

Pero la guerra no daba tiempo para estos trabajos de organizacion. El coronel Ceballos, aprovechándose del desamparo en que los patriotas habian dejado algunas provincias del occidente, salió de Coro i las invadió con un cuerpo de mas de 1,000 hombres, señalando su marcha por las derrotas de los independientes, i engrosando considerablemente sus tropas. Bolívar mismo, que marchó de Carácas con algunas fuerzas, fué batido en Barquisimeto (10 de noviembre) en el instante en que parecia tener asegurada la victoria, i a causa de una falsa alarma de sus soldados.

El Libertador vengó prontamente esta derrota. Monteverde, queriendo aprovecharse de ella, hizo marchar contra Bolívar un cuerpo de tropa al mando del comandante Sa-

lomon: pero éste fué batido en Vijirima, i se vió obligado a replegarse a Puerto Cabello (fines de noviembre). El vencedor no se contentó con esto; siguió su marcha al occidente en busca de las fuerzas de Ceballos; i despues de algunos movimientos tan rápidos como bien ejecutados, las derrotó completamente en Araure (5 de diciembre de 1813), asegurando así la preponderancia de las armas republicanas en aquellas rejiones.

Pero para afianzar sólidamente los triunfos de Bolívar, se habria necesitado una reconcentracion de todas las fuerzas i recursos con que podia contar la naciente república. Desgraciadamente, no sucedió así: Mariño en el oriente aspiraba a ser jefe supremo, i en vez de ausiliar al Libertador, reclamaba de éste que lo reconociera en aquel rango, perdiendo en inútiles cuestiones el tiempo de que sabia aprovecharse el enemigo. Los realistas habian reconcentrado la guerra en el occidente, eran dueños de los alrededores del lago de Maracaibo, se sostenian en los llanos inmediatos al Orinoco, a pesar de los triunfos alcanzados por los independientes, e inquietaban a éstos por el lado de Puerto Cabello. Si Mariño se hubiera encargado de combatir a los llaneros de Bóves, el Libertador habria quedado en situacion de concluir con los últimos restos del poder español; pero en vez de hacer ésto, aquél se limitó a mandar algunas naves bajo las órdenes de Piar a bloquear a Puerto Cabello que defendia Monteverde.

Entre los realistas no reinaba mas armonía. Los defensores de Puerto Cabello acusaban a Monteverde de torpeza en la direccion de la guerra, atribuyendo a sus vacilaciones los contrastes sufridos hasta entónces. El 28 de diciembre lo depusieron del mando supremo, sin grandes dificultades, obligándolo a retirarse a Curazao, i esperando que llegara recibirse del mando el brigadier don Juan Manuel de Cajigal, a quien las cortes españolas habian nombrado capitan jeneral de Venezuela. Miéntras tanto, los realistas quedaron mandados por diversos jefes en toda la estension del territorio: Bóves i Rosete, en el sur, arrastraban con-

sigo los llaneros, miéntras Pui, Yáñez i Palomo (este último era negro) mantenian la guerra en el occidente. Eran todos estos hombres de baja estraccion, manchados con crímenes horribles, que hacian la guerra con gran vigor, pero con una crueldad injustificable. Los prisioneros eran fusilados sin piedad; e igual suerte corrian todos los hombres que no se presentaban gustosos a seguirlos en la campaña. Algunos de esos caudillos llevaban marcas de fierro para marcar con fuego en la frente a los pocos prisioneros a quienes perdonaban la vida. Los jefes españoles que como Cebállos i despues el mismo Cajigal, estaban acostumbrados a la disciplina militar i tenian sentimientos mas humanos i elevados, fueron impotentes para reprimir el furor de sus subalternos.

La guerra se mantenia con un ardor estraordinario. En ninguno de los estados americanos la lucha de la independencia fué mas porfiada i tenaz, ni se señaló por mayores atrocidades. Los caudillos realistas, groseros i feroces, poseian mucha audacia i notables talentos militares. Bolívar, por su parte, desplegó el jenio de un gran jeneral i el tino de un hombre de Estado en la direccion de la campaña; i no sólo supo batir al enemigo en repetidas batallas, sino que dominó a los mismos revolucionarios, tan dispuestos a la desobediencia, i cansados ya con los sacrificios que les imponia una guerra tan penosa i tan cruel. El pueblo de Carácas, reunido en una asamblea el 2 de enero de 1814, confirmó a Bolívar en el cargo de jefe supremo del ejército i del estado; i éste logró atraerse a Mariño, para reunir sus fuerzas i dar un impulso mas poderoso a las operaciones militares.

La campaña de 1814 se abrió bajo auspicios favorables para los independientes. Yáñez que acababa de cometer los mayores excesos en la provincia de Barínas, fué batido dos veces por la division patriota que mandaba el jeneral don Rafael Urdaneta, i sucumbió en su segunda derrota (2 de febrero). Pero el principal peligro de la nueva república estaba en el sur, donde Bóves habia reunido 7,000 hombres,

a cuya cabeza comenzó una nueva campaña desde fines de enero; de acuerdo con Rosete, señalando ámbos sus operaciones por grandes atrocidades. A pesar de las ventajas alcanzadas por éstos en sus primeros pasos, i de su superioridad numérica, el bizarro jeneral Rivas derrotó al primero en Victoria 12 de febrero, i al segundo en Charallave 20 de febrero sin poder sin embargo consumar su completa dispersion.

Hasta entónces, el decreto de guerra a muerte habia sido, fuera del campo de batalla, una simple amenaza a los realistas. Bolívar i otros jefes habian fusilado a algunos, particularmente despues de los combates, pero casi siempre la pena habia recaido en hombres manchados con otros delitos. En Carácas i en La Guaira conservaba cerca de ochocientos prisioneros españoles, tomados el año anterior; i éstos, poniéndose de acuerdo con los realistas refujiados en las islas vecinas, preparaban una vasta conspiracion. Bolívar no quiso tolerar este último acto. Los jefes que dirijian la campaña contra los independientes no perdonaban un solo prisionero, de modo que no habia una verdadera retaliacion; pero ahora las cosas cambiaron de aspecto. Desde el 12 de febrero (1814), el coronel don Juan Bautista Arizmendi, que gobernaba en Carácas, dió principio, de órden del Libertador, a las ejecuciones militares que llevaron al patíbulo mas de ochocientos españoles i canarios. Este hecho terrible, considerado por los enemigos de Bolívar como una inútil atrocidad, i por sus parciales como una necesidad de la situacion, no puede ser juzgado segun los principios absolutos de la moral, sino en vista de los antecedentes que dieron lugar a él, i que hasta cierto punto lo justifican. El mismo Libertador ha hecho su defensa en un manifiesto justamente célebre por su elocuencia i por la elevacion de miras.

Bolívar se hallaba entónces situado en la aldea de San Mateo, entre el pueblo de la Victoria i el lago de Valencia, o Tacarigua, i allí habia atrincherado un cuerpo de 1,800 hombres para cerrar a Bóves el camino de la capital. Desde

el 25 de febrero se dejó ver el jefe español, i comenzó sus ataques a las líneas de los republicanos, que se renovaron durante un mes entero. Los patriotas desplegaron en la defensa un valor heroico; i aunque perdieron muchos oficiales i soldados, rechazaron victoriosamente todos los ataques de los realistas, gracias a los talentos militares que manifestó Bolívar. Uno de esos combates (25 de marzo) es memorable por un acto de heroismo digno de los mejores tiempos de Esparta i de Roma. Las municiones de los independientes estaban colocadas a cierta distancia del campamento, en las casas de una de las haciendas del mismo Bolívar, denominada el Injenio, bajo la custodia de 50 hombres que mandaba el capitan neogranadino don Antonio Ricaurte. Bóves, comprendiendo cuánto le importaba tomar posesion de aquel edificio, destacó contra él una gruesa columna, miéntras los patriotas, embestidos por todas partes, veian desde el campamento la pérdida inevitable de sus municiones, sin poder impedirla. Ricaurte, ya que no podia trabar combate, ordenó la retirada de su jente, i esperó que los enemigos, persuadidos de que no hallarian resistencia alguna, penetrasen en las casas para recojer el botin. En esos momentos se siente en todo el campo una espantosa esplosion; i el edificio i los hombres que lo ocupan saltan por los aires en medio de un estruendo aterrador: Ricaurte habia prendido fuego a los depósitos de pólvora, para morir como un héroe. "¿Qué hai de semejante en la historia a la muerte de Ricaurte? esclamaba Bolívar. Este suicidio para salvar la patria, al ejército i a mí, sin mas estímulo que el amor a la independencia i a la libertad, es digno de cantarse por un gran poeta".

La defensa de las líneas de San Mateo se prolongó hasta el 30 de marzo; pero Mariño avanzaba de las provincias orientales en ausilio de Bolívar a la cabeza de 3,500 soldados, i obligó a Bóves a retirarse al oeste, despues de derrotarlo en Bocachico (31 de marzo). Estos repetidos triunfos de los independientes no mejoraban sin embargo la situacion de la guerra. En esa misma época, el bizarro Urdaneta,

con 280 hombres, estaba sitiado en la plaza de Valencia por 4,000 soldados que mandaba Ceballos, i habia sufrido no sólo los vigorosos ataques del enemigo que logró rechazar, sino la falta absoluta de agua i una fatiga constante. Convencido de que no podria resistir nuevos ataques, Urdaneta ordenó a sus oficiales que en cada asalto clavasen los cañones i se replegaran con su tropa al cuartel de artillería en donde estaba el parque de los sitiados, para hacer allí la última defensa i en seguida prender fuego a los depósitos de pólvora. El ejemplo heróico de Ricaurte comenzaba a encontrar imitadores, pero Bolívar, despues de sus triunfos sobre Bóves, habia marchado a Valencia, i llegó a tiempo de salvar a los sitiados de este sacrificio, i de obligar al enemigo a retirarse (3 de abril).

El Libertador prosiguió la campaña con singular ardor en las provincias occidentales. Ceballos se habia reunido con el capitan jeneral de Venezuela don Juan Manuel de Cajigal, i sus tropas eran superiores a las de los independientes. Éstos, sin embargo, alcanzaron señaladas ventajas (abril i mayo); i el 28 de mayo (1814), ámbos ejércitos se encontraron en la llanura de Carabobo. Los historiadores hacen subir a 6,000 el número de los realistas i a 5,000 el de los patriotas; cifras indudablemente exajeradas, pero cuya reduccion no quita la gloria de aquella batalla. Las tropas de Bolívar, mandadas con grande habilidad i envalentonadas por el ejemplo de Urdaneta i otros jefes, destrozaron en pocas horas el ejército español. Toda su artillería, 500 fusiles, 8 banderas, 4,000 caballos, i un gran número prisioneros i de municiones cayeron en poder de los patriotas. Estos, en cambio, tuvieron sólo 12 muertos i 40 heridos. La revolucion venezolana parecia salvada nuevamente de los peligros que la amenazaban.

9. Segunda reconquista de Venezuela por las armas españolas.—Sin embargo, la espléndida victoria de Carabobo, no era decisiva. Bolívar habia derrotado las tropas regulares que mandaba Cajigal en las provincias occidentales; pero éste era el enemigo ménos temible, no sólo por-

que era ménos activo, sino porque queria conducir la guerra con moderacion para evitar las crueldades con que manchaban sus triunfos algunos oficiales españoles a quienes él no podia reprimir. En la rejion de los llanos quedaba Bóves, rehaciendo sus tropas con el ausilio de los pobladores de aquel pais, que se prestaban a acompañarlo con la esperanza de saqueo, i de los españoles de las Antíllas, que le remitian armas i municiones por los rios que van a desaguar al oriente. Bolívar, que sabia mui bien cuán peligroso era aquel enemigo, al mismo tiempo que encargaba a Urdaneta la persecucion de Cajigal, mandó que Mariño, con una division de 2,200 hombres, se situara al sur del lago de Valencia para embarazar la marcha de Bóves, miéntras él mismo organizaba nuevas fuerzas i obtenia nuevos socorros.

Pero la situacion de la naciente república se hacia cada dia mas insostenible. Los triunfos en esa época alcanzados en la península por los defensores de Fernando VII contra los ejércitos franceses, daban a su restauracion en el trono español los caractéres de un hecho consumado; todo hacia presumir que en breve recibirian considerables refuerzos los realistas de Venezuela, miéntras que este pais se hallaba agotado de recursos i sufriendo las funestas consecuencias de una guerra cruel. En medio de esas confusas alternativas de victorias i de derrotas, aun los mas pacíficos de entre sus habitantes, así como las mujeres i los niños, se habian visto forzados a seguir a los ejércitos, ya porque algunos jefes españoles lo obligaron a ello bajo pena de la vida, ya porque voluntariamente marchaban detras de las huestes de patriotas para sustraerse a la saña de sus enemigos, que en su despiadado furor no perdonaban sexo ni edad. Este jénero de guerra habia producido muchos otros males, el primero de los cuales era la paralizacion de la industria, ocasionada por la falta de brazos, en una época en que con tanta urjencia se necesitaban recursos estraordinarios. La masa de la poblacion, víctima del terror, i cansada con los sufrimientos de una lucha cuyo término no se divisaba, pa-

recia dispuesta en favor de un órden de cosas que ofreciera mayor estabilidad; i como era natural, muchos creian que se alcanzarian estas ventajas con el restablecimiento del antiguo réjimen, que durante tantos años habia asegurado una paz inalterable. Los síntomas de este principio de reaccion se hicieron sentir en breve. En el ejército de Bolívar habia comenzado a notarse una considerable desercion, que fué necesario reprimir con gran severidad. Los jefes patriotas se vieron privados de espías, esos ausiliares humildes, pero tan importantes en una campaña, i se hallaron por tanto en la mas completa ignorancia de lo que pasaba en el campo contrario, de las fuerzas del enemigo, de sus planes i de sus movimientos.

A principios de junio (1814), Bóves, cuyo ejército hacen subir los historiadores a la cifra indudablemente exajerada de 8,000 hombres, movió sus tropas con direccion a la capital. Mariño, sin tener noticia cierta de los recursos del enemigo ni de la distancia que lo separaba, se adelantó al sur con el propósito de cerrarle el paso, i fué a acamparse en el sitio denominado La Puerta. Allí se le reunió Bolívar, el 15 de junio, en el momento mismo en que se avistaba Bóves con todo el grueso de su ejército. El combate se empeñó con gran ardor. Los independientes, aunque sólo tenian poco mas de un tercio de las tropas con que contaban los realistas, se batieron con todo denuedo, pero sólo alcanzaron a demorar su derrota: los republicanos perdieron sus cañones i municiones i mas de mil hombres muertos en la batalla o fusilados despues de la derrota. Bolívar i Mariño se salvaron retirándose precipitadamente hácia Carácas.

Bóves era demasiado activo i sagaz para que no supiera aprovecharse de su victoria. Marchó prontamente sobre Valencia, arrollando los cuerpos enemigos que se pusieron delante, i fué a sitiar al coronel venezolano Escalona que defendia aquella ciudad. Los patriotas resistieron heroicamente, pero nada podian contra fuerzas mui superiores i envalentonadas con su reciente triunfo. Cajigal, Ceballos i

otros jefes españoles, que llegaban de las provincias del occidente con sus tropas, se reunieron a Bóves en los alrededores de Valencia (4 de julio) i estrecharon el sitio. Por fin, el valiente Escalona se vió obligado a capitular. Los españoles prometieron, en una misa que se celebró delante de los dos ejércitos, respetar las vidas i las propiedades de los vencidos (10 de julio de 1814); i éstos depusieron las armas. La capitulacion, que habria sido cumplida por el honrado Cajigal, fué violada por Bóves i por sus oficiales, a pesar de las órdenes del jeneral en jefe. Algunos patriotas fueron inhumanamente asesinados, i otros tuvieron que buscar la salvacion en la fuga.

Carácas habia caido tambien en poder de los españoles. Despues de la derrota de La Puerta, Bolívar habia creido poder organizar la resistencia de la capital, esperando al efecto que llegara a reunírsele con sus tropas el jeneral Urdaneta, que entónces se hallaba en las provincias occidentales. Pero luego desistió de ese proyecto, que sólo habria acarreado mayores males a Carácas, i dispuso la retirada a la rejion del oriente con el resto de sus tropas (6 de julio). El Libertador creia encontrar allí mayores elementos de resistencia, i sobre todo ménos cansancio en sus habitantes, por haber sufrido mucho ménos en la última campaña. Desgraciadamente, los soldados de Bolívar fueron seguidos por masas de jente inerme e inútil, que queria huir de las venganzas i atrocidades de los vencedores, i que embarazaba las operaciones militares. Las primeras partidas del ejército español entraron a Carácas el 8 de julio. De pronto no se hicieron sentir los dolorosos efectos de la reconquista; pero el 16 del mismo mes llegó Bóves, i a pesar de haber ofrecido indulto a los patriotas que se presentaran, éstos i los demas presos fueron castigados con singular ferocidad, i de ordinario con el último suplicio. Cajigal, no pudiendo reprimir los malos instintos de sus subalternos, i profundamente disgustado por las humillaciones de que era víctima, se habia retirado algunos dias ántes a Puerto Cabello.

No era difícil ver que se acercaba el fin de la campaña. Para consumar la reconquista de Venezuela, habian dispuesto que el comandante Calzada marchase al occidente con un cuerpo de tropas en persecucion del jeneral patriota Urdaneta, al mismo tiempo que Moráles, segundo de Bóves, se dirijia al oriente con el grueso de sus fuerzas para destruir los últimos restos del ejército de Bolívar. Urdaneta, embarazado para reunirse al Libertador, se retiró hábilmente con cerca de mil hombres hasta penetrar en Nueva Granada. La retirada de Bolívar fué mucho mas azarosa: acosado por Moráles, que habia reunido cerca de 8,000 soldados, el Libertador no podia marchar con la rapidez conveniente por causa de la multitud de jente de todas edades i sexos que lo seguia i que embarazaba las operaciones militares. De Cumaná salió en su ausilio un cuerpo de 1,000 patriotas, mandado por el coronel Bermúdez; i con éstos, sus fuerzas alcanzaron a 3,000 soldados. En la ciudad de Aragua, provincia de Barcelona, fué vigorosamente atacado el 18 de agosto (1814) por el ejército de Moráles, i a pesar del valor que desplegaron los independientes, fueron obligados a retirarse en diversas direcciones: Bolívar hácia el norte, para Cumaná, i Bermúdez al oriente, en direccion a Maturin, sitio en otro tiempo de gloriosas victorias de los revolucionarios. La matanza de los prisioneros i de numerosas personas inermes i pacíficas, se siguió al triunfo de los españoles. Se calcula en 4,700 los muertos en aquel dia funesto.

Despues de esta derrota, todo pareció perdido para los independientes. Bolívar se retiró a Barcelona con una parte de su infantería; pero en breve tuvo que evacuar esta ciudad. En Cumaná, penetrado de que sus esfuerzos era inútiles para mantener en pié la revolucion, se embarcó en compañía de Mariño, llevando consigo el dinero reunido en su retirada, para organizar la resistencia en otra parte. El jefe de la escuadrilla, un italiano apellidado Bianchi, aventurero ruin i codicioso despojó desvergonzadamente a los fujitivos de la mayor parte de sus tesoros, ántes de dejarlos

en la isla Margarita. No queriendo abandonar su patria sin hacer una nueva tentativa, Bolívar desembarcó en Carúpano (3 de setiembre), donde mandaban todavía los jenerales rebeldes Rívas i Piar; pero allí encontró operada entre los suyos una revolucion semejante a la que en 1812 se habia formado contra Miranda. Bolívar fué destituido, i Mariño apresado; i quién sabe qué rumbo habrian tomado las cosas, si Bianchi no se hubiera presentado al puerto a reclamar militarmente las personas de los jenerales a quienes acababa de despojar de sus bienes. Despues de pasar por humillantes ultrajes, el Libertador se hizo a la vela para Cartajena.

La guerra se mantuvo todavía algun tiempo mas en las provincias orientales. Los últimos restos del ejército independiente se batieron allí con gran heroicidad. En la defensa de Maturin, derrotaron completamente las tropas de Moráles (12 de setiembre); i aunque las de Bóves dispersaron a los rebeldes en Urica (5 de diciembre), este jefe murió de una lanzada en el combate. El valiente Rívas, sorprendido en una retirada por una division española, fué fusilado, i su cadáver destrozado i repartido en varios pueblos. La resistencia heroica de los patriotas, si bien prolongó la lucha sin grandes esperanzas de buen éxito, no hizo mas que enfurecer a los españoles i precipitarlos a mayores atrocidades. Moráles, que despues de la muerte de Bóves continuó en el mando desobedeciendo al capitan jeneral Cajigal, se señaló por la ejecucion de los mas espantosos crímenes que recuerda la historia del nuevo mundo. A principios de 1815 sólo quedaban en pié los patriotas que defendian la isla de Margarita. La segunda reconquista de Venezuela por los realistas quedaba así consumada. La falta de unidad de accion entre los jefes revolucionarios habia contribuido poderosamente a preparar este resultado.

10. Arribo de una espedicion española mandada por el jeneral Morillo.—El gobierno de Venezuela quedó entónces sumido en el mas espantoso desórden. La autoridad

de Cajigal era respetada en Puerto Cabello; miéntras que Moráles pretestando que no reconocia sino los nombramientos firmados por el mismo rei, quedaba en realidad con el mando de las tropas i de la colonia. En marzo de 1815 llegó a Carácas una real órden por el cual el ministerio de Indias reprobaba la conducta de Bóves i le mandaba someterse al capitan jeneral. El honrado Cajigal pasó entónces a Carácas, i se ocupó en restablecer el órden en medio de la confusion en que habian dejado los negocios administrativos sus feroces i rapaces subalternos.

En esa época habia partido de España un ejército considerable para someter aquellas provincias a la antigua dominacion. Cajigal tenia anunciado a su gobierno desde tiempo atras que la pacificacion de Venezuela no quedaria definitivamente asegurada miéntras no llegasen tropas respetables de la península. Fernando VII, reinstalado en el trono desde marzo de 1814, habia desplegado su terrible autoridad para restablecer las cosas bajo el mismo pié en que se hallaban ántes de 1808: disolvió las cortes constitucionales, persiguió a todos los hombres señalados por sus ideas de libertad, i reconstituyó la monarquía absoluta. En seguida pensó en América, i dispuso que se reuniesen las tropas necesarias para consumar su pacificacion. El mando de ellas fué confiado al teniente jeneral Pablo Morillo, hombre de oríjen oscuro, elevado de sarjento de marina a este alto grado por sus servicios en la guerra de la independencia española, i dotado de grande actividad, de mucho valor i de alguna intelijencia.

Las tropas espedicionarias alcanzaron a 10,600 hombres, i para ellas se reunieron en Cádiz cerca de cien embarcaciones entre naves de guerra i trasportes. Al principio, el rei las habia destinado al Rio de la Plata; pero luego cambió de determinacion i dispuso que marcharan a Venezuela i Nueva Granada. Las instrucciones de Morillo, dictadas por el soberano desprecio con que Fernando VII i sus consejeros miraban a las colonias americanas, lo autorizaban

ámpliamente para disolver las audiencias, restablecer la administracion i gobernar segun los dictados de la prudencia. El monarca, sin embargo, le recomendaba alguna induljencia hácia los insurrectos, i mucha desconfianza respecto de los malvados que se habian proclamado defensores de la causa real para satisfacer ruines pasiones.

En febrero de 1815 zarpó de Cádiz la espedicion pacificadora. El 3 de abril arribó a la costa de Cumamá, donde Moráles habia reunido 5,000 hombres i algunas naves para marchar contra los patriotas que defendian la isla de Margarita bajo las órdenes de los jenerales Bermúdez i Arizmendi. Morillo quiso apoderarse de cualquier modo de este último asilo de insurjentes; pero éstos, que conocian la imposibilidad en que se hallaban de defenderse; desistieron de todo pensamiento de resistencia. Bermúdez se fugó para Cartajena i Arizmendi, aunque comprometido con los fusilamientos de Carácas de 1814, se rindió a Morillo; i éste lo trató benignamente. Todo hacia creer que el Pacificador estaba animado de propósitos conciliadores.

El 11 de mayo de 1815, entró Morillo a Carácas. La fama de su prudencia lo precedia, de manera que se le recibió favorablemente por el pueblo, cansado ya con los horrores que habian acompañado a la guerra. Contrájose a poner órden en el gobierno, manifestando en todo gran moderacion. Luego se supo, sin embargo, que esa templanza era afectada. Entre Moráles i Cajigal, entre el malvado que cometió tantos crímenes i el mandatario humano i prudente que pudo reorganizar la administracion, Morillo se pronunció por el primero, dejó impunes sus atentados anteriores, i ni aun lo reconvino por haber fusilado pérfidamente a algunos de los prisioneros de la isla de Margarita.

Pocos dias despues, se descubrieron mejor sus propósitos. El navío *San Pedro*, el mas grande de los buques espedicionarios, se habia incendiado (21 de abril). Se anunció que con esa embarcacion se habian perdido la caja militar i una gran cantidad de vestuarios i de pertrechos. Morillo, queriendo reparar esta pérdida, exijió un préstamo forzoso de 200,000 pesos a los habitantes de Carácas, i organizó una junta de secuestros encargada de embargar i vender los

bienes de todas las personas comprometidas en la rebelion. Los venezolanos creyeron que el incendio de aquel navío era intencional, para dar pretesto a estas medidas con que los llamados "*pacificadores*" querian encubrir un gran robo. Segun ellos, la caja militar fué sustraida en Cádiz por los jefes de la espedicion. Otros creyeron que la caja no existió nunca, i que el incendio del buque habia sido un espediente preparado en la corte para imponer contribuciones a los venezolanos.

La dominacion de Morillo ofendió en breve a los mismos realistas de Venezuela. La reconquista de aquel pais, como se sabe, no habia sido operada por los españoles. Venezolanos eran los vencedores en La Puerta i en Aragua, que habian desplegado tan gran valor en la lucha. Los peninsulares que acompañaban a Morillo, venian infatuados por el mas injustificable orgullo, i allí, como en toda la América, comenzaron a hacer alarde de su desprecio por los soldados criollos. No fué difícil divisar una reaccion inmediata en contra de los españoles.

El "Pacificador" cometió todavía nuevas exacciones, organizando tribunales a su amaño, i con esclusion de los miembros de la audiencia de Carácas. En seguida confió el gobierno de Venezuela al brigadier don José Ceballos; i él se embarcó para Santa Marta (12 de julio), con el propósito de consumar la pacificacion del virreinato de Nueva Granada. El nuevo gobernador mantuvo i desarrolló el réjimen militar establecido por los vencedores, con sus consejos de guerra permanentes, las confiscaciones de las propiedades i la persecucion de los patriotas.

El triunfo de los realistas quedaba consumado, pero la violenta represion produjo efectos contrarios a los que se esperaban. Los revolucionarios, perseguidos en todas partes, fueron a reunirse en los campos vecinos al Orinoco, en donde, animados por el coraje que infunde la desesperacion, organizaron algunas guerrillas con que mantuvieron a los realistas en grande inquietud. Distinguiéronse entónces en

aquella rejion los cabecillas Zaraza, Cedeño, Monágas i Barreto, que estaban destinados a adquirir una gran nombradía en la historia de Venezuela, miéntras otros caudillos abrian las hostilidades en las provincias de occidente [4].

[4] Para narrar los sucesos referentes a la revolucion de Venezuela, he tenido constantemente a la vista las *Historias* ya citadas de BARALT i de RESTREPO (2ª edicion) i el 4º volúmen de la *Jeografía Jeneral* por MONTENEGRO COLON (Carácas, 1837), que contiene una historia cabal de aquella República. La *Biografía de don Andres Bello* por don Miguel L. i don Gregorio V. AMUNÁTEGUI, (Santiago de Chile, 1854) contiene noticias mui interesantes i desconocidas acerca de los sucesos que prepararon la revolucion de Venezuela, i en los que fué testigo i actor aquel eminente literato.



CAPÍTULO VII.

Revolucion de Quito i de Nueva Granada

(1808—1816).

1. Revolucion de Quito.—2. Creacion de las juntas de Cartajena i de Bogotá.—3. Campañas militares en el sur; fin de la insurreccion de Quito.—4. Ajitaciones en Nueva Granada.—5. Primeras hostilidades entre Santa Marta i Cartajena.—6. Administracion de Nariño; guerra civil en Cundinamarca.—7. Declaracion de la independencia en Bogotá; campañas subsiguientes.—8. Segunda guerra civil.—9. Toma de Cartajena por Morillo.—10. Pacificacion de Nueva Granada.

1. Revolucion de Quito.—El virreinato de Nueva Granada, en donde se habian hecho sentir desde años atras notables síntomas de revolucion, estaba gobernado en 1808 por el teniente jeneral don Antonio Amar, hombre desprovisto de la intelijencia i del prestijio que las circunstancias iban a reclamar. Allí, como en las otras colonias, la noticia de la abdicacion de Cárlos IV i de la caida del príncipe de la Paz, fué recibida con jeneral satisfaccion; pero luego se supo (agosto de 1808) que España habia sido invadida por los franceses, i José Bonaparte, elevado al trono. Estos sucesos, que produjeron en toda América española una natural alarma, fueron causa de una viva ajitacion en aquel virreinato.

La junta gubernativa establecida en Sevilla para resistir

la invasion francesa, envió a Nueva Granada un comisionado, don Juan José Sanllorente, con el encargo de estimular la fidelidad de los colonos, i de remitir a la península los caudales que hubiera disponibles en las arcas fiscales. El virrei Amar reunió en su palacio el 5 de setiembre una junta de las corporaciones i de las personas notables de Santa Fe de Bogotá; i allí se acordó reconocer el gobierno provisional de España, levantar suscriciones para socorrerla en la guerra contra los franceses, i enviar emisarios a Popayan i a Quito a fin de obtener igual reconocimiento. En medio de la aparente uniformidad de pareceres que se manifestó en aquella junta, no era difícil descubrir allí los jérmenes de una oposicion mal encubierta.

Este descontento fué mayor todavía en la provincia de Quito. Gobernaba en ella, con el título de presidente, el jeneral español don Manuel Urriez, conde Ruiz de Castilla, funcionario de antiguo cuño i envejecido en el servicio, anciano, débil i torpe, que manejaban completamente sus consejeros. A pesar de haberse reconocido allí el nuevo gobierno de la metrópoli, el presidente estimuló la resistencia, decretó algunas prisiones por simple sospechas, i mandó procesar a varias personas sin resultado alguno. Este procedimiento arbitrario produjo una sublevacion. Varios vecinos mui caracterizados de Quito prepararon el complot; i el capitan don Juan Salinas, que mandaba la guarnicion de la ciudad, i que habia sido uno de los presos, se encargó de su ejecucion. En la noche del 10 de agosto de 1809, el presidente Urriez fué apresado, i se organizó una junta gubernativa bajo la presidencia de don Juan Pio Montúfar, marques de Selva Alegre. Los obispos de Quito i Cuenca fueron nombrados miembros de la junta, para atraerse la opinion del clero. La revolucion quedó consumada en aquella noche, sin disparar un tiro i sin derramar una gota de sangre.

Este movimiento habia sido efectuado a pretesto de conservar la fidelidad a Fernando VII, i de rechazar las pretensiones de José Bonaparte al gobierno de España i de sus

colonias, fórmulas que con mas o ménos sinceridad emplearon en todas partes los revolucionarios americanos. Allí, como en las otras colonias, creian éstos que si el rei lejítimo era privado del trono, ellos podrian gobernarse por sí mismos para no quedar sometidos a un rei intruso. La junta decretó la formacion de tres batallones al mando del capitan Salinas, i comunicó su instalacion a las provincias inmediatas para obtener su reconocimiento. Sólo las autoridades de Cuenca i de Guayaquil se negaron a prestarle obediencia.

Este suceso, como debe suponerse, alarmó al virrei Amar. Habiendo reunido en Bogotá una junta de corporaciones (9 de setiembre de 1809), el virrei vió que si los españoles opinaban por la disolucion de la junta de Quito a mano armada, los americanos no sólo apoyaban aquel movimiento, sino que pedian la creacion de un gobierno semejante en Santa Fe de Bogotá. Amar se desatendió de todas estas representaciones; i queriendo reprimir vigorosamente a los rebeldes de Quito, despachó contra ellos al teniente coronel don José Dupré a la cabeza de 300 soldados de línea.

Los revolucionarios de Quito se hallaban en una situacion mui difícil. La junta habia decretado la supresion de algunos impuestos para granjearse la adhesion del pueblo; pero luego se hicieron sentir diversos movimientos contrarevolucionarios. Amenazada al norte por las fuerzas del virrei Amar, i al sur por las que habia despachado el virrei del Perú don Fernando de Abascal, la junta se sentia desfallecer, a pesar de la firmeza de algunos de sus miembros. Hizo salir un cuerpo de tropas hácia el norte; pero éste fué derrotado por las milicias de la provincia de Pasto que permanecian fieles al virrei (16 de octubre de 1809).

La noticia de este desastre puso término por entónces a la rebelion. La junta de Quito, creyéndose impotente para resistir a los enemigos, capituló con el presidente Urriez, devolviéndole el mando que le habia quitado, bajo la promesa

de alcanzar del virrei i de la corte un completo olvido de todo lo pasado (25 de octubre). Talvez el presidente vacilaba sobre el cumplimiento que deberia dar a su palabra empeñada, cuan lo llegó a Quito un cuerpo de 800 hombres enviados por el virrei del Perú, al mando del coronel don Manuel Arredondo, realista exaltado i cruel. Urriez no trepidó ya: instigado por sus consejeros, el 4 de diciembre de 1809, apresó i mandó procesar a mas de sesenta personas que habian tenido parte en la revolucion anterior. Desde aquel momento, la ciudad fué víctima del receloso despotismo del presidente i de las tropelías cometidas por los soldados del Perú.

Del proceso seguido contra los rebeldes resultó la condenacion a muerte de los principales de ellos i la pena de presidio para los otros. Se esperaba que el virrei confirmara esta sentencia, cuando el 2 de agosto de 1810 se hizo sentir en Quito un violento tumulto: algunos hombres del pueblo, armadós de cuchillos, acometieron de improviso los dos cuarteles en que se hallaban detenidos los presos políticos. A pesar de las ventajas alcanzadas por ellos en el primer momento, su corto número no les permitió consumar la revolucion. La tropa, en aquellos instantes de desenfreno, asesinaba a cuantas personas encontraba en la calle. Morales, Salinas, Quiroga i Ascásubi, miembros de la estinguida junta de gobierno, i veinticinco personas mas que se hallaban presas en uno de los cuarteles, fueron bárbaramente asesinadas. Crímenes semejantes se cometieron en toda la ciudad: las tropas llegadas del Perú, particularmente, asesinaban a cuantos encontraban, saqueaban las casas de los hombres acomodados i cometian por todas partes atroces desmanes. En medio de la desesperacion, el pueblo se armó de palos i piedras para resistir a las tropas; i la carnicería se habria prolongado mas sin la intervencion personal del obispo de Quito, don José de Cuero, que interponiendo sus respetos, tranquilizó los ánimos irritados. Se refiere que en aquel dia fueron asesina las ochenta personas

en las calles, fuera de los presos de la cárcel, i que las cantidades saqueadas ascendieron a mas de 300,000 pesos. Se ha dicho, talvez sin fundamento, que la sublevacion popular que dió oríjen a aquella carnicería, fué instigada por los españoles para consumar su venganza.

En el primer momento, el presidente Urriez i sus consejeros quisieron colocar en la horca los cadáveres de los hombres mas notables entre los asesinados en la cárcel. Sin embargo, se temió la irritacion del pueblo. Las poblaciones de los alrededores se armaban contra los opresores de la capital, i las autoridades se vieron en la necesidad de ceder para evitar mayores males. El 4 de agosto, el presidente publicó un bando por el cual concedia indulto a todos los presos i procesados por la revolucion de 1809, que aun quedaban vivos, i disponia la vuelta de las tropas que habian ido del Perú, i suspendió la causa de los autores del levantamiento que habia dado oríjen a la matanza. El pueblo, a instancias del obispo, se manifestó mas tranquilo despues de este bando, que consideró como una gracia otorgada por los vencedores.

2. Creacion de las juntas de Cartajena i de Bogotá. —El presidente de Quito se habia apresurado a hacer esas concesiones porque en aquella época el impulso revolucionario tomaba gran vuelo en Nueva Granada. El virrei Amar habia creido calmar la irritacion haciendo reconocer el consejo de rejencia instalado en España i disponiendo la prision de algunos personajes, como don Antonio Nariño, conocidos por su espíritu revolucionario.

En Cartajena, sobre todo, la escitacion tomó caractéres alarmantes; el gobernador de la provincia, don Francisco Montes, marino brusco i arbitrario, habia manifestado su propósito de mantener la tranquilidad por medio del terror. El cabildo de la ciudad pretestando sospechar que éste era adicto a los franceses, acordó, el 22 de mayo de 1810, i despues de acaloradas discusiones, que conforme a lo dispuesto por una lei de Indias, debian asociarse a Montes en el

gobierno de la provincia, dos miembros del mismo cabildo, Narváez i Torres. Todas las corporaciones reconocieron esta junta gubernativa; pero Montes, cuya autoridad habia perdido todo su prestijio, se obstinó en gobernar por sí mismo esperando que el virrei lo apoyaria en su empresa, i desentenderse de los colegas que le habian sido impuestos. El cabildo, que estaba sostenido por el pueblo i por las tropas, quiso hacerse respetar; i el 14 de junio de 1810 apresó al gobernador sin dificultad alguna i lo embarcó en una nave que salia para la Habana. Otro oficial, don Blas de Soria, fué colocado en su lugar.

La noticia de este suceso llegó a Bogotá en momentos mui angustiados para el virrei Amar. Carácas, capital de la capitanía jeneral de Venezuela, acababa de hacer una revolucion, i en el seno del mismo virreinato comenzaban a hacerse sentir movimientos sediciosos que anunciaban una próxima conmocion. Dos jóvenes de la provincia del Socorro, don José María Rosillo i don Vicente Cadenas, intentaron sublevar los llanos de Casanare, pero fueron apresados a tiempo i fusilados precipitadamente. Sus cabezas fueron remitidas a Bogotá para ser puestas en escarpias, a fin de aterrorizar a la poblacion; mas ni el virrei, ni la audiencia se atrevieron a ejecutar este acto. En la provincia de Pamplona, el correjidor español fué depuesto por el cabildo, i sometido a prision (4 de julio de 1810) i reemplazado por una junta de gobierno. En la villa del Socorro, el correjidor don José Valdes quiso mantener el órden por medio de amenazas i de injustificables golpes de autoridad; pero la poblacion lo atacó en un convento, en que se habia asilado con 80 soldados, i lo obligó a rendirse a discrecion (10 de julio). El cabildo, aumentado con seis vecinos importantes, asumió el gobierno de la provincia, i comunicó lo ocurrido a la audiencia de Bogotá, recomendándole que el establecimiento de juntas gubernativas en cada provincia seria el medio mas eficaz de evitar nuevas calamidades.

Estos diversos movimientos produjeron en Bogotá una

gran conmocion. Los patriotas habian concebido diferentes planes para efectuar un levantamiento, pero todos ellos fueron desconcertados. Lo que no se alcanzó por medio de prolijas combinaciones, se consiguió en un momento de exaltacion i de entusiasmo. El 20 de julio, un comerciante español pronunció algunas palabras en menosprecio de los americanos; i divulgadas éstas en el pueblo, se produjo una irritacion que casi costó la vida al provocador. Las casas de muchos peninsulares fueron violentamente atacadas, i los agrupamientos de jente se hicieron tan numerosos que la ajitacion tomó un carácter alarmante. En la tarde el pueblo se agolpó en la plaza mayor pidiendo un cabildo abierto a que debian ser convocados todos los vecinos de respeto. El virrei trató de resistir a la exijencia popular; pero el temor de mayores males i el consejo de uno de los oidores de la real audiencia, lo obligaron a convocar un cabildo estraordinario.

Presidió aquella reunion el oidor don Juan Jurado. Los debates que allí tuvieron lugar se hicieron notar por su tendencia revolucionaria. La opinion de los patriotas que pedian la instalacion de una junta de gobierno, estaba apoyada por una concurrencia de pueblo de mas de 6,000 hombres armados de cualquier modo, que ocupaba la plaza. El rejidor don José Acebedo, que habia conseguido templar el entusiasmo popular para evitar excesos, comunicó al fin a la concurrencia reunida en la plaza, que el virrei consentia en la organizacion de una junta gubernativa, compuesta de los miembros del cabildo i de algunos vecinos, cuya eleccion acojió el pueblo con aplausos. El cabildo acordó, ademas, que el virrei fuese nombrado presidente de la junta, quedando ésta encargada de sostener la relijion católica i los derechos de Fernando VII, a cuyo nombre debia acordar una constitucion política. A las tres de la mañana quedó instalado el nuevo gobierno.

El pueblo bogotano aprendió ese dia a hacer respetar sus derechos; i del uso de éstos pasó fácilmente al abuso i al de-

sórden. Pidió tumultuariamente la prision de los oidores de la audiencia, i en seguida la del virrei Amar i de su esposa, por suponérseles conatos de disolver la junta (25 de julio). Pocos dias mas tarde, tres de los oidores fueron remitidos al presidio de Cartajena; i el virrei, despues de haber sufrido diversas humillaciones del populacho, que la junta mitigó en cuanto era posible, salió tambien para aquella ciudad (15 de agosto) con el objeto de embarcarse para España.

Desde entónces, libre de toda traba, la junta pudo dar un impulso mas serio a la revolucion: desconoció oficialmente la autoridad del consejo de rejencia española, declaró que no admitiria los empleados que nombrase aquella corporacion, i dirijió una circular a todas las provincias para recomendarles que enviaran a la capital sus representantes, a fin de reunir un congreso i de organizar el gobierno provisional.

El movimiento de Bogotá fué imitado en casi todas las provincias. Cartajena, Santa Marta i muchos otros pueblos de menor importancia, instalaron tambien juntas gubernativas. Quito mismo, a pesar de las sangrientas escenas del 2 de agosto, se sintió ajitado; i el conde Ruiz de Castilla tuvo que aceptar la instalacion de una junta bajo su presidencia (22 de setiembre), como el único medio de conservar la tranquilidad. Desde estos primeros pasos de la revolucion, quedaron perfectamente diseñados los partidos que debian sostener la lucha: el español i el americano.

Pero la division comenzó a aparecer en breve entre los mismos patriotas. La junta de Cartajena, ya fuera movida de celos por la preponderancia de la de la capital, o ya por un error político, publicó, el 19 de setiembre de 1810, un manifiesto en que invitaba a todas las provincias a la reunion de un congreso que debia reunirse, nó en Bogotá, sino en Antioquía, i organizado sobre las bases del sistema federal. Este manifiesto estimuló i produjo el antagonismo no sólo de las provincias sino de las ciudades, en momentos en

que era indispensable la unidad. Se creia jeneralmente en el virreinato, que España sucumbiria en su lucha contra los franceses, i que por tanto la independencia nacional se conseguiria sin disparar un tiro. Por eso, en vez de reconcentrar sus esfuerzos para sostener la revolucion, los neo-granadinos se preocupaban, ante todo, de la nueva organizacion política que debia dar a aquel pais, i perdian un tiempo precioso en cuestiones inoportunas.

No se hicieron esperar los resultados de este error. Las provincias de Panamá i de Rio Hacha, qun no habian aceptado la revolucion, siguieron mandadas segun el viejo réjimen. El gobernador de Popayan, don Miguel Tacon, trató de disolver las juntas instaladas en su provincia, i fué necesario reunir tropas i batirlas militarmente. El gobernador de Santa Marta, don Tomas Acosta, que habia quedado presidiendo la junta gubernativa, la disolvió el 22 de diciembre de 1810, apoyándose en la fuerza armada. En la misma ciudad de Cartajena se hizo sentir (4 de febrero de 1811) un movimiento reaccionario que fué reprimido en tiempo.

Miéntras tanto, habian llegado a Bogotá los representantes de seis provincias. Las demas, halagadas con las ideas de federacion, no aceptaron la convocatoria del congreso. Esos pocos diputados se reunieron (22 de dicienbre de 1810); pero faltos de todo prestijio i desairados por la junta gubernativa, se vieron obligados a separarse. La junta, en efecto, notando que todas las provincias habian concentrado su administracion interior, pronunciándose por el sistema federal, quiso tambien darse una constitucion propia, con la esperanza de que su ejemplo seria imitado en otros puntos del virreinato i de que contribuiria a estrechar los vínculos de union. Reunió a los representantes elejidos por el pueblo en una asamblea que se llamó *colejio constituyente*. Allí se discutió un proyecto de constitucion que fué promulgado el 5 de abril de 1811. La provincia recibió el nombre de Estado de Cundinamarca, que debia ser rejido

por un presidente i dos gobernadores miéntras durase el cautiverio de Fernando VII, el cual, sin embargo, para ser reconocido por rei, tendria que trasladarse a Bogotá. Quedaba igualmente organizado el poder lejislativo en dos cámaras, i el judicial en un tribunal supremo. El presidente, elejido segun las disposiciones de aquel código, fué don Jorje Tadeo Lozano, hombre de talento i de merecida popularidad. Poco tiempo despues, la provincia de Mariquita se incorporó al Estado de Cundinamarca i aceptó su constitucion.

En medio del desórden con que comenzó la revolucion neo-granadina, estimulando la desunion i el fraccionamiento de sus fuerzas, sólo Bogotá habia previsto los futuros peligros; i al paso que trataba de reunir todas las provincias, pedia a Estados Unidos armas a fin de prevenirse para la guerra. Hizo mas todavía. La junta instalada en Caracas envió un emisario para felicitar a la de Bogotá i fijar las bases de una alianza. Ese emisario, el canónigo chileno don José Cortés Madariaga, celebró el 14 de mayo de 1811 un tratado de confederacion, por el cual Venezuela i Nueva Granada se garantizaban mutuamente la integridad de su territorio, debiendo fijarse mas adelante la capital de la confederacion. Este pacto, entónces no reconocido por las otras provincias, fué el primer paso dado hácia la organizacion de la República de Colombia.

3. Campañas militares en el sur; fin de la insurreccion de Quito.—La guerra entre patriotas i realistas comenzó en el sur, i dió por resultado la pacificacion de la presidencia de Quito. En noviembre de 1810 habia llegado a Guayaquil el jefe de la escuadra don Joaquin de Molina, nombrado por la rejencia española presidente de Quito, en reemplazo del conde Ruiz de Castilla; i allí, ausiliado por el virrei del Perú, Abascal, reunió un cuerpo de tropas para tomar el mando. La junta de aquella ciudad formó tambien un ejército de 2,000 hombres, que puso a órdenes de don Cárlos Montúfar, caballero quiteño a quien el consejo

de rejencia instalado en Cádiz habia enviado a América con el título de comisario rejio para mantener la sumision de las colonias. La primera campaña de Montúfar contra el jeneral Molina no tuvo un resultado decisivo. Los rebeldes de Quito, a pesar de la impericia que siempre distingue a los ejércitos recien organizados, amenazaban concluir con las tropas realistas, cuando el jefe de éstas inició negociacion para ganar tiempo a fin de engrosarlas i disciplinarlas (febrero de 1811).

La revolucion quiteña se encontró así aislada i reducida a sus propios recursos. Miéntras Molina la amenazaba por el sur, en el norte, los realistas de Popayan le impedian comunicarse con el gobierno revolucionario de Bogotá. Gobernaba en Popayan el teniente coronel español don Miguel Tacon, hombre de enerjía i de alguna intelijencia, que no habia querido reconocer las nuevas autoridades. Los pobladores del valle del Cauca, bajo la direccion del doctor don Joaquin Caicedo, habian sin embargo organizado una junta de gobierno en Cali i puéstose sobre las armas para obrar contra Tacon; pero la lucha no habria tenido importancia sin los ausilios llegados de Bogotá. El coronel don Antonio Baraya, que los mandaba, batió a Tacon en Palacé (28 de marzo) i lo obligó a retirarse al territorio de Pasto, sometido entónces a la presidencia de Quito. La junta de Cali se trasladó inmediatamente a Popayan i reconoció por jefe al doctor Caicedo.

Tacon pensaba resistir todavía a los revolucionarios en aquellos lugares. Con todo, miéntras las tropas de Quito lo inquietaban por el sur, las de Popayan, a órdenes de Baraya i Caicedo, lo atacaban por al norte. La lucha no se prolongó largo tiempo; Tacon, creyéndose impotente para sostenerse, se retiró a la costa del Chocó, esperanzado en recibir ausilios del Perú i continuar la guerra en aquella rejion. Pasto fué ocupado por los quiteños (22 de setiembre); i las comunicaciones de los patriotas quedaron por entónces espeditas en esa parte del antiguo virreinato.

A pesar de estas ventajas, la situacion de Quito era cada dia mas angustiada. Incomunicado con Guayaquil, donde mandaba el jeneral Molina, su industria sufria una absoluta paralizacion. Los patriotas parecian vacilar; i la junta, queriendo poner término a las incertidumbres, reunió en su seno algunos otros miembros, tomó el nombre de congreso i proclamó la absoluta independencia del pais (11 de diciembre de 1811). Los revolucionarios pensaban que despues de haber contraido este solemne compromiso, nadie pensaria en volver atras. Aquel estado de cosas no se mejoró despues de esta declaracion. Miéntras los españoles dominaban en las provincias del sur i amenazaban a la capital, los patriotas sufrian en ella grandes privaciones i se hallaban faltos de armas i de soldados para resistir la invasion. En Quito se hicieron sentir terribles ajitaciones. En una de ellas, el conde Ruiz de Castilla, el antiguo presidente, de la provincia, tan odiado por los sucesos de agosto de 1810, separado de la junta de gobierno (11 de octubre de 1811), i entónces retirado en un convento, fué estraido de allí por el pueblo, a causa de las sospechas que circulaban respecto a su participacion en los planes de los realistas. Ruiz de Castilla, sin embargo, no queriendo someterse a prision, trató de resistir con una escopeta, pero recibió dos heridas de puñal, i pereció pocos dias despues (15 de junio de 1812).

La irritacion creciente de los quiteños era causada en gran parte por los embarazos de su situacion. En las provincias del norte, los realistas fujitivos de Popayan habian sembrado las semillas de la guerra entre los habitantes semi-bárbaros de Patía i de Pasto; i éstos manifestaron un tino singular i una grande audacia para combatir a los insurjentes. No sólo se enseñorearon de los campos, sino que intentaron un ataque contra la ciudad de Popayan, (abril de 1812) en que fueron batidos; pero entónces volvieron sobre el pueblo de Pasto, que ocuparon i que defen-

dieron heroicamente contra las tropas de la junta de Popayan (julio de 1812).

En esa misma época, las operaciones militares de los realistas recibieron un poderoso impulso en la rejion del sur. El 9 de julio se recibió del mando de sus tropas el mariscal de campo don Toribio Montes, militar activo e impetuoso que venia de España nombrado presidente de Quito. El nuevo gobernante alcanzó a reunir 2,000 hombres de tropa, emprendió la campaña con tóda resolucion. Los quiteños fueron batidos en Mocha (2 de setiembre); i aplicando un severo castigo a los rebeldes para producir el espanto, los vencedores llegaron hasta las puertas de Quito. El caudillo insurjente don Cárlos Montúfar, opuso alguna resistencia (3 de noviembre); pero al siguiente dia, Montes i los suyos penetraron en la ciudad que habian abandonado los enemigos. Una division realista a las órdenes del coronel don Juan Sámano, mui célebre despues en el trascurso de la guerra; marchó al norte, en persecucion de los patriotas que se habian replegado hácia Ibarra, i despues de varios encuentros, los dispersó completamente. Sámano, siguiendo las instrucciones del presidente Montes, fusilaba en su marcha a los jefes insurjentes que hacia prisioneros. De este número fué el doctor Caicedo, que en la revolucion de Popayan habia desplegado talento i enerjía. Desde fines de 1812 la insurreccion de Quito quedó completamente vencida [1].

---

[1] He adelantado la narracion de los sucesos de la insurreccion de Quito, apartándome del órden cronolójico, para facilitar la intelijencia de la revolucion neo-granadina, que, como verá el lector, es sumamente complicada. Aquellos sucesos, desligados hasta cierto punto de la historia del virreinato, han sido prolijamente espuestos por RESTREPO en la *Historia* ya citada; pero he consultado tambien un librito publicado en Quito en 1854 por el doctor SALAZAR con el título de *Recuerdos de los sucesos principales de la revolucion de Quito, desde el año de 1804 hasta el de 1814.* Esta narracion, aunque mui imperfecta i confusa, contiene datos que no se hallan en otra parte.

4. Ajitaciones interiores en Nueva Granada.—La revolucion neo-granadina no estaba inquietada sólo por el sur. En las dos estremidades de la costa del antiguo virreinato, las autoridades españolas eran reconocidas. Desde diciembre de 1810, Santa Marta se habia pronunciado por el viejo réjimen. En el occidente, Panamá no habia aceptado el cambio introducido por la revolucion. Sin embargo, en medio de los peligros de una situacion que podia considerarse precaria, los insurjentes parecian olvidados del enemigo comun para ocuparse en cuestiones domésticas i en darse una organizacion interior.

En Nueva Granada nacieron las ideas de federacion casi con el movimiento revolucionario. Las juntas gubernativas organizadas en las diferentes provincias, i aun en muchas villas de poca importancia, deseaban conservar sus prerrogativas de autonomía. El presidente de Cundinamarca don Jorje Tadeo Lozano, por su parte, conociendo la conveniencia de conservar la unidad de fuerza de la revolucion, pero convencido de que las provincias no depondrian sus pretensiones, quiso conciliar los principios opuestos en un proyecto de constitucion jeneral que propuso el 7 de mayo de 1811. Segun él debia organizarse un estado federal compuesto de sólo cuatro provincias, Quito, Popayan, Cundinamarca i Cartajena, a las cuales debian unirse las otras.

Este pensamiento fué casi jeneralmente aceptado. Poco tiempo despues comenzaron a llegar a Bogotá los diputados de diversas provincias, i éstos iniciaron la discusion de una acta federal de los Estados Unidos de Nueva Granada, que habia redactado con bastante habilidad el doctor don Camilo Torres. Pero entónces surjió un nuevo embarazo: don Antonio Nariño, el activo revolucionario de 1794, se habia declarado de tiempo atras enemigo decidido del sistema federal, manifestando que sólo un gobierno fuerte por la union podia asegurar el triunfo de las nuevas ideas. Para ajitar la opinion i ganar partidarios a sus principios, no vaciló en exajerar los peligros de la situacion en un perió-

dico que con el título de *La Bagatela* daba a luz en Bogotá. En un número publicado el 19 de setiembre de 1811, anunció que la revolucion neo-granadina estaba amenazada por todas partes, i que su ruina seria inevitable si el gobierno no tomaba una actitud mui enérjica contra los enemigos de la patria, i si todos los ciudadanos no se unian en el pensamiento i en la accion. Aquel escrito produjo en el momento una impresion estraordinaria; el pueblo, movido por hábiles ajitadores, indujo al senado a reunir la representacion nacional i los altos poderes públicos, como lo requeria la constitucion en circunstancias estraordinarias. En aquella reunion, los amigos de Nariño hicieron al presidente Lozano todo jénero de acusaciones; hasta que éste, que nunca habia tenido grande apego al poder, lo renunció. Nariño fué elejido allí mismo en su reemplazo, i revestido de gran suma de atribuciones, para lo cual se suspendió el cumplimiento de algunos artículos de la constitucion (19 de setiembre).

Bajo la presidencia de Nariño, el congreso continuó la discusion del acta federal, hasta dejarla sancionada (27 de noviembre); pero entónces se suscitaron nuevas dificultades. Por influjo del presidente, dos diputados se negaron a firmarla, declarando que sólo el sistema unitario podia salvar la revolucion. El acta fué suscrita por los demas, i aceptada en diversas provincias; pero el congreso se vió molestado en Bogotá por las resistencias tenaces de Nariño, i tuvo que trasladarse a la provincia de Mariquita.

Al mismo tiempo nacian en otras partes nuevas i peligrosas complicaciones. En Cartajena existian dos partidos en el seno mismo de los insurjentes: el de los aristócratas, que se hallaba en el poder desde la creacion de la primera junta de gobierno, i el popular, que se habia pronunciado en hostilidad abierta contra el primero. El 11 de noviembre de 1811 estalló una revolucion capitaneada por don Gabriel Piñérez i ejecutada por el populacho i por una parte considerable de la guarnicion. La junta no se atrevió a resistir a las exijencias del pueblo, i a peticion de éste, de.

claró por un bando que la provincia de Cartajena quedaba convertida en Estado soberano e independiente del gobierno peninsular. En el mismo dia fué estinguido el tribunal de la inquisicion, que hasta entónces subsistia en aquella ciudad como un recuerdo vergonzoso de la dominacion española. La junta consintió tambien en dividir los poderes lejislativos, ejecutivo i judicial, que habia reunido en sus manos. Estas innovaciones, que sin duda alguna debian ser el resultado de la revolucion, produjeron por entónces un efecto contrario al que se proponian sus autores. La opinion pública no estaba aun bastante preparada para aceptar cambios radicales, i mucho ménos la supresion de aquel tribunal, que, a causa de las preocupaciones de esa época, era mirado todavía con gran respeto. Poco tiempo despues, el 21 de enero de 1812, se reunió en Cartajena la convencion encargada de formar el primer código constitucional.

5. PRIMERAS HOSTILIDADES ENTRE SANTA MARTA I CARTAJENA.— Desde que Santa Marta habia vuelto a ser sometida al antiguo réjimen (22 de diciembre de 1810), se hicieron sentir los primeros síntomas de una guerra próxima. Algunos pueblos de aquella provincia desconocieron la autoridad contrarrevolucionaria del coronel Acosta, i solicitaron incorporarse a Cartajena. La junta que aquí gobernaba, los acojió favorablemente; i queriendo reducir a Santa Marta por medios indirectos, dispuso que en el Magdalena se cobraran derechos a las mercancías de esa provincia. El gobierno de Santa Marta, usando de represalias, creó tambien aduanas en otros puntos del rio; i mas tarde, mediante el establecimiento de algunas fortificaciones, cerró su navegacion a los cartajeneros. Los realistas, hostilizados i perseguidos en otras partes del virreinato, acudian entónces a Santa Marta a acojerse bajo el amparo del gobernador español; de manera que cuando Cartajena emprendió operaciones militares en forma, ya el coronel Acosta tenia recursos suficientes para sostener la guerra.

Miéntras tanto, la situacion de Cartajena era mas críti-

ca cada dia. Los gastos considerables que tenia que hacer la habian empobrecido estraordinariamente, i al paso que no recibia ausilios del interior, tenia que mantenerse en pié de guerra para rechazar a los realistas de Santa Marta. La junta gubernativa apeló a los empréstitos, i en seguida a la emision del papel moneda con curso forzoso. Su situacion se complicó mas todavía a principios de 1812. El 19 de febrero de este año arribó a Portobelo el brigadier español don Benito Pérez, nombrado virrei de Nueva Granada por la rejencia de Cádiz. Despues de haber reunido en las Antíllas algunos elementos de guerra para combatir a los revolucionarios, Pérez se instaló en Panamá, i desde allí hizo socorrer al gobierno reaccionario de Santa Marta para ponerlo en estado de comenzar la campaña. Las primeras operaciones fueron desastrosas para los cartajeneros: sus tropas fueron batidas en las orillas del Magdalena i sus buques echados a pique.

El coronel Acosta llegó a tener sobre las armas cerca de mil hombres, poco disciplinados, pero valientes i resueltos. La convencion de Cartajena, queriendo vigorizar el gobierno, dió poderes dictatoriales al doctor don Manuel Rodríguez Torríces, jóven de 24 años, dotado de intelijencia i de actividad, pero desprovisto de la prudencia que la situacion exijia (19 de marzo de 1812).

La guerra comenzó mal para Cartajena. Las fuerzas realistas de Santa Marta, robustecidas despues de la reconquista de Venezuela por Monteverde, ocuparon muchos pueblos de las orillas del Magdalena i proclamaron el restablecimiento del gobierno peninsular. El dictador Torríces dió el mando de las tropas de Cartajena a un aventurero frances, Pedro Labatut, i le encargó la direccion de las operaciones militares en el bajo Magdalena, es decir, en la rejion que baña este rio al desaguar en el mar. Felizmente, cuando el espíritu público comenzaba a decaer, llegaron a aquella plaza Bolívar i otros jefes venezolanos, que iban huyendo de la dominacion española (principios de octubre) Estos militares reanimaron el entusiasmo en Cartajena, i

recibiendo el mando de algunas tropas, se dispusieron a marchar contra el enemigo. Las operaciones cobraron desde luego gran vigor.

El comandante Labatut emprendió la campaña a principios de noviembre por la rejion del norte; i mediante una serie de triunfos, fué ocupando diversas poblaciones, en las cuales quitó a los españoles muchos cañones i municiones. En seguida se embarcó con sus tropas en el Magdalena, i saliendo al mar, fué a caer sobre Santa Marta que ocupó sin dificultad (6 de enero de 1813). Los defensores de esta plaza la habian abandonado para buscar su salvacion en Portobelo, en donde era reconocida la autoridad del virrei Pérez. Al mismo tiempo el coronel don Manuel Cortés Campománes, emigrado de Venezuela, aunque español de nacimiento, a la cabeza de otra columna insurjente, obtuvo otras victorias en la rejion de las sábanas. Pero Bolívar, conforme queda dicho [2] realizó una empresa mas admirable todavía. Encargado de la comandancia del pueblo de Barranca, en el alto Magdalena, emprendió sin órden superior el ataque del fuerte de Tenerife, de que se apoderó el 23 de diciembre de 1812; i adelantándose al sur, reconquistó a Mompos, Ocaña, Cúcuta i otros pueblos de menor importancia. Los triunfos de Bolívar despertaron los celos de Labatut, quien pidió el castigo del denodado militar que habia derrotado a los españoles sin órdenes para ello. La convencion de Cartajena hizo justicia al futuro Libertador de Colombia. En cambio de esto, no supo asegurar las ventajas alcanzadas con sus triunfos, Santa Marta fué tratada nó como pueblo hermano, sino como enemigo irreconciliable.

6. Administracion de Nariño; guerra civil en Cundinamarca.—En esta misma época, las provincias centrales del virreinato de Nueva Granada eran el teatro de la guerra civil. Nariño, siempre resuelto a sostener el establecimiento de un gobierno unitario, habia ganado a su causa

[2] Part. IV, cap. VI, § 7.

varios pueblos; pero en otras provincias se mantenia la desorganizacion interior en nombre del principio federal. Casanare, Tunja i Pamplona trataron de unirse a Venezuela, empresa descabellada por entónces, puesto que esta capitanía jeneral habia sido reconquistada por los españoles, Nariño hizo marchar contra ellas un cuerpo de tropas al mando del coronel Baraya. Este jefe, sin embargo, abandonó el partido de Nariño i se puso bajo las órdenes del gobierno provincial de Tunja.

Este contratiempo fué seguido de varios otros. Nariño trató todavía en vano de resistir a la corriente de la opinion; pero se vió obligado a capitular con los federales en Santa Rosa (30 de julio de 1812), i a aceptar la reunion de un congreso jeneral, encargado de deslindar el territorio de cada Estado. A su vuelta a Bogotá, renunció el mando de Cundinamarca (19 de agosto), manifestándose dispuesto a alejarse de los negocios públicos; pero como su separacion del gobierno fuese el oríjen de algunos desórdenes, un levantamiento popular lo restableció en el mando con poderes dictatoriales.

Segun el convenio de Santa Rosa, el 4 de octubre se reunió el congreso federal de la ciudad de Leiva. Los representantes elijieron por presidente al doctor don Camilo Torres, partidario decisivo del sistema federal i enemigo declarado de Nariño. El congreso consideró desde entónces a ese último jefe sólo como mandatario de la provincia de Cundinamarca. Nariño, a su vez, convocó en Bogotá otra asamblea, la cual acordó conservarle las facultades absolutas que se le habian concedido, desconoció la autoridad del congreso de Leiva i declaró que Cundinamarca no entraria en la confederacion.

La guerra civil iba a comenzar en el centro del antiguo virreinato. El congreso federal lo comprendió así, i se trasladó a la ciudad de Tunja (noviembre), que era el centro de sus recursos. Nariño, con una singular actividad, reunió 1,500 hombres i marchó contra los federales, que mandaba el coronel Baraya. La suerte de las armas fué desfavo-

rable a las tropas bogotanas en dos combates sucesivos (2 i 24 de diciembre de 1812). Nariño se vió obligado a replegarse a Bogotá, desde donde propuso a los federales una capitulacion, Baraya no quiso tratar: envanecido con sus anteriores triunfos, pedia sólo que el jefe unitario se rindiera a discrecion. Esta petulancia hubo de costarle caro: los bogotanos, exasperados por el orgullo del enemigo, resistieron heroicamente a las tropas de Baraya i las destrozaron en el ataque que aquéllas intentaron contra la ciudad, tomándoles 1,000 prisioneros i obligando a los fujitivos a refujiarse en Tunja (9 de enero de 1813). Nariño, en vez de abusar de su victoria, celebró con los vencidos un tratado, por el cual Cundinamarca se mantendria independiente de la confederacion, miéntras el congreso gobernaba en las demas provincias.

Aquella guerra civil, en circunstancias supremas para la revolucion, vino a producir grandes males. Los realistas, vencedores entónces en Quito bajo el presidente Montes, amenazaban la provincia de Popayan. Por el oriente los reconquistadores de Venezuela se preparaban tambien para invadir el virreinato. Miéntras tanto, los insurjentes neogranadinos parecian olvidados de estos peligros para no pensar mas que en sus contiendas domésticas. La opresion ejercida en Santa Marta por Labatut produjo un movimiento reaccionario en aquella provincia. Sus pobladores, poniéndose de acuerdo con una tribu de indios, invadieron la ciudad (5 de marzo de 1813), obligando a aquel jefe a ponerse en fuga i apresando las tropas que la guarnecian. Entónces fué cuando Bolívar, acariciado por el congreso de Tunja i por el mismo Nariño, se propuso libertar a Venezuela de sus opresores. Su proyecto, mirado entónces como una locura, fué realizado con tanta audacia como jenio, i salvó por entónces a Nueva Granada de ser reconquistada por los españoles.

7. Declaracion de la independencia en Bogotá; campañas subsiguientes.—Las ventajas alcanzadas por Bolívar en Venezuela no desalentaron, sin embargo, a los realis-

tas de Santa Marta. Las tropas de Cartajena, despachadas contra ellos i dirijidas por Torríces, mismo fueron batidas completamente. La situacion de aquellas provincias se complicó mas pocos dias despues, el 30 de mayo de 1813 llegó a Santa Marta el mariscal de campo don Francisco Montalvo, nombrado capitan jeneral de Nueva Granada por la rejencia de Cádiz, que habia abolido el título de virrei en la administracion de las colonias de América. Montalvo era natural de la Habana i la rejencia habia creido que por su nacionalidad americana seria fácil a éste que al virrei Pérez el consumar la pacificacion de aquella provincia. Bajo sus órdenes se continuaron las operaciones militares, con varios descalabros de los insurjentes de Cartajena.

En el interior del antiguo virreinato, el arribo del nuevo mandatario no produjo el resultado que esperaba la rejencia española. A pesar de que en esa misma época las tropas realistas de Quito mandadas por Sámano obtenian importantes ventajas en Popayan i entregaban al saqueo varios pueblos, los patriotas conservaron su enerjía i su entusiasmo. En Cundinamarca fué declarada solemnemente la independencia absoluta de España (16 de julio de 1813). Un mes despues (11 de agosto), la provincia de Antioquía hizo igual declaracion. Esta actitud de los revolucionarios vino tambien a alejar los temores que entre ellos se habian despertado, acusando a algunos caudillos de abrigar proyectos monárquicos. Los independientes acuñaron la primera moneda nacional, enarbolaron un nuevo pabellon i procedieron en todo como hombres libres de un Estado soberano.

En medio de estos afanes, el peligro de la patria vino a llamar imperiosamente la atencion de los rebeldes de Cundinamarca. El jeneral Sámano, con una actividad superior a cuanto podia esperarse de su edad, puesto que contaba mas de sesenta años, se habia apoderado de Popayan (1º de mayo) i penetrado en el valle de Cauca, i amenazaba marchar hasta Bogotá. Nariño no quiso quedar en la inaccion. A pesar de su desintelijencia con el congreso federal

reunido en Tunja, solicitó su cooperacion para rechazar a los españoles, i obtuvo en efecto un continjente de tropas. En seguida, renunciando la dictadura que habia ejercido con singular moderacion, reunió hasta 14,000 hombres i salió a campaña dirijiendo personalmente las operaciones. Por eleccion de la asamblea de Bogotá, tomó el gobierno de Cundinamarca don Manuel Bernardo Alvarez.

La campaña de Nariño fué mui feliz en sus principios. El 30 de diciembre batió a Sámano en Palacé, i pocos dias despues derrotó a uno de sus tenientes. El jefe patriota entró a Popayan sin hallar resistencia alguna; pero léjos de aprovechar sus triunfos para avanzar hasta Quito, como habria podido hacerlo, talvez sin grandes dificultades, estableció su cuartel jeneral en aquella ciudad, perdiendo así un tiempo precioso. Montes, el presidente de Quito, aprovechó aquella tardanza para reorganizar su ejército. Separó del mando al brigadier Sámano i lo confió al jeneral don Melchor Aimerich, con órden de embarazar la marcha de los rebeldes de Nueva Granada.

Cuando Nariño continuó la campaña poniéndose en marcha hácia Pasto (22 de marzo de 1814), ya encontró el camino entrabado por las guerrillas enemigas. Habiendo llegado a las orillas del Juanambú, cuyas aguas corren como un torrente entre barrancos i rocas escarpadas, i cuyo paso presenta las mayores dificultades, Nariño notó que Aimerich habia guarnecido convenientemente la orilla opuesta, i le fué necesario perder muchos dias, i emprender riesgosas operaciones para atravesar el rio por otra parte i tomar por asalto las líneas del enemigo (29 de abril). En su marcha a Pasto, los insurjentes sufrieron un gran descalabro. Nariño, que iba adelante con la vanguardia, fué batido por las tropas españolas (10 de mayo), i como volviera atras para reunirse con el grueso de su ejército, halló con sorpresa que el campo que éste ocupaba habia sido abandonado. El coronel don José Ignacio Rodríguez, que habia quedado con el mando del grueso de las tropas, se dejó abatir por la falsa noticia de que Nariño habia caido

prisionero; i clavando su artillería, se retiró apresuradamente a Popayan.

Despues de aquella desgracia, i vista la dificultad de retirarse, Nariño se determinó a presentarse al enemigo con las apariencias de querer celebrar un armisticio de dieciocho meses. A pesar de esto, fué hecho prisionero por los realistas, de quienes sufrió toda clase de insultos i vejaciones. El presidente Montes encargó a Aimerich que lo hiciera fusilar inmediatamente; pero éste creyendo, que la ejecucion del jefe patriota precipitaria a los independientes a tomar las mas atroces represalias, demoró en dar cumplimiento a aquella órden, i consiguió así que, pasado el primer momento de irritacion, se perdonase la vida a aquel tenaz revolucionario. Nariño, despues de haber recorrido muchos calabozos de América, fué remitido preso a Cádiz, en donde permaneció encerrado hasta 1820, época en que, en virtud de un indulto decretado por las cortes revolucionarias, recuperó su libertad. De este modo, uno de los primeros promovedores de la revolucion en las colonias españolas, el propagador de escritos sediciosos en 1794, el hombre que 1796 solicitaba el apoyo de los gobiernos europeos para alcanzar la independencia americana, mas feliz que la mayor parte de sus compañeros que murieron en el cadalso, salvó la vida despues de haberse hallado tres veces preso en poder de sus implacables enemigos.

8. SEGUNDA GUERRA CIVIL.—El descalabro sufrido por el ejército del sur no era la única desgracia que por entónces amenazaba a los republicanos. Los realistas de Santa Marta conservaban sus ventajas sobre los patriotas de Cartajena. En el oriente la revolucion de Venezuela, a pesar de los hábiles esfuerzos de Bolívar, estaba a punto de sucumbir. En tan críticas circunstancias, se supo en Nueva Granada que Fernando VII habia hecho su entrada solemne en Madrid, i que España, completamente libre de sus invasores, podia volver sus ejércitos contra los insurjentes de América. Hubo un momento en que se operó en la opinion pública cierta reaccion producida por el convenci-

miento de la impotencia; pero los caudillos de la revolucion conservaron su espíritu emancipador i se prepararon a resistir a todo trance.

El peligro que amenazaba la existencia de la nueva república, sujirió a muchos hombres pensadores el deseo de dar union a todas las fuerzas de Nueva Granada bajo un gobierno comun. El congreso de Tunja inició las negociaciones al parecer con buen éxito, i llegó a resolverse que el Gobierno de la república seria federal, pero que las diversas provincias quedarian sometidas a un gobierno jeneral, compuesto de un congreso i de una junta ejecutiva formada por tres miembros. A ese gobierno corresponderian los ramos de guerra i de hacienda. Esta reforma quedó acordada en breve, i el poder ejecutivo fué compuesto por el gobernador de Cartajena, Torríces; el del Socorro, don Custodio García Rovira; i el secretario del gobernador de la provincia de Antioquía, don José Manuel Restrepo.

Parecia que en la situacion azarosa en que se hallaba la república, todos los partidos iban a deponer sus odios para reunirse en un esfuerzo comun. No sucedió así, sin embargo. En Cartajena se suscitaron algunas dificultades; i Alvarez, el presidente de Cundinamarca, obstinado siempre en no reconocer otro gobierno que el unitario, se negó a aceptar todo pensamiento de federacion. Esta porfiada negativa iba a ser la causa de nuevas divisiones i nuevos escándalos, cuando importaba tanto la uniformidad de pensamiento i de accion.

En estas circunstancias llegaron a Cartajena los jenerales venezolanos Bolívar i Mariño (25 de setiembre). No queriendo permanececer en aquella ciudad, donde tenia gran valimiento uno de sus mas encarnizados enemigos, Bolívar se puso en marcha para Tunja a fin de dar cuenta al congreso de su conducta durante la gloriosa, aunque desgraciada campaña que habia hecho en Venezuela. El Congreso le dió las gracias por sus importantes servicios a la causa de la independencia. El doctor Torres, que lo presidia, le dijo: "Aunque Venezuela haya sido ocupada

por los españoles; la república existe aun, porque nos quedan todavía vuestro corazon i vuestro jenio." Inmediatamente se le confió el comando de las tropas destinadas a asegurar por la fuerza la union de Cundinamarca al gobierno federal. Bolívar reunió las tropas que el jeneral Urdaneta habia salvado en su gloriosa retirada de Venezuela, i marchó sobre Bogotá a la cabeza de 3,000 hombres. Despues de los primeros ataques, que Bolívar dirijió con su impetuosidad ordinaria i con su talento habitual, el presidente Álvarez se vió obligado a capitular, reconociendo al efecto el gobierno de la union (12 de diciembre de 1814). El congreso federal, aprovechándose de tan importantes ventajas, se trasladó en breve a aquella ciudad (23 de enero de 1815), i dió a Bolívar el grado de capitan jeneral de la confederacion, título que hasta entónces no habia dispensado a nadie.

Despues de estos triunfos, Bolívar recibió del congreso federal otra comision. Debia reunir sus tropas i marchar sobre Santa Marta, solicitando al efecto la cooperacion del gobierno provincial de Cartajena. El congreso queria utilizar así todas las fuerzas de que podia disponer Nueva Granada. Bolívar, por su parte, pensaba en consumar la reduccion de Santa Marta, i en llevar en seguida la guerra a Venezuela. Con esta esperanza llegó hasta Mompos, i desde allí reclamó de Cartajena los auxilios necesarios. En esta provincia, dividida siempre en parcialidades i partidos, tenian grande influencia el coronel venezolano don Manuel Castillo, i otros compatriotas suyos, enemigos irreconciliables de Bolívar, i que le contestaron negándose terminantemente a enviarle los socorros ds armas i de soldados que habia pedido. Bolívar, olvidándose por un momento de los españoles, se puso en camino para Cartajena con ánimo de imponerse a aquel gobierno i de obtener así los ausilios que necesitaba (marzo de 1815). El primer resultado de este movimiento fué una gran ventaja alcanzada por los realistas. Aprovechándose de la marcha de los

patriotas, ellos avanzaron hasta Mompos, i se establecieron en esta ciudad sin dificultad ninguna (29 de abril).

La exaltacion de los enemigos de Bolívar no conoció límites en Cartajena. Forjaron contra él las mas espantosas calumnias, i se dispusieron a resistir a todo trance a sus exijencias, encendiendo al efecto una nueva guerra civil. La campaña comenzó con resultado vario. Los cartajeneros llegaron a envenenar las cisternas en que el ejército de Bolívar debia surtirse de agua, arrojando a ellas cadáveres i otras materias infectas. Las enfermedades se declararon en el campo de éste haciendo grandes estragos, al paso que las operaciones militares avanzaban mui lentamente, i sin esperanza de un desenlace inmediato.

En esas circunstancias, llegó a Cartajena la noticia del arribo de Morillo a la isla de Margarita con un cuerpo de tropas capaz de consumar la sumision de Venezuela i de Nueva Granada. Bolívar cuyo ejército estaba mui reducido por las enfermedades, prefirió dejar el mando ántes que seguir empeñado en una vergonzosa guerra civil en momentos tan supremos para la América. Convencido de la inutilidad de sus servicios en aquella situacion, i creyendo que su presencia seria causa de mayores males, el 8 de mayo se embarcó para la isla inglesa de Jamaica, dejando al jeneral don Florencio Palacios el mando de sus tropas, cuya desorganizacion se consumó en breve. Pocos dias despues, partieron con el mismo rumbo el jeneral Mariño i otros venezolanos afectos a Bolívar.

9. Toma de Cartajena por Morillo.—El gobierno de Cartajena comprendió bien el peligro que lo amenazaba. Consumada la pacificacion de Venezuela, Morillo debia marchar sobre Nueva Granada, i aquella plaza debia ser el primer punto de ataque de los espedicionarios españoles. Sin embargo, faltó todavía la union i el concierto entre los revolucionarios; al paso que la poblacion de los campos, cansada con los estragos de la guerra, parecia dispuesta en favor de los invasores. Cartajena era considerada la primera plaza fuerte de la América del sur, a lo ménos del la-

do del Atlántico. Provista de excelentes fortificaciones, poseia grande abundancia de cañones pero le faltaban fusiles i soldados de línea. Felizmente, una de las naves que habia empleado el gobierno del puerto para hostilizar el comercio español, apresó uno de los trasportes de la espedicion de Morillo que se dirijia a Panamá, i en él tomó 300 prisioneros, 2,000 fusiles i otros artículos de guerra. Pocos dias despues, el 30 de julio, el gobierno de Cartajena recibió de Estados Unidos un refuerzo de 15,000 fusiles; pero en vez de pensar en formar un ejército considerable en el interior, guardó este armamento en la plaza.

Morillo entretanto, llegó a Santa Marta (22 de julio) i desde allí preparó la campaña contra Cartajena. Moráles, el feroz caudillo de la guerra de Venezuela, marchó por tierra con la vanguardia española, cometiendo grandes atrocidades en su tránsito. El jeneral en jefe se dirijió a la plaza insurjente por mar, i el 20 de agosto desembarcó sus tropas en los alrededores i dió principio a las operaciones del asedio. Los defensores de Cartajena habian cometido una grande imprudencia que iba a serles fatal: a pesar de que sufrian escasez de provisiones, no sólo dejaron en su recinto las bocas inútiles, sino que admitieron numerosas familias que huian de los invasores, las cuales iban a buscar un refujio en aquella ciudad en vez de retirarse al interior.

El sitio de Cartajena es uno de los hechos mas memorables de la revolucion neo-granadina. Desde luego, todas las ventajas estuvieron de parte de los bloqueadores. Los sitiados habian montado sesenta i seis cañones i reunido cerca de 3,600 soldados en su mayor parte desprovistos de disciplina. Morillo, a la cabeza de tropas mui superiores en número i calidad, estableció el bloqueo por tierra i por mar; i sabiendo que los patriotas estaban escasos de víveres, trató de inducirlos a la rendicion por medio de artificiosas proclamas. Un ausilio de dinero que remitia el gobierno federal, cayó en poder de los realistas. Los republicanos adquirieron en breve el convencimiento de que no podian

recibir socorros ni del interior ni del esterior, al mismo tiempo que comenzaban a esperimentar las miserias de su situacion. Sin embargo, se mantuvieron en la resolucion de resistir hasta el último momento.

En esos mismos instantes, la anarquía se hizo sentir en el recinto de la plaza cercada. El jefe de las tropas, Castillo, acusado de flojedad i de inercia en la direccion de la defensa, tuvo que dejar el mando al jeneral Bermúdez (17 de octubre), en cuyas manos la situacion no mejoró. El hambre i la peste comenzaron desde luego a hacer estragos entre los defensores de la ciudad, i particularmente entre los ancianos i los niños. Gran parte de la poblacion se alimentaba con carne de caballos, burros, perros, gatos i hasta de ratones; pero en medio de tan estremada miseria, nadie habló de rendirse a los españoles, que estaban precedidos por la fama de sus crueldades, i porque todo el mundo esperaba ausilios de afuera. Sin embargo, los ausilios no pudieron llegar del interior; i las naves que remitian de Jamaica los comisionados del gobierno, tenian que burlar con grandes dificultades la vijilancia de los cruceros españoles. Morillo, ademas, comenzó el bombardeo de la plaza desde el 25 de octubre, i aun intentó varios ataques con que consiguió ventajas parciales, sin doblegar el espíritu de los cartajeneros. En su desesperacion, éstos despacharon emisarios cerca del gobernador de Jamaica con encargo de ofrecerle someter la provincia a la dependencia del gobierno británico. Desechada esta propuesta por el gobernador ingles, que no tenia instrucciones para entrar en negociaciones de esta naturaleza, los sitiados se resolvieron defenderse hasta el último trance; pero las hostilidades del enemigo no hacian entre ellos males tan considerables como el hambre i la peste. La falta de alimentos produjo todós sus horribles males desde mediados de noviembre. Los soldados morian de hambre en sus puestos. Las calles estaban sembradas de cadáveres o cubiertas de hombres i mujeres de aspecto macilento i enfermizo. En los hospitales se hallaban amontonados los moribundos sin mas esperanza que

la muerte, porque faltaban las medicinas i los víveres. A principios de diciembre, el número de las personas muertas cada dia de hambre i de miseria en las calles, llegó a 300: se calcula que un tercio de la poblacion 6.000 hombres pereció de esta manera. A pesar de todo, los cartajeneros prolongaron la defensa de la plaza con un heroismo de que hai pocos ejemplos en la historia; i cuando conocieron que no podian resistir mas tiempo al enemigo, se prepararon a evacuarla. En la noche del 5 de diciembre, los defensores de Cartajena, reducidos a poco mas de 2.000 personas, se embarcaron en trece buques que se alejaron con gran peligro de aquel lugar de dolor i desolacion. Los españoles desde sus baterías i sus naves, hicieron todavía grandes daños a los fujitivos; i el hambre i las desgracias durante la navegacion, continuaron su obra de esterminio. Sólo 600 hombres encontraron un asilo en la república de Haití. Así terminó aquel sitio memorable despues de 108 dias de resistencia, que costaba a los españoles la pérdida de cerca de 3.000 hombres. El rei premió la conducta de Morillo dándole el título de conde de Cartajena.

La ocupacion de la ciudad fué seguida de las mas atroces venganzas. El jeneral Moráles, que mandaba la vanguardia española, promulgó un bando ofreciendo indulto a todos los insurjentes que se presentasen voluntariamente; i luego hizo degollar en la ribera del mar a los ancianos, mujeres i niños, en número de 400 personas, que habian creido en la sinceridad de sus promesas. Los fujitivos de Cartajena que cayeron prisioneros en otros puntos, corrieron una suerte idéntica, de tal modo que las primeras operaciones del ejército pacificador en Nueva Granada fueron marcadas por arroyos de sangre, que iban a convertirse en breve en verdaderos torrentes.

10. Pacificacion de Nueva Granada.— La toma de Cartajena por Morillo fué un rudo golpe para la revolucion neo-granadina. Desde que ese jefe se presentó en el territorio del antiguo virreinato, los realistas de la capital prepararon una revolucion que fué descubierta a tiempo. Poco

despues comenzaron a llegar por el lado del oriente las divisiones del ejército que acababa de someter a Venezuela. El coronel Calzada, a la cabeza de 2,400 hombres, habia avanzado en persecucion de Urdaneta. Los patriotas de Casanare, mandados por el jeneral don Joaquin Ricaurte, obtuvieron sobre los invasores una señalada ventaja en Chire (31 de octubre); pero despues de ella, Calzada siguió su marcha a la provincia de Tunja, donde se le opuso una resistencia desordenada e infructuosa.

El congreso jeneral se alarmó seriamente al saber los progresos de los realistas. Creyendo que la junta gubernativa no poseia la suficiente unidad de accion para rechazar al enemigo en aquellos momentos supremos, acordó reconcentrar el poder en una sola mano, i elijió al doctor don Camilo Torres para el cargo de jefe supremo del Estado, con el título de presidente de las provincias unidas por un período de seis meses. Torres, a pesar de que aceptaba el poder con gran repugnancia por creerse impotente para conjurar la tempestad, fué investido de facultades estraordinarias para tratar con el enemigo. Quedó igualmente constituido un consejo de estado, con quien debia consultarse. García Rovira, que habia sido miembro de la junta ejecutiva, obtuvo el mando de un cuerpo de tropas que se denominó ejército de reserva.

Pero ya era demasiado tarde para impedir la ruina de la revolucion. Los independientes no pudieron reunir los recursos necesarios para rechazar a los invasores. Calzada obtuvo en breve (25 de noviembre) sobre el jeneral Urdaneta otra victoria en Chitagá, que le dejó espedito el camino de Pamplona. El dia siguiente, los realistas ocuparon esta ciudad; i avanzando en seguida hácia el occidente, alcanzaron luego nuevas ventajas. El 22 de febrero de 1816, García Rovira fué derrotado en Cachirí por las tropas de Calzada. Despues de esta batalla, los vencedores habrian podido llegar hasta Santa Fe de Bogotá; pero Morillo, que queria que tocase a un oficial de su espedicion el honor de ocupar la capital del virreinato, dispuso que aquél demo-

rase su marcha hasta que se le reuniese el coronel español don Miguel La Torre. Los jefes de la espedicion, animados por el mas injustificable orgullo, parecian interesados en fomentar la desunion entre los soldados españoles i los criollos que en defensa del rei habian consumado la pacificacion de Venezuela.

Estos descalabros, como era natural, fueron el oríjen de apasionadas acusaciones al gobierno revolucionario. El presidente Torres renunció el mando, i en su lugar fué nombrado por el congreso (14 de marzo) el doctor don José Fernández Madrid, poeta justamente célebre i uno de sus mas distinguidos oradores. Madrid, patriota vehemente i entusiasta, no poseia ni el tino ni la enerjía que reclamaban las circunstancias. Confió el mando de los últimos restos de las tropas a un coronel frances llamado Serviez, propuso un plan de campaña que consistia en abandonar la capital i en preparar la resistencia en el sur del territorio, i luego inició las negociaciones con el enemigo.

Las armas insurjentes no eran entónces mas felices en otros puntos. Una columna realista mandada por el teniente coronel don Julian Bayer habia salido de Cartajena en el mes de diciembre; i penetrando por el Atrato, que va a desembocar en el golfo de Darien, invadió la provincia del Chocó. Despues de varios combates de resultado mas o ménos próspero, Bayer ocupó a Popayan (fines de junio de 1816) i se puso en comunicacion con los realistas de Quito, que por el impulso que les daba el presidente Montes i al mando del activo jeneral Sámano, habian avanzado victoriosos por aquella parte para consumar la pacificacion del virreinato.

En esa época, ya los españoles gobernaban tranquilamente en la capital. El 5 de mayo, Madrid, Serviez i muchos otros jefes evacuaron la ciudad, conduciendo un cuerpo de tropas, que en breve comenzó a dispersarse. La Torre entró a Bogotá el dia siguiente, i se inició en el gobierno con la publicacion de un bando en que ofrecia amplio indulto a los patriotas que depusieran las armas i que volvieran

a sus ocupaciones habituales. La poblacion se manifestaba bien dispuesta en favor de los españoles que terminaban la guerra de aquel modo, cuando llegó el "Pacificador" Morillo a la capital (26 de mayo). Su presencia iba a cambiar radicalmente aquel estado de cosas.

Despues de la ocupacion de Cartajena, i de haber dispuesto el fusilamiento del jeneral patriota Castillo i de siete de los mas importantes prisioneros, Morillo se habia dirijido a Mompos, a orillas del Magdalena, en marcha para la capital. Allí hizo ahorcar a otros revolucionarios, llevando su furor hasta hacer decapitar el cadáver del teniente coronel don Fernando Carabaños, que falleció en un calabozo momentos ántes de la ejecucion. Sus subalternos repitieron estos actos en otros puntos. Al saber la ocupacion de la capital, encargó a La Torre (22 de mayo) que apresara a los patriotas mas comprometidos; i cuatro dias despues, cuando el mismo Morillo entró a la ciudad, se cumplieron estas órdenes con todo rigor. Las cárceles fueron estrechas para encerrar los presos, i fué necesario habilitar al efecto dos conventos. Se negó obstinadamente a recibir a nadie, para no oir solicitudes de los patriotas, i pasaba el dia entero ocupado en leer los documentos oficiales del gobierno revolucionario que habian quedado abandonados, para rastrear en ellos la culpabilidad de los insurjentes.

Para desembarazarse de aquellos oficiales que se habian manifestado dispuestos a seguir una política conciliadora, hizo salir de la capital con comisiones militares a los coroneles Calzada i La Torre. En seguida anuló el indulto promulgado por el segundo de esos militares, i publicó otro tan lleno de restricciones que todos los republicanos se consideraron escluidos de él. Entónces organizó un *consejo permanente de guerra*, institucion que luego se jeneralizó en otras provincias, encargado de juzgar a los autores de la revolucion de la independencia, con arreglo a las prescripciones de las leyes españolas que se refieren a los tumul-

tos, desórdenes i asonadas. Ese tribunal, compuesto de militares oscuros i ruines, despertó los temores i recelos de todo el mundo. Morillo mismo cometió la imprudencia de anunciar en una proclama, el 1º de junio, i cuando los procesos estaban apénas iniciados, que ciertos caudillos revolucionarios que señalaba, pagarian su falta en el cadalso. Al mismo tiempo, creó un *consejo de purificacion*, tribunal encargado de juzgar a los patriotas que no merecian pena capital, i a los que querian justificar su conducta por haber desempeñado cargos públicos durante la revolucion. Entónces tambien se creó la junta de secuestros, encargada de confiscar para el real tesoro los bienes de los patriotas. Desde luego, quedaron embargados todos los que pertenecian a los numerosos presos que se hallaban encerrados en las cárceles, i a los los revolucionarios que andaban fujitivos.

El 5 de junio de 1816, tuvo lugar en Bogotá la primera ejecucion capital. La víctima fué el jeneral don Antonio Villavicencio, aquel comisionado de la rejencia de Cádiz que habia pasado a Nueva Granada a manifestar las benévolas intenciones del gobierno español, i que, como americano, tomó parte en la revolucion. El pueblo vió luego renovarse los espectáculos de este jénero. Hombres distinguidos por su probidad i patriotismo, que habian ocupado la primera majistratura, como Torres, Lozano, Rovira i Torríces, o militares como Baraya i Montúfar, fueron ejecutados como traidores al rei. Don Francisco José de Cáldas, el célebre matemático, astrónomo i naturalista de Bogotá, quizá la primera ilustracion científica de la América española, fué fusilado el 30 de octubre de 1816, porque habia servido de injeniero a una de las divisiones del ejército independiente. Estas ejecuciones iban acompañadas de circunstancias atroces. Se trasladaba a las víctimas al pueblo de su nacimiento para aumentar las angustias de sus familias. En poco tiempo, Morillo habia hecho fusilar 125 hombres notables, haciendo alarde de estas atrocida-

des, por haber "espurgado el virreinato, decia, de doctores i letrados, que siempre son los promotores de rebeliones" [3]. "Si el rei quiere sostener estas provincias, decia a su gobierno el jeneral pacificador, debe mandar que se tomen las mismas medidas que se emplearon en los tiempos de la conquista.

Pero la maldad de Morillo fué mas léjos todavía. No le bastó fusilar i perseguir a los hombres, sino que quiso afrentar a sus esposas. El gobernador de Santa Fe de Bogotá, coronel don Antonio María Casano, simple instrumento del jefe pacificador, dió el 25 de julio de 1816, una órden para que las familias de los revolucionarios fueran confinadas a diversos puntos, i confiadas al cuidado de los curas i alcaldes provinciales, a fin de que éstos cuidaran de su educacion moral i relijiosa, i corrijieran así "la corrupcion de costumbres i la vida licenciosa i perversa que los innovadores turbulentos i desleales establecieron". Morillo, soldado grosero, queria así infamar a las señoras que se habian distinguido por su patriotismo i por sus virtudes cívicas.

A estos vejámenes se siguieron otros. Los pacificadores impusieron contribuciones, multas i trabajos forzados para la apertura de caminos, emprendidos principalmente con un objeto militar. La inquisicion fué restablecida; i ese tribunal se estrenó en sus funciones haciendo quemar públicamente todos los libros que no estaban escritos en español o en latin, por contener, decia, principios impíos i heréticos. ¡A tanto llegaba la ignorancia de los jefes españoles i de sus ajentes! En las provincias se repitieron los mismos horrores. Los coroneles españoles don Francisco Warleta i don Cárlos Tolrá, desplegaron un altanero despotismo en Antioquía i en Popayan, mandando azotar

---

[3] Puede verse en la *Historia de la revolucion de Colombia*, por RESTREPO (1ª edicion), tomo II, páj 152, una lista nominal i cronolójica de aquellas víctimas. Tenemos motivos para creer que esa lista es incompleta.

por mero capricho i arrancando el dinero con tormentos.

Por fin, Morillo salió de Bogotá en viaje para Venezuela (20 de noviembre), pero dejó en el gobierno de la capital al brigadier Sámano. El virrei Montalvo quedó en Cartajena, alejado de los negocios i anulado por el jeneral pacificador.

Sámano desplegó en el gobierno el carácter feroz que habia distinguido a Morillo, i mereció la confianza de éste hasta el punto de solicitar del rei que lo nombrara virrei de Nueva Granada. Fernando VII concedió a Sámano aquel título a fines de 1817. Durante su administracion, es verdad, fué restablecida la audiencia (27 de mayo de 1817) i promulgado un indulto que abrió las puertas de las cárceles a muchos presos que jemian en ellas desde un año atras por el delito de patriotismo (18 de junio); pero se repitieron las ejecuciones capitales i se mantuvo en pié el réjimen del mas rudo despotismo. El 14 de noviembre fué fusilada por la espalda en la plaza de Bogotá, una jóven llamada Policarpa Salavarrieta, porque habia preparado la fuga de algunos patriotas condenados a servir en el ejército realista.

Al terminar el año de 1816, toda la Nueva Granada quedaba sometida a la dominacion española, abatida i aterrorizada. Los pacificadores creian terminada su obra i así lo comunicaban al rei, llenos de orgullo. Sin embargo, en los llanos de Casanare comenzaron a aparecer las guerrillas patriotas que, a las órdenes de don Juan Galea i de don Ramon Nonato Pérez, arrojaron de esa provincia a los españoles i sostuvieron la lucha en los momentos en que parecia perdida la causa de la revolucion neo-granadina. Esta tenacidad incontrastable de los revolucionarios americanos, que los hacia superiores a todos los sacrificios i a todos los desastres, tenacidad heroica de que la historia presenta pocos ejemplos tan brillantes, es el carácter distintivo de ese gran movimiento, i que debia asegurarle su completo triunfo.

"La historia, dice un distinguido escritor aleman, pre-

senta pocos ejemplos en que se encuentre en el mismo grado que entre los revolucionarios de la América española, esa perseverancia en la adversidad, esa abnegacion en sí mismo, esa facilidad para soportar las privaciones i para sufrir penas i trabajos indecibles, ese espíritu de adhesion siempre presto a sacrificar a los penates de sus padres, el reposo i la propiedad, la salud i la vida" [4].

Cuando Morillo referia al rei los triunfos de sus soldados, tenia cuidado de decirle que, a pesar de ellos, el ejército pacificador estaba reducido a un esqueleto, i que necesitaba prontos i copiosos refuerzos. "Si los rebeldes pierden terreno, escribia en 1816, reconcentran sus fuerzas, i al fin se encuentran en mejor situacion que nosotros para mantenerse en el puesto que quieren ocupar" [5].

---

[4] G. G. Gervinus, *Histoire du XIX siècle*, tom. VI, páj. 147 de la traduccion francesa.

[5] Para formar este capítulo he seguido casi como única autoridad la obra ya citada de Restrepo, en la cual el primer volúmen de la segunda edicion contiene la historia de la revolucion neogranadina, con grande acopio de datos i pormenores. Las *Memoirs of Bolívar*, por el jeneral Ducoudray Holstein (Lóndres, 1830, 2 vols), libro escrito con mucho odio al Libertador, contienen algunas noticias mui interesantes sobre el sitio de Cartajena, que, sin embargo, no deben recibirse sin reserva.



CAPITULO VIII.

Revolucion de las Provincias arjentinas.

(1808-1816)

1. El virrei Hidalgo de Cisneros —2. Sublevacion de Chárcas i de La Paz. —3. Revolucion del 25 de mayo de 1810: instalacion de una junta de gobierno.—4. Primeras campañas en el Alto Perú, el Paraguai i la Banda Oriental.—5. Disenciones civiles en Buenos Aires. -6 Derrota de Guaqui: el primer triunvirato.—7. Alto Perú; campaña de Sarratea en la Banda Oriental. —8. Victoria de Salta; derrota de Belgrano en el Alto Perú.—9. Campaña de la Banda Oriental: rendicion de Montevideo.—10. Crítica situacion de la revolucion arjentina: azares de la campaña del Alto Perú. —11. El director Alvarez: derrota de Sipe-Sipe. -12. Congreso de Tucuman: declaracion de la independencia.

1. El virrei Hidalgo de Cisneros.—El virreinato de Buenos Aires estaba gobernado en 1808 por el héroe de la lucha contra los ingleses, don Santiago Liniers [1]. Cárlos IV, en premio de sus importantes servicios, lo dejó en el cargo de virrei que el pueblo le habia confiado, i le concedió el título de conde de Buenos Aires. La noticia de los sucesos ocurridos en España en la primera mitad de aquel año, produjo en Buenos Aires una natural perturbacion. Los españoles temieron que Liniers, como frances de nacimiento, se dejase arrastrar por sus simpatías de nacionalidad hácia

[1] Véase atras, capítulo III, §§ 10 i 11, deesta misma parte.

los invasores de la península. Napoleon habia despachado a Buenos Aires un emisario, para obtener el reconocimiento de la nueva dinastía en el trono español, al mismo tiempo que la junta de Sevilla enviaba otro comisionado para hacerse reconocer en el virreinato. Liniers, a pesar de todas las desconfianzas a que su nacionalidad habia dado orijen, hizo la jura del rei Fernando VII el 21 de agosto de 1808.

La plaza de Montevideo estaba mandada por el coronel español don Francisco Javier Elío, hombre altanero i atrabiliario que no podia perdonar a Liniers su rápida i merecida elevacion. Cuando llegó a aquella ciudad el comisario español, Elío trató de indisponerlo con el virrei, haciéndole creer que este alto funcionario abrigaba simpatías disimuladas por los franceses i que habia hecho una favorable acojida al emisario de Napoleon. El brigadier don Manuel José Goyeneche, éste era el nombre del comisionado por la junta de Sevilla, hombre igualmente atrabiliario, oyó estas acusaciones, i aun aceptó el pensamiento de Elío de formar en Montevideo una junta de gobierno independiente de la autoridad del virrei. La junta fué instalada el 24 de setiembre.

Aquel movimiento efectuado con el propósito de servir a la causa realista, sirvió de estímulo a la revolucion de la independencia. Elío manifestaba un gran desprecio por los americanos a quienes no reconocia el derecho de intervenir en los negocios de gobierno; i Goyeneche, aunque americano, puesto que habia nacido en la ciudad de Arequipa, volvia de España imbuido en las mismas ideas. Miéntras tanto, los patriotas de Buenos Aires, que en la reconquista i en la defensa de esta ciudad habian adquirido la conciencia de su propio valer, estaban dispuestos a intervenir en la administracion del virreinato a lo ménos miéntras durara el estado anómalo de la monarquía española. Existian, pues, dos partidos, el español que estaba apoyado por Elío i la junta de Montevideo, i el americano, que capitaneaban algunos hombres notables por su intelijencia i su resolucion, os cuales buscaban su apoyo en el virrei Liniers.

A estos elementos de division se agregó en breve otro. La familia reinante en el Portugal habia emigrado al Brasil a consecuencia de la invasion francesa (1807). La infanta española doña Carlota Joaquina de Borbon, esposa del príncipe rejente i heredero del trono lusitano, i hermana de Fernando VII, vió en los conflictos de la monarquía española un arbitrio para posesionarse de algunas provincias de América. La infanta despachó, al efecto, emisarios a las diversas colonias españolas para hacer valer sus derechos con comunicaciones insinuantes dirijidas a los principales funcionarios de cada una de ellas [2]. Los patriotas de Buenos Aires hallaron en la ambicion de la infanta un medio para disimular sus verdaderos propósitos i preparar la revolucion bajo su amparo. Liniers, sin embargo, rechazó las proposiciones de la princesa doña Carlota.

Los dos partidos estaban a la espectativa de los sucesos que pudieran favorecer sus proyectos respectivos. Los españoles, a cuya cabeza estaba don Martin de Alzaga, aquel alcalde que tanto se habia distinguido en la defensa de Buenos Aires en 1807, quisieron aprovecharse de la eleccion de miembros del cabildo que debia hacerse en esta corporacion el dia primero de cada año. Su plan se reducia nada ménos que a deponer al virrei i a formar una junta de gobierno que representase decididamente sus intereses. En efecto, el 1º de enero de 1809, miéntras se hacia la eleccion en el cabildo, se presentaron algunos cuerpos de tropas en la plaza mayor de Buenos Aires pidiendo a gritos la deposicion de Liniers. El cabildo, en donde los españoles tenian mayoría, pasó al palacio a intimar a Liniers que dejara el mando. El obispo don Benito de Lue i el alcalde Alzaga dirijian el movimiento. El virrei, creyéndose impotente para resistir, ofreció su dimision a condicion de que no se formase junta de gobierno, sino que el mando pasase al

[2] Los emisarios *Carlotinos* llevaban encargo de hacer ver que dicha infanta española como hija mayor de Cárlos IV, venia a ser, de conformidad con las leyes dinásticas de la monarquía, presunta heredera de las colonias americanas.

oficial de mas alta graduacion. Pero los patriotas habian salido de su sorpresa i estaban resuelto a impedir que se consumase aquella revolucion. Los jefes de las milicias nacionales habian reunido sus cuerpos i acudido tambien con ellos a la plaza mayor; i uno de los comandantes, don Cornelio Saavedra, penetró en el palacio i anunció al virrei en nombre de sus compañeros que las tropas estaban decididas a sostenerlo. La revolucion quedó desconcertada: Liniers cobró ánimo i mandó disolver la reunion de los facciosos. En seguida apresó a Alzaga i a cuatro de los miembros del cabildo, i los desterró al puerto de Patagones.

Los planes de los españoles, en que Elío y la junta de Montevideo habian tomado una parte principal, quedaron así desbaratados. Elío, sin embargo, mandó un buque de guerra a Patagones para sacar los presos i esperó confiado la resolucion del gobierno de la península. En efecto, la junta central, que acababa de instalarse en España, predispuesta contra Liniers por los informes de Elío i deseando impedir todo movimiento revolucionario en el virreinato de la Plata, confió el mando de éste al teniente jeneral de marina don Baltazar Hidaldo de Cisnéros, que se habia distinguido en el combate de Trafalgar. El virrei llegó a Montevideo a principios de julio de 1809. Temiendo que Liniers se negara a entregarle el mando, Cisnéros reunió las fuerzas que halló en aquella plaza, i desde allí despachó a Buenos Aires con el título de gobernador político i militar, al jeneral don Vicente Nieto, i dispuso que Liniers i las principales autoridades pasaran a recibirlo a la Banda Oriental. Contra las esperanzas i los consejos de los patriotas, Liniers no opuso resistencia alguna a esta órden, i entregó dócilmente el mando a su sucesor. Cisnéros hizo su entrada solemne en Buenos Aires el 30 de julio de 1809.

2. Sublevacion de Chárcas i de la Paz. — En esa época, la revolucion habia estallado en las provincias mas apartadas del virreinato de Buenos Aires. La presidencia de Chárcas se hallaba gobernada en 1808 por el teniente jene-

rai don Ramon García Leon de Pizarro, cuando pasó por aquella provincia el comisionado español, jeneral Goyeneche, en viaje al Perú. Este no tenia hasta entónces mas que una idea fija, i era la de que sus compatriotas, los americanos, debian vivir sometidos a la servidumbre. Al partir de España, habia recibido en Madrid del mariscal frances Murat el encargo de coadyuvar al reconocimiento de la dominacion francesa. En Sevilla, la junta instalada allí para sostener la independencia española, le confió la comision de sostener en América los derechos de Fernando VII. Finalmente, al pasar por Rio de Janeiro, Goyeneche recibió de la infanta doña Carlota Joaquina, nuevas instrucciones para sostener sus derechos al gobierno de la América. El comisario español carecia del discernimiento indispensable para trazarse una línea fija de conducta. En Montevideo fué partidario de la junta de Sevilla, i autorizó la rebelion de Elío contra Liniers, fomentando así el desprestijio de las autoridades en una época en que tanto les convenia conservarlo. En Chárcas se manifestó inclinado por la infanta doña Carlota, i despues de una corta permanencia, siguió su viaje a Lima.

El presidente Pizarro se inclinó igualmente por la princesa del Brasil; pero deseando salvar su responsabilidad, pidió informe a la universidad de Chárcas sobre lo que debia hacer. Aquella corporacion se pronunció abiertamente en contra de las pretensiones de la infanta, empleando al efecto palabras duras contra los que intentaran desconocer los derechos de Fernando VII. Este fué el oríjen de una imprevista ajitacion política en aquella ciudad. El presidente, temiendo que de allí pudieran resultar mayores embarazos, ordenó el 25 de mayo de 1809, la prision de dos doctores que hacian cabeza entre los ajitadores: don Manuel i don Jaime Zudáñez, el primero de los cuales era síndico procurador de la universidad i el segundo, redactor del acta de aquella corporacion que habia estimulado el descontento. Sólo el último fué llevado a la cárcel.

El pueblo de Chárcas, mal dispuesto de antemano con-

tra el presidente Pizarro, no quiso tolerar este golpe de autoridad. El mismo dia 25 de mayo tocó a rebato las campanas de las iglesias, i armado de cualquier modo, atacó el palacio del presidente arrollando la guardia despues de una hora de lucha. El jeneral Pizarro fué reducido a prision: en su reemplazo, se confió el gobierno civil al oidor decano de la real audiencia, don Antonio Boeto, i el militar al coronel don Juan Antonio Alvarez de Arenales, español de nacimiento establecido en América desde muchos años atras i que prestó importantes servicios a la causa de la independencia. Los revolucionarios habian consumado aquel movimiento en nombre de Fernando VII; pero a la sombra de aquella aparente lealtad, abrigaban el pensamiento de la emancipacion para el caso de que la metrópoli fuera sometida a un monarca estraño. Con el objeto de dar prestijio a esa revolucion, despacharon diversos ajentes a varias provincias. Uno de ellos fué el doctor don Bernardo Monteagudo, tan célebre mas tarde en los fastos de la revolucion americana.

El movimiento de Chárcas no fué secundado en todas las provincias. El intendente de Potosí, don Francisco de Paula Sanz, se preparó para combatirlo; pero el vecindario de la ciudad de la Paz, apoyándose en un batallon de milicias, atacó a las tropas de línea, depuso las autoridades españolas i formó una junta de gobierno compuesta de revolucionarios audaces, cuyas opiniones estaban de manifiesto en sus propias proclamas. "Hasta aquí, decian, hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por mas de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad al despotismo i tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes i mirado como esclavos, etc. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo...... Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno fundado en los intereses de nuestra patria...... Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título, i conservadas

con la mayor injusticia i tiranía". La junta organizó una columna de tropas para sostener los principios que proclamaba, pero sólo pudo disponer de 800 fusiles i de 11 piezas de artillería.

La noticia de la revolucion ocurrida en la presidencia de Chárcas, o en el Alto Perú, como entónces se denominaba aquel territorio, voló con gran rapidez. En Buenos Aires, el virrei Cisnéros equipó apresuradamente una columna de 1,000 hombres que hizo marchar sobre Chuquisaca a las órdenes del jeneral Nieto [3]. El virrei del Perú don José Fernando de Abascal no desplegó menor celo para reprimir la insurreccion. Habia nombrado al jeneral Goyeneche presidente interino del Cuzco [4]; i a éste le dió encargo de que reuniera todas las milicias de las provincias del sur del Perú i marchase sobre los rebeldes de la Paz. Goyeneche formó un ejército de 5,000 hombres con que se puso en marcha para el sur; pero ántes de principiar las operaciones militares, comenzó por estimular la desercion entre los sublevados, enviando frecuentes emisarios con el pretesto de entablar negociaciones pacíficas.

En efecto, luego se hicieron sentir los primeros síntomas de reaccion en la ciudad de La Paz. La junta se disolvió, i en su lugar tomó el mando político i militar don Pedro Domingo Murillo, osado revolucionario que desplegó un carácter notable en aquellos momentos. Pero todo hacia prever que la revolucion seria sofocada en breve, pues la reaccion se habia manifestado de una manera alarmante. Murillo, sin embargo, esperó resueltamente a Goyeneche en las inmediaciones de la Paz. La batalla tuvo lugar el 25

[3] Como hemos dicho en otra parte, la capital de la provincia de Chárcas era conocida tambien con el nombre de Chárcas, de Chuquisaca i de la Plata, i hoi tiene el nombre de Sucre.

[4] Con motivo de la creacion de la real audiencia del Cuzco en 1787, el territorio sometido a su autoridad fué elevado a presidencia dependiente del virrei del Perú, así como la presidencia de Quito dependia del virrei de Nueva Granada, i la de Chárcas del virrei de Buenos Aires.

de octubre de 1809; i en ella alcanzaron la victoria las tropas del virrei. Una division del ejército peruano, mandada por el coronel don Domingo Tristan, derrotó igualmente otras fuerzas revolucionarias. A los triunfos de Goyeneche se siguieron los castigos i venganzas. Hasta marzo de 1810 fueron sucesivamente condenados ochenta i seis individuos, unos a la horca, otros a garrote i los mas a presidio o a destierro, pero todos sufrieron la confiscacion de bienes. La insurreccion de la Paz fué sofocada con horrible ferocidad.

Miéntras tanto, la insurreccion de Chárcas habia sido dominada igualmente por las tropas de Buenos Aires. El jeneral Nieto penetró hasta el Alto Perú sin resistencia alguna, i el 21 de diciembre de 1809 ocupó la ciudad de Chuquisaca. Los revolucionarios, aterrorizados con el trájico fin de los rebeldes de la Paz, sin combatir se rindieron a Nieto, i fueron reducidos a prision i sometidos a juicio, junto con los oidores de la audiencia, a quienes se atribuia gran participacion en el movimiento. Como en aquella ciudad los revolucionarios no habian dejado entrever propósito alguno de independencia, los vencedores se manifestaron mucho mas induljentes, contentándose con mantener en prision o deportar a diversos lugares a los autores de la revolucion del 25 de mayo de 1809 [5].

3. Revolucion del 25 de mayo de 1810; instalacion de una junta de gobierno.—Cuando la revolucion era sofocada en el Alto Perú, renacia con mayor vigor i consistencia en la capital del virreinato. La situacion de Cisné-

---

[5] La sublevacion de Chárcas, que constituye el primer acto de la revolucion hispano-americana, ha sido mui imperfectamente narrada por los historiadores españoles García Camba i Torrente, i hasta por el virrei Abascal en una esposicion de su conducta miéntras rijió el Perú. Sin embargo, he consultado esas autoridades comparándolas con algunos documentos publicados en diversas épocas i con lo que acerca de estos hechos ha consignado don Manuel José Cortes en su *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, Sucre 1861, i don Manuel María Urcullo en una obrita anónima que dió a luz en Sucre con el título de *Apuntes para la historia de Bolivia*.

ros habia ido complicándose rápidamente desde que tomó las riendas del gobierno; i la opinion se preparaba para un cambio radical que parecia próximo.

El nuevo virrei pasó los primeros meses de su administracion en arreglos interiores, reorganizó las milicias i mandó suspender el proceso que se seguia a los autores de la revolucion del 1º de enero de 1809. Comprendiendo los males que aquejaban a aquel pais por causa del monopolio que existia en el comercio, Cisnéros, despues de oir los pareceres mas caracterizados, decretó la libertad comercial como una medida transitoria, i hasta que España se viera libre de la guerra contra los franceses i pudiera seguir surtiendo los mercados de sus colonias. Pero, miéntras aquel alto funcionario estaba ocupado en estos trabajos, la revolucion arjentina nacia en las reuniones de los criollos que mas se habian distinguido en la lucha contra los ingleses. Las noticias de la península que llegaban a Buenos Aires desde 1808, daban motivo a los proyectos de un cambio gubernativo. En las elecciones de cabildantes que tuvieron lugar el 1.° de enero de 1809, los patriotas habian alcanzado a equilibrar la influencia española en el ayuntamiento, llevando a él los miembros necesarios para contar con la mitad de los votos.

A mediados de mayo de 1810 llegó al Rio de la Plata una noticia que debia ser fatal a la dominacion española. La junta central que gobernaba en la metrópoli desde Sevilla, habia sido disuelta: los ejércitos franceses, vencedores en todas partes, habian penetrado en Andalucía i parecian dispuestos a consumar la sumision completa de España. El virrei, conociendo la impresion que esa noticia produjo en Buenos Aires, creyó conveniente escitar la fidelidad de sus gobernados por medio de una proclama que hizo circular el 18 de aquel mes. En ella enunciaba la idea de establecer una representacion de la soberanía real en América, de acuerdo con los demas virreyes, i concluia pidiendo el apoyo de los colonos, como si reconociera que sus títulos para el gobierno habian caducado. "Aprovechaos, si quereis ser

felices, decia, de los consejos de vuestro jefe." Cisnéros no hablaba ya de obediencia ciega, como ántes lo habian hecho siempre los mandatarios españoles.

El pueblo arjentino no oyó los consejos del virrei. Se creia que el gobierno español habia dejado de existir; i los patriotas hablaron en sus reuniones de la necesidad de formar una junta encargada de rejir el virreinato en aquellos momentos de acefalía. Por medio de dos de sus parciales del cabildo, el alcalde don Juan José Lezica i el procurador de ciudad don Julian Leiva, arrancaron privadamente de Cisnéros el permiso de celebrar una asamblea en que se tratara de lo que debia hacerse en aquellos momentos. Fué inútil que el virrei solicitara el apoyo de los comandantes de los cuerpos que formaban la guarnicion de Buenos Aires, porque el mas acreditado de todos ellos, el comandante de patricios don Cornelio Saavedra, que debia representar en breve un importante papel en la revolucion, le declaró francamente que habiendo caducado el gobierno español, el pueblo debia proveer a su propia seguridad (20 de mayo).

El siguiente dia se reunió el cabildo. Como estaba convenido, envió una diputacion cerca del virrei Cisnéros, a fin de pedir la autorizacion para convocar una asamblea a que debia concurrir la parte sana del vecindario, con el objeto, decia, de "evitar los desastres de una convulsion popular". El virrei se vió comprometido a acceder a esta solicitud. El 22 de mayo tuvo lugar la reunion acordada: concurrieron a ella cerca de cuatrocientas personas bajo la presidencia de las corporaciones civiles i del obispo Lue. El doctor don Juan José Castelli, revolucionario osado e impetuoso, el comandante Saavedra i otros parciales suyos, representaban al pueblo arjentino i pedian la formacion de un gobierno nacional. El obispo, los miembros de la audiencia i algunos altos funcionarios sostuvieron con toda arrogancia los derechos de España i de los españoles para gobernar las colonias de América. Un tercer partido, que buscaba un término medio entre tan encontradas exijencias, tuvo ménos eco, i acabó mas tarde por reunirse, a lo

ménos su mayoría, a los revolucionarios. Despues de una discusion de muchas horas, en que casi la mitad de los concurrentes habia fundado su voto, quedó acordado que el cabildo asumiese el gobierno, miéntras nombraba una junta que rijiese el virreinato.

Como es fácil suponer, todo esto mantenia viva la ajitacion del vecindario de Buenos Aires. Los habitantes de aquella capital, que se habian hecho conocer de la metrópoli por movimientos sediciosos, adquirieron la conciencia de su valer despues de haber rechazado las invasiones inglesas en el Rio de la Plata. Los caudillos revolucionarios querian a todo trance la deposicion del virrei; i como ellos eran en su mayor parte los hombres que mas se habian distinguido en aquellas luchas, poseian un prestijio inmenso entre sus conciudadanos. El cabildo, compuesto de españoles i de patriotas irresolutos, conoció, aunque tarde, la tempestad que se acercaba, i quiso desarmarla. En efecto. el el dia 23, el cabildo, en cumplimiento del encargo que le habia conferido la asamblea popular, dispuso que el virrei conservase el mando asociado con algunos funcionarios, dos de los cuales serian el comandante Saavedra i don Manuel Belgrano, mui famoso despues en los fastos de la revolucion arjentina, los cuales tenian un gran prestijio en la ciudad. Sin embargo, ámbos se negaron a aceptar el puesto que se les ofrecia. El pueblo i los jefes de las tropas aspiraban a una revolucion mas radical; i el acuerdo del cabildo no satisfacia sus esperanzas i sus deseos. El cabildo se vió obligado a publicar por bando la cesacion del virrei, como la opinion pública lo habia acordado el dia anterior.

No fué éste el último esfuerzo del cabildo para dominar la situacion, eludiendo artificiosamente el acuerdo de la asamblea del 22 de mayo. El 24 decretó la organizacion de una junta gubernativa compuesta de cuatro miembros, todos ellos patriotas, bajo la presidencia del virrei. Pero el pueblo no pudo tolerar impasible la superchería de que era víctima. La ajitacion cundia en la ciudad, tomando a cada momento caractéres mas alarmantes; i en ella tomaban

parte las tropas que permanecian acuarteladas. Los miembros de la junta recien elejida conocieron los peligros de la situacion, i en aquella misma noche hicieron su renuncia. El cabildo comenzó a comprender que era imposible luchar contra el pueblo entero. La situacion iba a resolverse el siguiente dia, 25 de mayo. El cabildo se reunió mui temprano para discutir lo que convenia hacer en aquellos momentos; pero el pueblo se agolpó a las puertas de la sala capitular pidiendo a voces la instalacion de una junta de gobierno en que no tuviera participacion el virrei Cisnéros. Los comandantes de las tropas declararon que era imposible contener la ajitacion por otro medio que no fuera accediendo a la solicitud del pueblo. El mismo virrei, notificado de lo que pasaba en la ciudad, consintió en abandonar el mando para evitar peligrosas conmociones. Talvez el cabildo habria vacilado todavía sin saber qué partido tomar en definitiva; pero el pueblo invadió de nuevo el lugar de sus sesiones, i allí espuso que desconocia la junta instalada el dia anterior, i que pedia la designacion de otra presidida por el comandante Saavedra i compuesta de seis miembros mas, entre los cuales figuraban Castelli i Belgrano. Fué necesario ceder a esta exijencia: el cabildo se vió forzado a proclamar la junta que se le proponia, como gobernadora del virreinato durante el cautiverio de Fernando VII. A pesar de esta fórmula, usada, como ya se ha visto, en todas las colonias americanas, la revolucion del 25 de mayo de 1810 marca la época de la cesacion del gobierno español i el nacimiento de la República en las provincias del Plata.

No pasó mucho tiempo sin que los realistas comprendieran la importancia del cambio gubernativo efectuado en Buenos Aires. A principios de junio llegó allí la confirmacion de la noticia de haberse organizado en Cádiz el consejo de rejencia; i los oidores pretendieron que fuera reconocido por la junta gubernativa. Esta, sin embargo, no sólo no accedió a lo que se le pedia, sino que obligó a la real audiencia a prestar juramento de fidelidad al nuevo gobierno. Pocos dias despues, habiendo circulado el rumor de que el

virrei Cisnéros i los oidores trataban de fugarse a Montevideo, los hizo citar a la casa de gobierno i los embarcó de noche en un buque ingles que zarpó inmediatamente para las islas Canarias (21 de junio). Aquel golpe de autoridad asentó el respeto de la junta gubernativa.

4. PRIMERAS CAMPAÑAS EN EL ALTO PERÚ, EL PARAGUAI I LA BANDA ORIENTAL.—Los defensores del réjimen español no se dejaron engañar con esas apariencias de fidelidad. Impotentes para operar una contra-revolucion en la capital, i en las provincias centrales, en donde la autoridad de la junta habia sido reconocida, contaban en cambio con poderosos elementos de resistencia en las provincias del Alto Perú, en el Paraguai i en la Banda Oriental del Rio de la Plata. El pueblo de Buenos Aires, que comprendia su situacion, habia pedido el 25 de mayo, el mismo dia en que se instaló el nuevo gobierno, el envío de una espedicion de 500 hombres contra las provincias del norte.

La junta gubernativa no desatendió este encargo. El pueblo habia nombrado dos secretarios de gobierno. Uno de éstos era don Mariano Moreno, abogado jóven que se habia hecho conocer por un talento raro i por un carácter impetuoso i firme. La junta le encargó el ministerio de gobierno i guerra, ramos en que todo estaba por crearse, depositando en él una confianza ilimitada. Moreno supo corresponder dignamente a tan delicado encargo. Fué el consejero del destierro del virrei i el organizador del primer ejército arjentino. Faltaban jefes preparados para dirijir una campaña, i recursos para hacer frente a los gastos que ella debia orijinar; Moreno suplió a todo, utilizando los cortos conocimientos militares de los oficiales de milicias que se habian ilustrado en la defensa contra los ingleses, i promoviendo suscriciones patrióticas en todas las ciudades.

A mediados de julio salió a campaña con direccion a las provincias del norte, una division de 1,200 hombres bajo el mando del coronel don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, como jeneral en jefe, i del coronel don Antonio González

Balcarce como jefe de estado mayor. En Córdoba el gobernador intendente de la provincia don Juan de la Concha, ausiliado por Liniers, que se encontraba retirado del servicio, por el obispo don Rodrigo Antonio Orellana i por otros empleados españoles, habia desconocido las nuevas autoridades i preparádose para combatirlas. Al saber la aproximacion de las tropas de Buenos Aires, Concha i los suyos se pusieron en fuga hácia el norte; pero fueron alcanzados por Balcarce i tomados prisioneros (7 de agosto). La junta gubernativa dió órden de fusilar inmediatamente a cinco de ellos; i como Ocampo vacilara para cumplirla, partió de la capital el doctor Castelli, i mandó ejecutar la sentencia en el sitio denominado Cabeza de Tigre, en la provincia de Córdoba [6]. Este acto de rigor sólo puede esplicarse despues de conocer las crueldades cometidas por los españoles en el Alto Perú; sin embargo, los caudillos de la revolucion arjentina habian decretado el fusilamiento de aquellos prisioneros no sólo para tomar represalias sino para deslindar claramente su situacion haciendo imposible todo avenimiento. "Hemos decretado el sacrificio de estas víctimas, decia la junta en una proclama, a la salud de tantos millones de inocentes. Sólo el terror del suplicio puede servir de escarmiento a sus cómplices".

Los jefes arjentinos entregaron el mando de la provincia de Córdoba al coronel Pueirredon, i siguieron su marcha al Alto Perú, en donde los gobernadores españoles, instigados por Goyeneche, el feroz presidente del Cuzco, cometian inauditas vejaciones. Los oficiales arjentinos que en 1809

---

[6] Los seis prisioneros eran el capitan de fragata Concha, el jeneral Liniers, el coronel Allende, el tesorero Moreno, el obispo Orellana i el asesor de la intendencia de Córdoba, Rodríguez, con cuyas iniciales formaron los españoles la palabra *clamor*. Todos ellos, ménos el obispo Orellana, fueron fusilados por el delito de rebelion contra las autoridades constituidas. Este eclesiástico, que habia estimulado la sublevacion contra los caudillos de la revolucion arjentina, debió la vida al respeto que inspiraba su traje episcopal.

habian salido de Buenos Aires bajo las órdenes del jeneral Nieto para sofocar la insurreccion de Chárcas, eran condenados a trabajos forzados en las minas por simples sospechas. Balcarce se adelantó hasta Cotagaita, en donde los realistas tenian un campamento atrincherado; pero rechazado despues de cuatro horas de combate (27 de octubre), fué perseguido por el comandante español don José Córdoba hasta la ciudad de Tupiza. A pesar de esta retirada, los arjentinos se rehicieron en Suipacha, a pocas leguas al sur de aquella ciudad, i allí esperaron resueltamente a sus perseguidores. El combate tuvo lugar el 7 de noviembre, i en él alcanzaron los patriotas una espléndida victoria. Los realistas dejaron en el campo 40 muertos i 150 prisioneros, i se retiraron en desordenada fuga. Aquella derrota produjo entre ellos tal pavor que el presidente de Chárcas, Nieto, el intendente de Potosí, Sanz, i el coronel Córdoba se rindieron a discrecion. Las tropas de Buenos Aires continuaron su marcha al norte recibiendo en todas partes las mas esplícitas manifestaciones de adhesion. El 16 de noviembre todas las provincias del Alto Perú se habian pronunciado por la causa de los rebeldes. Un mes despues (15 de diciembre), fueron fusilados en la plaza de Potosí aquellos tres condecorados prisioneros. El triunfo de la revolucion parecia asegurado en las provincias del norte.

En esa época, otro cuerpo de tropas arjentinas operaba en el Paraguai, con ménos fortuna, es verdad, pero nó con ménos decision. Gobernaba allí el coronel español don Bernardo Velasco, hombre honrado i bondadoso, que habia correjido cuanto era posible los abusos del réjimen colonial en una provincia que parecia segregada del movimiento de las otras colonias. La junta gubernativa de Buenos Aires, queriendo que el Paraguai reconociese su autoridad, como reconociera por tantos años la de los virreyes, formó una division de 500 hombres i puso a su cabeza a don Manuel Belgrano, vocal, como ya hemos dicho, de la misma junta. Era éste un abogado distinguido por su intelijencia, su ilustracion i sus virtudes, que habia trabajado empeñosa-

mente en favor de la libertad de comercio i de la propagacion de la enseñanza; pero sólo ejercitado en la milicia durante las invasiones inglesas. Sin embargo, dispuesto a cualquier sacrificio por la causa de la patria, aceptó aquel cargo, i salió a campaña a fines de setiembre (1810).

Mas de dos meses de penosas marchas necesitó Belgrano para llegar a la frontera del Paraguai, i un mes despues avistó las fuerzas del gobernador Velasco, en número de 7,000 hombres, a orillas del arroyo Paraguarí, en donde tuvo lugar el primer combate (11 de enero de 1811). Las tropas arjentinas fueron cortadas i obligadas a retirarse al sur hasta las orillas del rio Tacuarí, en donde se empeñó el segundo combate, igualmente adverso para Belgrano (9 de marzo). El siguiente dia firmó allí mismo una capitulacion mediante la cual se facilitó la retirada i preparó el terreno para disponer los ánimos a la independencia [7].

La revolucion arjentina tenia enemigos mas inmediatos i temibles en la Banda Oriental del Uruguai. Montevideo, plaza militar i apostadero naval de alguna importancia, era la capital de aquella dilatada provincia; i allí una asamblea popular, convocada por el cabildo, habia desconocido la autoridad de la junta gubernativa de Buenos Aires (junio de 1810). Por un decreto de ésta quedaron interrumpidas las relaciones entre una i otra banda del Rio de la Plata (13 de agosto). El comandante de marina don José Salazar, que mandaba en Montevideo, puso grande empeño en cortar en tiempo todo proyecto de revolucion, i reunió las fuerzas navales de su dependencia para poner estrecho bloqueo a la capital del virreinato (setiembre). Este acto de hostilidad no acarreó a Buenos Aires los perjuicios que eran de temerse. Falta de elementos navales para combatir a los

---

7 La campaña del Paraguai ha sido referida con grande acopio de pormenores en los capítulos XI, XII i XIII del tomo I de la *Historia de Belgrano*, por MITRE. El lector encontrará mas detalles acerca de la revolucion paraguaya en el capítulo que destinamos a esta república, en el presente volúmen, mas adelante (cap. XVI).

enemigos, la junta movió el interes del comercio británico, que entónces comenzaba a tomar grande incremento; i éste vino en su ayuda mediante una artificiosa aplicacion de los principios del derecho internacional. Lord Strangford, embajador ingles cerca del rei de Portugal, establecido entónces en Rio de Janeiro, declaró que no reconocia el bloqueo, porque ese reconocimiento importaria una violacion de la neutralidad. La escuadra española se alejó al fin de Buenos Aires despues de haber sostenido dos meses esa operacion de guerra.

La Banda Oriental quedó así segregada de la revolucion arjentina i sometida a la autoridad del jeneral de la real armada don Gaspar de Vigodet, que acababa de tomar el mando de la provincia. Pero un cambio gubernativo introducido en ella vino a preparar la insurreccion. El consejo de rejencia de España, tan incapaz de dirijir los negocios de América como lo habian sido los reyes, al saber la instalacion de la junta de Buenos Aires, nombró virrei al jeneral don Francisco Javier Elío, hombre conocido i detestado en las provincias arjentinas por su carácter arrogante i por su altanero desprecio hácia los americanos. Como es fácil suponer, la junta gubernativa no quiso reconocer a aquel mandatario; i entónces Elío declaró la guerra (12 de febrero de 1811) lanzando proclamas insolentes en que llamaba traidores a los gobernantes de Buenos Aires i a todos los que los sostuvieran. Inmediatamente puso en campaña sus fuerzas navales contra las débiles embarcaciones que habia preparado el gobierno insurjente, i en efecto las batió i apresó en las aguas del Paraná (2 de marzo).

Pero entónces asomaba la revolucion en el territorio del Uruguai. El 28 de febrero [8] las milicias que guarnecian el pequeño pueblo de Mercedes, se sublevaron reconociendo la autoridad de la junta bonaerense. Esta misma prestó ausilios al teniente don José Artígas, caudillo valeroso i turbu-

[8] El 28 de marzo dice, por descuido, MITRE en su *Historia de Belgrano*, tom. I, páj. 347.

lento que debia desempeñar un papel mui notable en la historia de la revolucion oriental. Belgrano, a su vuelta del Paraguai, fué comisionado por el gobierno arjentino para dirijir las operaciones militares contra Montevideo; i pudo reunir en efecto un ejército de mas de mil hombres de todas armas.

Pocos dias mas tarde, casi toda la Banda Oriental del Rio de la Plata se habia pronunciado por los patriotas. Los realistas, despues de intentar una resistencia en el pueblo de San José, en donde quedó prisionera la guarnicion (25 de abril), se reconcentraron en Montevideo. Belgrano marchó contra aquella ciudad; pero ántes de acercarse a sus fortificaciones, supo que el gobierno arjentino, a consecuencia de una revolucion acaecida en Buenos Aires, lo habia separado del mando del ejército de operaciones (2 de mayo). La campaña no se paralizó por esto: los patriotas, bajo las órdenes del coronel don José Rondeau i del comandante Artígas, siguieron adelante i derrotaron completamente las tropas de Elío en las Piedras el 18 de mayo de 1811, tomándole cerca de 500 prisioneros, su artillería i todos sus bagajes. La ocupacion de todo el territorio oriental por las fuerzas insurjentes pareció inevitable. El titulado virrei de Buenos Aires, tan arrogante a su arribo a aquel pais, quiso celebrar un armisticio con los vencedores; i como sus propuestas fueran desechadas por Rondeau, se dirijió a la junta bonaerense invitándola a un arreglo pacífico, que tampoco fué aceptado por el gobierno revolucionario.

5. Disenciones civiles en Buenos Aires.—Las ventajas alcanzadas por los insurjentes en el norte i en el oriente del antiguo virreinato hacian presumir el triunfo definitivo de la revolucion arjentina. En el mismo Paraguai, donde habia sido rechazado Belgrano, estalló una sublevacion el 14 de mayo que dió por resultado la formacion de una junta gubernativa análoga a la de Buenos Aires. Pero los revolucionarios no sacaron de sus triunfos todo el provecho que debian esperar, porque luego asomaron las disenciones civiles que mas tarde habian de entrabar su marcha.

La junta de gobierno habia desplegado grande actividad en la administracion. Decretó la creacion de una biblioteca pública en Buenos Aires (13 de setiembre de 1810), i preparó la fundacion de una academia de matemáticas sin descuidar los negocios de la guerra, a los cuales daba la mayor importancia; pero en su propio seno se dejaron sentir en breve los primeros jérmenes de desunion. Durante la ausencia del doctor Castelli, que habia pasado al Alto Perú, el secretario Moreno era el representante del partido exaltado, el consejero de las medidas enérjicas contra los enemigos de la revolucion, i el defensor franco de las ideas de independencia. El presidente de la junta don Cornelio Saavedra, apoyado por algunos de sus colegas, era el jefe del partido moderado, que caminaba sin duda al mismo punto que Moreno, pero que queria marchar con mas calma para no comprometer imprudentemente la revolucion. Belgrano cuyo carácter conciliador habria podido evitar un rompimiento, se hallaba en campaña en el Paraguai.

La impetuosidad de Moreno, sin embargo, imprimia direccion a los negocios. El cabildo de Buenos Aires fué disuelto porque contrariaba las miras de la junta, i reemplazado por otro compuesto de patriotas mas decididos. Un vecino respetable, don Basilio Viola, pariente de uno de los miembros de la junta, fué fusilado porque mantenia comunicaciones con los españoles de Montevideo. En la campaña militar, como ya hemos visto, los jefes arjentinos procedian con igual rigor.

Al instalarse la junta, el pueblo habia acordado que se invitase a todas las provincias a mandar sus representantes a un congreso jeneral que debia reunirse en Buenos Aires, con el encargo de fijar en definitiva la forma de gobierno que se considerara mas conveniente para aquel pais. En diciembre de 1810 ya habian llegado a la capital nueve diputados todos adictos al presidente Saavedra, los cuales solicitaron incorporarse desde luego, a la junta gubernativa. Apoyados por él, que veia en este espediente una arma

de partido para arruinar a los radicales, fueron llamados a la sesion en que debia tratarse tan grave asunto; i despues de tomar parte en el debate, ellos mismos votaron en favor de su propia solicitud formándose así en el seno del mismo gobierno una respetable mayoría conservadora o moderada (18 de diciembre). Desde entónces quedaron incorporados en el gobierno los representantes de las provincias Moreno renunció el cargo de secretario de la junta; i como sus adversarios quisieran alejarlo del pais, lo mandaron a Inglaterra a desempeñar una mision diplomática de alta importancia. El osado revolucionario no alcanzó a llegar a su destino: falleció en la navegacion el 4 de marzo de 1811.

La lucha de los partidos no terminó con esto solo. La incorporacion de los diputados en la junta gubernativa habia consolidado en el poder a los conservadores; pero el partido demócrata no se desalentó por su derrota. En los clubs se hicieron oir algunos vehementes oradores; que censuraban la conducta del gobierno i que despertaron las sospechas de éste. Llegó a temerse una revolucion en Buenos Aires, i entónces los conservadores creyeron que debian prevenirla por medio de otra revolucion preparada por ellos mismos. En la noche del 5 al 6 de abril (1811), numerosos grupos de jente reunida en los suburbios de la ciudad ocuparon la plaza, i pocos momentos despues se unieron a ellos varios cuerpos de tropas de la guarnicion. Los sublevados dirijieron por escrito sus peticiones a la junta gubernativa, i en ellas exijian la separacion de algunos de sus miembros, cuyas ideas radicales eran jeneralmente conocidas, la espatriacion de varios corifeos de aquel partido, el nombramiento de Saavedra para jefe superior de las tropas, i el llamamiento de Belgrano para dar cuenta de su conducta en la campaña del Paraguai. La junta accedió a cuanto se le pedia, i la revolucion quedó consumada ántes de amanecer.

Aquel movimiento, en cuya preparacion talvez no tuvo parte alguna Saavedra, a pesar de haber sido hecho en favor de los intereses de su partido, fué el primer asomo de

las ideas de federacion. Los revolucionarios pidieron, entre otras cosas, que no se mandara a las provincias funcionario alguno que hubiese nacido fuera de ellas, i dejaron ver mui claramente las tendencias descentralizadoras que en breve habrian de dar oríjen a graves discordias i complicaciones.

6. Derrota de Guaqui; el primer triunvirato.— El ejército arjentino que habia libertado el Alto Perú, estaba entónces acampado en la márjen izquierda del Desaguadero, bajo el mando del brigadier don Antonio González Balcarce. Al lado de éste se hallaba el doctor don Juan José Castelli como representante de la junta gubernativa de Buenos Aires. Ese rio señalaba el límite entre los dos virreinatos, el de la Plata i el del Perú. En su orilla opuesta se hallaba acampado el jeneral Goyeneche, con el ejército que le habia confiado el virrei Abascal.

Castelli i Goyeneche iniciaron negociaciones pacíficas el primero con el objeto de asegurar la dominacion de la junta de Buenos Aires, i el segundo esperando distraer con ellas a su enemigo para atacarlo en el momento ménos pensado. Las negociaciones se alargaron sin resultado alguno, hasta que el 16 de mayo (1811) se firmó entre ámbos un armisticio de cuarenta dias. Goyeneche olvidó el compromiso solemne que habia contraido, pasó el Desaguadero i treinta i cinco dias despues del convenio, cayó sobre los patriotas en los cerros de Guaqui (20 de junio). La resistencia no fué larga ni tenaz; el ejército arjentino fué puesto en completa derrota i se vió obligado a retirarse a Oruro en dispersion.

Este desastre no fué el único contratiempo que amenazó a la revolucion arjentina, poco ántes vencedora en todas partes. En la Banda Oriental, el ejército de Rondeau se habia acercado a Montevideo para estrechar el sitio de esta plaza; pero los marinos españoles bloquearon el puerto de Buenos Aires, i acercando dos cañones a la ciudad, arrojaron sobre ella algunas granadas en la noche del 15 de julio. Un mes despues, la insolencia de los marinos fué mayor

todavía: llegaron a solicitar del gobierno revolucionario la rendicion de Buenos Aires.

En medio del despecho que produjeron estas desgracias, el pueblo acusó a la junta gubernativa de falta de habilidad para dirijir los negocios públicos. Desde entónces fué inútil que los gobernantes quisieran mantenerse en el poder con medidas mas o ménos enérjicas. El presidente Saavedra, pretestando una visita a las provincias, se retiró a Córdoba a fines de agosto, dejando tras de sí la tormenta que habria de modificar la forma de gobierno. Las conmociones populares se hicieron sentir en breve; el cabildo mismo tomó parte en ellas; i la junta, cediendo a las exijencias de la opinion, formó un poder ejecutivo compuesto de tres miembros, en atencion, decia, a las trabas que ofrecia la multitud de vocales i de opiniones en el gobierno anterior (23 de setiembre de 1811). Los doctores don Feliciano Antonio Chiclana, don Juan José Passo i don Manuel de Sarratea formaron el primer triunvirato.

Asumia éste el poder en circunstancias mui difíciles para la revolucion arjentina. A la discordia incesante de los partidos en el interior, se agregaban los peligros esteriores. Buenos Aires permanecia bloqueado por la escuadra española; el ejército de la Banda Oriental no podia penetrar en Montevideo; una division portuguesa, mandada por el jeneral Diego de Souza, avanzaba por el lado del Brasil con el pretesto de pacificar el territorio uruguayo, pero con el designio verdadero de conquistarlo militarmente; por último el Paraguai parecia dispuesto a separarse de los rio-platenses constituyendo un gobierno independiente. Imposibilitado para desarmar por la fuerza todos estos peligros, el triunvirato apeló a las negociaciones.

En efecto lord Strangford, embajador de Gran Bretaña en Rio de Janeiro, desconoció, como ya lo dijimos, el bloqueo de Buenos Aires. Elío, alarmado sériamente con la invasion portuguesa en la Banda Oriental, i conociendo que el jeneral Souza abrigaba pensamientos de conquista,

i a pesar del altanero desprecio con que miraba a los insurjentes, abrió negociaciones con el triunvirato, i alcanzó al fin a celebrar un tratado de paz (20 de octubre). Buenos Aires se comprometia a evacuar el territorio del Uruguai, que quedaria ocupado por las tropas españolas; Elío debia levantar el bloqueo de la capital, dejando libre la navegacion de los rios que van a desaguar al caudaloso Plata. Poco tiempo despues, Elío se embarcó para España, dejando el mando de la plaza al brigadier don Gaspar Vigodet.

Por ese convenio, los revolucionarios arjentinos renunciaban a tomar dominacion en la Banda Oriental, si bien parecian abrigar el pensamiento de reconquistarla mas tarde, cuando su situacion interior fuera ménos angustiada. Las negociaciones entabladas con el Paraguai no dieron mejor resultado. Los ajentes de Buenos Aires, como veremos en otra parte, tuvieron que aceptar la convencion de 12 de octubre, por la cual aquella provincia quedó segregada de la revolucion arjentina, i formando un gobierno aparte.

Libre de embarazos esteriores, el triunvirato contrajo su atencion a otros negocios. Los miembros electos del congreso, que formaron parte de la junta de gobierno, habian quedado en Buenos Aires constituidos en cuerpo lejislativo i constituyente con la denominacion de junta conservadora. En su seno se formó un reglamento o constitucion política destinado a deslindar los poderes públicos; pero el triunvirato, de acuerdo con el pueblo i con el cabildo, le negó su aprobacion; i de propia autoridad, dictó un estatuto provisional de gobierno (22 de noviembre). Bajo este nombre se comprendia una constitucion provisional del Estado. Segun ella, el triunvirato debia renovar uno de sus miembros cada seis meses, mediante la eleccion de una asamblea consultiva que debia subsistir hasta la convocacion de un congreso jeneral. La libertad de imprenta i las garantías individuales quedaron afianzadas por aquel código político. Habiendo estallado pocos dias despues un motin militar, instigado por los representantes de las provincias (6 de diciem-

bre), el triunvirato lo sofocó con gran resolucion, i en seguida castigó enérjicamente a sus autores.

El triunvirato desplegó bastante tino en la direccion de los negocios públicos. Hubo un momento en que estuvieron rotas las hostilidades con los españoles de la Banda Oriental; pero el embajador de Gran Bretaña en el Brasil alcanzó el aplazamiento de una guerra que perjudicaba en gran manera los intereses mercantiles de sus nacionales. Fué entónces posible prestar mayor atencion a los asuntos administrativos; i el triunvirato, en efecto, no olvidó las reformas que reclamaba el espíritu liberal e ilustrado de la revolucion americana. El 25 de mayo de 1812, con motivo de la celebracion del segundo aniversario de la instalacion del gobierno nacional, fué decretada en Buenos Aires la prohibicion del tráfico de esclavos, que hasta esa época se habia hecho allí en grande escala para proveer a las otras colonias españolas.

Hasta entónces esta capital vivia en la confianza de que los enemigos de la revolucion estaban léjos de su seno. En los primeros dias de julio el triunvirato descubrió que esa confianza era infundada. Denunciósele una vasta conspiracion tramada por don Martin de Alzaga, el célebre alcalde de 1807, con el apoyo de muchos españoles. Los conjurados debian sorprender la guarnicion de los cuarteles durante una noche, apoderarse del gobierno i castigar con mano de fierro a los autores de la revolucion. Los triunviros se alarmaron ante el peligro que corria el órden público; e inmediatamente organizaron una comision encargada de instruir el proceso contra los conspiradores. Alzaga i treinta i siete personas mas, en su mayor parte comerciantes españoles de alguna representacion, fueron fusilados en Buenos Aires, para escarmiento de los que en adelante pensaran en restablecer el viejo réjimen.

7. Triunfos de Belgrano en el Alto Perú; campaña de Sarratea en la Banda Oriental.—Un peligro de otra especie amenazaba entónces la revolucion arjentina. Despues de la derrota de Guaqui, el ejército arjentino del Alto

Perú se habia visto precisado a retirarse al sur, sufriendo pérdidas considerables, hasta situarse cerca de la ciudad de Tucuman. Goyeneche se lisonjeaba con la esperanza de dominar la revolucion en aquellas provincias i de reunirse en seguida con los realistas de Montevideo para obrar contra Buenos Aires. El levantamiento de los habitantes del Alto Perú, i particularmente de la heroica Cochabamba, que mantuvo ajitadas aquellas provincias a pesar de las fuerzas con que contaban los españoles i de las crueldades que ejercian, impidió por entónces que Goyeneche llevara a cabo su proyecto de pacificacion del virreinato de la Plata.

El gobierno comprendió el peligro que lo amenazaba. Don Manuel Belgrano, nombrado jeneral en jefe de los últimos restos del ejército batido en Guaqui, se reunió a éste el 26 de marzo de 1812, en los momentos en que Goyeneche, creyendo pacificado el Alto Perú, se preparaba para emprender su marcha contra los revolucionarios arjentinos. La situacion de los patriotas era sumamente angustiada. Sus fuerzas alcanzaban a 1,500 hombres, pésimamente armados, i lo que aun era peor, desprovistos de la disciplina indispensable para abrir la campaña contra un enemigo vencedor. Belgrano no era un jeneral, en la verdadera acepcion de esta palabra; pero poseia una laboriosidad incansable i un patriotismo tan ardiente como desinteresado. Trabajó con un teson heroico en la organizacion de su ejército, venciendo dificultades que parecian insubsanables, i avanzó hasta Jujui (19 de mayo) con el propósito de abrir la campaña contra los españoles prestando ausilios a los rebeldes del Alto Perú. Desgraciadamente, no alcanzó a poner en ejecucion este plan de campaña.

Goyeneche habia ocupado militarmente a Cochabamba, ejerciendo en ella las mas atroces venganzas a fin de aterrorizar a los insurrectos, i desde allí despachó diversos destacamentos para consumar la pacificacion de aquellas provincias: confió a su primo el jeneral don Pio Tristan, natural tambien de Arequipa, un cuerpo de mas de 3,000 hombres, con órden de batir al ejército arjentino i de avan-

zar al sur hasta ponerse en comunicacion con los realistas de Montevideo.

La situacion de Belgrano se hizo entónces sumamente crítica. Como sus tropas no se hallaban en estado de empeñar batalla con el ejército de Tristan, se vió precisado a replegarse rápidamente hácia Tucuman. El 2 de setiembre la vanguardia realista alcanzó al ejército de Belgrano, i trabó un combate en que fué batida. La retirada, sin embargo, continuó en el mismo órden hasta la ciudad de Tucuman, que ocuparon las tropas arjentinas a mediados de setiembre. Tristan que las seguia de cerca, dió un rodeo en la madrugada del dia 24 para colocarse al sur de aquella ciudad i cortar así la retirada del jeneral Belgrano. La batalla se trabó en la misma mañana. Todas las ventajas, el número, las armas, la disciplina estaban por los realistas; pero los arjentinos se batieron con heroica resolucion. Despues de un penoso combate en que Belgrano probó tanto tino como sangre fria, Tristan emprendió su retirada hácia el norte, dejando en el campo de batalla 450 muertos, 60 oficiales i cerca de 700 prisioneros, siete cañones, cinco banderas i un número considerable de fusiles (24 de setiembre de 1812). La batalla de Tucuman, en que el jefe realista creia obtener a mui poca costa una espléndida victoria sobre los estropeados restos del ejército de Belgrano, fué la victoria mas importante que hasta entónces hubiera alcanzado la revolucion arjentina. Una columna patriota, capitaneada por el comandante don Eustaquio Díaz Vélez, persiguió a los fujitivos por el camino del norte hasta la ciudad de Salta.

A las ventajas alcanzadas por Belgrano en el Alto Perú, se unieron en breve otras no ménos importantes para la causa de la revolucion arjentina. El gobierno de Buenos Aires habia colocado un cuerpo de tropas a orillas del rio Uruguai, a las órdenes del presidente del triunvirato don Manuel Sarratea, con órden de invadir la Banda Oriental i llegar hasta Montevideo para disolver el centro de constantes conspiraciones contra el nuevo órden de cosas. Sa-

rratea pasó resueltamente el rio Uruguai a principios de octubre (1812), i abrió la campaña contra las tropas españolas. El coronel arjentino don José Rondeau, que mandaba la vanguardia de su ejército, se adelantó hasta el Cerrito, pequeña altura, situada a una legua de Montevideo (20 de octubre). Los patriotas sostuvieron entónces constantes escaramuzas contra los defensores de la plaza; pero el 31 de diciembre, las fuerzas españolas, mandadas personalmente por el brigadier Vigodet, empeñaron un resuelto ataque contra la division de Rondeau. El combate se sostuvo con grande ardor, i hubo un momento en que los realistas pudieron cantar victoria; pero los soldados arjentinos, rehechos de su primer contraste i municionados de nuevo, cargaron por el flanco del enemigo i lo pusieron en completa derrota, tomándole algunos prisioneros i causándole muchos muertos. Desde entónces la preponderancia de las armas revolucionarias en la Banda Oriental quedó perfectamente sentada. Los peninsulares no fueron dueños mas que del recinto de Montevideo i de las naves que tenian fondeadas en el rio.

Imposibilitado Vigodet para emprender operaciones militares por el lado de tierra, dispuso que su escuadra penetrara en el rio Paraná para efectuar algunos desembarcos i asolar las poblaciones riberanas. Vigodet creia fundadamente que este jénero de operaciones habia de distraer i confundir a sus enemigos. El 3 de febrero de 1813, 250 marinos, con dos piezas de artillería, desembarcaron en frente del convento de San Lorenzo, en la provincia de Santa Fe, a seis leguas al norte del Rosario. Allí los esperaba el comandante don José de San Martin, situado en emboscada con un rejimiento de caballería. Los españoles sufrieron ese dia un gran descalabro. Los soldados de San Martin les mataron 50 hombres, les quitaron 14 prisioneros i dos cañones, i los obligaron a reembarcarse en completa dispersion. Desde entónces Vigodet no volvió a pensar en empresas de esta especie.

8. Victoria de Salta; derrotas de Belgrano en el

Alto Perú.—En medio de las operaciones militares, las discordias civiles no habian cesado de manifestarse en Buenos Aires. El elemento provincial, tantas veces vencido, parecia renacer de nuevo en el seno mismo del triunvirato. Los miembros de éste, como ya hemos dicho, se renovaban por turno cada tres meses, mediante la eleccion de la asamblea. De esta manera, el partido provincial fué ganando influjo en el gobierno mismo, i despertó al fin una violenta oposicion de parte de los radicales. Instigados éstos por el doctor don Bernardo Monteagudo, tribuno tan audaz como caviloso, ejecutaron el 8 de octubre un movimiento revolucionario, con el apoyo de la tropa que guarnecia a Buenos Aires, i formaron otro triunvirato compuesto de hombres conocidamente adictos al bando radical o unitario [9]. El primer acto del nuevo gobierno fué convocar una asamblea jeneral constituyente, cuyos miembros debian ser elejidos, no por los cabildos, como se habia hecho hasta entónces en circunstancias análogas, sino por el pueblo i mediante el sufrajio universal.

La asamblea constituyente abrió sus sesiones el 31 de enero de 1813, declarando que en sus manos residia la soberanía nacional, i recibiendo en este carácter el juramento de fidelidad de todos los funcionarios públicos. La primera lei que dictó sancionó que eran libres los hijos de esclavos que naciesen en el territorio arjentino (2 de febrero). Mas tarde, abolió el tribunal de la inquisicion, el tormento como medio de prueba judicial i los títulos de nobleza, que en realidad no existian sino en las provincias del Alto Perú. La asamblea, ademas, deseando poner término a los gobiernos provisionales que se habian sucedido desde principios de la revolucion, elijió las personas que debian componer el triunvirato, dejando a éste como gobierno estable [10].

---

9 Compuesto de don Nicolas Rodríguez Peña, don Juan José Passo i don José Antonio Alvarez Jonte.

10 Fueron elejidos don Nicolas Rodríguez Peña, doctor Alvarez

En esos momentos la atencion pública estaba fija en las operaciones del ejército de Belgrano. El gobierno lo habia socorrido cuanto le era dable, de modo que alcanzó a contar 3,000 hombres. Los realistas, por su parte, atrincherados en la ciudad de Salta, al mando del jeneral Tristan, habian recibido tambien algunos ausilios i contaban con fuerzas un poco superiores. Sin embargo, Belgrano se adelantó con su ejército hasta Salta, colocándose al norte de la ciudad con el objeto de cortar la retirada a Tristan. Los realistas formaron su línea afuera de la poblacion; pero despues de las primeras cargas de las tropas arjentinas, se replegaron a las calles i allí sostuvieron el combate durante tres horas. Al fin Tristan se creyó perdido: contaba 480 soldados muertos i mas de 300 prisioneros arrancados de sus propias trincheras. Entónces levantó la bandera de parlamento i ofreció rendirse mediante una capitulacion (20 de febrero de 1813). Belgrano, demasiado jeneroso con un enemigo que durante toda la campaña habia dado muchas pruebas de perfidia, aceptó la capitulacion de los vencidos i les permitió su retirada al Perú, bajo el juramento de no tomar las armas contra el gobierno revolucionario dentro de los límites del antiguo virreinato de la Plata. El jeneral vencedor creia que los capitulados de Salta, atraidos por su jenerosidad a la causa de la revolucion, habrian de convertirse en ausiliares suyos tan pronto como volviese a sus hogares. El arzobispo de Chárcas, don Benito María Moxó i el obispo de la Paz, don Remijio Lasanta, sin embargo, realistas exaltados, como los demas diocesanos de estas colonias, absolvieron del juramento a los capitulados de Salta, declarando que Dios no consideraba válidos los tratados hechos con los insurjentes.

Belgrano no perdió mucho tiempo en celebrar el triunfo;

Jonte i don José Julian Pérez. El 19 de agosto fué elejido vocal del triunvirato don Jervasio A. Posadas, en remplazo de Alvarez Jonte.

pero no anduvo tan activo como convenia para adelantar la campaña aprovechándose de sus recientes ventajas. En el Alto Perú, la revolucion volvió a asomar mas vigorosa que ántes, aunque el jeneral arjentino no sólo se manifestaba tardío en las operaciones militares, sino que habia negociado un armisticio de cuarenta dias con el jeneral Goyeneche. Solo el 17 de mayo, esto es, dos meses despues de la victoria de Salta, el primer cuerpo de tropas insurjentes ocupó la ciudad de Potosí, que pasó a ser el centro de las operaciones militares del ejército arjentino. Cansado de una guerra a que no se le veia término, i creyendo con razon que la pacificacion definitiva de aquellas provincias era una empresa superior a sus fuerzas, Goyeneche se retiró con su cuartel jeneral a Oruro, i desde allí pidió al virrei su separacion del mando del ejército para retirarse a España. Goyeneche, en efecto, volvió a la península en posesion de una fortuna colosal, i allí fué agraciado por Fernando VII con el título de conde de Guaqui en premio de la victoria de este nombre que habia alcanzado sobre los patriotas mediante una injustificable perfidia.

En reemplazo de aquel jeneral, el virrei del Perú nombró jefe del ejército acantonado en Oruro al brigadier de artillería don Joaquin de la Pezuela, quien alcanzó luego un alto puesto entre los mas obstinados defensores de la causa de España. Pezuela pasó cerca de tres meses reconcentrando sus tropas hasta reunir mas de 4,000 hombres, i entónces emprendió su marcha sobre el ejército arjentino. Belgrano se habia adelantado tambien por entre las montañas del Alto Perú hasta la pampa de Vilcapujio, a 30 leguas al norte de Potosí. La batalla tuvo lugar el 1.º de octubre de 1813. Pezuela, que habia ocultado diestramente sus movimientos a las tropas enemigas, cayó sobre ellas de improviso aprovechándose del desórden que debia causar la sorpresa. Hubo sin embargo un instante en que los republicanos pudieron cantar victoria; pero los soldados de Pezuela, reanimados en los momentos en que emprendian la fuga, volvieron cara sobre los patriotas, i los pusieron en com-

pleta dispersion, obligándolos a retirarse precipitadamente hácia Potosí.

Pezuela continuó su marcha hácia el sur. El 14 de noviembre encontró de nuevo las derrotadas tropas de Belgrano i les presentó la batalla de Ayohuma. El ejército arjentino se batió con valor estraordinario durante tres horas; pero al fin el mayor número i la disciplina de los realistas alcanzaron la victoria, no sin grandes pérdidas de su parte. Belgrano alcanzó a reunir cerca de 1,000 hombres de su destruido ejército, i con ellos se retiró precipitadamente hácia Jujui. Su crédito como jeneral, tan bien sentado despues de las victorias de Tucuman i de Salta, desapareció casi completamente despues de estas dos grandes derrotas. Los realistas, por su parte, reconquistaron el prestijio de sus armas; e incapaces de atraerse a los revolucionarios por las medidas de la suavidad i de la política, cometieron las mayores atrocidades sobre los vencidos, con la esperanza de restablecer por medio del terror su dominacion tan minada ya en las colonias del nuevo mundo.

9. Campaña de la Banda Oriental; rendicion de Montevideo.—En esa misma época la revolucion arjentina sostenia tambien otra campaña contra los realistas que se hallaban encerrados en Montevideo. Don Manuel de Sarratea mandaba las fuerzas que sitiaban aquella plaza; pero en enero de 1813 sus propias tropas lo depusieron, i confiaron el mando al coronel Rondeau, que poco ántes se habia ilustrado con la victoria del Cerrito. El nuevo jefe estrechó el sitio de la plaza con toda actividad, obteniendo al efecto algunos ausilios de Buenos Aires; pero no le fué posible llevar las cosas a un desenlace final por falta de los elementos necesarios para batir una ciudad fortificada. El gobierno provisional de España, algo desembarazado de las atenciones que le imponia la guerra contra los franceses, mandó a Montevideo mas de 2,000 soldados para ayudar a la defensa de aquella plaza (agosto i setiembre de 1813).

El gobierno arjentino daba por entónces mas importancia a las operaciones del ejército de Belgrano i a los traba-

jos de organizacion interior, sobre todo a los que se referian a la hacienda pública, a fin de nivelar las entradas fiscales con los gastos que exijia la revolucion. Cuando llegaron a Buenos Aires las noticias sucesivas de las derrotas sufridas por el ejército del norte en Vilcapujio i en Ayohuma, el gobierno, en vez de desalentarse, creyó llegado el caso de hacer el último esfuerzo, i en efecto dió principio al rescate de esclavos por medio de compras para organizar con ellos nuevos cuerpos de tropas. El coronel don José de San Martin, ilustrado ya por el combate de San Lorenzo, i que debia desempeñar un papel mui distinguido en la revolucion americana, fué nombrado jeneral en jefe del ejército del Alto Perú (16 de diciembre).

El triunvirato creyó que los peligros de la situacion exijian mas actividad i mas vigor en la accion gubernativa, i que esto no se conseguiria miéntras el gobierno no se reconcentrase en manos de un solo hombre. La asamblea aprobó este pensamiento; i por unanimidad elijió Director supremo del Estado a don Jervasio Antonio Posadas, que desempeñaba desde cinco meses atras el cargo de vocal del triunvirato (26 de enero de 1814). Cinco dias despues quedó establecido el nuevo gobierno.

Este importante cambio en el órden administrativo era indispensable en los momentos en que se llevó a cabo. La revolucion arjentina iba a entrar en una época de prueba de que sólo podria sacarla airosa la concentracion de todas sus fuerzas i recursos bajo un gobierno vigoroso i enérjico. En España los triunfos de Wellington sobre los ejércitos franceses estaban a punto de consumar la independencia de la metrópoli i la restauracion de los Borbones; en América, la revolucion perdia terreno en todas partes. En el Alto Perú, Pezuela, vencedor, amenazaba marchar sobre las provincias que se conservaban rebeladas; en la Banda Oriental, no sólo los españoles se habian fortalecido i engrosado en Montevideo, sino que en el campo mismo de los revolucionarios habia nacido i desarrolládose rápidamente la anarquía. Artígas, aquel oficial oriental que en 1811 figu-

raba entre los iniciadores de la revolucion, se habia pronunciado en abierta rebelion contra Rondeau, proclamando en ese territorio los principios de federacion. El gobierno de Buenos Aires, justamente alarmado por estos movimientos, i deseando castigar en tiempo las atrocidades con que comenzaba a señalarse el feroz Artígas, lo destituyó del cargo militar que ejercia i puso precio a su cabeza (11 de febrero de 1814).

Entónces tambien el gobierno arjentino quiso concluir definitivamente con la dominacion peninsular en las orillas del Plata. Para someter a Montevideo se necesitaba de una escuadrilla capaz de batir a las naves españolas; i el director supremo, sin arredrarse por las dificultades que ofrecia esta empresa, compró cuatro buques mercantes de diversas nacionalidades, los armó del mejor modo que le fué posible, los tripuló con 250 hombres i los puso a las órdenes de don Guillermo Brown, irlandes de nacimiento que iba a adquirir la reputacion de un héroe; pero que hasta entónces no habia sido mas que capitan de una nave de comercio. Los españoles, en cambio, tenian catorce buques de guerra i ocho o diez barquichuelos mercantes, armados tambien militarmente.

Vigodet, sin embargo, cometió la imprudencia de dividir sus fuerzas navales en dos cuerpos. Uno quedó en las aguas de Montevideo para defender esta plaza; el otro fué a colocarse cerca de la isla de Martin García, en la confluencia de los rios Paraná i Uruguai, con el propósito de impedir que el gobierno arjentino socorriese su ejército de la Banda Oriental. Brown elijió este último cuerpo para comenzar sus operaciones. Rechazado en un primer ataque (11 de marzo), el intrépido marino efectuó un desembarco en Martin García, se apoderó de las baterías que ahí mantenian los españoles (16 de marzo), i los obligó a remontar el Uruguai para buscar su salvacion. Por este movimiento, una division de las fuerzas navales españolas se vió separada del resto de la escuadra, i se imposibilitó para tomar parte en el resto de la guerra.

De esta manera, la escuadrilla de Brown estableció su superioridad en el Rio de la Plata. Engrosada en breve con otras embarcaciones mercantes, fué a mediados de abril a bloquear el puerto de Montevideo, estrechando así el campo de operaciones del enemigo i favoreciendo las del ejército sitiador. El coronel don Cárlos Alvear. militar impetuoso e intelijente, tomó el mando de las tropas sitiadoras, que con los ausilios enviados por el gobierno arjentino, alcanzaron a contar cerca de 5,000 soldados. En esa situacion los realistas intentaron un ataque contra la escuadra bloqueadora. Tenian aun algunas naves, i en ellas 150 cañones i cerca de 1,200 hombres, i con estas fuerzas emprendieron el ataque el 14 de mayo. Brown se retiró artificiosamente para alejar a los enemigos del centro de sus recursos; i despues de tres dias de escaramuzas hábilmente dirijidas, dispersó las naves españolas, apresó tres de ellas al abordaje, tomándoles 417 prisioneros, i obligó a las otras a asilarse bajo el cañon de la plaza o a estrellarse en la costa para librarse de ser tomadas.

Despues de este desastre, Vigodet no se atrevió a acometer empresa alguna por el lado de tierra. Miéntras tanto, Alvear continuaba estrechando el sitio de la ciudad, i seguro de su ventajosa situacion, ofreció a los defensores de Montevideo una capitulacion que éstos aceptaron en el momento (20 de junio). La guarnicion debia salir con los honores de la guerra, entregar sus armas i ser enviada a España. El 22 de junio, Alvear ocupó a Montevideo como vencedor, i en nombre del gobierno de Buenos Aires tomó posesion de 300 cañones i de 8,000 fusiles que habia en la plaza, i de todos los buques españoles que quedaban en el Rio de la Plata. Cinco dias despues, Alvear derrotó las fuerzas rebeldes de Artígas i redujo a éste a someterse accidentalmente al gobierno nacional cuya autoridad habia desconocido.

10. CRÍTICA SITUACION DE LA REVOLUCION ARJENTINA; AZARES DE LA CAMPAÑA DEL ALTO PERÚ.—La ocupacion de Montevideo por las tropas rebeldes no podia dejar de ejer-

cer una grande influencia en la suerte de la revolucion. Pero en esos mismos momentos se hallaba amenazada por grandes peligros dentro i fuera del territorio arjentino. En España, Fernando VII, restablecido en el trono en ese mismo año, preparaba un ejército poderoso contra el virreinato de la Plata. En algunas provincias comenzaba a asomar el espíritu de federacion, instigado por la rebelion encabezada por Artígas en el territorio oriental. En el Alto Perú, el jeneral Pezuela habia avanzado hasta Salta i amenazaba la revolucion por aquel lado. Agréguese a esto que en esa misma época la revolucion americana sucumbia tristemente en Méjico, en Chile, en Venezuela i en Nueva Granada.

El gobierno arjentino hizo frente a estos peligros con toda resolucion. Despachó a Europa una mision diplomática, compuesta de don Bernardino Rivadavia, de don Manuel Sarratea i de don Manuel Belgrano, con instrucciones de negociar en cualquiera de las cortes europeas un tratado que garantizase la independencia arjentina bajo el protectorado de algunas de las grandes potencias. Los plenipotenciarios tenian poder hasta para presentarse en España i para pedir al rei el nombramiento de un monarca de la casa de Borbon que viniese a rejir las provincias arjentinas. Esta mision, concebida bajo un pensamiento que desnaturalizaba la tendencia republicana i democrática de la revolucion americana, no produjo resultado alguno; pero Fernando VII, cambiando de determinacion, envió a Venezuela i Nueva Granada el ejército que, a las órdenes del jeneral Morillo, habia destinado al principio contra las provincias arjentinas.

En el Alto Perú, los españoles se ostentaban vencedores. Los patriotas, batidos en Vilcapujio i en Ayohuma, se habian replegado a Tucuman, dejando las provincias del norte en poder del enemigo. Las tropas de Pezuela avanzaron sin dificultad hasta Salta; i allí mismo se disponian a marchar hácia el sur. El gobierno de Buenos Aires, alarmado a la vista de tamaños peligros, habia nombrado jeneral en jefe

del ejército del Alto Perú al coronel don José de San Martin, segun contamos mas atras (§ 9).

San Martin se presentó en Tucuman en enero de 1814, a ponerse a la cabeza de los últimos restos del ejército de Belgrano. Inmediatamente dió principio a la reorganizacion de sus tropas; i no hallándolas en estado de entrar en campaña formal, dió impulso a otro jénero de guerra. Entabló comunicaciones con algunos jefes enemigos para fomentar la discordia entre los realistas, i reforzó las guerrillas que operaban a espaldas de ellos. El coronel don José Antonio Alvarez de Arenales reunió algunas tropas i obtuvo sobre los realistas un brillante triunfo en la Florida, el 29 de mayo. Otro oficial patriota, el teniente coronel don Martin Güémes, natural de Salta, se hizo por entónces jefe de las guerrillas de aquella provincia, i por medio de habilísimas correrías, mantuvo en constante inquietud a la vanguardia española, impidiéndole marchar hácia el sur. San Martin, convencido de que aquella campaña no podria dar jamas un resultado definitivo, i satisfecho con haber mejorado la situacion de la guerra, solicitó del gobierno su relevo, i fué nombrado gobernador intendente de la dilatada provincia de Cuyo, que acababa de crearse.

La campaña del Alto Perú tomó desde entónces mejor aspecto. El jeneral Pezuela, al saber la ocupacion de Montevideo por los patriotas, abandonó a Salta i se replegó apresuradamente hácia el norte. En el sur del virreinato del Perú, en el Cuzco, estalló una alarmante revolucion (3 de agosto de 1814), encabezada por un jefe indíjena, [10] que hasta entónces habia sido fiel aliado de los españoles. El brigadier don José Rondeau, que habia marchado al Alto Perú en reemplazo de San Martin, se aprovechó de esos momentos de confusion de los enemigos para recuperar el terreno perdido, i avanzó felizmente hasta Jujui, restableciendo en aquellas provincias el gobierno de la revolucion. Talvez en esas circunstancias habria podido adelantar la

10 Pumacagua. Véase part. IV, cap. XIII, § 1.

campaña i alcanzarventajas mas importantes sobre el enemigo; pero en el campo de los patriotas asomaron entónces las desavenencias i rivalidades que tanto embarazaban en su marcha a la revolucion arjentina. El Director Posadas habia enviado en ausilio de Rondeau tres rejimientos de infantería que habian servido en Montevideo; i luego se anunció que Alvear tomaria el comando del ejército del Alto Perú. Rondeau i sus compañeros no pudieron soportar este cambio; i en la noche del 7 de diciembre (1814) apresaron a los jefes parciales de Alvear, i se manifestaron dispuestos a impedir que éste tomara el mando del ejército.

11. EL DIRECTOR ÁLVAREZ; DERROTA DE SIPE-SIPE.—La revolucion arjentina se hallaba triunfante desde entónces. Es cierto que el antiguo virreinato de la Plata estaba destrozado, i que la nueva nacion que se levantaba tenia límites mucho mas reducidos. La provincia del Paraguai quedaba, como veremos en otra parte, formando un estado independiente. El territorio del Uruguai, como se verá en el capítulo especial que destinamos a su historia, estaba dividido por el espíritu de revueltas i próximo a ser absorbido por los portugueses. El Alto Perú, que hoi forma la república de Bolivia, se hallaba dominado por los españoles. Pero en medio de este fraccionamiento del antiguo virreinato, el vasto territorio que hoi constituye la república arjentina se encontraba libre de enemigos esteriores i en situacion de declarar su independencia i de mantenerla de hecho. Aquel año, que habia sido funesto para la revolucion hispano-americana en Méjico, en Venezuela, en Nueva Granada i en Chile, dejó constituida de un modo definitivo la nacionalidad arjentina.

Sin embargo, si la insurreccion habia alcanzado este gran triunfo, las divisiones interiores comezaban a asomar con una violencia estraordinaria, poniendo serios obstáculos a la organizacion política del pais. Se temia, ademas que el poder español, mui vigoroso todavía en América, acometiera nuevas empresas contra aquellas provincias. Los realistas, que habian reconquistado a Chile, amenazaban salvar

la barrera puesta por los Andes i llevar la guerra por las provincias occidentales. Fué necesario que el intendente de Cuyo, don José de San Martin, organizara un ejército para impedirles el paso.

El director supremo don Jervasio Antonio Posadas, a quien se debian en parte las ventajas alcanzadas por la revolucion, no se sintió con fuerzas para luchar con los peligros interiores que la amenazaban; i el 9 de enero de 1815 renunció el alto puesto que habia desempeñado con bastante felicidad. La asamblea lejislativa nombró en su reemplazo al jeneral don Cárlos Alvear con el mismo título de director supremo.

Alvear fué en el gobierno el representante de un partido político titulado unitario, heredero tradicional de las ideas de Moreno en 1810, i opuesto al partido denominado federal, cuyos principios tenian grande opinion en las provincias. Alvear, hombre dotado de alguna intelijencia, pero precipitado por carácter, no hizo mas que aumentar la irritacion de los partidos. Una revolucion puso término a su gobierno (15 de abril de 1815) i produjo un cambio radical en la administracion pública. El jeneral Rondeau fué elejido director supremo; pero como se hallase al frente del ejército del Alto Perú, fué nombrado en su reemplazo el coronel don Ignacio Álvarez Tomas, que habia encabezado el movimiento revolucionario.

El cambio de gobierno trajo un cambio en la marcha administrativa. Una vez en el poder, el partido federal se manifestó implacable con sus contrarios, i creyó calmar las exijencias de las provincias haciendo concesiones a los caudillos que se ajitaban en nombre de la independencia provincial. Como es fácil suponer, las concesiones hicieron mas exijentes a los jefes federales. Otra desgracia no ménos importante señaló tambien la administracion del director provisorio Álvarez. El jeneral Rondeau, persuadido de que los españoles del Alto Perú no se hallaban en situacion de oponer una séria resistencia, abrió la campaña en abril (1815) i despues de un pequeño triunfo, ocupó felizmente

a Potosí. Envalentonado con este primer triunfo, continuó su marcha hácia el norte; pero el 28 de noviembre las tropas realistas mandadas por el jeneral Pezuela le cortaron el paso en las alturas de Sipe-Sipe o de Viluma, como llaman los españoles este combate, i lo derrotaron enteramente obligándolo a retirarse en completa dispersion [11].

Despues de este hecho de armas, los españoles habrian continuado su marcha a las provincias arjentinas, que al parecer quedaban abiertas, si las guerrillas de Salta, encabezadas, como ya hemos dicho, por don Martin Güémes, no hubieran acudido a cerrar el camino a los vencedores, hostilizándolos con tanta habilidad como resolucion. La situacion interior se complicó mucho despues de este gran descalabro. Los españoles, es verdad, no pudieron aprovecharse de la ventaja alcanzada, ni mucho ménos poner en peligro la existencia de la revolucion arjentina: pero las facciones interiores se levantaban mas prepotentes cada dia. Güémes proclamó la federacion en la provincia de Salta, i redujo a Rondeau, cuyo prestijio habia sufrido un gran menoscabo despues de la derrota de Sipe-Sipe, a reconocer sus pretensiones. Córdoba queria hacerse independiente de la capital; i la Rioja queria serlo de Córdoba. En la Banda Oriental del Uruguai, Artígas se ostentaba como señor independiente, i estendia su dominacion a las provincias de Entre Rios i de Corrientes, en donde surjian nuevos caudillos. La revolucion federal, dominada un momento en la provincia de Santa Fe, volvia a aparecer mas enérjica i vigorosa. Los caudillejos de aquella provincia, apoyados por Artígas, asediaron i rindieron las tropas arjentinas que mandaba el jeneral don Juan José Viamont.

En estas circunstancias, el director Álvarez creyó refrenar la anarquía con mano firme, mediante activas opera-

[11] En los documentos españoles se da este último nombre a las alturas en que tuvo lugar la batalla. De ahí provino el título de marques de Wiluma o Viluma con que el rei premió a Pezuela, i que hoi conserva el heredero de éste en la península.

ciones militares. El jeneral Belgrano, que acababa de llegar de Europa, recibió el mando de un ejército encargado de obrar en la provincia de Santa Fe. Por el momento se creyó que aquella campaña no ofrecia dificultad alguna, pero lúego se vió Belgrano en la necesidad de negociar con el enemigo. Comisionó con este objeto, al jeneral don Eustaquio Díaz Vélez; i éste, burlando la confianza que se habia hecho en su persona, trató con el enemigo, unió sus fuerzas a las de éste, i separó a Belgrano del comando del ejército (9 de abril de 1816). El director Álvarez no pudo resistir a este último golpe, i renunció el gobierno que había ejercido durante un año entero (16 de abril). La junta de observacion, asamblea lejislativa creada por la revolucion de 1815, nombró en su reemplazo al jeneral don Antonio González Balcarce, con el título de director supremo provisional.

12. Congreso de Tucuman; declaracion de la independencia.—Los revolucionarios de abril de 1815 habian acordado la convocacion de un congreso jeneral, que debia de reunirse fuera de Buenos Aires para no despertar la desconfianza de las provincias. En medio de la anarquía que entónces las destrozaba, algunas de éstas se negaron a mandar sus representantes; pero los diputados elejidos se reunieron en Tucuman i allí abrieron las sesiones del congreso el 24 de marzo. Conocian ellos demasiado bien los graves peligros de la situacion; i con una honradez indisputable, si bien no con toda la intelijencia apetecible, emprendieron sus trabajos en la confianza de que bastaban sus esfuerzos para remediar los males que divisaban por todas partes. El primer acto importante del congreso fué la eleccion de un director supremo, designando para este cargo al jeneral don Juan Martin Pueirredon (3 de mayo de 1816). Este militar, distinguido por importantes servicios a la causa de la revolucion, i mas que todo por la entereza de su carácter i por su incansable actividad, iba a contener por algun tiempo el desquiciamiento social i político preparado en nombre de las ideas federales. Pueirre-

don hizo mas que esto todavía: convencido de que la revolucion arjentina no podia considerar suficientemente asegurada su existencia miéntras los españoles dominasen en los paises limítrofes, prestó, como veremos mas adelante, un importante apoyo al ejército que San Martin organizaba en Mendoza para libertar a Chile.

Este nombramiento estuvo a punto de precipitar una crísis revolucionaria en la capital. Las ideas federales habian echado raices profundas en la misma ciudad; i los hombres que las abrigaban creian que la preponderancia de Buenos Aires le era altamente perjudicial, i que le convenia mas que la capital fuese trasladada a otra parte. En este sentido, los separatistas de la ciudad i de la campaña dirijieron algunas peticiones al gobierno para constituirse en provincia federal, protestando, sin embargo, reconocer i obedecer la autoridad del congreso i la del director supremo elejido por aquella corporacion, en el punto en que éstos fijasen su residencia. El director interino Balcarce, que veia espirar el término de su gobierno con la eleccion de Pueirredon, apoyaba estas exijencias de los federales con la esperanza de conservar, a lo ménos, el poder como gobernador de la provincia de Buenos Aires. El cabildo i la junta de observacion se pusieron de acuerdo para terminar de golpe estas dificultades; i el 11 de julio espidieron un bando por el cual se declaraba depuesto el gobernador interino, debiendo gobernar la provincia dos individuos conocidos por su rectitud, hasta que asumiese el mando el director propietario Pueirredon.

En el tiempo en que estos sucesos se verificaban en Buenos Aires, el congreso reunido en Tucuman seguia discutiendo las mas graves cuestiones sobre la organizacion política de las provincias arjentinas. En 1816 la guerra contra España parecia terminada: los realistas vencedores en el Alto Perú, no podian invadir el territorio ocupado por los revolucionarios, porque las guerrillas de Salta, mandadas por el jeneral Güémes, les cerraban el paso, i porque temian que, alejándose un poco de las provincias en que

estaban acampados, la insurreccion habia de asomar a sus espaldas. Pero si la independencia estaba alcanzada de hecho, faltaba todavía proclamarla; i esta declaracion era tanto mas necesaria cuanto que en medio de las oscilaciones revolucionarias se habia llegado a proponer sin resultado alguno el establecimiento de un gobierno sometido a cierta dependencia de la España. Los diputados trataron esta cuestion en Tucuman. San Martin desde Mendoza i Belgrano en el mismo congreso, pidieron con toda enerjía la declaracion de la independencia, i al fin, el 9 de julio de 1816 fué proclamada solemnemente. El congreso, ademas, mandó que en las Provincias Unidas de Sud América, nombre con que se constituia la nueva nacion, usaran la bandera bicolor, celeste i blanca que en tiempo atras habia enarbolado Belgrano en su ejército.

Declarada la independencia, faltaba todavía fijar la forma de gobierno. En medio de la anarquía que amenazaba destrozar a las provincias arjentinas, la idea de coronar un rei se presentaba a muchos de los diputados i de los corifeos de la revolucion como el único medio de establecer el órden i fijar una organizacion política. Belgrano, recien llegado de Europa, como queda dicho, i que en 1814 habia observado la reaccion monárquica del viejo mundo, venia preocupado con estas ideas. San Martin, que desde su cuartel de Mendoza tomaba una parte activa en la direccion de la política, simpatizaba con esta opinion. Los consejos de ámbos eran seguidos ciegamente por muchos personajes que creian que la forma republicana era inadecuada para el gobierno de la América ántes española. Unos querian buscar un príncipe europeo que coronar en Buenos Aires. Otros se afanaban por hallar en el Perú un indio descendiente de los incas para hacerlo rei de la nueva monarquía. Pueirredon debia conservar el mando, no como director supremo, sino sólo como rejente, i hasta que llegase el soberano.

Lo que hai de mas singular en este movimiento monárquico de la revolucion arjentina, es que los mismos hombres que buscaban un rei eran republicanos de corazon, si

bien creian que debian reprimir sus sentimientos en favor de la felicidad comun. Buenos Aires era, entre todas las colonias hispano-americanas, la ciudad democrática por excelencia. Poblada principalmente por comerciantes, en ella no habia ni condes ni marqueses. El monarca no habria tenido corte. I sin embargo, el deseo de estirpar la anarquía i de organizar el pais, hacia que esos hombres apelaran a un remedio que no habria producido los resultados que se esperaban.

En el congreso de Tucuman estuvo a punto de resolverse esta cuestion en favor de la monarquía. Fueron pocos los diputados que se pronunciaron contra ella; pero el mas audaz de todos fué don Tomas Manuel de Anchorena, doctor formado en el coloniaje, que habia estudiado algunos libros de los escritores revolucionarios de Europa i que de ellos sacaba ciertas doctrinas con que fortalecer sus opiniones. La educacion de la colonia hacia indispensables esas citaciones, por inconducentes que fueran, para dar vigor i consistencia a las opiniones mas lójicas i fundadas. La posteridad, perdonando los errores de detalle, nacidos de una lustracion incompleta, pero hijos de sanas i patrióticas intenciones, le agradece la enerjía con que salvó la revolucion arjentina de ser desnaturalizada con la coronacion de un rei, que en ningun caso habria producido el establecimiento de una monarquía estable i duradera en pueblos que la habrian rechazado con la mas resuelta enerjía.

La declaracion hecha por el congreso de Tucuman el 9 de julio de 1816, cierra la época de la revolucion de la independencia arjentina. La anarquía, contenida un momento por la mano vigorosa de Pueirredon, reapareció en breve dando lugar a una serie de prolongadas guerras civiles cuya historia no tiene cabida en el presente libro [12].

---

[12] Los lectores que quieran conocer mas prolijamente la historia de la revolucion arjentina, que hemos referido tan sumariamente en este capítulo, pueden consultar: la *Historia de Belgrano*, por MITRE (Buenos Aires—1859), la *Historia de San Martin*, del mismo historiador, 4 vol. (Buenos Aires, 1887-1890), la *Historia*

Arjentina, por L. L DOMÍNGUEZ (1861), las *Noticias Históricas*, por NÚÑEZ (1857), i algunos libros ménos jenerales que los ya citados, como las *Memorias Póstumas*, del jeneral PAZ (1855) i la *Coleccion de memorias para la historia arjentina*, por LAMAS (Montevideo, 1849). Don Santiago ARCOS ha hecho tambien una apreciable reseña histórica de la revolucion arjentina en un libro frances publicado en Paris en 1865, titulado *La Plata, étude historique.*



CAPITULO IX.

Revolucion de Chile.

(1808—1814)

1. Caractéres jenerales de la revolucion chilena.—2. Gobierno de Carrasco.—3 Deposicion de Carrasco.—4. Gobierno del conde de la Conquista.—5. El primer gobierno nacional.—6. Motin de Figueroa.—7. El primer congreso.—8. Don José Miguel Carrera; disolucion del congreso.—9. Ajitaciones interiores, destierro del doctor Rózas; gobierno de Carrera.—10. Campaña militar del jeneral Pareja.—11. Sitio de Chillan.—12 Deposicion del jeneral Carrera.—13. Campaña de O'Higgins.—14. Tratado de Lircai.—15. Don José Miguel Carrera recupera el gobierno de Chile; guerra civil —16. Sitio de Rancagua; reconquista de Chile.

1. CARACTÉRES JENERALES DE LA REVOLUCION CHILENA. —La revolucion de Chile presenta caractéres mui orijinales. Ninguna de las colonias españolas parecia ménos preparada que ésta para alcanzar su independencia: ninguna habia sido mas desatendida por la metrópoli, ninguna era mas pobre i atrasada; i sin embargo, su revolucion se hizo con bastante órden, i una vez alcanzada la independencia, Chile se adelantó a todas sus hermanas en la regularizacion del gobierno i en el establecimiento de la paz sobre sólidas bases. El desden con que España habia mirado a la mas apartada de sus colonias, fué causa de que ésta recibiera una

herencia menor de vicios i de corrupcion, i de que al constituirse en República soberana e independiente, se viera libre de muchas de las llagas que demoraron la organizacion de los otros pueblos del nuevo mundo.

Chile era un pais esencialmente agrícola. El antiguo sistema de los repartimientos, modificado por la lei i las costumbres, habia dado oríjen a una organizacion social mui semejante al feudalismo de la edad media. Los grandes propietarios de la tierra, muchos de ellos simples poseedores de vínculos hereditarios, tenian a su lado una especie de colonia de campesinos que les debian respeto i vasallaje. Los *inquilinos*, éste era el nombre con que eran conocidos esos vasallos, estaban sometidos por la costumbre mas bien que por la lei; i esa sumision no les imponia un despotismo duro, sino una dominacion casi siempre suave i benéfica. Resultaba de aquí que la gran mayoría de los pobladores del pais estaba bajo la dependencia de los propietarios, i que éstos tenian suficiente poder i prestijio para cambiar la faz de los negocios públicos el dia que mejor les pareciera.

Para triunfar, la revolucion no tenia mas que conquistarse el apoyo de los grandes propietarios, hombres poco ilustrados en jeneral, pero en cuyos corazones existia el amor a la patria, como habia penetrado en sus espíritus el convencimiento del desprecio con que Chile era mirado por los monarcas españoles. Era, pues, necesario guiar estos instintos de descontento; i esta fué la obra de algunos espíritus superiores, doctores en leyes i cánones unos, que habian estudiado en los libros ciertas teorías sociales i políticas, viajeros otros que habian podido comprender por observacion propia la diferencia que existia entre la oscura colonia i los pueblos independientes. Al acercarse el movimiento republicano en la América española, el observador mas perspicaz habria creido que Chile iba a sustraerse a su influencia; i sin embargo, bastó que se ajitaran los instigadores de la revolucion para que los grandes propietarios, que formaban la aristocracia colonial, se pusieran de

pié, i tras de ellos los millares de campesinos que poblaban este territorio.

Así fué que la revolucion se hizo casi siempre con órden. La anarquía popular, el desenfreno de las masas no se hicieron sentir nunca. Hombres de un órden mas elevado fueron los directores del movimiento emancipador: i lo que constituye su mas justo título de gloria, es que trabajaron por organizar un nuevo órden de cosas que iba a poner término a su influencia tradicional.

2. Gobierno de Carrasco.—A principios de 1808, gobernaba en Chile el brigadier don Luis Muñoz de Guzman, antiguo oficial de marina que sin ser un eximio mandatario, gozaba del respeto de sus gobernados. Una mañana (11 de febrero) se anunció en Santiago que el presidente acababa de morir casi repentinamente. La real audiencia, acostumbrada a ver que su jefe inmediato desempeñase el mando supremo en circunstancias semejantes, se reunió apresuradamente i proclamó capitan jeneral i gobernador de Chile a su rejente don Juan Rodríguez Ballesteros. Pero el rei habia dispuesto en 1806, como ya lo hemos dicho en otras partes, que por muerte o ausencia del gobernador propietario, tomase el mando el militar de mayor graduacion. En el sur, las tropas que guarnecian la frontera araucana desconocieron el nombramiento hecho por la audiencia de Santiago; i en una junta que celebraron en Concepcion los jefes militares, proclamaron sucesor de Muñoz de Guzman al brigadier de injenieros don Francisco García Carrasco. La audiencia tuvo que reconocer esta designacion.

La disposicion de la real cédula de 1806 iba a producir en Chile resultados que sin duda no esperaron sus autores. Carrasco era un pobre hombre, no precisamente malo, pero desprovisto de las cualidades de intelijencia i de corazon indispensables para gobernar en circunstancias difíciles. Entraba al gobierno mal avenido con la real audiencia; i en vez de hacer cesar esas dificultades por medio de una conducta prudente, se mantuvo alejado de los oidores, que al fin eran los consejeros mas discretos del jefe supremo, i

se indispuso con las otras corporaciones. Carrasco se rodeó de favoritos; i para sostener a éstos se vió envuelto en cuestiones con la universidad, con el cabildo eclesiástico, con el cabildo secular i hasta con el tribunal de minería. Estas primeras dificultades, en que Carrasco hacia ostentacion de una falsa entereza para ceder a la primera resistencia, se agravaron sobre manera al saberse en Chile que la península habia sido invadida por los ejércitos franceses i que José Bonaparte reinaba en la metrópoli en lugar de Fernando VII. Los vínculos que ligaban a Chile con España eran demasiado débiles; pero esas noticias produjeron una profunda impresion.

Los hombres mas avanzados de la colonia comenzaron a hablar de la situacion política de la península; i divulgando la voz de que ésta seria sometida a un poder estranjero, ajitaban la opinion a fin de encaminarla a un cambio de gobierno una vez que el sometimiento de España fuese completo. Este movimiento de opinion, que esplotaban los espíritus mas avanzados de la colonia, era inspirado en la mayoría de las jentes por un sentimiento de acendrada fidelidad al rei lejítimo; pero se insinuaba que si éste quedase reducido al cautiverio o privado del trono, Chile no tenia obligacion de someterse al rei intruso, i podria gobernarse por sí mismo. El doctor don Juan Martínez de Rózas, asesor de la intendencia de Concepcion, i don Bernardo O'Higgins, eran los principales propagandistas de estas ideas, i preparaban en el sur el movimiento revolucionario. En Santiago, don José Antonio Rojas, anciano venerable que en su juventud habia viajado por Europa i que habia leido las obras de Voltaire i de Rousseau, reunia en su casa a los hombres mas caracterizados i fomentaba entre ellos la propaganda de las nuevas doctrinas. El cabildo de Santiago, en que los chilenos habian alcanzado a estar en mayoría, era el foco organizado de la resistencia.

Carrasco divisó la tempestad cuando ésta era mas amenazadora. Sus consejeros le pidieron una represion violenta; i el presidente preparó un golpe de estado con que

se proponia poner término a la ajitacion. En la tarde del 25 de mayo de 1810 fueron apresados don José Antonio Rojas, el procurador de la ciudad don José Antonio Ovalle i el doctor don Bernardo Vera. En la misma noche fueron remitidos a Valparaiso; i uno de los oidores de la audiencia se trasladó a aquel puerto a mediados de junio para instruir un proceso por el delito de conspiracion.

Esta violenta medida produjo en la capital una grande alarma; pero la represion gubernativa no dió el fruto que se habia buscado. Las quejas contra el presidente fueron mas duras desde entónces. Poco despues llegó a Santiago la noticia de que el mismo dia 25 de mayo el pueblo de Buenos Aires habia organizado un gobierno nacional; i el ejemplo de esta revolucion alentó a los que estaban preparando igual cambio en Chile. Los señores mas importantes de la colonia, dirijidos por el cabildo de Santiago, elevaron una representacion al presidente pidiéndoles la libertad de los presos. Carrasco se mantuvo firme; i procediendo en todo esto con la mayor cautela, dispuso que los tres reos fuesen enviados a Lima en el primer buque que saliese de Valparaiso. Cuando el pueblo de la capital tuvo sospechas de que el presidente habia ordenado esta medida, el cabildo i el vecindario renovaron sus representaciones con mayor actividad que ántes. Carrasco contestó de palabras que los presos volverian a Santiago en pocos dias mas.

3. Deposicion de Carrasco.—El presidente, sin embargo, no pensaba por entónces en revocar sus órdenes. Los presos fueron embarcados el 10 de julio en una fragata mercante que zarpaba para el Callao, en donde debian ser puestos a disposicion del virrei del Perú. Sólo uno de ellos, el doctor Vera, quedó en Valparaiso bajo pretesto de que estaba enfermo.

Las órdenes pérfidas i violentas del presidente Carrasco quedaron ejecutadas; pero la indignacion de los habitantes de Santiago se manifestó con una violencia amenazadora. En la mañana del 11 de julio, al saberse que los presos que-

daban embarcados en Valparaiso, el pueblo se agrupó en la plaza, el cabildo se reunió como si un gran peligro amenazase la tranquilidad pública, i la real audiencia, divisando la tempestad que se alzaba, acudió a su sala de sesiones para buscar un remedio a aquella situacion. Carrasco parecia dispuesto a resistir todavía; pero a la vista de la actitud amenazante que habia tomado el pueblo, se resolvió a presentarse en la sala de la audiencia adonde lo llamaban los miembros de ésta. Allí cedió al fin de sus propósitos; firmó un decreto por el cual mandaba que los tres presos fuesen devueltos inmediatamente a la capital, separó de sus destinos a los empleados a quienes el pueblo atribuia participacion en aquel golpe de estado, i se resignó a no tomar en adelante medida alguna sin el consejo del oidor decano de la audiencia don José de Santiago Concha.

Fué aquella la primera derrota de la autoridad real en Chile. La audiencia creyó que esas medidas bastaban para tranquilizar la opinion i a trueque de conseguir esto no habia vacilado en menoscabar la autoridad del jefe supremo. Luego se convenció que aquellas medidas se habian tomado demasiado tarde. Los presos habian salido de Valparaiso ántes que llegara la órden de Carrasco. Sin duda, éste mismo era el que mas sufria con aquella contrariedad; pero el pueblo seguia formulando contra él las mas terribles acusaciones de perfidia i tiranía; i preparando la opinion para un movimiento revolucionario que habia de dar por resultado la creacion de un gobierno nacional. Los jefes de las milicias, chilenos de nacimiento, aceptaban esta idea prestándole su apoyo.

La audiencia se alarmó tambien con el nuevo peligro. La exaltacion del vecindario aumentaba por momentos. El pueblo, armado en patrullas que capitaneaban los alcaldes del cabildo, recorria de noche las calles de la ciudad como si se tratara de defender a los vecinos mas caracterizados de nuevos golpes de autoridad. En la mañana del 16 de julio los miembros de la real audiencia se presenta-

ron en el palacio i pidieron a Carrasco que dejase el mando, como el único medio de poner término a la ajitacion i de afianzar la autoridad real en la colonia. Carrasco cedió al fin a esta representacion. Inmediatamente fué convocada una reunion de los jefes militares i de los empleados mas importantes de Santiago. Celebróse esta junta en uno de los salones del palacio; i allí Carrasco manifestó su decidida voluntad de dejar el mando de que se hallaba investido. Los concurrentes convinieron en aceptar la renuncia; i en su reemplazo, nombraron presidente de Chile al conde de la Conquista, don Mateo de Toro Zambrano, que tenia el título de brigadier de milicias, i que por tanto poseia los requisitos exijidos por la real cédula de 1806 (16 de julio de 1810). Carrasco quedó viviendo oscuramente en Santiago hasta que se trasladó a Lima, diez meses despues.

4. Gobierno del conde de Conquista.—El conde de la Conquista era un anciano de 86 años, ajeno a los negocios políticos i desprovisto de la voluntad que las circunstancias exijian en el primer mandatario. Pero esta misma falta de intelijencia i de entereza, era el título que tenia a los ojos de la audiencia para ser elevado a aquel alto rango. El supremo tribunal pensaba que siendo el conde chileno de nacimiento, sus compatriotas debian darse por satisfechos con su elevacion; pero contaba ademas con influir sobre el ánimo debilitado del presidente, dominarlo i dirijir a su nombre los negocios públicos.

La audiencia habia jugado un juego peligroso. Los patriotas, irritados en el primer momento al ver desconcertados sus planes de revolucion por los sucesos del 16 de julio, adoptaron una política hábil i artificiosa que consistia en rodear al conde de la Conquista para menoscabar el influjo de la audiencia i en ganárselo al fin para realizar sus proyectos. El cabildo de Santiago que era, como ya hemos dicho, el centro de accion de los patriotas, logró colocar al lado del presidente a los doctores don Gaspar Marin i don José Gregorio Argomedo con los títulos de asesor el primero i de secretario el segundo.

El gobierno del conde de la Conquista fué una lucha constante de los dos partidos, cada uno de los cuales queria atraerlo a su causa. La misma familia del conde se dividió en bandos: su hijo primojénito, el heredero de su título, era realista decidido; los otros hijos apoyaban la accion de los patriotas. Hubo un momento en que éstos parecieron derrotados. Se trataba de reconocer el consejo de rejencia instalado en Cádiz; i el presidente cediendo a las sujestiones de la audiencia, i a despecho del cabildo que creia que aquel reconocimiento era contrario a los intereses de la revolucion, prestó el juramento de obediencia al nuevo gobierno español (18 de agosto de 1810). Los patriotas, sin embargo, no se dejaron abatir por este contraste. Estrecharon mas i mas al presidente con sus exijencias, i al fin lo determinaron a convocar a los altos majistrados de la colonia i a los vecinos mas notables de la ciudad a una reunion en que se discutirian los medios que podian emplearse para asegurar la tranquilidad pública.

5. El primer gobierno nacional.—Aquella memorable reunion se verificó en el salon principal del palacio en que se reunia el tribunal del consulado (hoi Biblioteca Nacional). Los patriotas habian encaminado las cosas con bastante habilidad para alcanzar un triunfo espléndido i completo. Fueron citados a ella el cabildo en cuerpo, los empleados jefes de oficina, los comandantes militares, los superiores de las órdenes relijiosas i cerca de cuatrocientos vecinos. Entre éstos la opinion era casi uniforme: con escepcion de algunos comerciantes españoles, todos querian un cambio de gobierno. Así fué que no hubo lugar a largos debates ni a vacilaciones. El conde de la Conquista comenzó por renunciar el mando supremo; i despues de un corto discurso del procurador de la ciudad don José Miguel Infante, quedó acordada la creacion de una junta de gobierno compuesta de siete miembros (18 de setiembre de 1810).

Inmediatamente, la concurrencia pasó a elejir las personas que debieran componerla. Don Mateo de Toro Zam-

brano, conde de la Conquista, fué nombrado presidente de la junta. Don José Antonio Martínez de Aldunate, obispo electo de Santiago, fué elejido vice-presidente. Ambos eran ancianos incapaces de imprimir carácter al movimiento revolucionario. Los otros miembros de la junta eran casi en su totalidad vecinos respetables por su carácter i por su posicion social, pero poco aparentes para el cargo a que se les elevaba. Felizmente, el pueblo colocó entre ellos un hombre que estaba a la altura de la situacion.

Era éste el doctor don Juan Martínez de Rózas, antiguo asesor de la intendencia de Concepcion, hombre impetuoso i sagaz, que desde aquella apartada provincia habia dado impulso al movimiento revolucionario. Los patriotas lo miraban con cierta veneracion, persuadidos de que la superioridad de sus talentos lo constituia en verdadero jefe del gobierno. Cuando mes i medio despues (1.° de noviembre) hizo Rózas su entrada en la capital, el pueblo lo recibió con repiques de campana i con una parada militar, como si fuera uno de los antiguos presidentes que venia a recibirse del mando supremo.

La revolucion operada en Santiago fué reconocida en todas las provincias desde Atacama hasta Concepcion. La junta habia despachado emisarios a notificar su instalacion, i en todas partes éstos fueron recibidos favorablemente. En Chile no habia una imprenta para publicar un periódico; en lugar de éste, circularon proclamas manuscritas en que se hablaba de los derechos del hombre, del antiguo despotismo i de la libertad futura. Rózas habia escrito con el título de *Catecismo político*, un opúsculo en que en forma popular de la mas perfecta claridad, esponia los principios liberales que proclamaba la revolucion. El doctor don Juan Egaña, uno los hombres mas ilustrados con que entónces contaba Chile, presentó a la junta un plan de gobierno en que se encuentran consignadas algunas ideas notables. Pedia la creacion de colejios i de otros establecitos científicos; i señalaba la necesidad de que todos los pueblos americanos celebraran una especie de alianza o fe-

deracion para presentarse fuertes i poderosos ante el estranjero. Este fué el primer pensamiento de una union americana que despues preocupó mucho a los políticos del nuevo mundo.

Miéntras tanto, la junta gubernativa, bajo la direccion de Rózas, emprendia sus trabajos. Este manifestó en esos momentos que comprendia mui bien la situacion del pais. Era de temerse que el virrei del Perú, guardian celoso de la autoridad real, enviase tropas contra Chile. Rózas se contrajo a levantar un ejército, creando nuevos cuerpos i engrosando los que ya existian. Para hacer frente a los gastos que la revolucion iba a exijir, la junta mandó suspender la construccion de algunos edificios públicos de segunda necesidad, i dictó una medida económica de grande alcance. El 19 de febrero de 1811, decretó la apertura de los puertos de Coquimbo, Valparaiso i Talcahuano al comercio libre de todas las naciones de la tierra. Esta medida, impugnada entónces por todos aquellos a quienes beneficiaba el antiguo monopolio, cuadruplicó, al cabo de un año, las entradas de aduana, facilitó la esportacion de nuestros frutos, i atrajo a Chile algunos estranjeros industriosos.

Rózas, como hemos dicho, era el alma de la junta i el principal iniciador de estas reformas. El conde de la Conquista, ajeno a los trabajos del gobierno, falleció el 26 de febrero, cuando su existencia era innecesaria a la causa de la revolucion. El obispo Martínez de Aldunate, que a causa de su edad avanzada habia caido en completa demencia, vivia retirado del gobierno. Al lado de Rózas, i como ausiliares suyos, figuraban algunos hombres distinguidos que se iniciaban en la carrera política. Entre éstos se contaba en primera línea el padre Camilo Henríquez, chileno de nacimiento, perseguido poco ántes por la inquisicion de Lima a causa de sus ideas liberales i de su aficion a la lectura de los filósofos franceses. El padre Camilo escribia en Santiago proclamas ardorosas que se propagaban manuscritas en todos los círculos. En una de ellas, repartida a principios de 1811, habló, con singular franqueza, de la necesi-

dad de declarar nuestra independencia para dar a Chile "una representacion política entre las naciones del orbe." La junta gubernativa, con el deseo de ensanchar la circulacion de esas ideas, habia pedido al gobierno de Buenos Aires, con quien estaba en estrechas relaciones, la compra de una imprenta, que sin embargo no fué posible adquirir allí, haciéndose necesario pedirla a Estados Unidos.

6. Motin de Figueroa.—La suprema junta debia gobernar en Chile sólo hasta la reunion de un congreso jeneral de diputados de todas las provincias, encargado de los poderes lejislativo i ejecutivo. Se habia fijado que la eleccion tuviese lugar el 1.º de abril para que el 15 de dicho mes pudiera reunirse el congreso en Santiago. Los patriotas esperaban que aquel congreso fijase definitivamente el sistema i plan de gobierno del pais.

Hasta entónces, la revolucion no habia tenido que vencer ninguna resistencia séria. Desgraciadamente, el 1º de abril, dia señalado para la eleccion, se efectuó un sangriento motin que estuvo a punto de trastornar el órden. El teniente coronel don Tomas de Figueroa, español de nacimiento, estimulado talvez por la real audiencia, se puso a la cabeza de una parte de la guarnicion de la capital, i con ella ocupó la plaza para pedir la disolucion de la junta i el restablecimiento del gobierno antiguo. Aunque el pueblo permaneció impasible a la vista de este aparato militar, el triunfo de los amotinados parecia inevitable.

La junta se reunió en el momento en casa de uno de sus miembros. Rózas desplegó ese dia su natural entereza. Contra las tropas sublevadas hizo salir un cuerpo de infantería de nueva creacion i algunos cañones, i mandó que a las órdenes de don Juan de Dios Vial, comandante jeneral de armas, fueran a combatir a la plaza. El combate se redujo a dos o tres descargas que produjeron la muerte de catorce soldados i algunos heridos. Despues de esto, los insurrectos se dispersaron por las calles inmediatas, arrojando sus armas i corriendo a toda prisa. Los soldados

vencedores los persiguieron tenazmente durante algunas horas (1º de abril de 1811).

Rózas se empeñó en esta persecucion con el propósito de hacer un serio escarmiento. Montó a caballo; i seguido de una escolta i de mucha jente del pueblo, penetró en el convento de Santo Domingo, en donde se habia refujiado Figueroa, i lo sacó de su escondite para llevarlo a la cárcel. El infeliz caudillo fué sometido a juicio i condenado a muerte pocas horas despues. Para comprometer la revolucion i no dar lugar a vacilaciones de parte de los patriotas, Rózas hizo fusilarlo en la misma noche.

El gobierno no se detuvo aquí. Creyendo que la real audiencia habia instigado el movimiento de Figueroa, disolvió resueltamente este tribunal, confinó a sus miembros fuera de Santiago, i creó una corte de justicia compuesta de hombres conocidamente adictos al nuevo réjimen. El ex-presidente Carrasco, que despues de su deposicion habia quedado viviendo pacíficamente en la capital, fué obligado a salir de Chile i a dirijirse al Perú. Despues de estos hechos, no era posible dudar del rumbo que la junta suprema daba a los negocios públicos.

7. EL PRIMER CONGRESO.—El triunfo alcanzado por la revolucion el 1.º de abril, duplicó su prestijio i su fuerza. Sin embargo, desde tiempo atras comenzaban a aparecer los primeros jérmenes de division entre los mismos patriotas. Rózas, por una parte, representaba los principios radicales, esto es, queria marchar mui de prisa en las reformas i en la ruptura abierta con la metrópoli. El cabildo, por el otro lado, órgano, por decirlo así, de la aristocracia colonial i representante de las ideas conservadoras, se alarmaba sériamente ante la impetuosidad con que Rózas i sus parciales querian dirijir la revolucion. Estos partidos iban a tener por campo de batalla el congreso nacional.

Estas diverjencias de opiniones eran mucho ménos sensibles en las provincias. En todas éstas se hicieron las elecciones en medio de la mayor tranquilidad, confiriendo el cargo de diputados a los vecinos mas caracterizados por su

posicion i su fortuna, o a algunos magnates de Santiago conocidos por su ardiente patriotismo. En la capital el motin de Figueroa retardó las elecciones; pero a fines de abril se habian reunido en Santiago todos los diputados de las provincias, entre los cuales Rózas contaba con mayoría.

No satisfecho con este triunfo, el impetuoso tribuno hizo que la junta admitiera en su seno a los diputados elejidos, para imponer así al partido moderado que capitaneaba el cabildo (30 de abril de 1811). Esta medida era una imitacion de otra análoga tomada en Buenos Aires por el partido moderado para menoscabar la influencia del doctor Moreno. [1]

El cabildo no se desconcertó con esta derrota. Señaló el dia 6 de mayo para hacer las elecciones en Santiago, i en lugar de seis diputados, como estaba convenido, propuso doce; i encaminó las cosas de tal manera que alcanzó en la eleccion un triunfo completo. Desde entónces el partido moderado estuvo en mayoría en el directorio ejecutivo que formaban la junta suprema i los diputados electos.

El congreso abrió sus sesiones el 4 de julio, asumiendo los poderes de la junta gubernativa que dejó de existir desde ese dia. Sus primeras sesiones no ofrecieron interes alguno. El congreso no pensaba en reformas radicales ni en romper abiertamente con la tradicion colonial. Los esfuerzos de los diputados radicales para comunicar su impulso a la revolucion fueron infructuosos; i desalentado a la vista de tantas resistencias, se retiraron del congreso en número de trece, protestando de antemano de cuanto allí se acordase. La mayoría sin hacer caso de esa protesta, creó una junta de gobierno compuesta de tres miembros i encargada del poder ejecutivo (10 de agosto). Los moderados creyeron definitivamente asegurado su triunfo desde que toda la autoridad estaba depositada en manos de sus parciales.

8. DON JOSÉ MIGUEL CARRERA; DISOLUCION DEL CONGRE-

[1] Véase atras, part. IV, cap. VIII, § 5.

so.—Rózas era demasiado emprendedor para que se resignara a su derrota. Convencido de su impotencia para hacer una revolucion en Santiago, se trasladó a Concepcion a fin de procurar la instalacion de una junta de gobierno que contrarrestase el poder de la que se habia creado en Santiago. Sus ajentes prepararon un movimiento igual en la provincia de Valdivia. Aquellas resistencias comenzaban a estraviar a Rózas, precipitándolo a buscar apoyo en las ideas de independencia provincial i de federacion, que por fortuna no jerminaron en Chile.

En Santiago, los radicales no se dieron tampoco por vencidos, i prepararon un movimiento revolucionario que debia cambiar la faz de los negocios públicos. Habia llegado a la capital don José Miguel Carrera, jóven chileno que acababa de servir en España en las tropas peninsulares contra el ejército frances. Carrera contaba entónces 27 años de edad, i poseia un corazon ardoroso i emprendedor i una cabeza llena de recursos, pero que aun no habia adquirido la firmeza que sólo da la esperiencia. Los radicales buscaron a don José Miguel para que encabezara la revolucion; i éste preparó el golpe con tanta destreza que sin derramamiento de sangre i mediante sólo el movimiento de algunas tropas que habia logrado atraerse, consumó el cambio gubernativo en la mañana del 4 de setiembre. Creóse una nueva junta de gobierno en la cual Rózas debia tener un lugar; i fueron separados del congreso algunos de los diputados de Santiago elejidos en contravencion de la convocatoria, para nivelar así las fuerzas de ámbos partidos, o mas bien, para asegurar la preponderancia de los radicales.

Rózas entre tanto, habia ejecutado un movimiento análogo en Concepcion (5 de setiembre), creando tambien una junta de gobierno sometida a su influencia. Dos meses despues (1º de noviembre), la provincia de Valdivia se sublevó igualmente i formó su junta gubernativa. Los radicales quedaron dominando en todo el territorio; i su accion se hizo sentir en breve en el seno mismo del congreso. Entre otras leyes que entónces dictó este cuerpo, son notables

tres que prueban su espíritu reformador. Por una de ellas quedaron abolidos los derechos parroquiales que gravaban fuertemente a la clase pobre. Por otra se declaró la libertad de los hijos de esclavos, i se prohibió para siempre este comercio en el suelo chileno (11 de octubre de 1811). El congreso no se atrevió a declarar libres a los esclavos residentes en Chile para no herir los intereses de sus propietarios. Una tercera mandó crear cementerios públicos para estirpar la perniciosa costumbre de enterrar los muertos en las iglesias; pero sólo diez años mas tarde pudo plantearse esta importante reforma. Con el mismo celo, quiso libertar la industria nacional de algunas de las numerosas trabas que la mantenian postrada.

Preocupados con estos negocios, los radicales olvidaron a don José Miguel Carrera, cuya cooperacion les habia sido tan útil para escalar el poder. Carrera, sin embargo, no pudo resignarse a desempeñar el humilde papel de instrumento de voluntades ajenas, a que se le queria reducir. La jornada del 4 de setiembre habia aumentado el prestijio de que gozaba por sus relaciones de familia; i don José Miguel quiso aprovecharse de ese prestijio para elevarse al puesto a que se creia merecedor. Su situacion, sin embargo, era mui embarazosa: no podia contar con el apoyo de los moderados a quienes habia arrebatado el poder, ni con el de los radicales que estaban en el gobierno. Carrera pensó entónces en los *godos*, esto es, los españoles o los partidarios de la causa de España, a quienes hizo entender que se proponia restablecer el gobierno sobre las mismas bases que tenia ántes de 1810. Por medio de este artificio encontró recursos pecuniarios, se atrajo nuevamente una parte de las tropas, que estaban a las órdenes de dos de sus hermanos, i el 15 de noviembre operó una revolucion tan feliz como la que habia consumado dos meses ántes.

En esta ocasion, Carrera consiguió conservar el poder en sus manos. Por influencia suya se organizó una junta de gobierno compuesta de tres miembros representantes, de

las tres principales provincias en que estaba dividido el territorio: el mismo don José Miguel por la de Santiago, don Gaspar Marin por la de Coquimbo i el doctor Rózas por la de Concepcion. En ausencia de éste debia ocupar su puesto don Bernardo O'Higgins.

Como se ve, al organizar el gobierno, Carrera habia querido atraerse a Rózas i sus partidarios; pero éstos no aceptaron sus ofrecimientos. El congreso, en donde los exaltados estaban en mayoría desde el 4 de setiembre, no perdonaba a don José Miguel la revolucion por medio de la cual se habia elevado al gobierno. Rózas no sólo no quiso aceptar el puesto que se le ofrecia en la junta gubernativa, sino que se quedó en Concepcion; i desde allí prometió socorros a sus correlijionarios de Santiago para derrocar a Carrera. En la misma capital se habló de una conspiracion que fué descubierta ántes de ejecutarse. Desde entónces don José Miguel no quiso contemporizar mas largo tiempo. Jóven i lleno de arrogancia, creia que no debia encontrar obstáculos en su camino, i no podia resignarse a que el congreso, que suponia compuesto de hombres rutineros i atrasados, pretendiera embarazar su accion. El 2 de diciembre, despues de haber reunido las tropas para evitar todo proyecto de resistencia a sus órdenes, Carrera decretó la disolucion del congreso por considerarlo nulo desde su oríjen i por no haber correspondido a las esperanzas i deseos del pais. Los diputados no pudieron oponer resistencia alguna a aquel mandato, desocuparon la sala de sesiones i se dispusieron a dar cuenta de todo a sus comitentes (2 de diciembre de 1811).

9. AJITACIONES INTERIORES; DESTIERRO DEL DOCTOR RÓZAS; GOBIERNO DE CARRERA.—La disolucion del congreso no produjo en Santiago grande ajitacion, Marin i O'Higgins, sin embargo, reprobaron resueltamente aquel acto por ser tomado sin su consejo, i se retiraron del gobierno. Carrera los reemplazó con otros personajes mas dóciles i complacientes que los que salian. Desde entónces se estableció la verdadera dominacion de este turbulento caudillo.

En Concepcion, Rózas persistia en desconocer el gobierno elevado por la revolucion del 15 de noviembre. Al saber que el congreso habia sido disuelto, anunció que se proponia restablecerlo aunque fuese a mano armada, i mandó poner sobre las armas las tropas i milicias de la frontera araucana. Carrera temió por las consecuencias de una campaña contra los cuerpos veteranos del sur, i quiso tratar con Rózas. Las negociaciones, sin embargo, no produjeron otro resultado que aplazar el desenlace de la contienda. Al fin, los dos caudillos juntaron sus tropas i las pusieron en marcha en són de guerra. En abril de 1812, se encontraban separados por el rio Maule; pero ámbos temian empezar las operaciones militares. Ni Rózas ni Carrera tenian mucha confianza en sus fuerzas, i querian iniciar nuevas negociaciones para salir de aquella embarazosa situacion.

Un acontecimiento inesperado vino a acelerar el término de aquellas diferencias. El 16 de marzo de 1812 los vecinos de Valdivia depusieron la junta de gobierno creada allí en el mes de noviembre anterior, i proclamando el restablecimiento del antiguo réjimen, confirieron a don José Miguel Carrera el mando supremo con el mismo rango que tenian los capitanes jenerales de la colonia. Aquel suceso era el primer síntoma de una peligrosa reaccion: Rózas i Carrera temieron que tras de Valdivia, otros pueblos de Chile desconociesen las autoridades revolucionarias para restablecer el gobierno español. Carrera reprobó terminantemente la contra-revolucion de Valdivia; i creyendo que las divisiones interiores daban aliento a los instintos reaccionarios de algunos pueblos, aparentó transijir las dificultades pendientes con Rózas retirando sus tropas i ofreciendo convocar un congreso que decidiese en definitiva las diferencias de ámbos.

La paz quedó restablecida; pero el pais estaba dividido en dos diferentes gobiernos. Desde Atacama hasta el Maule, dominaba una junta de gobierno, o mas bien, don José Miguel Carrera que la presidia. Desde el Maule hasta el Bio-

Bio, imperaba la junta de Concepcion que tenia por jefe al doctor Rózas. En Valdivia estaba triunfante la reaccion realista. Chiloé quedaba sometido a la dependencia del virrei del Perú. Carrera queria dar unidad de gobierno a todo el territorio; i creyéndose impotente para llevar su accion hasta las apartadas provincias de Valdivia i de Chiloé, se empeñó sólo en disolver la junta de Concepcion para dilatar su autoridad siquiera hasta las orillas del Bio-Bío. No le fué difícil conseguir este resultado. Dejó de enviar a Concepcion los subsidios necesarios para el pago de las tropas; i sus ajentes prepararon una asonada militar que estalló en la noche del 8 de julio de 1812. Rózas i los otros miembros de la junta fueron reducidos a prision por sus propios soldados. El hábil tribuno de 1810 fué remitido en seguida a Santiago, i confinado mas tarde a Mendoza por órden de su feliz rival. Las nuevas autoridades de Concepcion reconocieron el gobierno presidido por Carrera. Desde entónces quedó éste constituido en árbitro de los destinos de Chile. Rózas, por el contrario, no volvió a figurar mas en la direccion de los negocios públicos. En Mendoza llevó una vida oscura, i falleció el 3 de marzo de 1813, sin haber visto consumada la grande obra a que tan poderosamente habia contribuido.

En medio de estas ajitaciones que mas de una vez estuvieron a punto de producir la guerra civil, la revolucion seguia felizmente su marcha. Habiendo llegado a Chile la imprenta pedida a Estados Unidos por la primera junta gubernativa, comenzó a publicarse en Santiago, desde el 13 de febrero de 1812, un periódico titulado *La Aurora*. El padre Camilo Henríquez, que redactaba este periódico, enseñaba en él los derechos de los pueblos, i de allí pasó a pedir la absoluta independencia de Chile. La junta de gobierno, por su parte, protestando públicamente que mandaba en Chile como representante de Fernando VII i durante el cautiverio de éste, imprimia a la administracion un espíritu mui diferente del que la habia caracterizado hasta 1810.

El gobierno de Carrera, violento, autoritario i atropellado, tuvo sin embargo que someterse en muchos negocios a las exijencias de la opinion. Mandó abrir escuelas gratuitas en todos los conventos para la educacion del pueblo. Por primera vez en Chile se trató de tener establecimientos de esa clase para la enseñanza de las mujeres, imponiendo esa obligacion a los monasterios de monjas. Ademas, se dictó una constitucion (octubre de 1812) cuyo artículo 5.° disponia que ninguna providencia emanada de cualquiera autoridad que no residiere en el territorio de Chile, tendria efecto alguno, debiendo castigarse como reos de estado a los que intentasen darle valor. La constitucion, mui incompleta i defectuosa por otra parte, creaba un senado lejislativo con poderes para imponer contribuciones, declarar la guerra i celebrar tratados con otras potencias. Despues de la promulgacion de aquel código constitucional, no era posible armonizar las protestas de respeto i de acatamiento a los reyes de España con los principios de independencia consignados en él.

10. CAMPAÑA MILITAR DEL JENERAL PAREJA.—El virrei del Perú don Fernando de Abascal comprendió perfectamente que aquella constitucion i los otros actos gubernativos que se desenvolvian en Chile, importaban una declaracion de guerra al poder español. Era tanto el desden que inspiraba Chile a los mas caracterizados representantes del rei que Abascal creyó siempre que la revolucion de este pais no tenia importancia alguna; i por eso en lugar de combatirla, habia empleado sus recursos contra los rebeldes del virreinato de Buenos Aires i contra los de Quito. Al fin Abascal abrió los ojos i quiso anonadar la revolucion de Chile ántes que tomase mayor importancia. A fines de 1812 preparó un espedicion que debia mandar el brigadier de la real armada don Antonio Pareja; pero como no tuviera en Lima tropas suficientes para esta empresa, puso a las órdenes de ese jefe un cuerpo de oficiales con encargo de organizar su ejército en las provincias de Chiloé i Valdivia, reuniendo al efecto las fuerzas veteranas i de milicias que las guarnecian.

En enero de 1813 se presentó Pareja en el puerto de San Cárlos de Ancud, capital de la provincia de Chiloé. Allí reunió cerca de 1,400 hombres de infantería i de artillería; i en seguida se trasladó a Valdivia en donde engrosó su ejército con cerca de 700 soldados. Pareja estaba firmemente convencido de que esas fuerzas bastaban para consumar la pacificacion de Chile casi sin disparar un tiro. Sus tropas abrieron la campaña, animadas de una confianza idéntica.

Los primeros pasos del jeneral español parecieron justificar esta confianza. El 26 de marzo su escuadrilla fondeó en el puerto de San Vicente. Sus tropas ocuparon a Talcahuano el dia siguiente, venciendo la resistencia que trató de oponerles el gobernador de esta plaza. Un batallon veterano que salió de Concepción dirijido por el sarjento mayor don Ramon Jiménez Navia para reforzar a Talcahuano, se pasó al enemigo, dejando así desguarnecida la capital de la provincia. Los realistas se hicieron dueños de Concepcion; i despues de un corto descanso, emprendieron su marcha al norte con ánimo de llegar hasta Santiago. El gobierno político i militar de aquella provincia fué confiado al obispo de la diócesis don Diego Martin de Villodres, realista furibundo, que ayudado por los frailes i curas habia creado una atmósfera hostil a la revolucion, de tal suerte que la ocupacion de todos esos pueblos no ofreció a Pareja la menor dificultad. Sólo ciertos empleados o comandantes de milicias de la frontera pudieron reunir algunos soldados para retirarse al norte, seguros de que el gobierno de Santiago habia de pensar en oponer a los invasores una vigorosa resistencia, De este número era el coronel de milicias de la Laja, don Bernardo O'Higgins, que se retiró batiéndose con las partidas de avanzadas del ejército enemigo, i señalándose desde esos primeros dias por un valor a toda prueba i por una abnegacion que luego lo hicieron el primer soldado de Chile i el mas firme sosten de la revolucion.

Cuando llegó a Santiago la noticia del desembarco de Pareja (31 de marzo), produjo, como era natural, una grande alarma. Los afanes anteriores del gobierno revolu-

cionario para organizar un ejército nacional, caracterizados por una grande imprevision, no habian producido gran resultado, de manera que Chile se hallaba provocado a una guerra sin contar con armas ni con soldados. A pesar de esto, Carrera no vaciló un instante en asumir la actitud que le correspondia. El 1.º de abril salió de Santiago, dejando órdenes para que las tropas lo siguieran a Talca, en donde penl saba establecer su cuartel jeneral. Allí se reunieron los soldados de las provincias del sur que venian huyendo de Pareja, i las milicias de las provincias centrales llamadas por Carrera. El ejército chileno alcanzó a contar cerca de 12,000 hombres, en su mayor parte desprovistos de armas, faltos de toda instruccion militar, i mandados sin órden ni concierto. Las tropas realistas, que contaban con algunos oficiales esperimentados, i con mas de 1,500 soldados veteranos, ascendian por todo a cerca de cuatro mil hombres.

A fines de abril, el ejército de Pareja marchaba hácia el Maule, con el pensamiento de atravesarlo i de llegar hasta Santiago. En la tarde del 26 de dicho mes, acampó en el sitio denominado Yerbas Buenas, a pocas leguas de aquel rio. Sabedor de este movimiento, Carrera apartó 500 hombres de su ejército i los despachó a Yerbas Buenas para que cayeran de sorpresa sobre el campamento enemigo, en medio de las tinieblas de la noche. Este ataque se logró casi completamente. La columna patriota desorganizó en el primer momento el campo realista, i se retiró al amanecer cuando apénas volvian del desconcierto las tropas de Pareja (27 de abril). La falta de plan no permitió sacar mayores ventajas de esa sorpresa.

Este primer ensayo de las armas patriotas no podia considerarse un verdadero triunfo; pero en sus consecuencias le dieron esta importancia. Cuando el jeneral Pareja reunió sus tropas i se disponia a pasar el Maule, los soldados de Chiloé i de Valdivia se pronunciaron en abierta rebelion. Se les habia anunciado que la pacificacion de Chile no costaria una sola gota de sangre; i sin embargo, comenzaban a sufrir los percances de la guerra casi ántes de abrirse la

campaña. Pareja tuvo que transijir con sus soldados, i dispuso la vuelta del ejército a Chillan, con el propósito de pasar allí el invierno. Carrera lo siguió de cerca, i el 16 de mayo lo alcanzó a la salida del pueblo de San Cárlos. Allí tuvo lugar un segundo combate, mas jeneral que el primero, pero tan mal dispuesto que no tuvo tampoco un resultado definitivo. Al fin, las fuerzas realistas, desordenadas i desmoralizadas, repasaron el rio Ñuble i fueron a encerrarse en Chillan. Pareja que habia abierto la campaña con tanta arrogancia, contrajo una fuerte pulmonía que hizo necesario cargarlo en una camilla, i pocos dias despues murió (21 de mayo).

11. Sitio de Chillan.—La retirada de Pareja fué celebrada en todo Chile como una gran victoria de las armas de la patria; i en efecto, sus resultados equivalian a un espléndido triunfo. Carrera, sin embargo, no supo aprovecharse de las ventajas de su situacion. En vez de marchar rápidamente sobre Chillan para ocupar esta plaza ántes que el enemigo se hubiera apercibido para su defensa, se dirijió al sur i reconquistó las ciudades de Concepcion i Talcahuano, apresando en este puerto un buque que venia del Perú con socorros para Pareja. El obispo Villodres, tan animoso en sus predicaciones i pastorales, se habia puesto en fuga desde que supo que se aproximaban los patriotas. El coronel O'Higgins al frente de algunos milicianos de la frontera, se apoderó de los Anjeles i de los demas pueblos inmediatos al Bio-Bio.

Los realistas quedaban reducidos a la plaza de Chillan. Al morir, el jeneral Pareja habia confiado el mando de sus tropas a don Juan Francisco Sánchez, simple capitan de infantería que, si no estaba dotado de talentos militares i políticos, tenia sobre los otros jefes realistas dos grandes ventajas. Era español de nacimiento; i poseia un carácter obstinado i una decidida lealtad a la causa del rei. La situacion de su ejército era casi desesperada. Sánchez, sin embargo, no se desalentó un instante. Pensó sólo en organizar la resistencia en Chillan; i eficazmente ayudado por los frailes

franciscanos que desde aquella ciudad dirijian las misiones en el territorio araucano, construyó trincheras i se preparó a defenderse en ella a todo trance. Desde allí hizo salir algunas guerrillas para batir las partidas insurjentes que encontrasen, i para recojer víveres en los campos inmediatos.

Desde mediados de julio, fueron llegando a los alrededores de Chillan los diversos cuerpos del ejército patriota. Al fin, todo éste se colocó en unas alturas inmediatas a la plaza, al lado suroeste, formando parapetos de paja i tierra para su defensa. El 29 de julio rompió el fuego sobre Chillan, despues de intimarle rendicion infructuosamente. Pero aquella operacion mal concebida, debia conducir a un desastre. Las lluvias del invierno, que en aquel año fué excesivamente riguroso, i los vientos terribles de que iban acompañadas, hacian mui embarazosa la situacion de los sitiadores.

Sin embargo, no flaqueó el valor de los chilenos en aquellos momentos supremos. Una noche, el comandante de injenieros don Juan Mackenna, irlandes de nacimiento al servicio de Chile, colocó una batería de seis cañones como a cuatrocientos metros de la plaza dejándola bajo el mando de O'Higgins. Al amanecer del siguiente dia (3 de agosto), Sánchez hizo salir una division realista a batir a los defensores de la batería; pero despues de una obstinada lucha en que tomó parte casi todo el ejército español, se vió éste obligado a encerrarse de nuevo en la plaza. O'Higgins que persiguió al enemigo hasta en las calles del pueblo, no fué eficazmente apoyado. El combate se renovó en la tarde de aquel dia. Una bala de cañon disparada de la ciudad, comunicó el fuego en la batería avanzada de los patriotas produciendo una violenta esplosion de pólvora i causando la muerte de algunos oficiales i soldados. Por un instante, la suerte de las tropas chilenas pareció desesperada; pero el valor se sobrepuso a la turbacion, i al fin los enemigos fueron reducidos nuevamente a encerrarse en Chillan.

Dos dias despues, el 5 de agosto, los sitiados hicieron una nueva salida para apoderarse de la batería de los patriotas; pero otra vez fueron rechazados. Sin embargo, el sitio no podia prolongarse por mas tiempo. Carrera comenzó a sufrir escases de municiones, i creyó que sus elementos militares no bastaban para rendir a los defensores de Chillan, que se hallaban guarnecidos en cómodos cuarteles miéntras que los soldados patriotas estaban espuestos a todas las penalidades consiguientes a un invierno rigoroso, en medio de un campo abierto. El 10 de agosto, el ejército chileno se retiró de aquella plaza dejando a Sánchez en situacion de sostener la guerra por largo tiempo todavía.

12. Deposicion del jeneral Carrera.—La retirada de Chillan marca la época en que el prestijio militar i político del jeneral Carrera comienza a decaer. Las operaciones de la guerra perdieron desde entónces su importancia i sobre todo, su unidad. Los ejércitos se dividieron en destacamentos i en guerrillas que recorrian los campos regados por los rios Itata i Ñuble, sosteniendo combates con diversos resultados, pero sin obedecer a un plan ordenado i conveniente. El mas célebre de esos combates tuvo lugar a orillas del primero de aquellos rios, en el sitio denominado el Roble (17 de octubre de 1813). Un cuerpo realista atacó de sorpresa al amanecer de ese dia a una division chilena que mandaba en persona el jeneral Carrera. Este jefe, cortado por las tropas enemigas, se vió obligado a buscar su salvacion arrojándose a nado al Itata. La confusion de los patriotas hacia presentir su completa derrota; pero el coronel don Bernardo O'Higgins, desplegando en esos momentos una gran serenidad consiguió reorganizar las tropas i rechazar con mucha gloria el ataque de los realistas.

Miéntras Carrera sostenia en el sur la campaña sin alcanzar resultados positivos, en la capital la revolucion seguia su marcha, desenvolviéndose con gran rapidez. La junta de gobierno que mandaba en Santiago, sin descuidar

las necesidades de la guerra, habia contraido su atencion a las reformas administrativas. Decretó la libertad de imprenta (23 de junio de 1813), mandó que en cada villa de cincuenta vecinos se estableciese una escuela pública costeada por las municipalidades (18 de junio), creó el Instituto nacional, vasto establecimiento de enseñanza en que se abrieron diecinueve cátedras de ciencias, en su mayor parte desconocidas en Chile (10 de agosto), i fundó la biblioteca nacional, reuniendo al efecto todos los libros que podian obsequiar los vecinos de Santiago. Estos actos, tan contrarios a la política de la metrópoli, significaban claramente el espíritu revolucionario que animaba a los jefes del gobierno; pero éstos fueron mas léjos todavía, i el 17 de junio, con motivo de la festividad del *corpus*, mandaron enarbolar el pabellon tricolor en lugar de la bandera española que hasta entónces se usaba en Chile.

Como es fácil suponer, los corifeos de la revolucion no podian avenirse con que la campaña del sur se prolongara por tanto tiempo. Acusaban a Carrera de flojedad i de torpeza en la direccion de las operaciones militares, quejándose de que no hubiese cumplido las promesas que habia hecho en muchas ocasiones de terminar la campaña en pocos dias. Los enemigos del jeneral atizaban esas quejas, creyendo preparar así su descrédito i su ruina. La junta de gobierno, compuesta de don José Miguel Infante, don Agustin Eyzaguirre i don José Ignacio Cienfuegos, queriendo poner término a aquel estado de cosas, se trasladó a Talca para estudiar mas de cerca la situacion militar; i para tomar una resolucion definitiva.

La junta oyó los informes de muchas personas i creyó al fin que era conveniente separar a Carrera del mando de las tropas; pero se suscitaba naturalmente una dificultad que parecia insubsanable. Era de temerse que Carrera se negase a entregar el mando de sus soldados, i que por medio de su desobediencia, produjese un trastorno tanto mas lamentable cuanto que el enemigo se habia de aprovechar de él para dominar la revolucion chilena. Carrera parecia

vacilar entre someterse u oponer resistencia a los decretos de la junta. El coronel O' Higgins fué nombrado en su reemplazo jeneral en jefe del ejército de Chile (27 de noviembre de 1813). El jeneral Carrera se hallaba en Concepcion al frente de un cuerpo de tropas cuando recibió el decreto de la junta. Ni el pueblo ni sus soldados se manifestaban inclinados a apoyarlo en el caso de desobediencia. Allí entregó el mando en manos del coronel O' Higgins el 1º de febrero de 1814, i se puso en marcha para Santiago en compañía de su hermano don Luis Carrera, a quien el gobierno acababa de separar tambien del mando de la artillería chilena. El segundo dia de viaje fueron asaltados por una guerrilla realista que los hizo prisioneros i los llevó a la ciudad de Chillan, en donde estaba establecido el cuartel jeneral de los españoles.

13. Campaña de O' Higgins.—En los mismos momentos en que O'Higgins se recibia del mando del ejército chileno, llegaba a la costa de Arauco un refuerzo de 800 soldados enviados por el virrei del Perú, junto con un nuevo jefe para las tropas realistas (31 de enero de 1814). Era éste el brigadier español don Gavino Gainza, militar de escaso mérito, pero que tenia el prestijio de su alta graduacion. Ocultando felizmente sus movimientos, se puso en marcha para Chillan dando una vuelta considerable para no acercarse al campamento de los patriotas, i se presentó en esa a tomar el mando del ejército que hasta entónces habia obedecido al coronel Sánchez. Poco dias despues abrió las operaciones militares, persuadido de que la deplorable situacion a que estaban reducidos los patriotas no les permitiria oponer una porfiada resistencia.

El ejército patriota estaba dividido en dos cuerpos, uno acantonado a la orilla norte del Itata, en el sitio denominado Membrillar, a las órdenes del coronel don Juan Mackenna, i el otro en Concepcion bajo el mando de O'Higgins. Gainza, aprovechándose de aquella situacion, movió una parte de sus tropas para aislar i estrechar al coronel Mackenna en el Membrillar, cortándole toda comunicacion con

el jeneral en jefe que permanecia en Concepcion, i con el gobierno de la capital. Un destacamento realista, dirijido por el comandante don Ildefonso Elorreaga, pasó el Maule i ocupó la importante ciudad de Talca despues de una gloriosa aunque inútil resistencia (4 de marzo de 1814). Desde entónces, Gainza quedó dueño del camino de Santiago.

Sin embargo, el jeneral español no se atrevió a alejarse de aquellas provincias dejando a sus espaldas el ejército patriota. En vez de marchar directamente a la capital, que no habria podido oponerle ninguna resistencia, alcanzando así una gran ventaja, i mas que todo, un gran triunfo moral, Gainza se empeñó en impedir la reunion de los dos cuerpos patriotas i en destruirlos uno en pos de otro. El 19 de marzo presentó a O' Higgins, que marchaba a reunirse con Mackenna, un combate en las alturas del Quilo en que las tropas realistas fueron desbaratadas. El siguiente dia todo el ejército de Gainza cargó sobre el campamento del Membrillar i empeñó uno de los mas rudos i gloriosos combates de aquellas campañas. Mackenna desplegó en la defensa notables talentos militares, i rechazó al enemigo causando grandes estragos en las filas de éste (20 de marzo de 1814).

Despues de estos desastres, Gainza, que no fué perseguido, se rehizo rápidamente en Chillan, i se resolvió en seguida a dirijirse a Santiago a marchas forzadas. Pensaba en adelantarse al ejército de O'Higgins, dejándolo en las provincias meridionales, i ocupar la capital, en la confianza que desde entónces la pacificacion de Chile no podia presentar ninguna dificultad. O'Higgins, comprendiendo perfectamente el plan del enemigo i las grandes ventajas que esperaba sacar de él, abandonó tambien su campamento i se movió con gran rapidez hácia el norte. Los dos ejércitos marchaban paralelamente, separados sólo por el espacio de unas cuantas leguas. La victoria parecia ser del que pasase primero el Maule.

Miéntras tanto, habian tenido lugar importantes suce-

sos al norte de ese rio. Al saberse en Santiago que las fuerzas españolas habian ocupado a Talca, el vecindario se alarmó estraordinariamente. La opinion acusaba a la junta gubernativa de las desgracias de la guerra; i en todos los círculos se hablaba de que convenia reconcentrar el gobierno en una sola mano para darle vigor i unidad. El 7 de marzo el pueblo, reunido en la plaza pública, pidió este cambio de gobierno. La junta renunció el mando sin oponer ninguna dificultad. En su reemplazo se creó un director supremo encargado del poder ejecutivo, i se nombró para desempeñar este cargo al coronel don Francisco de la Lastra, que ocupaba el destino de gobernador de Valparaiso.

Los primeros afanes del nuevo gobierno se contrajeron a organizar una division de tropas destinada a reconquistar a Talca. Los cuerpos de milicias regulares de Santiago formaron la base de aquella division, que llegó a contar cerca de mil hombres. Su mando fué entregado al teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, americano de nacimiento que habia hecho sus primeras armas en la península española. Desgraciadamente, esta division en que se habian fundado tantas esperanzas, pero que carecia de toda disciplina fué batida completamente por las guerrillas realistas que defendian a Talca (29 de marzo de 1814). El camino de Santiago quedó nuevamente abierto al ejército español.

Tal era el estado de las cosas cuando los españoles i los patriotas llegaron a las orillas del Maule (3 de abril de 1814). Gainza, protejido por las fuerzas realistas que dominaban en Talca i en toda la orilla norte del rio, lo pasó felizmente en espaciosas balsas con todo su ejército. O'Higgins, en cambio, se encontró embarazado en esta operacion por las fuerzas enemigas, i tuvo que resignarse a permanecer en aquel punto, esperando el momento oportuno para salir de esa situacion.

En la noche, los patriotas emprendieron la marcha. Dejando encendidos los fuegos de su campamento para engañar a sus enemigos, hicieron un rodeo por el lado del oriente i atravesaron el rio por un vado lejano, con gran peli-

gro, pero sin que nadie intentara impedirles el paso. En la mañana siguiente se dirijió O'Higgins al norte a marchas forzadas para colocarse entre el ejército español i la capital. Una division realista que intentó cerrarle el camino, fué batida por las fuerzas patriotas en el lugar denominado los Tres-Montes. Al fin, el 7 de abril O'Higgins quedó acampado con sus tropas en Quechereguas dejando cortado al enemigo. Aquella serie de movimientos, concebidos con bastante habilidad, i ejecutados con gran resolucion, salvaron por entónces la capital i con ella la revolucion chilena. Eran estas operaciones militares del ejército republicano las primeras que dejaron ver órden i concierto en su direccion.

Al ver frustrados sus planes, Gainza comprendió lo peligroso de su situacion. Su retirada era imposible, desde que tenia que atravesar de nuevo el rio Maule hostilizado por un enemigo resuelto i activo. Temiendo verse sitiado en Talca, i encontrarse privado de los medios para sostener una resistencia vigorosa, concibió el atrevido proyecto de romper las líneas del ejército de O'Higgins i abrirse por entre ellas camino para la capital Dos dias (8 i 9 de abril) empleó en esta empresa, atacando a los patriotas en Quechereguas; pero constantemente rechazado, el jeneral español dió la vuelta a Talca casi sin tener un plan fijo de operaciones para el porvenir. La desercion de sus soldados comenzaba a enrarecer sus filas. El alejamiento del cuartel jeneral de Chillan lo privaba de muchos de sus recursos. Sus caballos i sus bestias de carga estaban rendidos despues de las marchas anteriores. Todo hacia creer que la campaña estaba a punto de terminarse. Faltaba sólo que los patriotas, reforzados con los ausilios que podian llegarles de Santiago, emprendieron un vigoroso ataque contra el último atrincheramiento de los españoles para que éstos quedaran aniquilados i destruidos.

14. Tratado de Lircai.—O'Higgins lo comprendia así; i se disponia a terminar la guerra en una batalla cuyo resultado no era difícil prever. Cuando ménos lo pensaba,

recibió del gobierno de Santiago la órden de tratar con el enemigo, de permitirle su retirada al sur, i lo que era peor que todo esto, de reconocer bajo su firma el restablecimiento del réjimen colonial, i la sumision a la detestada autoridad a los reyes de España.

¿Qué habia dado oríjen a este cambio de ideas de los mandatarios de Santiago? Vamos a esplicarlo, porque este es uno de los hechos mas importantes i trascendentales de la revolucion chilena.

A principios de 1814, el porvenir de la revolucion se presentaba oscuro i sombrío. En todas partes los ejércitos españoles obtenian grandes victorias sobre las tropas insurjentes. Los rebeldes arjentinos acababan de sufrir dos espantosas derrotas en Vilcapujio i en Ayohuma, perdiendo así, como hemos visto en el capítulo anterior, la posesion de todo el Alto Perú, i dejando al virrei Abascal en situacion de mandar a Chile nuevos i mas poderosos refuerzos de tropas. Por otra parte, los revolucionarios hispano-americanos fiaban mucho en el estado de los negocios de España, persuadidos de que miéntras durase la guerra contra los franceses, el gobierno de la metrópoli no podria enviar nuevos ejércitos a someter sus antiguas colonias. Cabalmente las noticias que se recibian de la península a principios de 1814 eran fatales. El ejército ausiliar ingles mandado por el duque de Wellington, realizaba en la península lo que no habian podido hacer los españoles: derrotaba a los franceses i los obligaba a replegarse de provincia en provincia hasta abandonar definitivamente el territorio español. Todo hacia creer que en poco tiempo mas Fernando VII seria restablecido en el trono de sus mayores; i era seguro que entónces habria de mandar numerosos refuerzos de tropas para consumar la reconquista de América i el castigo de los republicanos.

El director Lastra veia cercana una horrible tempestad; i de acuerdo con sus consejeros, aprovechó la primera ocasion que se presentaba para conjurarla. En abril de 1814 llegó a Valparaiso el comodoro ingles M. James Hillyar,

el cual habia tenido en Lima algunas conferencias con el virrei del Perú, don Fernando de Abascal, en que este alto funcionario se habia manifestado dispuesto a tratar con los insurjentes de Chile, i aun habia aceptado la mediacion del mismo comodoro ingles. El virrei no habia fijado las bases precisas de la negociacion, creyendo sin duda que los revolucionarios de Chile se darian por contentos con obtener un indulto por los delitos cometidos desde 1810 contra la autoridad real. Hillyar, por su parte, creia que sus poderes eran mucho mas ámplios; i pensaba que el virrei habia de celebrar que por un medio u otro se consiguiese la pacificacion de Chile. El director Lastra aceptó las propuestas como un medio de obtener una tregua honrosa, i envió a O'Higgins i a Mackenna las instrucciones para tratar con Gainza.

Cuando Hillyar se presentó en Talca i reveló al jeneral español el objeto de su mision, Gainza vió que se le abria un camino para efectuár su retirada sin ser molestado, i para darse un descanso miéntras recibia nuevos ausilios del Perú con que renovar la guerra. Como se ve, ninguno de los dos bandos obraba con sinceridad en estas negociaciones. Despues de varias conferencias, el tratado fué firmado por los jenerales de ámbos ejércitos a las orillas del rio Lircai (3 de mayo de 1814). Los patriotas reconocian por él la autoridad de Fernando VII i del consejo de rejencia que gobernaba en España durante su cautiverio: los realistas consentian en dejar subsistente el gobierno establecido en Chile, miéntras las cortes españolas resolvian lo que debia hacerse, i en evacuar el territorio en el término de treinta dias.

Como debe suponerse, ni realistas ni patriotas quedaron satisfechos con este tratado. Los primeros querian lisa i llanamente el restablecimiento del réjimen que existia ántes de 1810; los segundos aspiraban nada ménos que a la absoluta independencia de la metrópoli; i lo conseguido distaba mucho de corresponder a los deseos i esperanzas de unos i de otros. Sin embargo, Gainza pudo emprender su retirada favorecido por los elementos de movilidad que le facilitó

O'Higgins; pero en vez de pensar en evacuar el territorio chileno en el término fijado, permaneció en Chillan espiando la oportunidad i esperando refuerzos para renovar las hostilidades [2]. A mediados de julio, O'Higgins, indignado por la perfidia del jeneral enemigo, solicitaba permiso del supremo director para abrir la campaña i concluir con los últimos restos del ejército español. Sucesos inesperados impidieron la realizacion de esos proyectos.

15. DON JOSÉ MIGUEL CARRERA RECUPERA EL GOBIERNO DE CHILE; GUERRA CIVIL.—Por el tratado de Lircai se estipuló que los prisioneros de ámbos ejércitos serian puestos en libertad; pero por un artículo secreto se convino en que el jeneral don José Miguel Carrera i su hermano don Luis, que permanecian prisioneros en Chillan, serian embarcados en Talcahuano i remitidos a Valparaiso. El gobierno queria evitar que ámbos jefes pasasen por Talca, en donde estaba acuartelado el ejército chileno, temiendo que su presencia allí fuera el oríjen de una ajitacion peligrosa.

Pero Gainza habia comprendido esto mismo; i en vez de cumplir con lo pactado, estimuló i facilitó la fuga de los dos ilustres prisioneros [3]. Desde luego, la fuga de los Carrera fué un motivo de graves inquietudes para los gobernantes de Chile. Los patriotas exaltados, descontentos por el convenio de Lircai, volvieron los ojos al jóven jeneral. En el ejército, muchos oficiales estaban prontos a su-

[2] Se ha escrito mucho para censurar la conducta del gobierno de Chile por haber celebrado un tratado que se ha creido deshonroso por cuanto importaba una abjuracion de los principios proclamados por la revolucion. Sin embargo, el director supremo queria que este convenio fuese sólo una tregua, i así lo notificó al gobierno revolucionario de Buenos Aires, con el cual estaba en la mejor armonía. Este gobierno no sólo aprobó este procedimiento sino que encargó a sus jenerales del Alto Perú que celebraran con sus enemigos tratados semejantes para procurarse algun descanso i volver a las armas en mejor oportunidad.

[3] Es justo decir que el jeneral Carrera no supo nada de esto; i que entre él i Gainza no medió acuerdo alguno.

blevarse en nombre de la dignidad nacional. Las medidas represivas adoptadas por el gobierno, i las persecuciones decretadas en breve contra Carrera, su familia i sus amigos, aumentaron el descontento prodijiosamente. Por fin, don José Miguel sublevó la guarnicion de Santiago al amanecer del 23 de julio, depuso al director supremo, apresó a los mas caracterizados de sus consejeros i creó una junta de gobierno a cuya cabeza quedó colocado él mismo.

Aquel movimiento fué el oríjen de una guerra civil tanto mas funesta cuanto que la revolucion pasaba por circunstancias mui solemnes. La situacion especial en que se encontraba colocado, obligó al jeneral Carrera a pensar mas en consolidar su gobierno que en batir a los españoles, Así pues, contra lo que esperaba de aquella revolucion, el primer acto del nuevo gobierno fué declarar a Gainza la adhesion que prestaba al pacto de Lircai. Miéntras tanto, sus enemigos pidieron ardorosamente a O'Higgins que viniera con su ejército a reponer el gobierno derrocado. En efecto, el jeneral en jefe celebró en Talca una junta de guerra a que asistieron todos los oficiales de alguna graduacion; i allí acordaron éstos desconocer la autoridad de la nueva junta de gobierno i marchar sobre Santiago a deponerla. Carrera, por su parte, organizó apresuradamente un cuerpo de tropas, i con él salió de Santiago a esperar a su adversario. Un pequeño combate de vanguardia tuvo lugar el 26 de agosto a poca distancia de la orilla norte del Maipo; i aunque su resultado no fué decisivo, el campo quedó por Carrera. Las tropas de O'Higgins repasaron el rio para reorganizarse i renovar el combate al dia siguiente.

Allí recibió O'Higgins una noticia tan alarmante como inesperada. En la tarde del mismo dia en que tuvo lugar el combate fratricida, se presentó en el campamento patriota un oficial español llamado don Antonio Pasquel que venia a intimar rendicion a los dos jefes chilenos. Pasquel, anunciaba que el virrei del Perú habia desaprobado el convenio de Lircai, i que deseoso de consumar la pacificacion de Chile, habia enviado al coronel don Mariano Osorio con

considerables tropas de refuerzo. En vez de acceder a las exijencias del parlamentario, i de prestar sumision al nuevo jefe español, O'Higgins comunicó estas ocurrencias a su rival ofreciéndole ponerse bajo sus órdenes para rechazar al enemigo comun. Los dos jenerales chilenos se abrazaron i prometieron mantenerse cordialmente unidos para salvar la revolucion. La junta suprema instalada por Carrera, fué reconocida como el gobierno legal. O'Higgins, por su parte, pidió sólo el mando de la vanguardia del ejército patriota para ser el primero en romper los fuegos contra el enemigo.

16. Sitio de Rancagua; reconquista de Chile.—Osorio habia desembarcado en Talcahuano el dia 13 de agosto. Traia consigo un batallon denominado de Talavera, el primer cuerpo enteramente español que hubiera venido a Chile; i junto con él algunos oficiales instructores i un repuesto considerable de armas, municiones i vestuario. En las provincias del sur no halló quién le opusiera resistencia alguna. En Chillan reorganizó el ejército realista elevándolo al número de 5,000 soldados; i a su cabeza emprendió la marcha hácia Santiago. En el camino recibió nuevas comunicaciones del Perú. Abascal le avisaba que habia estallado una revolucion en el Cuzco encabezada por un jefe indíjena que hasta entónces se habia hecho notar por su fidelidad al rei, i en consecuencia le ordenaba que abandonando la campaña de Chile se apresurase a volver al Perú con sus tropas para someter prontamente a los rebeldes. Osorio, sin embargo, no vaciló en desobedecer esta órden. A su juicio, la pacificacion de Chile era la obra de pocos dias, i no convenia perder la favorable oportunidad que le ofrecian las recientes disensiones de los patriotas. En los últimos dias de setiembre se encontraba a la orilla sur del Cachapoal, próximo a empeñar el combate con las tropas chilenas.

Desgraciadamente, la situacion de Chile no era la mas a propósito para rechazar con ventaja aquella invasion. La reconciliacion de O'Higgins i Carrera no habia concluido

con las desconfianzas recíprocas de ámbos jefes i de sus soldados. Se discutió mucho el plan de defensa que debia seguirse; i al fin fué aceptado el que proponia O'Higgins. Segun ese plan, este jeneral debia encerrarse en la ciudad de Rancagua con las dos primeras divisiones del ejército chileno, para atraer a ese punto las tropas de Osorio. La tercera division, mandada por don José Miguel Carrera, debia caer sobre los españoles por la espalda i concluir su dispersion. O'Higgins se situó en Rancagua con algunos dias de anticipacion, i allí construyó apresuradamente pequeñas barricadas de adobe i barro para resguardar sus cañones i cerrar el paso de las calles que conducen a la plaza del pueblo.

Al amanecer del 1º de octubre se supo en el campo patriota que los realistas habian pasado el Cachapoal, i se encontraban cerca de Rancagua. Despues de algunas evoluciones, las tropas españolas cayeron sobre Rancagua acometiéndola por las cuatro calles que dan entrada a la plaza. Cuando estuvieron cerca de las baterías patriotas, O'Higgins mandó romper el fuego sobre ellas causándoles estragos considerables. El combate se trabó entónces con singular ardor. Los chilenos se batieron con resolucion heroica poniendo en sus banderas jirones de crespon negro para anunciar que no querian capitular. Al anochecer, los realistas estaban rendidos de cansancio i aun pensaron en retirarse de la plaza i repasar el Cachapoal; pero el temor de ser acometidos por la espalda los retuvo en sus puestos esperando estrechar el sitio en la mañana siguiente.

En efecto, desde el amanecer se renovó el combate. Los españoles comenzaron por cortar las acequias que dan agua a la ciudad, privando así de este ausilio a los soldados de O'Higgins i a sus caballos. En seguida prendieron fuego a varios edificios para reducir a escombros la poblacion i abrirse paso hasta la plaza central. O'Higgins, sin embargo, no desmayó un solo instante. Habia esperado mas de veinticuatro horas que Carrera viniera en su ausilio con la tercera division, i en efecto habia divisado desde la torre de

una iglesia que el jeneral en jefe se acercaba por los callejones del norte; pero luego vió tambien que las tropas de que esperaba su salvacion se retiraban de nuevo [1]. En aquel momento de angustiosa desesperacion, O'Higgins se resignó a su suerte, pero quiso vender caro las vidas de sus soldados i la suya propia. Mantuvo el combate con mayor ardor, despreciando la muerte que lo amenazaba por todas partes. Jamas nuestros soldados habian desplegado tanto heroismo, i nunca se habian hallado en una situacion mas desesperada. Por fin, en la tarde de aquel dia (2 de octubre de 1814), la defensa de la plaza parecia insostenible. El incendio de las casas ahogaba a los sitiados. Faltaba el agua con que refrescar los cañones que estaban caldeados. De los 2,000 hombres que defendian la ciudad al comenzar el combate sólo quedaban vivos i sanos 300. Cuando toda resistencia era completamente inútil, i cuando al parecer no quedaba otro arbitrio que capitular con el enemigo, O'Higgins reunió sus soldados, los hizo montar en los caballos que le quedaban, i cargó sobre los españoles que avanzaban por la calle del norte, abriéndose paso con la punta de las lanzas i con el filo de los sables. Aquel movimiento de heroica resolucion salvó de una muerte segura este puñado de bravos.

Los excesos a que se abandonaron los vencedores fueron el fruto de su exasperacion por tan porfiada resistencia. No perdonaron la vida ni aun a los heridos. Muchos prisioneros fueron fusilados en el momento. Los realistas dejaron cundir el fuego que consumia algunos barrios de la poblacion, i miraron impasibles que las llamas devorasen una casa que servia de hospital de sangre de los patriotas, en que habia muchos heridos, casi moribundos de sed i de debilidad.

La gloriosa derrota de Rancagua dió por resultado la ruina completa de los patriotas. No fué posible organizar

[1] Fué aquella una falta de Carrera que iba a producir los mas desastrosos resultados, i a echar un baldon sobre su nombre

una nueva resistencia. Los o'higginistas i los carrerinos, como sucede siempre despues de los grandes desastres, se dirijian mutuamente las mas tremendas acusaciones, reprochándose la pérdida de la campaña i las desgracias de la patria. La capital era el teatro de una espantosa confusion, porque todos, militares i paisanos, pensaban sólo en abandonar el pais o en ocultarse para sustraerse a las persecuciones i venganzas de los vencedores. No habia mas camino que tomar que el de la cordillera que conduce a Mendoza; pero la cordillera estaba cubierta de nieve. Sin embargo, los independientes tomaron ese camino sin pensar en los peligros con que los amenazaba la naturaleza salvaje de aquellos ásperos senderos. La emigracion de hombres i de mujeres, de ancianos i de niños, fué mui considerable. Los últimos restos del ejército republicano marcharon a su retaguardia para favorecer la retirada.

Las avanzadas de Osorio comenzaron a entrar a Santiago el 4 de octubre. Hallaron la ciudad casi desierta, i siguieron su marcha al norte en persecucion de los patriotas. Todavía les fué necesario a éstos empeñar nuevos combates para libertarse de sus tenaces perseguidores. Al fin, el 12 de octubre de 1814 trasmontaron las cumbres de los Andes en medio de mil penalidades, i pisaron el territorio amigo de la provincia de Cuyo. Todo el suelo chileno quedaba abandonado al jefe español que habia tenido la fortuna de alcanzar la victoria de Rancagua.



CAPITULO X.

La independencia de Chile.

(1815-1826)

1. Gobierno de Osorio.—2. El jeneral San Martin: organizacion del ejército de los Andes.—3. Gobierno de Marcó del Pont.—4. Ardides de San Martin; las guerrillas.—5. Campaña de San Martin; batalla de Chacabuco.—6. O'Higgins es nombrado director Supremo.—7. Campañas de 1817.—8. Nueva espedicion del jeneral Osorio.—9. Declaracion de la independencia de Chile.—10. Campaña de 1818; batalla de Maipo.—11. Los patriotas recuperan a Concepcion; captura de la *María Isabel*.—12. Primeras campañas de Benavídes.—13. Lord Cochrane; toma de Valdivia.—14. Salida de la espedicion libertadora del Perú.—15. Ultimas campañas de Benavídes.—16. Administracion política del director O'Higgins.—17. Su abdicacion.—18. Reincorporacion del archipiélago de Chiloé.

1. Gobierno de Osorio.—La reconquista española no fué caracterizada en Chile por los actos de injustificable crueldad que la ensangrentaron en otros paises de América, como Méjico, Venezuela, Nueva Granada, Alto Perú i Quito. La moderacion observada jeneralmente por los revolucionarios, no daba lugar a actos de violentas represalias. Osorio, por otra parte, era un jefe mucho mas humano que la mayor parte de los jenerales peninsulares que entraron a gobernar las colonias reconquistadas; i si bien

estaba resuelto a reprimir vigorosamente la revolucion chilena, deseaba evitar inútiles horrores.

Sin embargo, la represion fué dura i muchas veces pérfida. Osorio comenzó por anunciar que queria el olvido de los sucesos pasados, i consiguió así que volviesen a sus casas los vecinos que se habian retirado al campo para sustraerse a las persecuciones. Por fin, en la noche del 7 de noviembre (1814), en cumplimiento de las órdenes que habia traido del Perú, Osorio hizo arrestar a todos los hombres que habian desempeñado algun papel en la revolucion chilena. Eran éstos en su mayor parte ancianos venerables, a quienes la vejez habia impedido emigrar a las provincias arjentinas, i cuya complicidad en los sucesos revolucionarios no los hacia acreedores a medidas rigorosas. Muchos de ellos fueron remitidos al presidio que los españoles mantenian en la isla de Juan Fernández: otros fueron confinados a ciudades distantes de la capital, separándolos violentamente de sus familias i de sus comodidades. Los bienes de los patriotas fueron embargados. La justicia ordinaria fué encargada de juzgar a los presos por los documentos i por las declaraciones que se presentaban, pero sin oir sus descargos, ni tomarles sus confesiones. Pocos dias despues se estableció un tribunal denominado de *purificacion*, ante el cual debian presentarse todos, así chilenos como españoles, a justificar su conducta para probar que habian sido fieles a la causa del rei durante el período de la revolucion.

En la ejecucion de estas medidas, los soldados españoles se hicieron notar por su insolencia brutal i por el mal tratamiento que dieron a los presos; pero luego tuvieron ocasion de perpetrar un verdadero crímen, de que fué teatro un calabozo de la cárcel de Santiago. Estaban encerrados en ella varios patriotas de posicion mucho mas humilde que la de los magnates confinados a Juan Fernández. El gobierno supo que esos infelices hablaban en su prision de la futura reconquista de Chile por los patriotas, lisonjeándose con la esperanza de verse libres. El capitan del bata-

llon de Talaveras don Vicente San Bruno, sostenedor fanático de la causa del rei, se encargó de castigar esas conversaciones de una manera feroz. Colocó en la guardia de la cárcel al sarjento Ramon Villalobos, con el encargo de fomentar las esperanzas de los presos haciéndoles comprender la facilidad de ejecutar una revolucion mediante el ausilio que podian prestarle las tropas que guarnecian a Santiago, i cuya cooperacion él podia solicitar. Los presos se dejaron engañar con estas mentidas promesas, i llegaron a fijar el 6 de febrero (1815) para dar el golpe. Antes de amanecer de ese dia, cuando aquéllos esperaban que Villalobos viniera a abrirles la puerta de su calabozo, penetró en él la compañía de zapadores de Talavera, i desenvainando sus sables, cargó sobre los indefensos prisioneros para consumar la mas inicua matanza. Dos de éstos fueron asesinados en el momento: otros quedaron cubiertos de heridas; i hubieran sido ultimados inmediatamente si no se hubiese presentado allí el coronel don Luis Urrejola, chileno de nacimiento, que desempeñaba el cargo de comandante de armas de Santiago, i que llegaba oportunamente para impedir la consumacion de una carnicería tan innecesaria como atroz. Para justificar aquel crímen, las autoridades españolas hablaron de una gran conspiracion descubierta, i colgaron en una horca plantada en la plaza de la capital, los cadáveres de las víctimas (6 de febrero de 1815).

A estos actos de violenta represion se siguieron otros de un carácter mas jeneral. Fué restablecida la real audiencia compuesta de oidores conocidos como enemigos de la revolucion, fué disuelto el cabildo que habian organizado los patriotas, i fueron derogadas todas las leyes i destruidas todas las instituciones i establecimientos fundados durante la revolucion. No se escaparon del odio tenaz de los españoles la biblioteca nacional ni las escuelas i colejios fundados en 1813. Los vencedores, sin embargo, utilizaron la imprenta introducida en 1812, para maldecir a los patriotas i para aplaudir los castigos i venganzas que en esa época se ejecutaban en la mayor parte del territorio americano.

Los españoles, ademas, fueron tan ciegos en Chile como lo habian sido en otros paises de América; i en vez de tratar de conciliarse la voluntad de los chilenos, miraban con soberano desden aun a los que se habian distinguido sirviendo en las filas del ejército realista, i a los cuales se debia casi esclusivamente la reconquista del pais. Al cabo de poco tiempo se habia producido una violenta escision entre chilenos i españoles, que vino a ser de grande utilidad a la causa de la revolucion.

No fueron estos los únicos males de que vino acompañada la reconquista. Osorio tenia que mantener un ejército considerable para asegurar la tranquilidad en el territorio reconquistado: i sin embargo, los recursos del erario no le permitian pagarlo puntualmente. Fué necesario imponer pesadas contribuciones a todos los vecinos, i cobrarlas con una rigorosa escrupulosidad, en una época en que la reducida industria chilena sufria las consecuencias de la revolucion i de la suspension del comercio con el Perú durante tres años.

Osorio, como ya hemos dicho, no estaba dotado de un carácter duro i vengativo. El pueblo de Santiago llegó a comprender que aquellos actos de rigor eran ejecutados por órden del virrei del Perú, i que Osorio habria sido un mandatario mejor si hubiese poseido mas ámplios poderes. El cabildo de esta ciudad acordó mandar a España dos emisarios encargados de felicitar a Fernando VII por su vuelta al trono de sus mayores, de pedirle que confiriera a Osorio en propiedad el cargo de capitan jeneral de Chile, i de suplicarle que concediese un indulto en favor de los chilenos que jemian en las cárceles i presidios. Aquella mision no produjo las resultados que se esperaban. Fernando VII, desatendiendo los servicios de Osorio, habia nombrado otro gobernador de Chile, i aunque accedió a la súplica del indulto, el nuevo mandatario, como veremos mas adelante, se negó a darle cumplimiento.

2. El jeneral San Martin; organizacion del ejército de los Andes.—El año de 1815 fué fatal para la revo-

lucion hispano-americana. En todas partes los patriotas eran vencidos i dispersados, i en lugar del sistema cimentado por ellos, habia sido restablecido el réjimen colonial con mayor dureza todavía que ántes de 1810. Sólo una porcion del antiguo virreinato de Buenos Aires conservaba la independencia recien conquistada, pero estaba amenazada por tres puntos a la vez. La España, libre de enemigos esteriores, anunciaba el envío de una espedicion al Rio de la Plata. El virrei del Perú amenazaba invadir el territorio arjentino por las provincias del norte. Los españoles que dominaban en Chile, tenian encargo de trasmontar las cordilleras i de apoderarse de las provincias vecinas de los Andes. La revolucion americana parecia, pues, próxima a sucumbir cuando en el sur del continente se acometió una empresa memorable que iba a abatir la dominacion española en estas comarcas, al mismo tiempo que Bolívar, el gran caudillo del norte, emprendia nuevas i mas brillantes campañas en Venezuela i Nueva Granada.

Cupo la gloria de dirijirla al jeneral don José de San Martin, militar intelijente nacido en 1778 en Yapeyú, pequeño pueblo de la provincia de Misiones que los jesuitas habian fundado en las fronteras del Paraguai. Educado en España i sirviendo en los ejércitos de la península [1] hasta fines de 1811, habia alcanzado a obtener el grado de teniente coronel; pero oyó hablar de la revolucion del nuevo mundo, i abandonando secretamente el ejército, se embarcó para Buenos Aires, a donde llegó a ofrecer su intelijencia i su espada al gobierno revolucionario. Allí organizó el primer cuerpo de tropas de caballería, verdaderamente dignas de este nombre, i mas tarde alcanzó sobre los españoles una señalada victoria en San Lorenzo, a orillas del rio Paraná (3 de febrero de 1813) [2].

---

1 San Martin se distinguió por su valor frio i sereno, por un espíritu organizador i por una circunspeccion i una reserva que lo hacian aparecer como incapaz de todo entusiasmo.

2 Véase atras, part. IV, cap. VIII, § 7.

La merecida reputacion de militar intrépido i organizador que se habia ganado San Martin le valió el cargo de jeneral en jefe del ejército arjentino que sostenia la guerra en las provincias del Alto Perú. Este ejército estaba desmoralizado i casi destruido despues de la derrota de Vilcapujio i de Ayohuma. San Martin trabajó empeñosamente en su reorganizacion; i no creyéndose en estado de abrir una nueva campaña contra los españoles, entabló relaciones secretas con algunos jefes de éstos para fomentar la division i la discordia en el campo enemigo. Persuadido de que seria incierta la independencia de América miéntras los españoles dominasen en Lima, San Martin, adoptando otro plan de campaña que ya se habia insinuado, pero que parecia irrealizable, se propuso llegar a la capital del Perú por Chile i el Pacífico. Tomando por pretesto una enfermedad verdadera o finjida, solicitó su separacion del mando del ejército del Alto Perú, i pidió que se le nombrase gobernador de la oscura i tranquila provincia de Cuyo, compuesta entónces de las actuales provincias de Mendoza, San Juan i San Luis. San Martin creia acercarse a la realizacion de sus vastos proyectos colocándose en la frontera del territorio chileno (1814).

Al poco tiempo de haber llegado a Mendoza, ocurrió la reconquista de Chile por el ejército español. San Martin reunió las milicias de la provincia i fué a las laderas de los Andes a ausiliar en su marcha a la emigracion chilena. El jeneral don José Miguel Carrera, apoyado por una parte de las tropas que en Chile habian estado bajo su mando, intentó desconocer la autoridad del gobernador de Cuyo sobre los emigrados; pero San Martin, desplegando una gran firmeza, apresó al jeneral Carrera, sometió a sus soldados i los obligó a marchar a Buenos Aires casi en calidad de presos. Desde entónces, no pensó mas que en formar un cuerpo de tropas capaz de defender la provincia de Cuyo por el momento, i bastante fuerte mas tarde para invadir a Chile.

La provincia que mandaba San Martin era pobre, despoblada i estraña por decirlo así al movimiento revolucio-

nario de la América, puesto que no habia pasado por ninguno de los sacrificios que ocasionaba la causa de la independencia, ni sentido el entusiasmo que en otras partes habia inspirado la lucha. San Martin, sin embargo, allanó todas las dificultades con una paciencia verdaderamente heroica. Pidió al gobierno de Buenos Aires algunos ausilios de tropas, de armas i de dinero, que obtuvo con grandes dificultades i en pequeño número; pero supo levantar el espíritu público de las provincias que mandaba, i sacar recursos casi de la nada. Solicitó donativos patrióticos i exijió contribuciones estraordinarias en dinero i en especies; indujo a los pobladores de aquella provincia a dar libertad a sus esclavos bajo la condicion de servir en el ejército de la patria; i estableció entre sus tropas la mas rigorosa disciplina, mediante un trabajo de organizacion que lo ocupaba el dia i la noche. En los principios, manifestaba sólo el pensamiento de mantenerse a la defensiva, i de impedir que el territorio arjentino fuese invadido por los españoles que dominaban en Chile. Como era de esperarse, los chilenos emigrados formaron parte del nuevo ejército; pero San Martin elejia particularmente entre ellos a los desafectos a Carrera. O'Higgins i los parciales de éste fueron incorporados al ejército en el mismo rango que habian ocupado en Chile. San Martin habia descubierto en ellos ciertas dotes de subordinacion i de templanza que no encontraba en los parciales de Carrera. Tal fué el oríjen del ejército denominado de los Andes, que como veremos mas tarde, desempeñó un brillante papel en la lucha de la independencia.

3. Gobierno de Marcó del Pont.—Por algun tiempo se creyó que los dominadores de Chile llevarian sus armas vencedoras contra los patriotas de la provincia de Cuyo; pero la escasez de recursos, i mas que todo, su falta de verdadero talento para aprovecharse de los triunfos alcanzados, fueron causa de que perdieran el tiempo en perseguir infructuosamente a los patriotas en vez de tratar de poner

fin a la revolucion americana. El jeneral Osorio se dejó engañar por algunas artificiosas comunicaciones de San Martin en que bajo pretesto de entablar relaciones comerciales con Chile, le daba informes inexactos sobre el estado de Mendoza, i lo indujo a permanecer en la inaccion durante todo el verano de 1815.

Talvez Osorio habria pensado en abrir la campaña a fines de aquel año, a pesar de que entónces la situacion de San Martin era mucho mejor; pero cuando esperaba que el rei en premio de sus servicios le confiase el gobierno de Chile en propiedad, supo que venia de España el mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont, nombrado su sucesor. El 26 de diciembre de 1815, Osorio entregó a éste el mando, i poco despues se retiró al Perú.

Marcó del Pont era un militar de escasa intelijencia, pusilánime i afeminado, ascendido al gobierno de Chile casi sin otro título que el valimiento de que gozaba en la corte uno de sus hermanos. En Santiago se rodeó de los españoles mas exaltados i atrabiliarios; i siguiendo los consejos de éstos, adoptó medidas mas rigorosas aun que las tomadas por su antecesor para el cobro de los impuestos estraordinarios, i para la persecucion de los patriotas. Estableció un *tribunal de vijilancia*, bajo la presidencia del capitan San Bruno, encargado de evitar todo acto o conversacion contraria a la fidelidad del rei, de impedir toda comunicacion con las provincias arjentinas, i hacer cumplir los bandos o decretos dictados por la capitanía jeneral para asegurar la sumision de los chilenos. Ese tribunal que procedia verbal i sumariamente, i que podia aplicar hasta la pena de muerte con consulta del presidente, anulaba las facultades privativas de la real audiencia i establecia un réjimen de verdadero terror.

El gobierno de Marcó fué señalado por muchas otras providencias igualmente violentas i represivas. Para afianzar su poder e imponer a los habitantes de Santiago en caso que intentasen una sublevacion, este mandatario i sus consejeros determinaron construir dos fortalezas en el cerro

de Santa Lucía, colocado casi en el centro de la poblacion, i convirtieron en trabajadores a todos los infelices que caian presos a consecuencia de los rigorosos bandos que dictaba el gobierno. Habiendo llegado de España una cédula por la cual el rei concedia a todos los procesados políticos de Chile una amplia amnistía junto con la devolucion de los bienes embargados, Marcó se resistió a darle cumplimiento, i mantuvo en Juan Fernández i en los otros lugares de confinacion a los patriotas que estaban sometidos a juicio. Estas medidas arbitrarias, iban acompañadas de muchas otras providencias de un órden inferior, dictadas por el espíritu suspicaz i desconfiado de Marcó i de sus consejeros, i mantenian viva la profunda irritacion de todos los chilenos.

4. ARDIDES DE SAN MARTIN; LAS GUERRILLAS.—San Martin se aprovechó hábilmente del descontento que reinaba en Chile para preparar la realizacion de sus vastos planes. Por medio de destacamentos de tropas hábilmente distribuidos en los desfiladeros de las cordilleras, cerró toda comunicacion entre Chile i los emigrados que se hallaban en Mendoza, o mas bien dicho, se apoderó de todas las cartas que se dirijian de una a otra parte de los Andes. Por medio de esa correspondencia, adquiria noticias de lo que ocurria en Chile; i poniendo en juego todos los artificios que le sujeria su injenio, logró hacer llegar al territorio chileno informes completamente falsos pero mui bien calculados para ocultar sus proyectos i sus trabajos. Todavía fué mas léjos San Martin. Residian en Mendoza algunos españoles espatriados anteriormente de Chile por el gobierno revolucionario, cuya lealtad a la causa del rei era perfectamente conocida por Marcó del Pont. El gobernador de Cuyo tomó el nombre de éstos; i por medio de hábiles combinaciones de detalle, dirijió a Marcó prolijas correspondencias en que, finjiéndose realista exaltado, le daba los informes mas falsos sobre la miserable situacion de los emigrados i la absoluta imposibilidad en que el mismo San Martin se hallaba para emprender cosa alguna contra los reconquistadores

de Chile. Como es fácil comprender, Marcó del Pont, infatuado con su poder, creyó esos informes i se dejó colocar en una situacion profundamente ridícula.

San Martin pensó tambien en distraer las fuerzas españolas que dominaban en Chile; i al efecto, quiso provocar levantamientos parciales que las mantuvieran en constante inquietud. Por aquella época se supo en Chile que en octubre de 1815 habia salido de Buenos Aires una escuadra de corsarios insurjentes con el propósito de perseguir las naves españolas en el Pacífico, i de hostilizar cuanto fuera posible los puertos del Perú i de Chile. Marcó, en consecuencia dictó muchas medidas para resguardar la costa; pero si bien los corsarios, haciendo rumbo al Callao i Guayaquil, no dejaron verse en las aguas de Chile, luego comenzaron a esperimentarse en este pais los resultados de otro jénero de hostilidades. Los emisarios despachados de Mendoza por San Martin, fomentaban hábilmente el descontento en los campos i en la ciudades, despertando en todas partes el espíritu público. Un abogado chileno que se habia distinguido en los primeros años de la revolucion por su espíritu inquieto i por su ardoroso entusiasmo en favor de las nuevas ideas, fué entre muchos ajentes de esa clase, el caudillo mas famoso de aquella resistencia. Don Manuel Rodríguez, este era su nombre, adquirió en esa lucha modesta i oscura de los guerrilleros, la alta popularidad con que lo honraron sus contemporáneos i con que lo menciona la historia.

Rodríguez salió de Mendoza a fines de 1815, reñido al parecer con San Martin, i finjiendo marchar confinado a un lugar remoto de la provincia de Cuyo. Cuando los patriotas chilenos, emigrados en Mendoza, lamentaban la persecucion de que suponian víctima a Rodríguez, éste daba principio a sus trabajos en la parte del territorio que hoi forman las provincias de Santiago i de Colchagua. En estos afanes desplegó un injenio lleno de recursos para fomentar la resistencia a las autoridades españolas i para burlar la persecucion de los realistas. A mediados de 1816 una guerrilla compuesta de campesinos armados de cualquier modo,

recorria los campos de Colchagua, interceptaba las comunicaciones i atacaba cuando podia hacerlo con ventaja, a los ajentes de la autoridad. Como debe suponerse, esa guerrilla tuvo que desbandarse bajo el peso de las persecuciones de las tropas realistas.

La desgracia de los montoneros no fué de larga duracion. En octubre aparecieron de nuevo diversas guerrillas en todo el territorio comprendido entre los rios Cachapoal i Maule. Inútiles fueron los esfuerzos de las tropas españolas para poner fin a este jénero de hostilidades. Los guerrilleros se batian poco, porque de ordinario no podian hacerlo con ventaja; pero, en cambio, mantenian a sus enemigos en la mas constante inquietud, obligándolos a distraer sus fuerzas de los puntos en que Marcó queria colocarlas para asechar los movimientos de San Martin. Inútil fué que Marcó ofreciera premios pecuniarios al que denunciase el paradero de Rodríguez i de los otros jefes de guerrillas. Fué tambien inútil que los militares españoles, obedeciendo a las instrucciones dadas por el gobierno, fusilasen sin piedad i sin fórmula de procesos a los infelices montoneros, o a los simplemente sospechosos de tomar parte en las guerrillas. El terror no hacia otra cosa que aumentar el descontento i vigorizar la resistencia.

A principios de 1817, cuando San Martin se preparaba ya para abrir la campaña, las operaciones de las guerrillas fueron mas importantes. El 3 de enero, Rodríguez cayó sobre el pueblo de Melipilla, apresó a los españoles que halló en él, i repartió entre los campesinos que lo seguian las especies reunidas en el estanco i los capitales recojidos por órden del gobierno i por via de contribucion estraordinaria de guerra. El 11 de enero, otra guerrilla patriota se apoderó del mismo modo del pueblo de San Fernando. Pocos dias despues, otra guerrilla, intentó en vano apoderarse del pueblo de Curicó. Estos golpes de audacia, ejecutados por bandas alentadas por un valor heroico, pero indisciplinadas i sin armas, i contra un gobierno que contaba con un ejército de 5,000 hombres, no tenian, como debe supo-

nerse, mas objeto que el obligar a Marcó a distraer sus fuerzas distribuyéndolas en diversas partes del territorio.

5. Campaña de San-Martin; batalla de Chacabuco.—En ésa época, San Martin estaba preparándose para abrir la campaña. Mediante un trabajo de toda hora, habia logrado formar a pocas leguas al norte de Mendoza un campo de instruccion i reunir en él cerca de 3,500 soldados, a quienes disciplinaba de dia i de noche. Por mucho tiempo guardó la mas estricta reserva acerca de sus proyectos; pero desde que sus tropas formaron un cuerpo que podia llamarse respetable, no tenia para qué ocultar sus propósitos. El gobierno arjentino habia aprobado en jeneral el pensamiento de invadir a Chile, cuando el congreso reunido en Tucuman nombró director supremo al coronel Pueirredon. San Martin, que tenia motivos para creer que el nuevo mandatario no seria favorable a sus proyectos, se trasladó a Córdoba, donde tuvo con él una larga conferencia. Despues de ella, el gobernador de Cuyo quedó suficientemente autorizado para emprender la campaña contra los españoles que dominaban en Chile.

Los aprestos militares que se hacian en Mendoza, recibieron desde entónces mayor vigor. San Martin hizo reconocer los desfiladeros de la cordillera por donde pensaba invadir a Chile. Reunió a los indios bárbaros que habitan las faldas de los Andes al sur de Mendoza, i en una larga i solemne conferencia, despues de recomendarles artificiosamente la mayor reserva, les pidió permiso para pasar sus tropas por aquella parte del territorio. Los indios concedieron fácilmente lo que se les pedia; pero, como era de esperarse, revelaron el falso secreto a los ajentes de Marcó. El gobierno de Chile, preocupado ademas entónces con las correrías de los guerrilleros, se vió obligado a repartir su ejército en una vasta porcion de territorio.

Esto era lo que necesitaba San Martin para hacer desaparecer la diferencia que existia entre sus fuerzas i las de Marcó. El 17 de enero de 1817, las tropas patriotas comenzaron a salir del cuartel jeneral. San Martin habia des-

prendido de ellas diversas partidas de tropas regulares o de espertos milicianos que debian pasar la cordillera por el norte i por el sur para distraer la atencion de los realistas, obligándolos a mantener fraccionadas sus fuerzas; i él, a la cabeza del grueso de su ejército, emprendió la marcha por el camino de los Patos, para caer sobre el valle de Putaendo, en la provincia de Aconcagua. Una division de 500 hombres, mandada por el coronel don Juan Gregorio de las Heras, debia seguir una marcha paralela, atravesar la cordillera por el camino de Uspallata, algunas leguas mas al sur que el de los Patos, i caer sobre el valle de los Andes, donde se operaria la reunion de todo el ejército. El comandante don Ramon Freire, a la cabeza de sólo ochenta soldados regulares, i de muchos campesinos o guerrilleros chilenos, debia pasar la cordillera por Colchagua i ocupar la ciudad de Talca. En los primeros dias de marcha, San Martin recibió una nota en que el director supremo Pueirredon le representaba la situacion excesivamente grave de la revolucion americana, en esa época en que los españoles eran vencedores en todas partes, i las dificultades sin cuento de la empresa que acometia. Por toda contestacion, el jefe espedicionario dió resueltamente a sus tropas la órden de seguir su marcha por los desfiladeros de la cordillera.

Jamas jeneral alguno desplegó mayor actividad i mayor intelijencia que San Martin en esos momentos. Dirijiendo personalmente todas las operaciones hasta en sus mas pequeños detalles, impartiendo a sus subalternos las órdenes mas precisas i terminantes, señalándoles con la mayor fijeza la marcha de cada dia i de las diversas evoluciones que debian hacer para sorprender i para engañar al enemigo, San Martin realizaba con singular acierto el vasto plan de campaña que habia preparado en Mendoza. El ejército, por su parte, soportó con valor i entusiasmo las fatigas de una marcha peligrosa por laderas escarpadas, i por alturas en que el aire enrarecido hacia sumamente difícil la respiracion. La artillería de los patriotas, al cuidado de un fraile

franciscano, Luis Beltran, a quien la revolucion habia convertido en militar, era conducida desmontada a lomo de mula i con grandes dificultades.

Las fuerzas españolas que ocupaban la actual provincia de Aconcagua, trataron en vano de embarazar la marcha del ejército patriota. Tan pronto sabian que los revolucionarios se dejaban ver por el camino de Uspallata, como se les anunciaba que se habian retirado, i que se acercaban por la via de los Patos, hácia Putaendo. Los realistas se ajitaban inútilmente corriendo sin cesar de un punto a otro, miéntras los patriotas avanzaban con toda seguridad mediante una serie de maniobras i de pequeñas marchas i contramarchas combinadas con suma habilidad. Las Heras batió, en el punto denominado La Guardia, un destacamento español, casi al mismo tiempo que San Martin ocupaba el pueblo de Putaendo i hacia sablear por sus granaderos las fuerzas realistas que se replegaban por el cerro de las Coimas. El 8 de febrero, despues de una marcha dirijida con un gran talento militar, i ejecutada con toda felicidad, el ejército patriota se reunió en el valle de Aconcagua. El comandante Freire, desplegando una grande impetuosidad, penetró en el territorio de Colchagua, batió las fuerzas que le salieron al encuentro, i avanzó denodadamente hasta Talca, que ocupó el 12 de febrero. Los realistas confundidos i aterrorizados, abandonaron esas provincias replegándose hácia Santiago, centro de todos sus recursos.

Marcó del Pont tembló de cólera i de pavor cuando supo que el enemigo pisaba el territorio chileno i ponia en dispersion a sus tropas. Publicó pomposas proclamas para exaltar el valor de sus soldados i la fidelidad de los colonos; pero desconfiando del éxito de la campaña, se empeñó mas aun en poner en salvo sus muebles i vestuarios remitiéndolos a Valparaiso a fin de que fuesen embarcados en el primer buque que saliese para el Perú. Sus subalternos hicieron lo que el capitan jeneral no podia hacer por sí sólo. Por medio de órdenes impartidas a gran prisa, reunie-

ron aceleradamente una division de cerca de 2,000 hombres que fué a colocarse en el camino de Aconcagua a las órdenes del brigadier español don Rafael Maroto. Otros cuerpos de tropas que llegaban de todas partes, quedaron reuniéndose en Santiago, con el pensamiento de reforzar a Maroto, si aun era tiempo, o de presentar a los patriotas una segunda batalla en caso que aquél fuese derrotado ántes de recibir nuevos ausilios.

Entre tanto, San Martin no permanecia ocioso. Miéntras sus tropas i sus caballadas tomaban el descanso indispensable para proseguir la campaña, hizo montar su artillería i despachó ajentes a fin de conocer la situacion exacta del enemigo. No queriendo dar a los españoles el tiempo de reconcentrar sus fuerzas, i sabiendo que la division de Maroto no estaba separada de él mas que por las serranías de Chacabuco, que limitan por el sur la provincia de Aconcagua, San Martin emprendió resueltamente su marcha en la noche del 11 de febrero. El jeneral O' Higgins, a la cabeza de un cuerpo de tropas, debia escalar esas serranías por el camino que conducia a Santiago. Otro cuerpo, mandado por el jeneral arjentino don Miguel Soler, debia hacer un rodeo por otros puntos de la sierra para caer por el flanco del campamento español. San Martin se reservó para sí el mando de la retaguardia.

Aquella batalla iba a decidir de la suerte de la campaña, i de la libertad de Chile i de una gran parte de la América. El ejército insurjente, comprendiendo la gravedad de aquella situacion, se condujo con todo el ardor que podia exijirse. Al amanecer del dia 12, O'Higgins, despreciando los fuegos de las fuertes partidas de avanzada del ejército español, ocupó las cimas de la serranías, i obligó a los enemigos a replegarse a gran prisa hácia su cuartel jeneral. Avanzando resueltamente, bajó de las alturas en persecucion de los realistas, hasta el mismo sitio en que Maroto estaba ventajosamente colocado. Como tardara en llegar la division de Soler, el jeneral chileno empeña el combate i carga a la bayoneta contra la línea enemiga. La division

patriota, mui inferior en número a las fuerzas que mandaba Maroto, rompió sin embargo el cuadro realista despues de una sangrienta i tenaz lucha. Los primeros cuerpos de la division de Soler, que bajaban de las serranías i caian sobre el flanco de los realistas, consumaron la derrota de éstos. La persecucion de los fujitivos duró algunas horas mas, pero a medio dia la victoria de los patriotas era completa (12 de febrero de 1817). En sus manos habia caido casi todo el armamento del enemigo i un gran número de prisioneros. Dos de éstos, el capitan San Bruno i el sarjento Villalobos fueron fusilados pocos dias despues en Santiago, en castigo del crímen cometido en 1815 en las personas de los infelices presos de la cárcel. La victoria de Chacabuco decidió en ese dia la recuperacion del territorio chileno por las armas patriotas.

6. O'HIGGINS ES NOMBRADO DIRECTOR SUPREMO.—En la tarde del mismo dia 12 comenzaron a llegar a Santiago los fujitivos del campo de batalla. Hubo un momento en que Marcó i sus consejeros trataron de reconcentrar sus fuerzas i presentar un segundo combate; pero luego se apoderó de ellos la turbacion i el desaliento, i desde entónces no pensaron mas que en ponerse fuera del alcance de los vencedores. En efecto, las tropas realistas evacuaron la ciudad en el mayor desórden durante la noche, i se dirijieron a Valparaiso a fin de embarcarse i de hacerse a la vela para el Perú.

La ciudad quedó abandonada. El populacho desenfrenado comenzó el saqueo de las oficinas públicas i de las casas de los realistas. El comercio i el vecindario tuvieron que armarse para guardar el órden hasta que entraron las primeras partidas del ejército patriota. El 15 de febrero el vecindario de la capital, reunido en cabildo abierto, confió el gobierno supremo del Estado a don José de San Martin. El hábil jeneral, conociendo perfectamente que su elevacion al gobierno político de Chile, le traeria sólo desagrados i dificultades sin ventaja alguna para la causa de la revolucion, renunció tenazmente el mando que se le ofrecia. El

dia 16, el pueblo reunido nuevamente en cabildo abierto, proclamó director supremo del Estado al jeneral don Bernardo O'Higgins.

Los primeros trabajos del nuevo mandatario se dirijieron, como era natural, a activar las operaciones de la guerra. Un reducido cuerpo de tropas desprendido del cuartel jeneral de Mendoza, habia pasado la cordillera por Coquimbo, i restablecido sin la menor resistencia el gobierno revolucionario en las provincias del norte. Copiapó habia sido ocupado de la misma manera. Otro cuerpo, a cargo del bizarro capitan don Ramon Freire, habia penetrado en Chile, como ya dijimos, por Colchagua i Talca, batido a los realistas que recorrian aquellos campos, i acordonado el rio Maule para impedir la retirada de los fujitivos. Sólo en Concepcion quedaban en pié las autoridades españolas. Mandaba allí con el cargo de intendente el coronel don José Ordóñez, militar valiente i entendido, que con una actividad verdaderamente maravillosa, reunió todas las fuerzas deseminadas al otro lado del Maule, i organizó una tenaz i vigorosa resistencia. Impuesto de este estado de cosas, el director supremo dispuso que el coronel Las Heras marchase al sur con una division regular para restablecer el gobierno revolucionario en aquellas provincias (19 de febrero).

A estas medidas militares se siguieron otras de simple reparacion. O'Higgins mandó a la isla de Juan Fernández un buque mercante, tripulado por soldados chilenos, para volver al seno de sus familias a los patriotas confinados en aquel presidio. El gobierno desterró al otro lado de los Andes a los realistas que habiéndose comprometido en las persecuciones de la época de la reconquista, cayeron prisioneros. Uno de los desterrados fué el obispo de Santiago don José Santiago Rodríguez Zorrilla, que aunque chileno de nacimiento, se habia mostrado enemigo inflexible de la revolucion i de la independencia. El presidente Marcó del Pont, capturado cerca de la costa, cuando buscaba una

nave en que fugar al Perú, fué tambien del número de los confinados.

7. CAMPAÑA DE 1817.—Al principio no dió el gobierno grande importancia a la resistencia que Ordóñez habia preparado en el sur; pero luego se vió que allí surjia un gran peligro para la causa de la revolucion. Las Heras habia avanzado rápidamente hasta las orillas del Maule; pero una vez al otro lado de este rio, se vió obligado a caminar con precaucion. Su marcha por esto mismo fué sumamente lenta. Al amanecer del 5 de abril (1817), se hallaba en la hacienda de Curapalihue, en las inmediaciones de Concepcion, cuando fué atacado de improviso por las tropas de Ordóñez. Despues de algunas horas de combate, los realistas fueron dispersados i puestos en completa fuga. Ordóñez abandonó a Concepcion i se replegó apresuradamente al puerto de Talcahuano, que habia fortificado con anticipacion, para defenderse allí miéntras recibia ausilios del virrei del Perú.

Gobernaba entónces en el Perú el virrei don Joaquin de la Pezuela. Al ver llegar al Callao a los españoles fujitivos de Chile, los reunió apresuradamente i los hizo embarcarse con rumbo a Talcahuano en número de 750 hombres para socorrer a Ordóñez. Estas fuerzas desembarcaron en ese puerto el 1º de mayo; i con ellas preparó Ordóñez un nuevo i mas formidable ataque contra el campamento de Las Heras, situado en el cerrito del Gavilan (hoi cerro Amarillo), al noroeste de Concepcion. El jefe patriota esperaba tambien refuerzos. El director O'Higgins habia salido de Santiago con algunas tropas i marchaba aceleradamente a Concepcion a tomar el mando del ejército de operaciones. Previendo este movimiento, Ordóñez adelantó el golpe de mano que se preparaba.

El 5 de mayo los defensores de Talcahuano, en número de cerca de 2,000 hombres, mandados personalmente por Ordóñez, cayeron denodadamente sobre la division patriota acampada en el Gavilan. Felizmente, los soldados de Las Heras, enorgullecidos por sus recientes triunfos i diriji-

dos hábilmente, pusieron de nuevo en derrota a los realistas obligándolos a refujiarse detras de sus fortificaciones. El director O'Higgins, que llegó pocas horas mas tarde a recibirse del mando del ejército, encontró a los soldados patriotas celebrando la victoria que acababan de alcanzar.

El resto de aquel año se pasó en constantes combates. Talcahuano está situado en una pequeña península unida al continente por una estrecha faja de tierra. En esta angostura, Ordóñez habia cortado una zanja profunda detras de la cual construyó espesas palizadas, defendidas por setenta cañones. Esta línea de defensa podia considerarse formidable atendida la falta de elementos de ataque en el ejército revolucionario. Agréguese a esto que Ordóñez era verdaderamente dueño del mar; i que, si bien no contaba con fuerzas navales, le bastaron unas cuantas lanchas para mandar hacer escursiones en la costa vecina, proporcionarse víveres e inquietar por todos medios a los independientes. Ordóñez utilizó estos recursos con tanta actividad e intelijencia, que sostuvo la guerra durante todo el resto del año. Por medio de ajentes que despachaba por mar, inquietó a los indios araucanos i armó montoneras, que comenzaron a hacer sus escursiones en los campos que se estienden entre Chillan i los Anjeles. La plaza fuerte de Arauco, situada al sur del Bio-Bio i reconquistada por los patriotas, fué recuperada por los realistas i vuelta a conquistar por los patriótas, dando lugar a combates encarnizados, en que afianzó su reputacion militar uno de los mas valientes capitanes del ejército de Chile, don Ramon Freire (junio i julio de 1817).

Estas operaciones i otras semejantes ocuparon a los dos ejércitos durante casi todo el año. Al fin, O'Higgins, despues de haber limpiado de enemigos toda aquella parte del territorio i de haber recibido de Santiago considerables continjente de tropas i de armas, preparó el asalto de las fortificaciones españolas. Poco tiempo ántes habia llegado al campamento un militar frances llamado Miguel Brayer, jeneral distinguido del ejército de Napoleon, proscrito en

su patria despues de la batalla de Waterloo, que habia venido a Chile a ofrecer su espada a la causa de la revolucion. O'Higgins, cediendo al prestijio militar del jeneral Brayer, aceptó su plan de ataque a las fortificaciones, i lo dispuso todo para dar el asalto en la madrugada del 6 de diciembre. Los insurjentes hicieron ese dia prodijios de valor. Empeñaron el ataque con un arrojo i una disciplina verdaderamente admirables; pero un conjunto de pequeñas circunstancias imprevistas que demostraron que el plan de Brayer no era bien pensado, fué causa de que se malograran aquelos esfuerzos. Los patriotas fueron rechazados dejando el campo cubierto de muertos i de heridos; pero volvieron a su campamento para mantener sitiado al ejército español (6 de diciembre de 1817).

8. Nueva espedicion del jeneral Osorio.—Aquel descalabro era fácilmente reparable; i el director O'Higgins se preparaba para dar otro asalto cuando una nueva espedicion enemiga vino a variar el rumbo de la guerra.

En efecto, el virrei del Perú preparaba otro ejército contra Chile; i con este objeto, habia reunido mas de 3,000 hombres de tropas en su mayor parte recien llegados de España, i las habia puesto bajo el mando del jeneral don Mariano Osorio, el mismo que en 1814 habia consumado la reconquista de Chile. El virrei Pezuela habia fijado un plan de campaña hábilmente concebido. El ejército de Osorio debia, segun ese plan, desembarcar de improviso en Talcahuano, reunirse con las fuerzas de Ordóñez i destruir inmediatamente la division patriota que mandaba O'Higgins. En seguida, aprovechándose de la movilidad que le permitian sus naves, Osorio debia embarcar sus tropas i traerlas al puerto de San Antonio para caer sobre Santiago si era posible ántes que en esta ciudad se tuviese noticia de la inevitable derrota de O'Higgins. Las fuerzas de Osorio, mui superiores en número a la division patriota que sitiaba a Talcahuano i a las tropas acantonadas en Santiago bajo el mando de San Martin, habria consumado se-

guramente la reconquista de Chile batiéndolas aisladamente.

Felizmente, San Martin supo por los tripulantes de un buque español, apresado por un corsario chileno, los aprestos del virrei, i que éste destinaba su espedicion sobre el puerto de San Antonio. Mas tarde, recibió noticias mas completas todavía. Bajo el pretesto de entablar negociaciones con los gobernantes del Perú sobre el canje de prisioneros, i aprovechándose de la oficiosidad del comodoro ingles Bowles, que mandaba la estacion británica del Pacífico, San Martin habia enviado a Lima un parlamentario, que se entendió con algunos empleados de la secretaría del virrei. Estos suministraron al ajente de San Martin una copia de las instrucciones que se debian entregar a Osorio i un estado de su fuerza i armamento.

Al saber la primera noticia de estos aprestos, el jeneral San Martin puso en juego todo su talento i toda su actividad para desbaratar los planes del enemigo. Sacó de Santiago todas las fuerzas de que podia disponer, i fué a colocarse con ellas en la hacienda de las Tablas, entre los puertos de Valparaiso i de San Antonio para acudir al punto que pudiera ser amenazado por la invasion española. Al mismo tiempo, encargó que O'Higgins se retirara de Concepcion con todas las tropas de su mando para librarlas de un ataque de los invasores.

O'Higgins levantó su campamento en los primeros dias de enero (1818), i emprendió su retirada hácia el norte arrastrando consigo a casi todos los pobladores de las provincias meridionales, como tambien los ganados i víveres, para privar de recursos a los realistas. Las tropas espedicionarias, miéntras tanto, desembarcaron en Talcahuano con toda felicidad; pero Osorio viendo desbaratado su plan de campaña con la retirada de O'Higgins, no pensó mas que en internarse en el pais para seguir en persecucion de éste. Las guerrillas de avanzada de los realistas recorrieron los campos de las actuales provincias de Concepcion, Ñuble i Maule, pero en todas partes hallaron sólo las hue-

llas del ejército patriota que continuaba su retirada con todo órden, o fueron batidas por la retaguardia de éste, cada vez que intentaron atacarla. El 20 de enero todo el ejército de O'Higgins se hallaba acampado al norte del rio Maule.

9. Declaracion de la independencia de Chile.—En momentos tan solemnes para la revolucion chilena se verificó la declaracion de la independencia.

Todos los actos del gobierno revolucionario manifestaban desde tiempo atras que Chile queria ser considerado como estado soberano e independiente. El disimulo de los primeros tiempos habia desaparecido despues de la victoria de Chacabuco. Ya no se hablaba del rei de España en términos de aparente sumision, sino que por el contrario en la prensa i en los documentos se le daba el apodo de déspota detestable. Durante la campaña del sur, los delegados de O'Higgins en el mando supremo, acuñaron monedas con las armas del *Estado de Chile*, representadas por una columna, emblema de la fuerza. O'Higgins habia suprimido por un simple decreto los títulos de nobleza i las armas de familia, como contrarios al espíritu democrático del nuevo órden de cosas; i en lugar de ellas habia creado la órden de la lejion de mérito, con cuyas condecoraciones fueron premiados los buenos servidores de la revolucion. La prensa manifestaba cada dia que la separacion entre Chile i la metrópoli era un hecho consumado.

Faltaba sólo la declaracion solemne de este hecho. Parecia natural que para este efecto se hubiese convocado un congreso, que representando la voluntad nacional hiciese aquella declaracion. Así se habia hecho en todos los otros pueblos americanos, siguiendo en esto el ejemplo de Estados Unidos. O'Higgins, sin embargo, procedió de distinto modo. Creyendo que la reunion de un congreso podia producir en Chile las mismas divisiones que se habian hecho sentir en este pais en 1811, i en todos los demas pueblos del mismo oríjen en iguales circunstancias, imajinó otro arbitrio para consultar la opinion nacional. Mandó que en

todos los cuarteles o barrios de cada ciudad, ó aldea abriese cada inspector dos rejistros en uno de los cuales podrian firmar los que estuviesen por la pronta declaracion de la independencia, i en el otro los de opinion contraria. Sólo despues de quince dias debian darse por cerrados los rejistros.

El resultado de esta operacion correspondió a los deseos del director supremo. Miéntras que se cubrian de nombres los rejistros en que debian firmar los parciales de la independencia, nadie se atrevió a poner su firma en los otros. Terminada esta operacion, el director supremo mandó estender el acta de la declaracion de la independencia; pero los afanes de la guerra, i las correcciones que O'Higgins introdujo en la redaccion de aquel documento, remitiéndolo al efecto a Santiago para que fuera rehecho, retardaron por algunos dias su promulgacion. A principios de febrero, estando O'Higgins acampado en Talca, firmó el solemne documento por el cual hacia "saber a la gran confederacion del jénero humano que el territorio continental de Chile i sus islas adyacentes forman de hecho i por derecho un estado libre, independiente i soberano, i quedan para siempre separados de la monarquía de España". Este documento, aunque firmado en Talca, como ya hemos dicho, fué datado en Concepcion, i con fecha de 1º de enero, como estaba convenido.

El 12 de febrero (1818), primer aniversario de la victoria de Chacabuco, se efectuó en todo el territorio ocupado por los patriotas, la jura de la independencia, en medio del entusiasmo loco de los pueblos. Nadie creia entónces que las operaciones militares que en esa misma época comenzaban a desarrollarse, fuesen un peligro para Chile.

10. CAMPAÑA DE 1818; BATALLA DE MAIPO.—En esos momentos, el ejército español se reconcentraba en la orilla sur del Maule. Al ver que O'Higgins abandonaba sin combatir las provincias meridionales, el presuntuoso Osorio creyó que los republicanos no se hallaban en estado de oponerle resistencia alguna. San Martin, por su parte, te-

mia aun que Osorio volviese a Talcahuano, se embarcase allí i viniese a San Antonio con intencion de caer sobre la capital. Con el objeto de inducirlo a pasar el Maule, O'Higgins se retiró hácia Curicó, dejando sólo algunas partidas volantes para vijilar los movimientos del enemigo. Osorio se dejó engañar por este movimiento: pasó el Maule i creyendo que nadie se atreveria a ponerle resistencia, avanzó hasta las orillas del rio Lontué, dieciocho leguas al norte de Talca.

La division patriota acampada hasta entónces en las Tablas, se habia puesto en marcha para el sur, i se reunió al ejército de O'Higgins en las inmediaciones de San Fernando, el dia 14 de marzo. San Martin abrió entónces la campaña con toda resolucion. Su pensamiento era cortar a Osorio la retirada i obligarlo a aceptar la batalla ántes de repasar el Maule. El ejército patriota, en efecto, despues de algunas escaramuzas i ataques de vanguardia, atravesó el rio Lontué, i siguió su marcha al sur. Osorio, conociendo sólo entónces el lazo en que se le habia hecho caer, emprendió una retirada rápida, deseando evitar una batalla que debia serle fatal, puesto que miéntras sus fuerzas alcanzaban sólo a 5,000 hombres, las de los republicanos contaban cerca de 7,000. Los dos ejércitos siguieron durante dos dias una marcha paralela. En la tarde del 19 de marzo, los realistas se hallaban en las inmediaciones de Talca, en los momentos en que San Martin se acercaba a ellos para presentarles la batalla. Osorio, sin embargo, logró salvar sus tropas de este peligro, encerrándose apresuradamente en la ciudad.

La victoria de los independientes parecia inevitable. Su superioridad numérica, la habilidad del jeneral en jefe i la union que reinaba en todo el ejército, hacian augurar un triunfo seguro. En el campamento enemigo, por el contrario, no existia una confianza igual. Osorio, desprovisto de verdaderas dotes de jeneral, i poco inclinado a empresas que exijian grande audacia, no gozaba de prestijio entre sus soldados, la mayor parte de los cuales lamentaba que

el virrei del Perú no hubiese confiado a Ordóñez el mando de la espedicion. Habia, pues, en el campamento realista una profunda division; pero el peligro comun obligó a los jefes a ponerse de acuerdo para salir de algun modo de aquella embarazosa situacion. Ordóñez, resuelto e impetuoso como siempre, propuso caer de sorpresa durante la noche sobre el ejército patriota, que permanecia acampado al este de Talca. Este plan fué aceptado por los otros jefes; i el mismo Ordóñez recibió el encargo de ejecutarlo.

El ejército patriota permanecia acampado al oriente de Talca en la llanura de Cancha Rayada. Recelando San Martin que pudiese ser sorprendido durante la noche, ordenó un cambio de posiciones para burlar los planes del enemigo; i en efecto, la primera division fué a colocarse al norte de la ciudad. La segunda division habia comenzado a ejecutar este mismo movimiento, i no quedaba en fila mas que uno de sus batallones, cuando de improviso cae sobre ésta el ejército realista que salia de la plaza a cargo del intrépido Ordónez. El jeneral O'Higgins, jefe de aquella division, se empeña en rechazar el ataque, pero ese cuerpo es arrollado por fuerzas seis veces superiores, i en el campo crecen el desórden i la confusion en medio de la completa oscuridad. Las mulas que debian mover la artillería de la segunda division, se dispersaron en todas direcciones rompiendo las filas de los soldados chilenos. El caballo que montaba O'Higgins cayó muerto de un balazo; i el mismo jeneral recibió otro balazo en el brazo derecho. A la turbacion siguió el desaliento i la dispersion de los patriotas. Los esfuerzos de San Martin para organizar su ejército i rechazar el ataque fueron impotentes; i él mismo se vió obligado a disponer la retirada en medio de la mas espantosa confusion (19 de marzo de 1818).

Sólo la primera division patriota, acampada, como hemos dicho, al norte de Talca, quedó intacta. No habia sido atacada, pero tampoco podido darse cuenta de lo que pasaba en el campo, ni entrar en combate sin poder distinguir a los amigos de los enemigos. A la media

noche, i cuando habia cesado todo combate, el coronel Las Heras, que la mandaba, dispuso la retirada en el mejor órden, i siguió su marcha hácia el norte con toda felicidad. En la retirada se le fueron reuniendo algunos cuerpos o partidas de las otras divisiones, de manera que al llegar a San Fernando ya contaba mas de 3,000 hombres, núcleo respetable para la reorganizacion del ejército. En este pueblo tambien los jenerales San Martin i O'Higgins detenian a los dispersos i los hacian marchar ordenadamente a Santiago.

En la mañana del dia 21 de marzo comenzaron a llegar a la capital las primeras noticias del descalabro de Cancha Rayada. Como es fácil comprender, en el momento se apoderó de los gobernantes i de los ciudadanos un terror pánico: se decia que O'Higgins i San Martin habian muerto en la sorpresa, que la dispersion de los independientes era completa, i que los realistas vencedores marchaban rápidamente hácia Santiago. Se pensaba sólo en huir a Mendoza como en 1814, despues del desastre de Rancagua, llevando consigo los caudales del Estado i las armas que pudieran recojerse, El coronel don Luis de la Cruz, que mandaba en la capital por ausencia de O'Higgins, aunque se empeñaba en dictar las providencias del caso, no podia dominar el pánico de la ciudad, cuando algunos patriotas exaltados, a cuya cabeza aparecia don Manuel Rodríguez, el famoso guerrillero de 1816, se presentaron en todas partes a tranquilizar al pueblo aterrorizado, recordándole el deber de defender la capital a todo trance. Aquel estado de turbacion duró cerca de dos dias. El 23 de marzo, el pueblo reunido en cabildo abierto, i algo tranquilizado con las noticias mas favorables que anunciaban la reorganizacion del ejército independiente, acordó que don Manuel Rodríguez fuese asociado al coronel Cruz en el gobierno del estado. El pueblo comenzaba a recobrar la confianza perdida; pero los aprestos de reorganizacion militar no podian hacerse con el órden i la regularidad que exijian las circunstancias.

El siguiente dia, 24 de marzo, entró O'Higgins a la capital, i reasumió el mando supremo. El gobierno cobró entónces su antiguo vigor. Dictáronse las órdenes mas activas i terminantes para reunir las milicias, contener los dispersos i reorganizar el ejército. La presencia del jeneral San Martin, que llegó poco despues, i la noticia de que Las Heras se retiraba con una division respetable, infundieron valor a los mas aterrorizados. En las llanuras de Maipo, al sur de la ciudad, se formó el campamento; i allí se reunieron en breve cerca de 5,000 soldados.

La sorpresa de Cancha Rayada, aunque habia ocasionado la dispersion del ejército patriota, fué tambien costosa para los realistas: perdieron cerca de 300 hombres, i entre ellos un jefe i algunos oficiales. Cansados con las marchas i contramarchas de los dias anteriores, inciertos sobre la verdadera situacion de los patriotas, divididos entre sí por los celos i rivalidades de los dos jefes, los españoles no se atrevieron a emprender la marcha inmediatamente; i cuando se determinaron a hacerlo, se vieron obligados a caminar con lentitud, i tomando mil precauciones. Sólo en los últimos dias de marzo, pasó el Cachapoal la vanguardia de Osorio, despues de haber sufrido algunos ataques de las guerrillas patriotas. El ejército realista siguió su marcha con la misma cautela. El 4 de abril acampó en la parte occidental de las llanuras de Maipo, a tres leguas de distancia de la capital. Osorio llegó a creer posible apoderarse de ella por un corto rodeo, i dejando burlado al ejército patriota que acababa de reorganizarse. Los independientes habian tenido, pues, dieciseis dias para reponerse del desastre, i los habian aprovechado con tanta actividad como intelijencia.

Los dos ejércitos pasaron la noche sobre las armas separados por una corta distancia. Al amanecer del siguiente dia (5 de abril de 1818) San Martin movió sus tropas para colocarlas enfrente de las de Osorio. Ambos ejércitos ocuparon las alturas de unas lomas, i se hallaron separados solo por una angosta hondanada que se estiende entre aque-

llas alturas. Los independientes emprendieron el ataque marchando resueltamente sobre las posiciones enemigas. Por un instante, la batalla pareció indecisa; pero los realistas, reforzando apresuradamente su ala derecha, opusieron una resistencia tan vigorosa al ala izquierda de los patriotas, que ésta comenzó a vacilar, i al fin, tuvo que retroceder en gran desórden. En aquel momento, los españoles pudieron creese vencedores; pero la artillería patriota mandada por el teniente coronel don José Manuel Borgoño, i colocada ventajosamente en las alturas de la izquierda, rompió un nutrido fuego de cañon, e impidió la marcha de los enemigos. La reserva de los independientes entró entónces en combate. Los dispersos se rehicieron tambien, i cargaron con nuevo ímpetu sobre las columnas vencedoras de los españoles. La lucha se renovó con nuevo ardor. San Martin dirijia personalmente todas las operaciones, dando al ataque de sus tropas un empuje irresistible. En esos momentos se divisó en el campo un crecido cuerpo de tropa que avanzaba por el camino de Santiago al parecer a reforzar a los patriotas. Eran las milicias reunidas en la capital que, mandadas en persona por el director O' Higgins, acudian al sitio del combate.

Los españoles comenzaron a ceder, i se pronunciaron en breve en completa retirada. Osorio, creyéndolo todo perdido, i hallándose ademas separado de sus tropas, fugó del campo de batalla a las tres de la tarde, buscando sólo su salvacion personal. El denodado Ordóñez organizó todavía una heroica aunque inútil resistencia en las casas de la hacienda de Espejo; pero, acosado por todas partes i reconociendo su impotencia para resistir mas largo tiempo, ántes de anochecer se rindió con la mayor parte de los jefes, oficiales i tropa que lo rodeaban. Sólo algunos centenares de españoles dispersos lograron atravesar el rio Maipo para buscar su salvacion en las provincias del sur. Todo el parque i la mayor parte del armamento de los realistas, cayó en poder de los republicanos.

El director O' Higgins, debilitado por la herida que ha-

bia recibido en Cancha Rayada, i mas aun, por los fatigosos trabajos que habia exijido la reorganizacion del ejército, se hallaba enfermo en Santiago el dia de la batalla. Pero, olvidando sus sufrimientos, salió de la capital acompañado por algunos cuerpos de milicias, i llegó al sitio del combate a tiempo todavía para presenciar el triunfo decisivo i completo de las armas patriotas, i para tomar parte en el último ataque contra los realistas refujiados en las casas de lo Espejo.

La independencia de Chile quedó definitivamente afianzada desde aquel dia. La batalla de Maipo tuvo ademas una grande influencia en la suerte de la independencia hispano americana. El virrei del Perú, el poderoso representante del rei de España en la América del sur, el omnipotente organizador de ejércitos contra los revolucionarios de las provincias arjentinas i de Chile, tuvo que mantenerse desde entónces a la defensiva dentro de los límites de su virreinato, i que aceptar en el hecho la existencia de dos estados independientes que no podia destruir.

11. Los patriotas recuperan a Concepcion; captura de la "María Isabel."—La guerra, sin embargo, se prolongó en Chile algun tiempo mas, pero bajo condiciones mui favorables para los independientes. Los pocos fujitivos de Maipo, reforzados por las milicias de las provincias del sur, quedaron dominando en Concepcion, Chillan i los pueblos inmediatos. Habian sido tantos i tan costosos los sacrificios hechos por los patriotas ántes de la batalla, que despues de su gran triunfo no pudieron emprender una campaña séria contra los últimos restos de los vencidos. Despues de algunas escaramuzas de guerrillas que obligaban a los realistas a seguir replegándose hácia el sur, las partidas republicanas se reconocieron impotentes para recuperar a Chillan (julio de 1818).

Osorio, con todo, temia con fundamento que los patriotas dirijiesen todas sus tropas a las provincias del sur. El virrei del Perú, al saber que su ejército habia sido batido en Maipo, se habia apresurado a remitir a Talcahuano un

continjente de armas para mantener la guerra en aquella parte del territorio chileno; pero al mismo tiempo manifestaba a Osorio sus temores de que los independientes emprendieran una campaña naval en las costas del Perú, i le recomendaba, con este motivo, que se volviera a Lima con las tropas de su mando, dejando sólo en Chile algunas guerrillas que sostuviesen en el sur la campaña de montoneros. Osorio, que conocia perfectamente los peligros de su situacion, despues de consultar la opinion de los jefes de su ejército, apartó de él 750 hombres que formaban los únicos restos de las tropas regulares que habia traido del Perú, i con ellos se embarcó en Talcahuano (8 de setiembre de 1818). Otro cuerpo de ejército, compuesto de 1,500 hombres de los batallones chilenos i de las milicias de la frontera, quedó en las provincias del sur bajo el mando del coronel español don Juan Francisco Sánchez, el porfiado defensor de Chillan en 1813.

En esa época estaba próximo a llegar a Chile un continjente de tropas españolas. Al saberse en Madrid la recuperacion de este pais por los vencedores de Chacabuco, i la resistencia que Ordóñez oponia a los patriotas en Talcahuano, Fernando VII reunió con grandes dificultades un cuerpo de 2,080 hombres que salió de Cádiz el 21 de mayo de 1818 en nueve trasportes convoyados por la magnífica fragata de guerra "*María Isabel*". Los ajentes de Chile en Buenos Aires recibieron por un buque ingles oportuno aviso de la salida de esta espedicion; i poco despues tuvieron noticia completa de sus fuerzas i de sus planes. La tropa que montaba uno de los trasportes españoles, se sublevó en alta mar i entregó el buque a las autoridades de Buenos Aires con todos sus papeles. El rei habia cometido el grave error de embarcar en esta espedicion a los oficiales i soldados que se manifestaban en España descontentos con su gobierno.

Cuando se supo en Chile la salida de la espedicion de Cádiz, el director O'Higgins dió nuevo impulso a los aprestos navales en que estaba empeñado desde tiempo atras. Despues de la batalla de Chacabuco habia enviado ajentes a

Inglaterra i a Estados Unidos, a comprar buques i contratar oficiales entre los marinos que habian quedado sin ocupacion despues del desarme de las escuadras de aquellos paises en 1815. Esos ajentes habian enviado a Chile algunas naves que fueron compradas por el gobierno independiente, como base de la futura escuadra nacional. A fines de setiembre (1818), O'Higgins tenia regularmente equipados cinco buques, un navío, una fragata, una corbeta i dos bergantines, cuyo mando confió al coronel de artillería don Manuel Blanco Encalada, que en su juventud habia servido en la escuadra española. La oficialidad i las tripulaciones de esos buques eran compuestas de chilenos que casi no poseian ninguna disciplina naval, i de aventureros ingleses o americanos que no comprendian el castellano. O'Higgins, sin embargo, tuvo fe en aquella escuadrilla, fruto de tantos afanes i trabajos, i no vaciló en despacharla contra el enemigo (10 de octubre de 1818). Al acercarse a Talcahuano, el comandante Blanco supo que algunos de los trasportes españoles habian desembarcado su jente en ese puerto i habian vuelto a hacerse a la vela para el Perú; pero se le informó tambien que la fragata "*María Isabel*" quedaba fondeada bajo el fuego de las fortalezas de la costa. A pesar de esto, dos buques chilenos entraron al puerto i rompieron el fuego sobre la fragata enemiga. Los españoles que la tripulaban, considerándose perdidos, levaron el ancla i vararon la fragata en la playa de Talcahuano. Los marinos chilenos tomaron entónces posesion de la "*María Isabel*", a pesar del fuego que contra ellos se hacia desde tierra (28 de octubre de 1818). El siguiente dia, protejidos por un viento favorable, las dos naves chilenas arrancaron la fragata de su varadero i la sacaron del puerto con toda felicidad. La escuadrilla chilena fué entónces a colocarse en los alrededores de la isla de Santa María, i allí apresó cinco trasportes españoles que conducian cerca de 700 soldados. Las fuerzas espedicionarias en que Fernando VII hábia fundado tan lisonjeras esperanzas a su salida de Cádiz, despues de haber sufrido grandes pérdidas por las enfermedades que las asal-

taron en una navegacion de seis meses, cayeron en su mayor parte en poder de los marinos chilenos. Sólo lograron desembarcar en Talcahuano cerca de 600 hombres, que fueron a reforzar el ejército que mandaba Sánchez.

Fácil es inferir cuán grande seria el regocijo de los patriotas al ver llegar a Valparaiso la escuadrilla vencedora trayendo consigo una hermosa fragata española de 50 cañones, i cinco buenos trasportes. O'Higgins, sin embargo, no se dejó dormir sobre los laureles cegados por sus naves. En esos momentos preparaba una espedicion formal contra los realistas que dominaban aun en las provincias del sur, i la puso bajo el mando del brigadier arjentino don Antonio González Balcarce. El coronel don Ramon Freire, a la cabeza de la vanguardia de la division patriota, ocupó a Concepcion sin dificultad. El coronel Sánchez, creyéndose impotente para resistir a los independientes, habia abandonado esa ciudad con todas sus tropas, arrastrando consigo numerosas familias, muchos clérigos i frailes i hasta las monjas de Concepcion, i se habia establecido en los Anjeles, punto central del territorio, desde donde quedaba en inmediata comunicacion con los indios araucanos, cuya alianza iba a solicitar.

El brigadier Balcarce hizo contra los realistas una campaña que duró sólo los últimos quince dias del mes de enero (1819). Las tropas de Sánchez opusieron alguna resistencia a los patriotas; pero en todas partes fueron batidas i obligadas a replegarse al territorio araucano. Sánchez, al fin, abrumado por tanto desastre, i notando la desercion diaria de sus soldados, emprendió con las tropas regulares de su ejército una penosa retirada hácia Valdivia al traves del territorio araucano. Desde Valdivia, Sánchez se embarcó para el Perú, centro todavía de la resistencia española en esta parte de la América.

12. PRIMERAS CAMPAÑAS DE BENAVÍDES [2].—La guerra

[2] Aunque la independencia de Chile quedó consumada en 1818, he creido conveniente estender algo mas este capítulo para dar

pareció terminada en todo el territorio chileno hasta las orillas del Bio-Bio. El coronel Freire, nombrado intendente de Concepcion, restableció la tranquilidad en la frontera, nombrando autoridades patriotas para el gobierno de los diversos pueblos. Varios emisarios despachados por él al territorio araucano, reunieron algunos dispersos del ejército de Sánchez i entraron en conferencias con los indios para restablecer la paz en aquellas rejiones.

Entre esos oscuros emisarios figuraba un oficial chileno de nacimiento, pero que habia servido siempre en el ejército realista. Llamábase Vicente Benavídes, nombre repetido todavía con terror por las poblaciones del sur de la República. Benavídes comenzó su carrera de simple soldado, i sirviendo a las órdenes del jeneral español Gainza, cayó prisionero de los patriotas en la batalla del Membrillar (21 de marzo de 1814). Pocos dias despues, se fugó del campamento de O'Higgins aprovechándose de la turbacion producida por el incendio de un repuesto de pólvora, i fué de nuevo a ofrecer sus servicios a los españoles. Benavídes se distinguió en Rancagua i despues en la defensa de Talcahuano bajo las órdenes de Ordóñez, alcanzando por sus servicios el grado de capitan. Este rango tenia cuando cayó prisionero en la batalla de Maipo. Cuatro dias despues fué condenado a muerte por su fuga de 1814, i ejecutado durante la noche a estramuros de Santiago. Por una casualidad casi incomprensible, las balas de los soldados encargados de fusilarlo, le rozaron lijeramente la epidérmis; pero el astuto Benavídes se finjió muerto, i en efecto, fué dejado como tal en el lugar de la ejecucion. Por una serie de accidentes que tienen algo de novelesco, consiguió asilarse en casa de sus parientes. Benavídes permaneció oculto siete meses. En noviembre de 1818, se presentó una no-

---

noticia de algunos sucesos importantes i particularmente de la ocupacion de Valdivia i Chiloé por las armas patriotas, acontecimientos que completaron nuestra revolucion, constituyendo el territorio de la república chilena.

che al jeneral San Martin, le descubrió la manera como se habia escapado de la muerte i le pidió perdon por sus pasadas faltas ofreciéndose a servir lealmente en el ejército de la patria. San Martin lo perdonó, i le encargó que acompañase al coronel Freire en su espedicion al sur para que, haciendo valer sus relaciones en el campamento realista, provocase la desercion de los soldados de Sánchez.

Talvez Benavídes queria cumplir lealmente la palabra empeñada; pero así que se vió en territorio araucano, recordó sus antiguos agravios, o se desarrollaron en su alma los instintos salvajes i feroces que iban a precipitarlo en una carrera de crímenes i de horror en que se daba el título de defensor de los derechos del rei. Se presentó al coronel Sánchez, que entónces se retiraba hácia Valdivia, i le pidió que le dejase algunos soldados para mantener la guerra en la frontera. Sobre la base de 70 soldados regulares que le dejó Sánchez, Benavídes reunió una pequeña division de dispersos i de indios araucanos, i dió principio a las hostilidades degollando desapiadadamente a algunos soldados chilenos que habia tomado como prisioneros, i haciendo sablear a un oficial que Freire le habia mandado como parlamentario. En esa empresa tuvo por principales ausiliares los instintos de muerte i de rapiña de numerosos malhechores, i el fanatismo relijioso de aquellas poblaciones, exitado por los frailes i los curas que enseñaban que era obra propicia a Dios el hacer una guerra implacable a los insurjentes.

La guerra renació de nuevo en la frontera. Benavídes organizó guerrillas que hostilizaban a los patriotas siempre que podian hacerlo con ventaja; pero era bastante astuto para esquivar todo combate con tropas superiores a las suyas. Freire, sin embargo, lo sorprendió en Curalí (1.° de mayo de 1819); i despues de un corto combate, puso en completa derrota i dispersion al grueso de las fuerzas de Benavídes. Desgraciadamente, éste logró escaparse con algunos de los suyos, i fué de nuevo a organizar otro ejército al interior de la Araucanía. Aquel año, con todo, no

tomaron mayor cuerpo las hostilidades. Solamente algunas guerrillas de bandoleros, que obedecian a la voz de Benavídes, cometieron diversas depredaciones en los pueblos fronterizos del lado de la cordillera.

13. LORD COCHRANE; TOMA DE VALDIVIA.—En esa época, el gobierno estaba preocupado con el gran pensamiento de llevar la independencia al Perú. O'Higgins comprendia que miéntras los españoles dominasen en este pais, la independencia de Chile no estaba definitivamente asegurada, i queria hacer cesar ese peligro destruyendo para siempre la dominacion colonial en esta rejion de la América. Por otra parte, la industria chilena necesitaba premiosamente de un mercado en que vender sus productos; i se sabia que, miéntras los españoles dominasen en el Perú, los puertos de este pais debian estar cerrados al comercio de Chile. Por este doble motivo, O'Higgins no habia cesado de trabajar en el incremento de la escuadra, arbitrando recursos casi de la nada.

A principios de 1819, la escuadrilla chilena vencedora en Talcahuano, se habia engrosado considerablemente con las presas quitadas al enemigo i con otros buques traidos del estranjero. Entónces tambien llegaban a Chile algunos marinos atraidos de Inglaterra por los ajentes de O'Higgins. El mas notable de todos éstos fué lord Tomas Cochrane, ilustre marino ingles que se habia labrado una reputacion europea por sus talentos i por su arrojo durante las guerras que se siguieron en el viejo mundo a la revolucion francesa. Cochrane se hallaba en Inglaterra en desgracia cerca del gobierno, privado de mando, i ademas, pobre i arruinado. Su espíritu osado i aventurero lo traia a Chile a ofrecer sus servicios a una causa mal conocida en Europa, pero noble i simpática. O'Higgins, que habia solicitado esos servicios, le dió el mando de la escuadra con el título de vice-almirante.

Lord Cochrane correspondió dignamente a la confianza que en él depositaba el director supremo. Tan laborioso en la época de aprestos, como audaz en frente del enemigo;

trabajó empeñosamente en el equipo de la escuadra i en la instruccion de las tripulaciones; i el 14 de enero de 1819, zarpó de Valparaiso con siete naves para ir a hostilizar al virrei del Perú en sus propios atrincheramientos. Las naves españolas fueron a encerrarse en la bahía del Callao, bajo los fuegos de sus formidables fortificaciones. Allí las atacó Cochrane valerosamente, i si no consiguió capturarlas, lo que era casi imposible, logró a lo ménos introducir el terror en el mismo campo del virrei. Estacionado en seguida en la boca de aquel puerto, el célebre marino se empeñó obstinadamente en provocar a combate a las naves españolas; pero convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, se retiró del Callao, apresó algunas naves mercantes, desembarcó en varios puntos de la costa para proveerse de víveres; i volvió a Valparaiso (17 de junio), conduciendo sus presas i dispuesto a emprender una nueva campaña.

El director O'Higgins renovó sus esfuerzos para equipar nuevamente la escuadra, i para armar otros buques que habian llegado del estranjero. Entónces se hablaba mucho en Chile de cohetes a la congreve, de brulotes i de otros medios de destruccion empleados en Europa en las guerras navales; i el gobierno se empeñó tambien en fabricarlos, haciendo en estos aprestos grandes gastos, que despues resultaron inútiles. Por fin, el 12 de setiembre (1819) salió de nuevo Cochrane con una escuadra de nueve buques bien guarnecidos.

La segunda campaña de esta escuadra no dió resultados mas decisivos. Quiso empeñar un nuevo ataque contra las naves españolas, amparadas siempre por las fortalezas del Callao, pero le faltó el viento para consumar el golpe preparado, i ademas resultó que los elementos de destruccion en que se habia puesto tanta confianza, no produjeron el efecto esperado. Despues de inútiles ardides para atraer fuera del puerto las naves enemigas, i de haberlas provocado tambien inútilmente a un combate con fuerzas iguales, Cochrane ejecutó un atrevido desembarco en Pisco, recorrió de nuevo la costa del Perú hasta Guayaquil en busca

de las naves españolas, i a mediados de diciembre dió la vuelta a Valparaiso.

Pero el denodado marino no se podia resignar a presentarse en Chile despues de dos campañas en que no habia realizado ninguna proeza digna de su nombre. En su viaje se le ocurrió apoderarse de la plaza de Valdivia, que junto con el archipiélago de Chiloé, quedaba todavía en poder de los españoles. Valdivia era entónces una de las plazas mejor fortificadas del Pacífico. Situada a orillas de un rio navegable i a cinco leguas de la costa, estaba defendida por nueve castillos levantados en ámbas riberas, cuyos fuegos cruzados impedian el paso de los buques. Esos castillos estaban guarnecidos con 118 cañones i mas de mil soldados.

Cochrane se acercó a aquel puerto a mediados de enero i en una chalupa reconoció las fortificaciones de ámbas orillas del rio sin ser sentido por el enemigo. Allí mismo apresó un buque español que llevaba instrucciones del virrei del Perú para los defensores de la plaza. Convencido de que sólo por sorpresa podria apoderarse de Valdivia, i sabiendo que las tropas de su mando no bastaban para empeñar un ataque, Cochrane se dirijió a Talcahuano, en busca de refuerzos. Allí mandaba el coronel Freire, como intendente de Concepcion; i este bizarro jefe, aunque no tenia instrucciones para ello, puso a las órdenes de Cochrane un cuerpo de 250 hombres mandados por el mayor don Jorje Beauchef. El almirante se hizo a la vela para Valdivia con sólo tres naves en mui mal estado, resuelto a dar un golpe de mano.

En la tarde del 3 de febrero (1820). Cochrane se presentó enfrente de los fuertes de Valdivia. Antes de que los realistas hubieran podido organizar una resistencia formal, las tropas chilenas habian desembarcado i aprovechando las sombras de la noche, emprendieron la marcha por entre espesísimos bosques, i tomaron por asalto el primer fuerte español. Sin pérdida de tiempo, i en medio de la confusion del enemigo, se apoderaron ántes de la media noche de los otros cuatros fuertes de la orilla izquierda del rio. En la mañana siguiente, los españoles, creyéndose amenazados

por miles de patriotas, abandonaron los fuertes de la orilla opuesta. La audacia heroica de Cochrane i de sus compañeros habia alcanzado la mas espléndida victoria cuando todo parecia augurarles un desastre inevitable. El número de prisioneros realistas fué mucho mayor que el de los soldados chilenos que atacaron la plaza. El mayor Beauchef, a la cabeza de un cuerpo patriota, recorrió en seguida el interior de la provincia de Valdivia i desbarató por medio de ataques enérjicos i vigorosos, todos los planes de resistencia que quisieron oponer los realistas del interior. Cochrane, despues de haber intentado infructuosamente un desembarco en Chiloé, volvió a Valparaiso, cargado de gloria por el golpe audaz que acababa de dar a la dominacion española.

14. SALIDA DE LA ESPEDICION LIBERTADORA DEL PERÚ.— En esos momentos, O'Higgins terminaba los aprestos para llevar a cabo la proyectada espedicion libertadora del Perú. Conocidos el poder i los recursos de este virreinato, aquella empresa parecia una insensata temeridad. Para llevarla a cabo, el gobierno de Chile habia celebrado a principios de 1819 un tratado de alianza con el de Buenos Aires, para contribuir por mitad a los gastos i esfuerzos que ella imponia. La horrorosa anarquía que ese mismo año se desencadenó en las provincias arjentinas, les impidió cumplir ese compromiso. Chile no debió contar mas que con sus sólos recursos. El director O'Higgins, desplegando una heroica tenacidad, venciendo todos los obstáculos que le oponia la pobreza del pais, i dominando dificultades que parecian insuperables, impuso contribuciones estraordinarias, exijió empréstitos forzosos, organizó una poderosa escuadra de nueve buques de guerra i de dieciseis trasportes, i equipó un ejército bien armado de mas de cuatro mil hombres. El pueblo chileno soportó los mas tremendos sacrificios con un alto patriotismo.

La anarquía de las provincias arjentinas, puso en gran peligro la realizacion de esa empresa colosal. Un rejimiento de infantería del antiguo ejército organizado en Mendoza,

habia pasado los Andes para mantener el órden en la provincia de Cuyo; pero allí se sublevó contra sus jefes i se dispersó despues de un motin escandaloso. Este movimiento hizo presumir a San Martin que el espíritu de insurreccion habia cundido aun en los cuerpos arjentinos que se hallaban en Chile, así fué que, cuando el gobierno de Buenos Aires le dió órden de pasar con sus tropas a aquellas provincias, para combatir la anarquía, San Martin se negó a hacerlo; temeroso de ver desbaratado el proyecto de llevar la libertad al Perú.

En esas revueltas de las provincias arjentinas, aparecia como principal actor el jeneral don José Miguel Carrera, que conservaba en Chile importantes relaciones. El director O'Higgins temia a su vez que el espíritu de insurreccion prendiera en este pais; i este temor, unido a tantas otras causas de intranquilidad i de desconfianza, embarazaba la accion administrativa. O'Higgins, sin embargo, fué superior a las circunstancias en que gobernaba. Despues de algunos meses de un trabajo abrumador, la espedicion estuvo lista para partir. Llevaba una provision de víveres para seis meses i el armamento necesario para formar en el Perú un ejército de 15,000 hombres. El jeneral San Martin recibió el mando en jefe de la espedicion, i Lord Cochrane el de la escuadra. El 20 de agosto de 1820 la espedicion se hizo a la vela en el puerto de Valparaiso.

15. ULTIMAS CAMPAÑAS DE BENAVÍDES.—El feroz caudillo Benavídes quedaba todavía en pié en el sur de Chile. Rehecho de su derrota de 1819, habia mantenido en la frontera la campaña de guerrillas contra las fuerzas del intendente de Concepcion, i se preparaba a empresas mayores. Habia llegado a comunicarse con el virrei del Perú, i recibido de éste un ausilio de armas junto con el título de coronel de los ejércitos del rei.

Al saber la partida del ejército libertador del Perú, Benavídes habia dado un impulso mas vigoroso a sus trabajos. Convencido de que los patriotas no podrian oponerle una séria resistencia por falta de tropas i de recursos, llegó

a pensar que le seria posible reducir a todo Chile bajo el peso de sus armas vencedoras. Benavídes daba títulos i ascensos a sus subalternos a nombre del rei de España; i para pagarles sus sueldos les repartia unos billetes firmados por él, dándoles circulacion forzosa como papel moneda.

En setiembre de 1820 abrió Benavídes la campaña. Su segundo don Juan Manuel Pico, antiguo comerciante español, pasó el Bio-Bio con 1,500 hombres, i obtuvo en pocos dias dos señalados triunfos en Yumbel i en Pangal (20 i 23 de setiembre). En este último combate, el coronel don Cárlos María O'Carrol, oficial irlandes al servicio de Chile, fué apresado por los indios que seguian a Pico, i asesinado inhumanamente.

Estos desastres esparcieron el terror en todos los pueblos inmediatos. El mariscal don Andres del Alcázar, militar chileno de cerca de 80 años de edad, que mandaba las fuerzas que guarnecian la plaza de los Anjeles, se puso en marcha con sus tropas i con muchas familias para reunirse con la division de Freire. Desgraciadamente, al pasar el rio Laja por el sitio denominado Tarpellanca, fué atacado por todo el grueso de las fuerzas enemigas mandadas por el mismo Benavídes. Despues de un porfiado combate de todo un dia, Alcázar tuvo que rendirse mediante una capitulacion. Benavídes, despreciando lo pactado, sacrificó a Alcázar i a otro de los jefes haciéndolos lancear por sus indios, i en seguida hizo fusilar a todos los oficiales patriotas. Los soldados de aquella division fueron incorporados en el ejército de Benavídes (26 de setiembre).

La guerra del sur, que hasta entónces se habia mirado con desprecio, aparecia en esos momentos como un gran peligro para la República. El intendente de Concepcion don Ramon Freire abandonó esta ciudad i se replegó a Talcahuano para defenderse allí, i para conservar espeditas sus comunicaciones con el gobierno jeneral por la via marítima. Cuando el director supremo supo lo que ocurria en el sur, mandó que el jeneral don Joaquin Prieto marchase al otro lado del Maule, que reuniese las milicias de los pue-

blos vecinos, i que organizase una division capaz de contener a Benavídes, si como era de presumirse, intentaba marchar sobre Santiago. O'Higgins ademas envió por mar a Freire ausilios de armas, municiones i víveres.

Aquella situacion tan peligrosa para la República, duró dos meses enteros. El valiente Freire soportó el sitio de las hordas de Benavídes con todo denuedo; i cuando pudo tomar la ofensiva, salió de la plaza i cargó resueltamente sobre los sitiadores obligándolos a retirarse derrotados i casi dispersos a Concepcion (25 de noviembre). Una fuerte lluvia le impidió consumar por entónces su victoria; pero dos dias despues (27 de noviembre) avanzó sobre Concepcion i empeñó de nuevo el combate contra las tropas de Benavídes en los suburbios de la ciudad. En esta vez la victoria fué espléndida i completa. Benavídes fugó con unos pocos soldados para encerrrarse otra vez en sus guaridas de la Araucanía. Antes de abandonar aquella parte del territorio chileno de que se habian enseño eado, las partidas de Benavídes incendiaron nueve pueblos, i asolaron todos los campos.

Benavídes hizo todavía otra campaña el año siguiente. Por medio de dos buques mercantes neutrales que apresó de sorpresa en la costa de Arauco, se puso en comunicacion con el jeneral español don Antonio Quintanilla, que mandaba en el archipiélago de Chiloé, i obtuvo de él algunos ausilios de soldados, armas i municiones. En la primavera de 1821 tenia a sus órdenes cerca de 3,000 hombres, mal disciplinados, sin duda, pero bien armados i capaces de llevar a cabo una grande empresa. Benavídes pensaba talvez nada ménos que en llegar a Santiago sin cuidarse de las tropas que guarnecian a Concepcion, i que en el año anterior lo habian entretenido en las provincias del sur i lo habian derrotado al fin. Sus esperanzas quedaron frustradas. Al acercarse a Chillan, se encontró con la division que el coronel Prieto habia organizado en 1820 por encargo del director supremo, i tuvo que aceptar el combate en el sitio denominado Vegas de Saldías (9 de octubre de 1821).

Benavídes, cuyas tropas eran mandadas con mucho desconcierto, sufrió de nuevo, sin oponer una séria resistencia, una derrota completa i tuvo que volver al territorio araucano en el mayor desórden i con unos pocos soldados para buscar su salvacion. Las tropas patriotas lo persiguieron encarnizadamente hasta sus guaridas.

El obstinado caudillo se salvó tambien de esta tercera persecucion; pero tan constantes desastres acabaron con su prestijio militar. En su propio campamento jerminó fácilmente el espíritu de insurreccion. Algunos soldados españoles lo llamaban traidor, creyendo que sólo por traicion podia haberse dejado derrotar en las Vegas de Saldías. La rivalidad entre españoles i criollos, que se habia hecho sentir en todos los campamentos realistas durante la revolucion hispano-americana, surjió tambien entre las hordas de aquellos desalmados montoneros. Benavídes, viendo destruido su poder, no pensó mas que en abandonar el pais i en irse al Perú, seguro de que el virrei premiaria sus esfuerzos. Para llevar a cabo este proyecto, i no teniendo un solo buque de que disponer, se embarcó resueltamente en una chalupa tripulada por unos cuantos hombres de su confianza i se hizo a la mar. Sus mismos compañeros, en quienes habia depositado toda su confianza, no le fueron fieles; i habiendo desembarcado en la costa de Topocalma para renovar su provision de agua, lo entregaron a las autoridades chilenas de Colchagua, para merecer su propio perdon. Ese hombre tan grosero como malvado, que durante tres años habia mantenido la guerra de esterminio en la frontera araucana, fué condenado a muerte en castigo de sus grandes crímenes, i ahorcado en la plaza de Santiago el 23 de febrero de 1822.

Las correrías de los guerrilleros no se terminaron con esto sólo. Otros caudillos continuaron por algunos años las depredaciones de las provincias del sur, proclamándose siempre defensores de los derechos del rei de España; pero sus operaciones perdieron poco a poco el vigor i la impor-

tancia, i la paz fué restableciéndose despues de algunos años de constante persecucion de aquellos forajidos.

16. Administracion política del director O'Higgins. —En medio de los afanes de la guerra i de algunos amagos de revueltas interiores, O'Higgins seguia gobernando a Chile felizmente. Rodeado de exijencias de toda especie i contando con un pais excesivamente pobre, el director supremo no descuidó los progresos morales i materiales exijidos por la revolucion. Abrió la biblioteca i el instituto nacional, que los españoles habian cerrado durante la reconquista; dió franquicias i libertades al comercio; fomentó la agricultura por medio de leyes prudentes i de algunos trabajos públicos, i realizó grandes reformas para dar ornato i salubridad a las ciudades. Construyó paseos i mercados, fundó los primeros cementerios para desterrar la perniciosa costumbre de sepultar los cadáveres en las iglesias.

La administracion de O'Higgins hizo por el progreso de Chile casi cuanto se podia esperar; pero al lado de esos trabajos es preciso tambien recordar sus faltas. "Hombre honrado i afable en la vida privada, dice un distinguido historiador, bravo en la guerra hasta el punto de no economizar jamas su vida, O'Higgins estaba en la vida pública exento de todo egoismo mezquino i de toda ambicion personal e interesada. Era un verdadero patriota cuyo ídolo era la felicidad de su patria. Tenia poca capacidad para dirijir un gobierno civil regular porque sus luces eran reducidas, i porque desconfiaba de sí mismo". Este es el retrato de O'Higgins en los primeros tiempos de su carrera. Pero "observando los defectos de las personas que lo rodeaban, agrega el mismo historiador, aprendió poco a poco a deshacerse de su antigua desconfianza en sí mismo; i despues de la derrota de Rancagua, se consideraba como el único hombre que pudiese gobernar a Chile. Los años de desgracia lo habian enseñado a desafiar los obstáculos; i el hábito del poder en tiempos tan difíciles, le habian enseñado a no retroceder delante de los medios duros i violentos. Se habia reconciliado con las teorías revolucionarias, segun las cuales

vale mas recurrir a una crueldad que esponerse a los peligros que puede traer consigo una suavidad intempestiva"[4]. Así se esplican el cambio efectuado en el carácter de O'Higgins, i las faltas cometidas bajo su administracion.

El gobierno instalado en Chile despues de la batalla de Chacabuco no encontró nunca en el interior una oposicion formal. Los enemigos de O'Higgins, es decir, los partidarios de Carrera, habian quedado en el estranjero despues de la emigracion de 1814. Para evitar toda causa de ajitacion futura, San Martin i O'Higgins se obstinaron en no darles ocupacion alguna en el ejército organizado en Mendoza. Los hermanos Carrera, así como casi todos sus amigos i parciales, quedaron en Buenos Aires estraños a los trabajos emprendidos por aquellos dos jenerales para dar libertad a Chile.

Don José Miguel Carrera no quiso resignarse a esta forzada inaccion. Habiendo reunido algunos fondos con grandes trabajos, se embarcó para Estados Unidos en 1815: i allí fué a buscar naves, armas i aventureros que quisieran acompañarlo para emprender otra campaña contra los españoles que dominaban en Chile. Empleando una actividad prodijiosa, Carrera compró a crédito armas i naves, i contrató algunos oficiales estranjeros, en su mayor parte franceses proscriptos de su patria despues de la caida de Napoleon. Con esos recursos se dirijió al Rio de la Plata esperando completar sus aprestos en Buenos Aires i reunir en sus filas a los emigrados chilenos, para seguir su campaña en las aguas del Pacífico. Carrera llegó a Buenos Aires en febrero de 1817, en los momentos mismos en que San Martin ejecutaba su atrevida i gloriosa campaña sobre Chile. Los recursos que aquel traia de Estados Unidos habrian sido sin duda de grande utilidad para consumar la empresa de San Martin; pero el gobierno arjentino desbarató la espedicion con toda decision i enerjía: procedien-

[4] G. G Gervinus, *Histoire du XIX siècle*, tom. VII, p. 17 de la traduccion francesa.

do de completo acuerdo con el de Chile, perfectamente impuesto de las rivalidades que ántes de 1814 habian preparado los desastres de los patriotas chilenos, i temiendo que la presencia de Carrera fuera causa de nuevos i mas peligrosos disturbios, no quiso aceptar la cooperacion de éste, i los elementos reunidos, pero que no habian sido pagados sino en mui pequeña parte, se dispersaron.

La exasperacion de los deudos i parciales de Carrera no conoció límites. Dos de sus hermanos, don Juan José i don Luis, que habian figurado en los primeros años de la revolucion, se dirijieron de incógnito a Chile acompañados por algunos amigos, con el ánimo de conspirar en este pais, para derrocar el gobierno de los vencedores de Chacabuco. En su viaje fueron descubiertos i apresados; i despues de un largo proceso en que quedaron manifiestos sus planes, i de complicados accidentes que comprometieron su situacion, fueron fusilados en Mendoza el 8 de abril de 1818. Esta fué la primera sangre vertida en el patíbulo durante las discordias civiles a que dieron lugar aquellas rivalidades. Ese rigor excesivo, resultado en parte de circunstancias fatales, pero que la historia ha condenado francamente, probaba que los gobernantes chilenos i arjentinos estaban resueltos a no retroceder ante las medidas mas violentas para apartar todo peligro que pudiera amenazar la unidad de accion necesaria para asegurar el triunfo de la independencia.

Un mes mas tarde, otro hecho ménos disculpable todavía, vino a probar cuáles eran los propósitos del gobierno chileno. Don Manuel Rodríguez, el famoso guerrillero de 1816, sin estar precisamente ligado a los Carreras, habia sido sorprendido, despues de la batalla de Chacabuco, fraguando planes subversivos contra el gobierno de O'Higgins. En atencion a sus servicios, el director supremo miró con induljencia sus faltas i resolvió enviarlo a Estados Unidos con una mision importante. Rodríguez estaba a punto de partir para este destierro disimulado cuando ocurrió el desastre de Cancha Rayada; i entónces volvió a

aparecer en la escena pública para reanimar el ánimo desfalleciente de los patriotas. O'Higgins miró con desconfianza los servicios prestados por Rodríguez en esos momentos, atribuyéndole el propósito de conquistar influencia política, o talvez de apoderarse del mando del Estado. Rodríguez, en efecto, dotado de un espíritu inquieto i turbulento, no cesaba de censurar al gobierno i de ajitar los ánimos para obligar al director supremo a dar una constitucion, que coartara el poder discrecional de que habia dispuesto hasta entónces. Doce dias despues de la batalla de Maipo, el 17 de abril, se reunieron en Santiago muchos vecinos en cabildo abierto para tratar de estos negocios, Rodríguez tomó una parte principal en todo esto, i cuando vió que O'Higgins se negaba a acceder a las exijencias de los vecinos reunidos en cabildo abierto, se presentó en el palacio al frente de una poblada. El director supremo no se dejó imponer: léjos de eso, en el mismo momento hizo apresar a los principales instigadores del desórden, i entre ellos, como era de esperarse, cayó don Manuel Rodríguez. Despues de un mes de prision, se dispuso que éste acompañase en calidad de preso a Quillota a uno de los batallones del ejército para ser juzgado militarmente como perturbador del órden público. Durante la marcha, Rodríguez fué asesinado por sus guardianes en el lugar denominado Til-til (24 de mayo de 1818). Se dijo entónces que habia intentado fugarse, i que los soldados que lo custodiaban se habian visto en la necesidad de hacer fuego sobre él; pero la opinion pública entónces, i la historia despues, han acusado al gobierno del jeneral O'Higgins.

La solidaridad de estas faltas no recae sólo sobre el director supremo i sobre el jeneral San Martin. Ambos jefes habian organizado desde tiempo atras una sociedad secreta, conocida en la historia con el nombre de *Lojia Lautarina*, cuyo fin principal era trabajar por la independencia americana. Los miembros de esta lojia, en su mayor parte hombres de alma templada en las borrascas de la revolucion, creian lícito cualquier acto que condujese a la realiza-

cion de sus propósitos, i pensaban que era indispensable no pararse en nada para ahogar en jérmen todo proyecto de revuelta interior que hubiera podido entorpecer en algo la accion gubernativa en la guerra contra España. Estas medidas de rigor, en efecto, aseguraron la tranquilidad en Chile durante todo el gobierno de O'Higgins; pero la guerra civil estalló en el esterior, comprometiendo gravemente los altos intereses de la revolucion americana.

Don José Miguel Carrera se hallaba en Montevideo perseguido por el gobierno de Buenos Aires, cuando supo que sus hermanos habian sido fusilados en Mendoza. Tomó entónces la resolucion suprema i terrible de vengarlos por cualquier medio. Publicó proclamas i manifiestos incendiarios contra los gobernantes de Chile i de las provincias arjentinas; i aprovechándose de las tendencias federalistas que comenzaban a hacerse sentir en este pais, se lanzó en la guerra civil con una decision desesperada. Apoyado en el caudillaje que las campañas de la independencia habian levantado en las provincias. Carrera prestó un poderoso ausilio a la revuelta i al trastorno del órden público. El ejército arjentino que sostenia la guerra contra los españoles en el Alto Perú, fué distraido de sus operaciones por las discordias civiles; i el ejército de San Martin habria corrido igual suerte, i por lo tanto retardádose la independencia del Perú, si este último no se hubiese negado abiertamente a obedecer las órdenes del gobierno arjentino. Por fortuna para la causa de la independencia americana, Carrera i sus compañeros tenian propósitos diferentes, i no debian mantenerse unidos durante mucho tiempo. Carrera queria sólo pasar a Chile a derrocar a sus enemigos: los caudillos que lo habian acompañado, se dieron por satisfechos tan luego como se apoderaron del gobierno de las provincias en que querian establecerse. Carrera, dominado por un vértigo, buscó la alianza de los indios de la pampa i recomenzó una guerra horrorosa. En la provincia de Mendoza, cuando se creia próximo a realizar sus proyectos, despues de tres años de persecuciones i de campañas peno-

sísimas, fué batido por las fuerzas del gobernador de la provincia, i fusilado poco despues en la plaza de Mendoza, en el mismo sitio en que tres años ántes habian sido ejecutados sus hermanos. La ejecucion de Carrera tuvo lugar el 4 de setiembre de 1821, a los diez años cabales de una revolucion consumada en Santiago bajo sus auspicios, i que señala el principio de su carrera pública. Aunque este caudillo sucumbió en una empresa temeraria i anti-patriótica que comprometia el triunfo de la independencia nacional, i en que se cometieron los mayores horrores, su trájico fin lo hizo simpático a sus contemporáneos, i dió entónces a su nombre una gran popularidad.

17. Abdicacion del director O'Higgins.—Estas revueltas, volvemos a repetirlo, preocuparon mucho al director supremo i embarazaron la marcha jeneral de la revolucion de la independencia; pero no turbaron sériamente la tranquilidad interior de Chile. O'Higgins gobernó en paz seis años consecutivos, fenómeno sumamente raro en la historia de la revolucion de los pueblos hispano americanos. La esplicacion de este hecho se encuentra en el carácter tranquilo i laborioso del pueblo chileno, i en el sistema de gobierno adoptado por el director supremo. Este conocia bien que los congresos i las juntas populares habian sido en toda la América oríjen de trastornos; i por eso se obstinó en gobernar por sí mismo o con la ayuda de cuerpos deliberantes compuestos de mui pocos miembros i con facultades mui reducidas, de tal modo que la suma del poder público residia casi esclusivamente en sus manos.

El director supremo supo hacerse perdonar por largo tiempo esta usurpacion de los poderes públicos. En el esterior, alcanzó a hacer de Chile, que hasta entónces habia sido la colonia mas pobre i atrasada de la España, el pueblo mas respetado a la vez que el mas influyente de la América del sur. Al mismo tiempo que el pabellon chileno se enseñoreaba del Pacífico i llevaba la libertad al Perú, el gobierno de O'Higgins socorria con armas i con dinero, i prestaba un poderoso apoyo moral a los otros pueblos que lu-

chaban por la independencia. En el interior, trabajó con un celo vigoroso por el desarrollo material i moral del pueblo, fomentó la instruccion pública i atendió todos los ramos de la administracion, miéntras impedia con mano enérjica las luchas desastrosas de los partidos. Preciso es advertir que fuera de las faltas anteriormente referidas, i de algunas medidas represivas, que las circunstancias del pais parecian justificar, O'Higgins gobernó con moderacion i templanza, administró los escasos caudales del estado con una economía casi constante, i ejecutó verdaderos prodijios con mui mezquinos recursos.

En octubre de 1818, el director supremo dictó una constitucion provisoria en que se hallaban confirmadas las atribuciones con que habia gobernado hasta entónces, i que depositaban en su persona un gran poder. A su lado debia funcionar un senado compuesto de cinco miembros designados por el mismo director supremo i encargado del poder lejislativo. Ese senado, que en algunas ocasiones trató de poner obstáculos a la accion del gobierno, fué por lo jeneral deferente a éste, i contribuyó a sostener el órden público i las grandes empresas militares preparadas por O'Higgins.

Aquel órden de cosas, sin embargo, no podia durar mucho tiempo. A mediados de 1822, terminada, puede decirse, la guerra contra los españoles, comenzaron a hacerse sentir las aspiraciones de los ciudadanos hácia un órden de cosas ménos restrictivo i mas conforme con el sistema republicano que Chile estaba dispuesto a adoptar. El mismo director supremo no pudo resistir por mas tiempo a estas exijencias de la opinion; i dispuesto a dar al pais una nueva constitucion, convocó un congreso de diputados de todas las provincias con el encargo de determinar las bases bajo las cuales deberia reunirse una convencion constituyente. Dado este primer paso, O'Higgins vaciló i luego retrocedió ante los peligros de su misma obra. El congreso preparatorio, compuesto de parciales del director supremo, elejidos con alguna resistencia, fué convertido en convencion constituyente, i como tal, dictó una constitucion ju-

rada el 30 de octubre de 1822. El nuevo código no respondia a las exijencias liberales de la opinion, o mas bien, no alcanzó a desarmar la oposicion que se habia formado: el director supremo quedaba armado de un gran poder. La duracion de sus funciones fué tambien prorrogada por mucho tiempo mas.

O'Higgins, aunque mui modesto en los principios de su carrera pública, habia conocido su superioridad sobre los hombres de su tiempo i habia llegado a convencerse profundamente de que no sólo él podia gobernar tranquilamente el pais, i de que Chile necesitaba por largos años todavía de un poder fuerte que arrancase todos los jérmenes de anarquía. Republicano por carácter i por sistema, habia combatido las sujestiones de San Martin i de otros políticos de aquella época, que pensaban que la América no podria gobernarse sino con monarcas elejidos entre las familias reinantes en Europa; pero creia al mismo tiempo que la verdadera república no podia plantearse de repente, i que era menester esperar que el tiempo i la educacion del pueblo permitieran establecer un sistema de libertad franca i sólida. Por lo demas, él habia acometido reformas radicales, que pugnaban con las preocupaciones reinantes en un pais que habia vivido en el mas deplorable atraso.

Pero si este sistema de gobierno tirante i en cierto modo represivo, contrariaba las aspiraciones de los que habian esperado que junto con la independencia se iba a establecer en Chile un réjimen de libertad como el que imperaba en Inglaterra i en Estados Unidos, ese órden de ideas no era en manera alguna el dominante en la mayoría de los chilenos, nacidos bajo el antiguo sistema colonial. En cambio, las reformas fundamentalmente liberales planteadas por O'Higgins en el órden civil i administrativo, habian excitado contra su gobierno las mas arraigadas preocupaciones sociales. La supresion de todo distintivo de nobleza, la creacion de cementerios para estirpar la perniciosa costumbre de enterrar los muertos en las iglesias, el amparo legal i la decidida proteccion dispensada a los estranjeros, cualesquiera

que fueran sus creencias relijiosas, eran entre otras muchas medidas, causas de murmuracion contra el director supremo. La imposicion de contribuciones i de empréstitos forzosos para atender las necesidades de la guerra, habia suscitado resistencias de todo órden. Por fin, la pobreza del tesoro nacional, la reduccion de los sueldos de los empleados, i la miseria de las tropas, eran otros tantos títulos de acusacion en contra del gobierno.

Desde fines de 1822, ese movimiento de los espíritus se mostró por actos revolucionarios: tal descontento se hacia sentir en todo el pais. En Coquimbo i en Concepcion, el cabildo i el vecindario se pronunciaron en abierta insurreccion. En esta última provincia acaudilló el movimiento el jeneral don Ramon Freire, el militar mas afamado de Chile despues del director supremo. A su voz, se pusieron en armas todos los pueblos del sur de Chile hasta las orillas del rio Maule (diciembre de 1822).

A pesar del gran peligro de que se veia amenazado i del rápido i creciente desarrollo del movimiento revolucionario, O'Higgins pensó todavía en resistir. Despachó tropas contra los rebeldes, pero tuvo el dolor de ver que sus soldados lo abandonaban para formar en las filas de la insurreccion. El gran poder de O'Higgins se desmoronaba cuando éste se creia mas fuerte i afianzado que nunca. Los vecinos de la capital, sus acaudalados propietarios que hasta entónces habian sido el mas firme sosten del director supremo, se sintieron tambien dominados por la ajitacion jeneral; i el 28 de enero de 1823, se reunieron en el salon del consulado, (en igual sitio en que el 18 de setiembre de 1810 se organizara el primer gobierno nacional); i allí comenzaron a tratar con una entereza verdaderamente republicana i heroica de los males que aquejaban a la nacion. O'Higgins, el mandatario respetado i temido por el pueblo, fué llamado a aquella asamblea popular para manifestarle los males que podria orijinar su permanencia en el gobierno. El director supremo habria podido hacer frente por mas largo tiempo a aquella situacion, pero acudió al llamamiento de los ve-

cinos reunidos en el consulado, para discutir con ellos acerca de los destinos de la patria. En esa memorable asamblea, O'Higgins conservó esa entereza llena de dignidad que poseen los hombres superiores que por largos años han contado con el respeto i el amor del pueblo; pero no queriendo luchar por mas tiempo contra tantas resistencias, entregó el mando de que estaba investido a una junta de gobierno compuesta de don Agustin Eyzaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz. La junta entró en el ejercicio de sus funciones aquel mismo dia (28 de enero de 1823). "La marcha decente de toda esta importante revolucion, dice un distinguido escritor aleman, estaba en armonía con la historia entera de Chile i formaba un contraste mui ventajoso con los sucesos análogos que entónces tenian lugar en los otros estados hispano-americanos" [5].

Como debe suponerse, la administracion de O'Higgins habia despertado odios profundos. Sus enemigos alzaron la voz para acusarle por las faltas de su gobierno; i en efecto, se abrió un juicio de residencia de que en realidad no resultó nada contra el director supremo. La junta gubernativa, por su parte, guardó a O'Higgins las consideraciones a que lo hacian acreedor sus eminentes servicios, i mafestó particular empeño en acallar las acusaciones de que se queria hacerlo víctima. El mismo O'Higgins, creyendo que su separacion de Chile calmaria esas quejas, solicitó permiso para salir del pais por dos años, i partió para el Perú. Este destierro voluntario en su principio, se hizo al fin perpétuo: OHiggins quedó en el Perú hasta el fin de sus dias (24 de octubre de 1842). El desconcierto administrativo que se siguió por algunos años, demostró de sobra que el gobierno habia perdido el vigor i la discrecion que O'Hi[illegible]ins habia sabido imprimirle; i si ese ilustre patriota sufrió por entónces las injusticias de la opinion de una parte considerable de sus contemporáneos, la posteridad lo

5 G. G. Gervinus, *Histoire du XIX siècle*, vol. X, páj. [illegible]4.

venera como el mas ilustre padre de la independencia i como el mas grande de los hijos de Chile.

18. INCORPORACION DEL ARCHIPIÉLAGO DE CHILOÉ.—El jeneral don Ramon Freire fué elejido director supremo el 31 de marzo de 1823. Bajo su gobierno, se dió Chile una nueva constitucion, que sin ser mas liberal que la anterior, era inaplicable, i fué derogada ántes de mucho tiempo. Entre otros actos lejislativos de aquel año debe mencionarse la lei de 24 de julio que declaró la libertad de los esclavos, complemento indispensable de otra lei dictada por el congreso de 1811. A Chile cabe la gloria de ser el primer pueblo americano que hizo estas importantes declaraciones. No entra en los límites de este libro el referir la historia de la administracion del jeneral Freire, que forma parte de la éra de la república: pero sí debemos dar cuenta de las campañas militares que dieron por resultado la incorporacion del archipiélago de Chiloé al dominio de la nacion.

El director Freire organizó una division a fines de 1823 para ausiliar a los patriotas que combatian aun por la independencia del Perú. Esa division, destinada a reforzar un ejército patriota que debia hallarse en las provincias del sur del Perú, encontró que ese ejército habia sido destrozado, i tuvo que regresar a Chile en los primeros meses del año siguiente. Entónces Freire resolvió emplear esas fuerzas en la reconquista del archipiélago.

Mandaba allí el brigadier español don Antonio Quintanilla, militar activo i resuelto, que no habia perdonado medio alguno para hostilizar a los patriotas, ya sea armando corsarios, ya ausiliando a los montoneros que sostènian la guerra en el sur de Chile. Poniendo sobre las armas todas las milicias de aquellas provincias. Quintanilla habia logrado organizar un ejército reducido, pero bien disciplinado i vigoroso.

En Chile se creia jeneralmente que la ocupacion del archipiélago no presentaria grandes dificultades. Las fuerzas patriotas preparadas para esta empresa formaron un cuerpo espedicionario de 2,500 hombres i de cinco buques de

guerra, que se encontraron reunidos en Valdivia a mediados de marzo (1824). El jeneral Freire mandaba en persona la espedicion; pero en vez de atacar vigorosamente la plaza de San Cárlos (hoi Ancud), que era el centro de los recursos del enemigo, dividió sus tropas en dos cuerpos, i comenzó a operar por otros tantos puntos a la vez. Esos cuerpos obtuvieron fácilmente varias veces ventajas parciales. Uno de ellos, mandado por el valiente coronel Beaucheuf alcanzó en el interior de la isla, en el sitio denominadado Mocopulli, una victoria despues de un combate reñidísimo (1º de abril). Estas operaciones, sin embargo, no produjeron los resultados que se buscaban. Las lluvias del invierno, tan abundantes en aquellas islas, vinieron a embarazar los movimientos del ejército patriota i obligaron al fin a Freire a retirarse de Chiloé, postergando para mejor oportunidad la ejecucion de su proyecto.

Cerca de dos años se pasaron sin que el gobierno chileno emprendiese operacion alguna contra el archipiélago. El gobierno chileno, volvemos a repetirlo, no tenia ya el vigor que habia desplegado en manos de O'Higgins. Freire esperó por algun tiempo que los realistas de Chiloé abandonados a sus propios recursos, capitularian con el gobierno independiente; pero burlado en sus espectativas, preparó un ejército de cerca de 3,000 hombres.

A la cabeza de este ejército se embarcó el director en Valparaiso en noviembre de 1825, i llevaba por jefe de estado mayor al jeneral don José Manuel Borgoño, que fué el verdadero director de las operaciones. En esta ocasion, la campaña fué conducida con mayor acierto. Freire desembarcó el 9 de enero de 1826 en las inmediaciones del puerto de San Cárlos; i despues de cuatro dias de marcha i de algunas escaramuzas con las avanzadas del enemigo i con las lanchas cañoneras que habia armado Quintanilla, se colocó en frente de las fuerzas de éste, situadas a espaldas de la ciudad. El 14 de enero batió al enemigo en las orillas del estero de Pudeto, i pocas horas mas tarde en las alturas de Bellavista. A pesar de sus ventajosas posiciones,

Quintanilla se vió obligado primero a retirarse con algun órden; pero acosado tenazmente por los patriotas, i dispersado su ejército, tuvo que pronunciarse en completa derrota. Todavía quiso organizar una nueva resistencia; pero el desaliento se habia apoderado de los últimos restos de sus tropas; i al fin el tenaz defensor de la autoridad real, se vió obligado a capitular cinco dias despues de su derrota. El 22 de enero de 1826, el supremo director, don Ramon Freire proclamó solemnemente que el archipiélago de Chiloé dejaba de formar parte de la monarquía española i quedaba incorporado en la república de Chile.

Este fué el último acto del drama revolucionario iniciado en Santiago en 1810 i concluido diez i seis años mas tarde en las selvas de Chiloé. La colonia mas pobre i mas oscura de la España en el nuevo mundo, pasó a ser una república independiente, que mas feliz que casi todas sus hermanas, ha aprovechado su libertad para desarrollar los jérmenes de su riqueza, i para alcanzar a un grado de prosperidad que sin duda no se imajinaron los padres de la independencia [6].

[6] La historia de la revolucion de Chile ha sido estudiada con mayor prolijidad que la de casi todos los otros estados hispanoamericanos. El lector encontrará abundantes noticias en las numerosas memorias históricas presentadas a la universidad, i que han sido impresas bajo la direccion de don Benjamin VICUÑA MACKENNA en una coleccion ordenada i metódica. Pueden consultarse tambien dos obras publicadas por este último con los títulos de *Ostracismo de los Carreras* i *Ostracismo de O'Higgins*, i la *Historia jeneral de la Independencia* en 4 volúmenes, publicada por mí, que comprende desde 1808 hasta 1819 i mi *Historia jeneral de Chile*, tomos VIII, IX, X, XI, XII i XIII consagrados a la narracion de estos sucesos. Don Miguel Luis AMUNÁTEGUI ha hecho una reseña sumaria pero mui clara de la revolucion chilena en su *Compendio de la historia política i esclesiástica de Chile*. Para mayor amplitud de noticias bibliográficas, véase la nota o lista que encabeza el primer volúmen de esta *Historia*.



CAPITULO XI

La República de Colombia

(1815-1819)

1. Insurreccion de la Margarita.—2. Segunda espedicion de Bolívar a Venezuela.—3. Primeros contrastes de Bolívar; campaña de Mac Gregor.—4. Espedicion a la Guayana.—5. El congreso de Cariaco: trájico fin de Piar.—6. Campaña de Paez en el occidente.—7. Campaña de Morillo en Venezuela; es rechazado en la Margarita.—8. Bolívar abre las operaciones militares contra Morillo.—9. Las tropas ausiliares inglesas.—10. Trabajos de reorganizacion política i militar.—11. Espedicion de Bolívar a Nueva Granada.—12. Paso de los Andes.—13. Batalla de Boyacá; toma de Bogotá.—14. Formacion de la república de Colombia.

1. Insurreccion de la Margarita.—El año de 1815 señala, como hemos visto, la época de mayor decadencia de la revolucion hispano-americana. Los españoles, vencedores en todas partes, parecian próximos a consumar la pacificacion de sus estensas colonias. Fué en este momento supremo cuando San Martin emprendió su admirable campaña sobre Chile, i cuando Bolívar renovó la lucha en las rejiones occidentales de Venezuela con nuevo heroismo i con mejor resultado que hasta entónces.

El brigadier don Salvador de Moxó continuaba mandando en Venezuela, i ejerciendo en aquel pais el mas rigu-

roso despotismo. Los montoneros patriotas mantenian la lucha contra la dominacion española en diversas partes del territorio, pero principalmente en las orillas del Orinoco, en donde Zaraza, Cedeño i Monágas, hacian verdaderos prodijios de valor. Las fuerzas realistas destacadas contra esos guerrilleros no alcanzaron nunca ventajas decisivas. Poco mas tarde, la lucha recomenzó en otra parte del territorio venezolano.

La pequeña isla de Margarita, situada al norte de la provincia de Cumaná, era el asilo de algunos patriotas, que por haberse rendido a las armas realistas, habian sido perdonados por Morillo. Esta isla, distante sólo catorce leguas del continente i poblada entónces por unos 12,000 habitantes, tenia una grande importancia para las futuras operaciones militares, razon por la cual Morillo puso allí una regular guarnicion bajo el mando del teniente coronel don Antono Herrais. Como este jefe no se prestara a ejecutar el sistema de secuestros i de persecuciones, cuyas funestas consecuencias percibia claramente, Moxó lo separó del mando i confió el gobierno de la isla al teniente coronel don Joaquin Urreistieta, hombre desconfiado i cruel, e instrumento a propósito para llevar a cabo la represion, como la comprendian los realistas.

El nuevo gobernador, obedeciendo a las instrucciones de sus jefes, preparó cautelosamente un golpe de mano para apresar a los patriotas en un festin en que se proponia celebrar la caida de Napoleon (24 de setiembre de 1815). Uno de los venozolanos designados por las autoridades era el coronel don Juan B. Arizmendi, que se habia distinguido por su valor i por una firmeza que no retrocedia aun ante los mayores compromisos, como lo habia probado en Carácas en 1814; pero advertido en tiempo, huyó éste a los montes de la isla i se burló de sus perseguidores. La esposa de Arizmendi, llamada Luisa Cáceres, fué apresada, i despues de recibir con singular entereza los peores tratamientos, remitida a Cádiz, de donde se escapó algunos años mas tarde disfrazada de marinero.

Arizmendi no se intimidó por esta desgracia, ni por las persecuciones i crueldades de que fueron víctimas sus amigos. Con una resolucion verdaderamente heroica, i acompañado solo por 30 hombres, se apoderó por sorpresa del puerto de Juan Griego (16 de noviembre) i pasó a cuchillo la guarnicion española. Sus filas se engrosaron inmediatamente; de tal modo que habiéndose apoderado de la villa del Norte, en que se repitió la carnicería de los realistas, Arizmendi llegó a contar 1,500 hombres mal armados, pero llenos de resolucion. Empeñóse entónces una lucha terrible entre Urreistieta i Arizmendi, en que la suerte de las armas fué alternativamente favorable a los dos partidos, i en que ámbos cometieron grandes atrocidades. El capitan jeneral Moxó recomendaba desde Carácas a sus subalternos que no perdonasen la vida de un solo patriota. "Todos los insurjentes o los que los sigan con armas o sin ellas, decia Moxó en una carta célebre, los que hayan ausiliado o ausilien a los mismos, i todos los que hayan tenido parte en la crísis en que se encuentra esa isla, serán fusilados irremisiblemente sin formarles proceso ni sumario, sino con breve consejo verbal de tres oficiales." Arizmendi, por su parte, hacia degollar a todos los prisioneros, i mantuvo la guerra con enerjía i felicidad. El brigadier español don Juan Bautista Pardo, que mandaba en Cumaná i que habia cometido allí todo jénero de atrocidades haciendo azotar mujeres i ejecutando otros desmanes, pasó a la Margarita con un refuerzo de cerca de 600 hombres, dispuesto a castigar a la canalla insurjente, como llamaba a los patriotas, i a no perdonar ni aun a los inocentes; pero no fué mas feliz en su empresa; i despues de diversos combates de resultado indeciso que tuvieron lugar en enero de 1816, los patriotas quedaron dueños de la mayor parte de la isla, i se sostuvieron en pié hasta que de nuevo se presentó en sus playas el infatigable Simon Bolívar.

2. Segunda espedicion de Bolívar a Venezuela. — Hemos visto en otra parte [1] que Bolívar, convencido de

[1] Part. IV, cap. VII, § 8 de esta Historia.

que sus servicios no serian aceptados por los defensores de Cartajena, a consecuencia de los odios i rivalidades enjendrados por los disturbios civiles, habia abandonado la Nueva Granada, para buscar un asilo en la isla inglesa de Jamaica (mayo de 1815). Bolívar se estableció en Kingston, capital de la isla, en donde fué recibido favorablemente por el gobernador, duque de Manchester. El caudillo venezolano escribió entónces una interesante memoria en que, juzgando con gran talento la revolucion hispano-americana, hacia la defensa de su conducta contra las acusaciones de que era víctima. [2]

Pero Bolívar no pensaba mas que en volver a la patria a encender de nuevo la guerra contra sus opresores. A su lado se agrupaban muchos otros patriotas americanos que no podian resignarse a vivir en la inaccion. El gobierno español de Venezuela sabia mui bien que miéntras Bolívar viviese, la tranquilidad no seria duradera en aquel pais; i resolvió deshacerse de él por la mano de un vil asesino. Los ajentes del capitan jeneral Moxó corrompieron a un negro llamado Pio, que habia sido esclavo de Bolívar i que lo acompañaba en su proscripcion como ajente doméstico. En la noche del 9 de setiembre (1815), el negro se acercó a la hamaca en que solia dormir Bolívar, i apuñaleó a un hombre que dormia en ella. Era éste un oficial apellidado Amestoi, que se habia acostado sabiendo que el caudillo venezolano no volveria esa noche a su casa. Amestoi murió en el momento; pero el asesino fué apresado allí mismo i entregado a la justicia. El negro sufrió poco dias despues la pena capital con grande entereza i sin querer revelar los nombres de las personas que lo habian precipitado a cometer tan horrendo crímen.

---

[2] Bolívar impaciente i apasionado por carácter i hombre de un talento de primer órden, no imitó en esos momentos la conducta delicada de Washington, que lleno siempre de moderacion i de patriotismo, toleró impasible las mas injustas acusaciones sin querer defenderse nunca.

El peligro que habia corrido su vida no arredró a Bolívar. Convencido de que las autoridades de Jamaica no le prestarian ningun apoyo para sus futuras empresas i sabiendo que un armador holandes preparaba en la República de Haití una espedicion para ausiliar a los patriotas que todavía defendian a Cartajena contra el ejército de Morillo, se embarcó para aquella república con la esperanza de tomar parte en la defensa de la plaza sitiada. En su viaje supo por un corsario neo-granadino que Cartajena habia sucumbido. Entónces se dirijió a Puerto Príncipe, capital de Haití.

Gobernaba allí con el carácter de presidente un mulato llamado Alejandro Petion, hombre de un talento notable que habia elevado a un cierto grado de prosperidad la república de los negros. Petion profesaba ardientes simpatías por los revolucionarios hispano-americanos, i queria cooperar a la realizacion de sus proyectos. Bolívar recibió de él la mas decidida proteccion. No sólo obtuvo la amistad del presidente, sino que alcanzó que éste le suministrara armas i recursos para llevar a cabo su empresa sobre Venezuela. En Haití encontró tambien Bolívar a un rico armador de Curazao, llamado Luis Brion, que habia abrazado con ardoroso entusiasmo la causa de los revolucionarios de Nueva Granada, esponiendo por ella su fortuna i su vida; i a un acaudalado comerciante ingles nombrado Roberto Southerland que estaba dispuesto a ausiliar con sus tesoros a los futuros espedicionarios. El primero ofreció para la empresa siete goletas mercantes armadas en guerra, que el mismo Brion debia mandar; i el segundo prestó importantes socorros pecuniarios para completar el equipo de la espedicion.

En el puerto de los Cayos de San Luis, en la costa sur de la República de Haití, comenzaron a hacerse aquellos aprestos desde enero de 1816. Allí se habian reunido los jenerales Piar, Montilla, Mariño, Bermúdez, el escoces Gregorio Mac-Gregor, el coronel don Cárlos Soublette, el ciudadano neo-granadino don Francisco Antonio Zea i otros

venezolanos i estranjeros de menor importancia. Las rivalidades que se habian hecho sentir en Venezuela desde las primeras campañas, surjieron tambien en aquel puerto cuando se trató designar el jefe de la espedicion. Brion, sin embargo, se pronunció decididamente por Bolívar, i el presidente Petion interpuso su poder para vigorizar la autoridad de este jeneral. Se convino entónces en que Bolívar mandaria las fuerzas espedicionarias hasta que, llegando al territorio de Venezuela, pudieran designar un jefe. Algunos oficiales, no queriendo olvidar antiguos resentimientos, se separaron de Bolívar.

El 30 de marzo de 1817 zarpó de Haití la espedicion libertadora. Componíanla, como ya hemos dicho, siete pequeñas embarcaciones armadas en guerra, i 250 hombres, en su mayor parte oficiales, que debian servir de base al ejército que se pensaba organizar en Venezuela. Despues de una larga i penosa navegacion, en que, sin embargo, apresaron algunas naves españolas, los espedicionarios desembarçaron en la Margarita (3 de mayo) i se reunieron a las fuerzas insurjentes que mandaba Arizmendi. Los realistas abandonaron algunas de sus posiciones, i fueron a encerrarse en la fortaleza de Pampatar.

Parecia imposible que aquel puñado de hombres pudiera consumar la reconquista de Venezuela, donde dominaban mas de 5,000 soldados españoles apoyados por el ejército que Morillo mantenia en Nueva Granada. Bolívar, sin embargo, no desmayó un instante; i habiendo sido designado por sus compañeros jefe supremo de la república sin sujetarse a otra lei que la salvacion de la patria (7 de mayo), anunció a los venezolanos que habia llegado a salvarlos de la dominacion de los tiranos, i abrió la campaña sobre la tierra firme con toda resolucion. Mandó que Mariño i Piar iniciasen las operaciones por Güiria, en el oriente de Venezuela, i él mismo se dispuso a desembarcar en la provincia de Cumaná.

3. PRIMEROS CONTRASTES DE BOLÍVAR; CAMPAÑA DE MAC-GREGOR.—Bolívar desembarcó en el continente, en el pe-

queño puerto de Carúpano el 1.° de junio. La guarnicion española, despues de oponer una reñida resistencia, se retiró al interior. Allí Bolívar anunció su proyecto de reconquistar la independencia de Venezuela; i en cumplimiento de una promesa hecha a Petion, decretó la libertad de los esclavos negros que se enrolasen en su ejército. Sin embargo, las tropas independientes no se engrosaron como era de esperarlo. La provincia de Cumaná, agotada por la guerra desoladora de los años anteriores, i dominada por el terror, ofreció a los libertadores mui pocos combatientes. Bolívar habia anunciado su propósito de regularizar la guerra, pero el presidente Moxó contestó a esa proposicion ofreciendo diez mil pesos por la cabeza del jefe rebelde. Los infelices pobladores de Venezuela conocieron entónces que la guerra a muerte no habia llegado a su término.

Irritado por este primer desengaño, Bolívar se hizo de nuevo a la vela, i fué a desembarcar cerca de Ocumare (6 de julio), al occidente de Carácas, con el propósito, sin duda, de amenazar la capital. Allí anunció de nuevo sus proyectos libertadores, pero tampoco obtuvo la cooperacion que necesitaba. Despues de lijeras escaramuzas, los oficiales invasores resolvieron avanzar rapidamente hácia el sur para reunirse con las guerrillas de caballería que mandaban Monágas i Zaraza en las orillas del Orinoco. Desgraciadamente, cuando se hacian los aprestos para esta marcha, se esparció en el campamento la voz de que Moráles habia ocupado el puerto de Ocumare con un ejército formidable. La noticia era falsa; pero produjo tal turbacion entre los invasores que no se pensó mas que en retirarse con la mayor rapidez para evitar una derrota segura (14 de julio). Los soldados de Bolívar se reembarcaron con gran precipitacion, i se dirijieron a Bonaire, pequeña isla holandesa inmediata a Curazao.

Una parte de las tropas independientes quedó en tierra por no haber alcanzado a embarcarse en medio de la jeneral confusion. Los soldados elijieron por jefe al jeneral escoces Mac-Gregor, jóven lleno de valor que se habia conquis-

tado una alta nombradía en Venezuela i en Nueva Granada durante las primeras campañas de la guerra de la independencia. A su lado se colocó con la categoría de jefe de estado mayor el coronel venezolano don Cárlos Soublette, jóven tan valiente como entendido que gozaba tambien entre los suyos de una merecida fama. Estos dos militares, seguidos por 650 hombres mal armados, realizaron una de las empresas mas heroicas de que haya sido teatro el nuevo mundo. Atravesando una estension de mas de ciento cincuenta leguas de un territorio en que dominaban los enemigos con fuerzas mucho mas numerosas i mejor disciplinadas, batieron cuantas partidas realistas le salieron al encuentro i obtuvieron una espléndida victoria en Quebrada Honda contra tropas mas formidables. El 10 de agosto (1816), se reunieron con las guerrillas del jeneral don José Tadeo Monágas; i emprendieron la marcha hácia el noreste. Los patriotas obtuvieron todavía otra gran victoria en Los Alacranes (6 de setiembre), que les dejó espedito el camino hasta Barcelona. Los españoles evacuaron esta plaza; i Mac-Gregor la ocupó el 13 de setiembre, estableciendo allí el cuartel jeneral de la insurreccion. Desde entónces contó ésta con un centro de operaciones, que por su situacion sobre el mar, le permitia recibir refuerzos de la Margarita i de las otras islas vecinas.

No pasó mucho tiempo sin que los patriotas se viesen amenazados en aquella posicion. El jeneral español Moráles con 3,000 soldados, se acercó a Barcelona pocos dias despues lleno de arrogancia i creyendo que nada podia resistirle. Los independientes, sin embargo, mandados por el jeneral don Manuel Piar, que viniendo de Güiria acababa de reunírseles con alguna infantería, presentaron batalla a Moráles fuera del pueblo, en el sitio denominado el Juncal, i lo derrotaron complementamente (27 de setiembre). La dispersion de los realistas fué tan grande que pasaron muchos dias para que Moráles pudiera reorganizar algunos cuerpos.

Hasta entónces, la participacion de Bolívar en la campa-

ña libertadora habia sido casi nula. Los patriotas de Venezuela no tenian noticia alguna suya, i ni aun sabian cuál era su paradero. En efecto, nunca habia sido ménos afortunado aquel jeneral. Despues de su retirada de Ocumare, se refujió, como ya hemos dicho, en la isla de Bonaire. Allí se le juntó Brion con algunas naves. Bolívar no pensó entónces mas que en volver al continente a tentar fortuna abriendo nuevamente la campaña. Ignorando la suerte de Mac-Gregor i de sus compañeros, se dirijió a las costas de Cumaná, en donde esperaba encontrar a Mariño i a Piar, encargados por él de operar en aquella provincia. El 16 de agosto, desembarcó Bolívar en Güiria, i encontró en efecto un cuerpo patriota que ocupaba aquella parte de la provincia de Cumaná; pero en vez del recibimiento que esperaba, vió desconocida su autoridad i que se le trataba de cobarde i de traidor. El jeneral Bermúdez, que encabezaba la rebelion, despues de ultrajarle cruelmente, sacó su espada ciego de rabia, i habria acometido contra el Libertador, a no haberse interpuesto algunas personas (22 de agosto). Bolívar pudo felizmente reembarcarse, i dar la vuelta a Haití, a solicitar de nuevo el amparo del Presidente Petion. Mariño i Bermúdez quedaron mandando en Güiria: el jeneral Piar, que habia salido poco ántes de este pueblo i marchado sobre Cumaná, supo el arribo de Mac-Gregor a Barcelona, i fué, como hemos dicho, a juntarse con él.

4. Espedicion a la Guayana.—El desprestijio i la ruina de Bolívar parecian definitivamente consumados. Una serie de desgracias habia desbaratado sus planes i destruido casi completamente su crédito. En esos momentos, mui pocos hombres le quedaron fieles; pero el activo i desinteresado Brion fué de este número. Dueño de algunas naves, que debian ser mui útiles a los revolucionarios, fué solicitado por los rebeldes de la Margarita, que necesitaban de su poderoso apoyo. Brion hizo valer su situacion en favor de Bolívar, convencido de que, a pesar de los contrastes sufridos, éste era el único jefe capaz de dirijir la guerra i reconciliar a

todos los patriotas que hasta entónces vivian enredados en enojosas querellas.

No tardó mucho Bolívar en ser llamado al continente. El escoces Mac-Gregor, disgustado por las discordias que a cada rato se suscitaban entre los jefes venezolanos, se retiró de Barcelona para buscar alguna tranquilidad en las islas neutrales de las Antillas. El jeneral Piar se retiró también de la plaza con 500 hombres, i marchó a las llanuras regadas por el Orinoco con la esperanza de reunirse al guerrillero patriota Cedeño, i de abrir una campaña formal en la provincia de Guayana.

Bolívar desembarcó en Barcelona el 31 de diciembre de 1816. Las fuerzas que allí le reconocieron por jefe eran mui poco numerosas; pero resuelto a hacer algo memorable, pensó en una tentativa contra Carácas. Supo entónces que los realistas, en número de mas de 5,000 hombres mandados por Moráles, se acercaban a Barcelona, i le fué forzoso mantenerse a la defensiva. En este estado pasó Bolívar hasta mediados de marzo de 1817, enpeñando algunos ataques parciales, pero sin lograr batir las respetables fuerzas del enemigo.

El Libertador no era hombre de soportar por mucho tiempo una situacion semejante. Resuelto i tenaz en su propósito de consumar la independencia de Venezuela, variaba, sin embargo, de planes en cada nueva dificultad que se le presentaba. Imposibilitado para llevar a cabo una empresa cualquiera sobre Carácas, se resolvió al fin a abrir la campaña en las orillas del Orinoco, del mismo modo que lo habian hecho los realistas en 1813, cuando, batidos en todas partes, armaron a los pobladores de los llanos i recomenzaron por el sur la reconquista de Venezuela. Bolívar esperaba reunir bajo su mando a los guerrilleros del sur i establecer una base sólida de operaciones mediante la subordinacion de los jefes subalternos. El Orinoco i sus afluentes, rios navegables hasta el centro de la Nueva Granada, podian ponerlo en comunicacion con las islas de las Antíllas, de donde esperaba algunos recursos. El proyecto de

Bolívar encontró resistencia de parte de algunos de los jefes que defendian a Barcelona; pero el Libertador, impaciente con tantas resistencias, i deseando salircuanto ántes de aquella situacion, dejó 700 hombres para la defensa de la plaza, i él marchó con una pequeña escolta de jefes i oficiales hácia Guayana (fines de marzo de 1817). Como debia esperarse, Barcelona fué ocupada pocos dias despues por los españoles, que cometieron en ella las atrocidades acostumbradas.

Cuando Bolívar se presentó en el campamento de los patriotas que combatian en los orillas del Orinoco (2 de mayo), ya éstos habian abierto la campaña i sitiaban la plaza de Angostura. [3] El jeneral Piar habia obtenido importantes ventajas en aquella parte del territorio, batiendo diversos cuerpos de tropas enemigas. Para consolidar su posicion i apartar embarazos, apresó a los padres capuchinos catalanes que dirijian las misiones de la Guayana, i que eran mui detestados por los indíjenas. Durante la guerra, esos misioneros fueron asesinados por los oficiales encargados de su custodia, cruel atentado que sólo puede esplicarse por el furor producido por las atrocidades de aquella horrible guerra, i por la obstinacion de esos frailes para predicar el odio contra los patriotas. Con el objeto de asegurar la provision de su ejército, Piar estableció en las cuarenta i siete misiones sometidas a los capuchinos una administracion regular, que fué mui útil a los patriotas durante todo el trascurso de la guerra.

Bolívar continuó el sitio de Angostura; sin embargo, los españoles mandados por el jeneral don Miguel de Latorre habrian resistido miéntras dominaran sus naves en el Orinoco. Pero Bolívar contaba con un poderoso ausiliar: se habia puesto de acuerdo con el almirante Brion, i éste debia operar en el rio con su escuadra. En efecto, las naves

---

3 Este punto, en que se angosta el cauce del Orinoco, lleva ahora el nombre de *Ciudad Bolívar*, capital de la antigua provincia de Guayana (hoi *Estado Bolívar*).

de Brion, acompañadas por una division de pequeñas embarcaciones que mandaba un piloto venezolano, don Antonio Díaz, se acercaron a la embocadura del Orinoco. En un combate brillante, sostenido contra fuerzas mui superiores cerca de la isla de Pagallos, las fuerzas sutiles que mandaba Díaz abrieron a las naves patriotas la entrada del rio (8 de julio). Brion pasó en efecto con su escuadra, i remontando el Orinoco, fué a juntarse con Bolívar para atacar al enemigo. No llegó el caso de empeñar un combate: el jeneral Latorre, creyéndose perdido, evacuó la plaza de Angostura i todas las provincias de Guayana (17 de julio), dejando así a los independientes la llave de todo el pais.

5. **El Congreso de Cariaco; trájico fin de Piar.**—La ocupacion de la Guayana por las armas patriotas tenia una grande importancia militar. Sirvió ademas para consolidar la autoridad de Bolívar, tan menoscabada poco ántes por los primeros contratiempos de la campaña. Los jefes que servian a sus órdenes, i entre los cuales figuraba Bermúdez, el mismo que lo habia insultado en Güiria, reconocieron en él al jeneral hábil i emprendedor que podia dirijir la guerra con acierto i con audacia.

En esos momentos era mas que nunca necesaria la sumision de los jefes que servian a las órdenes de Bolívar. Aparte de la guerra contra los españoles, que entónces comenzaba solamente, surjia entónces un peligro nuevo i talvez mas inmediato entre los mismos patriotas.

El jeneral Mariño se mantenia aun en la provincia de Cumaná, donde su ejército ocupaba algunos puntos. A mediados de abril llegó a Carúpano el canónigo don José Cortés Madariaga, aquel tribuno de oríjen chileno que el 19 de abril de 1810 decidió la caida de Emparán i la instalacion del primer gobierno nacional de Venezuela. Enviado a España por Monteverde en calidad de prisionero, fué encerrado en los presidios de Ceuta, de donde se habia escapado hacia poco. Cortés venia ignorante de todo lo que habia ocurrido durante su cautiverio; i pensando en suble-

var de nuevo a Venezuela, publicó un manifiesto en que recomendaba la formacion de un gobierno representativo nacido del voto popular, i combatia las autoridades militares que la revolucion se habia dado. En seguida se presentó a Mariño en el pueblo de San Felipe de Cariaco, e indujo a éste a convocar un congreso. Eran tales la sagacidad i el entusiasmo del canónigo chileno que consiguió seducir a sus propósitos a algunos personajes que, como el neo-granadino don Francisco Antonio Zea, gozaban de una merecida reputacion de hombres serios i discretos. El congreso se instaló en Cariaco el 8 de mayo (1817); pero era tan reducida la porcion de territorio en que dominaba Mariño, que sólo se juntaron diez diputados elejidos por unos cuantos pueblos i villorrios. El Congreso restableció el gobierno federal, confió el mando supremo a una junta compuesta de dos individuos, i el de las tropas al jeneral Mariño.

Bolívar, como debe suponerse, desconoció la autoridad de aquel congreso, en cuya instalacion sólo veia peligros para la causa de la patria. Por fortuna, Brion, que en el principio habia reconocido el nuevo gobierno, se separó de él e hizo con su escuadra la importante campaña del Orinoco que aseguró la libertad de la Guayana. Otros jefes patriotas, i entre ellos el valiente jeneral Urdaneta i el coronel don José Antonio Sucre, tan famoso mas tarde en la historia de la revolucion hispano-americana, desobedecieron los mandatos de Mariño, i fueron a ponerse a los órdenes de Bolívar. Pero no faltaron militares que abandonasen a este último para reconocer la autoridad del congreso. Piar fué de este número. Solicitando del Libertador una licencia temporal, que éste le concedió con dificultad, trató de fomentar la discordia entre los patriotas, haciendo al efecto al Libertador las mas injustas inculpaciones.

Habiendo hecho una inútil tentativa para atraerse nuevamente a Piar, Bolívar se resolvió a obrar enérjicamente. Convocó una junta de guerra, i asegurándose allí que todos los jefes reconocian su autoridad, dió la órden de apre-

sar a Mariño i a Piar para poner término a la constante discordia que entrababa cada dia mas la marcha de la revolucion. Para asegurarse de la fidelidad de las tropas, Bolívar prometió solemnemente a sus soldados, como recompensa de sus servicios, la distribucion de los bienes confiscados a los españoles durante la guerra (10 de setiembre). El jeneral Bermúdez, que despues de sus antiguas desobediencias habia llegado a ser uno los jefes mas fieles a Bolívar, fué encargado de apresar a Mariño; pero con consentimiento del Libertador, le permitió retirarse a la isla Margarita. Piar, fujitivo i abandonado por todos, fué aprehendido en Aragua por Cedeño, que lo condujo a la presencia de Bolívar. Un escarmiento solemne era indispensable para acostumbrar a los jefes a la subordinacion. Bolívar formó un consejo de guerra presidido por el almirante Brion i compuesto de jenerales i coroneles del ejército. El infortunado Piar fué condenado a muerte, i en virtud de esta sentencia fusilado en presencia de todo el ejército. Sufrió la última pena con la misma serenidad e intrepidez que habia demostrado en todo tiempo (16 de octubre de 1817).

Esta ejecucion, i la retirada de Mariño a la Margarita afianzaron la subordinacion del ejército i pusieron fin al cáos que hasta entónces habia reinado en el mando militar. En seguida, i para manifestar que queria compartir con otros el peso del gobierno en tan difíciles circunstancias, organizó Bolívar un consejo de estado compuesto de trece miembros en cuyas manos depositó una parte del poder público, conservando sin embargo, el mando del ejército i la direccion jeneral de los negocios (10 de noviembre).

6. Campañas de Páez en el occidente.—Miéntras Bolívia i sus compañeros abrian la campaña libertadora de Venezuela en las rejiones orientales, otros patriotas sostenian una lucha heroica en el estremo opuesto de la república. Los patriotas que defendian la provincia de Barínas, creyendo imposible la resistencia, habian querido abandonarla cuando vieron a los realistas vencedores en todas partes. Entónces apareció un guerrero formidable que, con mui

escasos recursos, supo tener a raya a los españoles i alcanzar sobre ellos brillantes ventajas.

Era éste el capitan venezolano don José Antonio Páez, jóven mucho ménos hábil i tambien ménos ilustrado que el Libertador, pero que por su osadía estraordinaria, por su incansable actividad i por su abnegacion i patriotismo, casi alcanzó a compartir con él el prestijio i la autoridad. En los momentos en que el jeneral neo-granadino Ricaurte (el hermano del famoso héroe de San Mateo), enfermo i abatido, se preparaba para evacuar el pueblo de Guasdualito i retirarse a Casanare (Nueva Granada) porque no podia resistir a las fuerzas con que marchaba contra él el coronel español don Francisco López, Páez, simple capitan entónces, se ofreció para rechazar a los realistas, si se le dejaban tropas con que defenderse (16 de febrero de 1816). El capitan Páez recibió el mando de quinientos jinetes; i en la tarde de ese mismo dia, fué a atacar a López, que con mil seiscientos hombres i dos cañones ocupaba un sitio denominado Mata de la Miel. Aprovechándose de las tinieblas de la noche, cayó sobre los realistas con tanto ímpetu que los destrozó completamente, causándoles una horrible mortandad, les quitó gran número de armas i de caballos i les tomó cuatrocientos prisioneros, a quienes perdonó la vida con una jenerosidad poco acostumbrada en aquella terrible lucha. Cuatro meses mas tarde, habiéndose presentado de nuevo López con un ejército de dos mil hombres, fué rechazado otra vez por las tropas indomables de Páez, en el combate del Mantecal (junio de 1816).

En esa época el gobierno independiente habia dejado de existir en Bogotá. El brigadier español don Miguel de Latorre ocupó la provincia de Casanare en persecucion de los patriotas que venian de la Nueva Granada para escapar de las venganzas de Morillo. Páez reconcentró sus fuerzas en la parte sur de la provincia de Barínas, [4] i estableció

[4] La provincia venezolana de Barínas era mui estensa bajo la dominacion española. Posteriormente se ha formado de una parte

su cuartel jeneral en el pueblo de Guasdualito. Los patriotas, así venezolanos como neo-gradinos, pensaron en establecer allí un gobierno que diese unidad a los esfuerzos comunes; i reuniéndose en una junta (16 de julio), nombraron presidente de la república al doctor don Fernando Serrano i jefe del ejército al coronel don Francisco de Paula Santander. La graduacion de Páez fué sin duda causa de que no hubiera alcanzado puesto alguno de importancia en aquella eleccion; pero la elevacion de Serrano i de Santander suscitó desde luego sérias dificultades. Ámbos jefes eran neo-granadinos, abogados convertidos en militares por las necesidades de la guerra, que no tenian prestijio alguno entre los soldados venezolanos. Así fué que ese gobierno duró mui corto tiempo. El descontento de las tropas se manifestó por alarmantes síntomas de rebelion; i los oficiales patriotas, reunidos en una junta, convinieron, de acuerdo con el mismo Santander, en proclamar a Páez jefe político i militar de la provincia. Los mismos militares lo nombraron jeneral de brigada, con el pensamiento de hacer mas respetable su autoridad.

Venciendo dificultades insuperables para cualquier otro hombre, recomenzó Páez las operaciones. Sus soldados, faltos de todo, de vestidos, de alimentos, de armas i de municiones, seguidos de mujeres i de niños "sin hogar ni patria, dice un historiador venezolano, representaban a lo vivo la imájen de un pueblo nómade que, despues de haber consumido los recursos del pais que ocupaban, levantan sus tiendas para conquistar otro por la fuerza". Los caminos estaban intransitables a consecuencia de las lluvias de la estacion; pero Páez, dejando a los emigrados en un punto que creyó seguro, marchó resueltamente sobre Achaguas, pueblo venezolano situado cerca de las orillas del rio Apure.

---

de ella, al sur del rio Apure, la provincia de este nombre en que se hallan situados los pueblos de Guasdualito, Achaguas i otros que fueron teatro de las hazañas de Páez. (Véase sobre esto el excelente *Atlas de Venezuela* por Codazzi).

En el camino batió otra vez mas al coronel español López en el sitio denominado Yagual (8 de octubre), i cinco dias despues ocupó la ciudad de Achaguas.

Páez habria querido atravesar el rio Apure para invadir la parte norte de la antigua provincia de Barínas; pero las lanchas cañoneras de los españoles se lo impedian. Una casualidad le permitió vencer aquel inconveniente. Queriendo castigar a un oficial llamado Peña, que habia ejecutado mal una órden, Páez le mandó que atravesase el rio en una chalupa con ocho hombres, i que se arrojase sobre el campo enemigo a medio dia, en la hora en que el calor de los trópicos enervaba las fuerzas de los soldados (8 de noviembre). Este ataque imprevisto esparció por el momento un repentino terror en el campo realista: Páez se aprovechó de esa confusion para pasar el Apure con todas sus fuerzas i terminar la derrota i dispersion de los enemigos. El mismo coronel López fué apresado i muerto, sin que Páez hubiera alcanzado a salvarle la vida. Los patriótas avanzaron hasta el pueblo de Nutrias, i mantuvieron la guerra a ámbos lados del Apure durante todo el resto del año de 1816.

7. Campaña de Morillo en Venezuela; es rechazado en la Margarita.—Cuando Morillo habia llegado a América en 1815, Venezuela estaba casi completamente sometida. Al marchar a Nueva Granada, creyó que la paz se mantendria inalterable en aquel pais; pero luego supo la rebelion de la Margarita i la espedicion de Bolívar al continente. En el principio, se limitó a recomendar a los jefes subalternos que habia dejado en Venezuela que no diesen paz ni descanso a los patriotas i que los castigasen con la mayor severidad. *Canallas i malvados* eran los títulos que Morillo prodigaba en su correspondencia a los patriotas venezolanos. Miéntras tanto, la insurreccion, aunque contrariada por la escasez de recursos i por las disensiones de sus jefes, se desarrollaba rápidamente. El capitan jeneral don Pablo Morillo, conde de Cartajena, se resolvió al fin a entrar en campaña a fines de 1816; i lleno de jactanciosa arrogancia, se puso en marcha para Venezuela.

La vanguardia de Morillo, mandada por los jenerales Latorre i Calzada, i compuesta de 4,000 soldados aguerridos, penetró en la provincia de Barínas en enero de 1817. Páez, que dominaba allí, se vió obligado a retirarse ante tropas tan numerosas; pero el 28 de enero les presentó batalla en la llanura de Mucuritas con sólo ciento once jinetes. El astuto guerrillero venezolano finjió atacar al ejército español por sus dos flancos; i retirándose en seguida, obligó a la caballería realista a emprender la persecucion. Páez trabó combate contra aquellas fuerzas, i las batió completamente. Para impedir que la infantería realista acudiera en ausilio de sus jinetes, Páez prendió fuego a las yerbas secas que cubrian la llanura. Los españoles se vieron obligados a retirarse ante este jénero de hostilidades que no habian podido prever. Páez los persiguió tenazmente a pesar de que las armas de sus soldados no eran apropósito para empeñar un combate contra la infantería. "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, escribia Morillo al rei, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habian informado."

El conde de Cartajena se incorporó a su vanguardia el 29 de enero. Entónces se impuso de la verdadera situacion de las armas realistas en Venezuela. Supo que la guerra estaba encendida en varias partes del territorio; i queriendo sofocar la insurreccion en todas ellas, dividió sus tropas en dos cuerpos. Confiando el mando de uno de ellos al brigadier Latorre, le ordenó que, bajando los rios Apure i Orinoco, fuera a defender la provincia de Guayana, amenazada entónces por Piar i mas tarde por Bolívar. Mas atras hemos contado los desastres de Latorre en aquella provincia, i la ocupacion de ella por las armas vencedoras de Bolívar.

En su marcha hácia el norte, Morillo alcanzó a reunir cerca de seis mil hombres. Supo entónces que acababa de llegar a las costas de Cumaná una division de dos mil ochocientos hombres traida de España por el brigadier

don José Canterac, que habia recibido del rei el encargo de apoderarse de la isla Margarita, asilo entónces de muchos traficantes anglo-americanos, ingleses i holandeses que, a título de corsarios del gobierno insurjente, hostilizaban sin cesar el comercio español de las Antíllas. Morillo se juntó con Canterac en el pueblo de Cumaná en los primeros dias de junio (1817); i despues de ocupar militarmente algunos puertos de esa costa, se embarcó con 3,000 hombres para la Margarita. Sin embargo, desde que pisó tierra en esta isla (16 i 17 de julio), debió conocer que los patriotas mandados por el jeneral venezolano don Francisco Estéban Gómez, estaban resueltos a resistir hasta el último trance. En efecto, durante un mes que pasó Morillo en la Margarita empeñando frecuentes combates, no pudo conseguir ventaja alguna sobre los defensores de la isla. Al fin, la inmensa superioridad numérica de los realistas habria alcanzado talvez a someter a los rebeldes; pero Morillo supo entónces los triunfos de Bolívar en Guayana, i no pensó mas que en volver al continente (17 de agosto). La campaña de la Margarita habia sido una imprudencia que costó a Morillo la pérdida de un tiempo precioso i que produjo las mas funestas consecuencias para las armas realistas.

8. Bolívar abre las operaciones militares contra Morillo.—El altanero Morillo llegó a Carácas en los primeros dias de setiembre (1817), i pudo imponerse de que su situacion habia dejado de ser tan ventajosa como creia. Los independientes quedaban dominando en la Margarita: la provincia de Guayana estaba en manos de Bolívar; Páez, en el occidente, recorria los llanos bañados por el Apure; i el guerrillero Zaraza se habia avanzado a hacer sus correrías hasta en las llanuras de Carácas. Bolívar meditaba en ese momento un ataque combinado sobre la capital de Venezuela, que debian ejecutar él i Páez, aprovechándose del descontento jeneral que reinaba en todo el pais contra los españoles.

Morillo por su parte, sin ser un gran jeneral, compren-

dió los peligros de su situacion, i trató de hacerles frente del mejor modo posible. Para calmar la irritacion de los ánimos, habia separado del mando superior al jeneral Moxó, acusado de crímenes atroces i de robos vergonzosos, i lo habia hecho apresar, confiando el mando interino de la capitanía jeneral al brigadier don Juan Bautista Pardo. Poco despues (21 de setiembre), publicó solemnemente un indulto concedido por el rei a los rebeldes de Venezuela; pero estas medidas conciliadoras se avenian mal con la proteccion que al mismo tiempo dispensaba a Moráles i a los otros feroces caudillos españoles que habian ensangrentado inhumanamente aquel territorio.

Para hacer frente a los peligros de la guerra, Morillo colocó el grueso de sus tropas en Calabozo, importante situacion en los llanos de Carácas (fines de noviembre de 1817). El brigadier Canterac, que segun sus instrucciones debia haber marchado al Perú con las tropas que traia de España tan luego como hubiese sometido la isla de la Margarita, tuvo que dejar a Morillo casi toda su division i que seguir su viaje a Lima con mui escasas fuerzas. Desde Calabozo, Morillo despachó una division hácia el occidente para atacar a Páez i puso otra a las órdenes del brigadier Latorre, que acababa de salvarse de Guayana, dándole el encargo de combatir las tropas de Zaraza. El primero de estos jefes patriotas, Páez, poniendo en ejercicio su prudencia habitual, evitó todo combate contra fuerzas superiores. Zaraza, por el contrario, sufrió en Hogaza una vergonzosa derrota que le costó la pérdida de cerca de mil hombres.

Este descalabro desconcertó el plan que Bolívar habia concebido para operar contra Carácas. El Libertador, sin embargo, no se dejó abatir por esta desgracia. Reuniendo todo su ejército, remontó las aguas del Orinoco hasta operar su reunion con Páez, que se hallaba siempre a orillas del Apure (fines de enero de 1818). A la cabeza de todas las fuerzas patriotas, i mediante una marcha tan rápida como temeraria, el Libertador cayó de improviso sobre

Calabozo obligando a Morillo a encerrarse dentro del pueblo (12 de febrero). Bolívar con todo, no supo sacar ventaja de aquel audaz movimiento: en lugar de colocarse al norte de Calabozo para cortar la retirada a Morillo, se mantuvo al sur de este pueblo dejando que los enemigos se retiraran hácia Carácas. Los patriotas, sin embargo, persiguieron al enemigo hasta el sitio denominado Sombrero, situado en la sierra que separa a Carácas de los llanos; pero allí la caballería de Bolívar, que formaba la mayor parte de las fuerzas venezolanas, no pudo operar con ventaja, i fué rechazada por Morillo.

Los patriotas perdieron de esta manera la oportunidad de dar un gran golpe a la dominacion española en Venezuela. En el ejército se trató de retirarse al occidente para consolidar la posesion de las provincias de Barínas i de Casanare acercándose a la Nueva Granada. Esta era la opinion de Páez; pero Bolívar, que se hallaba en las inmediaciones de Carácas, se empeñó en sostener la guerra en esta parte del territorio con la esperanza de destruir las fuerzas españolas atacándolas por divisiones, i de realizar el objeto de todo su anhelo, la ocupacion de la capital. Desgraciadamente, una parte considerable de su caballería fué sorprendida i dispersada por los españoles el 14 de marzo. Bolívar mismo fué atacado en uno de los desfiladeros de la sierra, i sólo pudo retirarse con grandes dificultades i dejando doscientos muertos en el campo de batalla. En medio de la pelea, Bolívar parecia comprender con un sentimiento de vergüenza i de desesperacion las faltas cometidas por su obstinacion de marchar contra Carácas. Se le vió hacer los mayores esfuerzos de arrojo con desprecio completo de su persona, como si buscase la muerte o como si hubiese perdido la cabeza. Esta batalla, denominada de la Puerta (15 de marzo de 1818) fué terrible para los patriotas; pero los realistas no pudieron aprovecharse de las ventajas alcanzadas porque sus pérdidas fueron tambien mui considerables i porque el mismo Morillo cayó gravemente herido de una lanzada. En premio de esta victoria,

el rei de España le concedió poco despues el título de marques de la Puerta.

Comenzó entónces para Bolívar una serie de desastres que casi produjeron su completa ruina. Páez, que pocos dias ántes se habia separado de él, i que en la línea del Apure habia alcanzado importantes ventajas sobre los españoles, vino en ausilio del Libertador obligando a sus perseguidores a retroceder. Estando Bolívar acampado en las llanuras de Calabozo, un capitan español, don Tomas Renovales, instruido por un prisionero de la distribucion del campo patriota, ejecutó un golpe de audacia que casi costó la vida a Bolívar. Durante la noche del 17 de abril, i engañando a los centinelas patriotas, cuya consigna conocia, Renovales, acompañado por un corto piquete de tropas, penetró hasta el mismo sitio en que dormia el Libertador e hizo una descarga de fusilería sobre éste i sus compañeros. Una division realista atacó al ejército de Bolívar cuando no salia aun de la sorpresa; i aunque los patriotas hicieron prodijios de valor, se vieron obligados a retirarse.

Bolívar salvó ileso de aquel gran peligro; pero despues de los últimos descalabros, el resto de sus tropas presentaba el cuadro de la miseria, del dolor i de la desesperacion. La campaña emprendida con tanto acierto i con tan buena estrella a principios de 1818, habia llevado al Libertador cuatro meses mas tarde al borde de su ruina. Cualquier otro hombre de ménos jenio i de ménos constancia que Bolívar se habria sentido desalentado. Él, por el contrario, se retiró sériamente enfermo al pueblo de San Fernando, en las inmediaciones del Apure, para combinar la defensa de aquella parte del territorio; i en seguida, bajando con su estado mayor i un cuadro de oficiales, las caudalosas aguas del Orinoco en débiles embarcaciones llegó a Angostura (7 de junio), capital de la provincia de Guayana, i allí desplegó de nuevo sus prodijiosas dotes de jeneral i de organizador.

9. Las tropas ausiliares inglesas.—En medio de los desastres de estas campañas, Bolívar habia cometido gran-

des desaciertos, pero probado tambien grandes talentos. Sin estudios teóricos del arte de la guerra, sin haber servido a las órdenes de un jeneral verdaderamente superior, habia desplegado grandes dotes militares aun en medio de las repetidas faltas de estratejia. En el principio, creyó que el valor de los soldados i la enerjía de los jefes bastarian para alcanzar la victoria. Luego se convenció de que la guerra necesitaba, ademas, de otro elemento indispensable, la disciplina. Los soldados venezolanos se habian batido siempre como leones, i arrancado ardientes elojios al mismo Morillo; pero les faltaba instruccion militar, i los oficiales del pais no estaban en estado de dársela. Bolívar sabia demasiado que en esa misma época el jeneral San Martin, hombre formado en los campamentos i educado para la carrera militar, obtenia en el otro estremo de la América i con un ejército reducido, los triunfos mas seguros que jamas hubieran alcanzado los independientes.

El Libertador estaba tan penetrado de esto mismo, que desde 1815 habia encargado a un comerciante irlandes llamado Devereux, mui conocido en la costa de Venezuela, i al ajente de esta república en Lóndres don Luis López Méndez, que contratasen en Inglaterra los oficiales i soldados que en aquel pais habian quedado sin destino por la suspension de la guerra europea i el desarme del ejército británico. Los ajentes de Bolívar ofrecieron a los voluntarios que quisieran enrolarse una prima fija de enganche, un sueldo constante i una reparticion de tierras i de dinero pagadero a la terminacion de la guerra. Muchos oficiales ingleses se apresuraron a ofrecer sus servicios a Bolívar i a formar un cuadro para organizar en Venezuela cuerpos de caballería, de tiradores i de artillería. Desgraciadamente, no todos ellos alcanzaron a llegar a este pais. Otros no pudieron soportar las privaciones consiguientes a las penosas campañas en que se hallaban empeñados los venezolanos; i sabiendo que tendrian que tomar parte en una guerra a muerte, que hacer marchas abrumadoras bajo un sol de fuego i en paises agotados por la guerra, que formar par-

te de un ejército indisciplinado, falto de armas i de vestuario, espuestos a la fiebre i a la disentería tan frecuentes en aquellas rejiones, abandonaron el servicio i volvieron a Inglaterra desengañados i abatidos.

Pero, si un gran número de esos oficiales fué inútil a la causa de la independencia americana, si muchos de ellos eran soldados groseros e ignorantes que venian a Venezuela alhagados con la esperanza de una remuneracion, i si vivian enredados en cuestiones i dificultades, no faltaron entre ellos hombres de elevado corazon i de intelijencia clara que abrazasen la causa de la independencia del nuevo mundo con un verdadero desinteres i con un entusiasmo que los hizo soportar todo jénero de sacrificios. Estos últimos se hicieron querer i respetar de los soldados americanos. Acostumbraron a los llaneros a la guerra regular i dieron ejemplo de valor i de subordinacion. El rejimiento de rifleros de Colombia, compuesto en gran número de ingleses, i mandado por oficiales tambien ingleses, tomó una parte importante en las campañas sucesivas i decidió mas de una vez el triunfo de las armas patriotas [5].

10. TRABAJOS DE REORGANIZACION POLÍTICA I MILITAR.— En Angostura, Bolívar puso en ejercicio su maravillosa actividad para organizar un ejército i el gobierno de Venezuela. Desgraciadamente, su situacion bastante comprome-

---

[5] Muchos de los oficiales ingleses que tomaron parte en estas espediciones, escribieron sus memorias o simples relaciones de sus viajes en que han consignado muchas noticias históricas de aquellas campañas. Recordaré aquí los libros de esta especie que he consultado.

BROWN (capitan), *Narrative of the expedition to South América which sailed from England at the close of* 1817, *for the service of the Spanish patriots*, 1 vol. en 8º, London 1829.

ROBINSON (cirujano), *Journal of an expedition* 1400 *miles up the Orinoco and* 300 *up the Arauca*, 1 vol. en 8º, London 1822.

The present state of Columbia; containing and, acount of the principal events of its revolutionary wars etc., by an officer in the columbian service, 1 vol. London, 1827.

Recollections of a service of three years during the war of ex-

tida con los descalabros de la última campaña, era todavía mas crítica a consecuencia de las incesantes desobediencias de sus subalternos i del espíritu de insurreccion que se hacia sentir con tanta frecuencia. Mariño, que poco ántes se habia reconciliado con el Libertador, i que mandaba las tropas en Cumaná, desconoció la autoridad de éste, como lo habia hecho ántes. En el occidente, el ejército del Apure, cediendo a las sujestiones del coronel de caballería Wilson, recien llegado de Inglaterra, proclamó jeneral en jefe a Páez con desconocimiento de Bolívar. Wilson hizo mas todavía: bajó el Orinoco; i una vez en Angostura, trató de hacer otra sublevacion semejante. El Libertador lo redujo a prision, i poco mas tarde lo espulsó ignominiosamente de Venezuela. Despues se supo que Wilson era ajente del embajador español en Lóndres, i que tenia encargo de procurar la discordia entre los patriotas [6].

Bolívar emprendió la reorganizacion de su ejército mandando formar nuevos batallones. Entónces cabalmente lle-

---

termination in the republics of Venezuela and Columbia, by an officer of the columbian navy-2 vol. London, 1828.

HIPPISLEY (coronel), *A narrative of the expedition to the rivers Orinoco and Apure*, London, 1819.

HACKETT, *Narrative of the expedition which sailed from England in 1817 to join the south americans patriots*, London, 1818.

El Correo del Domingo, periódico de Santiago de Chile, dió a luz en 1862 una prolija narracion de las campañas del rejimiento de rifleros ingleses en Colombia, escrita por el jeneral ecuatoriano WRIGT, que sirvió en ese cuerpo.

Se calcula en cerca de cinco mil el número de oficiales i soldados ingleses que vinieron a Venezuela en los años de 1818 i 1819. Algunos de éstos volvieron a Europa sin combatir, o murieron al llegar a América. El historiador español Torrente, siempre apasionado contra los patriotas, los hace subir a nueve mil para quitar a los americanos la gloria de los triunfos subsiguientes.

Véase sobre este particular el estado formado por don José Manuel Restrepo en su *Historia de la revolucion de Colombia* (2ª edicion, t. III, p. 607.

[6] RESTREPO, *Historia de la revolucion de Colombia* (2ª edicion), t. II, p. 472.

gó a Angostura el almirante Brion trayendo en sus naves un valioso continjente de armas i de municiones, adquirido en su mayor parte en las Antíllas. Aquella ciudad, tan admirablemente situada para estas operaciones, por la facilidad que tenia para comunicarse con el estranjero por las aguas del Orinoco, fué convertida en un importante arsenal de donde debia partir un ejército mejor organizado para consumar la independencia de la República.

Angostura fué oficialmente designada como la capital provisoria del estado. El Libertador despachó desde allí al coronel Santander para la provincia neo granadina de Casanare, que por su situacion jeográfica al otro lado de los Andes, habia sido casi abandonada por las tropas del virrei Sámano que gobernaba en Bogotá. Santander debia empeñarse en inclinar a los pobladores de esa provincia a incorporarse accidentalmente a la República de Venezuela para robustecer su influencia i su poder. En seguida, convocó un congreso jeneral (22 de octubre de 1818), a que debian concurrir los diputados de todos los pueblos que estaban libres de la dominacion de la metrópoli.

Queriendo entónces hacer una manifestacion del pensamiento que lo dominaba respecto de la guerra, declaró por un documento solemne (20 de noviembre de 1818), que aun cuando el gobierno peninsular habia solicitado la mediacion de las altas potencias europeas para restablecer su autoridad, a título de reconciliacion, "sobre los pueblos libres e independientes de América, la República de Venezuela, por derecho divino i humano, estaba emancipada de la nacion española i constituida en estado independiente, libre i soberano; que la España no tenia justicia para reclamar su dominacion ni la Europa derecho para intentar someterla al gobierno español; que Venezuela no habia solicitado, ni solicitaria jamas su incorporacion a la nacion española; que tampoco habia solicitado la mediacion de las potencias estranjeras; i que no trataria jamas con la España sino de igual a igual, en paz i en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones." Por medio de esta declaracion,

Bolívar deslindaba perfectamente su resolucion i sus propósitos.

Antes de la apertura del congreso Bolívar se presentó con un cuerpo de tropas en las llanuras del Apure (15 de enero de 1819), en donde estaba acampado el jeneral Páez. El Libertador queria restablecer su autoridad en aquella rejion; i en efecto, el valiente Páez, tan patriota como desinteresado, se sometió a las órdenes de Bolívar sin la menor resistencia, i recibió de manos de este jefe el grado de jeneral de division. Tranquilizado por esta parte, el Libertador volvió a Angostura, i abrió allí las sesiones del congreso el 15 de febrero. Como lo habia dispuesto, tuvieron un asiento en aquella corporacion no sólo los diputados de las provincias libres de Venezuela, sino tambien los de la provincia neo-granadina de Casanare, elejidos por indicacion de Santander.

Bolívar abrió aquella memorable sesion pronunciando un interesante i animado discurso en que, al paso que esponia la situacion de la República, recomendaba a los representantes del pueblo que designasen las personas que debieran gobernar el pais i mandar el ejército, manifestando que la reunion del poder civil i del poder militar en manos de un solo individuo ofrecia grandes peligros. En este desinteres de que hacia alarde el Libertador habia algo mas que una falsa modestia: queria probar a sus subalternos el respeto que él tributaba al congreso, i robustecer su propio poder con la aprobacion de sus actos pasados, que esperaba merecer. El congreso, en efecto, le confirió el título de presidente de la República i de jeneral en jefe, i ensanchó considerablemente sus facultades políticas i militares.

La constitucion dictada en Angostura, aunque dividiendo el poder público entre el presidente de la República, que debia durar cuatro años en sus funciones, i dos cuerpos lejislativos, dejaba en sus manos una suma considerable de poderes para dirijir los negocios de la administracion i de la guerra. Como complemento de aquel nuevo órden de cosas, Bolívar habia hecho publicar en Angostura un perió-

dico titulado *El Correo del Orinoco*, que debia servir de órgano oficial a la revolucion, i contrarrestar la influencia de las publicaciones que los realistas hacian en Carácas para estraviar la opinion de los venezolanos.

11. ESPEDICION DE BOLÍVAR A NUEVA GRANADA.—Desembarazado de estos afanes, i creyendo suficientemente robustecido su poder, Bolívar concibió el proyecto de una nueva i combinada campaña contra Morillo. Las tropas estacionadas en la provincia de Cumaná, convenientemente reforzadas, debian llamar la atencion de los españoles por aquella parte: Urdaneta, con algunas tropas ausiliares inglesas, recibió el encargo de operar por mar i de atacar las costas de Carácas; i Bolívar se dispuso para marchar al occidente, reunirse con Páez i proseguir la campaña en aquella rejion. Los independientes se creian bastante fuertes para abrir las operaciones en una vasta escala i dar una solucion terminante i decisiva a la guerra.

Las circunstancias parecian favorables para esta empresa. A principios de 1819, Morillo habia reunido un ejército de 6,500 hombres, i marchado a su cabeza sobre las llanuras del Apure con el pensamiento de destruir las fuerzas indomables de Páez. En el principio el proyecto del arrogante conde de Cartajena pareció realizarse; los patriotas, que apénas contaban con 2,000 soldados, se retiraron prontamente; pero continuaron batiéndose con todas las ventajas que les daban un conocimiento perfecto del terreno i la rapidez de sus movimientos. Despues de inútiles marchas, en que Morillo no pudo alcanzar a sus enemigos ni forzarlos a presentarle batalla campal, se vió obligado a volver sobre sus pasos. "La marcha de los españoles se convirtió rápidamente en una verdadera retirada. Rodeado por las tropas lijeras de Páez, que con ojos de águila, espiaba sus menores faltas, i fatigado por el paso de los rios i por marchas inútiles a traves de los pantanos i de los matorrales, el ejército español era hostilizado continuamente durante el dia. Del mismo modo, durante la noche, se veia engañado por los fuegos de finjidos vivaques. Los enemigos lo envolvian,

caian sobre sus bagajes i sobre su retaguardia, i cortaban sus convoyes de víveres sin que la caballería realista pudiese perseguir a una gran distancia a los tenaces guerrilleros. Cuando la caballería tenia que atender algun ataque, carecia de todo medio de subsistencia. Morillo se vió al fin obligado a repasar el rio Arauca con una pérdida de 1,000 hombres [7].

Estas operaciones entretuvieron a Morillo durante todo el mes de febrero. En el mes siguiente, Bolívar a la cabeza de un regular cuerpo de tropas, en que figuraban particularmente los soldados recien llegados de Inglaterra, se reunió con Páez en los llanos del Apure. El Libertador habria querido presentar a Morillo una gran batalla; pero cediendo a los consejos de Páez, se limitó a disponer pequeñas correrías en que los patriotas, con su habilidad i con su audacia habituales, obtuvieron grandes ventajas sobre el enemigo. En el combate denominado de las Queseras del Medio, 150 jinetes, mandados en persona por el mismo Páez, arrollaron a 1,000 jinetes realistas obligándolos a retirarse en desórden con pérdida de 400 (2 de abril). Bolívar premió a los 150 soldados con la medalla del órden de los Libertadores. Morillo, por su parte, se retiró a sus posiciones de Calabozo, i allí dió por terminada la campaña de aquel año (14 de mayo).

La retirada de Morillo permitió a Bolívar pensar en una campaña mas importante todavía que todas las anteriores, i que sobre todas ellas ha contribuido a granjearle una inmensa gloria. Supo entónces que Santander, haciendo cesar las diferencias que existian entre algunos patriotas de Casanare, rebelados contra el despotismo del virrei de Nueva Granada, habia preparado el terreno a las tropas de Bolívar. Al otro lado de los Andes, en el centro de aquel dilata-

---

[7] G. G. GERVINUS, *Histoire du XIX siècle*, t. VII, p. 77.—El historiador aleman ha tomado los rasgos principales de esta retirada de otra narracion no ménos animada que se encuentra en la *Historia de la revolucion de Venezuela*, (t. I, p. 357) de BARALT.

do virreinato, el sistema brutal de sangrientas venganzas entronizado por el virrei Sámano, habia puesto sobre las armas a algunos patriotas neo-granadinos; i las guerrillas de éstos comenzaban a hostilizar a los vencedores. Bolívar, ademas, acababa de recibir comunicaciones de O'Higgins, director supremo de Chile, en que lo empeñaba a reunir sus fuerzas para emprender una campaña combinada contra el Perú, centro principal de recursos de los españoles en América. El Libertador, alma ardorosa i capaz de comprender este gran proyecto, haciéndose superior a todos los obstáculos que debia encontrar en su camino, se puso en marcha para Casanare resuelto a llegar hasta Bogotá (junio de 1819). El valiente Páez quedó siempre en los llanos del Apure, encargado de operar al norte de este rio para interrumpir las comunicaciones entre Venezuela i Nueva Granada, entre Morillo i Sámano.

12. Paso de los Andes.—Al emprender esta campaña, Bolívar habia encargado al jeneral Urdaneta que llevase a cabo la proyectada espedicion en la costa de Venezuela. El Libertador queria llamar la atencion de Morillo por aquella parte; pero desgraciadamente, el jefe patriota que debia operar allí no consiguió ninguna de las ventajas que esperaba. Los independientes de la Margarita se negaron a ausiliarlo; i le fué forzoso apresar al jeneral Arizmendi i enviarlo a Guayana para someterlo a juicio. Despues de inútiles dilijencias, Urdaneta, separado de la escuadra, que mandaba siempre el almirante Brion, se vió obligado a volver por tierra a Guayana. En esta provincia, el desastre de la espedicion fué causa de nuevos disturbios mediante los cuales el mismo Arizmendi fué llevado de la prision a la vice- presidencia de la República (agosto de 1819).

Bolívar, entre tanto ejecutaba su grandiosa empresa con admirable talento i con suma felicidad. El 4 de junio (1819), dejó su campamento del Mantecal i pasó resueltamente el rio Apure. Las lluvias tropicales, que en aquella rejion comienzan en el mes de abril i acaban en agosto, habian inundado todas esas llanuras de tal modo que, án-

tes de encontrar nn punto de descanso, sus tropas tenian que marchar durante horas enteras con el agua hasta la cintura i espuestas a la mordedura de peces dañinos [8] o a sumirse en los agujeros ocultos de este suelo pantanoso. Al acercase a las montañas de la provincia de Casanare, el ejército era detenido frecuentemente en su marcha por los torrentes hinchados por las lluvias i de difícil paso. Los infantes no se atrevian a cruzarlos sino entrelazando sólidamente sus brazos i formando dos filas, porque los individuos aislados habrian sido arrastrado por la violencia de la corriente. Los jinetes tenian que sufrir molestias diferentes, pero no ménos dolorosas. En Pore, capital de la provincia de Casanare, Bolívar se reunió con la columna granadina de Santander (22 de junio); i su ejército contó desde entónces 2,400 hombres. Desde allí dirijió su marcha hácia la cordillera de los Andes, tomando el camino de Morcote. Poco dias despues, dispersó una columna enemiga de 300 hombres que defendia una ventajosa posicion denominada Paya (27 de junio).

El ejército siguió su marcha por fragosos desfiladeros, por senderos angostos cubiertos muchas veces de selvas inmensas, formadas por árboles de gran tamaño, a cuya sombra se forman pantanos resbalosos. El camino, ademas, está frecuentemente interrumpido por torrentes que se precipitan de las alturas, i que es menester pasar por puentes de madera débiles i estrechos que parecen hundirse a cada rato. En otras partes era menester pasar esos abismos en la *taravita*, especie de hamaca pendiente de dos cuerdas paralelas tendidas de una orilla a otra, i por me-

---

[8] El padre Gumilla en su libro titulado *El Orinoco ilustrado*, habla de estos peces, que llama palometa o *guacarito*, pero conocidos jeneralmente con el nombre de *caribes* a causa de su gusto por la carne humana. Refiere este historiador que algunas tribus de las orillas del Orinoco, esponên durante una noche los cadáveres en el rio i al dia siguiente no encuentran mas que los esqueletos perfectamente limpios, para conservar así en grandes canastos los huesos de sus mayores.

dio de las cuales se hace pasar i repasar la hamaca con la ayuda de correas. Miéntras el ejército atravesó la parte montañosa de la sierra, estuvo protejido contra el frio; pero subiendo siempre la cordillera, llegó al fin a los páramos, rejiones desnudas de toda vejetacion en que se hace sentir el frio con todo su rigor. Las tropas sufrieron en esta parte de la cordillera tormentos indescribibles. En la imposibilidad de encender el ménor fuego por la falta de combustible, los soldados se agrupaban en monton durante la noche para calentarse así los unos a los otros. Mas de cincuenta soldados ingleses murieron de frio en aquellas alturas.

Despues de haber doblado el punto mas elevado de la sierra, el ejército, bajando del lado de Tunja, siguió caminos que no eran tan ásperos ni tan escarpados como los de la pendiente oriental, i que, a causa de la grande elevacion del valle central de Nueva Granada, eran tambien ménos largos. Cuando el ejército llegó a la aldea de Socha (6 de julio), se encontraba en un estado espantoso de miseria. En la marcha habia abandonado grandes cantidades de armas i de material de guerra: todos los caballos i todas las bestias de carga habian perecido: los hombres marchaban como si estuvieran privados de sentido. Bolívar, sin embargo, habia soportado con ánimo incontrastable tan grandes sufrimientos i prestado a sus tropas todas las atenciones que podia dispensarles. Dividia con los enfermos todo lo que tenia, un poco de arroz, galleta i azúcar; i al acercarse a los valles de Nueva Granada, envió adelante algunos indíjenas en busca de víveres i de zapatos para sus soldados [9].

13. BATALLA DE BOYACÁ; TOMA DE BOGOTÁ.—Bolívar permaneció tres dias en Socha, no sólo para dar descanso

[9] El historiador aleman GERVINUS, teniendo a la vista las relaciones de algunos oficiales ingleses, ha hecho una brillante descripcion del paso de los Andes por Bolívar, de donde he tomado algunas de las noticias consignadas en el texto.

a sus tropas, sino para procurarse caballos i los otros elementos de guerra, i para provocar la sublevacion de las aldeas vecinas. Santander, a la cabeza de un cuerpo de vanguardia, obtuvo un triunfo sobre las primeras partidas realistas; pero detras de éstas estaba el jeneral español don José María Barreiro, jóven valiente i arrogante, aunque poco esperimentado, que debia talvez su puesto a la proteccion que le dispensaba Morillo. Barreiro, a la cabeza de 3,000 hombres, esperó a los patriotas en el valle de Sogamoso; pero Bolívar, por una marcha de flanco, evitó el combate i dejó a un lado a su enemigo. Barreiro tuvo que cambiar posiciones para defender el camino de la capital, miéntras Bolívar sublevaba algunos pueblos con el fin de recojer víveres i ropa para sus soldados. El 25 de julio los dos ejércitos tuvieron un nuevo combate en el sitio denominado Pantanos de Várgas; i aunque Barreiro se mantuvo a la defensiva en una ventajosa posicion, fué batido i obligado a retirarse. Despues de este triunfo, el Libertador despachó emisários para sublevar otras provincias del territorio neo-granadino.

En todos estos movimientos, Bolívar desplegó gran jenio militar, envolviendo i engañando al enemigo con mucha astucia. Despues de haberle presentado otro combate, finjió volver atras; i entónces, tomando el camino de Tunja, cayó de improviso sobre esta poblacion (5 de agosto), en donde encontró armas i provisiones para reforzar su ejército. Con la rapidez del rayo, el Libertador corrió entónces a ocupar el camino de Bogotá para situarse entre el jeneral Barreiro i el virrei Sámano. Colocó su ejército a las orillas del riachuelo de Boyacá, cerca de un puente por donde debian pasar los españoles para seguir su marcha a la capital. Allí les presentó batalla el Libertador (7 de agosto de 1819), i despues de una encarnizada resistencia de cuatro horas, los puso en la mas completa derrota. Los realistas contaban al entrar en batalla 3,000 hombres, mil mas que el ejército de Bolívar: al terminarse el combate, todos los soldados españoles que sobrevivieron al desastre, es decir,

1,600 hombres, cayeron en manos de los vencedores con todos sus bagajes i su material de guerra completo. Poco tiempo despues, Barreiro i treinta i ocho oficiales de sus compañeros, fueron fusilados por órden de Santander, en rèpresalias de las crueldades cometidas por ése i por otros jefes españoles.

Miéntras tanto, en Bogotá se esperaban las noticias de la guerra con la mayor ansiedad. El virrei Sámano habia puesto toda su confianza en el ejército de Barreiro, porque se hallaba en una imposibilidad casi absoluta de presentar a los patriotas otra resistencia. Poco tiempo ántes, i creyendo que el virreinato de Nueva Granada estaba completamente tranquilo, Sámano habia enviado tropas al virrei del Perú para defender este pais contra las amenazas de los chilenos. Al saberse en la capital la derrota de Barreiro en Boyacá, Sámano abandonó la ciudad i huyó hácia Honda con los ministros de la real audiencia, los empleados de la administracion i los realistas comprometidos en las atrocidades de que habia sido víctima el virreinato. Bogotá, con todos sus archivos i un millon de pesos depositados en la casa de moneda, quedó abandonada a merced de los vencedores.

Tres dias despues de su espléndido triunfo (el 10 de agosto), Bolívar entró a Bogotá entre las aclamaciones de un pueblo enajenado de alegría, que lo saludaba con el título de Libertador. Una campaña de setenta i cinco dias habia dado la libertad a la mayor parte de la Nueva Granada, i puesto a los patriotas en estado de consumar la obra de su independencia. La autoridad, el prestijio, la gloria de Bolívar, débiles i vacilantes en ocasiones hasta entónces, se afianzaron desde ese dia de tal modo que la veneracion i el respeto de sus soldados fueron en adelante el primer elemento de sus triunfos posteriores.

14. Formacion de la República de Colombia.—El Libertador se halló entónces en situacion de llevar a cabo un pensamiento acariciado en su mente desde mucho tiempo atras. Queria nada ménos que formar una República del vi.

rreinato de Nueva Granada i de la capitanía jeneral de Venezuela, que se dilatara desde la embocadura del Orinoco en el Atlántico hasta el puerto de Guayaquil en el Pacífico. Santander, a quien destinaba el Libertador para vice-presidente del gobierno provisional de aquella rejion, ayudó a Bolívar a hacer aceptable este proyecto entre los neo-granadinos. En seguida, i despues de tomar algunas medidas militares para perseguir a los realistas que mandaban todavía en algunas provincias apartadas del virreinato, Bolívar se puso en marcha hácia Venezuela (20 de setiembre) para hacer aceptable este pensamiento al congreso reunido en Angostura.

La marcha del Libertador fué una serie no interrumpida de ovaciones. En todos los pueblos se le hacia una recepcion triunfal, i en todas partes dictaba las medidas necesarias para la defensa de la patria. En los llanos del Apure se encontró con Páez, que, siempre fiel, habia mantenido la guerra contra los españoles en aquella rejion. Por fin, el 11 de diciembre se presentó en Angostura, en donde el congreso, cediendo a las veleidades de algunos personajes, habia suscitado nuevas dificultades i ajitaciones. Bolívar, superior a los móviles que prepararon esa resistencia, dió cuenta al congreso de su gloriosa campaña i le impuso como un hecho consumado la union de los dos pueblos.

El congreso declaró constituida la República de Colombia (17 de diciembre de 1819), proclamando como lei fundamental la reunion de Venezuela i de Nueva-Granada. La capital futura de la República debia tener el nombre de Bolívar. El congreso queria combinar así el nombre del descubridor del nuevo mundo con el del Libertador de Venezuela i de Nueva Granada. Bolívar fué, ademas, reconocido en el carácter de presidente de toda la República, i se acordó que ámbos pueblos fuesen rejidos en sus asuntos interiores por dos mandatarios con el título de vice-presidentes.

La formacion de la República de Colombia, despues de las grandes victorias alcanzadas por Bolívar, importaba el triunfo de la revolucion de la independencia en aquella

parte de la América; pero quedaban todavía los españoles dominando en todo el norte de Venezuela i de Nueva Granada i en el estenso territorio que formaba la presidencia de Quito. Morillo tenia aun a sus órdenes 12,000 soldados sólo en Venezuela, i esperaba refuerzos de la península. El Libertador, conociendo esto mismo, no se demoró mucho tiempo en Angostura para gozar de su triunfo; i el 24 de diciembre se puso en marcha hácia el occidente con el fin de emprender nuevas campañas. [10]

---

[10] Las autoridades que he consultado para la formacion de este capítulo son los libros ya citados de BARALT, RESTREPO, MONTENEGRO, COLON i LARRAZÁBAL; pero he tenido constantemente a la vista el interesante capítulo que ha destinado GERVINUS a las campañas de Bolívar que dieron por resultado la formacion de la República de Colombia. Esta parte de la obra del ilustre historiador aleman, aunque escrita sin conocimiento de la prolija historia de Restrepo, cuya segunda edicion forma la obra mas minuciosa i completa sobre la historia de la revolucion de Colombia, tiene, en la relacion de los hechos i en las apreciaciones, un fondo de verdad que es mui raro hallar en las obras escritas en Europa en que se trata de algo relativo a la América española.

No seria difícil agrupar aquí algunos de los numerosos errores que se encuentran en los libros ingleses i franceses en que se habla de estos sucesos. Así por ejemplo, en una biografía francesa de Bolívar, que, sin embargo, no contiene muchos errores, se dice que el Libertador, despues de su campaña en la costa de Venezuela en 1816, se retiró a Buenos Aires, confundiendo esta ciudad con la isla de Bonaire, en las Antíllas.

La *Histoire de la Colombie*, escrita por M. LALLEMANT, sin ser completamente defectuosa, no merece ser consultada.

Para la mejor intelijencia de las numerosas i complicadas campañas de Bolívar i de los otros militares que pelearon en la guerra de la independencia de Venezuela, conviene tener a la vista los mapas del excelente *Atlas jeográfico* de aquella República, compuesto por el injeniero italiano don Agustin CODAZZI, en los cuales están trazadas con mucha claridad las operaciones de los ejércitos belijerantes.



CAPÍTULO XII

Completa independencia de Colombia; espulsion definitiva de los españoles.

(1820—1824)

1. Influencia de la revolucion de Cádiz en la guerra de Colombia.—2. Armisticio de Trujillo.—3. Ruptura del armisticio; batalla de Carabobo.—4. Campañas en el sur de Nueva Granada.—5. Batalla de Pichincha; incorporacion de la presidencia de Quito a la República de Colombia.—6. Ultimas operaciones militares de los españoles en Venezuela i Nueva Granada.—7. Constitucion de Colombia.

1. Influencia de la revolucion de Cádiz en la guerra de Colombia. — Al proclamar la República de Colombia, Bolívar preparaba una vigorosa campaña contra los poderosos cuerpos del ejército español que quedaban aun en aquella vasta rejion. De Angostura partieron emisarios para Estados Unidos i las Antíllas, encargados de comprar armas i municiones para los independientes. El Libertador, despues de haber meditado un vasto plan de campaña, dió a sus subalternos las instrucciones necesarias para llevarlo a cabo.

Desde Bogotá, Santander habia enviado tropas contra una division realista, que a las órdenes del brigadier Calzada, se habia retirado hácia el sur por Popayan i Pasto. Los patriotas ocuparon felizmente aquella ciudad (21 de

octubre de 1819); i durante algunos meses sostuvieron la guerra en esas provincias con resultados favorables. Al fin, el presidente de Quito, mariscal de campo don Melchor Aimerich, reforzó las tropas de Calzada, con dinero, armas i soldados, poniéndolas en estado de tomar la ofensiva. En efecto, el jefe realista reconquistó a Popayan por sorpresa (24 de enero de 1820); pero fué rechazado en las nuevas operaciones que emprendió contra los republicanos.

En el norte de Nueva Granada la guerra se sostenia tambien por los españoles. El virrei Sámano, establecido en Cartajena, habia enviado diversas espediciones al interior por el rio Magdalena contra Antioquía i los valles del Cauca i del Atrato; pero todas fueron rechazadas por los patriotas despues de numerosos combates.

En la misma costa de Nueva Granada la guerra se hacia con ventaja para los independientes. El jeneral don Mariano Montilla, a la cabeza de 200 venezolanos i de un cuerpo de 400 ausiliares irlandeses, recien llegados de Europa, habia emprendido por mar otras operaciones. Trasportado por la escuadra del almirante Brion, Montilla tomó el puerto de Rio Hacha (13 de marzo) i estendió en breve las operaciones militares por los valles del sur, derrotando las fuerzas realistas que intentaron atacarlo. Los patriotas habrian alcanzado mayores ventajas por aquella parte, pero a poco de haber desembarcado, los ausiliares irlandeses se pronunciaron en abierta rebelion a la vista del enemigo, reclamando los sueldos que se les habian ofrecido, i que en esos momentos no se les podian pagar. Montilla se vió obligado a enviarlos a Jamaica, como ellos lo pedian, i a sostener las operaciones militares con las tropas venezolanas que le quedaban.

Por todas partes, los independientes alcanzaban ventajas sobre los realistas. El altanero Morillo, a pesar de tener a sus órdenes fuerzas mui considerables, estaba reducido a mantenerse a la defensiva, imposibilitado para acometer empresa alguna. Sabia que Fernando VII habia mandado reunir en las inmediaciones de Cádiz un cuerpo mui

crecido de tropas con el objeto de enviar una espedicion contra Buenos Aires i de reforzar el ejército realista de Venezuela i de Nueva Granada; i esperaba el arribo de esos ausilios para dar mayor impulso a la guerra.

En lugar de los refuerzos que esperaba, Morillo recibió la noticia de que las tropas españolas, próximas a partir para América, se habian sublevado por instigacion del coronel Riego, apresado a los principales jefes i proclamado el restablecimiento de la constitucion de Cádiz de 1812 (1.º de enero de 1820). La chispa revolucionaria prendió fácilmente en toda la península, de tal modo que el mismo rei se vió en la necesidad de decretar el restablecimiento de la constitucion i la convocacion de las cortes lejislativas.

Estos sucesos ejercieron, como debe suponerse, una grande influencia en los pueblos hispano-americanos. La revolucion de Cádiz habia desbaratado los grandes aprestos que Fernando VII hacia contra los rebeldes de América, i ponia a la metrópoli en un estado de desorganizacion i de pobreza estremas. En América, los revolucionarios cobraron mayor entusiasmo, no sólo porque creyeron mas próximo su triunfo, sino porque vieron al pueblo español sublevarse contra el réjimen administrativo contra el cual ellos mismos luchaban desde 1810. En las antiguas colonias en que la independencia era entónces un hecho consumado, como sucedia en Chile i las provincias arjentinas, la revolucion de Cádiz afianzó las nuevas instituciones. En Méjico, en donde la dominacion española parecia definitivamente restablecida, aquel suceso estimuló i precipitó el levantamiento de Iturbide, que produjo la total independencia de aquel virreinato. En Colombia, el desconcierto de España favoreció a los patriotas para consumar su emancipacion.

Cuando Morillo recibió las primeras noticias de la revolucion de España (marzo de 1820), perdió toda confianza en sí mismo i desesperó de llevar a cabo la pacificacion de Colombia. Si entónces hubiera encontrado un medio airoso de alejarse de este pais, lo habria hecho sin duda; pero

los liberales peninsulares, instalados en el gobierno despues de la revolucion , continuaron dispensando a aquel jefe la misma confianza que el rei absoluto, i le encomendaron el establecimiento del réjimen constitucional en Venezuela i en Nueva Granada, esperanzados de conseguir así el sometimiento de estos pueblos. En cumplimiento de estas órdenes i cediendo tambien a las instancias de los otros jefes i de los mas ardientes secuaces de la causa del rei, Morillo se resolvió a proclamar i a jurar solemnemente en Carácas la constitucion española (7 de junio). El virrei Sámano, mas obstinado todavía, resistió en Cartajena a las representaciones de todos los funcionarios; i cuando la tropa se sublevó reclamando el reconocimiento de la constitucion, dejó el mando a cargo de un gobierno provisional i se embarcó para Jamaica con algunos jefes tan absolutistas como él (junio de 1820).

2. ARMISTICIO DE TRUJILLO. — Morillo recibió tambien instrucciones de otro jénero. El nuevo gobierno de España, convencido de que ya no podria mandar otros ejércitos a América, ofreció un indulto a todos los comprometidos en la revolucion del nuevo mundo i puso en libertad a los presos que entónces jemian en las cárceles i presidios de la península [1], con la esperanza de ganarse la voluntad de los americanos i de facilitar un arreglo pacífico, con el mismo

[1] Uno de los patriotas americanos que alcanzaron entónces su libertad fué el jeneral neo-granadino don Antonio Nariño, antiguo presidente i dictador de Cundinamarca, hecho prisionero en Pasto en 1814. Despues de seis años de prision en la cárcel de Cádiz, fué puesto en libertad en 1820 (véase atras, part. IV, cap. VII, § 7). Habiendo hecho algunas publicaciones contra Morillo, fué perseguido i tuvo que huir a Lóndres, de donde volvió al fin a su patria.

Obtuvo tambien su libertad el indio Juan Tupac-Amaru, apresado en el Perú en 1781, sin otro motivo que el haberse sublevado su hermano (Véase part. IV, cap. III, § 2, de esta *Historia*). Retenido primero en Cádiz i despues en el presidio africano de Ceuta, este pobre indio sufrió treinta i nueve años de prision sin haber cometido delito alguno.

objeto encargó a Morillo que abriese negociaciones con los revolucionarios (a quienes se daba en los documentos el apodo de *disidentes*, en vez de los de *rebeldes*, *facciosos*, *malvados*, etc., con que los nombraban ántes los españoles), autorizándolo al efecto para proponerles las condiciones mas favorables, hasta la de reconocerlos en el gobierno de las provincias que ocupaban, con tal que prestasen juramento de fidelidad al rei de España. Cuéntase que Morillo, al leer aquellas instrucciones esclamó: — "Es una locura el creer que los insurjentes vayan a aceptar estas proposiciones: las haré sólo porque debo cumplir las órdenes superiores".

Estableció en Carácas una junta denominada de *pacificacion*, con encargo de entender en estas negociaciones; i en seguida dirijió Morillo una nota circular a todos los jefes de divisiones patriotas que recorrian el territorio de Venezuela (17 de junio), en que les daba cuenta de los cambios ocurridos en España, i proponia una suspension de hostilidades durante un mes para entrar en arreglos. Las contestaciones de los jefes insurjentes no se hicieron esperar: muchos de ellos se manifestaron inclinados en favor de la paz, pero todos declararon que no era posible tratar sobre otra base que el reconocimiento prévio de la independencia de Colombia. Las contestaciones de Bolívar i del congreso de Angostura fueron mas esplícitas todavía: como Morillo les anunciase el pronto envío de plenipotenciarios encargados de ajustar la paz, el presidente del congreso i el presidente de la República les contestaron espontáneamente que no oirian a aquellos comisionados si no comenzaban por reconocer la independencia.

Morillo soportó con profundo dolor esta amarga humillacion. Los patriotas, por el contrario, cobraron brios al ver que los mismos españoles en vez del altanero desprecio con que ántes los miraban, se dirijian ahora a ellos de igual a igual, dando los tratamientos de *serenísimo* al congreso i de *excelencia* a Bolívar. Muchos americanos, servidores decididos hasta entónces de la causa real, la consideraron

perdida, i se pronunciaron en favor de la independencia. En el ejército realista, no sólo los criollos, que formaban una parte considerable de las tropas, sino tambien muchos españoles, se pusieron de parte de los soldados republicanos.

La revolucion ganaba, pues, mucho terreno, miéntras que los realistas esperaban el resultado de las negociaciones, manteniéndose casi a la defensiva. La provincia de Barcelona fué ocupada por Bermúdez i Monágas, i sus habitantes se apresuraron a declararse en favor de los patriotas. En el sur, Páez tomó posesion de casi toda la provincia de Barínas. Bolívar mismo se apoderó de las provincias de Mérida i de Trujillo, i adelantó las operaciones en los valles regados por el rio Magdalena. Por la costa del norte, el jeneral Montilla, abandonando sus posiciones de Rio Hacha i ausiliado por la escuadra de Brion i por algunas embarcaciones sutiles mandadas por el teniente coronel don José Padilla, abrió las comunicaciones militares i comerciales del Magdalena, se apoderó de Santa Marta, i fué a bloquear la importante plaza de Cartajena.

Tal era el estado de la guerra en la segunda mitad de noviembre de 1820. Morillo, aunque contaba todavía con un ejército respetable, propuso a Bolívar una tregua, ya que éste se negaba a aceptar las proposiciones de paz. El Libertador de Colombia, por su parte, recibió bien esta última proposicion, porque, a pesar de sus ventajas, no se hallaba en situacion de aceptar una batalla campal contra el grueso del ejército enemigo. Los plenipotenciarios de ámbos ejércitos se reunieron en la ciudad de Trujillo, i allí firmaron el 25 de noviembre de 1820 un armisticio que debia durar seis meses, prorrogable por el tiempo que se creyere necesario, siempre que, espirado este término, no se hubiesen concluido las negociaciones que debian entablarse para ajustar la paz. Durante la tregua, los dos ejércitos deberian mantenerse en sus posiciones respectivas sin acometer empresa alguna. El siguiente dia (26 de noviembre) se firmó, a instigacion de Bolívar, un tratado por el cual se regularizó la guerra, que hasta entónces se habia

hecho sin piedad por ámbas partes, comprometiéndose Bolívar i Morillo a respetar la vida de los prisioneros i a cumplir los otros deberes impuestos por la humanidad i los principios del derecho de jentes. No estará de mas recordar que este convenio fué firmado en la misma ciudad en que Bolívar, hostigado por las crueldades injustificables que cometian los españoles, decretó la "*guerra a muerte*" el 15 de junio de 1813.

Firmado este arreglo, Morillo manifestó a los comisionados patriotas que deseaba ardientemente tener una entrevista con Bolívar. El Libertador aceptó esta invitacion i se puso en marcha para Santa Ana, pueblo pequeño situado al norte de Trujillo, a poca distancia del lugar en que estaba acampado el jefe español. Allí se encontraron los dos jenerales rodeados por algunos oficiales i edecanes de ámbos ejércitos. Al acercarse, Morillo i Bolívar echaron pié a tierra, i se abrazaron con manifiestas señales de estimacion. Los dos jenerales, despues de haber combatido a muerte durante cinco años, pasaron algunas horas en la mas estrecha cordialidad, i se separaron el dia siguiente despidiéndose como viejos amigos.

No faltaron patriotas vehementes que reprobaran el armisticio celebrado por Bolívar. Habrian querido que la guerra siguiese sin tregua hasta la completa espulsion de los peninsulares; pero los que conocian el verdadero estado del ejército patriota i de toda la República de Colombia, celebraron cordialmente el convenio que venia a dar un descanso a los belijerantes. El jeneral español, por su parte, se felicitó grandemente de haber alcanzado el armisticio de Trujillo. Desde algunos meses ántes habia solicitado i conseguido del gobierno de Madrid su relevo del mando del ejército, pero no quiso alejarse de América sino cuando creyó que los negocios se encaminaban a la consecucion de una paz definitiva con la metrópoli. El 17 de diciembre (1820), se embarcó para España, llevando, segun se dice, grandes tesoros recojidos en el Nuevo Mundo, en vez de ols laureles que pensaba segar cuando con tanta arro-

gancia pisó las playas de Venezuela. El mariscal de campo don Miguel Latorre tomó en su reemplazo el mando del ejército peninsular.

3. Ruptura del armisticio; batalla de Carabobo.— El armisticio de Trujillo proporcionó un momento de descanso a los belijerantes; pero no detuvo la marcha de la revolucion colombiana. A la sombra de la paz creada por aquella tregua, los independientes continuaron preparándose para la guerra, i fomentaron la insurreccion de las provincias sometidas a los españoles.

La importante ciudad de Maracaibo se habia mantenido fiel a España durante toda la guerra. El jeneral Urdaneta, que por ser orijinario de esta ciudad, tenia en ella numerosas relaciones, envió sus ajentes i preparó las cosas para un levantamiento. El 28 de enero (1821), en efecto, Maracaibo se declaró por la causa de los patriotas i recibió un cuerpo de tropas enviado por Urdaneta para sostener aquella declaracion. Inútiles fueron las reclamaciones entabladas por el jeneral Latorre contra esta violacion del armisticio. Bolívar contestó al fin que someteria a juicio al jefe que habia ocupado la ciudad sin órdenes superiores, pero que él estaba en perfecto derecho para aceptar la incorporacion de Maracaibo desde que sus habitantes lo solicitaban espontáneamente.

Estas comunicaciones iban preparando una nueva ruptura. Bolívar habia nombrado dos plenipotenciarios que debian pasar a España a negociar la paz; pero cuando éstos salian a su destino, llegaron de la península cuatro ajentes del gobierno español, encargados de tratar aisladamente con los gobernadores de Venezuela i de Nueva Granada. Bolívar, que queria salir cuanto ántes de aquella situacion indefinida, intimó a Latorre la cesacion del armisticio si los comisionados no traian el poder espreso de reconocer la independencia de Colombia (10 de marzo). El jeneral peninsular conoció que la conservacion de la tregua era imposible, i fijó el 28 de abril para la reapertura de la campaña.

Bolívar, entre tanto, habia desplegado una grande actividad. Despues de dictar mil medidas militares, se reunió con Páez en el pueblo de San Cárlos, al sur de la montaña que limita los dilatados llanos de Venezuela. Miéntras tanto, el jeneral Soublette debia dirijir las operaciones por el oriente para llamar la atencion del ejército español que estaba acampado en Carabobo. Una parte de las fuerzas de éste, mandadas resueltamente por el jeneral Bermúdez, cayó sobre Carácas, obligando a las tropas realistas que la defendian a evacuar esta ciudad (14 de mayo). Estendiendo sus operaciones por aquella parte de territorio. Soublette distrajo un cuerpo considerable del ejército de Latorre, pero se vió forzado a abandonar la capital i a retirarse a las provincias orientales.

Latorre quedaba acampado en la llanura de Carabobo, entre la estensa montaña que lo separaba de Bolívar i la importante ciudad de Valencia, llave de todo el valle que canduce a la capital i a la costa. A su lado tenia 5,500 combatientes, perfectamente disciplinados i aguerridos; pero en cierto modo divididos por las rivalidades de los mismos jefes. Moráles, aquel feroz caudillo que habia hecho la guerra de esterminio en Venezuela, envidioso ahora de la elevacion de Latorre, trataba de desprestijiarlo ante sus propios soldados. Ese jeneral, valiente e impetuoso es verdad, pero poco hábil para dirijir las grandes operaciones, aconsejó a su jefe que permaneciese a la defensiva en Carabobo, i que sólo destacase pequeñas partidas para rechazar los cuerpos con que Bolívar queria llamar su atencion por otros lados.

Para llegar al campamento de Latorre, el Libertador tenia que pasar la montaña por la estrecha garganta de Buenavista, en donde un puñado de hombres habria podido detenerlo. Los españoles, sin embargo, habian hecho poco caso de esta ventajosa posicion para mantenerse en la llanura de Carabobo, desde donde creian cerrar a Bolívar la salida de los desfiladeros con el fuego de los cañones favorablemente colocados i con alguna infantería. Las huestes republicanas, fuertes de 6,000 soldados, penetraron

resueltamente en la montaña; pero al llegar al desfiladero que conduce a la llanura i cuyo paso era inaccesible, el Libertador ordenó que la division de vanguardia, mandada por el heroico Páez, siguiese su marcha por una vereda mui poco frecuentada que iba a salir sobre la derecha del ejército español. Este movimiento obligó a Latorre à modificar su plan de defensa; i moviendo sus tropas en ausilio del punto amenazado, hizo romper un fuego terrible sobre la vanguardia patriota. El batallon que iba a la cabeza de ésta, resistió vigorosamente a pesar de hallarse casi solo: pero vacilaba i retrocedia sin oir la voz de Páez, que lo alentaba con la palabra i con el ejemplo, cuando bajó de la montaña un rejimiento de ausiliares ingleses mandados por el coronel John Farrier. Con una sangre fria desconocida de los habitantes de los paises ardientes, el rejimiento inglés se formó en batalla bajo el fuego mas horroroso, i echando una rodilla a tierra, comenzó el combate i resistió el ataque de los contrarios hasta que se reorganizó el primer batallon, i llegaron en su socorro los otros soldados que bajaban la montaña. Entónces, los primeros cuerpos de los independientes i mui principalmente el batallon de ausiliares ingleses, cargaron a la bayoneta sobre la primera division realista, obligándola a caer en desórden sobre el grueso del ejército. El jeneral Moráles, que mandaba la caballería española, no se atrevió a resistir al ataque de los primeros escuadrones colombianos, i se abandonó a la fuga. Esta misma suerte corrió todo el ejército realista despues de una hora de combate, merced al empuje irresistible que habia sabido imprimir a sus movimientos el valor estraordinario de los ingleses. La caballería patriota persiguió a los fujitivos con tanto vigor como felicidad. Batallones enteros rindieron las armas, otros se dispersaron en las selvas; i sólo mui débiles restos del poderoso ejército de Latorre llegaron a Puerto Cabello. Esta famosa jornada, que puso término, puede decirse, a la dominacion española en Colombia (24 de junio de 1821), costó al ejército republicano la pérdida de no ménos de 200 hombres, entre

éstos se contaron el valiente i leal guerrillero Cedeño i el coronel ingles Farrier, uno de los primeros héroes de la batalla.

Las consecuencias de esta gran victoria no se hicieron esperar mucho tiempo. Bolívar i Páez entraron a Carácas el 29 de junio, i desde allí intimaron rendicion a los realistas que se habian retirado a La Guaira, i los cuales se rindieron en efecto (4 de julio), reconociendo la superioridad del Libertador. En esta ciudad espidió el gobierno independiente un decreto (14 de julio) por el cual se ofrecia pasaporte a los peninsulares que quisieran salir del pais, i se exijia juramento de fidelidad a los que se quedaran en él, pudiendo en todo caso realizar o estraer libremente sus propiedades, si así lo querian.

4. Campañas en el sur de la Nueva Granada.—El Libertador no descansó largo tiempo sobre los laureles de Carabobo. Dejando a Soublette al frente del gobierno de Venezuela, i habiendo dividido este pais en tres grandes cantones militares a cargo de los jenerales Mariño, Páez i Bermúdez, Bolívar salió de Carácas (1º de agosto), i se puso en marcha para Nueva Granada, a donde lo llamaban los trabajos del congreso, i la necesidad de activar la guerra contra las tropas españolas que dominaban en el sur de este pais i en toda la dilatada provincia de Quito.

El jeneral Santander, que mandaba en Bogotá, no habia descuidado aquellas operaciones. Habiendo reunido todas las tropas de que podia disponer, encargó al jeneral don Manuel Valdes i al coronel don José Míres que persiguieran a los realistas i penetraran a la presidencia de Quito. Míres, siguiendo su marcha por el valle que riega el Magdalena en su nacimiento, cayó sobre el pueblo de La Plata, i destrozó una columna del ejército español (28 de abril de 1820). Una vez libre de enemigos aquel valle, Míres se unió con el jeneral Valdes, i desde Neiva emprendieron la marcha al traves de las ásperas montañas que separan aquel valle del del Cauca. Allí derrotaron a los peninsulares en Pitayó (6 de julio), i obligaron en seguida al jeneral Calzada a

abandonar la ciudad de Popayan. Las tropas colombianas la ocuparon sin resistencia (16 de julio); pero Valdes no supo aprovecharse de su victoria, i perdió un tiempo precioso que habria podido emplear en perseguir a los fujitivos que se hallaban completamente desorganizados.

El presidente de Quito, jeneral don Melchor Aimerich, hacia, entre tanto, esfuerzos sobrehumanos para rechazar la invasion. Reunió, en efecto, tropas considerables en la provincia de Pasto, desde donde se preparaba para renovar la campaña. Por fortuna, en esa época la revolucion aparecia en otra parte con nuevo vigor. El Perú habia sido invadido en setiembre de ese año por un ejército chileno que mandaba el jeneral San Martin. La importante provincia de Guayaquil no fué indiferente a este suceso. En la noche del 9 de octubre la ciudad alzó el grito de independencia. Sus pobladores sometieron la guarnicion española i crearon autoridades nacionales, designando como gobernador al ilustre poeta guayaquileño don José Joaquin Olmedo.

La ciudad de Guayaquil, en su aspecto militar, dependia accidentalmente del virreinato del Perú; pero el gobierno revolucionario, sea porque temiese verse atacado por los peninsulares que mandaban en Quito, o porque quisiera cooperar a la emancipacion de Colombia, organizó una division de 1,500 hombres que puso a las órdenes del comandante don Luis Urdaneta. Esas tropas invadieron resueltamente la presidencia de Quito proclamando en todos los pueblos la independencia absoluta. El presidente Aimerich se vió obligado a abandonar sus cuarteles de Pasto i a volar al sur para rechazar la invasion de los guayaquileños. El 22 de noviembre (1820) tuvo lugar en la llanura de Guachi un combate entre las fuerzas españolas de Aimerich i las independientes de Urdaneta, en que estas últimas fueron derrotadas i perseguidas con gran teson. Aimerich volvió entónces al norte sus armas vencedoras para rechazar la invasion de un cuerpo colombiano. El jeneral Valdes, en efecto, habia salido de Popayan i dado un nuevo empuje a

las operaciones por aquella parte. Despues de haber pasado el correntoso Juanambú, en cuyas márjenes fué derrotado Mariño en 1813, Valdes tuvo que sostener un encarnizado combate con una division realista que mandaba el coronel don Basilio García. Los republicanos sufrieron allí una terrible derrota, que los obligó a replegarse al norte en gran desórden (2 de febrero de 1821).

Por fortuna de los vencidos, llegaron entónces a la provincia de Pasto los ajentes enviados por Bolívar para anunciar a los belijerantes el armisticio de Trujillo. Aimerich ordenó suspender las hostilidades, i permitió que los comisionados del Libertador avanzasen hasta Quito para arreglar con ellos lo relativo a la tregua [2]. Junto con esos ajentes, Bolívar habia enviado al jeneral don José Antonio de Sucre, militar venezolano de sólo 28 años de edad, pero mui distinguido ya por su valor i por su gran talento i que estaba destinado a llenar con su nombre muchas de las mas gloriosas pájinas de la revolucion americana. Sucre tenia encargo de tomar el comando de las tropas colombianas que operaban en el sur de la Nueva Granada; i comenzando a desempeñar su cargo de jefe con gran prudencia, las retiró hácia Popayan para reorganizarlas i ponerlas en estado de abrir una nueva campaña.

El presidente de Quito se resistia a reconocer que el armisticio de Trujillo comprendiese tambien a los revolucionarios de Guayaquil. En esa creencia, continuó haciendo sus aprestos militares sin la menor interrupcion miéntras que los guayaquileños, divididos en bandos, no sabian si incorporarse a Colombia o al Perú, o si debian constituirse

---

[2] Aimerich, en cumplimiento de las órdenes de la corte, tuvo que proclamar el indulto de todos los procesados por delitos políticos. El jefe realista Calzada, sometido a juicio por su conducta militar en la campaña de Popayan, fué puesto en libertad. De Pasto se dirijió por el rio Amazonas, i se embarcó para España; de allí volvió de nuevo a Venezuela para ser el último jefe español que sostuviera la guerra contra los independientes.

en un estado independiente. En esta situacion, pidieron ausilios a Bolívar en el norte, i a San Martin, que dominaba entónces en el Perú.

El Libertador de Colombia anduvo mas activo. Dispuso que Sucre, reuniendo algunas fuerzas patriotas en Popayan, marchase con la mayor presteza a Guayaquil para tomar esta provincia bajo la proteccion de Colombia. Sucre, en efecto, se embarcó en el puerto de San Buenaventura, (en la costa del Pacífico, en el virreinato de Nueva Granada), que habian ocupado poco ántes los republicanos, i llegó a Guayaquil en los primeros dias de mayo con una regular division de soldados colombianos. En esta ciudad se mantuvo hábilmente separado de todas las influencias de partido, como si fuese estraño a las cuestiones que se debatian respecto a la suerte futura de la provincia. Las tropas colombianas no salieron de este estado de aparente indiferencia sino cuando un peligro inesperado amenazó de muerte la revolucion de Guayaquil. El 17 de julio (1821) las lanchas cañoneras de los independientes fondeadas en el rio, proclamaron al rei de España i amenazaron cañonear la ciudad. Dos dias despues se sublevó a corta distancia otro batallon patriota. Sucre puso entónces en movimiento las tropas de su mando, i obligó a los facciosos a tomar la fuga, ganándose así el afecto de los guayaquileños.

Como aquella insurreccion realista habia sido preparada i dirijida por la influencia de Aimerich, i como se supiese que éste se disponia a invadir a Guayaquil, los patriotas no trepidaron en ordenar una campaña contra los contrarios de Quito. Sucre recibió el comando de lás tropas independientes, i con ellas batió en Yaguachi, en la provincia de Cuenca, una division de mas de 1,000 españoles que marchaba a reunirse con Aimerich (19 de agosto). El resto de la campaña no fué tan feliz para los republicanos: despues de operaciones bien combinadas, i a pesar de su inferioridad numérica, Sucre atacó las tropas de Quito en Guachi, en el mismo lugar en que Urdaneta habia sido batido el año anterior, i como éste, fué completamente derrotado (12

de setiembre). El jeneral colombiano regresó a Guayaquil con los miserables restos de su division.

5. BATALLA DE PICHINCHA; INCORPORACION DE LA PRESIDENCIA DE QUITO A LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.—A pesar de su último triunfo, Aimerich no pudo perseguir a los patriotas fujitivos con la actividad i con el vigor que convenia. El jeneral Sucre, por su parte, consiguió que el coronel español Tolrá, encargado de adelantar las operaciones contra Guayaquil, aceptase (20 de noviembre) una tregua de tres meses, debiendo entre tanto conservar ámbos ejércitos las posiciones que ocupaban al firmar el tratado. Aimerich debia imponerse en ese tiempo de los sucesos que en esa misma época ocurrian en el Perú, en Nueva Granada i en Venezuela, i de los cuales no tenia entónces una noticia cabal.

La tregua celebrada con Tolrá no fué ratificada por el jeneral peninsular. Las operaciones militares, sin embargo, no adelantaron, pero sí los aprestos para una nueva campaña. A fines de 1821 llegó a la provincia de Quito, por la via de Panamá, el jeneral español don Juan de la Cruz Mourgeon, nombrado por la corte de Madrid capitan jeneral de las tropas realistas de la Nueva Granada. Militar intelijente e impetuoso, Mourgeon habia hecho las marchas mas penosas para llegar a Quito; i allí desplegó una aparatosa actividad para dar nuevo impulso a la guerra. Sucre, por su parte, no habia permanecido en la inaccion. Pidió a San Martin que le enviara del Perú ausilios de tropas para atender a la seguridad i a la defensa de la revolucion guayaquileña; i cuando supo que esos ausilios se hallaban cerca, decretó (18 de enero de 1822) que cesaba el armisticio celebrado con el coronel Tolrá por no haber sido ratificado por los jefes españoles.

El jeneral colombiano comprendia mui bien la necesidad de abrir la campaña ántes que los realistas reunieran todos sus elementos i le cerraran el camino de Quito. Marchó con sus tropas a la provincia de Loja, i allí se reunió con la division ausiliar que llevaba del Perú el coronel don Andres Santa Cruz (9 de febrero). Las fuerzas de Sucre alcanzaron

entónces a contar mas de 2,000 hombres, bien disciplinados i equipados. Los jinetes chilenos que enviaba San Martin, renovaron allí sus cabalgaduras para continuar las penosas marchas, i llevar a cabo una campaña llena de peligros i de glorias.

La opinion se mostraba por todas partes mui favorable a los patriotas. El coronel español Tolrá que mandaba la vanguardia de los realistas, se vió precisado a replegarse a Quito, evitando todo encuentro con las tropas colombianas. Sucre ocupó casi a la vista del enemigo la ciudad de Cuenca, i en seguida se estendió hasta Alausi i Riobamba, de que tomó posesion el 22 de abril sin que los peninsulares trataran de oponer una resistencia séria. El capitan jeneral Mourgeon habia muerto pocos dias ántes (3 de abril) de abatimiento i de desesperacion al ver el mal estado de los negocios de España en el Nuevo Mundo. Aimerich, que reasumió el mando, se manifestó dispuesto a resistir a los patriotas miéntras le fuese posible; i al saber la marcha de Sucre sobre Quito, mandó defender las inaccesibles gargantas de Jalupana i la Vindita, donde pocos soldados podian triunfar de un ejército. [3]

A fin de evitar aquellas formidables posiciones, Sucre escaló las heladas cimas del Cotopaxi para aparecer en los valles inmediatos a Quito. Los españoles, turbados i confundidos ante la rapidez i la audacia del ejército republicano, se abstuvieron de presentar combate, i se empeñaron sólo en defender otras posiciones. Sucre quiso entónces ocupar el norte de esa capital para cortar a Aimerich toda comunicacion con la provincia de Pasto; i emprendiendo una marcha nocturna por la falda del volcan Pichincha, i por un camino sumamente escabroso, en la mañana del 24 de mayo se encontró en las eminencias que dominan a Quito.

---

[3] Para el estudio de esta campaña, consúltese la carta jeográfica de la República del Ecuador por Teodoro WOLF, a que sirve de complemento esplicativo el libro que éste publicó con el título de *Jeografía i Jeolojía del Ecuador* (Leipzig, 1892).

El jeneral patriota habia burlado con grande habilidad todas las acechanzas del enemigo, i se encontraba al fin en estado de cortarle toda comunicacion con las fuerzas realistas de Pasto. Aimerich no quiso retardar por mas tiempo una batalla decisiva. Las tropas de su mando atacaron a los patriotas ántes que bajaran de las alturas que ocupaban; i allí, en las faldas del Pichincha, se sostuvo un encarnizado combate en que patriotas i realistas hicieron prodijios de valor. Un cuerpo de voluntarios ingleses de la division de Colombia, i los granaderos a caballo, chilenos i arjentinos de la division de Santa Cruz, consumaron, puede decirse así, la derrota de Aimerich.

La batalla de Pichincha, conocida en la historia de Colombia con el nombre de Carabobo del sur, puso término a la dominacion española en la presidencia de Quito. El dia siguiente de esa gran victoria, los patriotas ocuparon la capital mediante una capitulacion noble i jenerosa para los vencidos (25 de mayo de 1822). Sucre se comprometió a acordar a los peninsulares los honores de la guerra i a remitirlos en seguida a la isla de Cuba. El número de los rendidos alcanzaba a 1,100 soldados i a 160 jefes i oficiales. El pueblo quiteño no pudo resistir a las artificiosas exijencias del jeneral vencedor que habia enarbolado en la ciudad el pabellon de Colombia; i el 29 de mayo se declaró incorporado a la gran república que acababa de crear el jenio de Bolívar.

El Libertador, entre tanto, se hallaba en la provincia de Pasto ocupado en dominar las últimas resistencias de los realistas. Cuando supo que Sucre habia sido derrotado en Guachi, salió apresuradamente de Bogotá; i despues de una campaña de algunos meses, batió a los españoles en Bonabona (7 de abril). La guerra se habria continuado, sin embargo, en aquella rejion donde los peninsulares contaban con las simpatías jenerales de la poblacion; pero en los primeros dias de junio se recibió allí la noticia de la batalla de Pichincha, i el coronel español don Basilio García, que mandaba las tropas realistas, se vió forzado a capitu-

lar. Bolívar entró entónces a Pasto (8 de junio), i estableció allí la administracion de la República tratando de ganarse por los medios de suavidad i de prudencia la estimacion de los pastosos, hasta entónces enemigos constantes de la revolucion.

La incorporacion de Quito a la República de Colombia no costó en realidad grandes trabajos. Cuando Bolívar entró a esta capital (16 de junio), fué recibido por el pueblo como el fundador de la República; pero en Guayaquil se suscitaron dificultades mas sérias todavía. Muchos hombres importantes de esta ciudad querian conservar la segregacion e independencia de Guayaquil, miéntras que otros pedian que se incorporase al Perú, con el cual lo ligaban relaciones comerciales que casi no existian con Colombia. Bolívar, sin embargo, no pudo resignarse a soportar esta resistencia. Se presentó en Guayaquil (11 de julio), donde fué recibido con el mayor entusiasmo; i a su sombra, las personas adictas a Colombia pidieron al cabildo que la provincia fuese incorporada desde luego a aquella República. La junta de gobierno mandó reconocer a Bolívar como jefe político i militar; pero esperó que una asamblea de representantes de los pueblos, convocada de antemano, resolviese en definitiva sobre aquella gran cuestion. El 30 de julio (1822) la representacion de la provincia declaró por fin a Guayaquil incorporado a la República de Colombia. En esa época, la independencia de la gran República estaba definitivamente asegurada; pero aun quedaban algunos enemigos en el otro estremo de su territorio.

6. Últimas operaciones militares de los españoles en Venezuela i en Nueva Granada.—A mediados de 1821, la guerra de la independencia parecia casi definitivamente terminada en Venezuela i en Nueva Granada. En la primera de estas secciones, los realistas no conservaban en su poder mas que las plazas de Puerto Cabello i de Cumaná; pero algunos guerrilleros atrevidos peleaban todavía en los llanos vecinos a Caráeas i en las inmediaciones de Coro. En la Nueva Granada, los españoles dominaban sólo en

Cartajena i en el istmo de Panamá. Todo hacia presentir que un impulso vigoroso dado a las operaciones militares pondria término a la guerra que asolaba esos paises desde diez años atras.

En efecto, el jeneral Montilla, que permanecia a la cabeza del ejército que sitiaba a Cartajena, activó las operaciones para aprovecharse del desaliento que debia producir en el ánimo de los defensores de la plaza la noticia de la gran victoria de Carabobo. Despues de algunas operaciones hábilmente dirijidas, el jeneral republicano convirtió en estrecho sitio el bloqueo de Cartajena; i entónces ofreció al coronel Torres, que mandaba en la ciudad, una honrosa capitulacion. El jefe español, viéndose abandonado por todas partes i rodeado de tropas hambrientas, capituló i entregó la ciudad, saludando préviamente en cada fuerte la bandera vencedora de Colombia (10 de octubre). Los independientes encontraron en aquella plaza mas de 500 cañones i un gran repuesto de fusiles, sables i municiones.

Montilla pensó entónces en llevar sus armas vencedoras a la rejion del istmo, en que todavía dominaban los peninsulares. Antes de emprender esta nueva campaña, supo que los pueblos de aquella provincia se habian sublevado; i que el 28 de noviembre de 1821, Panamá habia declarado solemnemente su propósito de incorporarse a Colombia.

La guerra se sostenia entre tanto en la rejion de Venezuela sin grandes sucesos que condujeran a un desenlace. La ciudad de Cumaná se rindió al jeneral Bermúdez (16 de octubre); pero los españoles conservaron siempre la importante plaza de Puerto Cabello. El jeneral Latorre ausiliaba desde allí a los guerrilleros realistas, o despachaba espediciones a diversos puntos. Por ausencia de Bolívar, que se hallaba entónces en Nueva Granada, el jeneral Soublette mandaba las operaciones del ejército patriota en aquel pais i sostenia la guerra con bastante actividad, si bien la falta de elementos mas poderosos no le permitia llevarla a término.

La España no se hallaba entónces en situacion de prestar

un ausilio eficaz a los realistas que sostenian aun en Colombia una lucha estéril. Latorre, que conocia perfectamente este estado de cosas, solicitó su relevo del comando del ejército, i obtuvo en efecto de la corte el nombramiento de capitan jeneral de Puerto Rico, colonia pacífica que vivia sometida a la península en la mayor tranquilidad. En su reemplazo, el rei designó al brigadier Moráles, que habia adquirido tan funesta celebridad durante la guerra de la independencia de Venezuela. Latorre entregó el mando (4 de agosto de 1822), i se alejó de aquel pais dejando el recuerdo de un jeneral prudente i pundonoroso, i de un enemigo humano i leal.

Moráles desplegó una actividad verdaderamente maravillosa: aprovechándose del desconcierto de los jefes independientes durante la ausencia del Libertador, el nuevo jeneral realista se embarcó en Puerto Cabello con 1,200 hombres (24 de agosto), i se dirijió a la península de Goajira, que cierra por el norte el golfo de Maracaibo. Habiendo dispersado los cuerpos patriotas que quisieron oponerse a su marcha, se apoderó de la importante plaza de Maracaibo (7 de setiembre) que defiende la entrada del espacioso lago del mismo nombre. El sarjento mayor don Natividad Villàmil que mandaba la guarnicion del castillo de San Cárlos, lo entregó sin combatir, poniendo de este modo a Moráles en posesion del lago, i por tanto en situacion de operar con ventaja sobre las provincias de Mérida en Venezuela i de Pamplona en Nueva Granada. A estas ventajas de los realistas se agregó otra no ménos importante. El jeneral republicano Montilla, que mandaba en Cartajena, envió una division de 1,000 hombres a reconquistar a Maracaibo; pero estas fuerzas fueron completamente derrotadas por Moráles en la llanura de Garabulla (12 de noviembre). Despues de este triunfo, la ciudad de Coro fué ocupada sin oposicion por el mismo Moráles (3 de diciembre), miéntras al occidente de Maracaibo aparecian numerosas partidas de antiguos realistas que volvian a presentarse confiados en la proximidad de una reaccion completa en

favor de la España. La ciudad de Santa Marta fué tomada por esos guerrilleros (3 de enero de 1823).

La guerra de Venezuela tomaba, pues, de nuevo un jiro favorable para los realistas; pero la anarquía que reinaba en España i el desgobierno que se hacia sentir en las dos colonias españolas de las Antíllas, en Cuba i en Puerto Rico, fueron causa de que Moráles no recibiera los ausilios que necesitaba para adelantar la guerra que habia emprendido con tanta impetuosidad i con tan buena fortuna. Los republicanos, por su parte, activaron las operaciones con grande empeño acercando con admirable rapidez tropas i armamentos a los puntos que ocupaban los españoles. Montilla recuperó a Santa Marta (22 de enero), i persiguió a los guerrilleros realistas que infestaban aquella provincia. Otro oficial venezolano enviado por el jeneral Soublette, ocupó a Coro.

Pero los principales esfuerzos de los patriotas para combatir la reaccion realista tuvieron por teatro el mar. El coronel don José Padilla, que habia reemplazado definitivamente a Brion en el comando de la escuadra colombiana, reunió sus fuerzas en las costas inmediatas a la boca del Magdalena con la cooperacion del jeneral Montilla, que mandaba allí. Con fuerzas mui poco considerables, pero sí con una audacia estraordinaria, Padilla forzó la entrada del estrecho canal que comunica el lago de Maracaibo con el golfo del mismo nombre, sufriendo los fuegos de las fortalezas de tierra i perdiendo sólo una de sus naves, que se varó en un banco de arena (8 de mayo). Poco tiempo despues, derrotó en ese mismo lago la escuadra española que mandaba el capitan de navío don Anjel Laborde (24 de julio). La ocupacion del lago hizo tambien a Padilla dueño de la ciudad de Maracaibo. Moráles, que se encontraba en ella, viéndose cortado por todas partes i suspendidas sus comunicaciones con Puerto Cabello, que era el último baluarte de la resistencia peninsular en Venezuela, aceptó la capitulacion que le ofrecia Padilla (3 de agosto), entregó la ciudad i se retiró a Cuba, convencido de que habia lle-

gado la última hora de la dominacion española en el continente.

Los realistas dominaban todavía en Puerto Cabello, cuya guarnicion obedecia al brigadier Calzada. El jeneral Páez mandaba las tropas colombianas encargadas del asedio. Las operaciones de los independientes contra una plaza perfectamente defendida, fueron naturalmente largas i penosas. Por fin, en setiembre (1823) el sitio quedó perfectamente establecido. Sin embargo, se habria prolongado mucho tiempo mas si Páez no hubiera recibido aviso de que existia un camino practicable al traves de los dilatados pantanos que forman una fortificacion natural al oriente de la plaza, por donde no existian defensas artificiales. Páez dió el asalto de la plaza en la noche del 7 al 8 de noviembre, con gran denuedo i venciendo dificultades que habrian parecido insuperables. Los soldados colombianos enteramente desnudos, emprendieron la marcha por entre los pantanos; i una vez en los suburbios del pueblo, se dividieron en pelotones i atacaron de improviso a la guarnicion española. El combate fué verdaderamente terrible; pero ántes de amanecer, los patriotas eran dueños de la ciudad. Dos dias despues, la bandera colombiana flameaba en el castillo de San Felipe, último asilo de los obstinados defensores de Puerto Cabello. El brigadier Calzada i muchos otros oficiales i soldados quedaron prisioneros despues de este combate que puso término a las prolongadas i sangrientas guerras de la revolucion colombiana.

7. Constitucion de Colombia.—Antes de la completa espulsion de los españoles, la República de Colombia se habia constituido definitivamente. Las constituciones provisionales que hasta entónces habian rejido en Nueva Granada i en Venezuela eran anteriores a la union de los dos pueblos, i no correspondian a las exijencias de todos. Por eso el gobierno revolucionario, dirijido por el doctor don Juan Jerman Róscio, en su carácter de vice-presidente de la República, convocó desde la ciudad de Angostura (9 de noviembre de 1820) a los venezolanos i neo-granadinos

para un congreso verdaderamente colombiano, que debia reunirse en el Rosario de Cúcuta, villa pequeña, situada al noroeste de Pamplona, i en la raya divisoria de los dos estados.

El congreso se instaló, como estaba anunciado, el 6 de mayo (1821) con los diputados libres i legalmente elejidos por veintidos provincias que entónces estaban emancipadas del gobierno colonial. Dos meses ántes (13 de marzo) habia fallecido el doctor Róscio. El Libertador llamó al cargo de vice-presidente de la República al jeneral don Antonio Nariño, que acababa de llegar de su cautiverio de Cádiz, Apénas instalado el congreso colombiano, Bolívar i Nariño, como presidente i vice-presidente de Colombia, i los jenerales Soublette i Santander, como jefes de Venezuela i de Nueva Granada, hicieron renuncia de los cargos que desempeñaban. El congreso les pidió que se conservasen en esos puestos hasta el establecimiento de un arreglo definitivo del gobierno por medio de la constitucion.

La union definitiva de Venezuela i Nueva Granada llamó con preferencia la atencion de los lejisladores. Las condiciones del pacto de union fueron el objeto de largos i serios debates; pero al fin, el 12 de julio, el congreso fijó las bases repitiendo al mismo tiempo la declaracion solemne de no someterse jamas a la dominacion estranjera. Los lejisladores reconocieron como deuda nacional de Colombia las deudas que los dos pueblos habian contraido separadamente; i acordaron levantar en mejores circunstancias una nueva ciudad con el nombre del Libertador Bolívar, que seria la capital de Colombia i el asiento del gobierno jeneral.

En seguida entró el congreso a discutir la Constitucion jeneral de la nacion. Los diputados colombianos, aconsejados por una dolorosa esperiencia, querian apartarse del federalismo que tantos males habia causado a ámbos pueblos en los primeros tiempos de la revolucion. En efecto, la carta fundamental decretada en 30 de agosto de 1821 estableció la unidad gubernativa en manos de un presidente

elejido por el congreso, i con atribuciones restrinjidas por los otros poderes públicos: el cuerpo lejislativo se componia de un senado i de una cámara de representantes elejidos popularmente. Los senadores no eran vitalicios como por la constitucion dictada dos años ántes en Guayana, sino elejidos por el término de ocho años, porque se creia que aquella disposicion, sujerida por el jeneral Bolívar, envolvia un principio aristrocrático, inaceptable en una República. Los diputados debian durar sólo cuatro años. El poder ejecutivo estaba confiado a un presidente, cuya duracion era tambien de cuatro años i reelejible sólo por una vez, a un vice-presidente que debia subrogar al primero, en los casos de muerte o enfermedad, i a un consejo de gobierno compuesto de los cinco secretarios del despacho i de un miembro de la alta corte de justicia. El poder judicial residia en este supremo tribunal, en otros de apelaciones i en los juzgados de primera instancia.

El nuevo Código jeneral organizaba tambien todos los detalles de la administracion. El congreso designó a Bolívar para el cargo de presidente de la República i al jeneral Santander para vice-presidente. Ámbos jefes trabajaron con laudable teson en remover los obstáculos que se oponian al progreso moral i material de la República. Abrieron escuelas, llamaron la emigracion estranjera i estimularon el comercio. El congreso, por su parte, secundó estos esfuerzos mediante numerosas leyes de organizacion administrativa. La República fué convenientemente dividida en siete grandes departamentos, i se estableció la capital provisoria en la ciudad de Bogotá.

En 1821, cuando se dictó aquella constitucion, los colombianos la creyeron el fundamento de la prosperidad nacional En el esterior se pensó tambien que la República de Colombia iba a ser un estado rival de la gran República del norte por la estension de su territorio, la riqueza de su suelo i la actividad de sus hijos. Jamas pais alguno ha enjendrado, al nacer, espectativas mas lisonjeras. Pocas veces un hombre alcanzó en unos cuantos años mas prestijio i

mas respeto en su propia patria, i mayor renombre en el estranjero que el Libertador. Bolívar fué mirado en Colombia con una veneracion que rayaba en fanatismo. No habia honor que no se le tributara, ni distincion a que no se le creyera merecedor. Se le decretaban estatuas i monumentos que recordaran sus proezas, i se le llamaba por todas partes el padre i el fundador de la República. En el estranjero, su prestijio fué tambien inmenso. Para los europeos, su nombre simbolizaba toda la historia de la revolucion hispano-americana, de tal modo que miéntras se desconocian casi completamente las hazañas i en cierto modo hasta los nombres de San Martin, de Páez, de O'Higgins i de Morélos, el de Bolívar era repetido en Europa como el de un segundo Washington, mas brillante i mas impetuoso que el primero.

El Libertador aumentó este prestijio todavía con sus campañas posteriores en el Perú, de que daremos cuenta mas adelante [4], pero despues de haber adquirido tanto lustre, su estrella comenzó a eclipsarse. Bolívar encontró las primeras resistencias cuando comenzaba a ofuscarlo el brillo de su propia gloria. La guerra civil surjió en Colombia durante la vida del Libertador. Muchas de sus criaturas hicieron armas contra él; i despues de borrascosas turbulencias, Venezuela se separó de la gran República (1829). Bolívar murió al año siguiente (17 de diciembre de 1830) dejando a Colombia próxima a fraccionarse. En efecto, un año despues se separó tambien la antigua presidencia de Quito, formando la República del Ecuador. El territorio que estuvo sometido a la antigua audiencia de Bogotá, tomó entónces el nombre de República de Nueva Granada [5].

---

[4] Cap. XIII, § 8 i cap. XIV, §§ 4, 5, 6 i 7.

[5] No entra en nuestro plan el dar noticias de estos sucesos que forman parte de la historia de la República, propiamente dicha, i cuyo estudio nos llevaria demasiado léjos. El que desee conocerlos puede consultar con provecho las obras citadas de Restrepo i de Baralt, que refieren la disolucion de Colombia con grande acopio de datos.



CAPÍTULO XIII.

La espedicion libertadora del Perú.

(1813-1823)

1. Estado del Perú ántes de 1814; insurreccion del Cuzco.—2. Gobierno del virrei Pezuela.—3. Espedicion libertadora bajo el mando de San Martin; conferencias de Miraflores.—4. Primeros triunfos de la campaña.—5. Deposicion de Pezuela; el nuevo virrei entabla negociaciones.—6 El ejército libertador ocupa a Lima; proclamacion de la independencia del Perú.—7. Rendicion del Callao; derrota de Ica.—8. Entrevista de Bolívar i San Martin; este último se retira del Perú.

1. Estado del Perú ántes de 1814; insurreccion del Cuzco.—Durante los primeros años de la insurreccion americana, el Perú habia sido el centro del poder i de los recursos españoles en la América meridional. De allí salieron los ejércitos que llevaron la guerra contra los revolucionarios arjentinos en la antigua presidencia de Chárcas. Del Perú salieron tambien cuerpos de tropa para someter la presidencia de Quito, i los que reconquistaron la capitanía jeneral de Chile. El espíritu de resistencia tenaz al levantamiento de las colonias españolas estaba dignamente representado por el virrei don José Fernando de Abascal, que con una actividad verdaderamente maravillosa hacia frente a los peligros de que se veia rodeado por todas partes.

Sin embargo los jérmenes del descontento i la insurrec-

cion existian latentes en todo el virreinato, si bien no se dejaban percibir en la capital. Lima, como Méjico, estaba supeditada, puede decirse así, no tanto por las fuerzas que la guarnecian, cuanto por la influencia i el prestijio de los altos funcionarios i de los caracterizados señores que residian en ella. El lujo i la riqueza de esas dos ciudades, creaban en ellas una especie de corte que ejercia una gran fascinacion sobre sus pobladores. Aunque ámbas tenian un mayor número de hombres instruidos que las otras ciudades de América, esa misma ilustracion basada jeneralmente en la jurisprudencia civil i canónica que se enseñaba en las universidades peninsulares, era el mas firme sosten de aquel réjimen ante la opinion. En las provincias mas apartadas del virreinato se habian notado síntomas mas o ménos manifiestos de insurreccion que fueron perseguidos i castigados con gran dureza; pero los pueblos se mantuvieron sumisos por temor a los poderosos recursos con que contaba el virrei mas bien que por afeccion a la metrópoli [1].

De todos estos conatos de revolucion, el mas notable fué uno que estalló en el Cuzco i que puso en gran peligro el poder del virrei i la estabilidad de la dominacion española en el Perú. La planteacion del réjimen constitucional creado en España en 1812, i las resistencias que oponian las autoridades a su ejecucion, produjeron un gran descontento en aquella provincia. Algunos vecinos del Cuzco, patriotas ardorosos, tramaron una conspiracion que fué denunciada oportunamente al presidente interino, brigadier don Martin Concha, natural de la misma ciudad. Ignorando este denuncio, los patriotas atacaron una noche (5 de noviembre de 1813) el cuartel de la guarnicion de la plaza; pero fueron recibidos a balazos, i tuvieron que dispersarse de-

---

[1] Don Benjamin Vicuña Mackenna en su libro titulado *La revolucion de la independencia del Perú desde 1810 a 1820*, Lima, 1860, ha consignado prolijas noticias históricas sobre todos estos intentos de revolucion.

jando en las calles algunos de los suyos, muertos i heridos. El dia siguiente, fueron apresados i sometidos a juicio varios caballeros influyentes de la ciudad, a quienes se les atribuia participacion en el malogrado motin. Uno de ellos fué don José Angulo que estaba destinado a desempeñar un papel notable en la revolucion americana.

El juicio de los presos marchaba con gran lentitud, cuando llegó al Cuzco la noticia de la rendicion de la importante plaza de Montevideo i del triunfo completo dé los revolucionarios arjentinos en ámbas orillas del Plata. Angulo creyó que era llegado el momento de dar un golpe decisivo, i poniéndose de acuerdo con los mismos oficiales encargados de su custodia, preparó la revolucion. Algunos de los militares realistas vencidos en Salta por Belgrano, i capitulados despues de su derrota, quejosos por el maltrato que recibieron de sus jefes, secundaron a Angulo en sus trabajos [2]. Al fin, en la noche del 2 de agosto (1814), dió la voz de insurreccion con el apoyo de la tropa, apresó al presidente Concha, a otros altos funcionarios i a casi todos los españoles residentes en el Cuzco. En la mañana siguiente (3 de agosto), fueron convocadas las corporaciones civiles i eclesiásticas, i los vecinos de mayor respeto; i allí se organizó un gobierno provisional compuesto de tres individuos. Angulo conservó para sí el mando militar de la plaza.

El mas importante de los miembros de ese gobierno fué un indio, cacique de una reduccion inmediata al Cuzco, que gozaba de grandes consideraciones en toda la provincia, i que ha dado su nombre a la revolucion de 1814. Don Mateo García Pumacagua, así se llamaba, se habia distinguido siempre por su fidelidad al rei i a sus delegados. En 1781, a la época de la insurreccion de Tupac-Amaru, i a pesar de creerse descendiente de los antiguos incas, Puma-

[2] GARCÍA CAMBA, *Memorias para la historia de las armas reales en el Perú*, tomo I, cap. VI, páj. 118.—Véase atras, (part. IV, cap. VIII, § 7).

cagua se pronunció en favor de làs autoridades españolas, i sufrió por ello grandes daños. Treinta años mas tarde, en 1811, sirvió como jefe de una division a las órdenes del jeneral Goyeneche, e hizo una importante campaña en el Alto Perú. El virrei lo elevó al grado de brigadier del ejército peninsular, i le confió durante algunos meses, el gobierno interino del Cuzco. Pumacagua, sin embargo, creia desatendidos sus servicios, i vivia retirado en sus dilatadas posesiones de campo, cuando se le avisó que los revolucionarios lo llamaban al gobierno.

Los insurrectos pusieron inmediatamente sobre las armas fuerzas considerables. Formaron con ellas tres divisiones que salieron a campaña por diversos puntos, una para operar sobre Guamanga, otra sobre Arequipa i la tercera sobre el Desaguadero i la Paz. La revolucion triunfó desde luego en todas partes: la Paz fué tomada a viva fuerza el 24 de setiembre i Guamanga ocupada sin dificultad; Arequipa cayó en poder de Pumacagua despues de sangrientos combates (10 de noviembre). En todas partes tambien la revolucion cometió grandes desmanes, fusilando a los jefes vencidos i permitiendo el saqueo de las propiedades particulares.

La insurreccion del Cuzco produjo un terror profundo en Lima. Abascal se hallaba separado del grueso del ejército del virreinato, que estaba colocado a las órdenes del jeneral Pezuela en las fronteras de las provincias arjentinas. Otra parte de sus tropas habia partido poco ántes para Chile al mando del coronel Osorio con encargo de consumar la reconquista de este pais. El virrei en medio de la turbacion i el sobresalto, mandó reunir las fuerzas de que podia disponer i las hizo salir para el Cuzco, llevando a su cabeza al teniente coronel don Vicente González. En seguida dispuso que Osorio abandonase la campaña de Chile, se reembarcase a la mayor brevedad i fuese al Perú en ausilio de las autoridades amenazadas por el cataclismo revolucionario.

Todas estas medidas habrian sido completamente in-

fructuosas para pacificar al Perú si el jeneral don Joaquin de la Pezuela no se hubiera apresurado a combatir a los insurrectos con grande actividad. Temiendo que los arjentinos, libres ya de los realistas que habian ocupado la plaza de Montevideo, reforzasen su ejército del norte, Pezuela se retiraba hácia Potosí, cuando tuvo noticias del levantamiento del Cuzco, que venia a cortarle sus comunicaciones con Lima. En esas circunstancias, el coronel don Saturnino Castro, americano que se habia distinguido como militar en las filas españolas, quiso sublevar una parte del ejército; pero descubierto en sus trabajos, Pezuela tomó una resolucion suprema para estirpar todo jérmen de insurreccion. Apresó al coronel Castro, lo sometió a juicio i lo hizo fusilar por el delito de traicion. En seguida, separando de su ejército una division de 1,200 hombres al mando del mariscal de campo don Juan Ramírez, le dió órden de marchar prontamente contra los revolucionarios del Cuzco.

A Ramírez cupo la gloria de pacificar el Perú en tan angustiadas circunstancias. El 16 de setiembre (1814) partió de Santiago de Cotagaita, donde estaba acampado el ejército peninsular, i el 28 del mismo mes se hallaba en los alrededores de la Paz, en donde derrotó a los revolucionarios que cuatro dias ántes habian ocupado aquella ciudad. El resto de su campaña fué una série no interrumpida de triunfos. Pumacagua abandonó a Arequipa (6 de diciembre) al sólo anuncio de que se aproximaba el ejército español, llevando consigo en calidad de prisioneros a los jenerales don Francisco Picoaga i don José Gabriel Moscoso, americanos ámbos que se habian distinguido notablemente en el ejército del rei, i que fueron fusilados en el Cuzco pocos dias despues. Ramírez se demoró en Arequipa cerca de dos meses para reunir algunas fuerzas que el virrei Abascal enviaba desde Lima, porque juzgaba temerario el abrir la campaña contra el Cuzco, en donde esperaba con razon hallar una vigorosa resistencia.

En esta ciudad, en efecto, los rebeldes desplegaron gran-

de actividad para formar un ejército bastante respetable. Las relaciones i documentos peninsulares, que son los únicos que nos hayan quedado sobre estos sucesos, hacen subir a 20 i hasta a 30,000 el número de los soldados que Angulo i Pumacagua pusieron sobre las armas. Lo que es evidente es que, a pesar de la actividad desplegada por los caudillos, la gran masa de los habitantes de aquella provincia se sintió desfallecer poco tiempo despues de proclamada la insurreccion. En el Cuzco se supo que Chile habia sido completamente reducido a la dominacion colonial, que los revolucionarios arjentinos no se hallaban en situacion de atacar i destruir a Pezuela como se habia creido, que un ejército respetable enviado de España a las órdenes del jeneral Morillo iba a consumar la reconquista de la Nueva Granada, i por último, que el restablecimiento de Fernando VII en el trono de sus mayores, ponia a la metrópoli en situacion de enviar nuevas tropas para terminar el sometimiento de los americanos. Por otra parte, las mismas ejecuciones con que los insurrectos del Cuzco habian ensangrentado sus triunfos, produjeron un jérmen de reaccion, que se desarrolló considerablemente cuando se comenzó a comprender que era mui difícil, si no imposible, el resistir al poder del virrei. Faltaron ademas a los revolucionarios armas i municiones para sus tropas, de manera que, aunque contaban los soldados por millares, sólo poseian 800 fusiles i algunos cañones pequeños i malos.

El 13 de febrero (1815) Ramírez salió de Arequipa en busca de los rebeldes. Despues de una larga i penosa marcha, avistó al numeroso ejército del Cuzco que estaba acampado a orillas del Llalli, que riega el valle de Santa Rosa (11 de marzo). Las tropas realistas atravesaron ese rio a la vista del enemigo bajo un nutrido fuego de fusil i de cañon; pero una vez en la ribera opuesta, cargaron con grande ímpetu sobre los desordenados pelotones del ejército insurjente poniéndolos en completa derrota. Desde el mismo campo de batalla (conocido en la historia con el nombre de Humachiri) Ramírez despachó algunos destaca-

mentos, i tomó otras medidas para sofocar la revolucion en las provincias inmediatas. En el pueblo de Sicuari los rebeldes se pronunciaron por el rei, apresando a Pumacagua i entregándolo al jeneral Ramírez. Allí mismo fué ahorcado, i su cabeza enviada al Cuzco en una pica. En esta ciudad se hallaban reunidos los otros jefes del levantamiento, dispuestos a resistir todavía a sus victoriosos enemigos. En esos momentos de natural turbacion estalló en la misma ciudad una contra-revolucion realista que vino a poner término decisivo a la revuelta (18 de marzo). Los principales jefes insurrectos fueron apresados i entregados al jeneral Ramírez, que se presentó en el Cuzco siete dias despues (25 de marzo). Allí fueron ejecutados sin piedad todos los hombres que se habian señalado combatiendo por la insurreccion (29 de marzo). Entre las numerosas víctimas de aquellas sangrientas venganzas se contaba don Mariano Melgar, jóven poeta de un talento admirable, que habia servido de auditor de guerra en el ejército revolucionario [3].

2. GOBIERNO DEL VIRREI PEZUELA.—Despues de estas sangrientas ejecuciones, el sur del Perú quedó completamente pacificado. El ejército español mandado por el jeneral Pezuela recibió considerables refuerzos enviados de Lima i de Chile, que lo pusieron en estado de rechazar una nueva invasion de los insurjentes de Buenos Aires, i de derrotarlos completamente en la gran batalla de Sipe-Sipe o de Viluma (29 de noviembre de 1815). En esa época los peninsulares se ostentaban vencedores en casi toda la América del sur, en donde los revolucionarios no contaban mas que las provincias arjentinas; pero aquéllos creian confia-

[3] Acerca de la insurreccion del Cuzco se pueden consultar una memoria del oidor Pardo, publicada por don BENJAMIN VICUÑA MACKENNA en el libro citado, la obra de GARCÍA CAMBA i un opúsculo publicado en Lima en 1815 con el título de *Diario de la espedicion del mariscal de campo don Juan Ramírez*, por el teniente coronel don Juan José ALCON.

damente que en poco tiempo mas la reconquista de las antiguas colonias seria total i definitiva.

El virrei Abascal estaba envanecido con los triunfos alcanzados por las armas realistas bajo su gobierno, cuando supo que el rei habia decretado su reemplazo en el mando del Perú por el jeneral don Joaquin de la Pezuela, que se habia ilustrado por tres grandes victorias en la direccion de la guerra contra los insurjentes arjentinos. Pezuela se recibió del gobierno del virreinato el 7 de julio de 1816. El jeneral don José de La Serna, recien llegado de la península, tomó el mando del Alto Perú.

La tranquilidad del Perú se mantuvo inalterable durante algunos meses. La Serna estaba tan infatuado con su poder i con las favorables apariencias que en ese año presentaba para la España el estado de la América, que se persuadió de que le seria fácil llegar hasta Buenos Aires i concluir la pacificacion de aquel estenso virreinato. Pezuela creyó como Abascal, que los triunfos de las armas realistas eran definitivos, i que la época de peligros para la dominacion colonial habia pasado para siempre.

Sin embargo, los representantes del rei se engañaban grandemente tomando como término de la guerra lo que no era mas que un descanso. Los revolucionarios vencidos en todas partes durante los años 1814 i 1815, no desmayaron un solo instante; i con nuevo ardor volvieron a la lucha tan pronto como se hubieron repuesto de sus quebrantos anteriores. Cuando La Serna hizo avanzar su ejército sobre las provincias arjentinas, se encontró detenido por los enjambres de guerrilleros de caballería, que a las órdenes del activo i astuto jeneral salteño don Martin Güémes, lo hostilizaban sin cesar i le cerraban el paso. Entónces mismo, la famosa campaña del jeneral San Martin al traves de los Andes devolvia su libertad a Chile i obligaba al virrei a mandar un nuevo ejército para reconquistar otra vez este pais. Por el norte, Bolívar reaparecia en Venezuela, i desde las márjenes del Orinoco amenazaba el gran poder de Morillo. La situacion de los realistas tomaba un aspecto

mui alarmante cuando mas confianza abrigaban en su poder i en la influencia de sus anteriores triunfos.

Para conjurar esta tormenta, Pezuela desplegó a su vez la misma actividad que ántes habia manifestado Abascal, es decir, organizó un ejército i lo mandó a Chile a las órdenes del jeneral Osorio, que en 1814 habia reconquistado este pais. Como ya está dicho en otro lugar, [4] ese ejército fué destrozado en Maipo (5 de abril de 1818), quedando desde entónces definitivamente asegurada la emancipacion de Chile. Los revolucionarios chilenos, ademas, en vez de mantenerse a la defensiva en su propio territorio, prepararon buques i tropas para invadir el Perú i proclamar la independencia. El espíritu de insurreccion se hizo sentir nuevamente en el mismo virreinato. En ese año (1818) se descubrió una conspiracion que tenia por objeto apoderarse de los castillos del Callao, i que fué castigada con la pena de muerte aplicada a sus autores; i luego se descubrió otro complot en la capital. Pezuela, reconociéndose impotente para acometer empresa alguna, se resignó a mantenerse a la defensiva, pidiendo ausilios al virrei de Nueva Granada, Sámano, i al jeneral Morillo a fin de sostenerse contra los ataques de que se creia amenazado.

A pesar de estos peligros que lo rodeaban por todas partes, el Perú era todavía un centro de poderosos recursos, i el mas firme baluarte de la dominacion peninsular. Pezuela tenia aun bajo su mando cerca de 20,000 soldados distribuidos en toda la estension del virreinato, contaba con jefes militares de un gran mérito, i poseia recursos pecuniarios para hacer frente a las necesidades de la guerra. Todo hacia creer que Chile, la mas pobre i oscura de las colonias españolas, no osaria pensar siquiera en acometer una empresa que exijia grandes fuerzas i gran poder.

3. Espedicion libertadora bajo el mando de San Martin; conferencias de Miraflores.—El gobierno de Chile hacia entre tanto esfuerzos sobrehumanos para orga-

[4] Véase atras, part. IV, cap. X, § 10.

nizar la espedicion libertadora del Perú. Venciendo dificultades que parecian insubsanables, sin dinero i sin recursos, el director O'Higgins formó una escuadra que, como hemos dicho en otra parte, puso a las órdenes del almirante Cochrane, i la mandó a hostilizar las costas del Perú [5]. Pero la organizacion del ejército de tierra costó esfuerzos i sacrificios de otra naturaleza.

El gobierno de Chile habia celebrado un tratado solemne con el de las Provincias Unidas del Rio de la Plata para hacer entre ámbos los gastos i esfuerzos que demandaba esa empresa; pero la anarquía que desorganizó esas provincias desde 1819 les impidió cumplir ese compromiso Chile, a pesar de la exigüidad de sus recursos, i aunque tenia que sostener la guerra en el sur de su territorio contra los últimos defensores de los derechos del rei de España, acometió solo esa empresa con la mayor resolucion [6].

En esas circunstancias, el gobierno arjentino mandó que San Martin concurriese con su ejército a combatir a los caudillos de las provincias que destrozaban el pais, proclamando la federacion. El jeneral comprendió perfectamente que el cumplimiento de esta órden importaria la disolucion de su ejército i se negó a obedecerla, para no pensar mas que en llevar a cabo la proyectada empresa sobre el Perú. Los oficiales superiores que servian a sus órdenes inmediatas, bajo la bandera arjentina, celebraron una junta de guerra en Rancagua; i allí, despues de leer una nota de San Martin en que éste les decia que habiendo caducado el gobierno de Buenos Aires tocaba a ellos el nombrar un jefe, lo proclamaron jeneral i se mostraron dispuestos a acompañarlo a donde quisiera conducirlos (abril de 1820).

Vencido este inconveniente, se apresuró el equipo de la espedicion con grande actividad, mediante la imposicion

5 Véanse (part. IV, cap. X. § 13 de este mismo tomo) las dos campañas de Cochrane en 1819.

6 Véase lo que a este respecto hemos dicho en la part. IV. cap. X. § 14.

de gravosas contribuciones i de empréstitos forzozos, i mediante sobre todo la constancia inquebrantable del supremo director O'Higgins. Por fin, a mediados de agosto se hallaron reunidos en Valparaiso nueve buques de guerra i dieciseis trasportes, a las órdenes de lord Cochrane. En ellos se embarcaron 4,118 soldados de las tres armas llevando a su cabeza al jeneral San Martin, encargado del mando superior de las fuerzas de mar i tierra. Llevaba ademas armamento para equipar en el Perú quince mil hombres. El 20 del espresado mes, cumpleaños del director O'Higgins, la espedidion libertadora se hizo a la vela en medio de las manifestaciones del mas ardiente entusiasmo de las tropas i de la poblacion entera: entre marineros i soldados, Chile enviaba mas de 6,000 hombres a libertar el Perú.

Las costas de este virreinato estaban guardadas por destacamentos mas o ménos considerables, no para impedir el desembarco de un ejército como el que mandaba San Martin, sino para hostilizar a las pequeñas partidas que osasen bajar a tierra i para comunicar el aviso a las autoridades inmediatas a fin de hacer la concentracion de tropas. La escuadra chilena llegó al puerto de Parácas en la tarde del 7 de setiembre. El siguiente dia desembarcó el ejército sin dificultad alguna, i avanzó hasta el vecino pueblo de Pisco. San Martin pensaba aumentar sus fuerzas con los esclavos que en aquel hermoso valle se ocupaban en el cultivo de la caña; pero los destacamentos españoles que estaban acantonados en esas inmediaciones, se retiraron al interior llevando consigo a casi todos los hombres que podian tomar las armas, i no fué posible reunir mas que un limitado número de reclutas.

El desembarco de San Martin produjo, como debe suponerse, una profunda impresion en Lima. En esos mismos dias (17 de setiembre), el virrei hacia publicar i jurar la constitucion peninsular restablecida despues de la reciente revolucion de Cádiz. Creyó que este suceso podria talvez conducir a un advenimiento entre ámbos belijerantes. Po

eso, al mismo tiempo que dictaba diversas medidas militares para contener a San Martin, abrió negociaciones con éste, enviando al efecto tres plenipotenciarios. Las conferencias tuvieron lugar en el pueblo de Miraflores, a dos leguas de Lima; pero ellas no condujeron a ningun resultado. Los delegados de Pezuela pedian que los insurjentes se sometieran de nuevo a Fernando VII, ofreciéndole las garantías de la constitucion española: los ajentes de San Martin reclamaban nada ménos que el reconocimiento de la independencia absoluta del Perú. Despues de un armisticio de ocho dias, el 5 de octubre se rompieron las hostilidades.

4. Primeros triunfos de la campaña.—El jeneral patriota formó una division de cerca de 1,000 hombres i la puso bajo el mando del jeneral don José Antonio Álvarez de Arenáles con encargo de internarse en el pais, recorrer una vasta estension de la rejion de la sierra, proclamar la independencia del Perú en todos los pueblos de su tránsito, i marchar a reunirse con el resto del ejército que iba a situarse al norte de Lima. Arenales abrió esta campaña con grande actividad, i la llevó a cabo con rara fortuna. Los destacamentos realistas no se atrevieron a combatir con él i se retiraron apresuradamente. Arenáles, sin embargo, los alcanzó en Nasca (15 de octubre) i los dispersó completamente tomándoles muchos prisioneros i una gran cantidad de armamento. Desde allí siguió su marcha al interior donde debia ejecutar una campaña verdaderamente admirable.

Durante su permanencia en Pisco, San Martin renovó las provisiones de la escuadra, entró en correspondencia con muchos oficiales americanos que servian en el ejército español, pero que estaban dispuestos a separarse de sus filas, i se empeñó por hacer simpática a los pueblos la causa de la independencia. Por último, reembarcando sus tropas (29 de octubre) se dirijió al puerto de Ancon, ocho leguas al norte de Lima, disponiendo que las naves de guerra de la escuadra mantuviesen un estrecho bloqueo en el

puerto del Callao. Desde Ancon salieron diversas partidas del ejército patriota a hostilizar al virrei casi en los mismos suburbios de la capital.

El espíritu de insurreccion asomaba entónces en varias provincias del Perú. Guayaquil, que en su aspecto militar estaba sometida al gobierno de Lima, fué la primera en sublevarse. En la noche del 9 de octubre (1820) los patriotas, que se habian ganado de antemano a dos de los cuerpos realistas que guarnecian la provincia, apresaron al gobernador brigadier don Pascual Vivero i a los jefes i funcionarios conocidamente desafectos a la causa de la independencia, i en seguida organizaron una junta de gobierno. Esta se apresuró a comunicar su instalacion al jeneral San Martin a la vez que al gobierno de la nueva república de Colombia.

Miéntras tanto, la escuadra chilena mantenia el bloqueo del Callao. Este puerto, defendido por poderosas fortalezas, era considerado como verdaderamente inespugnable. Sus fortificaciones tenian trescientos cañones, i se habian construido ademas fuertes defensas. En el fondeadero, i protejidos por el fuego de los castillos, estaban la magnífica fragata española *Esmeralda* i otros buques menores. El almirante preparó contra aquella nave uno de los mas audaces golpes de mano que recuerde la historia de las guerras navales. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, lord Cochrane desprendió de su escuadra dos divisiones de lanchas i chalupas, tripuladas por 280 hombres entre marineros i soldados; i cayendo casi de improviso sobre la *Esmeralda*, la abordaron resueltamente en su fondeadero. El almirante en persona dirijió esta operacion con una sangre fria imperturbable; i despues de un reñido combate contra la guarnicion del buque español, compuesta de cerca de 350 hombres, se posesionó de él i lo sacó de la bahía, dejando a los defensores del Callao confundidos de rabia i de vergüenza (5 al 6 de noviembre de 1820). A esta gran victoria se siguieron otras ventajas alcanzadas tambien en

el mar: las naves chilenas persiguieron i apresaron algunas embarcaciones españolas, recojiendo en ellas valiosas presas i privando al enemigo de importantes ausilios.

A pesar de estas grandes ventajas alcanzadas en los principios de la campaña, San Martin no podia permanecer mucho tiempo con sus tropas en un solo punto. El virrei contaba con un ejército tan poderoso que, una vez reconcentrado, los independientes no habrian podido oponerle la mas lijera resistencia. El jeneral patriota se veia por esto mismo forzado a cambiar de posiciones, aprovechándose para ello de las grandes facilidades de movilidad que le ofrecia su escuadra. El 8 de noviembre reembarcó sus tropas i se hizo a la vela para el norte, dejando burlado al virrei que en esos momentos reunia fuerzas considerables para atacar a los independientes. San Martin fué a desembarcar en Huacho, veintiocho leguas al norte de Lima, i tomó posesion del importante valle de Huaura. Una pequeña division que hizo una correría por el lado de la sierra, i al noroeste del campamento, ocupó a Huaras tomando prisionera a toda su guarnicion. Desde entónces quedó cortada toda comunicacion entre el virrei Pezuela i las importantes provincias de Trujillo, Lambayeque i Piura, que no tardaron en pronunciarse por la independencia. El marques de Torre Tagle, intendente de Trujillo, dió la primera voz de revolucion, i puso la provincia al mando de San Martin (24 de diciembre). Todo el norte del Perú, desde Huaura hasta Guayaquil, quedó segregado del poder del virrei.

La fortuna siguió favoreciendo a los patriotas. El batallon Numancia, que formaba parte de una division realista encargada de observar los movimientos de las tropas de San Martin, se presentó a éste con los 650 hombres que componian su fuerza (3 de diciembre). Ese batallon, organizado en Venezuela en 1813, i formado casi todo entero de americanos, habia servido mui eficazmente a los realistas tanto en Colombia como en el Perú, a donde habia sido enviado por el virrei de Nueva Granada. Tras de él se pasaron

a los patriotas muchos oficiales i soldados que hasta entónces habian servido en el ejército de Pezuela.

El jeneral Arenáles alcanzaba entre tanto triunfos importantes en el interior. Despues de la pequeña victoria obtenida en Nasca emprendió su marcha por la sierra, tomó a Guamanga, Huanta, Jauja i Tarma, produciendo en todas partes un levantamiento casi jeneral contra la dominacion española. La raza indíjena, sometida a una dura servidumbre, acojía a los patriotas como a libertadores. El virrei, alarmado por los progresos de los independientes en los pueblos de la sierra, hizo salir de Lima al brigadier don Diego O'Reilly, irlandes de nacimiento al servicio de la España. Este jeneral llevaba consigo una division de mas de 1,000 soldados, i fué a colocarse en Cerro de Pasco donde esperaba encontrar i batir a los patriotas. En aquel sitio tuvo lugar en efecto el combate; pero contra las espectativas que los peninsulares habian fundado en la superioridad militar i en el cansancio i fatigas de sus contrarios, fueron completamente derrotados despues de un corto pero encarnizado combate. O'Reilly i muchos de los oficiales superiores de su division cayeron prisioneros (6 de diciembre). Despues de esta victoria Arenáles siguió su marcha hácia el norte i fué a reunirse con San Martin en el cuartel jeneral del ejército independiente sin volver a ser inquietado por los realistas (8 de enero de 1821).

5. Deposicion de Pezuela; el nuevo virrei entabla negociaciones.—El virrei habia reunido en Asnapuquio al norte de Lima, un ejército de cerca de 8,000 hombres. San Martin, pensando un momento resolver la campaña en una batalla, avanzó hasta Retes. La vanguardia del virrei se habia adelantado hasta ponerse casi a la vista del campamento de San Martin, i desde allí efectuó diversas evoluciones sin resultado alguno. En Lima se esperaba de un momento a otro que tuviese lugar un gran combate, pero se creia jeneralmente que la superioridad numérica de los realistas obtendria la victoria Sin embargo, aquella situacion se prolongaba, i la excitacion parecia aumentarse ca-

da dia. Los patriotas peruanos se aprovechaban de aquel estado de cosas para infundir el desaliento entre sus contrarios por medio de noticias alarmantes, para fomentar la desercion de las tropas realistas, i para abandonar a Lima i llevar a San Martin importantes noticias. Este último, desistiendo de su intento de presentar una batalla, volvió a retirarse hácia Huaura.

El virrei parecia agobiado por la responsabilidad que pesaba sobre él, i no acertaba a dictar medidas eficaces para conjurar la tempestad. Los jefes militares le habian aconsejado que organizara una junta directiva de la guerra. Pezuela accedió a esta indicacion; pero, creyendo que era desdoroso a su autoridad el someterse a los acuerdos de aquella junta, sólo dió a sus miembros voto consultivo i se reservó el derecho de seguir o nó sus pareceres. Este arreglo, como debe suponerse, no hizo mas que preparar una division entre los jenerales españoles sin dar mas vigor a las operaciones militares.

La turbacion i el desconcierto comenzaron a inclinar a muchos en favor de un arreglo pacífico. Los comerciantes mas acaudalados de Lima, los personajes mas distinguidos de la ciudad elevaron al virrei, por intermedio del cabildo, una respetuosa representacion en que le manifestaban cuánto convenia arribar a un avenimiento con San Martin, que evitase los desastres de la guerra (diciembre de 1820). Estas jestiones, que algunos creian estimuladas por el virrei, exaltaron sobremanera a los jefes superiores del ejército, para quienes era aquél el responsable de esos desastres. Causas de otro órden, ahondaban esa separacion entre el virrei i sus jefes subalternos. Pezuela, militar envejecido en el servicio de América, era ademas absolutista por principios, i no podia contar con simpatías ante hombres que pertenecian al partido constitucional español, i que venian de la metrópoli imbuidos de un soberano desden por los militares que no habian hecho las campañas contra los ejércitos de Napoleon.

Las últimas desgracias de las armas peninsulares, así

como la indecision que mostraba Pezuela para atacar al ejército de San Martin, acabaron por determinar a los jefes realistas a tomar una actitud revolucionaria. Reunidos en el campamento de Asnapuquio, firmaron el 29 de enero de 1821, una solicitud en la cual pedian al virrei, clara i terminantemente, que dejara el mando supremo al teniente jeneral don José de La Serna, jefe superior en el mando de todo el ejército, i designado por su graduacion para tomar el gobierno civil a falta del virrei. Pezuela, no pudiendo resistir a esta insurreccion, entregó en el mismo dia el mando al jefe designado, aparentando en todo que procedia por su propia voluntad; pero realmente sintiendo en lo mas vivo el ultraje que se le inferia. La Serna, sea por disimulo o por verdadera falta de ambicion, se resistió al principio a aceptar el puesto que se le ofrecia; pero, cediendo a las instancias de los otros jefes, se resolvió al fin a tomar la direccion del gobierno i de la guerra.

Contra las esperanzas de los mas exaltados realistas, La Serna no pudo hacer una guerra eficaz al ejército libertador. Aunque éste ejército sufria en el campamento de Huaura los efectos de las fiebres intermitentes o *tercianas* propias de la estacion, sus guerrillas hostilizaban a los realistas de Lima i les cortaban toda comunicacion con los lugares en que pudieran proveerse de víveres. A mediados de marzo, partió del campamento una division mas respetable. Era compuesta de una parte de la escuadra al mando de lord Cochrane i de 600 soldados a las órdenes inmediatas del teniente coronel don Guillermo Miller, militar ingles tan intelijente como osado. Esa columna recuperó la ciudad de Pisco (20 de marzo de 1821), que habia sido abandonada por San Martin al principio de la campaña. No pudiendo permanecer allí largo tiempo, i conviniendo sobre todo llevar las operaciones militares a las provincias vecinas del Alto Perú, Miller se dirijió a Arica, donde desembarcó el 6 de mayo, tomando posesion de aquel puerto. En seguida, avanzó al interior en direccion de Arequipa, para continuar desde allí sus operaciones militares



en el sur del Perú; pero luego le faltaron armas con que equipar los reclutas; i, no pudiendo prolongar la lucha contra fuerzas inmensamente superiores, se vió obligado a volver a Arica, despues de algunas operaciones hábilmente dirijidas. Otra division dirijida por el jeneral Arenáles, salió tambien del compamento patriota (21 de abril) i cruzando la sierra, pasó por Pasco, Tarma, Jauja i Guancavélica, poniendo a los realistas en la mas completa dispersion [7].

Todas estas operaciones, así como los movimientos constantes de los montoneros que rodeaban a Lima, ponian al nuevo virrei en una situacion sumamente embarazósa. El estrecho bloqueo que por el lado de la costa mantenia la escuadra chilena, i la interrupcion de comunicaciones con las provincias agrícolas, ponian a Lima en un estado de escasez mui inmediato al hambre que se sigue a un sitio. En el campamento patriota no faltaban jefes i oficiales que pidieran a San Martin movimientos mas rápidos, golpes mas atrevidos. San Martin, sin embargo, no abandonó su plan de sistemada circunspeccion, porque no queria esponerse a una derrota, despues de la cual habria sido talvez imposible la reorganizacion de sus tropas.

En esas circunstancias llegó al Perú el capitan de fragata don Manuel Abreu, comisionado por el gobierno español para celebrar un tratado de paz con los jefes insurjentes.

Los liberales peninsulares que gobernaban en la metrópoli, tenian sobre las cosas de América las mismas opiniones que los absolutistas que habian gobernado ántes, i despachaban comisarios a sus antiguas colonias, a negociar el

[7] Estas dos espediciones han sido referidas con toda prolijidad por parte de sus mismos jefes. La primera por Mr. John MILLER en las conocidas *Memorias del jeneral Miller*, 2 vol., Lóndres, 1829 i la segunda por el coronel arjentino don José ARENÁLES (hijo del jeneral) en su *Memoria histórica sobre las operaciones de la espedicion libertadora a las órdenes del jeneral Arenáles en su campaña de 1821*, Buenos Aires, 1832.

sometimiento de éstas bajo la garantía del réjimen constitucional. San Martin se ganó la voluntad de este ajente, tratándolo con las mas señaladas consideraciones. La Serna, por su parte, en cumplimiento de las órdenes de su gobierno, renovó las negociaciones pacíficas con el jeneral patriota; i, en efecto, le pidió que se sirviera nombrar sus representantes a las conferencias que debian tener lugar en la hacienda de Punchauca, a cinco leguas al norte de Lima. San Martin, cediendo a las insinuaciones de La Serna, dejó entrar a la capital una cantidad considerable de trigo.

Las negociaciones se abrieron en aquel lugar el 3 de mayo (1821), i duraron cincuenta i dos dias, sin arribar a un resultado definitivo. El 2 de junio se celebró entre San Martin i el virrei una entrevista en aquel mismo sitio para fijar las bases de un arreglo terminante. Ambos jefes concurrieron a ella acompañados por algunos oficiales superiores; i despues de saludarse con escrupulosa cortesía i de comer en una misma mesa, celebraron una larga conferencia. En ella, San Martin ofreció la paz al virrei bajo las condiciones siguientes: reconocimiento de la independencia absoluta del Perú; formacion de una rejencia compuesta de tres miembros nombrados uno por La Serna, otro por San Martin i otro por eleccion popular, que gobernase interinamente; i, por último, el envío a España de dos comisionados para pedir un príncipe que viniera a ocupar el trono del Perú. San Martin estaba convencido de que la América no podia ser gobernada sino segun el réjimen monárquico constitucional. La Serna aprobó tambien individualmente estas bases, pero se abstuvo de dar a San Martin una contestacion definitiva ántes de consultar a los jefes superiores de su ejército.

La opinion de éstos fué desfavorable a aquel convenio. El reconocimiento inmediato de la independencia del Perú, exijido por San Martin, era una condicion que casi todos ellos rechazaban con igual ardor. Aprobaban las bases del arreglo, pero las consideraban contrarias a las instrucciones de la corte, i creian que sólo ésta podia resolver en tan

grave asunto. Conformándose a este parecer, el virrei contestó al jeneral patriota que no aceptaba las proposiciones hechas, pero en cambio le ofreció una tregua de un año, durante la cual los dos ejércitos quedarian en posesion del territorio que ocupaban, debiendo miéntras tanto ámbos jefes, San Martin i La Serna, pasar a España para informar al rei de lo que ocurria en el Perú, i celebrar un convenio definitivo. El jefe independiente rechazó en el momento esta proposicion.

6. El ejército libertador ocupa a Lima; proclamacion de la independencia del Perú.—La situacion del virrei parecia cada dia mas difícil. Las calamidades de la capital se renovaron desde la terminacion del armisticio, i el cabildo i la ciudad entera lamentaron la obstinacion de los jefes españoles para no aceptar el convenio propuesto por San Martin. Miéntras tanto, a espaldas de Lima, la division del jeneral Arenáles sublevaba los pueblos de la sierra, i cortaba a los realistas toda comunicacion con el interior. La Serna comprendió que era imposible sostenerse por mas tiempo en la capital; pero ocultó cuidadosamente sus temores para no hacerlos llegar a conocimiento de San Martin i para no alarmar al vecindario.

El jeneral don José Canterac, a la cabeza de una division de mas de 2,000 hombres, salió de Lima en direccion a la sierra, disimulando en lo posible el objeto de este movimiento. El 5 de julio, anunció La Serna su pensamiento de evacuar a Lima, confiando su gobierno al jeneral marques de Montemira, peruano de nacimiento, jeneralmente considerado i respetado. En la capital dejaba tambien 1,000 soldados enfermos, entregados a la jenerosidad de San Martin, i en el Callao una guarnicion de otros mil hombres para la defensa de sus castillos. El dia siguiente, el altanero virrei abandonó la opulenta ciudad en són de fuga, i emprendió su marcha hácia la sierra para reunirse con la division de Canterac (6 de julio de 1821).

Como debe suponerse, San Martin celebró grandemente este suceso. Creia que estaba a punto de realizarse el plan

de campaña que se habia propuesto de llevar a término la independencia del Perú sin arriesgar una batalla, el prudente jeneral habia visto con profundo desencanto que la gran masa de la poblacion peruana permanecia, a lo ménos al parecer, estraña a la revolucion. San Martin esperó en vano que las provincias del centro i del sur se rebelasen abiertamente, como lo habian hecho Guayaquil i Trujillo; pero en lugar de ver realizados sus deseos, observaba que la poblacion de Lima, aun despues de la retirada de La Serna, no se atrevia a dar el grito de independencia, i llamaba al ejército patriota mas bien para que la resguardara contra todo intento de saqueo, que por entusiasmo i decision. San Martin llegó a creer que pisaba un suelo nó verdaderamente hostil, pero sí indiferente; i si bien es verdad que habia conseguido organizar algunos cuerpos de soldados peruanos, estaba convencido de que si sufria una derrota no podria reorganizar su ejército en el Perú.

Sólo así se esplica la excesiva cautela con que San Martin dirijia las operaciones militares. Despues de la retirada del virrei despachó sólo algunos montoneros para que lo hostilizaran en su marcha. Llegó a creer que el ejército realista, desmoralizado por tantos contrastes, iba a desorganizarse en la sierra sin que fuese necesario empeñarse en perseguirlos. Este error permitió a los españoles refujiarse en el interior, cuando todo hacia creer que su ruina era inevitable. San Martin, por su parte, estaba persuadido de que la ocupacion del litoral tenia una influencia decisiva en la contienda.

La entrada de Lima quedó completamente espedita para el ejército patriota. Las avanzadas penetraron en esta ciudad el 9 de julio; i tres dias despues (12 de julio) hizo su entrada San Martin sin la menor ostentacion. Cuando el cabildo salió a su encuentro para saludarlo, el jeneral no manifestó descontento ni frialdad, pero se conservó grave, serio i modesto, como lo habia sido siempre. Queriendo que el mismo pueblo peruano decidiese de su propia suerte, dispuso que se celebrara un cabildo abierto a que debian con-

currir el arzobispo de Lima, los prelados de las órdenes relijiosas i todos los vecinos notables por su nobleza i por su posicion, a fin de que resolvieran lo que debia hacerse. Los asistentes a aquella reunion acordaron que era urjente declarar la independencia absoluta del Perú, así de España como de cualquiera otra potencia (15 de julio).

La proclamacion solemne tuvo lugar el 28 de julio. San Martin, acompañado por su estado mayor, i por todas las corporaciones civiles i relijiosas anunció al pueblo reunido que desde ese dia cesaba la dominacion colonial en el Perú. A este acto se siguieron un *Te Deum*, i el juramento de respetar la independencia, prestado por todas las autoridades. Pocos dias ántes, San Martin habia mandado arrancar todos los escudos de armas de España que adornaban los edificios públicos de Lima.

Hecha esta declaracion, era urjente crear en Lima un gobierno que tomara la direccion de los negocios administrativos. San Martin habria querido talvez conservar sólo el mando del ejército, i pedir que se colocase en el poder a un mandatario de patriotismo i de prestijio a quien no se le pudiera reprochar el que fuese estranjero. Esto era lo que se hizo en Chile en 1817, cuando O'Higgins fué nombrado director supremo; pero la revolucion peruana no habia producido todavía ningun hombre que se encontrase a una altura conveniente para ese elevado puesto. San Martin creyó que él mismo debia asumir el mando supremo; i, por un decreto de 3 de agosto, tomó el título de protector del Perú, i nombró los ministros de estado con quienes debia gobernar. Los primeros actos de esta administracion fueron el complemento del nuevo órden de cosas inaugurado por la proclamacion de la independencia. Declaró que toda persona nacida en el Perú era libre, i aun los hijos de esclavos; suprimió la *mita*, o impuesto de trabajo que pesaba sobre los indíjenas, i el derecho de *capitacion*, o impuesto de dinero a que estaban sometidos; dispuso que en adelante se les llamara peruanos en vez de indios, como entónces se les nombraba; creó una biblioteca

nacional de Lima, i mandó abrir escuelas de ámbos sexos. San Martin, ademas, dictó mil medidas de policía i persiguió el juego con singular teson. En esa época creó tambien una órden denominada del Sol, con cuya medalla fueron premiados los mas ilustres servidores de la independencia del Perú.

En esos primeros momentos, San Martin, los jefes de su ejército i la gran mayoría de los habitantes de Lima, creyeron que la independencia estaba perfectamente afianzada, i que la guerra se terminaria en pocos meses mas. La realidad no correspondia a esas ilusiones. El poder español, aunque habia sufrido repetidos contrastes, conservaba muchos elementos de resistencia i un gran prestijio en el pais, i estaba servido por hombres intelijentes, activos i de una incontrastable tenacidad. Su retirada a la sierra sin que hubieran sido vigorosamente atacados i vencidos, iba a importar la prolongacion de la guerra por cerca de cuatro años mas, con alternativas en que por mas de un momento pudieron creer que habian restaurado la dominacion realista.

7. Rendicion del Callao: derrota de Ica.—La ocupacion de Lima i la proclamacion de la independencia, como decimos, no pusieron término a la guerra. Los españoles ocupaban todavía las importantes fortificaciones del Callao, i allí tenian un depósito considerable de armas i de municiones. San Martin dirijió sus esfuerzos contra el Callao, combinando los ataques del ejército de tierra con las operaciones de la escuadra; pero, despues de infructuosas tentativas, se convenció de que importaba mas entablar negociaciones con los defensores de la plaza.

Miéntras tanto, los peninsulares reorganizaban sus fuerzas en la sierra con una prodijiosa actividad. A fines de agosto, La Serna contaba ya con un ejército respetable en Jauja, de tal modo que pudo desprender un cuerpo de 4,000 hombres; al mando del jeneral don José Canterac, con encargo de socorrer a los defensores del Callao i de atacar, si le era posible, a las huestes de San Martin, que los realistas creian en un triste estado de postracion.

Canterac salió de Jauja (24 de agosto) con todas sus fuerzas en marcha hácia la costa. El 9 de setiembre estuvo a la vista del ejército patriota, que se hallaba colocado detras de buenos parapetos i puesto a la defensiva. En vez de empeñar el ataque, el jefe realista pasó derecho al Callao, i se mantuvo allí hasta el 17 de setiembre, tratando de desmontar las fortalezas i de arbitrar medios para proveerla de víveres. El ejército de San Martin habia cambiado de posiciones a fin de observar todos los movimientos del enemigo; pero Canterac volvió a pasar hácia la sierra dejando tras de sí a los defensores del Callao, próximos a rendirse, i a un gran número de oficiales i soldados que abandonaban sus filas i se pasaban a los patriotas. El coronel Miller fué enviado por San Martin con 700 hombres en seguimiento de los realistas, i en efecto, los persiguió muchos dias hostilizándolos sin descanso i fomentando la desercion de sus tropas. [8]

Esta campaña de Canterac, mui ponderada por los españoles i por todos los enemigos de San Martin, no produjo en realidad ningun resultado favorable a los realistás; pero tampoco les causó la desorganizacion que habrian podido sufrir si la persecucion hubiera sido mas eficaz. Cuando éstos se retiraban molestados por las guerrillas patriotas, el protector del Perú entabló nuevas negociaciones con los defensores del Callao. El gobernador de esta plaza, jeneral don José La Mar, peruano de nacimiento que habia alcanzado el grado de mariscal de campo en el ejército español, convencido de que el virrei La Serna no podria socorrerlo en adelante, i creyendo talvez perdida la causa peninsular en el Perú, entregó las fortalezas a los patriotas

[8] Muchas veces se ha acusado a San Martin de haber perdido esta oportunidad de atacar i de destruir al enemigo; i al efecto se ha dicho que poseia en Lima un ejército de 12,000 hombres, segun unos, de 7,000 segun otros, que habrian bastado para derrotar a Canterac. Las *Memorias de Miller*, escritas segun el dictado de este jeneral, que fué testigo i actor de aquellos sucesos, justifican a San Martin, diciendo que las tropas de su mando eran en gran parte

(21 de setiembre), i tomó en seguida servicio en el ejército independiente.

La guerra se sostuvo desde entónces con mayor flojedad. Los realistas no se atrevieron a acercarse nuevamente a Lima i permanecieron en el interior, reforzando sus tropas con los ausiliares que podian reunirse en todo el virreinato. La Serna se trasladó al Cuzco para acercarse al Alto Perú, i reconcentrar las fuerzas españolas diseminadas en las provincias del sur. Canterac quedó en el valle de Jauja, acechando una ocasion propicia para hostilizar a los patriotas.

San Martin, por su parte, estaba preocupado en esos momentos con negocios de otro jénero. Durante toda la campaña habia mantenido relaciones poco cordiales con lord Cochrane, i las primeras diferencias se convirtieron al fin en abierta ruptura. El almirante, que habia reclamado en vano que se pagase a la escuadra los sueldos que se le debian, se apoderó de los caudales que el gobierno del Perú tenia en Ancon, i volvió al Callao a repartirlos entre sus oficiales i marineros a título de sueldos atrasados i de gratificaciones ofrecidas i no pagadas (setiembre de 1821). San

compuestas de reclutas sin disciplina alguna. En un opúsculo publicado en Lima en 1853, he encontrado esta apreciacion. "Esta marcha de Canterac fué para los españoles no sólo inútil, sino de consecuencias desastrosas, porque no produjo otro resultado que exaltar el entusiasmo de Lima, cuya poblacion se armó en masa, i decidir a la guarnicion del Callao a capitular, entregando sus importantes fortalezas, al convencerse de que no tenia esperanza de ausilio con la forzosa retirada de Canterac, que se verificó en un estado equivalente a una derrota. San Martin obró sábiamente con su actitud reservada i amenazante; i consiguió con ella lo que talvez no habria logrado en una batalla, atendida la calidad de sus tropas." *Ensayo histórico de las operaciones del ejército libertador del Perú en la campaña de 1824*, por Valentin LEDESMA, páj. 5. Estas observaciones serán ciertas en cuanto los españoles no sacaron provecho alguno material de esta espedicion a la costa, i sí pérdida de tropas; pero su prestijio ganó considerablemente, i pudieron reorganizar su ejército i prolongar la guerra.

Martin, no queriendo tolerar este acto, mandó a lord Cochrane que abandonase las costas del Perú, lo que éste hizo al cabo de algunos dias, dirijiéndose primero al norte en busca de otros buques españoles. Los independientes perdieron así el importante apoyo que podia prestarles la escuadra chilena.

El protector, aparte de estos asuntos, tenia otros motivos para estar vivamente preocupado. Como hemos referido en otra parte [9], la provincia de Guayaquil, cuya posesion disputaba sériamente el gobierno de Colombia, habia pedido ausilios al Perú. San Martin llegó a emprender un viaje a aquella provincia, pero instruido en el camino de que Bolívar no habia venido aun a Guayaquil, volvió a Lima (febrero de 1822). Poco ántes habia enviado, al mando del coronel don Andres Santa Cruz, una division ausiliar que se cubrió de gloria en Pichincha.

Miéntras tanto, el ejército independiente continuaba engrosándose con los oficiales i soldados peruanos que hasta entónces habian servido en las filas realistas, i que ahora las abandonaban. Deseando San Martin fomentar la desercion, daba a esos oficiales las pruebas mas manifiestas de confianza, ya encomendándoles delicadas comisiones, ya poniendo bajo su mando algunos cuerpos de tropas. Santa Cruz, americano de nacimiento (natural de la Paz), que habia hecho su carrera en el ejército español hasta que cayó prisionero en Pasco (6 de diciembre de 1820), fué puesto a la cabeza de la division ausiliar de Guayaquil. La Mar, el defensor del Callao, fué incorporado en el ejército patriota. El jeneral don Domingo Tristan, igualmente pasado de las filas españolas, recibió el mando de dos batallones i el título de comandante de Ica, con el encargo de aumentar las fuerzas patriotas al sur de Lima i de evitar todo combate con fuerzas superiores. Desgraciadamente, esta distinciones produjeron, como debia suponerse, celos i rivalidades; i, algunas veces, grandes contratiempos.

9 Véase atras, parte IV, cap. XII, § 4.

Canterac, entre tanto, permanecia en el valle de Jauja con cerca de 3,000 hombres. Desde ahí preparó un golpe de mano sobre la division de Tristan, i haciendo una marcha de mas de cincuenta leguas, fué a colocarse al noreste de Ica para cortar la retirada a los patriotas. Al amanecer del 7 de marzo (1822), sorprendió las fuerzas de éstos; i despues de un corto combate, las puso en la mas completa dispersion. Canterac hizo mas de 1,000 prisioneros, quitó cuatro piezas de artillería i un gran número de caballos i de mulas, i volvió a la sierra para sustraerse a toda persecucion. Este desastre, el primero sufrido por los patriotas despues de una felicísima campaña, tuvo una grande influencia en el curso de la guerra i en el crédito i desprestijio de San Martin.

8. Entrevista de Bolívar con San Martin; este último se retira del Perú.—La funesta impresion causada por esta derrota se minoró en parte poco despues, cuando llegó a Lima la noticia de la victoria de Pichincha i de la libertad de toda la antigua presidencia de Quito. Pero como estos sucesos habian tenido lugar al mando de un jeneral colombiano, el prestijio de esos triunfos venia a empañar la gloria de San Martin. Este comenzaba a tocar desengaños i contrariedades de todo órden. El plan de campaña realizado con tan imperturbable constancia, le habia permitido en el principio alcanzar grandes ventajas sin arriesgar una batalla; pero el enemigo confundido i trastornado con aquellas contrariedades, encontró tiempo i medios de rehacerse en las provincias de la sierra, donde nadie lo habia molestado, i comenzaba a demostrar un gran poder.

El prestijio inmenso de San Martin el dia de la ocupacion de Lima principiaba a desaparecer. Muchos de sus mas ardientes admiradores de entónces, lo hacian responsable de esta situacion, reprochándole el no haber dirijido las operaciones militares con mayor resolucion. En el propio campo patriota se hicieron sentir síntomas de conspiracion contra San Martin. Desde algun tiempo atras se

acusaba a éste de irresolucion i hasta de cobardía por no haber atacado resueltamente a los realistas. Algunos de los oficiales superiores que le habian sido mas adictos, dejaban el servicio visiblemente disgustados i volvieron a Chile a quejarse de su conducta indecisa. Viendo que los españoles contaban con mui poderosos elementos en el interior del Perú, desconfiando de la importancia de sus propios recursos, i temiendo que cundiera en su ejército el principio de insurreccion que nacia entre sus jefes i oficiales, San Martin comenzó a perder la confianza que habia abrigado de que en breve veria terminada la campaña i definitivamente afianzada la independencia del Perú.

El protector, ademas, estaba preocupado con otro pensamiento. Las fuerzas colombianas invasoras del territorio de Quito, estaban resueltas a conservar la provincia de Guayaquil, cuya posesion interesaba en gran manera a los peruanos. Bolívar que pretendia estender la influencia de Colombia, prometia tambien su proteccion al Perú. San Martin creyó que el medio mas seguro de transijir las dificultades referentes a la posesion de Guayaquil i de convenir en algo respecto de la cooperacion que Colombia podia prestar al Perú, era tratar personalmente con Bolívar. El 26 de julio (1822) los dos grandes capitanes de la América del sur se encontraron reunidos en la ciudad de Guayaquil. El Libertador de Colombia recibió a San Martin con las mas señaladas manifestaciones de entusiasta amistad; pero sus conferencias no dieron en realidad resultado alguno. A pesar de que aquella famosa entrevista está envuelta en un profundo misterio, que no quiso descubrir ninguno de los dos ilustres personajes que tomaron parte en ella, se sabe que ámbos se separaron descontentos. Bolívar, impetuoso i vehemente por carácter, enorgullecido por sus grandes triunfos en Colombia, miraba con cierto desprecio a los soldados del sur. San Martin, tan frio i reservado como sagaz i penetrante, comprendió que la arrogancia del Libertador aspiraba nada ménos que a avasallarlo hasta ponerlo al nivel de sus propios jenerales, por quienes

no tuvo nunca mui marcada estimacion. Dos dias despues, San Martin i Bolívar se separaron recelosos i desconfiados, sin convenir en nada. El primero volvió al Perú: el segundo se quedó en Guayaquil ocupado en diferentes trabajos administrativos para afianzar la incorporacion de aquella provincia a la República de Colombia.

En Lima, miéntras tanto, estalló un movimiento revolucionario que comprometia gravemente la situacion de San Martin. Al partir éste para Guayaquil habia confiado el gobierno del Perú al marques de Torre Tagle, quien debia aconsejarse con los ministros del protector. Uno de ellos, don Bernardo Monteagudo, patriota distinguido desde los primeros dias de la insurreccion americana, pero hombre de un carácter avieso, se habia hecho aborrecer por las persecuciones de que era instigador, i que iban dirijidas no sólo contra los españoles sino tambien contra los independientes que le eran desafectos. En 1818 habia sido el consejero de las medidas estremas, de las ejecuciones de los dos hermanos Carrera (don Juan José i don Luis), i de don Manuel Rodríguez [10], poco mas tarde de la muerte de los prisioneros realistas detenidos en la ciudad de San Luis (provincias arjentinas). En el Perú habia decretado la prision de los españoles i el embargo de sus bienes, i durante su ministerio estas órdenes se cumplieron con todo rigor. Monteagudo, ademas era conocido por sus ideas monárquicas, de manera que los mas liberales entre los revolucionarios miraban con mal ceño el ascendiente de que gozaba cerca de San Martin. Miéntras éste permaneció en Lima, la poblacion soportó en silencio el despotismo del poderoso ministro; pero cuando el protector partió para Guayaquil, la ajitacion i el descontento no conocieron límites. Al fin, una asonada popular apoyada por el cabildo, pidió la deposicion de Monteagudo; i éste, conociendo que no le era posible resistir a tales exijencias, se apresuró a presentar su renuncia para hacer creer que lo hacia espontáneamen-

10 Véase atras, parte IV, cap. X, § 16.

te (25 de julio de 1822). Monteagudo, sin embargo, fué apresado; i al fin se le obligó a salir del Perú, embarcándolo para Guayaquil.

Cuando San Martin volvió a Lima (19 de agosto) observó con profundo pesar este estado de cosas. Formado segun el réjimen severo de la disciplina militar i acostumbrado a imponer su voluntad en todas partes, no podia ver impasible las contrariedades i las resistencias que comenzaba a encontrar en el gobierno. En Lima fué recibido con señaladas muestras de admiracion i de respeto; pero San Martin venia de Guayaquil meditando una resolucion suprema; i el disgusto que le ocasionaron las ocurrencias del Perú no hizo mas que fortalecerlo en esa determinacion. Contra sus inclinaciones, i cediendo sólo a las exijencias de la opinion, San Martin habia decretado de antemano la convocacion de un congreso. Elejidos los diputados que debian componerlo, i reunidos en Lima, el protector en persona abrió sus sesiones con gran solemnidad (20 de setiembre). Allí mismo depuso el mando militar i político de que estaba investido, e inmediatamente se retiró a una casa de campo que ocupaba en los alrededores de la capital. El congreso lo nombró jeneralísimo del ejército del Perú i le acordó un voto de gracias por los servicios prestados a la independencia; pero San Martin aceptó sólo aquel título i rehusó el ejercicio del mando.

A pesar de todo esto, pocos creian en Lima que ese desprendimiento fuese sincero. La revolucion americana habia visto surjir tantos ambiciosos que no se podia creer fácilmente que hubiera un hombre tan desinteresado que habiendo llegado a la altura en que se hallaba colocado el protector, se desprendiese libre i espontáneamente del mando i de los honores. Sin embargo, la resolucion de San Martin era firme e irrevocable. En aquella misma noche, casi sin dar aviso a nadie, se embarcó en Ancon i se hizo a la vela para Chile, dejando una proclama que circuló impresa al dia siguiente, i que revelaba su determinacion En ella decia que estaba cansado de oir decir que pensaba

en coronarse, que creia que era peligrosa la presencia de un soldado feliz en los paises nuevos, i que sus servicios estaban recompensados con usura con la satisfaccion que tenia de haber cooperado a la independencia de Chile i el Perú.

La espedicion libertadora del Perú puesta al mando de San Martin, que habia costado a Chile tan enormes sacrificios, no correspondió a las esperanzas que hizo concebir. Al partir de Valparaiso en agosto de 1820, se habia creido, por los informes que trasmitian los patriotas de ese pais, que tan luego como desembarcasen allí algunas fuerzas espedicionarias, todo el pais seria sacudido por una violenta conflagracion revolucionaria. Esto no se realizó sino en pequeñas proporciones. San Martin, en verdad, eficazmente ayudado por la escuadra, obtuvo, en el principio, señaladas ventajas que perturbaron profundamente al enemigo; pero el plan de conducta que se impuso i su propósito de desconcertarlo i de vencerlo mas por las dilijencias de la política que por el empuje de las armas, habia producido en definitiva un fatal resultado. En 1822, los realistas, sin haber recibido los refuerzos que esperaban de España, tenian mas poder material en el Perú del que habian tenido en el momento en que desembarcó la espedicion libertadora.

Habia sido tambien causa del desprestijio de San Martin la aspiracion que manifestó de crear una monarquía en el Perú, pensamiento quimérico igualmente patrocinado por otros altos personajes de la revolucion hispano-americana, i en todas partes destinado a fracasar. En honor de San Martin debe decirse que en la realizacion de ese proyecto, él no buscaba un engrandecimiento personal, i que tenia resuelto separarse en lo absoluto, de la vida pública desde que viera afianzado el nuevo órden de cosas. Esto no quitaba, sin embargo, de que se le atribuyera la ambicion de dominar al soberano que se elijiese, i lo que es mas injusto, hasta de ceñirse él mismo la corona.

San Martin se retiraba del Perú, fatigado por largos

años de lucha, hastiado por tantas contrariedades, descontento con muchos de sus subalternos que llegaron a asumir el rol de conspiradores, i desengañado, aunque tarde, de la eficacia del plan de campaña que habia adoptado. Contemplando el aspecto de guerra a mediados de 1822, adquirió la dolorosa conviccion de que él no podia terminarla, i dejaba esta empresa a cargo de otros hombres. Bolívar iba a confirmar en el Perú su título de Libertador que ya le habia discernido Colombia [11].

[11] La separacion de San Martin del mando del ejército i del gobierno del Perú ha dado lugar a los juicios mas contradictorios. Sus enemigos, entre los cuales figuran hombres tan caracterizados como lord Cochrane, no han querido creer en su desinteres. Unos han dicho que su renuncia fué arrancada por la conviccion profunda de que su poder estaba completamente minado, i que por tanto, su ruina era inevitable. Otros, que San Martin se proponia obtener que el congreso peruano le confiriera un mando absoluto i discrecional. La verdad es que el ilustre jeneral abdicó el poder porque estaba cansado de diez años de guerra, i porque presumia que su poder bastante reducido i su prestijio mui menoscabado, no eran suficientes para llevar a término final la empresa en que estaba comprometido. El jeneral arjentino don Tomas GUIDO, amigo i confidente del jeneral San Martin, i entónces ministro de la guerra, publicó en 1864 en la *Revista de Buenos Aires*, un artículo mui interesante en que da cuenta de este hecho con pormenores desconocidos, i que revela que San Martin habia preparado desde meses atras su retirada del Perú, pero que habia guardado sobre ella la mas profunda reserva, hasta el momento en que la ejecutó. Don Benjamin VICUÑA MACKENNA, en un opúsculo publicado en Santiago en 1863 con el título de *El jeneral don José de San Martin*, ha dado a conocer esta última parte de la vida pública del ilustre jeneral, sosteniendo la sinceridad i el desprendimiento con que se separó del mando. *

El historiador aleman GERVINUS, investigador tan prolijo como juicioso observador, ha sido jeneralmente injusto con San Mar-

* Debemos agregar los libros siguientes que el lector puede consultar sobre este tópico:

B. MITRE, *Historia de San Martin i de la emancipacion americana*, 4 vol Buenos Aires, 1887-1890.

G. BÚLNES, *Historia de la espedicion libertadora del Perú*, 2 vol. Santiago, 1887-1888.

tin. Ha tomado a lo serio el tejido de torpísimas calumnias publicado en Paris en 1858 con el título de *Memorias i documentos para la historia de la independencia del Perú*, por P. Pruvonena, seudónimo con que se han ocultado los injustos detractores del fundador de la independencia peruana.

Este último acto cierra la vida pública de San Martin. Despues de una corta residencia en Chile i en la República Arjentina, se trasladó a Europa, donde vivió hasta 1850, completamente ajeno a todos los sucesos que por entónces se desenvolvian en América.



CAPITULO XIV

Bolívar en el Perú.-Junin i Ayacucho.—Formacion de la República de Bolivia

(1822-1826)

1. Gobierno del triunvirato; derrotas de Torata i de Moquegua.—2. Presidencia de Riva Agüero.—3. Su deposicion.—4. Arribo de Bolívar al Perú.—5 Desavenencias entre los jefes españoles. 6. Batalla de Junin.—7. Batalla de Ayacucho.—8. Rendicion del Callao; independencia definitiva del Perú.—9. Creacion de la República de Bolivia.

1. Gobierno del triunvirato; derrotas de Torata i de Moquegua.—Aunque San Martin habia necesitado de cierta grandeza de alma para separarse del mando en el Perú, su renuncia imprevista, mas que el fruto de la magnanimidad i del desinteres, era, como dijimos, el resultado de su conocimiento profundo de los hombres i de las cosas. El protector habia comprendido que ante las conspiraciones del ejército, ante los levantamientos populares i las acechanzas de Bolívar, su gobierno debia convertirse en despotismo franco para subsistir. Al retirarse del Perú, San Martin estaba convencido de que los resortes administrativos estaban gastados i de que habria que vencer grandes dificultades para establecer un órden regular i para llevar a término la guerra.

En efecto, la separacion del protector fué seguida de una

serie de contrastes en la guerra i de una gran perturbacion en el gobierno del estado. El congreso confió el poder ejecutivo a una junta compuesta de tres miembros i presidida por el jeneral La Mar. Despues de muchas vacilaciones, esa junta acordó un plan de campaña contra los españoles, que consistia en enviar dos divisiones; una al sur a las órdenes del jeneral arjentino don Rudecindo Alvarado, para obrar contra el ejército del virrei La Serna; i la otra a cargo del jeneral Arenáles para atacar a Canterac en sus posiciones de la sierra de Jauja.

Si se hubiera puesto en ejecucion este plan de campaña con toda actividad i resolucion, no habria sido difícil alcanzar grandes ventajas sobre el enemigo; pero desgraciadamente no sucedió así. Arenáles no pudo reunir las fuerzas i los elementos indispensables para llevar a cabo la espedicion que se le encomendó. Se encontraban entónces en el Callao 2,000 soldados colombianos que Bolívar habia enviado en ausilio del Perú; pero el jefe de estas fuerzas, el jeneral don Juan Paz del Castillo, se escusó de salir a campaña con diferentes pretestos, pero en realidad, porque el Libertador de Colombia no queria que sus soldados estuviesen subordinados a los jenerales peruanos. La division de Paz del Castillo se reembarcó al fin para Guayaquil sin prestar por entónces servicio alguno al Perú (octubre de 1822).

La espedicion confiada al jeneral Alvarado compuesta de 3,500 hombres de buenas tropas, zarpó del Callao el 10 de octubre, i fué a desembarcar cerca de Arica casi dos meses despues. Defendia aquella costa el coronel realista don Jerónimo Valdes, con cerca de 3,000 hombres; pero al saber la salida de las fuerzas patriotas de Lima, el jeneral Canterac se habia puesto en marcha con todas sus tropas para el sur con el objeto de salvar a Valdes de una ruina que parecia inevitable. Por desgracia, Alvarado, en lugar de moverse con rapidez, avanzó lentamente hácia el interior, obligando a los realistas a retirarse para evitar una batalla, pero sin perseguirlos con la firmeza conveniente cuando

ellos se creian casi perdidos. Tacna i Moquegua cayeron en poder de los patriotas a mediados de enero (1823); i dos dias despues (19 de enero), llegaron éstos hasta las alturas de Torata, de donde fueron desalojadas las tropas de Valdes.

Aquella fué la última ventaja alcanzada por los patriotas en toda la campaña. Alvarado se habia movido con tanta lentitud que dió tiempo a Canterac para reunir sus tropas con las del coronel Valdes i para presentarle batalla. Rechazados los patriotas en las faldas de Torata (20 de enero), se replegaron sobre Moquegua; pero aquí fueron batidos con mayor vigor el dia siguiente (21 de enero) i puesto en la mas espantosa derrota. Los fujitivos escapados de este desastre llegaron a la costa en el mayor desórden buscando su salvacion en las naves, que los trasportaron al fin a Lima despues de los mas penosos sufrimientos. Canterac, por su parte, con un ejército de cerca de 9,000 hombres i conduciendo un gran número de prisioneros i de armas quitadas al enemigo, volvió a la sierra para merecer los honores del vencedor.

Estos desastres causaron en Lima una penosa impresion. El congreso, que habia perdido un tiempo precioso en inútiles discusiones, dando tiempo a que comenzara a surjir un principio de reaccion en favor de los españoles, conoció entónces la gravedad de la situacion, i creyó que era necesario consolidar el poder público confiándolo a un solo hombre, ya que el gobierno del triunvirato habia llevado la revolucion al bordo de su ruina. El marques de Torre Tagle, hombre débil i vicioso, que habia figurado en el gobierno revolucionario sólo por la posicion que le daba su fortuna, fué designado para el importante puesto de director supremo. El ejército, influenciado por el jeneral don Andres Santa Cruz, se opuso resueltamente a la proclamacion de aquel majistrado; i pidió al congreso que fuese nombrado en su lugar al coronel don José de la Riva Agüero, tribuno impetuoso que se habia hecho notar por la inquietud de su carácter, por una actividad incansable i por su

liberalismo tumultuoso. El congreso accedió, a su pesar, a las exijencias del ejército; i Riva Agüero fué proclamado presidente del Perú (28 de febrero de 1823). El jeneral Santa Cruz fué promovido al mando en jefe del ejército en reemplazo de Arenáles, que se retiraba del Perú, i de Alvarado, que habia perdido todo su prestijio despues de sus recientes derrotas.

2. Presidencia de Riva Agüero.—La eleccion de Riva Agüero fué saludada con entusiasmo; i en efecto, sus primeros actos revelaron enerjía i actividad. Tomó medidas financieras bien concebidas para proveer a las necesidades del tesoro público, aumentó considerablemente la fuerza de su ejército, equipó nuevamente la escuadra para hacerla servir en el trasporte de las tropas i en el bloqueo de los puertos del sur, i pidió ausilios a Chile i a Colombia para concluir la guerra contra los españoles.

El plan de campaña de Riva Agüero, sin embargo, no se apartó mucho del que habian puesto en planta sus predecesores. Reunió un ejército de 5,000 hombres i lo puso bajo las órdenes del jeneral Santa Cruz. A mediados de mayo salió éste del Callao con instrucciones de desembarcar en Arica o en Iquique, donde debia juntársele una division ausiliar de soldados chilenos, para emprender en seguida su marcha al interior, i operar sobre el Alto Perú i sobre el Cuzco, que eran el centro, puede decirse así, de recursos de los realistas.

El jeneral Canterac permanecia en la sierra; pero, por medio de los espías que tenia en Lima, estaba al corriente de todos los movimientos de los patriotas. Al saber que Santa Cruz habia emprendido las campañas en las provincias del sur, levantó su campamento a la cabeza de 9,000 hombres (2 de junio), i se puso rápidamente en marcha sobre Lima que creia indefensa o a lo ménos imposibilitada para resistir al ejército respetable de que él podia disponer. En efecto, la capital no se hallaba en estado de oponer una vigorosa resistencia.

Desde poco tiempo ántes se hallaba en el Perú una divi-

sion colombiana de 3,000 hombres, enviada por Bolívar a peticion de Riva Agüero. Mandaban estas fuerzas don Antonio José de Sucre, aquel ilustre militar que despues de los triunfos alcanzados en Quito contra los peninsulares, gozaba de la reputacion de ser el segundo jeneral de Colombia. Sin embargo, cuando se supo en Lima la noticia de la aproximacion de Canterac, los oficiales patriotas, reunidos en un consejo de guerra presidido por el mismo Riva Agüero, acordaron evacuar la capital, que no podian defender i encerrarse en las fortalezas del Callao. De los setenta i nueve diputados que formaban el congreso, sólo treinta i ocho se retiraron de Lima con Riva Agüero: los demas se quedaron en la ciudad, dispuestos a congraciarse con los españoles. Canterac ocupó la capital sin dificultad alguna el 18 de junio, i aun pretendió atacar a los defensores del Callao, persuadido de que la revolucion peruana se hallaba próxima a sucumbir.

3. Deposicion de Riva Agüero.—El presidente Riva Agüero fué entónces el objeto de las mas vivas acusaciones. Reprochábansele todas las desgracias de la patria, la pérdida de la capital i la decadencia de la revolucion. Los diputados le quitaron el mando militar, que pusieron en manos del jeneral Sucre (21 de junio), i en seguida quisieron tambien despojarlo del mando político (23 de junio). Riva Agüero, sin embargo, resistió con toda enerjía a esta última humillacion; pero en lugar de disponer una empresa cualquiera contra los realistas que ocupaban a Lima, se retiró con los miembros del congreso hácia el norte, al pueblo de Trujillo (26 de junio), donde se proponia ponerse al frente de una division patriota que allí se habia organizado.

Se ha acusado a Sucre de haber fomentado estas desavenencias para preparar el terreno al ejército colombiano, i para hacer indispensable la presencia de Bolívar en el Perú. El jeneral colombiano, sin embargo, aparentó guardar la mas escrupulosa circunspeccion, manifestándose, al parecer, ajeno a esas disensiones, i aun aconsejando a los dipu-

tados peruanos que depusieran sus odios en aras de la patria i de la revolucion. Despues de la partida de Riva Agüero, Sucre quedó defendiendo el Callao a la cabeza de las tropas independientes que se habian retirado de Lima; pero, convencido de que los españoles no podrian apoderarse de aquellas fortificaciones, i creyendo dar un golpe decisivo al ejército del virrei, organizó una division de 3,000 hombres que embarcó para el sur en ausilio del jeneral Santa Cruz (4 de julio).

Los realistas, en efecto, se convencieron que no podian reducir a los defensores del Callao. El jeneral Canterac, que por un momento habia soñado la pacificacion completa del Perú, se encontró en Lima rodeado de guerrillas enemigas que le cortaban toda comunicacion, i temió que en el entretanto los patriotas del sur, reforzados por los ausilios que le mandaba Sucre, pusiesen en gran peligro la dominacion española en toda la presidencia de Chárcas i en las provincias de Arequipa i el Cuzco. Para evitar esto último, evacuó la capital (17 de julio), i marchó resueltamente hácia el sur. Los cuerpos patriotas que picaron su retirada, no consiguieron molestarlo por largo tiempo.

Los independientes ocuparon de nuevo la ciudad de Lima. Sucre, investido accidentalmente del mando supremo, no pensó en otra cosa que en adelantar las operaciones militares. Delegó sus poderes en el marques de Torre Tagle, que quedó gobernando en Lima, i él se embarcó para el sur con el propósito de tomar el mando de todo el ejército patriota i de dirijir personalmente la campaña que se sostenia en aquellas rejiones (20 de julio).

Desde entónces, aquella parte del Perú en que dominaban los independientes, quedó dividida en dos gobiernos diversos: el de Torre Tagle, establecido en Lima, i el de Riva Agüero, establecido en Trujillo. Este último, no pudiendo soportar por mas tiempo las resistencias que le oponian los diputados que lo acompañaron en su retirada al norte, disolvió francamente aquel simulacro de congreso (19 de julio), apresó a siete de sus miembros i organizó un senado

compuesto de los hombres que le eran mas adictos. Este golpe de autoridad fué mirado en el campamento con una indiferencia que casi equivalía a una esplícita aprobacion. Riva Agüero, sin embargo, no supo aprovecharse de las ventajas de esta situacion; i en vez de marchar resueltamente sobre la capital para reconquistar el gobierno apartando de él al inepto Torre Tagle, abrió negociaciones con los peninsulares, con la esperanza de alcanzar la paz para volver entónces sus armas contra la autoridad de Lima, que Riva Agüero consideraba anárquica i revolucionaria.

Estas vacilaciones del presidente Riva Agüero aceleraron su ruina. Los chilenos, los arjentinos, los colombianos i hasta los peruanos mismos que servían en la guarnicion de Lima, estaban animados por un espíritu mas alto, i considerando una traicion a la patria el pensamiento de negociar con los españoles. A la fraccion del congreso que residia en Lima, se habian unido los diputados perseguidos en Trujillo, que volvian resueltos a vengarse del presidente legal. El congreso entero se dejó influenciar por esos sentimientos nombrando a Torre Tagle presidente del Perú (16 de agosto). Tres dias despues, el mismo congreso declaró solemnemente que Riva Agüero quedaba destituido de la presidencia, i puesto fuera de la lei como culpable de alta traicion.

4. ARRIBO DE BOLÍVAR AL PERÚ.—En medio de estas desaveniencias, la guerra se sostenia en el sur del Perú contra el ejército que obedecia al virrei La Serna. El jeneral patriota Santa Cruz habia desembarcado con sus tropas en Iquique (15 de junio); i despues de ocupar las ciudades de Arica i Tacna, consiguiendo algunas ventajas sobre varios destacamentos enemigos, pasó resueltamente la cordillera de los Andes i penetró en el Alto Perú casi sin encontrar resistencia, i recibiendo, por el contrario, el ausilio de los guerrilleros independientes que en aquella rejion sostenian la lucha contra los españoles. En la ciudad de la Paz, proclamó la emancipacion en medio de un entusiasmo loco (7 de agosto). Una division republicana mandada por el co-

ronel don Agustin Gamarra, avanzó hasta Chuquisaca i proclamó igualmente la independencia. El triunfo de los patriotas en aquellas rejiones parecia asegurado. El jeneral Sucre con las tropas que sacó del Callao, habia desembarcado tambien en Chala i ocupado la importante ciudad de Arequipa (30 de agosto). En el sur del Perú, ademas, se esperaba por momentos el arribo de una division que el gobierno de Chile enviaba en ausilio de los independientes.

Los realistas conocieron perfectamente el peligro que corria su dominacion en aquellas rejiones, i con una actividad verdaderamente maravillosa, corrieron a deshacer la tempestad que los amenazaba. El jeneral español don Jerónimo Valdes, a la cabeza de una division de 4,000 hombres, se habia separado de Canterac en Lima, en el mes de junio, i ejecutó uno de los mayores prodijios de rapidez que recuerda la historia de las campañas de la revolucion hispanoamericana. Durante cincuenta i siete dias de marcha, teniendo que atravesar montañas escabrosas i áridos desiertos, anduvo siete leguas por dia, i se presentó delante de Santa Cruz en los alrededores de la Paz, en Zepita, el 25 de agosto. Allí se trabó un combate en que los realistas fueron rechazados. Los independientes, sin embargo, no pudieron aprovecharse de esta ventaja. El virrei La Serna, abandonando sus cuarteles del Cuzco, habia corrido a reforzar a Valdes, de manera que los patriotas, separados en divisiones que ocupaban una vasta estension de territorio, se vieron amenazados por un ejército fuerte i poderoso, i mandado por jenerales tan activos como intrépidos. Despues de diversos combates casi siempre desfavorables para los independientes, se vieron éstos forzados a retirarse a la costa para buscar sus naves i replegarse a Lima. Sucre mismo, despues de sostener un denodado combate en las calles de Arequipa (8 de octubre), se vió tambien forzado a retirarse al puerto de Quilca para reembarcar sus tropas. La division chilena que acababa de tomar tierra en Arica a las órdenes del jeneral don Francisco Antonio Pinto, se halló, pues, abandonada en aquel lugar i tuvo que ganar de nuevo sus buques

para replegarse a Chile i salvarse de una ruina inevitable i estéril.

En esas circunstancias Bolívar se presentó en Lima (1º de setiembre de 1823), donde era esperado con impaciencia. Los ajentes del gobierno del Perú que habian ido a Bogotá a solicitar su apoyo, lo habian determinado, al fin, a ponerse al mando de las tropas patriotas para arrojar definitivamente a los españoles de su último atrincheramiento en la América del sur. El libertador de Colombia fué acojido en Lima en medio de los gritos de alegría de la muchedumbre. El congreso le confió inmediatamente un poder dictatorial en los negocios políticos i militares, encargándole particularmente que pusiese término a las discordias intestinas (2 i 10 de setiembre). Torre Tagle conservó, sin embargo, la presidencia mas bien para secundar las miras de Bolívar que para dirijir un gobierno independiente.

El gobierno del Perú ofrecia entónces los mayores peligros, tanto en los negocios de la guerra contra España como en los asuntos de su organizacion interior. Para cualquiera otro hombre, era aquella una situacion llena de escollos a que no habria osado hacer frente; pero para un jenio superior que tenia tanta confianza en sí mismo como Bolívar, no se podia imajinar una situacion mas favorable. "El pais languidecia en la mas espantosa miseria, dice un eminente historiador; todos los negocios estaban interrumpidos; el numerario habia sido absorbido por los empréstitos forzosos; las tropas no eran pagadas i no tenian otro recurso que el merodeo; ningun camino era seguro, i aun las comunicaciones entre el Callao i Lima quedaban durante muchos dias cortadas por bandas de salteadores. Ademas, no habia gobierno reconocido; los hombres del poder estaban en lucha constante entre sí; se veia dos presidentes (porque Riva Agüero no habia desistido de sus pretensiones de gobernar desde Trujillo) un congreso i un senado que se declaraban mútuamente culpables del delito de alta traicion, i que se ponian los unos a los otros fuera de la lei, un ejército en el norte que estaba pronto para hacer la gue-

rra al congreso i, en fin, un escuadrilla que no obedecia al gobierno. I sin embargo, en ese mismo momento, el Alto Perú que los patriotas acababan de atacar, habia sido perdido de nuevo; las tropas ausiliares suministradas por Chile, habian vuelto a su pais; el gobierno de Lima habia tomado un nuevo santo por patron del ejército, por que su predecesor no habia cumplido con su deber; Valdes dominaba en todo el sur; i el centro del ejército español, que de nuevo se habia acrecentado hasta alcanzar a un efectivo de 20,000 hombres, se reconcentró por segunda vez en Jauja para amenazar la capital del Perú [1]."

Bolívar se contrajo ante todo a establecer la tranquilidad interior para consolidar su gobierno. Al efecto, envió dos ajentes suyos a Trujillo con encargo de allanar las diferencias con Riva Agüero; pero como este plan no produjera los resultados favorables que se buscaban, i como el congreso representase las negociaciones de aquel jefe con los españoles, el gobierno de Lima preparó un golpe que fué ejecutado felizmente. Uno de los oficiales en quienes Riva Agüero habia depositado su confianza, el coronel don Antonio Lafuente, lo apresó en Trujillo, arrebatándole toda sombra de autoridad (25 de noviembre), i lo mandó a Guayaquil, de donde pasó luego a Europa para no volver a su patria sino diez años despues, cuando la independencia del Perú era un hecho consumado, i cuando habian muerto muchos de sus mas tenaces perseguidores. Se ha dicho que los ajentes de Bolívar tenian instrucciones para hacer fusilar a Riva Agüero, i que no se ejecutó esta órden por exijencia del mismo Lafuente i del vice-almirante de la escuadra peruana, Guise.

Desde entónces, Bolívar fué el verdadero soberano de toda aquella parte del Perú que permanecia en poder de los independientes. Torre Tagle, aunque conservaba el título de presidente, era incapaz de ocuparse de la direccion de los negocios públicos, mucho ménos de contrarrestar la im-

[1] G. G. Gervinus, *Histoire du XIX siécle*, t. X, p. 113.

periosa voluntad del Libertador, i vino a ser sólo un instrumento de su poder. El congreso habia promulgado (13 de noviembre) una constitucion democrática i liberal para satisfacer las exijencias de la opinion; pero en realidad, ese código no tuvo vida propia, ni fué puesto en práctica, en atencion a las circunstancias porque entónces pasaba el Perú. Bolívar sin embargo, no pudo dar a las operaciones militares el impulso vigoroso que reclamaban. El congreso de Colombia tardó mucho en concederle los ausilios que necesitaba. El gobierno de Chile, disgustado con lo que habia ocurrido a la division ausiliar en los puertos del sur de Perú, i preocupado entónces con el proyecto de conquistar el archipiélago de Chiloé, no atendió las exijencias de Bolívar que le pedia nuevos socorros de tropa. El Libertador ademas se encontró enfermo durante algun tiempo; de manera que, a pesar de sus esfuerzos, la reorganizacion del ejército independiente marchaba con mucha lentitud.

El Libertador habia sentado su campamento en Huaras, al norte de Lima, en donde el ejército independiente seguia engrosándose poco a poco i aumentando su disciplina. Convencido de que por entónces no podia abrir la campaña, Bolívar indujo a Torre Tagle a entablar negociaciones pacíficas con los jenerales españoles, con la esperanza de ganar tiempo. El jeneral Canterac, segundo del virrei en el mando del ejército realista, se negó a oir las proposiciones de paz, impidiendo a los comisionados patriotas que pudieran llegar hasta el Cuzco, donde estaba establecido La Serna. Los realistas, envanecidos con sus recientes triunfos, creian cercana la restauracion efectiva del antiguo réjimen. Centenares de individuos que habian servido al gobierno de la república encargos civiles i militares, hacian retractacion de sus principios, e iban a ofrecer sus servicios a los peninsulares.

5. Desavenencias entre los jefes españoles.—Al comenzar el año de 1824 la independencia de la mayor parte de la América española era un hecho consumado; pero la espulsion de los realistas del Perú era todavía un problema

difícil de resolver. No sólo ocupaban la mayor parte del virreinato, sino que contaban con un ejército mui superior, por el número i por la disciplina, al de los patriotas. Las poblaciones no habian manifestado en este pais aquel entusiasmo loco por la causa de la independencia que en los otros pueblos americanos fué el primer elemento de triunfo, haciéndoles soportar todo jénero de sufrimientos aun en los instantes en que la revolucion parecia perdida para siempre. Miéntras los realistas contaban con regulares recursos arrancados por bien o por mal a los habitantes de las provincias que ocupaban, el Libertador no tenia dinero con qué pagar a sus tropas o se veia obligado a alimentarlas con gran dificultad. En esta tristísima situacion comenzaron a hacerse sentir entre los mismos destacamentos patriotas, motines militares que creaban los mayores embarazos.

El mas importante de estos motines estalló dentro de las fortificaciones del Callao. Guarnecian este puerto algunas tropas arjentinas del antiguo ejército de San Martin. Mal pagadas desde mucho tiempo atras, i reducidas a una miserable racion, se sublevaron el 5 de febrero capitaneadas por un sarjento, Dámaso Moyano, i prendieron al gobernador de la plaza, jeneral Alvarado, i a los oficiales de la guarnicion, reclamando que se les pagase sus sueldos atrasados i que se les trasportase gratuitamente a su pais. Los patriotas habrian podido desarmar aquella tempestad mediante el sacrificio de una suma de dinero; pero el gobierno no tenia recursos para ello, i los particulares no quisieron contribuir a sofocar un movimiento que amenazaba sériamente la revolucion. Un destacamento de caballería enviado por Bolívar en ausilio de la capital, se unió a los rebeldes del Callao. Estos últimos, por fin, viendo desatendidas sus reclamaciones, i temiendo sobre todo los terribles castigos a que se habian hecho acreedores, se dejaron seducir por algunos partidarios de la causa de España, i avisaron a Canterac, situado entónces en Jauja, que podia ocupar las fortalezas del Callao en nombre del rei (18 de febrero de 1824).

La rabia i la desesperacion de Bolívar no conocieron lí-

mites cuando tuvo noticias de estas ocurrencias. Acusó a Torre Tagle de torpeza en la direccion de los negocios públicos i hasta de connivencia con los españoles, i pidió al congreso que lo destituyera de la presidencia del estado. Al efecto, envió a Lima al jeneral arjentino don Mariano Necochea con órden de apresar a Torre Tagle i sus consejeros por el delito de alta traicion, i de tomar el mando de la capital. El congreso cedió fácilmente a las exijencias del Libertador: destituyó a Torre Tagle (10 de febrero), abolió la constitucion, revistió a Bolívar de la suma del poder público i acabó por disolverse (20 de febrero de 1824). Torre Tagle, temiendo ser fusilado por el delito que se le imputaba, i no teniendo donde ocultarse para sustraerse a la saña de sus perseguidores, se entregó a los rebeldes del Callao, i fué retenido allí como prisionero de guerra. La revolucion peruana se desembarazó así de un instrumento inútil que habia empleado en los primeros puestos, sólo por el prestijio de su posicion elevada en la sociedad aristocrática de Lima i por su fortuna considerable.

Miéntras tanto, los realistas avanzaban sobre la capital para aprovecharse de aquel estado de confusion tan favorable a sus intereses. El Libertador habia dispuesto que se retiraran de ella las armas, los vestuarios i los recursos que podia utilizar el enemigo; i arrastrando con todo ello, se retiró él mismo hasta Trujillo para completar su ejército i recibir los refuerzos que esperaba de Colombia. Una division de 3,000 realistas, mandada por el coronel don Ramon Rodil, ocupó el Callao, i otra division despachada por Canterac, a cargo del jeneral don Juan Antonio Monet, se posesionó nuevamente de Lima (29 de febrero).

Al lado de estas grandes ventajas, los realistas tuvieron que sufrir los mas serios contratiempos. Las disensiones políticas estallaron tambien en su campo haciendo desaparecer la unidad de accion tan indispensable para dominar a los independientes.

La revolucion liberal de España en 1820 i el restablecimiento de la constitucion, encontraron ardorosos partida-

rios entre los jefes que mandaban el ejército español del Perú. La Serna, Canterac, Valdes i muchos otros jenerales de menor importancia, no sólo se habian apresurado a promulgar la constitucion española en el Perú, sino que habian hecho censurar por un periódico que se publicaba en el Cuzco, la intervencion francesa en los negocios de la península para reponer en el trono a Fernando VII como rei absoluto. En ese mismo periódico se insinuó la idea de formar en el Perú una monarquía independiente, colocando al frente de ella al virrei La Serna. En las provincias del Alto Perú mandaba las tropas peninsulares el mariscal de campo don Pedro Antonio Olañeta, realista atrabiliario, defensor obstinado de la monarquía absoluta, i enemigo, por tanto, de la revolucion española i de los propósitos falsos o verdaderos que se atribuian al virrei. Alentado por algunas cartas que le escribian de España los mas exaltados partidarios de Fernando VII recomendándole que a todo trance se opusiese en el Perú a los proyectos contrarios a la fidelidad al rei absoluto, Olañeta no vaciló en pronunciarse en abierta rebelion contra La Serna, ocupó las ciudades de Potosí i Chuquisaca (22 de enero i 8 de febrero), i proclamó el restablecimiento de la monarquía absoluta. Los patriotas de aquellas provincias rodearon a Olañeta, i finjiéndose secuaces exaltados de Fernando VII, estimularon la desobediencia al virrei.

Cuando La Serna tuvo noticia de estas ocurrencias, concibió los mas serios temores sobre la suerte de la guerra. Inmediatamente hizo partir para el sur al jeneral don Jerónimo Valdes al frente de una division, con encargo de someter al jeneral disidente, i de restablecer su autoridad en todo el Alto Perú. Valdes, sin embargo, no se atrevió a abrir desde luego la campaña contra el jeneral Olañeta. Por el contrario, tuvo con éste una entrevista en el pueblo de Tarapaya (9 de marzo de 1824), i ahí celebró un convenio por el que Olañeta conservó el mando de las provincias del Alto Perú, sin otras condiciones que las de suministrar a La Serna un ausilio mensual de 10,000 pesos, i de enviar-

de algunas tropas para reforzar el ejército del norte. La paz ajustada por este convenio, sin embargo, no fué de larga duracion. Olañeta persistió en desconocer la autoridad del virrei, estimulado, como hemos dicho, por los patriotas que veian en estos sucesos un acontecimiento favorable para la causa de la revolucion; i Valdes, por su parte, se empeñó en reducirlo por la fuerza, envolviéndose, en consecuencia, en una guerra obstinada i desastrosa.

6. Batalla de Junin.—Estas desavenencias, como debe suponerse, produjeron para los españoles las mas desastrosas consecuencias. El virrei, mui a su pesar, se vió en la necesidad de disponer que sus tropas evacuaran la ciudad de Lima i que se retiraran hácia Jauja, para reconcentrarse con el ejército que allí tenia Canterac. Los realistas acantonados en este valle, llegaron a contar cerca de 9,000 hombres perfectamente disciplinados; pero no les fué posible emprender nuevas espediciones hácia el norte, temerosos de que las revueltas del Alto Perú tomaran mayor desarrollo i pudieran llegar hasta poner en peligro la autoridad del virrei, que permanecia establecido en el Cuzco.

Bolívar, miéntras tanto, eficazmente ayudado por Sucre, por La Mar i por otros jefes, engrosaba su ejército con toda actividad i con una grande intelijencia. Recibió refuerzos de tropas de Colombia, que fueron colocadas en las inmediaciones de la cordillera para aclimatarlas al frio de las alturas. Para proveer a las necesidades pecuniarias, impuso contribuciones, exijió empréstitos i donativos, tomó el dinero de las iglesias i pagó a sus soldados alguna parte de sus sueldos. Completó el armamento de sus tropas, las disciplinó con gran celo, i ántes de mediados de 1824, contó un ejército de 10,000 hombres. En él, figuraban colombianos, peruanos, chilenos i arjentinos, i muchos oficiales europeos de bastante distincion. Terminados estos aprestos, el Libertador abrió resueltamente la campaña que iba a decidir al fin de la suerte del Perú.

El jeneral don Guillermo Miller, comandante en jefe de la caballería patriota, se puso en camino a principios de

junio, pasó los Andes i tomó el mando de las montoneras peruanas que hostilizaban al ejército español acantonado en Jauja. Miller desplegó en esas correrías su arrojo acostumbrado, i ese tino que lo habia hecho famoso en las anteriores campañas de la independencia. No sólo hostilizó con mucha habilidad al enemigo, sino que preparó la marcha del ejército de Bolívar, distribuyendo en varios puntos del camino, los víveres i pertrechos que habian de necesitar los patriotas. Por fin, a principios de julio, el Libertador levantó su campamento de Huaras, i emprendió su campaña al traves de las cordilleras para caer sobre el ejército realista que ocupaba a Jauja.

El paso de los Andes ofrecia las mayores dificultades: cortaduras profundas, senderos impracticables, laderas escarpadas i peligrosas, i alturas en que faltaba el aire para la respiracion; pero los patriotas lo sobrellevaron todo con aquel noble entusiasmo que los hacia superiores a los mayores sufrimientos. El ejército caminaba escalonado en divisiones con intervalos de una o dos jornadas; i era socorrido en la travesía por los montoneros de Miller, que guardaban los repuestos de víveres i forrajes. Los jenerales independientes, i particularmente Sucre, manifestaron en esa marcha una grande intelijencia militar. Venciendo todos los obtáculos puestos por la naturaleza, pero sin encontrar ninguna resistencia de parte de los enemigos, el ejército republicano llegó a Pasco, donde Bolívar le pasó una revista jeneral, anunciándole que en breve iba a empeñar una gran batalla en que se habia de decidir la suerte del nuevo mundo.

Canterac no tuvo noticia de la aproximacion de los patriotas sino cuando éstos ocupaban a Pasco. Los montoneros de Miller le habian interceptado todas las comunicaciones i ocultado hábilmente los movimientos de Bolívar. Entónces (1º de agosto) el jeneral realista se adelantó hácia Pasco; pero luego supo que los independientes se habian puesto en movimiento precipitado hácia la orilla occidental de la laguna de Junin para envolverlo por la retaguar-

dia i cortarle toda retirada al sur. Canterac se vió obligado a retroceder a toda prisa, i fué a colocarse en la pampa de Junin. La caballería patriota, compuesta de 900 jinetes, que marchaba dos leguas adelante de la infantería, llegó a aquel lugar en la tarde del 6 de agosto. Canterac que contaba con 1,300 caballos, cargó sobre ella con la arrogancia que infunde la seguridad de la victoria. El choque fué verdaderamente terrible; por ámbas partes se hicieron verdaderos prodijios de valor; pero los escuadrones colombianos, agobiados por el mayor número, fueron arrollados. La caballería española, victoriosa por un momento, se dispersó imprudentemente; i entónces el oportuno ataque de dos escuadrones de la reserva peruana restableció la lucha, operó la reconcentracion de los jinetes colombianos, i obligó al fin al enemigo a buscar su salvacion refujiándose en las filas de su infantería que no habia interrumpido la retirada. Los españoles dejaron en el campo de Junin 350 muertos i 80 prisioneros junto con el prestijio de invencibles con que se enorgullecian (6 de agosto de 1824).

Este combate, casi insignificante por el número de los combatientes, tuvo, sin embargo, una influencia inmensa en la suerte de la guerra. Canterac se retiró al sur con la mayor presteza, i en medio de tal desórden, que ántes de llegar al Cuzco, habia perdido casi la mitad de su ejército por la desercion constante de sus soldados. En su fuga el jeneral realista inutilizaba los puentes para evitar la persecucion de los patriotas, i perdiendo su antigua seguridad, parecia exajerar la importancia de la derrota que acababa de sufrir. Bolívar, sin embargo, no supo sacar de aquella victoria todas las ventajas que deseaba. Los soldados colombianos poco acostumbrados a hacer marchas penosas por las escabrosidades de la sierra, no podian seguir con la rapidez conveniente al ejército peninsular.

7. Batalla de Ayacucho.—Los patriotas llegaron en la persecucion hasta la orilla norte del rio Apurimac. Como se acercaba la estacion de las lluvias en aquellas rejiones, Bolívar creyó por entónces terminada la campaña. Entre-

gó a Sucre el mando del ejército, encomendándole que tomara los cuarteles de invierno, i él dió la vuelta a Lima para reunir nuevos continjentes de tropas con que esperaba recomenzar la guerra el año próximo.

Miéntras tanto, los realistas hacian esfuerzos sobrehumanos para reponerse de la derrota i reparar su afrenta. Por órden del virrei La Serna, el jeneral Valdes, que entónces sostenia la guerra en el Alto Perú contra los soldados de Olañeta, abandonó este pais, i ejecutando una de esas marchas prodijiosas que lo hicieron célebre, atravesó en un mes una distancia de 270 leguas, recojiendo en su tránsito todos los destacamentos que guarnecian diversos pueblos i recolectando numerosos reclutas. A fines de octubre, el virrei tenia en el Cuzco un ejército de mas de 10,000 hombres, con 14 cañones i 1,600 caballos. A la cabeza de estas tropas, La Serna abrió la campaña, pasando el rio Apurimac con el pensamiento de colocarse a la retaguardia de Sucre para cortarle la retirada a Lima.

Desde que Bolívar se habia retirado del campamento republicano, Sucre temia ser atacado ántes de recibir los refuerzos que esperaba. Las tropas de su mando no alcanzaban a 6,000 hombres, número mui reducido si se le compara al efectivo del ejército realista; i a pesar de su buena voluntad, el jeneral independiente no habia podido tomar con ellas la ofensiva sobre el enemigo, ántes que Canterac i Valdes hubiesen efectuado su reunion. Los patriotas se vieron forzados a retirarse; pero La Serna les ganó la delantera, dando un rodeo, i ocupó la ciudad de Guamanga (16 de noviembre). Durante algunos dias los dos ejércitos maniobraban con gran maestría en un terreno montañoso que ofrece las mayores dificultades para el movimiento de las tropas, acechándose mútuamente i empeñando algunos ataques de vanguardia, en que los independientes tuvieron la peor parte i perdieron casi toda su artillería. Esas operaciones tenian por teatro el centro mismo de los majestuosos Andes, por senderos que tan pronto se elevan sobre la cima de las montañas escabrosas i elevadas, como bajan

a la profundidad de los valles. Sucre, en medio de las penalidades de aquellas marchas, conservó su inalterable sangre fria, i aunque conocia perfectamente los grandes peligros de su situacion, teniendo que batirse con un ejército casi doble en número, buscaba sólo el momento favorable para presentar al enemigo una batalla decisiva.

Al fin, el 8 de diciembre los dos ejércitos quedaron a la vista. Los españoles ocupaban las escabrosas alturas de Condorcunca, en el límite oriental de la llanura de Ayacucho. Al occidente de ésta i sobre unos lomajes estaban acampados los patriotas. Todo aquel llano está rodeado por quebradas profundas o por barrancos peligrosos i de difícil paso, de manera que los vencidos no debian abrigar esperanza de salvacion en la retirada. La posicion ventajosa de los realistas, el mayor número de sus tropas, la confianza adquirida por ellos en las escaramuzas de los dias anteriores, todo parecia anunciar la destruccion próxima del ejército patriota, al cual no quedaba otra espectativa que sostener una lucha desesperada.

Desde el amanecer del dia siguiente (9 de diciembre de 1824), los dos ejércitos cambiaron algunos tiros; pero la batalla no se empeñó hasta las nueve de la mañana. Los realistas bajaron con gran arrojo i resolucion de las alturas que ocupaban; pero los patriotas los recibieron en la llanura con una entereza verdaderamente heroica, i los acometieron con un empuje irresistible ántes que los españoles hubiesen alcanzado a ordenar su línea. La primera division de éstos fué fácilmente destrozada por las fuerzas que mandaba el bizarro jeneral colombiano don José María Córdoba. Los realistas precipitaron entónces sus movimientos; pero Sucre hace redoblar el empuje de sus soldados, i las otras divisiones enemigas son igualmente batidas ántes de ordenarse en la llanura. El virrei La Serna se arroja con sus últimas tropas entre los combatientes; pero cae herido i prisionero. El combate se sostuvo todavía por el flanco de los patriotas; el jeneral don Jerónimo Valdes, haciendo un hábil rodeo con la division de su mando, fué a atacar a

los independientes por su costado izquierdo, i detras de unos barrancos que hacian mui difícil una resistencia a la bayoneta. La division peruana, mandada por el jeneral La Mar, que ocupaba aquel lado, vaciló un momento, i luego comenzó a ponerse en desórden; pero el jeneral Miller, poniéndose a la cabeza de la caballería patriota, trabó el combate en ese punto, pasó los barrancos con mucha valentía, i fué a dispersar la division de Valdes, quitándole sus cañones. A la una del dia, la batalla estaba terminada: los realistas habian perdido mas de 2,000 hombres entre muertos i heridos, i cerca de 3,000 prisioneros. El resto de sus tropas estaba en la dispersion mas espantosa, i no podia oponer una séria resistencia ni retirarse del teatro de su desastre.

La batalla de Ayacucho, como la de Carabobo en Colombia i la de Maipo en Chile, iba a decidir en definitiva de la suerte de la guerra en el Perú, último asilo de la dominacion española en el nuevo mundo. Sucre se aprovechó de su triunfo proponiendo en el mismo dia a los vencidos una honrosa capitulacion, que éstos aceptaron casi sin vacilar. Los jefes realistas, entre los cuales habia catorce jenerales, reconocieron la independencia del Perú, rindiendo sus armas, i comprometiéndose a evacuar las fortalezas del Callao, i todo el territorio. El jeneral patriota, en cambio, les garantizó la vida i las propiedades, i se comprometió a enviarlos a Europa a espensas del gobierno independiente. Pocos dias despues, salieron del campo de Sucre diversos destacamentos para someter las provincias en que todavía se mantenian fuerzas españolas.

8. Rendicion del Callao; independencia del Perú.— La noticia de la batalla de Ayacucho voló por todo el Perú con maravillosa rapidez. En el primer momento, los militares realistas que quedaban en el Cuzco pensaron en mantener la resistencia i aun proclamaron virrei al jeneral don Pio Tristan, en reemplazo de La Serna que quedaba prisionero. Tristan comunicó su nombramiento a las autoridades del Alto Perú, i desplegó grande actividad para reu-

nir un nuevo ejército; pero la insurreccion asomaba por todas partes; i el pretendido virrei se vió en la necesidad de acojerse a la salvaguardia concedida por el tratado de Ayacucho. Un cuerpo de la division de Miller ocupó la antigua capital del imperio de los incas (25 de diciembre) i estableció allí las autoridades patriotas.

En el Alto Perú el jeneral Francisco Antonio Olañeta no quiso obedecer la capitulacion de Ayacucho. Retiró, sin embargo, las tropas de su mando que ocupaban a Puno; pero encerrándose dentro de los límites de la antigua presidencia de Chárcas, que, como se sabe, habia formado parte del virreinato de la Plata, se dispuso a sostener en aquella rejion la autoridad del rei de España. En otras circunstancias, aquella resistencia habria podido entrañar los mas serios peligros: entónces, por el contrario, la revolucion, sofocada despues de innumerables combates, i a costa de millares de víctimas, renacia con un vigor irresistible. La Paz, Santa Cruz i Cochabamba se pronunciaron de nuevo por la independencia, contando con el apoyo de las mismas tropas realistas. Olañeta se veia obligado a retirarse hácia el sur, para evitar todo encuentro con el ejército de Sucre, que invadia el Alto Perú por el lado opuesto, i que llegó hasta Potosí (29 de marzo de 1825) sin encontrar ninguna resistencia. Olañeta, que se retiró de esta ciudad a la aproximacion de los patriotas, habia ido a acamparse al pequeño pueblo de Tumusla (dieciseis leguas al sur de Potosí). Un batallon que habia quedado enfrente de ese pueblo, i separado de él sólo por el rio del mismo nombre, se sublevó proclamando la independencia; i como Olañeta saliese a someterlo, un soldado hizo fuego i dió muerte a ese jefe atrabiliario (2 de abril). Los otros jefes i oficiales de su ejército depusieron las armas, i pidieron a Sucre que los declarara comprendidos en la capitulacion de Ayacucho. La dominacion española habia llegado a su término en el Alto Perú.

En el Callao, entre tanto, se prolongó la lucha mas largo tiempo. El coronel Rodil, que mandaba la guarni[illegible]

española de esa plaza, se negó a obedecer la capitulacion, i resistió con admirable constancia a los ataques combinados de una division colombiana i de la escuadra independiente. Durante trece meses de ataques diarios i de sufrimientos indescriptibles, el hambre, el escorbuto i las fiebres arrebataron mas de 6.000 personas. En el Callao desaparecieron familias enteras que por los compromisos contraidos en la guerra, habian ido a buscar allí un asilo contra las persecuciones de los patriotas. Torre Tagle murió tambien en esa plaza, dejando su nombre empañado con la sospecha de haber traicionado la causa de la patria; i aunque el Libertador dió despues un decreto restableciendo su crédito, la posteridad no lo ha justificado francamente. Por fin, Rodil, comprendiendo que no recibiria recursos de ninguna parte, rindió las fortalezas por una capitulacion celebrada el 22 de enero de 1826. En esos mismos dias, los españoles, que todavía conservaban el archipiélago de Chiloé, lo entregaban despues de una derrota, por otra capitulacion, al gobierno de la República de Chile.

Libre de enemigos esteriores, el Perú pensó entónces en organizarse como nacion independiente. Bolívar continuaba ejerciendo el poder público sin resistencia ni contrapeso; pero la opinion del pais comenzó a ajitarse desde que la independencia fué un hecho consumado. El mismo Bolívar se vió obligado a ceder, i convocó un congreso que se reunió en Lima el 10 de febrero de 1825. Contra las esperanzas de los liberales, aquel cuerpo no hizo mas que prolongar la dictadura confiriendo al jefe supremo los títulos de Libertador i de Padre del Perú. Su gobierno fué al principio una serie no interrumpida de ovaciones, en que el entusiasmo i el agradecimiento de los pueblos tenian la principal parte; pero de allí se pasó a los actos de la mas servil adulacion, que acabó por ofuscar a Bolívar. Se decia que sin éste el Perú no podia subsistir independiente i tranquilo. Las conspiraciones, sin embargo, no tardaron en hacerse sentir en varias partes del territorio, i aunque fueron castigadas con excesivo rigor, el descontento no se acalló.

El Libertador, llamado a Colombia por asuntos importantes, salió del Perú (3 de setiembre) en medio de las demostraciones de sentimiento preparadas por sus parciales; pero dejaba tras de sí los jérmenes encubiertos de una revolucion que debia hacerse sentir en breve. Inútil fué que el 9 de diciembre de 1826, segundo aniversario de la victoria de Ayacucho, se hiciese jurar una constitucion que conferia a Bolívar un poder vitalicio; porque esta declaracion no hizo mas que irritar los ánimos i preparar la revuelta. Una division colombiana que guarnecia a Lima, deseando apoyar un movimiento liberal que por entónces tenia lugar en Colombia, depuso el gobierno provisorio dejado por Bolívar (28 de enero de 1827); i a la sombra de esta revolucion, el Perú recobró el uso de sus libertades, pronunciándose contra el gobierno vitalicio. Un congreso proclamó restablecida la constitucion liberal de 1823, i elevó al jeneral La Mar a la presidencia de la República. El Perú, independiente de la dominacion española, i libre de la tutela colombiana, entraba entónces apénas en el goce de su autonomía.

9. Creacion de la República de Bolivia.—La rejion conocida bajo la dominacion española con los nombres de presidencia de Chárcas o Alto Perú, formaba parte del virreinato de la Plata, i habia sido desde 1809, como hemos visto, el teatro de constantes revoluciones, de una guerra atroz i de sangrientas represalias. Los insurjentes de Buenos Aires, vencedores al principio en aquellas provincias, se habian visto al fin obligados a abandonarlas ante las huestes que contra ellas despachaba desde Lima el virrei del Perú. Pero cuando los ejércitos españoles de este virreinato sucumbieron en Ayacucho, los habitantes de la antigua presidencia de Chárcas se levantaron de nuevo sin esperar el auxilio de las tropas vencedoras. Cuando Sucre pasó el rio Desaguadero para sostener a los patriotas del Alto Perú, una gran porcion de este pais se habia pronunciado por la independencia, i estaba libre de enemigos. El jeneral español Olañeta, como hemos visto, se retiraba rá-

-pidamente hácia el sur, dejando tras de sí la revolucion próxima a estallar.

Este movimiento jeneral en aquellas provincias presentó desde el principio caractéres peculiares. El jeneral patriota don José Miguel Lanza, hermano de dos jóvenes que quince años ántes habian sido inmolados en castigo de su patriotismo, se habia apoderado de la importante ciudad de la Paz (25 de enero de 1825); i allí declaró solemnemente la independencia del Alto Perú. Este era el sentimiento dominante en todos aquellos pueblos: se queria la independencia absoluta no sólo de la España sino tambien de los dos antiguos virreinatos, convertidos ahora en Repúblicas, el Perú i las Provincias Arjentinas, que se creian ámbos con derecho a aquel territorio. El jeneral Sucre comprendió perfectamente esta tendencia de los espíritus; i por eso al entrar a la ciudad de la Paz (7 de febrero) declaró solemnemente que "su único objeto era redimir las provincias del Alto Perú de la opresion española, dejándolas en posesion de sus derechos." Dos dias despues, el vencedor de Ayacucho dió un decreto por el que se convocaba una asamblea de diputados de los pueblos que decidieran libremente de la suerte de aquel pais.

Reunióse esta asamblea en la ciudad de Chuquisaca el dia 24 de junio de 1825. El gobierno de Buenos Aires, sintiéndose incapaz de sostener por la fuerza sus derechos al Alto Perú, declaró de acuerdo con el congreso arjentino, que este pais quedaba en plena libertad para disponer de su suerte. Bolívar, sin embargo, insistió en que aquel territorio fuese de un modo u otro incorporado al Perú; pero la asamblea de Chuquisaca declaró solemnemente que el Alto Perú se erijia en estado independiente de todas las naciones del antiguo i del nuevo mundo (10 de agosto de 1825).

Pero el Libertador, ofuscado con la gloria de su nombre, no podia resignarse a no intervenir en los negocios del nuevo estado. Se dirijió a la Paz para estudiar por sí mismo la situacion. En todas partes fué recibido con las demostraciones de admiracion i de entusiasmo a que lo hacian

acreedor sus grandes servicios; pero la asamblea insistió en su anterior declaracion, si bien por deferencia a Bolívar le dió el título de Libertador i lo nombró presidente de la República miéntras permaneciese dentro de su territorio. Por declaracion de la asamblea, el nuevo estado debia tomar el nombre de *República de Bolívar*, que ha sido convertido despues en el de Bolivia. El Libertador aceptó como un hecho consumado la independencia de las provincias que bajo la dominacion española habian formado la antigua presidencia de Chárcas.

La nueva República pensó desde luego en darse una organizacion política. Un congreso constituyente reunido el 25 de mayo de 1826 en la ciudad de Chuquisaca, que desde entónces tomó el nombre de Sucre, acometió la empresa de reformar la administracion pública creando instituciones que estuviesen en armonía con la forma republicana. Despues de largas discusiones i de decretar muchas reformas parciales, el congreso sancionó con lijeras modificaciones un proyecto de constitucion elaborado por Bolívar que establecia una presidencia vitalicia. Era el mismo código que el Libertador queria imponer a Colombia i al Perú, i que en ámbos paises suscitó violentas revoluciones. En Bolivia, sin embargo, la constitucion fué aceptada sin dificultad; i en conformidad a ella, el vencedor de Ayacucho fué elejido presidente. El jeneral Sucre se resistia a aceptar el alto cargo que se le confiaba; pero instado por Bolívar, tomó al fin las riendas del gobierno.

Jamas mandatario alguno infundió mas confianza al subir al poder. Sucre, hombre ilustrado, jeneroso, activo i entusiasta, hizo en el mando cuanto le fué dable por la prosperidad i por el progreso del pais que se habia entregado en sus manos, pero la decadencia del prestijio de Bolívar vino a perjudicarlo en sus planes. La política del Libertador comenzaba a despertar en todas partes las mas sérias resistencias; i en Bolivia como en el Perú se creia que Sucre no era mas que el instrumento de esa política. Las tropas de Colombia, que habian acompañado a aquellos dos jene-



rales en su camino de triunfos i de glorias, fueron las primeras en alzar el grito de insurreccion. Sucre pudo sofocar los primeros síntomas de rebelion; pero al fin fué impotente para dominarla. Al amanecer del 18 de abril de 1828, estalló en Chuquisaca un motin militar que parecia tener grandes ramificaciones en el ejército. Sucre fué herido i hecho prisionero; i aunque el pueblo boliviano manifestó en esos momentos que reconocia los grandes servicios de ese jeneral, convino en su separacion de la presidencia i en la supresion del réjimen creado por la constitucion de Bolívar. Entónces comenzó para aquel pais una larga serie de revoluciones i de guerras civiles, despues de las cuales ha comenzado a asentarse la República bajo el réjimen de la legalidad [2].

---

[2] Las autoridades que he consultado para formar estos dos últimos capítulos son las *Memorias del jeneral Miller* que contienen una reseña interesante i animada de la guerra de la independencia del Perú, las *Memorias para servir a la historia de las armas reales en el Perú*, por el jeneral español García Camba, las *Memorias* de Lord Cochrane i muchos otros documentos de ménos estension, como una *Esposicion* de Riva Agüero sobre su gobierno, que fué publicada en Lóndres en 1824. He tenido tambien a la vista dos compendios de historia del Perú escritos en Lima para la enseñanza en los colejios; pero en jeneral no me han sido de gran ausilio, i he preferido las autoridades ántes citadas, i los documentos. *

Los lectores que deseen adquirir mas latas noticias acerca de la formacion de la República de Bolivia pueden consultar el *Ensayo sobre la historia de Bolivia* por don Manuel José Cortes (Sucre, 1861, un vol. en 8º) i los *Apuntes para la historia de la revolucion del alto Perú, hoi Bolivia*, escritos por un testigo i actor en aquellos sucesos, don Manuel María Urcullu, i publicados sin nombre de autor, en Sucre, 1855.

* Pueden consultarse ademas: Mitre, *Historia de San Martin i de la emancipacion americana*, ántes citada; Búlnes, *Últimas campañas de la Independencia del Perú* (1822—1824). Santiago de Chile, 1897; i los *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, (Madrid 1896), 4 vol., publicados por el conde de Torata» don Fernando Valdes, hijo del jeneral don Jerónimo.



CAPÍTULO XV

Revolucion e independencia de la República Oriental del Uruguai

(1814-1828)

1. Artígas: revueltas en la Banda Oriental del Uruguai.—2. La ocupan los portugueses.—3 Inútiles reclamaciones del gobierno arjentino; afianzamiento de la dominacion portuguesa.—4. Treinta i tres emigrados uruguayos invaden la Banda Oriental.—5. Guerra entre la República Arjentina i el Brasil; batalla de Ituzaingó.—6. Tratado de paz; reconocimiento de la independencia de la República Oriental del Uruguai.

1. Artígas; revueltas en la Banda Oriental del Uruguai.—La revolucion de la República Oriental del Uruguai se diferencia mucho de la guerra que tuvieron que sostener las otras colonias españolas para alcanzar su independencia. El territorio que hoi forma aquella República, conocido indiferentemente con el nombre de Uruguai o de Banda Oriental del Uruguai, era sólo una provincia del virreinato de la Plata, sometida por tanto al gobierno que residia en Buenos Aires, i sus habitantes eran denominados alternativamente orientales o uruguayos. En los primeros tiempos de la revolucion arjentina, la provincia del Uruguai, como

hemos visto en otra parte [1], fué el centro del poder de los realistas; pero desde 1811 la guerra prendió en aquel mismo territorio, fomentada i dirijida por el gobierno rebelde de Buenos Aires. Despues de cuatro años de lucha, los españoles fueron arrojados de la Banda Oriental, i ésta fué incorporada al territorio de las provincias arjentinas. Entónces, desgraciadamente, las discordias intestinas i la guerra civil atrajeron al Uruguai a los portugueses que dominaban el Brasil, i a los cuales fué necesario arrojar despues de una costosa guerra, que dió al fin por resultado el nacimiento de una nueva República.

Desde los primeros tiempo de la guerra que los arjentinos tuvieron que sostener para espulsar a los españoles de la Banda Oriental, se hicieron sentir en esta provincia violentos síntomas de independencia, no sólo contra las autoridades españolas, sino tambien contra los revolucionarios arjentinos. Don José Artígas, militar uruguayo que desde 1811 hacia la guerra a los realistas bajo el mando de los jenerales de Buenos Aires, fué el principal instrumento sino el primer promotor de esta rebelion. En diciembre de 1813, miéntras el jeneral Rondeau a la cabeza de un ejército arjentino sitiaba a los españoles que defendian a Montevideo, una asamblea de orientales, reunida en el mismo campamento de los patriotas, declaró que el Uruguai formaba parte de la República Arjentina, pero sólo como provincia confederada. Como el gobierno nacional establecido en Buenos Aires no aceptase esta declaracion, Artígas se retiró repentinamente con sus tropas dejando descubierta una parte de la línea sitiadora, arrebató sus caballadas al ejército de Rondeau i se pronunció en abierta rebelion proclamando la independencia absoluta del Uruguai.

Este fué el principio de una serie de revueltas que distrajeron la atencion i los recursos del gobierno casi tanto como la misma guerra que era necesario sostener con los españoles. El director supremo don Jervasio A. Posadas,

[1] Véase atras, cap. VIII, § 4, de la parte IV.

que gobernaba en Buenos Aires, puso precio a la cabeza de Artígas (11 de febrero de 1813), i declaró resueltamente la guerra a las bandas indisciplinadas del audaz montonero; pero en realidad nada pudo hacer para conjurar el peligro. Artígas, caudillo ignorante e inhumano, revolucionario por espíritu de desórden i de insubordinacion mas que por principios fijos, ejecutó mil correrías en toda la Banda Oriental i se manifestó dispuesto a unirse a los españoles, miéntras éstos conservaron su dominacion en Montevideo. Desde que esta plaza cayó en poder de los patriotas (junio de 1814) i desde que las tropas arjentinas persiguieron sus bandas, Artígas finjió someterse a las autoridades de Buenos Aires a condicion de que se le diese el cargo de comandante de las milicias de la campaña.

Pero Artígas no queria la paz. Aprovechándose de la autoridad que le daba el nuevo cargo, sublevó otra vez la Banda Oriental, derrotó en diversas ocasiones las fuerzas arjentinas que marcharon contra él, cometió las mas inauditas depredaciones en todas partes, i pasó varias veces el caudaloso rio Uruguai, proclamando la federacion en la vecina provincia de Entre Rios. La insurreccion cundió fácilmente en otras partes; i la anarquía se enseñoreó de una porcion considerable de la República Arjentina. Artígas i sus montoneros dominaban en Montevideo i en toda la Banda Oriental, ejerciendo en ella su accion destructora i el mas rudo i salvaje despotismo. Allí no habia un gobierno regular, un mandatario con quién tratar, una persona caracterizada con quién contar. Las negociaciones pacíficas, entabladas muchas veces por el gobierno de Buenos Aires, eran desatendidas apénas iniciadas o rotas con una ultrajante insolencia. Bajo la dominacion provocadora de los montoneros, los orientales eran enemigos de Buenos Aires como de la España, i no conocian otra lei que la voluntad i el capricho de Artígas.

2. Los portugueses ocupan la Banda Oriental.—Este estado de cosas despertó la antigua ambicion de la corte de Portugal, que entónces residia en el Brasil. Desde fines del

siglo XVII, como hemos visto en otra parte [2], el gobierno portugues se habia preocupado con el pensamiento de dilatar sus posesiones americanas hasta la márjen boreal del Plata, incorporando a sus dominios todo el territorio que forma la Banda Oriental del Uruguai. Burlado en sus pretensiones por la España, que estaba resuelta a conservar la integridad de sus posesiones en el nuevo mundo, el Portugal habia pensado en llevar a cabo sus planes de conquista cuando la revolucion asomó en el virreinato de la Plata. En 1811, una division portuguesa, mandada por el jeneral don Diego de Souza, salió del Brasil con el pretesto de pacificar el territorio uruguayo, pero con el verdadero designio de conquistarlo militarmente. El gobierno arjentino se vió por entónces en la necesidad de capitular con los portugueses, abandonando todo el territorio uruguayo en manos de los españoles.

No faltaron al gobierno portugues pretestos para meditar nuevas empresas. Una lei dictada en Buenos Aires (4 de febrero de 1813) por la cual se declaraban libres todos los esclavos estranjeros que entrasen al territorio arjentino, habia provocado quejas i amenazas de la corte de Rio de Janeiro, que veia en esa declaracion un estímulo para la fuga de los esclavos empleados en la industria brasilera. Mas tarde se dijo que Artígas habia pasado la frontera i enviado emisarios al Brasil para sublevarlo en favor de las ideas republicanas. Algunos personajes caracterizados de Montevideo que llegaban a Rio de Janeiro huyendo del despotismo de Artígas, representaron a la corte portuguesa las grandes ventajas de emprender una espedicion al Uruguai, no sólo para salvar las fronteras de las continuas invasiones de los guerrilleros, sino para conquistar en favor de la causa de la civilizacion, el territorio destrozado por bárbaras i atroces persecuciones.

Don Juan VI, rejente de Portugal, establecido como hemos dicho, en Rio de Janeiro, se dejó arrastrar a esta empre-

[2] Véase atras, Parte III, cap. IV, §5.

sa, persuadido de que acometia una conquista fácil i rápida. Declaró a la España que no pensaba en posesionarse definitivamente del territorio uruguayo, sino en contener a los insurjentes que lo asolaban i que amenazaban las fronteras del Brasil. Al mismo tiempo, hizo traer de Portugal un ejército de 4,800 hombres, aguerridos en la campaña de la península contra los franceses, bajo el mando de Cárlos Federico Lecor, despues baron i vizconde de la Laguna, jeneral portugues recomendable por su talento i por su entereza. Estas tropas llegaron a Rio de Janeiro el 30 de marzo de 1816. Dos meses despues, el 12 de junio, partieron para Santa Catalina, considerablemente reforzadas i ausiliadas por algunas naves de guerra. El gobernador de Rio Grande, provincia meridional del Brasil, recibió órden de hacer marchar todas las tropas disponibles sobre el territorio uruguayo; i en efecto, una division de 2,000 soldados, a las órdenes del jeneral portugues Curado, abrió la campaña en las riberas del rio Uruguai. El ejército invasor alcanzaba a cerca de 10,000 hombres i poseia un núcleo considerable de tropas aguerridas.

¿Con qué recursos contaba la revolucion arjentina para rechazar esta invasion? Gobernaba entónces en Buenos Aires el director supremo don Juan Martin Pueirredon, hombre intelijente i enérjico que por un momento creyó poder conjurar aquella tempestad. Despachó emisarios a la Banda Oriental para llamar a su deber al caudillo Artígas a fin de rechazar con él a los invasores, i para representar al jeneral portugues la violacion de los tratados anteriores, e inducirlo a desistir de toda empresa militar contra una provincia que formaba parte del territorio arjentino. Los esfuerzos de Pueirredon fueron completamente ineficaces: Artígas recibió con desconfianza las proposiciones que se le hacian, manifestándose, sin embargo, dispuesto a combatir contra los portugueses. Lecor declaró que no tenia nada que ver con el gobierno arjentino, tratándose de una provincia que se habia separado voluntariamente de Buenos Aires. Las fuerzas portuguesas penetraron resueltamente en

el territorio oriental, venciendo fácilmente la resistencia heroica pero desesperada que les opusieron las guerrillas de Artígas. La division principal, mandada por el jeneral Lecor, que marchaba por el lado del mar, derrotó completamente en el sitio llamado India Muerta (19 de noviembre de 1816) las fuerzas que mandaba don Fructuoso Rivera, segundo de Artígas. Este mismo fué dispersado en el estero Catalan, cerca del rio Uruguai, por la division del jeneral Curado (4 de enero de 1817). El camino de Montevideo quedó desde entónces libre i espedito, puesto que las guerrillas patriotas que trataban de hostilizar a los invasores, eran impotentes para embarazar su marcha. El 20 de enero de 1817, Lecor entró a aquella ciudad conducido en triunfo por el cabildo i por una parte respetable del vecindario. Tres años de desquicio i de violencias, de depredaciones i de atrocidades habian puesto a una gran parte de los patriotas orientales en la dura necesidad de aceptar como un beneficio la dominacion portuguesa para libertarse de la dura opresion ejercida por Artígas.

La ocupacion de la Banda Oriental por los portugueses pareció consumada. El cabildo de Montevideo acordó en una sesion secreta enviar cerca de don Juan VI, proclamado ya rei de Portugal i del Brasil, una diputacion que le ofreciese la incorporacion efectiva del Uruguai a sus dominios. El monarca portugues, sin embargo, no se atrevió a aceptar francamente la cesion que se le hacia, porque la España, que creia conservar aun sus derechos sobre aquel territorio, lo reclamaba tenazmente por la via diplomática, ya que no era posible disputarlo con las armas en la mano. En la misma provincia del Uruguai, los portugueses tuvieron todavía que sostener la guerra contra las bandas del inflexible Artígas. Los montoneros, vencedores en unas ocasiones, vencidos en otras, fueron al fin definitivamente derrotados en Tacuarembó (22 de enero de 1820) por el conde de Figueroa, gobernador portugues de la provincia de Rio Grande. Esta batalla acabó con los recursos i con las esperanzas de los montoneros. Artígas, abandonado por los

suyos, se vió obligado a buscar un asilo en el Paraguai, donde el doctor Francia, que gobernaba ese pais, lo retuvo confinado en el interior durante mas de veinte años. Don Fructuoso Rivera, el segundo de Artígas, viendo perdida la causa de éste, se entregó a los portugueses a condicion de que se le conservara en el mando de un rejimiento de caballería compuesto sólo de orientales. Lecor aceptó ésta i otras proposiciones semejantes para asentar la dominacion portuguesa en el Uruguai, sobre las bases de suavidad i de la templanza.

3. Inútiles reclamaciones del gobierno arjentino; afianzamiento de la dominacion portuguesa.—El gobierno de Buenos Aires tuvo que aceptar la ocupacion de la Banda Oriental por los portugueses como un mal inevitable. Durante la guerra que Artígas sostuvo contra los invasores, el director Pueirredon entró en negociaciones con los montoneros orientales ofreciéndoles los ausilios que podia prestarles; pero desgraciadamente luego se convenció de que Artígas i los suyos no se someterian nunca a ningun gobierno regular; i la revolucion arjentina no se hallaba entónces en situacion de entrar a la vez en campaña contra Artígas i contra los portugueses. El desquiciamiento del órden interior en las provincias, producido por los caudillos groseros i ambiciosos que habian lanzado el grito de federacion, tenia de tal modo embarazada la accion i el poder de la República Arjentina, que durante algunos años los diversos gobiernos que se sucedieron en Buenos Aires se limitaron a protestar contra la dominacion de los portugueses en la antigua provincia del Uruguai.

Don Juan VI, como hemos dicho mas arriba, no se habia atrevido por consideraciones a la España, a declarar francamente la incorporacion de la Banda Oriental a sus dilatados dominios. La conquista de ese territorio era denominada sólo "ocupacion"; pero en realidad la corte portuguesa trataba de asentar su dominacion en las márjenes del Plata, i todas sus medidas, dictadas con bastante sagacidad, iban dirijidas a este importante objeto. Por fin, en

1820 estalló en España una formidable revolucion que puso el trono de los Borbones al borde de un abismo. El rei de Portugal creyó llegado el momento de abandonar todo disimulo. Por encargo suyo, se reunió en Montevideo una asamblea de diputados orientales que debia dar a este pais una organizacion política. Despues de algunas discusiones públicas, en que tomaron parte muchos hombres importantes de la Banda Oriental que mas tárde se hicieron famosos en la lucha de la independencia, la asamblea acordó en julio de 1821, ofrecer al rei don Juan, a nombre del pueblo uruguayo, la incorporacion de este territorio al reino unido de Portugal i Brasil, bajo la condicion de que se le considerara como una de las provincias de la monarquía. El rei aceptó esta declaracion; i la Banda Oriental fué incorporada al Brasil con el nombre de *Provincia Cisplatina*.

El año siguiente (1822), el Brasil se separó de la monarquía portuguesa i pasó a formar un imperio independiente. La provincia del Uruguai se hallaba entónces ocupada por un ejército de 4,000 portugueses mandados nó ya por Lecor, que habia sido separado poco ántes, sino por el jeneral don Alvaro da Costa, en cuya fidelidad tenia plena confianza el rei don Juan. Da Costa, en efecto, desconoció el nuevo gobierno i dispuso que sus tropas negasen la obediencia al titulado emperador del Brasil. La poblacion oriental, por el contrario, aceptó la proclamacion del imperio, prestándole solemne reconocimiento, i mas tarde envió sus diputados al congreso jeneral reunido en el Janeiro. Da Costa se vió obligado a encerrarse en Montevideo. Despues de un sitio de diecisiete meses sostenido contra las tropas brasileras que mandaba el mismo jeneral Lecor, declarado ahora en favor de la independencia del Brasil, se embarcó para el Portugal, convencido de que la metrópoli era impotente contra una revolucion definitivamente consumada.

El gobierno de Buenos Aires creyó, por un momento, que la creacion del nuevo imperio seria una circunstancia favo-

rable para reincorporar al territorio arjentino la provincia del Uruguai. A pesar de todos sus esfuerzos, vió consumarse la anexion de la Banda Oriental como un hecho que no le era dado impedir; pero protestó contra él en términos llenos de altivez i de resolucion. En una nota dirijida al gabinete imperial por el ministro arjentino en Rio de Janeiro se encuentran estas palabras, que revelan en cuánto se estimaba en Buenos Aires la posesion de esta provincia. "Las provincias del Plata no pueden sustraerse a la necesidad de sostener su honor i su dignidad; i no consultando mas que su dependencia i sus otros intereses nacionales, espondrán, si esto es necesario, hasta su propia existencia, para obtener la reincorporacion de una plaza que es la llave del inmenso rio que baña sus costas, abre los canales de su comercio i facilita la comunicacion entre una multitud de puntos sometidos a su dependencia." La corte de Rio de Janeiro contestó a estas reclamaciones con el altanero desprecio de quien tiene fe en la inmensa superioridad de sus recursos.

4. Treinta i tres emigrados uruguayos invaden la Banda Oriental.—Los actos de adhesion al imperio brasilero de parte de la poblacion oriental, no eran en manera alguna espontáneos. Un descontento profundo pero disimulado, jerminaba en todas partes, i aun se dejó traslucir por algunos proyectos de conspiracion prevenidos en tiempo. La dominacion brasilera no era cruel ni rigorosa; pero la masa del pueblo oriental, ligada por la identidad de lengua i de raza i hasta por las relaciones de familia con la poblacion de Buenos Aires, deseaba su incorporacion a la República Arjentina, que en esa misma época hacia grandes progresos políticos i materiales bajo la influencia decisiva del ilustrado ministro don Bernardino Rivadavia.

En Buenos Aires residian como emigrados muchos militares i ciudadanos orientales que no habian querido someterse a la dominacion brasilera. Uno de ellos, el coronel don Juan Antonio Lavalleja, preparó una empresa que podia considerarse descabellada, i que sin embargo fué ejecutada

con toda resolucion i con gran fortuna. De acuerdo con treinta i dos de sus compatriotas, reunió algunas armas, i embarcándose secretamente, atravesó el rio de la Plata i desembarcó en el puerto de las Vacas, en la Banda Oriental (19 de abril de 1825) dispuesto a hacer la guerra a los dominadores de su patria. Un pequeño triunfo alcanzado el dia siguiente sobre un destacamento brasilero, dió mayor crédito a su causa i engrosó sus filas con nuevos voluntarios. El comandate Rivera, que servia en el ejército brasilero desde 1820, abandonó las filas de éste, i engrosó las fuerzas de la insurreccion, poniendo al servicio de ella toda la influencia de que gozaba en la campaña. Antes de dos meses, toda la Banda Oriental estaba sobre las armas. Los brasileros, batidos en muchos encuentros parciales por Rivera i Lavalleja, se vieron obligados a encerrarse en Montevideo i la Colonia, a donde fueron a hostilizarlos los insurjentes.

Miéntras tanto, la pequeña villa de la Florida fué declarada capital provisoria del Estado, i allí se organizó un gobierno presidido por don Manuel Caballero, vecino respetable del Uruguai, con el encargo de dar unidad a los elementos de que podia disponer la revolucion (14 de junio). Uno de sus primeros actos fué reconocer la autoridad del congreso soberano de la República Arjentina i enviar a él dos diputados representantes de la Banda Oriental. Ese mismo gobierno provisorio reunió en la Florida la primera asamblea provincial; i allí fué proclamada la independencia de todo el Uruguai, i declarados nulos i sin ningun valor todos los actos de incorporacion al Portugal o al Brasil.

Esta solemne declaracion fué sancionada pocos dias despues por una espléndida victoria. Lavalleja habia alcanzado a reunir una division de 2,000 hombres bien armados; i ocupaba con ellos el lugar de Sarandí. El jeneral brasilero Bento Manuel Ribeiro, que se habia ilustrado en la invasion de la Banda Oriental, osó atacarlo en aquel sitio; pero fué completamente derrotado (12 de octubre de 1825).

Los brasileros se retiraron del campo de batalla en entera dispersion, dejando en poder de los patriotas cerca de doscientos prisioneros. La superioridad de las armas de Lavalleja quedó establecida desde entónces en todo el Uruguai; i el prestijio de su causa ganó nuevos i mas poderosos auxiliares.

5. El gobierno arjentino declara la guerra al Brasil; batalla de Ituzaingó.—El gobierno arjentino habia prestado hasta entónces una cooperacion indirecta, por decirlo así, a los patriotas de la Banda Oriental. Habia favorecido los esfuerzos de los particulares para suministrar armas i dinero a los insurjentes, pero no se habia atrevido a declarar francamente la guerra al Brasil. Por fin, el 4 de noviembre (1825), el ministro arjentino don Manuel José García dirijió a la corte de Rio de Janeiro una nota que importaba una declaracion solemne de quedar abiertas las hostilidades. Anunciábale que el congreso de Buenos Aires reconocia incorporada a la República Arjentina la provincia del Uruguai, i que por tanto, aquel gobierno estaba comprometido a mantener la seguridad i defensa de este territorio. El emperador del Brasil aceptó la guerra, i comenzó desde luego a hacer los aprestos necesarios. Una division naval mandada por el vice-almirante brasilero Rodrigo Lobo fué a bloquear el Rio de la Plata.

El gobierno arjentino, entre tanto, no descuidó los aprestos militares. Rivadavia, elevado al mando supremo de la República (7 de febrero de 1826), imprimió a la direccion de la guerra el mismo vigor con que habia ejecutado las grandes reformas políticas. Organizó una escuadrilla de naves pequeñas que puso bajo el mando del almirante Brown, el mismo que en 1814 habia batido completamente la escuadra española; i levantó un ejército de cerca de 6,000 hombres en que figuraban muchos jefes i oficiales de las grandes guerras de la independencia, bajo las órdenes de don Cárlos María de Alvear, el jeneral que en aquella misma época obligó a los españoles a entregar la plaza de Montevideo. Armáronse numerosos corsarios que fueron

a hostilizar el comercio de los brasileros, burlando con tanta audacia como habilidad las persecuciones de las naves enemigas.

Las primeras operaciones de esa campaña fueron completamente felices para los arjentinos. En tierra i en mar, batieron las fuerzas brasileras; pero no alcanzaron ventajas positivas que hicieran prever el fin de la guerra. Por el contrario, el emperador del Brasil reforzó su ejército elevándolo hasta de 6,000 hombres; i separando al jeneral Lecor, a quien se acusaba de faltas de actividad i de acierto, puso al frente de sus tropas al marques de Barbacena. Lleno de arrogancia, el nuevo jeneral anunció en una proclama al tomar el mando del ejército, que en pocos dias mas el pabellon brasilero tremolaria en Buenos Aires.

A pesar de esta confianza, las operaciones de la guerra no tomaron un jiro mas favorable para los brasileros. Una espedicion de 650 hombres, enviada contra el fuerte de Patagones, situado al sur de la costa de la provincia de Buenos Aires, bajo el mando del capitan Shepperd, cayó casi toda en poder de los arjentinos. Este jefe murió en el primer encuentro; i las tropas que desembarcaron, cortadas por un incendio intencional de las yerbas de la pampa, tuvieron que rendirse a discrecion. Una division entera de la escuadra brasilera, que habia remontado las aguas del rio Uruguai, compuesta de barcos de comercio malamente armados, fué atacada con grande ímpetu por el almirante Brown i destruida completamente. Apénas salvaron los brasileros tres naves: Brown les tomó once i les quemó cinco, estableciendo desde entónces su superioridad sobre la marina imperial. En tierra, no fueron mas felices los brasileros: despues de una serie de marchas i contramarchas casi sin objeto, Alvear atacó al ejército del marques de Barbacena cerca del arroyo de Ituzaingó i lo puso en completa derrota (20 de febrero de 1827).

6. Tratado de paz; reconocimiento de la independencia de la República Oriental del Uruguai.—La

guerra duraba sólo dos años, i en ella los arjentinos habian tenido de ordinario el triunfo; pero los recursos de la República estaban casi completamente agotados. El Brasil no se hallaba en mejor situacion; de manera que por ámbas partes se deseaba la paz. Don Manuel José García, el mismo que en su carácter de ministro del gobierno arjentino hizo la declaracion de guerra en 1825, se presentó en mayo de 1827 en Rio de Janeiro para celebrar la paz bajo la mediacion de la legacion inglesa. En efecto, celebróse una convencion por la cual la República Arjentina renunciaba a todos sus derechos sobre la Banda Oriental; i el Brasil se comprometia a considerar ese territorio como una provincia del imperio, i a dispensarle igual o mayor proteccion que a las otras que estaban bajo la dependencia del emperador del Brasil. Una convencion de esta naturaleza, celebrada despues de los repetidos triunfos del ejército arjentino, fué desaprobada por todo el pueblo de Buenos Aires i rechazada enérjicamente por el gobierno.

La guerra debia encenderse de nuevo. El emperador del Brasil dispuso que se hicieran grandes aprestos militares que no alcanzaron a prepararse. El jeneral marques de Barbacena fué separado del mando del ejército; i el jeneral Lecor fué llamado de nuevo al servicio para reemplazarlo. Despacháronse comisionados a Europa para enganchar soldados voluntarios en Irlanda. Miéntras tanto, las operaciones militares marchaban lentamente, pero en ellas, como de ordinario, los brasileros obtuvieron la peor parte. Una division de orientales mandada por el jeneral Rivera ocupó las Misiones del Uruguai (21 de abril de 1828) que hasta entónces estaban en poder del Brasil. Los voluntarios reunidos en Irlanda se sublevaron en Rio de Janeiro (junio de 1828) i obligaron al gobierno brasilero a embarcarlos de nuevo para Europa.

Los ajentes diplomáticos de la Gran Bretaña, que veian en esta guerra comprometidos los intereses comerciales de sus súbditos, se aprovecharon de esta situacion para jestionar de nuevo en favor de la paz. El emperador, que se

veia acosado de reclamaciones diplomáticas por las presas tomadas a negociantes estranjeros durante la guerra naval, previendo nuevas dificultades, i convencido sobre todo de la ineficacia de sus recursos, recibió de nuevo a los comisarios de Buenos Aires, que pasaban a Rio de Janeiro a proponer la paz bajo la mediacion del gabinete ingles.

No fué difícil arribar a un avenimiento. El 28 de agosto de 1828, se concluyó en Rio de Janeiro un tratado de paz i de amistad, que fué ratificado mes i medio despues en Montevideo (4 de octubre). Rivadavia habia dejado ya el mando supremo: su sucesor, el coronel don Manuel Dorrego, fué el que firmó ese tratado i puso término a una guerra gloriosa, es verdad, pero que habia agotado los recursos de la República Arjentina.

El tratado no satisfacia en realidad las exijencias de ninguno de los belijerantes. Ni el Brasil ni la República Arjentina ensancharon los límites de sus territorios respectivos. Las dos partes contratantes reconocieron la independencia de la Banda Oriental, i se comprometieron a prestarle ausilio en el caso en que la guerra civil viniese a turbar la tranquilidad o la integridad de la nueva República, ántes que estuviese definitivamente constituida o en los primeros cinco años que se siguiesen a la proclamacion de la constitucion. Esa constitucion que seria elaborada por los representantes del pais, debia ser sometida a los comisarios brasileros i arjentinos.

Así nació la pequeña República del Uruguai. Sometida por ese tratado a la influencia del Brasil i de la República Arjentina, i mas todavía, por su debilidad respecto de dos naciones vecinas mucho mas poderosas, la República Oriental vivió largo tiempo envuelta en guerras civiles i en complicaciones esteriores desarrollando lentamente los jérmenes de su riqueza, para alcanzar algunos años mas tarde un alto grado de prosperidad [3].

---

[3] Para la formacion de este capítulo, he tenido a la vista, entre otras fuentes, una interesante *Coleccion de memorias i docu-*

mentos para la Historia i la jeografia de los pueblos del Rio de la Plata, publicada en Montevideo (1849) por don Andres LAMAS, en la cual se encuentra una memoria sobre los sucesos de la guerra de la independencia escrita por el jeneral don Fructuoso RIVERA. He consultado igualmente la *Historia arjentina* de DOMÍNGUEZ, que solo alcanza hasta 1820, i las historias del Brasil de VARNHAGEN i de ABREU i LIMA, la primera de las cuales refiere sólo, aunque con muchos pormenores, la invasion portuguesa en el Rio de la Plata.

En la reseña bibliográfica que encabeza el tomo primero de esta *Historia* se halla noticia de otros libros sobre estos sucesos.



CAPÍTULO XVI.

Revolucion e independencia del Paraguai

(1810-1824)

1. El Paraguai se resiste a tomar parte en la revolucion arjentina. —2. Revolucion del Paraguai; el doctor Francia.—3. El Paraguai se segrega de las provincias arjentinas.—4. Administracion del doctor Francia.

1. El Paraguai se resiste a tomar parte en la revolucion arjentina.—Entre las provincias que formaban el estenso virreinato de la Plata, habia una cuya poblacion se diferenciaba esencialmente de los indios agricultores i mineros que poblaban el Alto Perú i de los gauchos que cuidaban los ganados de la pampa en las provincias mas inmediatas a la capital. El Paraguai, primer asiento de la colonizacion en aquellas rejiones, alejado del océano i de los puertos del Rio de la Plata, donde desembarcaban los europeos, no habia esperimentado la influencia del comercio, que durante los últimos años del coloniaje imprimió una virilidad tan poderosa a Buenos Aires. En los primeros tiempos de la conquista, los españoles habian querido hacer de aquella provincia un paso para llegar al Perú desde las costas del Atlántico; pero convencidos luego de las inmensas dificultades de ese camino, buscaron otro por el

Tucuman, i desde entónces el Paraguai vivió en medio del mas completo aislamiento.

Sin embargo, la bondad del clima, la abundancia de los medios de subsistencia i la facilidad de proporcionárselos, habian aumentado rápidamente su poblacion. Esta poblacion, formada de una mezcla de españoles i de indios guaraníes, oprimida por el sistema de las misiones, tan opuesto a la independencia i a la vitalidad moral del individuo, habia perdido completamente la enerjía que caracterizaba a los primeros colonos. Por su mansedumbre, por su sumision, i por su ignorancia en todo lo concerniente a sus intereses morales, los paraguayos formaban el pueblo ménos preparado para gozar de los beneficios de la independencia.

En 1810 gobernaba el Paraguai el coronel don Bernardo Velazco, militar intelijente cuyo buen carácter atenuaba en gran parte los abusos inveterados en la administracion de la provincia. El pueblo vivia tranquilo bajo una administracion que no se hacia sentir por el rigor ni por la aspereza de los predecesores de Velazco. Cuando llegó allí un emisario de la junta de Buenos Aires, anunciando la deposicion del virrei i la revolucion del 25 de mayo, el pueblo supo con indiferencia estas ocurrencias, i las autoridades se negaron a reconocer el nuevo gobierno instalado en la capital del virreinato.

La junta de Buenos Aires resolvió entónces hacerse reconocer por la fuerza. En octubre de 1810, puso sobre las armas una division de 500 hombres, i colocándola bajo el mando de don Manuel Belgrano, la hizo marchar hácia el Paraguai. En el camino, estas tropas se incrementaron con algunas milicias provinciales, de manera que cuando Belgrano atravesó el rio Paraná i pisó el territorio paraguayo (18 de diciembre), su division se componia de poco mas de 800 hombres.

El gobernador Velazco estaba resuelto a resistir la invasion. Confiando en la superioridad de sus recursos militares, desoyó las proposiciones pacíficas i conciliadoras del jefe arjentino. Puso sobre las armas cerca de 7,000 milicianos

i los reconcentró en un antiguo convento de jesuitas, en Paraguarí, dieciocho leguas al sur de la Asuncion, capital de la provincia. Belgrano, miéntras tanto, empleó cerca de un mes en atravesar una vasta entension del territorio paraguayo cubierta de bosques i de pantanos, sin encontrar un solo hombre con quien combatir o de quién recojer noticias. Velazco habia ordenado que todos los habitantes se retirasen a la aproximacion del ejército invasor i que destruyesen lo que no pudiesen llevar consigo.

Por fin, a mediados de enero de 1811, Belgrano se encontró frente de las líneas enemigas. Su ejército estaba reducido a 600 hombres: el resto habia quedado a orillas del Paraná para favorecer la retirada. El jefe patriota, sin embargo, no vaciló en empeñar la batalla. El 18 de enero al amanecer, sus columnas cayeron con la impetuosidad del rayo sobre el centro de la línea paraguaya, la hicieron vacilar i, por último, la pusieron en vergonzosa dispersion. Desgraciadamente, el desórden se introdujo tambien entre los vencedores, que en vez de perseguir al enemigo, se entretuvieron en ocupar el convento de Paraguarí. Los fujitivos, reunidos por sus oficiales i apoyado por las dos alas del ejército paraguayo, que habian quedado intactas, volvieron a la carga, hicieron numerosos prisioneros i obligaron a Belgrano a retirarse al sur.

El jefe patriota, sin ser sériamente inquietado, se retiró hasta Tacuarí, a orillas del rio Paraná, donde se estableció esperando nuevos ausilios de tropas, que le habia prometido el gobierno de Buenos Aires. En ese sitio, Belgrano fué nuevamente atacado por el ejército enemigo. Un oficial paraguayo apellidado Cabañas, a la cabeza del ejército reunido por el gobernador Velazco, embistió allí a los patriotas con fuerzas tan superiores i con tanta enerjía i resolucion, que despues de un dia de combate, i a pesar de la heroica entereza de Belgrano, éste se vió en la necesidad de proponer una capitulacion (9 de marzo de 1811). El dia siguiente se firmó un convenio mediante el cual los restos del ejército arjentino pudieron evacuar el territorio paraguayo

sin ser molestados. Belgrano, sin embargo, pasó hasta fines de ese mes en pacíficas i cordiales conferencias con Cabañas i con los otros oficiales enemigos, i aprovechó hábilmente este tiempo para manifestarles las ventajas que el Paraguai sacaria segregándose de la dominacion española. "En breve se oyeron en las filas paraguayas conversaciones de independencia que las habrian hecho temblar pocos dias ántes [1]".

2. REVOLUCION DEL PARAGUAI; EL DOCTOR FRANCIA.— Despues de las conferencias de Tacuarí, los oficiales i el ejército que habian combatido a los arjentinos regresaron a la Asuncion, pero volvian dispuestos a operar mas tarde o mas temprano un cambio gubernativo. Don Fuljencio Yégros, segundo jefe de Cabañas en la última guerra, habia quedado en Itapua con 200 hombres, desde donde mantenia sus comunicaciones con Belgrano. En la Asuncion se comenzó a hablar de la necesidad de hacer un cambio de gobierno que diera a los paraguayos la importancia a que se juzgaban acreedores despues de la campaña que acababan de llevar a cabo. El gobernador Velazco habia perdido gran parte de su prestijio en esa misma campaña, miéntras que Yégros i otros jefes se habian ilustrado en ella. El asesor de la intendencia del Paraguai, don Pedro Somellera, natural de Buenos Aires i relacionado con Belgrano, gozaba en la Asuncion de la grande influencia que le daban

1 RENGGER et LONGCHAMP. *Essai historique sur la révolution du Paraguay et la gouvernement dictatorial du docteur Francia*, chap. I. Esta obra (publicada en Paris en 1827) escrita por dos viajeros suizos que residieron en el Paraguai desde 1819 hasta 1825, contiene el mas rico caudal de noticias fidedignas sobre la revolucion de ese pais i sobre el sombrío despotismo del famoso doctor Francia. En 1846, don Florencio VARELA publicó en Montevideo una traduccion de esta obra enriquecida con curiosísimas notas escritas por el doctor don Pedro SOMELLERA, asesor de la intendencia del Paraguai, i testigo i actor de los sucesos mas importantes de la revolucion.

sus talentos i su posicion oficial. Somellera empleó esta influencia en preparar los ánimos de los patriotas paraguayos para consumar una revolucion en favor de Buenos Aires.

Los conspiradores esperaban el regreso de Yégros con sus 200 hombres para dar el golpe; pero sospecharon que sus planes eran conocidos por el gobernador Velazco, i se apresuraron a ejecutar su proyecto. En la noche del 14 de mayo (1811), ocuparon de improviso los cuarteles, habiéndose puesto ántes de acuerdo con los oficiales que los guarnecian. En ninguna parte encontraron la menor dificultad: i la revolucion quedó consumada sin la efusion de una sola gota de sangre. El gobernador Velazco no pudo oponer resistencia; i aceptó el cambio ocurrido cuando supo que los revolucionarios estaban animados de los mejores sentimientos de moderacion i templanza.

Una vez alcanzado el triunfo, Somellera propuso que se confiara el mando a una junta gubernativa compuesta de tres miembros, e indicó para el desempeño de estas funciones a don Pedro Juan Caballero, don Fuljencio Yégros i el doctor don Gaspar Rodríguez de Francia. Los dos primeros fueron aceptados inmediatamente por los otros caudillos de la revolucion. Francia encontró alguna resistencia; i fué necesaria toda la tenacidad de Somellera para obtener que se le llamase a formar parte del gobierno.

El doctor Francia, que debia ocupar en breve en su patria el primer puesto i dejar en la historia la mas singular nombradía, contaba en esa época cincuenta i tres años de edad. Por su talento i por su práctica de abogado, Francia habia adquirido una gran reputacion en un pais en que los hombres de saber eran mui raros, i se habia granjeado la estimacion de sus compatriotas. Despues de desempeñar diversos cargos consejiles, vivia retirado en el campo, cuando la revolucion consumada sin su consentimiento, lo llamó a tomar una parte principal en la direccion de los negocios públicos. Aunque su instruccion era bastante limitada, Francia era uno de las pocos paraguayos que en esa época tuviesen algunas nociones de gobierno, i el único

capaz de dirijir una revolucion. "Insensible por naturaleza, misántropo por temperamento, implacable en sus odios, perseverante hasta en sus manías, Francia era una de esas figuras sombrías, de labios pálidos i delgados en los cuales no aparece sino rara vez una fria i siniestra sonrisa. Como todo hombre que vive en el aislamiento, Francia tenia una fe ciega en sí mismo: lleno de orgullo, intolerante, tenia tanto desprecio por sus compatriotas como distancia por los estranjeros. Tal era el hombre predestinado que, arrancado de su retiro por la revolucion, debia dominar en esta provincia como el jenio sombrío del despotismo [2]".

3. El Paraguai se segrega de las provincias arjentinas.—La revolucion paraguaya se habia hecho en nombre de las ideas proclamadas en Buenos Aires en mayo de 1810. El doctor Francia, que entraba en la vida pública dominando todas las voluntades bajo el peso de su voluntad de fierro, dió un nuevo rumbo al movimiento revolucionario tan luego como estableció su supremacía sobre sus colegas. A instancias de Somellera, se habia convenido en el envío de un emisario que manifestase a la junta de Buenos Aires los votos de adhesion de los revolucionarios del Paraguai. Francia impidió la salida de ese emisario; i asumiendo una actitud resuelta i decisiva, sometió a prision a todos los hombres que por su enerjía o por su influencia pudieran oponerse a sus proyectos. Los antiguos servidores i partidarios de la causa real, i entre ellos el ex-intendente Velazco, fueron apresados junto con Somellera i los otros partidarios de la causa de Buenos Aires que habia en la Asuncion. En vez de enviar un emisario cerca de la junta de Buenos Aires, el nuevo gobierno le dirijió simplemente una nota en que, al paso que le daba cuenta de la revolucion operada en el Paraguai, declaraba que esta provincia no formaria parte del estado que se iba a constituir en el antiguo virreinato, sino por medio de una confederacion. "Este ha sido el modo, decia, como la provincia por sí misma se ha

2 Santiago Arcos, *La Plata, étude historique*, p. 295.

constituido en libertad i en el pleno goce de sus derechos; pero se engañaria cualquiera que llegase a imajinar que su intencion habia sido entregarse al arbitrio ajeno i hacer dependiente su suerte de otra voluntad." Esta nota, que lleva la fecha de 20 de julio de 1811, fijaba las bases sobre las cuales podia fundarse una confederacion de las provincias que componian el virreinato de la Plata.

La junta de Buenos Aires comprendió perfectamente las consecuencias que debian resultar de las pretensiones del doctor Francia; pero su situacion era tan embarazosa a consecuencia de la guerra que tenia que sostener contra los españoles de la Banda Oriental i del Alto Perú, que se vió forzada a aceptar esas proposiciones para librarse por el momento de nuevas dificultades. El jeneral don Manuel Belgrano se hallaba entónces en Buenos Aires próximo a partir para el Alto Perú, en donde debia tomar el mando del ejército patriota. La junta le encargó que, pasando primeramente por la Asuncion, estipulara un tratado que garantizase las relaciones entre Buenos Aires i el Paraguai. El 12 de octubre (1811), se firmó el tratado segun lo propuesto por Francia, es decir, la segregacion de la provincia del Paraguai sobre la base de una confederacion que debia organizarse mas tarde.

El doctor Francia, sin embargo, estaba resuelto a mantener la absoluta independencia del Paraguai. Dominando en este pais como señor absoluto, seguro de que la distancia que lo separaba del poder central de las provincias arjentinas i la situacion especial en que éstas se encontraban lo ponian a salvo de ataques, habia suspendido toda comunicacion con Buenos Aires. Habiéndose instalado en esta ciudad una asamblea constituyente en enero de 1813, el gobierno arjentino dispuso que un enviado estraordinario pasase al Paraguai a pedir que esta provincia mandase sus diputados a la asamblea. El enviado fué favorablemente recibido por el gobierno paraguayo, pero se postergó toda resolucion esperando que se instalara en la Asuncion un congreso provincial. Cuando éste se reunió, se dijo al ajen-



te arjentino que por el momento, el supremo congreso del Paraguai no pensaba en enviar diputados a la asamblea constituyente reunida en Buenos Aires. Desde entónces quedó aquella provincia definitivamente separada de las demas que mas tarde formaron la Confederacion Arjentina.

4. ADMINISTRACION DEL DOCTOR FRANCIA EN EL PARAGUAI.—En esa época, el poder del doctor Francia casi no tenia límites. En los primeros tiempos, la junta de gobierna instalada en la Asuncion encontró algunas resistencias, i aun descubrió conspiraciones urdidas en contra de ella; pero desplegó un gran rigor para reprimir a los descontentos, apresó a unos, castigó a otros con el último suplicio, i consiguió, sin gran trabajo, mantener el órden en todo el territorio paraguayo. El pueblo, por su parte, se mantuvo siempre quieto, indiferente a los sucesos políticos en que sólo se interesaban algunos empleados de la administracion que habia sido derrocada.

La junta resolvió al fin la convocacion de un congreso o asamblea en que tendrian su representacion todos los pueblos del Paraguai, i que abrió sus sesiones el 1º de octubre de 1813. "El gobierno, dice uno de los historiadores de aquellos sucesos, hacia comparecer a los principales habitantes de los diferentes distritos para formar el congreso. Estos desgraciados diputados llegaban mas bien como acusados que como lejisladores, i se apresuraban a votar todo lo que se les exijia, para que se les permitiese volver pronto a sus casas." En nombre de esta asamblea, como hemos dicho mas arriba, Francia se negó a mandar diputados por el Paraguai al congreso constituyente de Buenos Aires. En el gobierno interior del estado decretó otra reforma mui importante. Por indicacion del doctor Francia que buscaba en la historia romana una forma de gobierno para su pais, el congreso paraguayo acordó que el estado fuese rejido por dos cónsules, elejidos anualmente. Francia i el comandante Yégros fueron los primeros cónsules de aquella nueva República. Construyéronse dos sillas curules, sobre

las cuales se inscribieron los nombres de César i de Pompeyo: el doctor Francia se instaló en la primera.

Por mas que Francia fuera quien dominaba completamente en aquel gobierno, la idea de compartir el mando con un colega le desagradó en breve. En 1814 (3 de mayo) se reunió otro congreso encargado de designar los nuevos cónsules. Francia le propuso que imitase tambien el ejemplo de los antiguos romanos, que en circunstancias solemnes para la patria reconcentraban toda la suma del poder público en manos de un dictador, cuyas funciones durasen tres años. El congreso aceptó esta proposicion sin saber lo que se le pedia, i se inclinó en el momento a confiar a Yégros la dictadura. Francia demoró la votacion durante dos dias, hasta que al fin los diputados, sea porque quisieran volver cuanto ántes a sus provincias respectivas, o sea, lo que es mas probable, que temiesen caer en el enojo del doctor, lo nombraron el tercer dia dictador del Paraguai por una gran mayoría de votos. Cuando las tropas que estaban a las órdenes de Yégros, supieron la eleccion hecha por el congreso, se amotinaron negándose a reconocer otro jefe superior; pero el comandante don Pedro Juan Caballero, vocal que habia sido de la primera junta, aunque enemigo personal del doctor Francia, se presentó en el cuartel de los sublevados, los hizo entrar en su deber i conjuró la tormenta que amenazaba a la dictadura en su nacimiento.

"Tan pronto como Francia se vió revestido del poder absoluto, se instaló en la casa que habia servido de residencia a los gobernantes españoles, i comenzó desde entónces, sólo, sin consultar jamas a nadie, sin que se le conociese ningun amigo, a fundar el despotismo silencioso que iba a completar para este desgraciado pais todos los ensayos de embrutecimiento que se habian practicado ántes con los guaraníes.

"Su primer cuidado fué la reforma de su propia vida: en adelante mostró la mas grande austeridad en sus costumbres." Pasaba el dia entero entendiendo en los mas peque-

ños detalles de la administracion, i ocupaba la noche en la lectura i en el estudio. Convencido de que la independencia del estado que queria fundar, i de la existencia de su propio poder exijian una fuerza militar imponente i adicta a su persona, contrajo sus cuidados a la organizacion del ejército. Licenció los oficiales i los comandantes de distritos que por sus relaciones de familia le parecian sospechosos, o que podian ejercer ascendiente sobre los soldados, i los reemplazó por hombres humildes que por necesidad debian ser sumisos i obedientes. Organizó diversos cuerpos de tropas, los ejercitó diariamente i los sujetó a una severa disciplina; pero esta disciplina se limitaba sólo al tiempo en que el soldado se encontraba bajo las armas o en el cuartel: fuera de allí, éste no conocia ningun freno. Contrájose igualmente a aumentar su material de guerra i sus municiones. Sus relaciones con las provincias vecinas, i sobre todo con Buenos Aires, no eran satisfactorias; i Francia no ignoraba que en el caso de una guerra, el enemigo se apresuraria a cerrar la única comunicacion que el Paraguai tiene para proveerse de armamento. En consecuencia, sólo a los comerciantes que llevaban armas i pólvora les permitió tomar cargamentos de retorno. Por medio de estas licencias pudo procurarse lo que necesitaba.

En la administracion civil, su política llevaba el mismo sello de desconfianza. Separó a todos los funcionarios que no le parecieron bastante dóciles a su voluntad, se arrogó el derecho de nombrar los cabildos; i elevó en todas partes hombres de su amaño, que debian ser instrumentos serviles de su despotismo. Las instituciones relijiosas fijaron tambien sus miradas. Abolió la inquisicion; i habiendo notado que el obispo de la Asuncion, por su edad i por los sufrimientos morales comenzaba a padecer una especie de enajenacion mental, el dictador lo obligó a hacer dimision de sus poderes en favor de un provisor, i en nombre de éste siguió Francia gobernando la diócesis. En seguida suprimió las procesiones i el culto nocturno en las iglesias, porque podian dar lugar a reuniones sospechosas. Por sus ideas

relijiosas, aquel mandatario no parecia nacido i educado en una colonia española.

El dictador ejecutó estos cambios administrativos lentamente, i a medida que su poder se afirmaba. En los primeros tiempos observó ciertos miramientos; pero sus órdenes encontraron tan poca resistencia, que en mayo de 1817, cuando el congreso se reunió para elejir un nuevo dictador, Francia se hizo renovar sus poderes por el resto de sus dias. Desde entónces, se estableció en toda su desnudez el mas sombrío despotismo. Algunas ejecuciones capitales acabaron por sembrar el terror i por desconcertar toda resistencia. El doctor Francia no salia sino a caballo i seguido por algunos soldados, que cuidaban que todo el mundo se colocase en respetuosa fila al pasar el dictador. Mas tarde recibieron órden de hacer que volviese atras cualquiera que se acercase al lugar por donde debia pasar el doctor Francia. Cada cual huia al aproximarse la escolta: cerrábanse las puertas i ventanas; i el dictador atravesaba las calles de la ciudad convertidas en desierto.

Este sistema necesitaba para sostenerse, del mas completo aislamiento. La presencia de estranjeros que enseñasen a los paraguayos lo que pasaba en otros paises, era un peligro para aquel órden de cosas. Fué prohibido todo comercio, i negado todo pasaporte a los estranjeros i nacionales, sin distincion. De allí nacieron mil medidas vejatorias, imposibles en un pais cuyos habitantes hubiesen tenido la menor nocion de sus derechos. El célebre botánico frances M. Aimé Bompland, el compañero del baron de Humboldt en sus viajes al nuevo mundo, fué retenido diez años en el Paraguai (de 1821 a 1831) en virtud de las órdenes del dictador. Los médicos suizos Renger i Longchamp, vivieron seis años confinados por idénticas razones; pero a esa residencia forzada se debe la formacion de un libro admirable por su sencillez i su veracidad que ha dado a conocer en todos sus pormenores el despotismo singular del doctor Francia.

El mismo espíritu llevó al dictador a rechazar toda rela-

cion diplomática con otras naciones. En 1824 el gobierno arjentino envió un ajente al Paraguai para pedir al doctor Francia que mandase sus diputados al congreso jeneral arjentino. El ajente no se atrevió a llegar hasta la Asuncion; i desde la ciudad de Corrientes mandó un emisario que presentase sus credenciales al dictador. Por toda contestacion, éste hizo encerrar al emisario en una prision. Con la misma terquedad hizo salir del Paraguai a un ajente diplomático del Brasil.

Como justificacion de este curioso despotismo, el doctor Francia se complacia en recordar los desastres causados en los paises vecinos por las guerras civiles, i en compararlos con la tranquilidad incontrastable que reinaba en el Paraguai. Sin embargo, este desgraciado pais vivia embrutecido bajo la paz que imponen el terror i la ignorancia, i sufria el peso de un despotismo mas letal i funesto que las guerras civiles i la anarquía. El gobierno del doctor Francia era la reproduccion bajo formas mas ásperas i palpables, del sistema planteado por los jesuitas en sus misiones; i pudo subsistir porque el terreno estaba preparado para ello. Conservado en todo su rigor hasta 1840, época en que murió el doctor Francia, se mantuvo en pié, aceptando sin embargo algunas modificaciones en el órden económico e industrial, hasta que una guerra esterior contra el Brasil i la República Arjentina, en que el Paraguai desplegó grande heroismo, pero en que fué vencido, abrió sus puertas al comercio de todas las naciones e inició un gobierno mas liberal [3].

---

[3] Aparte de la obra de RENGGER i LONGCHAMP ántes citada, i que, anotada por el doctor Somellera, constituye la mejor fuente de noticias sobre la historia de la revolucion del Paraguai i del gobierno del doctor Francia, he tenido a la vista las obras siguientes: L. Alfred DEMERSAY, *Histoire phisique, économique et politique du Paraguay*, cuyo segundo tomo, publicado en 1864, contiene una reseña histórica de ese pais jeneralmente cuidada i exacta; las dos obras de los dos hermanos ROBERTSON tituladas *Francia's*

reigy of terror (Reinado del terror bajo Francia) i *Letters on Paraguai* (Cartas sobre el Paraguai), i la obra del marino norte-americano J. Page, *La Plata, the Argentina Confederation and Paraguay*, publicada en 1859, con numerosos grabados. Don Santiago Arcos ha destinado a la historia especial de este pais el último capítulo de su interesante libro *La Plata* (Paris, 1865).



CAPITULO XVII

Revolucion e independencia de la América Central

(1821—1825)

1. Revolucion de Guatemala. - 2. Primeras desavenencias; Guatemala queda incorporada a Méjico.—3. Su segregacion i absoluta independencia.—4. República federal de CentroAmérica; su disolucion.

1. Revolucion de Guatemala.—La capitanía jeneral de Guatemala se mantuvo tranquila mucho mas tiempo que todas las otras colonias que la España poseia en el continente americano. Miéntras la guerra de la independencia ajitaba a los otros pueblos del mismo oríjen, Guatemala se conservó sumisa i obediente a los delegados del rei; i no entró en los senderos de ia revolucion sino cuando ésta era un hecho consumado en la mayor parte de la América.

Gobernaba esta provincia el teniente jeneral don José Bustamante. Bajo su administracion, fueron descubiertos algunos proyectos de revolucion en los distritos del Salvador i de Nicaragua; pero la autoridad pudo reprimirlos oportunamente i acallar las manifestaciones liberales de la opinion. De ordinario, los conspiradores fueron indul-

tados, pero algunos de ellos sufrieron la confiscacion de sus bienes i su traslacion a España.

En 1818, fué relevado del mando el jeneral Bustamante. En su lugar, colocó el rei en la capitanía jeneral de Guatemala al mariscal de campo don Cárlos de Urrutia, anciano débil i achacoso, incapaz de gobernar aquella provincia en circunstancias difíciles. Bajo la administracion de éste, se restableció en Guatemala el imperio de la constitucion de Cádiz (1820); i como consecuencia de esta innovacion, se estableció la libertad de imprenta i se hizo sentir una division de partidos entre patriotas i españoles. En la ciudad de Guatemala, debia establecerse una junta provincial, segun lo dispuesto por la constitucion; i al elejirse los miembros que habian de componer ese cuerpo, se irritaron mas i mas los ánimos. Sin embargo, el partido español obtuvo el triunfo en las elecciones.

La diputacion provincial temió que la efervescencia de los dos partidos pudiera producir una verdadera conmocion. Persuadida de que el capitan jeneral Urrutia no podia gobernar en circunstancias tan delicadas, lo indujo a renunciar el mando (marzo de 1821), i llamó en su lugar a un militar que acababa de llegar de España con el empleo de sub-inspector del ejército de Guatemala. Era éste el brigadier don Gavino Gainza, el mismo que en 1814 habia mandado el ejército español en Chile.

La efervescencia política no se calmó con esto. En setiembre de ese mismo año, se supo en Guatemala la proclamacion del Plan de Iguala en Méjico [1], i que Chiapas i otros pueblos de la capitanía jeneral inmediatos a ese virreinato aceptaban la revolucion encabezada por Iturbide, i se adherian a ella. Estas noticias produjeron en Guatemala una gran sensacion. Gainza mismo, en cuyo carácter habian puesto tanta confianza los españoles, se convenció de que era imposible resistir al poder de la opinion, i no hizo esfuerzo alguno para impedir el movimiento revolucionario.

[1] Véase atras, parte IV, cap. V, § 5.

cuya proximidad todos sentian. Los patriotas comenzaron a recojer firmas para una representacion que tenia por objeto invitar a Gainza a que él mismo declarase la independencia. El capitan jeneral, queriendo salvar su responsabidad cerca de la corte, mandó instruir un sumario sobre este hecho, pero no tomó ninguna medida represiva contra sus autores.

La ajitacion crecia siempre. La misma diputacion provincial pidió a Gainza que convocase una junta jeneral de todas las autoridades. Celebróse ésta en la ciudad de Guatemala el dia 15 de setiembre (1821); i allí se acordó que inmediatamente se jurase la independencia. Gainza debia prestar el juramento en manos del primer alcalde bajo la forma de reconocimiento al Plan de Iguala; pero la concurrencia exijió a gritos que reconociese la independencia absoluta de España, de Méjico i de cualquiera otra nacion. Gainza lo hizo así, prometió tambien convocar luego un congreso jeneral, i quedó con el mando de Guatemala, pero sometido a las decisiones de una junta consultiva, compuesta de la diputacion provincial i de algunas otras personas designadas al efecto.

Gainza, español de nacimiento i realista decidido, se habia visto empujado a su pesar en el sendero de la revolucion. Hubiera querido colocarse bajo la dependencia de Iturbide, cuyos proyectos eran entónces hasta cierto punto conciliadores respecto de la España, puesto que reclamaba que un príncipe de la familia de Fernando VII viniese a ocupar el trono de Méjico; pero la voluntad del pueblo guatemalteco habia llevado demasiado léjos al capitan jeneral. Gainza, sin embargo, comunicó a Iturbide todo lo ocurrido en términos vagos i jenerales, sin ofrecerle directamente la sumision de Guatemala, pero dejándole entrever sus propios sentimientos. "A nombre de Guatemala, i como adicto a la causa de la América, decia, tengo el honor de ofrecer a V. E. mis sentimientos i los de este pueblo, dándole las mas espresivas gracias por haber sido en esta época el primer libertador de la Nueva España,

i las mas afectuosas enhorabuenas por el triunfo de sus armas [2]."

2. Primeras desavenencias: Guatemala queda incorporada a Méjico.—La revolucion consumada en la capital fué reconocida i aceptada en todas partes, pero en muchos pueblos los patriotas pidieron su anexion al imperio mejicano. En Nicaragua i en Honduras, sobre todo, la opinion fué casi unánime por este último sistema. De aquí surjieron embarazos i dificultades. El brigadier don José Tinoco, gobernador de Honduras, invadió el distrito de Guatemala. En el Salvador, un cura de apellido Delgado, se pronunció en abierta rebelion i arrojó que ese distrito al doctor don Pedro Barriere que lo gobernaba.

La anarquía estaba a punto de tomar mayor desenvolvimiento cuando llegaron a Guatemala las primeras comunicaciones de Iturbide (noviembre de 1821). Recomendaba en ellas a Gainza las ventajas que resultarian a los pueblos de la América central de su incorporacion al imperio mejicano, i anunciaba el envío de una respetable division para sostener el órden en todo el territorio de la antigua capitanía jeneral. La junta consultiva dispuso la publicacion de aquel documento, i mandó que en cada poblacion se reuniese el vecindario i acordase lo que convenia hacer sobre la anexion a Méjico. Cuando llegó el caso de hacer el escrutinio de todas las votaciones parciales (5 de enero de 1822), se encontró que una gran mayoría de la poblacion guatemalteca queria incorporarse al imperio mejicano.

La provincia del Salvador, sin embargo, se pronunció abiertamente en sentido contrario. Bajo la influencia del cura Delgado, no sólo se negó a incorporarse al imperio mejicano, sino que amenazó a los pueblos inmediatos que habian espresado opuesta opinion. En esa época avan-

[2] Nota de Gainza a Iturbide, de 18 de setiembre de 1821. Esta importante nota fué publicada en el núm. 9 de la *Gaceta Imperial de Méjico*, coleccion periódica mui importante para conocer la historia del efímero imperio mejicano.

zaba sobre Guatemala una division de 6,000 hombres de tropa aguerrida, enviados de Méjico por Iturbide a las órdenes del jeneral don Vicente Filosola. Gainza, por su parte, se habia adelantado a poner sobre las armas cerca de 1,000 soldados de milicias, que hizo salir a campaña llevando a su cabeza al coronel don Manuel Arzú. Este jefe no encontró resistencia sino en el pueblo de San Salvador, cabecera de la provincia; i aun esa resistencia fué tan poco séria, que la venció fácilmente i ocupó la poblacion. Los soldados de Azú se dispersaron en las calles mui confiados en su triunfo cuando las fuerzas del cura Delgado cayeron de improviso sobre ellos i los obligaron a retirarse en desórden (enero de 1822).

En esa época, llegó a Guatemala el jeneral Filosola; i deseando someter toda la América Central a la dominacion del imperio mejicano, marchó sobre San Salvador con todas sus fuerzas, i lo redujo, despues de una larga resistencia, a aceptar la anexion al imperio. Desde febrero de 1822, este jeneral habia quedado reconocido i acatado como jefe político i militar de la estensa provincia de Guatemala, i ésta fué incorporada al imperio. El brigadier Gainza se marchó a Méjico, en donde fué bien recibido por Iturbide en recompensa de los servicios prestados a su causa. Allí murió poco despues.

3. SU SEGREGACION I ABSOLUTA INDEPENDENCIA.—Filisola gobernó con prudencia i con honradez las provincias de Guatemala; pero la administracion imperial no fué mui favorable a los intereses de la antigua capitanía jeneral. Iturbide comenzó por separar los distritos o provincias poniendo en cada uno de ellos un gobernador político i militar con quien se entendia directamente. El emperador mejicano queria fraccionar de esta manera a los guatemaltecos para impedir que jerminara todo principio de resistencia. Las leyes de hacienda dictadas tambien en esa época, perjudicaron al comercio i la industria de Guatemala, en tiempo en que la suspension de las relaciones comerciales con España habia causado grandes perjuicios a los indus-

triales guatemaltecos. El descontento comenzaba a aparecer en toda la América Central cuando se supo que una revolucion militar, iniciada en Veracruz i secundada en otras provincias, tenia al imperio mejicano a las puertas de su ruina.

Ante una situacion tan crítica e inesperada. Filosola se encontró perplejo. Faltábanle los recursos para mantener sus tropas, i temia que la desaparicion del imperio fuese la causa de nuevos i mas considerables trastornos en la América Central. Él mismo manifestó despues que creia incompatible que cuando el ejército mejicano se esforzaba por restablecer la libertad de su patria sublevándose contra el imperio, otra parte de ese mismo ejército se ocupase en sofocarla en la ajena. Despues de consultar con los jefes i oficiales de su division lo que deberia hacer en aquellas circunstancias, espidió un decreto (29 de marzo de 1823) por el cual convocaba a los pueblos a que enviasen diputados a un congreso que debia reunirse en Guatemala conforme a lo acordado en 15 de setiembre de 1821.

El jeneral Filosola continuó en el mando hasta la reunion del congreso; pero las elecciones se hicieron en todas partes bajo la influencia del partido opuesto a la union de Méjico. Así fué que a los seis dias de reunida aquella corporacion, el 1º de julio de 1823, declaró la independencia absoluta de Guatemala con el nombre de provincias unidas del Centro de América. Filosola salió de Guatemala el 3 de agosto i se dirijió a Méjico, en donde tuvo que justificar su conducta contra las acusaciones que se le hacian de haber estimulado i favorecido la segregacion de aquel pais.

4. La República federal de Centro América; su disolucion.—El congreso constituyente siguió gobernando la República en medio de turbulencias i ajitaciones, de que fueron víctimas algunas provincias. Decretó la absoluta libertad de esclavos (17 de abril de 1824), medida liberal e importante en teoría, pero que en realidad no tenia un grande alcance por cuanto la esclavitud no habia echado

hondas raices en aquella rejion [3]. Decretó en seguida que las provincias de Guatemala, Honduras, el Salvador, Nicaragua i Costa-Rica, elevadas a la condicion de estados federales, tuviesen cada una un congreso independiente (5 de mayo). Por último decretó la constitucion federal de Centro América (22 de noviembre de 1824), que fué jurada por todas las corporaciones i practicada durante dieciseis años.

La organizacion de la República quedó establecida de esta manera: Los cinco estados, independientes entre sí para el nombramiento de sus autoridades, elejian de comun acuerdo un presidente de la República i un congreso federal compuesto de dos cámaras. Como se ve, los constituyentes centro-americanos habian imitado la constitucion de los Estados Unidos sin tomar en cuenta las condiciones especiales del pais para el cual lejislaban. El primer presidente de la República fué el jeneral don Manuel José Arce, hombre honrado i patriota que no pudo, sin embargo, gobernar en paz aquel estado. La guerra civil se encendió en breve en casi toda la República i se continuó con escasas interrupciones hasta 1840. Los pueblos de la confederacion, cansados de esta larga lucha, i creyendo que el sistema federal era la causa de los disturbios i trastornos, se separaron entre sí i formaron los cinco estados independientes que hoi componen la rejion de la América Central [4].

---

3 Se calcula que en toda la América Central no habria mas de mil esclavos, en su mayor parte sirvientes domésticos. El territorio que hoi forma la República de Costa Rica, tendria a lo mas cincuenta.

4 Para la narracion de estos sucesos he tenido a la vista las *Memorias para la historia de la revolucion de Guatemala* por un guatemalteco, publicadas en Jalapa (Méjico) en 1832, por un testigo i actor (don Manuel MONTÚFAR), un estenso *Manifiesto* dado a luz por FILOSOLA en Puebla en 1824. ALAMAN ha referido tambien con mucha claridad estos mismos sucesos en su importante *Historia de la revolucion de Méjico* (véase el tomo V, [illegible]).

siguientes, 474 i siguientes, 757 i siguientes). He consultado igualmente el libro publicado en Nueva York (1851) por don Felipe MOLINA con el título de *Bosquejos de Costa-Rica*, las dos obras que acerca de Nicaragua i de la América Central ha dado a luz el viajero norte-americano Squier.

En la reseña bibliográfica que encabeza el tomo primero de esta *Historia* se señala otros libros sobre la historia de las repúblicas centro-americanas.



CAPÍTULO XVIII.

Revolucion del Brasil.

(1807–1825).

1. Invasion del Portugal por los franceses: la familia real se traslada a Brasil.—2. El rejente del Portugal en el Brasil; sus primeras providencias administrativas.—3. Revolucion de Pernambuco.—4. Revolucion constitucional.—5. Vuelta del rei a Portugal.—6. Grito de Ipiranga; proclamacion de la independencia.—7. Las tropas portuguesas evacuan el Brasil.—8. Organizacion política del Brasil.—9. Segunda insurreccion de Pernambuco.— 10. El Portugal reconoce la independencia del Brasil.

1. Invasion del Portugal por los franceses; la familia real se traslada al Brasil.—Las ricas i dilatadas colonias de los portugueses en la América meridional no permanecieron tranquilas en medio del torbellino revolucionario que ajitaba a las colonias españolas. Las causas inmediatas que produjeron la revolucion del Brasil, surjieron tambien de las complicaciones europeas de principios de este siglo.

En 1807, el trono de Portugal estaba nominalmente ocupado por doña María de Braganza. Esta reina habia llegado a un estado de absoluta demencia. Su hijo don Juan,

conocido entónces con el título de príncipe del Brasil, i mas tarde con el nombre de don Juan VI, gobernaba la monarquía en el carácter de rejente. Dotado de un corazon humano i bondadoso i de cierta intelijencia para comprender los detalles de la administracion, este príncipe carecia del talento superior del hombre de estado, i mas que todo, del carácter firme i sereno que siempre requiere el gobierno de los pueblos, i que era indispensable en la época en que le tocó mandar.

En efecto, don Juan no habia podido mantener la neutralidad del Portugal en medio de las guerras que se siguieron a la revolucion francesa. Arrastrado, mas por debilidad que por conviccion política, a una alianza con la Gran Bretaña, se vió envuelto en una guerra contra la república francesa i contra la España, cuyo gobierno obedecia, tambien por debilidad i por torpeza, a la voluntad imperiosa de la Francia. Despues de una campaña vergonzosa para el Portugal, don Juan firmó el tratado de Madrid (27 de noviembre de 1801), en que, al paso que aceptaba otras condiciones humillantes, prometia mantenerse en la mas estricta neutralidad.

El Portugal cumplió puntualmente ese tratado. Esto, sin embargo, no satisfizo a la arrogancia de Napoleon, cuando se vió elevado al rango de emperador de los franceses. Para arruinar a la Gran Bretaña, el poderoso capitan decretó el bloqueo continental (21 de noviembre de 1806), medida política i financiera con que pensaba arruinar el comercio ingles, i la preponderancia marítima de aquella nacion, cerrándole todos los puertos de Europa. Don Juan habria querido permanecer neutral en aquel conflicto; i en efecto, los ingleses continuaron sus negociaciones con el Portugal. El emperador, sin embargo, exijia mucho mas: hizo entender al embajador portugues en Paris que, si en el tiempo rigurosamente necesario para escribir a Lisboa i recibir una respuesta, no le anunciaba la espulsion completa de los ingleses, la captura de sus bienes i de sus personas i una franca declaracion de guerra, romperia sus relaciones

con el Portugal, no para hacer una campaña accidental, sino para ocuparlo definitivamente.

El rejente se encontró entónces en una situacion mui embarazosa. De una parte estaba la Inglaterra, que podia arrebatarle sus colonias, i de la otra el emperador frances, que podia quitarle el Portugal. Incapaz de asumir una posicion resuelta en cualquiera de estos casos, falto de recursos i de elementos para defender sus dominios de uno de esos enemigos, don Juan creyó salvar su trono i sus colonias decretando una aparente esclusion de los ingleses de todos sus dominios, i ganándose a Napoleon por medio de manifestaciones de adhesion, que solo revelaban su debilidad i su impotencia.

Esta indecision produjo el resultado que debia esperarse. Napoleon resolvió invadir el Portugal, i equipó al efecto un considerable cuerpo de tropas, que puso a las órdenes del mariscal Junot. Queriendo tener propicia a la España para emprender esta guerra, i meditando, ademas, desde entónces el proyecto de arrebatar en seguida a los Borbones el trono español, firmó el tratado de Fontainebleau (27 de octubre de 1807), por el que quedaba estinguida la monarquía portuguesa, i sus dominios europeos repartidos en tres porciones, que debian tocar a la España, a la Francia i al príncipe de la Paz, el favorito de Cárlos IV.

El ejército frances que mandaba el mariscal Junot penetró en el Portugal casi sin encontrar resistencia. Los esfuerzos del rejente don Juan para desarmar la tempestad que se alzaba sobre su cabeza i para ganarse a los invasores, fueron completamente infructuosos. La corte no pensó mas que en reunir todas las riquezas trasportables embarcarse en la escuadra que estaba fondeada en frente de Lisboa i en fugarse al Brasil, dejando la patria sin recursos i sin gobierno, presa de los audaces invasores. El embajador ingles en Portugal, temiendo que los franceses se apoderaran de la escuadra portuguesa, como se habian apoderado de una gran parte del territorio, urjia al rejente para que se embarcase cuanto ántes. En efecto la familia

real, el consejo de estado, los ministros i casi todos los grandes señores portugueses, con sus servidumbres i comitivas, componiendo por todo el número de trece mil personas, se embarcaron en medio de la consternacion de todo el pueblo, en catorce buques de guerra i en muchas naves mercantes llevando consigo sus tesoros. La corte, demorada en el puerto de Lisboa por vientos contrarios, pasó dos dias de mortal zozobra. Por fin, el 29 de noviembre, las naves desplegaron sus velas i salieron del Tajo en los momentos en que Junot ocupaba a Lisboa i se empeñaba inútilmente por embarazar la partida de la escuadra que marchaba al Brasil.

2. EL REJENTE DE PORTUGAL EN EL BRASIL; SUS PRIMERAS PROVIDENCIAS ADMINISTRATIVAS.—La escuadra portuguesa fué dispersada por una tempestad, i las naves que la componian llegaron unas en pos de otras a los puertos del Brasil. El 23 de enero (1808) desembarcó en Bahía el rejente don Juan, donde fué recibido por el pueblo en medio de las mas entusiastas aclamaciones. El rejente pareció olvidar los intereses de su patria comprometida en una guerra desastrosa, i pensó sólo en asegurar su dominacion en el Brasil. Cediendo a las insinuaciones de algunos brasileros i deseando sobre todo ganarse la voluntad del gobierno ingles, bajo cuya proteccion se colocó decididamente, decretó (28 de enero) la apertura de los puertos del Brasil al comercio directo de todas las naciones amigas, lo que en aquellas circunstancias equivalia a abrir los puertos brasileros al comercio británico.

Despues de dictar otras providencias igualmente favorables a los intereses de la colonia, i de recibir las mas ardientes manifestaciones de adhesion, el rejente se hizo a la vela para Rio de Janeiro, adonde llegó el 7 de marzo. El pueblo lo recibió tambien ahí en medio de grandes regocijos i de ardiente salutaciones. Don Juan se oyó aclamar por el pueblo emperador del Brasil, i en efecto todo tendia a formar un imperio independiente de la estensa colonia portuguesa. El rejente comenzó por organizar un ministerio;

i queriendo que sus nuevos consejeros estuviesen al cabo de las necesidades del pais, dió el cargo de ministro del interior a Márcos de Norhona e Brito, conde de Arcos, que gobernaba en Rio de Janeiro con el título de virrei desde dos años atras. Creáronse nuevas autoridades de un órden superior, consejos administrativos, i un tribunal supremo que debia reemplazar al que en Lisboa entendia en las causas de última apelacion. El rejente estableció una imprenta real, i aparecieron los primeros periódicos que hubiera conocido el Brasil. Se abrió un teatro i se estableció un banco al cual quedó confiada la administracion de todos los monopolios reales. Todas estas medidas daban a la colonia una vida nueva i la preparaban para la independencia que habia de proclamar en breve.

La administracion portuguesa en el Brasil se inauguró por otros actos de política esterior. El rejente con el pensamiento de hostilizar en América al gobierno frances que le habia arrebatado sus dominios en Europa, envió una pequeña division a la Guayana francesa, cuya conquista presentaban como mui fácil los numerosos emigrados de aquella nacion en el Brasil. En efecto, el gobernador de aquella colonia, jeneral Víctor Hugues, entregó a los portugueses la plaza de Cayena, por capitulacion i sin combatir (14 de enero de 1809), i se embarcó para Francia con toda la guarnicion. La Guayana francesa quedó en poder de lo portugueses hasta la paz jeneral en 1815.

La esposa del rejente, por su parte, emprendió otros trabajos para ensanchar sus dominios en América. La princesa doña Carlota Joaquina de Borbon, éste era su nombre, era hermana de Fernando VII de España; i aprovechando el cautiverio de este monarca, quiso hacer valer sus derechos a las posesiones españolas en el nuevo mundo. Al efecto, dirijió cartas i proclamas a los mandatarios i a las personas mas caracterizadas de los virreinatos de Méjico, de la Plata, i de la capitanía jeneral de Chile. En esos paises, sin embargo, los trabajos de la princesa sirvieron sólo para acelerar la revolucion de la independencia. Debe obser-

varse aquí que el rejente don Juan fué estraño a estas intrigas: ofendido por la conducta lijera de su esposa, vivia separado de ella desde tiempo atras, i no tenia participacion en sus ambiciosos proyectos.

Miéntras la corte portuguesa emprendia estos trabajos en el Brasil, parecia olvidar los sacrificios que en esa misma época hacian sus vasallos en Europa para libertarse de la dominacion francesa. Talvez don Juan llegó a creer imposible la restauracion de la monarquía portuguesa, i pensó sólo en asentar su trono en el Brasil. En el manifiesto por el cual declaraba la guerra a Francia (1º de mayo de 1808) anunció solemnemente que habia pasado a América a crear un nuevo imperio. El rejente i su esposa habian traido sus tesoros de Portugal, i vivian en Rio de Janeiro con gran boato, sin cuidarse de los conflictos de la madre patria i sin prestarle los socorros que tanto necesitaba. En el Brasil mismo, i a pesar del grande aumento de las rentas públicas producido por la declaracion de la libertad comercial, el gobierno no podia satisfacer sus necesidades. Miéntras el rejente atesoraba grandes capitales, miéntras su esposa derrochaba injentes riquezas, i miéntras los señores portugueses que habian acompañado a la corte al Brasil se reponian de la pérdida de sus bienes, se retardaba el pago de los sueldos de los empleados i no se podian destinar grandes cantidades a los trabajos públicos emprendidos por don Juan. Para salir de estos embarazos i para remunerar a sus servidores, la corte creó la órden de caballeros de la Torre i Espada (noviembre de 1808) cuyas condecoraciones i cuyos títulos se prodigaron con estraordinaria profusion.

A la sombra de este estado de cosas, la Inglaterra obtenia de la corte portuguesa todo jénero de concesiones. En los consejos de gobierno, el embajador ingles, lord Strangford, tenia palabra decisiva. Los funcionarios públicos se mostraban mui favorables a los ingleses, quienes se aprovechaban de esta situacion para obtener los mas exorbi-

tantes privilejios, al paso que esplotaban casi sin competidores el rico comercio del Brasil.

3. REVOLUCION DE PERNAMBUCO.—El Brasil podia considerarse entónces como un estado independiente. Por algun tiempo se creyó que la monarquía portuguesa no seria restablecida nunca; i cuando se supieron los triunfos de los ingleses en Portugal, la corte no se determinó a volver a Europa. Restaurada la monarquía, i afianzada su existencia por el reconocimiento del famoso congreso de Viena, el rejente pareció resuelto a permanecer en el Brasil, elevando al efecto esta colonia "a la dignidad, preeminencia i denominacion de reino", en virtud de un decreto de 15 de diciembre de 1815. "Para nosotros, dice un célebre historiador brasilero, el Brasil, aun sin esa declaracion, era reino emancipado desde 1808, i así lo consideraba la misma Europa, que, segun el testimonio de un diplomático portugues, prestaba mayores consideraciones a esta nacionalidad desde que don Juan fijó el asiento de su gobierno en el Brasil [1] ".

En estas circunstancias, falleció la reina doña María (20 de marzo de 1816), dejando el trono a su hijo el rejente que tomó el nombre de don Juan VI. La direccion de los negocios públicos no sufrió cambio alguno: el rei siguió la marcha trazada de antemano tanto en la política interior como en las relaciones esteriores. En efecto, deseando realizar un antiguo proyecto de los reyes portugueses para estender sus dominios de América hasta las márjenes del caudaloso rio de la Plata, don Juan habia pedido anteriormente a Portugal un ejército de cerca de 5,000 hombres; i en 1816, siendo ya rei efectivo, lo envió al territorio que hoi forma la república oriental del Uruguai para incorporarlo a sus estados. Esta campaña, llevada felizmente a cabo en los momentos en que los revolucionarios arjentinos estaban impedidos para rechazar la invasion portuguesa, fué una grande imprudencia que creó desde entónces a la

1 VARNHAGEN, *Historia do Brazil*, tomo II, pájs. 332 i 333.

corte de Rio de Janeiro las mas graves complicaciones diplomáticas con la España, cuyos derechos a aquella rejion eran mejores, i que produjo mas tarde una guerra costosa i desfavorable para el Brasil [2].

Miéntras el ejército portugues alcanzaba estos fáciles triunfos en las orillas del Plata, surjia en el norte una tempestad contra el trono, que amenazaba tomar las mas alarmantes proporciones. En efecto, desde tiempo atras se hacia notar cierta fermentacion de los ánimos, cuyo alcance no era difícil descubrir. Las relaciones comerciales con la Inglaterra i con la América del norte habian puesto a los brasileros en comunicacion con un mundo que ántes les era completamente desconocido. El ejemplo de las colonias españolas, luchando en esa misma época con una nacion mucho mas poderosa que el Portugal, para constituirse en repúblicas libres e independientes, alimentaba tambien el espíritu de revuelta. Los gastos inconsiderados de la corte, a los cuales se atribuia el aumento de los impuestos, i el favoritismo de que gozaban cerca del rei los señores portugueses, provocaban la irritacion de muchos i aun las quejas de algunos altos funcionarios. En Pernambuco se estableció una sociedad secreta (1814) cuyo propósito era trabajar por el establecimiento de un gobierno republicano. Esa provincia, fuerte i vigorosa, i ensoberbecida con el recuerdo de sus triunfos sobre los holandeses en el siglo XVII, miraba ahora con mal ceño, sino con profundo desden, a los portugueses que dominaban todavía en el Brasil.

Existian ya desde ántes disgustos i rivalidades entre brasileros i portugueses en aquella provincia. Se acusaba a estos últimos de vivir infatuados con su pretendida importancia de europeos i de señores. En los cuerpos del ejército, estas rivalidades eran todavía mas ardientes, porque los oficiales, así brasileros como portugueses, se lanzaban

2 El capítulo consagrado a la historia de la revolucion de la República del Uruguai, contiene todas las noticias referentes a las empresas de los brasileros en aquella rejion.

frecuentes provocaciones. El gobernador de Pernambuco, Miranda Montenegro, receloso siempre de la fidelidad de los brasileros, recibió el denuncio de que se tramaba una conspiracion contra el soberano. Despues de oir el parecer de los oficiales superiores portugueses que habia en la plaza, dió órden de prision contra varios paisanos i militares todos brasileros, sobre quienes recaian las sospechas de ser conspiradores. Uno de éstos, el capitan de artillería José de Barros Lima, recibió de su jefe el brigadier Barbosa, la órden de prision; pero en vez de obedecerle, Barros sacó la espada i mató en el acto a aquel jefe en presencia de la tropa que, a instigacion de otros oficiales, se pronunció en abierta rebelion (6 de marzo de 1817).

La revolucion estalló en el momento al saber lo que ocurria en el cuartel. El gobernador Miranda Montenegro, despachó algunas tropas para aprehender a los amotinados; pero éstos rompen el fuego sobre los soldados del rei haciéndolos retroceder; ponen en libertad a los otros patriotas que se hallaban presos, i obligan al gobernador a abandonar su palacio i a refujiarse en la fortaleza de Brum. El dia siguiente (7 de marzo), Miranda Montenegro capituló con los revolucionarios, i fué enviado a Rio de Janeiro en completa libertad.

Aquel movimiento no podia, pues, ser la obra de un accidente casual. Los patriotas pernambucanos preparaban la revolucion desde tiempo atras; i una ocurrencia imprevista habia venido a precipitar el golpe. El mismo dia en que capituló el gobernador de la plaza, los revolucionarios triunfantes se reunieron en las salas de la tesorería provincial, i allí nombraron un gobierno provisorio compuesto de cinco miembros representantes de los órdenes militar, eclesiástico, judicial, agrícola i comercial. El designado para representar al comercio, fué el que en realidad dió tono al gobierno revolucionario, Domingo José Martins, así se llamaba, era un comerciante natural de Bahía, que habia pasado largos años en Inglaterra, i adquirido allí ardientes opiniones republicanas en la lectura de la historia i de la

lejislacion de los Estados Unidos. En Pernambuco, sus doctrinas liberales, de que hablaba con singular franqueza, le atrajeron la persecucion del gobernador portugues. La revolucion del 6 de marzo lo encontró en la cárcel; i de allí salió para imprimirle una direccion republicana, suprimiendo los títulos de nobleza i declarándose separado de toda obediencia al rei. Los revolucionarios, sin embargo, iniciaron su gobierno con toda la inesperiencia de hombres nuevos en el ejercicio de una administracion turbulenta.

El movimiento revolucionario se estendió a las provincias del norte, Parahiba i Rio Grande, en donde se establecieron tambien gobiernos provisorios a imitacion del de Pernambuco. En el sur de esta provincia, la revolucion no pudo progresar. El padre Abreu i Lima, comisionado para sublevar la provincia de Bahía, fué apresado al desembarcar en este puerto (26 de marzo) i fusilado tres dias despues por sentencia de un consejo de guerra.

Reducida a estos estrechos límites, la revolucion de Pernambuco comenzó a debilitarse i sucumbió en breve. El gobernador de Bahía, conde de Arcos, antiguo virrei de Rio de Janeiro i ex-ministro del rejente don Juan, se mostró en esas circunstancias firme i leal vasallo. Organizó a la vez un ejército de 5,000 hombres i una escuadrilla; puso aquel a las órdenes del mariscal Mello de Lacerda, i ésta a las del capitan Pérez Baptista, i mandó que el primero marchase por tierra a combatir a los rebeldes miéntras la segunda bloqueaba a Pernambuco e impedia el arribo de las armas i de los ausilios que los revolucionarios habian pedido al estranjero. Cuando la corte supo lo ocurrido en Pernambuco, hizo salir una escuadra a las órdenes del jefe de division Rodrigo Lobo para reforzar el bloqueo; i en efecto, cerró toda la costa de las provincias sublevadas.

Todo hacia creer que la revolucion iba a sucumbir en breve. El gobierno provisorio habia perdido un tiempo precioso en los momentos en que era urjente armarse i levantar cuerpos de tropas. El desaliento comenzó a cundir en breve en las provincias revolucionadas; i tan luego como se

acercó a la de Pernambuco el ejército de Mello de Lacerda, i así que la escuadra bajo las órdenes de Lobo puso el bloqueo de las costas, se hizo sentir un principio de reaccion en varios puntos. Las tropas republicanas, mandadas por el mayor Francisco de P. Cavalcanti, alcanzaron algunas ventajas sobre los realistas en Utinga; pero se mantuvieron allí en la mas completa inaccion, miéntras los enemigos amenazaban a los revolucionarios por todos lados. En ese momento decisivo, Martins, el verdadero jefe de la revolucion, sale a campaña; i tomando bajo sus órdenes una parte de las tropas pernambucanas, marcha sobre los realistas. Martins, fué sorprendido i apresado por los enemigos; i el ejército de Cavalcanti, derrotado por Mello de Lacerda, se desorganizó abandonando su artillería i sus bagajes.

En Pernambuco se creyó todo perdido despues de estos contrastes. Los miembros del gobierno provisorio quisieron capitular con el jefe de la escuadra real que bloqueaba el puerto; pero éste se limitó a exijirles que se rindieran sin condicion alguna (18 de mayo). Despues de inútiles amenazas i protestas, los cabecillas revolucionarios abandonaron la plaza el siguiente dia en el mayor desórden, con la intencion talvez de organizar la resistencia en otra parte; pero era tan grande su desconcierto que sólo pensaron en ponerse en salvo. Uno de ellos, el padre José Ribeiro, se suicidó para no caer prisionero. El comandante Lobo desembarcó sus tropas el 20 de mayo de 1817, i puso fin a la revolucion republicana proclamada setenta i cinco dias ántes.

La corte castigó con gran dureza a los revolucionarios de Pernambuco. Martins i doce personas mas, comprometidos en aquellos sucesos, fueron juzgados militarmente i sufrieron el último suplicio, unos en Pernambuco i otros en Bahía. Los procesos contra los patriotas no se terminaron con esto sólo: por decreto de 6 de agosto, el rei mandó que el juicio de los revolucionarios que no habian sido ejecutados, se siguiese por un tribunal superior de alzada; i en febrero del año siguiente, cuando ya no habia verdade-

ros reos a quienes castigar, don Juan VI publicó un indulto llamado jeneral; pero que en realidad no alcanzó mas que a los infelices que jemian aun en las prisiones por el crímen de haber simpatizado con la revolucion pernambucana. Los verdaderos autores de ésta habian pagado su deslealtad en el cadalso [3].

4. Revolucion constitucional.—La paz quedó restablecida en el Brasil; pero no desaparecieron con esto sólo los motivos de rivalidad entre brasileros i portugueses. Estos últimos, disgustados por la larga residencia de la familia real en Rio de Janeiro, comenzaron a temer que el Portugal quedara reducido a la condicion de colonia del Brasil. Los magnates portugueses que rodeaban al rei, por su parte, no cesaban de recomendarle que mirase con desconfianza a los antiguos colonos. Uno de los jefes militares llegó a pedir al soberano que no concediese a los brasileros puestos mas elevados en el ejército que el de capitan; i aunque esta exijencia fué desatendida en la forma, en el hecho se cumplió casi constantemente. La ajitacion i el descontento, que la revolucion pernambucana no habia podido inflamar en todas partes, existian pues latentes, i esperaban sólo una ocasion favorable para presentarse en todo su vigor.

Esa ocasion se presentó en breve. El Portugal, oprimido por un réjimen de rigoroso absolutismo entronizado en el gobierno despues de la espulsion de los franceses, aspiraba desde tiempo atras a un cambio de cosas. En los primeros dias de 1820 se supo que la España, víctima tambien de un réjimen semejante, se hallaba sublevada en nombre del

---

3 La historia de la desgraciada revolucion de Pernambuco ha sido referida con grande acopio de datos, aunque con gran severidad contra ella, por el distinguido historiador brasilero don Francisco A. de Varnhagen, en su *Hist. geral do Brazil*, sec. LIV, i por M. Ferdinand Denis, en su obra titulada *Le Bresil* (en la coleccion del *Univers pittoresque*), páj. 260 i siguientes al hacer la descripcion de la provincia de Pernambuco.

restablecimiento de la constitucion liberal de 1812. A ejemplo de la España, preparó un movimiento análogo que se verificó en la ciudad de Oporto el 24 de agosto de ese mismo año (1820). La guarnicion de la plaza, puesta sobre las armas desde la noche anterior, publicó un manifiesto en que señalando la postracion a que habia llegado el Portugal, pedia tambien el establecimiento del réjimen constitucional como el único remedio de los grandes males. El pueblo acudió a ese llamamiento; i de acuerdo con las autoridades i con el clero, formó una junta provisoria de gobierno encargada de convocar a la nacion a un congreso constituyente. La rejencia que gobernaba en Lisboa, quiso por un instante resistir al movimiento revolucionario, finjiendo ceder a él, pero tratando en realidad de embarazarlo. Las tropas que guarnecian la ciudad decidieron esta cuestion poniéndose de parte del pueblo (15 de setiembre). La rejencia fué disuelta, i una junta de gobierno que se instaló en su reemplazo, se pronunció tambien en favor de la reunion de un congreso constituyente.

En el Brasil esta noticia fué recibida con grande entusiasmo. En la provincia de Pará, el pueblo manifestó su adhesion formando tambien una junta provisoria de gobierno, partidaria de la constitucion (1º de enero de 1821). En Bahía el teniente coronel Freitas Guimaraens encabezó una sublevacion militar, i despues de una corta resistencia en que perdieron la vida algunos de los soldados contrarios al movimiento, organizó otra junta de gobierno igualmente afecta a la revolucion constitucional (10 de febrero).

Don Juan VI vivia en el Brasil en medio de la mayor inquietud desde que supo los primeros acontecimientos de la revolucion portuguesa. Sus consejeros le representaron que el Portugal estaba perdido para el viejo réjimen, i que era preciso aceptar el nuevo órden de cosas como una necesidad irresistible. El rei se manifestaba dispuesto a seguir estos consejos cuando llegó a Rio de Janeiro la noticia del movimiento de Bahía (22 de febrero), llevada por el mismo gobernador que acaba de perder el mando en esta provin-

cia. Entónces publicó un manifiesto o decreto en que anunciaba a sus fieles súbditos la intencion que tenia de mandar al Portugal a su hijo don Pedro, el príncipe heredero, con plenos poderes para tratar con las cortes constituyentes sobre la nueva forma de gobierno que debia darse a la nacion. El soberano, ademas, prometia convocar en Rio de Janeiro un congreso de los procuradores de la ciudades para resolver qué parte de la constitucion que trabajaban las cortes portuguesas era aplicable al Brasil [4]. Este manifiesto, publicado el 25 de febrero, tenia la fecha de 18 del mismo mes, para dar a entender que el monarca lo habia dictado libre i espontáneamente i ántes de tener conocimiento de la revolucion de Bahía.

Las promesas contenidas en este manifiesto, con todo, no calmaron la inquietud de los ánimos. Por el contrario, creyéndose burlados en sus espectativas, los patriotas brasileros se irritaron grandemente al saber que el monarca estaba dispuesto a aprobar con restricciones la futura constitucion. El dia siguiente de la publicacion de ese manifiesto, el 26 de febrero, al amanecer, las tropas portuguesas que guarnecian la ciudad, bajo el mando del brigadier Carretti, se presentaron en la plaza pública a exijir que fuese jurada en el Brasil la constitucion portuguesa, tal como saliera de manos de las cortes constituyentes. El pueblo, adhiriendo al movimiento revolucionario, se reunió en un teatro vecino para esperar el desenlace de aquellos sucesos.

Don Pedro, el príncipe heredero, sabedor de lo que pasaba, corrió al palacio de San Cristóbal, residencia de campo de su padre, situada a estramuros de la ciudad, i le dió cuenta de la sublevacion de las tropas. El rei tembló de espanto ante aquel aviso: creyó en peligro su corona i talvez su vida; i para salir de tan azarosa situacion, no halló mas arbitrio que ceder a las exijencias de los sublevados.

---

[4] VARNHAGEN, *Historia geral do Brazil*, tomo II, páj. 400, publica íntegro este célebre documento.

En el mismo momento firmó un decreto en que se encuentran estas palabras: "Habiendo llegado a mi conocimiento que el mayor bien que puedo hacer a mis pueblos es el de aprobar desde ahora la constitucion que se está haciendo en Lisboa, la apruebo i acepto en los dominios sometidos a mi corona." Para salvar las apariencias, i para hacer creer que este decreto era la obra de su voluntad libre i espontánea, don Juan le puso una fecha atrasada de dos dias (24 de febrero), como lo habia hecho el dia anterior con otro documento igualmente importante.

Cuando desde los balcones del teatro, el príncipe heredero, leyó ese decreto al pueblo reunido, la asamblea prorrumpió en aplausos del mas loco entusiasmo. Don Pedro juró allí mismo la constitucion futura de la monarquía: la municipalidad i diversos funcionarios hicieron otro tanto; pero no contentos con esto, los concurrentes fueron al palacio de San Cristóbal, i arrastrando a brazos el carruaje real, llevaron en triunfo al mismo rei don Juan para que prestara el juramento de reconocer i aceptar la futura constitucion. Allí mismo aclamó el pueblo un ministerio liberal, en que cupo un puesto al célebre publicista portugues Silvestre Pinheiro Ferreira. El rei, embargado por el terror, aun en medio de las felicitaciones de que era objeto, lo aceptó todo sin discutir, i volvió al palacio contento de haber salvado la monarquía de imajinarios peligros.

Las nuevas instituciones fueron aclamadas en casi todas las provincias del Brasil. La tropa fraternizaba con el pueblo; i el anuncio de que el rei aceptaba la constitucion era recibido en todas partes como la esperanza de la rejeneracion política. Publicáronse periódicos en muchas provincias, i en ellos, el rei era saludado como el restaurador de la antigua grandeza de la monarquía.

5. Vuelta del rei a Portugal.—Las espontáneas demostraciones de alegría de los brasileros no fueron de larga duracion. Las cortes constituyentes reunidas en Lisboa, decretaron, como primera condicion del pacto social, que el rei residiese en la capital de la monarquía, en la ciudad

misma en que funcionaban las cortes. Don Juan VI, apoyado en este punto por los mas caracterizados de sus consejeros, no vaciló en obedecer aquella órden. Por decreto de 7 de marzo, el rei anunció su determinacion de volver al Portugal, dejando en el Brasil a su hijo don Pedro encargado del gobierno provisorio. Con la misma fecha ordenó el rei que se hiciesen en el Brasil las elecciones de diputados para las cortes de Lisboa.

Las elecciones se verificaron el 21 de abril; pero en vez de limitarse a desempeñar sus funciones, los brasileros reunidos en la plaza del comercio, comenzaron a deliberar sobre la situacion política, i sobre si convenia o nó la partida del rei. El pueblo, constituido sediciosamente en autoridad suprema, daba órdenes para que las fortalezas del puerto impidiesen la salida de la escuadra que debia trasportar al monarca. No contento con esto, el pueblo pidió a éste que dictase la observancia de la constitucion española hasta que fuese sancionada la que preparaban las cortes de Lisboa [5]. Don Juan VI, por un nuevo acto de debilidad, sancionó esta nueva exijencia con un decreto.

Aquel movimiento era la obra del partido brasilero. Los portugueses, por su parte, veian con mal ceño las medidas tomadas por el pueblo para impedir el viaje del rei. El príncipe don Pedro, sea porque conociese cuán humillante era la situacion a que estaba reducido su padre, o porque desease, como es mas probable, el viaje de éste para tomar el mando del Brasil, arrancó a don Juan VI la órden de disolver por la fuerza la asamblea de los electores. Las tropas portuguesas que guarnecian a Rio de Janeiro, se reunieron en la plaza de Rocio bajo las órdenes del príncipe don Pedro. La asamblea continuó sus deliberaciones durante toda la noche; pero ántes del amanecer del siguiente dia (22 de abril), una parte de la fuerza militar cercó la plaza del co-

5 Esta última exijencia tenia por fundamento un decreto análogo dado por la junta gubernativa de Lisboa a peticion del pueblo rebelado (11 de noviembre de 1821).

mercio i dispersó a los electores a mano armada i no sin encontrar alguna resistencia. Pocas horas mas tarde, el rei anuló el decreto por el cual habia reconocido la constitucion española.

Antes que la ciudad se repusiese de la consternacion causada por estos últimos acontecimientos, don Juan VI se dió a la vela para el Portugal (26 de abril). "Pedro, dijo el rei a su hijo, al despedirse, si el Brasil ha de separarse del Portugal, como se deja ver, toma tú la corona ántes quela coja otro aventurero". Este consejo profético del anciano monarca parecia autorizar las ambiciones posteriores de don Pedro. Este príncipe, jóven entónces de 23 años, franco, intelijente i simpático, iba a consumar en su favor la independencia del Brasil iniciada i preparada por causas estrañas.

6. Grito de Ipiranga; proclamacion de la independencia.—La residencia de don Juan VI en Rio de Janeiro habia realizado, puede decirse así, la separacion del Brasil. Las cortes del Portugal comprendieron esto mismo; i este temor les sujerió la idea de hacer que la familia real volviera a Lisboa. Cuando se supo que el príncipe heredero quedaba en el Brasil encargado del gobierno, las cortes trataron de disminuir el poder de éste, para restablecer el antiguo réjimen colonial. Decretaron con este objeto que las juntas gubernativas de las provincias, así como los comandantes militares, dependiesen directamente de la metrópoli. Las cortes, ademas, suprimieron algunas instituciones o establecimientos públicos creados por el rei; i como todo esto no bastase para destruir el poder del príncipe rejente del Brasil, acordaron que éste se trasladase a Portugal con el pretesto de que concluyese ahí su educacion viajando en los diversos paises de Europa. En algunas provincias del norte, i particularmente en Bahía estos decretos fueron acojidos con respeto; pero la mayor parte de los brasileros vió en todas esas medidas un plan preparado para arrebatar a su patria la importancia que se habia conquistado.

Don Pedro sufrió en silencio estos ataques hechos a su

autoridad, i se preparaba a partir para Lisboa cuando sucesos imprevistos vinieron a embarazar su viaje. La publicacion de los decretos de las cortes produjo una grande efervescencia. En Rio de Janeiro se celebraron reuniones patrióticas en que se recojian firmas para una representacion que debia hacerse al rejente a fin de pedirle que se estableciese en el Brasil. De esas mismas reuniones salieron emisarios encargados de incitar a los pueblos a la resistencia contra las cortes de Lisboa. La junta gubernativa de la capitanía jeneral de San Pablo se dirijió al rejente por medio de un memorial en que le pedia que desistiese de su proyecto de volver al Portugal. Estas representaciones estaban destinadas a ejercer una grande influencia sobre el ánimo del príncipe.

Mas de ocho mil personas firmaron la representacion hecha en igual sentido por el pueblo de la capital. El 9 de enero de 1822 fué presentada a don Pedro por uno de los altos funcionarios, el presidente de la municipalidad José Clemente Pereira. En el discurso que con este motivo dirijió al príncipe, Pereira le dijo que la salvacion de la patria exijia de él que permaneciese en el Brasil para conservarlo unido al Portugal. "Si V. A. R. nos deja, decia, la desunion es cierta, el partido de la independencia que no duerme levantará su imperio".—"Siendo en bien de todos i para felicidad jeneral de la nacion, contestó el príncipe, decid al pueblo que me quedo." Los deseos de los patriotas brasileros quedaron satisfechos con esta declaracion.

El partido portugues comprendió que la permanencia del rejente en el Brasil, i su desintelijencia con las cortes de Lisboa, iban a producir al fin la absoluta separacion de los dos pueblos. El rejente se manifestaba tan bien dispuesto por los brasileros, que separando de su lado a los portugueses que los rodeaban, llamó como ministros a los patriotas mas decididos. El puesto de ministro de gobierno i relaciones esteriores cupo a don José Bonifacio da Andrada, vice-presidente de la junta gubernativa de San Pablo i verdadero autor de la solicitud en que los habitantes

de esa provincia pedian al rejente que no saliese del Brasil (16 de enero de 1822). El jeneral Avilez Zuzarte, que mandaba las tropas portuguesas, quiso imponer por la fuerza la voluntad de las cortes i obligar al rejente a volver al Portugal. Sacando las tropas de sus cuarteles las colocó en una altura denominada el Morro del Castillo, que domina toda la ciudad, desde donde pensaba sin duda someter a don Pedro i al pueblo. Nadie, sin embargo, se dejó imponer por aquellas amenazas. La guardia nacional i los paisanos casi desarmados, rodearon por todas partes las tropas de Avilez, obligando a éste a aceptar casi como un favor el permiso de instalarse al otro lado de la bahía i de regresar al Portugal en pocos dias despues (15 de febrero). La decision del pueblo era tan pronunciada, que cuando poco despues llegó a ese mismo puerto la escuadra portuguesa que debia escoltar al rejente durante su viaje, sólo se le permitió entrar en el puerto con la condicion de salir de él tan pronto como hubiese renovado sus provisiones. De las tropas que traia esa escuadra para reforzar la guarnicion de Rio de Janeiro, sólo desembarcaron 600 hombres que voluntariamente quisieron establecerse en el Brasil.

Las cosas permanecieron en este estado durante algunos meses mas. Las cortes portuguesas no quisieron comprender aquella situacion, i siguieron, hostilizando al Brasil con la esperanza de mantenerlo sumiso por los medios de coaccion. En el Brasil, por el contrario, todas las medidas dictadas por las cortes producian una profunda irritacion i preparaban los ánimos para la absoluta independencia. El rejente era el objeto de las mas entusiastas manifestaciones de simpatía i de lealtad. Habiéndose intentado en la provincia de Minas Geraes desconocer la autoridad de don Pedro, éste se trasladó allí, hizo cesar las dificultades con su sola presencia, i volvió lleno de prestijio a Rio de Janeiro, en donde fué saludado por la municipalidad, por el pueblo i por la tropa con el honroso título de *defensor perpetuo del Brasil* (13 de mayo).

La ruptura entre el príncipe rejente i las cortes portuguesas era cada dia mas inevitable. Don Pedro llegó a convocar una asamblea constituyente i lejislativa para el Brasil (3 de junio); i poco tiempo despues declaró en una proclama que consideraba como enemigos las tropas portuguesas que permanecian en América. Siete de los diputados brasileros que asistian a las cortes de Lisboa, desagradados con las hostilidades de que era víctima su patria, se retiraron del Portugal. Faltaba sólo pronunciar la palabra independencia para resolver definitivamente aquella situacion.

No pasó mucho tiempo sin que el rejente diera este paso decisivo. A mediados de agosto, don Pedro emprendió un viaje a la provincia de San Pablo con el objeto de poner fin a algunas disensiones que habian estallado entre los miembros del gobierno de esta provincia. Volvia el príncipe de este viaje, i hallábase a orillas del pequeño rio Ipiranga, cuando recibió nuevos decretos de las cortes portuguesas en que anulaban todos sus actos i declaraban criminales las juntas gubernativas que habian reconocido su autoridad. Las cortes consideraban en esos documentos al rejente como un jóven sin esperiencia a quien no se podia hacer responsable de los sucesos del Brasil; pero al mismo tiempo consideraban culpables de alta traicion i dignos de ser sometidos a juicio sus ministros i consejeros. Don Pedro no quiso tolerar este último ultraje. Ahí mismo, i en el mismo dia 7 de setiembre de 1822, proclamó la independencia completa del Brasil i su separacion absoluta de la metrópoli. La historia brasilera recuerda este acto con el nombre de *Grito de Ipiranga*.

Esta declaracion, que como ya hemos dicho, no hacia mas que dar forma a un sentimiento jeneral en el Brasil, fué recibida con grande entusiasmo casi en todas partes. Al llegar a Rio de Janeiro (15 de setiembre), don Pedro se presentó en el teatro llevando en su brazo izquierdo una cinta en que se leian estas palabras: *independencia o muerte*. El pueblo, tanto en la capital como fuera de ella siguió este

ejemplo. Un mes despues, el 12 de octubre, dia de su cumple-años, don Pedro fué saludado con el título de emperador constitucional. La solemne consagracion tuvo lugar el 1º de diciembre [6].

7. LAS TROPAS PORTUGUESAS EVACUAN EL BRASIL.—El verdadero instigador de todas estas medidas que elevaron el Brasil al rango de estado independiente fué el ministro de gobierno i relaciones esteriores José Bonifacio da Andrada. Sabio distinguido que habia estudiado las ciencias naturales recorriendo casi la Europa entera, i oyendo las lecciones de Lavoisier i de Volta, i que las habia enseñado en Portugal con jeneral aplauso, Andrada se distinguia mas aun por la fijeza de sus principios liberales i por el temple de su carácter firme i resuelto [7].

Para afianzar la independencia del Brasil, Andrada aconsejó a don Pedro las medidas mas decisivas i enérjicas. Los portugueses tenian aun tropas en las provincias del norte; i para arrojarlos de ahí se dió principio a la organizacion de una escuadrilla, con oficiales contratados en Lóndres i en las costas de Chile, en donde la suspension de la guerra marítima habia dejado sin ocupacion a algunos oficiales ingleses. El nuevo emperador, ademas, decretó (11 de diciembre) el secuestro de todas las propiedades portuguesas en el Brasil; i declaró que todas las presas quitadas al enemigo serian premio esclusivo de los captores. Junto con éstas tomó otras medidas para espulsar del Brasil a sus antiguos dominadores.

Los portugueses tenian por centro de sus recursos i de su poder la importante ciudad de Bahía. Mandaba en ella el brigadier portugues Ignacio Luis Madeira; i estaba apoyado por una escuadra de trece buques de guerra llegados

---

6 La bandera del Brasil fué decretada por don Pedro el 18 de setiembre de 1822. El himno nacional, compuesto por el mismo príncipe, comenzó tambien a entonarse en ese año.

7 Pereira da Sylva ha publicado una prolija biografía de Andrada en su *Plutarco Brasileiro*, tomo II.

hacia poco tiempo del Portugal para someter a los brasileros. El emperador envió contra las tropas portuguesas una division mandada por el jeneral Pedro Labatut, aquel frances que en años anteriores habia servido al gobierno revolucionario de Nueva Granada en la guerra contra los españoles. Labatut fué desgraciado en un ataque que intentó contra la plaza por el lado de tierra; pero la suerte de las armas cambió completamente desde que pudo obrar la escuadrilla brasilera. El gobierno del emperador consiguió que se pusiese al frente de las fuerzas navales del Brasil lord Tomás Cochrane, el famoso campeon de las guerras navales del Pacífico, que por entónces se hallaba sin ocupacion (marzo de 1823). Con ocho buques, de los cuales solo dos merecian el nombre de naves de guerra, salió Cochrane de Rio de Janeiro (3 de abril) para ir a combatir la escuadra portuguesa, compuesta, como hemos dicho, de trece naves de guerra con 198 cañones.

La superioridad de la táctica naval de los ingleses que servian bajo la bandera del Brasil, alcanzó la victoria fácilmente. Cochrane estableció el bloqueo de los enemigos a pesar de la grande inferioridad de sus fuerzas; i el hambre se hizo sentir en Bahía de una manera atroz. Entónces circuló entre los portugueses la noticia de que Cochrane hacia construir brulotes para lanzarlos sobre la escuadra enemiga, produciendo un verdadero terror. Pocos dias despues Cochrane practicó un reconocimiento nocturno de las posiciones del enemigo; i esto bastó para que los portugueses, creyéndolo todo perdido, evacuaran la ciudad con la escuadra, con el ejército de tierra i con un convoi de setenta buques mercantes cargados de valiosas mercaderías (2 de julio). Las tropas brasileras, a las órdenes del coronel José Joaquin de Lima, que habia reemplazado en el mando a Labatut, ocuparon la ciudad, miéntras Cochrane seguia navegando al norte en persecucion de los fujitivos.

El almirante, en efecto, temia que los portugueses fueran a desembarcar en algunas de las provincias del norte; i para evitar que esto sucediese, no trepidó en desobedecer

sus instrucciones que le prescribian solo bloquear a Bahía. Sin perder un solo hombre, quitó a los portugueses un gran número de naves mercantes cargadas con un rico botin i algunos trasportes llenos de tropa. El almirante portugues, a pesar de la superioridad de sus fuerzas; no se atrevió a presentar un combate a la escuadrilla de Cochrane, ni tampoco quiso acercarse de nuevo a las costas del Brasil. Abandonando para siempre sus posesiones de América, los soldados portugueses siguieron su viaje a Lisboa escoltados, puede decirse así, por las naves del Brasil.

De vuelta de esta fácil i provechosa espedicion, lord Cochrane se acercó a la plaza de Marañon, donde todavía mandaban los portugueses. Cuando se preparaba para hostilizar a la ciudad, sus gobernantes se presentaron a bordo de la escuadra para poner la plaza a disposicion del almirante del Brasil (27 de julio). El capitan Grenfell, encargado por Cochrane de una operacion análoga en la provincia del Pará, obtuvo el mismo resultado, si bien le fué forzoso reprimir enérjicamente los desmanes del populacho, que proclamándose partidario de la causa de la independencia, cometió graves desórdenes. [8]

La guerra se sostuvo todavía contra algunas partidas de tropas portuguesas que quedaban en las provincias del norte; pero en setiembre de 1823 la autoridad del emperador del Brasil era reconocida en todas partes. Cochrane pudo dar la vuelta a Rio de Janeiro, en donde fué recibido como vencedor, i premiado con el título de marques de Ma-

---

[8] Los historiadores del Brasil refieren en esta parte un suceso verdaderamente atroz. No creyéndose seguras las prisiones de tierra, fueron encerrados en un buque 258 malhechores bajo la custodia de quince soldados, i esos infelices perecieron durante una noche sofocados por el calor de los trópicos. Un suceso semejante tuvo lugar en la India en junio de 1756. Los soldados del nabab Surajah Dosolad encerraron 146 ingleses en un estrecho calabozo, i allí perecieron estos desgraciados durante la noche. Véase el cuadro admirable que sobre este gran crímen ha trazado el eminente historiador MACAULAY en su estudio sobre *Lord Clive*.

rañon (noviembre). En el espacio de seis meses, con una escuadra que casi no estaba en estado de servir, sin ejército, sin pérdidas de ninguna especie i sin otros gastos que los que habia ocasionado el primer equipo, el hábil i valiente marino habia llevado a cabo la campaña mas feliz de que haya sido teatro la América. Quitó al enemigo ciento veinte naves cuyos cargamentos valian muchos millones de pesos, apresó casi la mitad del ejército portugues, libertó las tres estensas provincias del norte, que eran el centro de recursos de los antiguos dominadores, i al fin dilató la dominacion de don Pedro en todo el vasto territorio del Brasil. [9]

8. ORGANIZACION POLÍTICA DEL BRASIL. — La revolucion brasilera, como se ve, fué consumada con gran facilidad. Los portugueses no pudieron oponer a los independientes una resistencia tenaz, como lo hicieron los españoles en sus colonias. El Brasil era por sí solo bastante fuerte para luchar con el Portugal, que, a mas de estar débil i pobre, se encontraba ajitado por las contiendas civiles. La revolucion brasilera, por otra parte, se efectuó insensiblemente. Con motivo de la residencia del rei en Rio de Janeiro, el Brasil adquirió en realidad los derechos de metrópoli, de tal manera que en 1821 las cortes de Lisboa temian con sobrada razon que el Portugal quedase reducido a la triste condicion de colonia. Este hecho esplica tambien la forma de gobierno que adoptó el Brasil despues de su independencia. En efecto, la revolucion de este pais comenzó en verdad en 1808, el dia en que el rejente don Juan pisó las playas del nuevo mundo i estableció en ellas el asiento de su gobierno. Diez años de una administracion regular, a cuya sombra se desarrollaron los intereses materiales i morales en mas vasta escala que durante un siglo del antiguo réjimen, hicieron simpático el sistema monárquico en las colonias

[9] La feliz campaña de lord Cochrane en el Brasil ha sido referida por los diversos hitoriadores de este pais; pero conviene tambien consultar, aunque con alguna reserva, la segunda parte de las memorias del mismo COCHRANE, publicadas en Lóndres en 1859 con el título de *Naval services in Chile, Perú and Brasil.*

portuguesas. Agréguese a esto que en el Brasil fué un príncipe de la familia real, el heredero de la corona nada ménos, el que lanzó el grito de independencia i formó un imperio separado de la metrópoli. El prestijio de que gozó ese príncipe por su patriotismo i por sus talentos, sirvió para consolidar el nuevo órden de cosas por medio de instituciones liberales que don Pedro daba a sus súbditos casi espontáneamente.

Desde ántes de proclamar la independencia, el emperador habia convocado una asamblea constituyente i lejislativa que debia reunirse en Rio de Janeiro. Don Pedro en persona abrió las sesiones de aquel congreso (3 de mayo de 1823), haciendo a los diputados una esposicion del estado del imperio i de las bases que debian servir de punto de partida para su futura organizacion. La asamblea se dividió desde luego en dos partidos perfectamente demarcados. El mas moderado de ellos contaba con la mayoría de los diputados, i era abiertamente contrario a la política enérjica e impetuosa del ministro Andrada. Este célebre estadista, apoyado en el consejo del emperador por un hermano suyo que desempeñaba el cargo de ministro de hacienda, i en la asamblea por otro hermano que gozaba igualmente de grande influencia, representaba en el poder las ideas avanzadas que la revolucion francesa habia proclamado. El partido opuesto atacó esa política como funesta en un estado naciente que trabaja todavía por organizarse. Al fin, don Pedro se inclinó por este último partido; i los Andradas fueron separados del ministerio (17 de julio).

Desde ese dia los tres hermanos, que tenian un asiento en la asamblea constituyente, pusieron sus talentos i su popularidad al servicio de una oposicion constante i exaltada. Habiendo llegado a Rio de Janeiro un enviado diplomático de Portugal para establecer negociaciones que condujesen a reunir de nuevo las dos coronas (7 de setiembre) se acusó al emperador de mantener comunicaciones secretas con el diplomático portugues, a pesar de que don Pedro habia declarado que no recibiria ningun despacho si previamente

no se reconocia la independencia del Brasil. Por otra parte, la prensa declarada libre despues de la independencia, no cesaba de atacar al gobierno imperial suscitándole dificultades de todo jénero. Los embarazos del emperador producidos por esta oposicion tan resuelta i destemplada, fueron en aumento i amenazaron comprometer la tranquilidad del estado. En esas circunstancias don Pedro creyó que debia asumir una actitud enérjica. Reunió la tropa en su palacio de San Cristóbal, i marchando al frente de ella, hizo cercar el palacio de los diputados, intimándoles el decreto de disolucion. Seis de ellos, entre los cuales estaban los tres hermanos Andrada, fueron desterrados a Francia con una pension del gobierno imperial. Don Pedro prometió al pueblo brasilero la convocacion de una nueva asamblea que daria una constitucion al imperio i que afianzaria las libertades públicas (12 de noviembre de 1823).

El emperador no realizó esta promesa. En vez de la asamblea prometida organizó un consejo de estado compuesto de diez individuos (26 de noviembre); i a ese cuerpo presentó un proyecto de constitucion que fué discutido i aprobado en ménos de dos meses. Ese proyecto mereció ademas la aprobacion de todas las municipalidades del imperio, cuyo parecer fué consultado por el emperador. Por fin, el 25 de marzo de 1824, don Pedro i los altos funcionarios del estado prestaron el juramento solemne de cumplir el nuevo código constitucional. En casi todas las provincias del imperio, la constitucion fué aceptada favorablemente i puesta en práctica desde luego.

La monarquía quedó organizada desde entónces en el Brasil. Esa constitucion elaborada en vista de las necesidades del pais i que se conservó largo tiempo i con mui pequeñas modificaciones, deslindaba clara i convenientemente la accion de los poderes públicos, i organizaba una verdadera monarquía constitucional [10].

---

[10] M. Charles REYBAUD ha hecho un excelente análisis de la constitucion brasilera en el capítulo II del interesante libro que con el título de *Le Bresil* publicó en Paris en 1856.

9. SEGUNDA INSURRECCION DE PERNAMBUCO.—Las provincias del sur aceptaron las consecuencias de la disolucion de la asamblea constituyente i juraron sin dificultad la nueva constitucion; pero en el norte tuvieron lugar sucesos de un carácter alarmante. En Pernambuco se conservaba aun el recuerdo de la desgraciada insurreccion de 1817, i la familia real i el sistema monárquico no contaban allí con muchas simpatías. Cuando el emperador quiso imponer a esa provincia un jefe de su eleccion, la guarnicion de la plaza se sublevó, poniendo a su cabeza al gobernador depuesto, i manifestando la resolucion de resistir a todo trance las órdenes del gobierno de Rio de Janeiro (20 de marzo de 1824). Manuel de Carvalho, éste era el nombre del gobernador destituido por el monarca, acusó a don Pedro en una próclama, del crímen de traicion i de que abrigaba el propósito de entregar el Brasil a los portugueses. En seguida, invitó a las provincias del norte para que proclamasen su independencia i formasen una liga denominada Confederacion del Ecuador (2 de julio).

Contra sus propósitos i deseos, el emperador se vió obligado a emplear las armas para someter a los rebeldes del norte. Envió a Pernambuco un ejército de tierra i una parte de la escuadra, mandada personalmente por lord Cochrane. Los pernambucanos se batieron heroicamente contra las tropas imperiales; pero despues de cinco dias de constantes ataques a la ciudad, los rebeldes la abandonaron retirándose al interior (17 de setiembre). Las tropas de don Pedro tuvieron todavía que mantener la guerra en aquellas provincias contra los insurjentes, i que restablecer la paz en Marañon, en donde tambien habian prendido los movimientos revolucionarios. La anarquía fué al fin reprimida en toda aquella parte del imperio i desbaratada la proclamada confederacion del Ecuador.

10. EL PORTUGAL RECONOCE LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL.—Miéntras que se verificaban estos acontecimientos en el interior, las hostilidades continuaban siempre contra el Portugal, o a lo ménos, se mantenia el estado de guerra i

la suspension de relaciones. En el Portugal se suponia jeneralmente que don Pedro habia sido arrastrado a declarar la independencia casi contra su voluntad; i se esperaba que mas tarde o mas temprano pudiera operarse la reunion de los dos paises. Miéntras tanto, la suspension de las relaciones comerciales mantenia descontentos a los portugueses i a los brasileros. El comercio de Lisboa pedia que se reconociese la independencia como un hecho consumado i que, aun cuando el Brasil no volviera a reunirse al Portugal, convenia a lo ménos mantener las provechosas relaciones comerciales.

El gobierno ingles intervino entónces para reconciliar a ámbos pueblos. Redujo fácilmente al rei don Juan VI de Portugal, a entrar en negociaciones con el nuevo imperio, e hizo nombrar como plenipotenciario de la corte de Lisboa a un diplomático ingles, sir Cárlos Stuart, para que ajustase con el emperador del Brasil un tratado de paz.

No fué difícil inclinar a don Pedro a aceptar las bases de un arreglo. Despues de un mes de negociaciones con el diplomático ingles, el 29 de agosto de 1825, fué firmado en Rio de Janeiro el tratado en virtud del cual quedó solemnemente reconocida por el Portugal la independencia del imperio del Brasil. Ambos gobiernos se comprometieron a la devolucion de las propiedades confiscadas durante la guerra, i a la indemnizacion de los valores capturados en el mar por las escuadras respectivas. Esta última condicion era ventajosa para el Portugal, cuya comercio habia perdido muchas naves i mui valiosos cargamentos en la guerra marítima. Todavía consiguió sir Cárlos Stuart otra ventaja mayor aun para el Portugal; el Brasil se comprometió a pagar como deuda propia un empréstito de dos millones de libras esterlinas que el gobierno portugues habia contratado en Lóndres en 1823. Los historiadores brasileros han acusado jeneralmente a don Pedro por haber aceptado un gravámen tan oneroso para el imperio, comprometiéndose a pagar un empréstito que no habia contratado i del cual el Brasil no habia reportado beneficio alguno.

El tratado de 1825 dejó por resolver una cuestion importantísima para ámbos pueblos, el órden de sucesion de la corona de Portugal. Don Pedro, el emperador del Brasil, era el heredero natural de su padre de don Juan VI; pero no se resolvió en aquel tratado si su elevacion al imperio lo privaba o no de sus derechos al trono portugues. La muerte del rei don Juan, ocurrida el año siguiente (1826), vino a hacer mas sensible esta omision del tratado, desde que la corona se encontró vacante. En Portugal, sin embargo, todas las miradas se dirijieron a don Pedro, cuyo espíritu liberal e ilustrado lo hacia jeneralmente simpático; pero en esa desiguacion del pueblo portugues habia ademas otro motivo. Se creia que don Pedro reuniria bajo su cetro los paises separados por la revolucion de 1822, i se le llamaba al trono de Portugal con la esperanza de que realizara esta grande obra.

Don Pedro, sin embargo, no satisfizo esta esperanza de los patriotas portugueses. Promulgó una constitucion liberal para este reino; pero renunció la corona que se le ofrecia en favor de su hija doña María de la Gloria, niña entónces de siete años, a cuyo nombre debia gobernar una rejencia designada tambien por el emperador. Las ajitaciones i guerras civiles a que dió lugar la menor edad de la reina doña María, i la ambicion desmesurada del príncipe don Miguel, hermano menor del emperador del Brasil, i la intervencion de los gobiernos estranjeros en los negocios de Portugal, son sucesos completamente estraños a los asuntos que comprende este libro.

En el Brasil tambien se hicieron sentir borrascosas ajitaciones políticas. Los primeros ensayos de la vida constitucional fueron turbulentos i azarosos. La asamblea lejislativa i la prensa periódica fueron el campo de violentos ataques contra el emperador i sus ministros. La guerra de la Banda Oriental, de que hemos hablado en otra parte, los desastres de las armas brasileras, i el tratado que puso término a esa guerra, sirvieron de fundamento para las hostilidades incesantes de los partidos políticos. Por fin don Pe-

dro, aunque jóven i vigoroso, se rindió ante una lucha que se renovaba sin cesar, i al fin se resolvió a abdicar la corona (7 de abril de 1831), en favor de su hijo. En seguida se embarcó para Europa con el fin de conquistar para su hija doña María el trono de sus mayores, de que se habia apoderado el príncipe don Miguel.

El nuevo emperador, don Pedro II, tenia sólo seis años cuando fué aclamado por su padre i aceptado con grande entusiasmo por el pueblo brasilero. Sometido a la tutela de una rejencia, don Pedro tomó las riendas del gobierno en 1840. Encontró el imperio dividido por facciones violentas i agresivas, revolucionadas algunas provincias del sur contra el réjimen imperial, i establecido, puede decirse así, un gran desórden en la administracion. Don Pedro II, acometió con intencion sana i con intelijencia serena la reforma de este estado de cosas, i consiguió cimentar la paz i la tranquilidad, afianzar las libertades públicas i favorecer el desarrollo de los intereses materiales i morales del imperio [11].

---

[11] El Brasil posee un buen número de historiadores que han referido estos sucesos con grande acopio de datos i pormenores. La obra citada de don F. A. VARNHAGEN, que sólo llega hasta la proclamacion del imperio, es un precioso arsenal de noticias. Para narrar los sucesos posteriores he consultado la obra del ingles Armitage, (véase el número consagrado a Armitage en la nota o reseña bibliográfica que encabeza el tomo primero de esta historia) traducida al portugues, con el título de *Historia do Brasil desde 1808 ate a abdicaçao do imperador don Pedro I* (Rio de Janeiro 1837), i los compendios de Constancio (Paris 1828, 2 vol.) i de Abreu i Lima (Rio Janeiro 1843, 2 vol.) Esta última contiene en el segundo volúmen los documentos mas notables de la revolucion brasilera. Pereira da Sylva, el autor del *Plutarco Brasileiro*, ha publicado en los últimos años una estensa historia de la revolucion de la independencia de aquel imperio.



CAPITULO XIX.

Haití i Santo Domingo.

(1789-1845)

1. Estado de la isla de Santo Domingo a fines del siglo XVIII; su division.—2. Primeros síntomas de rebelion en la colonia francesa. - 3. Rebelion de los negros en Santo Domingo.—4. Campaña de los ingleses en Santo Domingo - 5. Administracion de Toussaint Louverture.—6. Espedicion del jeneral Leclerc. —7. Muerte de Toussaint Louverture.—8. Espulsion definitiva de los franceses.—9. Independencia de Haití.- 10. Formacion de la república de Santo Domingo.

1. Estado de la isla de Santo Domingo a fines del siglo xviii; su division.—La isla Española o de Santo Domingo, sitio del primer establecimiento de los españoles en el nuevo mundo i centro de donde partieron los valerosos espedicionarios que en los primeros años del siglo XVI conquistaron casi todas las Antíllas i que esploraron una gran porcion de las costas vecinas, fué tambien tres siglos mas tarde el teatro de una sangrienta revolucion, despues de la cual se han formado allí dos estados independientes. En este capítulo vamos a trazar sumariamente la historia de esos movimientos.

Hemos visto el primer tomo de este libro [1] la grande importancia que la colonia española de Santo Domingo ad-

[1] Part. II, cap VI, § 2

quirió en los primeros tiempos de la conquista. Los colonos europeos que buscaban en el nuevo mundo los inagotables tesoros de que entónces se hablaba en todas partes, poblaron rápidamente aquella colonia i la mayor parte de la isla. Pero cuando los españoles descubrieron los ricos imperios de Méjico i del Perú, i cuando conquistaron otros paises mas abundantes en minas, los colonos de la isla, que esperimentaban tambien la falta de trabajadores por el esterminio de los indíjenas, comenzaron a alejarse de ella para buscar fortuna en las otras islas o en el continente. El cultivo de las tierras fué casi abandonado, i la mala administracion establecida por los españoles no hizo mas que acelerar la decadencia de la colonia. Una suerte semejante corrian entónces las islas de Cuba i de Jamaica, como todos los paises que no poseen minas en abundancia.

Las escursiones de los filibusteros, ingleses, franceses i holandeses, turbaron tambien mas de una vez la tranquilidad de aquellas colonias, i obligaron al gobierno de España a enviar escuadras considerables para combatirlos. Hácia 1630, una banda de filibusteros de diversas nacionalidades, en que predominaban los franceses, se estableció en la pequeña isla de la Tortuga, situada al noroeste de la Española, i a mui corta distancia de sus costas. Desde allí hicieron varias correrias en la isla grande, atacando a los españoles i retirándose cada vez que las tropas de éstos se presentaban en gran número.

Al fin, despues de muchas alternativas de triunfos i de reveses, un marino frances, Bertrand d'Ogeron, formó la primera habitacion en la isla grande (1664). Nombrado por Luis XIV gobernador de la Tortuga, i de la posesion que los franceses tenian en la Española, d'Ogeron i sus compañeros asentaron poco a poco la dominacion francesa en la parte occidental de la isla; pero no fué reconocida oficialmente por España hasta la famosa paz de Riswick, en 1697. Los límites entre las posesiones francesas i españolas, sin embargo, no fueron establecidos sino por un tratado que se celebró ochenta años despues.

La isla quedó entónces dividida en dos porciones desiguales por su estension i por las condiciones de su suelo. Los franceses poseian en el occidente de la isla casi un tercio de ella, formado todo él por un pais montañoso i de difícil cultivo. Sin embargo, desplegaron allí una actividad tan maravillosa que lograron elevar esa colonia a un alto grado de riqueza. El comercio tomó rápido incremento, i la poblacion alcanzó a mas de medio millon de hombres, de los cuales 60,000 eran blancos o jente de color, i los restantes negros esclavos. Los progresos de la colonia francesa influyeron tambien sobre la de los españoles, la cual comenzó desde entónces a salir de su letargo, dedicándose a la propagacion de los ganados i al cultivo del cacao i de la caña de azúcar.

La administracion de la colonia francesa, aunque diferente en sus detalles de la que habian adoptado los españoles en sus estensos dominios, era sin embargo, el fruto de ideas i de preocupaciones semejantes. Un gobernador jeneral i un intendente, nombrados por el rei, estaban a la cabeza de la administracion i de la justicia. El primero, ademas, era el jefe de la fuerza armada. La lei i la costumbre mantenian allí una pronunciada demarcacion de castas. El blanco que hubiera contraido matrimonio con una negra se habria creido deshonrado. Los delitos contra las personas eran castigados segun el color de los hombres que los habian cometido. Así, un negro que golpeaba a un blanco era castigado frecuentemente con la mutilacion de un miembro; miéntras que el blanco que golpeaba a un negro no sufria mas que una simple multa. La lejislacion era todavía mucho mas severa respecto de los esclavos. Estas diferencias, harto mas notables aun en la práctica que en la letra de la lei, despertaron odios profundos i produjeron una sangrienta revolucion.

2. Primeros síntomas de rebelion en la colonia francesa de Santo Domingo.—La convocacion de los estados jenerales decretada en Francia por Luis XVI, produjo una violenta conmocion en las colonias, que tambien sufrian

males semejantes a los de la metrópoli. En Santo Domingo, se formaron asambleas populares; i a pesar de las prohibiciones del marques Du Chilleau, gobernador entónces de la provincia, ellas declararon que las colonias tenian derecho de enviar sus diputados a los estados jenerales, i al efecto nombraron deciocho. Cuando éstos llegaron a Francia, los estados jenerales se habían declarado en asamblea nacional constituyente; i este cuerpo, prevenido de antemano contra los diputados de las colonias, no admitió en su seno mas que a seis de ellos. En Paris los revolucionarios se preocupaban tambien de la administracion colonial, i se habia formado una sociedad que pedia en alta voz la abolicion de la esclavitud, haciendo conocer el despotismo que pesaba sobre los infelices negros en las Antíllas. Los mas ricos colonos de Santo Domingo formaron en Paris otra sociedad con el objeto de poner trabas a las disposiciones liberales de la asamblea nacional, i de ganarse aquellos de sus miembros cuyas opiniones no estaban aun formadas.

La asamblea nacional miéntras tanto, continuaba sus trabajos. En su famosa *Declaracion de los Derechos del hombre* (20 de agosto de 1789), consignó las palabras siguientes: "Todos los hombre nacen i mueren libres e iguales en derechos." Este principio tan sencillo i verdadero para nuestro siglo, produjo entónces una profunda perturbacion en las colonias francesas. Los propietarios creyeron que se les iba a despojar de sus esclavos, que formaban una parte considerable de su riqueza. Los mulatos i los esclavos pensaron que era llegado el tiempo de su redencion i que en breve se verian igualados a los hombres blancos en derechos i prerrogativas. El rei, temiendo estas perturbaciones, encargó al gobernador de Santo Domingo que convocase a los habitantes i formase una asamblea lejislativa para arreglar los negocios interiores. Pero los colonos se adelantaron a sus órdenes: los habitantes de la provincia del norte establecieron una asamblea provincial en la ciudad de Cabo Frances, i su ejemplo fué seguido en las otras dos provincias. En esas asambleas, ajitadas por las exijen-

cias encontradas de los mulatos i de los propietarios, se resolvió que si el rei no les enviaba instrucciones precisas para su gobierno, la colonia tomaria por sí misma sus determinaciones.

Estas ajitaciones infundieron en Francia los mas serios temores acerca de la fidelidad de las colonias. La asamblea nacional, recordando lo que poco ántes habia pasado en Estados Unidos, temió que Santo Domingo marchara a hacerse independiente. En su sesion del 8 de marzo (1790) declaró "que no habia tenido la intencion de comprender a las colonias en la constitucion que preparaba para el reino, ni de sujetarlas a las leyes que pudiesen ser incompatibles con sus inconveniencias locales i particulares." Segun esta declaracion, "la asamblea no queria innovar nada, sea directa, sea indirectamente, en ninguno de los ramos del comercio de las colonias;" i por el contrario, deseaba que los colonos le hicieran conocer sus necesidades.

Esta declaracion, que dejaba las cosas en el mismo estado, no volvió la calma a los espíritus. Se la consideró como una confirmacion tácita del tráfico de esclavos; i se sostuvo que la asamblea dejaba a los colonos libres de toda sumision, i con facultad de darse leyes. Las tres asambleas provinciales que formaban la colonia, convocaron a los habitantes a enviar sus diputados a una asamblea jeneral de toda la colonia. El 16 de abril se reunió ésta en el pueblo de San Márcos, con 213 representantes de las diversas localidades.

La asamblea jeneral de Santo Domingo se ocupó desde luego en estirpar ciertos abusos chocantes que existian en la administracion, i en mejorar la situacion de los hombres de color suprimiendo algunas gabelas o impuestos de trabajo, con que estaban grabados. En seguida dictó un decreto de sólo diez artículos en que establecia las bases de la constitucion futura de la colonia (28 de mayo). El artículo 6º dice así: "Como todas las leyes deben ser fundadadas sobre el consentimiento de aquellos para quienes son he-

chas, la parte francesa de Santo Domingo tendrá el derecho de proponer los reglamentos relativos a los intereses comerciales i comunes i todos los decretos que la asamblea nacional francesa dictare en semejantes casos, no serán ejecutados en la colonia sino despues de haber sido aprobados por su asamblea jeneral."

Grande fué la alarma que produjo esta declaracion. Se creyó que la asamblea marchaba resueltamente hácia la independencia de la colonia. Muchos distritos retiraron a sus diputados anulando sus poderes. La asamblea provincial del norte desconoció la autoridad de la asamblea jeneral; i el gobernador de la colonia, conde de Peynier, que acababa de reemplazar al marques Du Chilleau, decretó la disolucion de aquel cuerpo, acusando a sus miembros del delito de traicion por haber concebido proyectos de independencia. Por encargo del gobernador, el coronel Mauduit, a la cabeza de un batallon de línea, disolvió a balazos la asamblea provincial del oeste; i en seguida, engrosando sus tropas, marchó sobre el pueblo de San Márcos para disolver la asamblea jeneral. Cuando se esperaba que ésta organizaria una vigorosa resistencia, visto el empeño que ponia en reunir tropas, sus miembros se desbandaron, i sólo ochenta i cinco de ellos se embarcaron en el navío de guerra *Léopard*, haciéndose a la vela para Francia, donde esperaban hallar justicia (8 de agosto de 1790). La asamblea nacional, en vez de aprobar su conducta, los hizo poner en prision.

Despues de este suceso, hubo todavía algunos movimientos sediciosos que fueron oportunamente reprimidos. La tranquilidad parecia renacer en la colonia, cuando fué turbada de nuevo por el arribo de un jóven mulato, cuyo corazon parecia preparado para grandes empresas. Vicente Ogé, este era su nombre, nacido en Santo Domingo, en el seno de una familia de mediana fortuna que lo habia mandado a Francia a seguir sus estudios, habia contraido amistad en Paris con muchos hombres notables del partido liberal, i volvia a su patria impregnado con los principios

de igualdad. Las autoridades de la isla tuvieron noticia anticipada de los proyectos revolucionarios de Ogé; pero éste burló hábilmente la vijilancia de aquellas. Hizo su viaje por Estados Unidos, i desembarcó en uno de los puertos del norte de la colonia con el traje de un marinero norte americano (octubre de 1790).

Creia que a su voz se iban a juntar algunos millares de descontentos con que operar una gran revolucion; pero sólo alcanzó a formar en los campos una columna de doscientos hombres, mulatos i negros. A la cabeza de ellos pidió al gobernador la supresion de todas las cargas que pesaban sobre la jente de color; pero la autoridad, en vez de ceder a sus exijencias, desplegó su poder para combatir en tiempo la insurreccion. Ogé, vencedor en sus primeros pasos, fué al fin desbaratado, i se vió reducido a buscar un asilo en la parte de la isla que quedaba en poder de los españoles. Los mulatos que en otros puntos de la isla habian intentado rebelarse, fueron sometidos o dispersados sin gran dificultad.

El conde de Peynier, sin embargo, pareció conocer los peligros de la situacion. Hizo su renuncia del cargo de gobernador, i se volvió a Francia (noviembre de 1790) dejando el mando de la colonia al jeneral Blanchelande, que se habia hecho conocer en las Antíllas por su valor i por su carácter. El primer acto administrativo del nuevo jefe fué reclamar de las autoridades de la colonia española la entrega de Ogé i de sus cómplices. El infeliz mulato fué juzgado por el delito de traicion, i ejecutado en el cruel e infamante suplicio de la rueda (26 de marzo de 1791). Veinte de sus compañeros sufrieron tambien la última pena en una horca.

Este terrible castigo produjo por un momento una gran tranquilidad. En esos mismo dias llegaron a la colonia dos fragatas de guerra que conducian de Francia dos batallones de infantería i un destacamento de artillería El gobierno de la metrópoli, sabedor de los disturbios de Santo Domingo, enviaba esos refuerzos de tropas para poner atajo

a la revolucion que se veia asomar; pero esos soldados llegaban imbuidos en todas las ideas de libertad que entónces dominaban en Francia. Por mas empeño que el jeneral Blanchelande puso para impedir que la guarnicion de la isla se dejase seducir por esas ideas, el espíritu revolucionario cundió en todo el ejército. El coronel Mauduit, a quien se reprochaba el haber disuelto por la fuerza la asamblea jeneral de la colonia, fué asesinado inhumanamente por sus mismos soldados, en medio de un espantoso motin. El gobernador Blanchelande tuvo gran trabajo para reducir de nuevo a la tropa amotinada; i no pudiendo aplicarle el severo castigo a que se habia hecho acreedora, la embarcó para Francia, dando cuenta al gobierno de lo ocurrido.

3. Rebelion de los negros en Santo Domingo.—En medio de los afanes que por entónces preocuban a la asamblea nacional francesa, los desórdenes de Santo Domingo llamaron particularmente su atencion. Incierta durante algun tiempo sobre el camino que debia seguir, i deseando conservar la integridad del territorio frances, habia creido calmar la ajitacion con medidas transitorias i con el envío de algunas tropas; pero el descontento de los colonos no desapareció con esto; i la asamblea se vió obligada a tomar una medida que se creyó decisiva. Despues de dos elocuentes discursos pronunciados el uno por el abate Grégoire i el otro por Robespierre en favor de los hombres de color, la asamblea dictó un decreto (15 de mayo de 1791), por el cual declaraba que todos los negros o mulatos residentes en las colonias tenian los mismos derechos i prerrogativas que los ciudadanos franceses, pudiendo, por lo tanto, votar en las elecciones, i aun tener un asiento en la asamblea colonial.

Esta declaracion produjo en Santo Domingo una profunda indignacion entre todos los hombres blancos. En la ciudad de Cabo Frances, se resolvió por unanimidad negarle el juramento cívico, i la cucarda tricolor que usaba la guardia nacional fué pisoteada por los soldados i reemplazada por el penacho blanco, símbolo de adhesion a la cau-

sa del rei. Miéntras tanto, los negros i mulatos, que en la declaracion de la asamblea nacional veian el reconocimiento de sus derechos de hombres libres, se enfurecieron al saber la resistencia que aquel decreto encontraba entre los blancos. De una fermentacion sorda pasaron a una abierta rebelion, i en la noche del 22 de agosto mataron sin piedad a todos los blancos que pudieron encontrar en los alrededores de Cabo Frances. Al amanecer del siguiente dia, una multitud de jente, escapada de la matanza, fué a refujiarse a la ciudad. Desde que se supo que los rebeldes obraban con arreglo a un plan meditado, la consternacion fué jeneral. Los vecinos embarcaron las mujeres en los buques fondeados en el puerto, i entónces tomaron las armas determinados a resistir a todo trance a la rebelion.

Un oficial frances que se habia ilustrado en la guerra de la independencia de Estados Unidos, Touzard, se puso a la cabeza de las milicias i de las tropas de la ciudad, i con ellas marchó contra un cuerpo de 4,000 negros que se habia reunido en los alrededores. Touzar hizo una carnicería espantosa; pero agobiado por el gran número de los rebeldes, se vió obligado a retirarse. A pesar de todas las precauciones que se tomaron para defender la ciudad, ésta habria sido destruida infaliblemente si los negros hubiesen tenido mayor disciplina, i si hubiesen conocido las ventajas de su situacion.

La rebelion se habia hecho jeneral en todos los campos vecinos. La resistencia que quisieron oponer los colonos en diversos puntos, fué ineficaz; i los mulatos i los negros quedaron dueños de la dilatada llanura del Cabo i de las montañas vecinas, donde ejercieron las mas espantosas crueldades sobre todos los blancos que cayeron en su poder. La sangre corrió a torrentes: dos mil blancos de toda edad i sexo fueron asesinados. Mas de diez mil insurjentes perecieron en los combates o de hambre, i algunos centenares fueron sacrificados en el patíbulo. La rebelion estalló tambien en otras provincias con los mismos horrores que en el nor-

te; i en todas partes, los blancos fueron impotentes para reprimir a los sublevados.

Calmada un momento la sed de venganza, se entablaron negociaciones entre los contendientes. Los rebeldes consintieron en deponer las armas a condicion de que se decretase una ámplia amnistía i de que se declarase que en la asamblea provincial los blancos, los mulatos i los negros indistintamente pudiesen tener asiento; pero, miéntras se hacian otros arreglos, la asamblea nacional de Francia, temiendo que la irritacion de los colonos pudiera precipitarlos a la independencia, revocó las anteriores declaraciones, por las cuales habia igualado la condicion de los negros i mulatos libres con la de los blancos, i dejó a la asamblea provincial en libertad de resolver las cuestiones pendientes. Por una coincidencia singular, el mismo dia en que la asamblea colonial confirmaba el convenio celebrado con los rebeldes (20 de setiembre) reconociendo la necesidad de respetar el decreto dictado por la asamblea nacional el 15 de mayo, i prometiendo observarlo fielmente, esta última lo anulaba en la metrópoli por una gran mayoría.

Los rebeldes de Santo Domingo, que por un momento se habian tranquilizado, se creyeron entónces víctimas de un engaño infame. Suponian que miéntras los colonos hablaban de tratados i capitulaciones, habian enviado sus ajentes a Francia para pedir a la asamblea nacional la anulacion de sus declaraciones anteriores. Los negros i los mulatos tomaron otra vez las armas con nuevo furor, i renovaron las matanzas de agosto sin perdonar mujeres, ancianos i niños. La ciudad de Puerto San Luis fué tomada i saqueada. Puerto Príncipe, donde los rebeldes encontraron una vigorosa resistencia, fué incendiada (22 de octubre). El encarnizamiento de la lucha era tal, que parecia que las dos razas habian jurado el completo esterminio de sus rivales.

La noticia de estos horrores produjo en Francia una profunda impresion. En medio de la fiebre revolucionaria que entónces preocupaba todos los espíritus, la asamblea lejislativa que desde el 1º de octubre (1791) funcionaba en vez

de la constituyente, pensó en la administracion de las colonias, i al efecto dictó diversas medidas para el envío de tropas, o el cambio de algunos gobernadores. Creyendo que el ensanche de las libertades i de las garantías individuales era el mejor remedio contra esa clase de desórdenes, i acusando a los ricos propietarios de las colonias de ser la causa de los males que se lamentaban, el 28 de febrero (1792) declaró que los mulatos i los negros debian gozar inmediatamente de todos los derechos políticos. Poco despues organizó una espedicion de 8,000 hombres, i la envió a las Antíllas a cargo de tres miembros de la asamblea, que con el título de comisarios, llevaban tambien ámplios poderes para arreglar todas las cosas de la colonia.

Los comisarios franceses Aihaud, Santhonax i Polverel, llegaron a Santo Domingo a mediados de setiembre. Acusando al gobernador Blanchelande de no haber sabido dirijir los negocios de la colonia, i de abrigar sentimientos contrarios a la revolucion de la metrópoli, los comisarios lo pusieron a bordo de un buque i lo enviaron a Francia para ser juzgado. En seguida suprimieron la asamblea colonial, crearon en lugar de ella una comision de doce miembros en que estaban confundidos por iguales partes los blancos i los hombres de color, i por último, se inclinaron en favor de éstos atribuyéndoles la razon i la justicia en los movimientos anteriores. Aquellos colonos que se atrevieron a oponerse a los planes de los comisarios organizando una resistencia en Puerto Príncipe, fueron obligados a rendirse (12 de abril de 1793). Cuatrocientos de ellos fueron embarcados i remitidos a Francia como rebeldes al gobierno republicano establecido en la metrópoli.

La arrogancia de los comisarios fué mas léjos todavía. Habiendo llegado a la colonia el jeneral Galbaud (principios de mayo) con el título de gobernador de Santo Domingo, los comisarios hicieron valer los ámplios poderes de que estaban provistos, miraron en ménos la autoridad de aquel jefe, i por último lo embarcaron tambien con toda su familia para remitirlo a Francia.

La irritacion de los propietarios de la colonia no conoció límites: los tres representantes del gobierno de la república, hombres exaltados i violentos, se habian hecho odiosos, i provocaron al fin una resistencia formal hecha en nombre del restablecimiento de la monarquía i de guerra a la república. Poniéndose de acuerdo con el jeneral Galbaud, que permanecia embarcado en el puerto de Cabo Frances, prepararon un vigoroso ataque a esta ciudad; i en efecto, el 20 de junio una columna de 1,200 hombres marchó resueltamente contra la casa de gobierno que ocupaban los comisarios. Allí se trabó un choque horrible entre la guardia de éstos, i las tropas que habian reunido los colonos sublevados; pero despues de una cruel carnicería, el combate quedó indeciso. Los comisarios llamaron entónces a las armas a todos los negros i mulatos. En efecto, el dia siguiente, los negros, capitaneados por un caudillejo llamado Macaya, que habia alcanzado a distinguirse entre ellos, se apoderaron de la ciudad de Cabo, mataron a todos los blancos que cayeron en sus manos e incendiaron la mayor parte de la poblacion. En las otras provincias, tuvieron lugar horrores semejantes; pero ántes de mucho tiempo, los comisarios de la República francesa lograron cimentar la tranquilidad ejerciendo el terror sobre los blancos, i buscando su apoyo en las jentes de color.

4. Campaña de los ingleses en Santo Domingo.—Los colonos que lograron escapar a estas matanzas, ganaron como pudieron diferentes puertos, donde se embarcaron, unos para Estados Unidos, otros para Inglaterra. Estos úlmos, con la esperanza de recuperar sus propiedades, se presentaron al gobierno ingles, entónces en guerra con la república francesa, pidiéndole buques i tropas suficientes para tomar posesion de Santo Domingo en nombre de la Gran Bretaña. Estas proposicion, recibidas al principio con desden, despertaron al fin la codicia de los ingleses: el gobernador de la isla de Jamaica, jeneral Williamson, recibió la órden de enviar tropas suficientes para ocupar a Santo Do-

mingo, i aceptar la sumision de los colonos que solicitasen la proteccion del gobierno británico.

Los comisarios de la república francesa tenian entónces a su disposicion cerca de 25,000 hombres; pero éstos estaban diseminados en una vasta estension de territorio, i no habrian podido por esto mismo rechazar una invasion bien dirijida. En este embarazo, llamaron en su socorro a todos los habitantes de la isla, cualesquiera que fuesen, declarando libres a todos los esclavos, i asimilándolos sin restriccion alguna a los otros ciudadanos. Esta medida no produjo todo el resultado que se esperaba: los negros se aprovecharon de la libertad que se les concedia, pero pocos tomaron servicio en el ejército. Los mas se retiraron a las montañas a vivir tranquilos en la miseria i la ociosidad.

Entre tanto, los ingleses continuaban sus aprestos. Un cuerpo de setecientos hombres bajo las órdenes del teniente coronel Whiteloke (el mismo que en 1807 dirijió una espedicion contra Buenos Aires), escoltado por cinco fragatas de guerra, salió de Jamaica (9 de setiembre) con rumbo a Santo Domingo. Diez dias despues la ciudad i puesto de Jeremías se rindieron a los ingleses en medio de las mas entusiastas aclamaciones i sin disparar un tiro. En seguida, los invasores, ayudados por los colonos rebeldes, ocuparon muchos otros puertos i una grande estension de la costa.

La guerra se continuó durante algun tiempo con diversas peripecias; pero casi siempre los ingleses alcanzaron ventajas mas o ménos considerables, hasta que al fin, despues de muchas tentativas, ocuparon la importante plaza de Puerto Príncipe (5 de junio de 1794). Ademas de 130 cañones que defendian esta ciudad, los ingleses se posesionaron de todos los buques fondeados en el puerto, cuyos cargamentos importaban cerca de dos millones de pesos. Los comisarios de la república se consideraron impotentes para resistir mas tiempo a la invasion inglesa, i resolvieron volver a Francia, confiados en que los mulatos i los negros, por el interes de defender su libertad, mantendrian la gue-

rra contra los invasores. La convencion nacional aprobó su conducta.

Las tropas de la isla reconocieron entónces por jefe a un mulato llamado Rigaut i a un negro conocido con el nombre de Toussaint Louverture, que hasta entónces habian alcanzado cierto prestijio entre sus compañeros, i que iban a adquirir mas tarde una gran nombradía. El último de ellos, sobre todo, esclavo poco ántes de uno de los colonos, pero dotado de una rara intelijencia i de un valor estraordinario, desplegó en la lucha un carácter distinguido. Bajo las órdenes de estos dos jefes, la guerra entre los hombres de color i los ingleses aliados de los colonos, fué mas viva i tenaz que nunca. Las tropas de estos últimos esperimentaron una resistencia que no esperaban; i las crueles epidemias, las fiebres i las disenterías tan comunes en aquel clima, diezmaron su ejército i debilitaron considerablemente sus fuerzas. Los ingleses tuvieron ademas que esperimentar otro jénero de hostilidades: los mismos colonos tramaron diversas conspiraciones para libertarse de los ambiciosos ausiliares, cuyo apoyo habian solicitado con tanto interes.

Los mulatos i los negros sostuvieron la guerra durante dos años enteros sin perder terreno. Construyeron fortificaciones de todos los puntos amenazados, i rechazaron constantemente los ataques de los ingleses con un valor verdaderamente admirable. El gobierno frances, que habia dispensado a Toussaint Louverture algunos ausilios, le confió al fin el mando en jefe de todas las fuerzas de la isla, junto con el título de jeneral de la república, que habia conquistado por su valor. En este nuevo puesto, Toussaint Louverture continuó desplegando toda su actividad i todo su jenio.

En vano el gobierno ingles enviaba a la isla nuevos refuerzos de tropas i cambiaba sus jenerales. Los negros les hacian una guerra terrible i los derrotaban con mayor audacia. Por fin, el jeneral Maitland, que habia tomado el mando del ejército ingles en abril de 1798, se vió en la nece-

sidad de celebrar un tratado con el jefe negro (9 de mayo) por el cual le entregaba todos los puntos ocupados hasta entónces por sus tropas, así como los rejimientos de negros que los ingleses habian organizado con gran costo, i reconocia a Santo Domingo como potencia neutral e independiente. El jeneral ingles, al alejarse de la isla, hizo valiosos obsequios al caudillo indíjena, declarándole que admiraba su valor i que respetaba sus virtudes.

5. Administracion de Toussaint Louverture. — Desde entónces, Toussaint Louverture, que siempre habia mostrado su superioridad sobre los otros jenerales, adquirió en la isla un poder casi sin límites. Reprimió con moderada enerjía los planes ambiciosos de algunos de sus camaradas, i estableció en la isla el órden i la tranquilidad tanto tiempo perdidos. Restituyó sus propiedades a muchos de los antiguos colonos, declarando sin embargo, que la esclavitud no seria restablecida, quedando, por tanto, los antiguos esclavos en la condicion de trabajadores libres. Establecióse una policía que reprimia todas las faltas, manteniendo en vigor el réjimen militar.

El jefe negro desplegó en el gobierno civil el mismo celo, la misma actividad que habia observado en la guerra. Recorria el territorio [illegible] dar cuenta a nadie de sus [illegible] para [illegible] todo por sí mismo; i esta [illegible] en muchas ocasiones. Bajo la influencia de esta administracion [illegible] emprendedora [illegible] las cosechas [illegible] habian sido en [illegible] comercio [illegible] comenzó [illegible] i la agricultura [illegible] [illegible] gran [illegible] durante [illegible] la [illegible]



disciplinaba con el mayor interes un ejército de 60,000 hombres.

La parte española de la isla de Santo Domingo debia entónces formar parte de los dominios franceses. Por el tratado de Basilea (22 de julio de 1795), España habia renunciado en favor de la República francesa todas sus posesiones en aquella isla. Pero las guerras desastrosas en que habian estado envueltos los ajentes del gobierno frances, retardaron la ejecucion de ese convenio.

Toussaint Louverture visitó toda la isla i ocupó las ciudades de oríjen español casi sin resistencia alguna, a fines de 1801. En todas partes era acojido en medio de las aclamaciones del pueblo; i en todas partes, manifestó tambien una gran prudencia, una actividad incansable para hacer el bien i una modestia casi inconcebible en un hombre que habia llegado con tanta rapidez de la posicion mas humilde a una altura tan elevada. Entónces el mismo manifestó su entereza de fierro para castigar todo amago de desórden o todo acto contra las leyes de la humanidad. En la provincia del norte, los negros que trabajaban en diversos talleres, se sublevaron contra los propietarios, mataron cerca de trescientos blancos i se dirijieron a la ciudad de Cabo Frances para tomarla por asalto. Toussaint Louverture marchó inmediatamente contra ellos; i con la rapidez del rayo, los dispersó apresando a cuarenta de los principales instigadores de la insurreccion (4 de noviembre). Inmediatamente hizo fusilar a trece de ellos, uno de los cuales era un sobrino suyo a quien habia mirado siempre con un cariño paternal. La tranquilidad fué restablecida sin nuevos sacrificios.

Pero hasta entónces, Toussaint Louverture habia gobernado en la isla como representante del gobierno frances, del cual conservaba el título de jeneral. Habia enarbolado el pabellon tricolor de la República; pero cuidó de mantener en cierto modo, su independencia. Desentendiéndose de todas las prácticas gubernativas vijentes en la colonia, convocó una asamblea central de todos los pueblos, i les

presentó un proyecto de constitucion, que fué sancionado i promulgado como lei el 1º de julio de 1801. En esa constitucion, se declaraba que la colonia formaba parte de la república francesa, aunque sometida a leyes particulares, i confiaba su administracion a un gobernador vitalicio, con la facultad de designar su sucesor. El jefe negro, nombrado gobernador de la isla, se apresuró a reconocer la soberanía de la Francia, solicitando que su constitucion obtuviese la aprobacion consular. "Vivir independiente bajo la tutela de la Francia, acojer sus colonos, sus comerciantes i sus marinos, concederles todos los privilejios compatibles con la seguridad i con la libertad de la isla, tal era entónces el sueño de esta república, que Toussaint Louverture habia elevado en tan poco tiempo al mas alto grado de prosperidad". [2]

6. ESPEDICION DEL JENERAL LECLERC.—Tal era la situacion de Santo Domingo, cuando Bonaparte, primer cónsul entónces de la República francesa, se decidió contra el parecer de los mas prudentes de entre sus consejeros, i por un simple deseo de dominacion, a desencadenar contra aquella isla todas las desvastaciones de una guerra espantosa. En octubre de 1801, acababan de firmarse los preliminares de paz entre Francia e Inglaterra.

Bonaparte tenia una escuadra disponible; i ademas, deseaba desembarazarse del ejército del Rhin, cuyos sentimientos republicanos le inspiraban vivos recelos. Reunió un ejército de 25,000 hombres i una escuadra de 26 naves de guerra i de un gran número de trasportes; i los envió contra Santo Domingo. El mando de la espedicion fué confiado al jenerar Leclerc, marido de una de las hermanas de Bonaparte.

Las instrucciones del jeneral espedicionario no son conocidas; pero se sabe que el primer cónsul le encargó reivindicar el dominio frances en la isla, deshacerse de Tous-

[2] P. LANFREY *Histoire de Napoleon I*, tomo III, 391. (Edicion de 1867).

saint Louverture i de los otros jefes que servian bajo las órdenes de éste, i por último, restablecer la esclavitud tal como se hallaba ántes de la insurreccion. Con una perfidia inaudita, escribió tambien a Toussaint Louverture manifestándole su estimacion por los grandes servicios que habia prestado al pueblo frances, por haber estirpado la guerra civil i puesto un freno a las persecuciones de que la isla habia sido teatro.

El jefe negro no se dejó engañar por las pérfidas palabras del primer cónsul. Cuando Leclerc se presentó con su escuadra delante de Cabo Frances (2 de febrero de 1802), Toussaint Louverture se encontraba en el interior de la isla. Su segundo en el mando, el negro Enrique Cristóbal, contestó a una intimacion del jeneral frances negándose a rendir la plaza miéntras no tuviera órdenes de su jefe, i amenazándolo con incendiar la ciudad si los franceses querian desembarcar. Leclerc no hizo caso de estas amenazas; i en la mañana del dia 6, efectuó el desembarco de sus tropas. Cristóbal, fiel a sus promesas, prendió fuego a la ciudad por varios puntos, i se retiró al interior. Los franceses no encontraron mas que ruinas i desolacion.

En otros puntos los invasores fueron mas felices, i pudieron ocupar varias ciudades i dominar una considerable estension de territorio. Toussaint Louverture se puso entónces en abierta insurreccion. Desechó las proposiciones que le hizo Leclerc para obtener su sumision, i emprendió la guerra con un valor desesperado. Las promesas del jeneral frances sedujeron a muchos jefes i oficiales del ejército dominicano; pero el jeneral insurrecto no se dejó abatir por las defecciones, ni por el peligro que corria su vida, puesta a precio por Leclerc. Los negros se batieron desesperadamente contra los veteranos del ejército del Rhin, los mejores soldados del mundo; i aunque fueron batidos, se retiraron a las montañas, dispuestos a recomenzar la lucha. Despues de un mes de guerra tenaz i de ocho combates verdaderamente terribles, el jeneral frances, satisfecho con haber obligado a los enemigos a retirarse, i creyendo asegurada su do

minacion en la isla, se apresuró a descubrir las intenciones del primer cónsul, anunciando por una proclama el restablecimiento de la esclavitud i reconociendo a los antiguos colonos todos sus derechos sobre sus negros.

Esta perfidia despertó de nuevo el ardor adormecido de los mulatos i de los negros. Desde que vieron que las promesas que se les habian hecho no eran mas que un lazo infame tendido para inducirlos a abandonar a su jefe, se declararon otra vez en abierta insurreccion. Toussaint Louverture reunió sus tropas, i precipitándose con un arrojo irresistible en las llanuras del norte, se apoderó de todos los puestos ocupados por los franceses, obligándolos a atrincherarse en la ciudad de Cabo. Veinte dias le bastaron para ejecutar esta rápida i feliz campaña; pero los franceses recibieron entónces de la metrópoli una division ausiliar de cerca de 5,000 hombres i pudieron dar nuevo impulso a las operaciones militares. Al mismo tiempo, Leclerc prometió a los insurrectos una constitucion que asegurase para siempre su libertad i sus garantías de ciudadanos. Los mas notables entre los jenerales negros, Cristóbal i Dessalines, cansados con una lucha estéril i persuadidos de que no podrian resistir por mas tiempo al ejército formidable de los franceses, capitularon i se sometieron. El mismo Toussaint Louverture, abandonado por todos, i cuando ya era imposible continuar la guerra, rindió sus armas (1º de mayo de 1802). Leclerc, desobedeciendo sin duda en esta parte las instrucciones del primer cónsul, le permitió retirarse a una de sus propiedades.

7. Muerte de Toussaint Louverture.—Luego se arrepintió Leclerc de este acto de jenerosidad. Habia conseguido sus triunfos durante la estacion favorable para los europeos; pero llegaba entónces la estacion de los calores, i con ella, la fiebre amarilla, el ausiliar mas terrible de los negros. El ejército frances comenzó a sufrir bajas notables: los hospitales estaban repletos de enfermos, i el desaliento cundió entre los vencedores. Hiciéronse sentir sordas ajitaciones entre los negros; Leclerc creyó que éstos

preparaban una insurreccion jeneral; i temiendo que Toussaint Louverture instigase este movimiento, dió la órden de apresarlo por sorpresa i miéntras el jefe negro estaba entregado al sueño (10 de junio). Esta nueva perfidia, que causó en Europa una profunda indignacion, fué defendida como un acto necesario para reprimir una conspiracion, pero nunca se presentaron las pruebas que justificaran esta sospecha.

El jeneral Leclerc habia tomado las medidas convenientes para impedir que los negros hubieran podido poner una resistencia cualquiera a sus órdenes. Dos oficiales del ejército negro que hicieron una tentativa para salvar a su jefe, fueron fusilados, i muchos otros a quienes se acusaba sólo de profesarle gran fidelidad, apresados i castigados mas tarde misteriosamente, arrojándolos quizás al mar. Toussaint Louverture fué embarcado en la misma noche en un navío de guerra que partia para Brest. Al pisar la tierra de Francia, se le colocó en un coche cerrado, i una numerosa escolta de caballeria lo condujo al castillo de Joux, en los confines del Franco-Condado i de la Suiza. Separado de su familia, que habia sido enviada a Bayona, el libertador de Santo Domingo no tuvo mas compañía que la de un criado, que estaba preso en el mismo calabozo.

"Al acercarse el invierno, se le trasladó a Besanzon, donde fué encerrado, como el último de los criminales, en un torreon frio, húmedo i oscuro. Se puede mirar este lugar como su tumba. En efecto, figúrese el lector cuán horrible debia parecer este calabozo a un hombre nacido bajo el hermoso cielo de los trópicos, donde no se hace sentir jamas, ni aun en las prisiones, la falta de calor i de aire. Personas dignas de fe han asegurado que el piso del torreon estaba cubierto de agua. Languideció durante todo el invierno en este estado deplorable, i murió en la primavera del año siguiente [3]."

---

[3] Charles MALO, *Histoire d'Haiti*, cap. VIII, p. 254.

Despues de diez meses de dura cautividad, Toussaint Louverture fué encontrado muerto una mañana, el 27 de abril de 1803, sentado cerca del fuego, con la cabeza inclinada i con las manos apoyadas sobre sus rodillas. Se creyó jeneralmente que su fin habia sido acelerado por el veneno, pero esta sospecha no está fundada en prueba alguna. Por otra parte, Toussaint Louverture, de edad de 60 años, acostumbrado al clima de las Antíllas, i a una vida activa, se encontró de repente encerrado i sometido al rigor de un invierno de los Alpes. Desprovisto de todo, i sin esperanza de recobrar su libertad, el héroe de una causa grande i noble, espiró crispado por el frio, devorado por los pesares i, segun sus verdugos, de una apoplejía cerosa. "Pero ¿qué es la oscura agonía de un pobre negro para los narradores enternecidos del martirio exajerado de Santa Elena? Pero es cierto que la justiciera posteridad dirá quizá que uno de esos dos hombres fué el redentor de su raza, i que el otro fué el azote de la suya [4]."

8. ESPULSION DEFINITIVA DE LOS FRANCESES.—Desde que los negros supieron la prision de Toussaint Louverture i su envío a Europa, presistiendo la suerte que les estaba reservada, resolvieron espulsar definitivamente a los franceses. La ocasion era favorable para un levantamiento: un calor excesivo habia producido en los cuarteles de los europeos enfermedades terribles, que cada dia arrebataban un gran número de soldados. No fué difícil reducir a la última estremidad a un ejército agobiado de fatiga. Leclerc, encolerizado con la porfiada resistencia que se le oponia, ordenó que no se diera cuartel a los prisioneros, haciéndolos fusilar sin piedad. Con frecuencia eran condenados a muerte aun aquellos a quienes se tomaba en su domicilio i sin armas. Muchos de esos desgraciados fueron retenidos en las naves francesas, i en seguida, arrojados inhumanamente al mar.

Estas atrocidades no abatieron a los negros. Luchaban con ese heroismo que infunde la desesperacion del que sabe

[4] P. LANFREY, *Histoire de Napoleon I.*, t. II. p. 393.

la muerte que le espera, si es vencido por sus feroces enemigos. La fiebre amarilla continuaba haciendo sus estragos en las filas francesas, i ausiliando, por tanto, la causa de la insurreccion. El mismo Leclerc, sucumbió en la pequeña isla de la Tortuga (2 de noviembre de 1802), a donde se habia hecho trasportar desde que se sintió enfermo.

El jeneral Rochambeau, hijo de un célebre militar que se habia ilustrado en Estados Unidos peleando por la causa de la independencia, tomó el mando del ejército frances de Santo Domingo i siguió las huellas de su predecesor. La guerra se continuó con el mismo ardor, i por ámbas partes se cometieron las mayores atrocidades. Rochambeau, vencedor en Acul, condenó a muerte a quinientos prisioneros; i Dessalines, jeneral de los negros despues de la prision de Toussaint Louverture, usando de represalias, hizo ahorcar, a la vista del ejército frances, a quinientos oficiales i soldados que habian caido en su poder.

Al fin, la guerra i las pestes habian ido destruyendo el ejército frances. La paz entre la Francia i la Inglaterra terminó en mayo de 1803; i Rochambeau no podia recibir de la metrópoli los ausilios que pedia con instancias. Una escuadra inglesa fué a bloquear a los franceses en las costas de Santo Domingo, miéntras que Dessalines los estrechaba por tierra. Rochambeau se vió obligado a capitular, i obtuvo como un favor que el jeneral negro lo dejase salir de la ciudad de Cabo Frances, último atrincheramiento de sus tropas, para tomar sus naves. El jeneral esperaba salvarse de la flota enemiga a favor de la noche; pero fué desgraciado en esta tentativa, i se vió obligado a rendirse en la mañana siguiente a los ingleses. Los últimos restos del brillante ejército de Leclerc quedaron prisioneros en Inglaterra hasta la caida de Napoleon. De 35,000 hombres que el gobierno frances habia enviado a Santo Domingo, sólo volvieron a su patria algunos millares; i la empresa que con tanta perfidia se habia preparado para destruir a los negros i para restablecer la esclavitud en aquella isla, produjo

sólo un doloroso escarmiento. "Jamas, resultados mas desastrosos correspondieron a una política mas perversa, dice un distinguido historiador; pero como sucede de ordinario, los instrumentos sólo sufrieron el peso de la espiacion, lei histórica que deberia poner en guardia a los hombres contra su inagotable complacencia hácia aquellos que disponen tan lijeramente de sus destinos".

9. INDEPENDENCIA DE HAITÍ.—Desde que los negros vieron al jeneral Rochambeau reducido a encerrarse en la plaza de Cabo Frances, creyeron con razon definitivamente asegurado su triunfo, i no vacilaron en proclamarse libres e independientes de todas las naciones de la tierra. Con una jenerosidad que no esperaban los europeos de los hombres que acababan de salir de la esclavitud, los jenerales vencedores llamaron a la isla a los antiguos colonos que quisieran vivir en paz con ellos. "Propietarios de Santo Domingo, que vagais en los paises estranjeros proclamando nuestra independencia, decian en una proclama justamente célebre (29 de noviembre de 1803), nosotros no os prohibimos el entrar en posesion de vuestros bienes: léjos de nosotros ese pensamiento injusto. Sabemos que hai entre vosotros algunos hombres que han abjurado sus antiguos errores, renunciando a sus locas pretensiones i reconocido la justicia de la causa porque vertemos nuestra sangre desde doce años atras. Trataremos como hermanos a los que nos aman: pueden contar con nuestra estimacion i con nuestra amistad, i volver a vivir entre nosotros."

Por fin, los jenerales negros, desembarazados de sus enemigos, proclamaron solemnemente la independencia de la isla (1.º de enero de 1804), dando a la nueva República el nombre de Haití, por ser diferente del que hasta entónces habian usado los europeos. El jeneral Juan Jacobo Dessalines fué proclamado gobernador vitalicio del estado; pero ántes de un año (8 de octubre) se hizo coronar emperador, Francia no volvió a enviar otras espediciones contra el nuevo estado; pero sólo veinte i dos años despues de haber

evacuado la isla [5], reconoció la independencia del nuevo estado.

La historia interior de la república de Haití está sembrada de trastornos, de guerras civiles, de separaciones de sus provincias en dos estados diferentes i de transiciones alternativas de república a monarquía i de monarquía a república. Si esa historia contiene numerosos errores, si ella consigna el nombre de Dessalines, manchado con inútiles atrocidades, recuerda tambien los de algunos hombres ilustres, nacidos de la raza negra i herederos del talento i del carácter de Toussaint Louverture, el de Phétion, el amigo desinteresado i protector jeneroso de Bolívar, i el de Boyer, jefe activo e intelijente que incorporó a sus estados la parte española de la isla, i que ilustró su gobierno fomentando el desarrollo de la riqueza nacional.

10. FORMACION DE LA REPÚBLICA DE SANTO DOMINGO.— Al lado del estado de Haití se formó mas tarde en aquella isla otra república independiente, por medio de una revolucion que debemos dar a conocer.

Hemos dicho ántes [6] que a fines del siglo XVIII la isla de Santo Domingo estaba dividida en dos porciones, la mas grande de las cuales quedaba en poder de España. Este estado de cosas subsistió mas de un siglo; pero por el tratado de Basilea (22 de junio de 1795) España cedió a la república francesa sus posesiones en aquella isla, disponiendo al efecto la entrega de sus ciudades i plazas fuertes.

El gobierno frances, sin embargo, rodeado de las mas graves complicaciones en Europa i en sus colonias, no pudo tomar posesion de aquella parte de la isla. Las autoridades españolas quedaron mandando en ella hasta que Toussaint Louverture, entónces en el apojeo de su poder, emprendió una espedicion contra los gobernantes españoles que aun quedaban en la parte occidental de Santo Domingo. El jeneral don Joaquin García, que conservaba el gobierno de

[5] En 1825.

[6] V. atras, § 1 de este cap.

esa provincia con el título de gobernador i capitan jeneral, no pudo oponer una resistencia formal al ejército de los negros, i se vió obligado a abrirles las puertas de la ciudad de Santo Domingo. Toussaint Louverture hizo su entrada solemne en ella en junio de 1801; i despues de prometer respetar la relijion, las costumbres i las propiedades de los colonos españoles, volvió a la rejion oriental de la isla, dejando a uno de sus hermanos en el gobierno de la parte recien conquistada.

El jeneral Leclerc tomó un año mas tarde posesion de aquella provincia en nombre del gobierno frances. Los colonos recibieron favorablemente las nuevas autoridades, i toda la parte española de la isla de Santo Domingo permaneció tranquila durante siete años bajo la dependencia de la Francia. La república de Haití, aunque libre e independiente despues de la espulsion de los franceses, estaba envuelta en guerras civiles, i no pudo, por tanto, intentar la reduccion de aquella parte de la isla.

Así permaneció aquella colonia hasta 1808. La invasion de los franceses en España, i la guerra a que ella dió lugar, exaltaron el patriotismo de los antiguos colonos i los indujeron a tomar las armas contra sus dominadores. Uno de ellos, don Juan Sánchez Ramírez, encabezó el movimiento, i fácilmente se hizo dueño de casi todo el pais. El jeneral Ferrand, gobernador de la provincia en nombre de la Francia, se puso a la cabeza de los 500 hombres que guarnecian a Santo Domingo, i con ellos salió en busca de los rebeldes. El 7 de noviembre (1808) encontró a Sánchez que con un ejército de 2,000 hombres de tropas colectivas, habia tomado posesion de un lugar conocido con el nombre de Palo Hineado. Allí se trabó un combate terrible en que los franceses hicieron cuanto podia esperarse, pero en que tambien fueron derrotados por el mayor número. El jeneral Ferrand se disparó un pistoletazo para no sobrevivir a su derrota.

Los rebeldes marcharon sobre Santo Domingo, pero allí los franceses opusieron todavía una obstinada resistencia

Al fin, algunas naves de la Gran Bretaña, aliada entónces de los españoles, llegaron en ausilio de los rebeldes i obligaron a las autoridades francesas a entregar la ciudad. Sánchez tomó el mando de la colonia, i recibió mas tarde de la junta central de Sevilla el nombramiento de capitan jeneral e intendente de Santo Domingo.

La colonia volvió a gozar de paz i de tranquilidad bajo la nueva dominacion española. En la época en que casi todas las provincias de América estaban en abierta insurreccion contra la España, Santo Domingo permanecia pacífico i servia de punto de arribada a las naves españolas que venian a América a combatir a los independientes. Por fin, la chispa revolucionaria prendió tambien en aquella isla. El auditor don José Núñez de Castro, tribuno arrogante e impetuoso, encabezó un movimiento proclamando la independencia, depuso al brigadier don Pascual Real, i organizó un gobierno patriota, a cuya cabeza se colocó él mismo (30 de noviembre de 1821).

La España, agobiada entónces por la sublevacion de la mayor parte de sus colonias i envuelta en una revolucion interior, no pensó siquiera en reconquistar a Santo Domingo; pero en cambio, otros peligros amenazaban al nuevo estado. Los franceses establecidos en el pais quisieron que la revolucion consumada favoreciese los intereses de la Francia, i en efecto pidieron al conde Doncelot, gobernador de las Antíllas francesas, que tomase posesion de Santo Domingo en nombre de su gobierno. Antes que llegasen las tropas que habia preparado Doncelot, Santo Domingo habia sido sometido por los negros de Haití. Boyer, presidente de esta república, al saber la revolucion que habia estallado en la parte ántes española de la isla, reunió un ejército de 3,200 hombres i marchó con gran rapidez sobre la capital, aprovechándose del desconcierto en que se hallaban los rebeldes. Núñez de Castro no pudo oponer ninguna resistencia a ese ejército, i se vió forzado a entregar el mando al presidente Boyer. La bandera haitiana tremoló en la ciudad de Santo Domingo el 21 de enero de 1822. Los otros

pueblos de la colonia recibieron sin dificultad las nuevas autoridades. Las tropas francesas despachadas de la Martinica, no pudieron hacer nada contra el ejército haitiano, i se volvieron a aquella isla casi sin intentar empresa alguna.

La dominacion del jefe haitiano en la que fué colonia española, no podia dejar de ofender los intereses i los sentimientos de los antiguos colonos de España. Viéronse éstos gravados con fuertes contribuciones, menospreciados por los negros i espuestos a frecuentes vejámenes. El uso de la lengua española fué abolido en los tribunales i en todos los actos gubernativos, reemplazándolo el frances incorrecto i corrompido de los negros de Haití. La dominacion de éstos se mantuvo durante veintidos años.

Al fin, en 1843 (13 de marzo), una revolucion derribó a Boyer del gobierno de la república de Haití. Los dominicanos creyeron llegado el momento de sacudir el detestado yugo; pero el nuevo jefe haitiano, Herard Riviére, reprimió todo conato de insurreccion, i convocó a los pueblos a un congreso jeneral. Los antiguos colonos de la España esperaron que ese congreso mejorara su situacion; pero viendo desatendidas sus quejas, pensaron sólo en una revolucion. En la noche del 27 de febrero (1844), algunos patriotas dominicanos se arrojaron sobre los cuarteles, obligando a la tropa a refujiarse en la ciudadela. El dia siguiente, el jeneral Desgrotte, que gobernaba en Santo Domingo en nombre de la república de Haití, capituló con los sublevados retirándose en seguida con todas sus tropas.

Los revolucionarios se apresuraron a organizar un gobierno provisorio. Uno de ellos, don Pedro Santana, formó un cuerpo de tropas, e imprimió grande actividad a los trabajos de los insurjentes. Los haitianos, por su parte, no se quedaron en la inaccion: el presidente Riviére equipó un ejército de 30,000 negros i dividiéndolos en dos grandes cuerpos, se puso en campaña contra Santo Domingo, marchando él a la cabeza de una de las dos divisiones. A pesar de estos grandes aprestos, los negros sufrieron dos espan-

tosas derrotas. Santana destrozó en Azúa las fuerzas que mandaba Riviére en persona (19 de mayo); i el coronel dominicano don Ramon Mella batió la otra division en los alrededores de la ciudad de Santiago (30 de mayo de 1844). Despues de estos dos grandes fracasos, el presidente Riviére perdió todo su prestijio; i una revolucion que estalló en Haití lo depuso del mando de la república.

Esta i otras revoluciones impidieron a los haitianos pensar en nuevas espediciones contra Santo Domingo. Miéntras tanto, los habitantes de este pais engrosaron sus fuerzas i se prepararon para resistir otras agresiones. La república dominicana nació entónces; i aunque combatida por los negros, que no querian abandonar su proyecto de reconquista, i envuelta en constantes guerras civiles, ha sabido mantener su independencia en medio de las mas difíciles circunstancias. Desde 1845, algunos de los jefes de partido pensaron en colocar el nuevo estado bajo la dependencia de la España; pero cuando la nueva metrópoli creyó llegado el momento de dominar allí, los dominicanos se alzaron con nuevo ardor, i quitaron a sus antiguos dominadores el deseo de volver a pisar el suelo de la América independiente [6].

[6] La historia de la isla Española ha sido objeto de estudios numerosos i prolijos. Aparte de la estensa obra del P. jesuita frances CHARLEVOIX (*Histoire de Saint Domingue*, Paris, 1730, 2 vol. en 4º), en que deja la historia de esa isla hasta mucho despues del establecimiento de los franceses en su parte occidental, existen otras obras en que están referidas las aventuras de los filibusteros o bucaneros, i la historia del establecimiento de los europeos.

Sobre la historia de la revolucion de Haití i la formacion de la república de los negros, existen tambien muchas obras mas o ménos jenerales, ademas de las noticias consignadas en las historias de Francia. Citaré sólo los libros que he consultado sobre el particular, i que me han sido de grande utilidad para formar este capítulo. Charles MALO, *Histoire d'Haïty depuis sa découverte en 1492*, Paris 1825, 1 vol. en 8º; Sir James BARSKETT, *Histoire politique et statistique de l'ile d'Hayti*, Paris, 1826, 1 vol. en 8º; L. J. CLAUSSON, *Précis historique de la revolution de Saint-Domingue*, Paris. 1819, 1 vol. en 8º; Viscomte Pamphile de LACROIX, *Memoire*

pour servir a l'histoire de la revolution de Saint-Domingue, Paris, 1819, 2 vol. en 8º. Esta obra, escrita por uno de los jenerales que hicieron la campaña con Leclerc, se contrae especialmente a la historia de la espedicion de los franceses, i contiene muchos detalles estratéjicos sobre aquellas guerras, pero da tambien importantes noticias sobre los sucesos anteriores. Las vastas compilaciones biográficas de MICHAUD i HOEFER contienen sobre los personajes que figuraron en la revolucion haitiana, interesantes noticias que me han sido de grande utilidad. Muchas veces he seguido casi al pié de la letra el interesante resúmen de aquella revolucion que ha colocado M. BELLOC en un volúmen publicado en Paris en 1846, sobre la América, que forma parte de la coleccion de historias titulada *Le monde*. Ese volúmen, mui imperfecto en la parte relativa a la historia de las colonias españolas, es bastante cuidado al tratarse de las colonias francesas,

La historia de la parte española de Santo Domingo, ha sido mucho ménos estudiada, i es por lo tanto casi desconocida. En 1853, don Antonio del MONTE i TEJADA comenzó a publicar en la Habana una *Historia de Santo Domingo desde su descubrimiento hasta nuestros dias*; pero el primer tomo, que es el único que conozco, i creo que el único que ha salido a luz, contiene sólo los viajes de Colon, i está en gran parte lleno con la reproduccion de documentos relativos a los primeros viajes al nuevo mundo. Para formar la reseña histórica de la revolucion dominicana contenida en este capítulo, no he tenido mas que dos autoridades que consultar: Las pocas líneas que a ella consagra M. Gustave d'ALAUX en unos artículos publicados en la *Revue des deux mondes*, i reunidos despues en un volúmen con el título de *Solouque et son empire*, i un libro de don Mariano TORRENTE, el célebre historiador realista de la revolucion hispano-americana. Este libro se titula *Política ultra-marina, que abraza todos los puntos referentes a las relaciones de España con los Estados Unidos, con la Inglaterra i las Antíllas, i señaladamente con la isla de Santo Domingo*, Madrid, 1854, 1 vol. en 8º Torrente, despues de examinar la política española con respecto a aquellas potencias, i de consignar muchas noticias mui interesantes acerca de las Antillas, recomienda a la España que acepte los ofrecimientos que ántes de esa época le habian hecho algunos caudillos dominicanos, de someter de nuevo aquel pais a la dominacion de su antigua metrópoli. Los capítulos 50 i 51 de dicho libro contienen una reseña rápida, pero mui clara, de la revolucion de ese pais; i de allí he tomado casi todas las noticias que he consignado sobre esos sucesos.

FIN DEL TOMO II



INDICE
DE LA HISTORIA DE AMÉRICA

PARTE TERCERA

LA COLONIA

CAPÍTULO PRIMERO

DIVISIONES POLÍTICAS I ADMINISTRATIVAS DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

CAPÍTULO II

ADMINISTRACION DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

CAPÍTULO III

ORGANIZACION SOCIAL DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS; INDUSTRIA; INSTRUCCION PÚBLICA

CAPÍTULO IV

COLONIAS PORTUGUESAS

(1550-1808)

CAPÍTULO V

COLONIAS INGLESAS

(1763-1764)

PARTE CUARTA

REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA

CAPÍTULO I

REVOLUCION DE ESTADOS UNIDOS

(1764–1778)

CAPITULO II

INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

(1778–1819)

CAPÍTULO III

PRIMEROS SÍNTOMAS DE REVOLUCION EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

(1781--1807)

CAPÍTULO IV

REVOLUCION EN MÉJICO

(1808–1815)

CAPÍTULO V

INDEPENDENCIA DE MÉJICO; ITURBIDE

(1815–1824)

CAPÍTULO VI

REVOLUCION DE VENEZUELA

(1808-1815)

CAPÍTULO VII

REVOLUCION DE QUITO I DE NUEVA GRANADA

(1808--1816)

Pájinas

CAPITULO VIII

REVOLUCION DE LAS PROVINCIAS ARJENTINAS

(1808--1816)

CAPITULO IX

REVOLUCION DE CHILE

(1808-1814)

CAPITULO X

LA INDEPENDENCIA DE CHILE

(1814–1826)

CAPÍTULO XI

LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

(1815--1819)

CAPÍTULO XII

COMPLETA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA; ESPULSION DEFINITIVA DE LOS ESPAÑOLES

(1820--1824)

CAPÍTULO XIII

LA ESPEDICION LIBERTADORA DEL PERÚ

(1813--1823)

CAPÍTULO XIV

BOLÍVAR EN EL PERÚ.—JUNIN I AYACUCHO.—FORMACION DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA

(1822--1826)

CAPÍTULO XV

REVOLUCION E INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAI

(1814--1828)

CAPÍTULO XVI

REVOLUCION E INDEPENDIENCA DEL PARAGUAI

(1810--1824)

CAPÍTULO XVII

REVOLUCION E INDEPENDENCIA DE LA AMÉRICA CENTRAL

(1821—1825)

CAPITULO XVIII

REVOLUCION DEL BRASIL

(1807--1825)

CAPITULO XIX

HAITÍ I SANTO DOMINGO

(1789-1845)

